BIBLIOTECA CLÁSICA GREDOS, 273

TEMISTIO

DISCURSOS POLÍTICOS

INTRODUCCIÓN, TRADUCCIÓN Y NOTAS DE

JOAQUÍN RITORÉ PONCE



EDITORIAL GREDOS

Asesor para la sección griega: CARLOS GARCÍA GUAL.

Según las normas de la B. C. G., la traducción de este volumen ha sido revisada por DANIEL RIAÑO RUFILANCHAS.

Sánchez Pacheco, 85, Madrid, 2000.

Depósito Legal: M. 2277-2000.

ISBN 84-249-2257-3.

Impreso en España. Printed in Spain.
Gráficas Cóndor, S. A.
Esteban Terradas, 12. Polígono Industrial. Leganés (Madrid), 2000.

INTRODUCCIÓN GENERAL

1. *Vida*

Los datos que tenemos sobre la vida de Temistio proceden fundamentalmente de sus discursos[1]. A pesar de que el panegírico no es una forma literaria que en principio favorezca las referencias personales, nuestro autor no es nada parco a la hora de insertarlas en sus obras, bien como mera ilustración de una argumentación retórica, bien en respuesta a los ataques de los adversarios. Como fuente secundaria contamos con el epistolario de Libanio, cuya correspondencia con Temistio no se interrumpe hasta el reinado de Valente y que, como señala Dagron, añade a las referencias

[1] Varios trabajos recogen con detalle la biografía de Temistio. La visión más completa y actualizada es la de J. VANDERSPOEL, *Themistius...*, Ann Arbor, 1995, que recorre toda su trayectoria vital con un análisis paralelo de su producción oratoria. Cf. *etiam* O. SEECK, *Die Briefe...*, págs. 291-306; W. STEGEMANN, «Themistios», cols. 1642-1647; G. DAGRON, «L'empire...», págs. 5-13; J. G. SMEAL, «Themistios: the 23rd...», págs. 7-17; C. P. JONES, J. R. MARTINDALE, J. MORRIS, *The Prosopography...*, *s. u.* «Themistius 1»; W. SCHMID, O. STÄHLIN, *Geschichte* ..., II 2, págs. 1004-1014.

objetivas «un poco de color y de vida»[2]. Por lo demás, son muchos los aspectos de su vida que permanecen todavía oscuros.

Aunque el fundamento es bastante endeble, la fecha generalmente admitida para su nacimiento es la del año 317, la misma del emperador Constancio II, a quien le dedica el *Discurso* I en calidad de «filósofo de su edad» (I 18a). Sí existen discrepancias a la hora de precisar el lugar. A pesar de que el autor alude a sus orígenes paflagonios (II 28d; XXVII 333c-d), algunos lo han considerado nativo de Constantinopla[3]. Sin embargo, los pasajes en los que se presenta como constantinopolitano parecen aludir más bien a los estrechos vínculos que lo unían con esta ciudad desde su juventud (XVII 214c; XXXIV 12). El discurso dirigido por Constancio al Senado, que alaba a Temistio por haber preferido la nueva capital a su ciudad natal, confirma esta interpretación[4]. Dentro de Paflagonia, se han propuesto los nombres de Abonútico, a orillas del Ponto[5], y de Cimiata, en el interior de la región[6].

Su infancia discurrió en el seno de una familia acomodada (aunque el autor insiste en su carácter modesto)[7] y de antigua tradición filosófica: su abuelo, que había obtenido el reconocimiento de Diocleciano (V 63d; XI 145b), y Eugenio, su padre, eran filósofos de profesión. Este último le inculcó el amor por Aristóteles y Platón que había de marcarlo durante toda su vida (XX 235c-d), y se preocupó de que recibiera una educación esmerada según los cánones de la época. Su formación comenzaría probablemente en Paflagonia, aunque desconocemos los nombres de sus maestros. La noticia de que Hierocles habría sido su profesor de retórica o de gramática se basa en la errónea interpretación de un pasaje de Libanio[8]. El propio autor nos informa de que su formación retórica tuvo lugar en una pequeña ciudad del Ponto cercana al río Fasis, posiblemente Neocesarea, adonde su padre lo habría enviado por haber estudiado allí él mismo o por conocer a algún profesor de su confianza (XXVII 332d-333b). Se ha sugerido, aunque no pasa de ser una hipótesis, que éste podría haber sido Basilio de Neocesarea, padre de Basilio de Cesarea, cuyo interés simultáneo por la retórica y por la filosofía, muy del gusto de Eugenio, explicaría la actitud conciliadora de Temistio entre las dos disciplinas[9].

Una consideración del *Discurso* XXIII, sobre los veinte años transcurridos en Constantinopla hasta la embajada a Roma del 357, ha llevado a la mayoría a situar la llegada de Temistio a la capital en el año 337, fecha en la que habría comenzado la instrucción filosófica junto a su padre (XXIII 298b). Las dificultades con que se topa esta datación (el retraso excesivo del inicio de la instrucción, sus ausencias de la ciudad constatadas después del 340, o las alusiones a visitas ocasionales a Constantinopla durante la juventud, que presuponen estar residiendo fuera de ella: XVII 214c; XXXIV 12) han llevado a Vanderspoel a proponer que los veinte años mencionados por el autor no implican una resi-

[2] G. Dagron, «L'empire...», pág. 5.
[3] O. Seeck, *Die Briefe...*, pág. 292; W. Stegemann, «Themistius», col. 1626.
[4] 21d. Cf. F. Schemmel, «Die Hochschule...», pág. 153.
[5] E. Baret, *De Themistio...*, pág. 5; F. Wilhelm, «Zu Themistios...», págs. 451-52.
[6] J. Vanderspoel, *Themistius...*, pág. 32.
[7] XX 233d; XXIII 288d, 291c; *Discurso de Constancio al Senado* 22d-23b.
[8] Libanio, *Epíst.* 517, 3. La identidad del discípulo de Hierocles al que alude Libanio la puso en duda H. F. Bouchery, *Themistius...*, págs. 79-80. Cf. J. Vanderspoel, *Themistius...*, pág. 34.
[9] *Ibidem*, págs. 34-35.

dencia ininterrumpida en Constantinopla, por lo que propone adelantar su llegada a la capital a los años 332/333, fecha en la que habría iniciado su educación filosófica bajo la tutela de Eugenio, que a la sazón vivía en la ciudad[10]. De él habría de heredar la devoción por Aristóteles y el afán divulgador que va a plasmarse tanto en el enfoque práctico de su filosofía política y de su programa educativo, como en la propia composición de paráfrasis de los tratados aristotélicos.

En torno al 340 Temistio contrae matrimonio con la hija de un filósofo (XXI 244b-d), unión de la que nacen varios hijos, entre ellos uno, de nombre Temistio, que estudiará retórica con Libanio antes de la marcha de éste a Antioquía en el 353/354 y morirá poco después[11]. También por estos años inicia su carrera de profesor y se dedica a impartir conferencias en la capital y en diversos centros culturales, aunque sólo tenemos constancia de su presencia en Nicomedia y en Ancira antes del establecimiento definitivo en Constantinopla. El tono del *Discurso* XXIV, pronunciado antes del 344[12] y que es, en efecto, un protréptico dirigido a los habitantes de Nicomedia con motivo de la inauguración de un ciclo de conferencias, parece sugerir una residencia estable más que una visita académica (XXIV 302c)[13]. Unos años después, en el 347, lo encontramos en Ancira, en la región de Galacia, donde pronuncia su primer panegírico a

[10] *Ibidem*, págs. 36-37.

[11] LIBANIO, *Epíst.* 575.

[12] G. DAGRON, «Themistius... », pág. 7.

[13] Es bastante verosímil que la presencia de Temistio en Nicomedia fuera en torno al 342/3, dado que tenemos constancia de que el primer encuentro con Libanio, que llega a la ciudad en el 344, no iba a tener lugar hasta el año 350 en la propia Constantinopla.

Constancio[14], aunque en el 348 emprende ya el regreso a Constantinopla. Sin embargo, no puede hablarse de una fijación definitiva de su residencia hasta la década siguiente, y ello después de haber rechazado ofertas procedentes de Ancira y de Antioquía, ésta última debida quizá a su amistad con Libanio (XXIII 299a)[15]. El *Discurso* XXXIII, compuesto con toda seguridad en el 348[16], ha sido considerado tradicionalmente la lección inaugural de su cátedra de filosofía en Constantinopla[17], mientras que el XXXII, sobre la paternidad de los filósofos, corresponde también a esta etapa de su vida, probablemente al año siguiente[18].

A partir de este momento la fama de Temistio se extiende rápidamente, aunque tenemos escasas noticias de sus actividades. Durante estos años se consagra a la enseñanza (sin que falten, por cierto, agrias polémicas con sus rivales)[19] y a la redacción de las paráfrasis de Aristóteles[20]. Los discípulos de un filósofo de Sición, un antiguo seguidor de Jámblico que se había trasladado con toda su escuela a Constantinopla, pudieron oír en Delfos de labios de Apolo que Temistio, como Sócrates antaño, era el hombre más sa-

[14] J. VANDERSPOEL, *Themistius...*, págs. 48, 73 ss. No obstante, se trata de uno de los puntos más debatidos por la bibliografía temistiana. Cf. G. DAGRON, «L'empire...», pág. 7, que defiende la datación más común del 350. Para la datación de éste y de cada uno de los discursos políticos, remitimos al lector a las introducciones particulares.

[15] LIBANIO, *Epíst.* 402 y 407.

[16] Por su referencia a una reforma monetaria que tiene lugar ese año. Cf. O. SEECK, *Die Briefe...*, pág. 293.

[17] G. DAGRON, «L'empire...», pág. 7.

[18] J. VANDERSPOEL, *Themistius...*, pág. 250.

[19] *Vid. infra* cap. 3.

[20] G. DAGRON, «L'empire...», pág. 7.

bio de su tiempo (XXIII 295b, 296a-b)[21]. Uno de estos discípulos, Celso, se desplazará años después a Constantinopla para entrar a formar parte del Senado y estudiar con Temistio[22]. El *Discurso* XXX, un elogio de la agricultura, es redactado también en este período anterior a la designación de su autor como senador[23].

Si bien es cierto que el panegírico pronunciado en Ancira fue decisivo para la marcha de Temistio a Constantinopla, hay que esperar hasta el año 355 para que su vida se oriente definitivamente hacia la actividad pública y el compromiso con el régimen. Es en este momento cuando Constancio lo incorpora al Senado de la nueva capital, impresionado quizá por el contenido de sus piezas oratorias, particularmente por los *Discursos* I y XXXIII, y posiblemente gracias a la mediación de Saturnino, el futuro colega de Teodosio en el consulado y dedicatario, junto a éste, del *Discurso* XVI. La deuda de más de treinta años a la que aludirá entonces Temistio parece no ser otra que el haber sido presentado en aquella ocasión a Constancio (XVI 200a)[24]. La *adlectio* vino acompañada de multitud de obsequios que el orador rechazó en virtud de su condición de filósofo, con la única excepción de una *annona* privada (II 25d-26a)[25]. Constancio remitió al Senado un discurso encomiástico, conservado dentro del *corpus* temistiano[26], en

[21] J. Vanderspoel, «Themistios and a Philosopher at Sikyon», págs. 383-384.

[22] Libanio, *Epíst.* 86.

[23] Quizá en relación con el retiro de Eugenio, aficionado al campo, a su tierra paflagonia. Cf. J. Vanderspoel, *Themistius...*, pág. 84.

[24] Contra esta interpretación cf. O. Ballériaux, «Le *Perì philanthropías...*», pág. 321.

[25] Algunos, no obstante, lo acusaron de emplear este privilegio para atraerse estudiantes. Cf. J. Vanderspoel, *Themistius....*, pág. 87.

[26] Incluido como apéndice al final de este volumen.

cuyos términos se evidencian las razones que lo llevaron a tomar la decisión: la filosofía política de Temistio congeniaba a la perfección con la realeza que él representaba, mientras que, por otro lado, la figura del intelectual pagano «comprometido» revestía de legitimidad «filosófica» al orden establecido. Con el *Discurso* II, pronunciado en el Senado en noviembre de este mismo año en ausencia del emperador, Temistio agradece el privilegio concedido. Simultánea a estos acontecimientos es, por último, la muerte de su padre[27], que lo obliga a desplazarse a Paflagonia en el mes de octubre. Allí pronuncia el discurso fúnebre en honor de Eugenio *(Disc.* XX) y el XXVII, en defensa de las escuelas locales de retórica.

Con el *Discurso* XXI, que gracias a una referencia de Libanio se puede fechar en el invierno del 355/6[28], comienza lo que será una constante en la vida de Temistio: la respuesta contra los duros ataques de sus adversarios. En este discurso y en los numerados como XXIII, XXVI y XXIX, pronunciados en Constantinopla entre los años 358 y 359, reivindica frente a sus detractores el papel del filósofo en la sociedad. Por estos mismos años, a finales del 355, o quizá durante el año siguiente, es posible que redactase un protréptico para Juliano, cuyo nombramiento como césar estaba próximo, el cual había de tener como respuesta al cabo del tiempo un texto de importancia excepcional para comprender las concepciones políticas enfrentadas del orador y del futuro augusto: la conocida *Carta a Temistio* que forma parte del *corpus* de Juliano. En la segunda mitad del 356

[27] Una variante textual de II 28d puede remontarse a dos redacciones originales del pasaje, una anterior y otra posterior a la muerte de Eugenio. Cf. nota *ad loc.*

[28] Libanio, *Epíst.* 402 y 407, con alusiones a los insultos que se le dirigieron por su *adlectio*.

emprende un viaje por diversas ciudades orientales, entre ellas Ancira (XXIII 299a) y Antioquía, donde asiste a la visita de una delegación persa (IV 57b). Con su presencia en esta última ciudad intentaba quizá limar asperezas con el prefecto del pretorio Estrategio Musoniano, que no había logrado convencer al orador para que abandonase Constantinopla y fijase allí su residencia. Las quejas de Libanio por un pretendido distanciamiento de su amigo deben relacionarse también con estos acontecimientos[29]. En este mismo año Constancio, complacido por el discurso de agradecimiento a su *adlectio,* le concede una estatua de bronce (IV 54b; XXXI 353a)[30], aunque el invierno se cierra trágicamente con la muerte de su hijo, el joven Temistio[31]. Por fin, ya a su regreso de Antioquía se le encarga componer un panegírico para la inauguración en Milán del consulado de Constancio y Juliano. El *Discurso* IV, pronunciado ante el Senado de Constantinopla el mismo día 1 de enero, justifica su negativa a emprender este viaje, aunque pocos meses después, en la primavera del 357, encabeza una embajada del Senado con ocasión de la visita del emperador a Roma. A esta primera misión diplomática oficial corresponde el *Discurso* III.

Las actividades públicas de Temistio durante el reinado de Constancio no se limitaron, sin embargo, a los panegíricos. Además de su más que posible supervisión de las actividades de la biblioteca de Constantinopla (IV 59b-61b), su condición de senador le acarrearía compromisos políticos de diversa entidad cuyos detalles desconocemos. Tenemos constancia, no obstante, de uno particularmente significativo: el

[29] LIBANIO, *Epíst.* 402, 434, 447, 463 y 508.
[30] LIBANIO, *Epíst.* 66.
[31] LIBANIO, *Epíst.* 575.

encargo por parte del emperador de la tarea de reclutar nuevos miembros para el Senado de la capital. De esta actividad nos informa un pasaje recapitulativo del *Discurso* XXXIV (fechado en el 384) en el que Temistio también menciona, entre otros servicios prestados a la ciudad, el haber logrado de Constancio el restablecimiento de la asignación de trigo, que le había sido retirada a ésta tras el linchamiento de Hermógenes en el 342 (XXXIV 12). Las cartas de Libanio se hacen eco del resentimiento que generó en las provincias orientales la pérdida de sus más ricos y competentes ciudadanos en favor de Constantinopla[32].

Pero el reinado de Constancio convirtió a Temistio, más allá de las críticas de sus adversarios, en una figura de gran influencia dentro de la corte. La dificultad estriba en comprobar si esta influencia la ejerció en algún momento desde un cargo político. En el citado pasaje del *Discurso* XXXIV el orador alude a esta situación privilegiada con el término de *prostasía,* lo que Dagron y Daly han interpretado como que Temistio habría ejercido la presidencia del Senado[33], aunque es más verosímil entender por *prostasía* una posición influyente ajena a cualquier responsabilidad pública[34]. Seeck, sin embargo, y otros muchos autores son de la opinión de que Temistio desempeñó bajo Constancio el cargo de procónsul de Constantinopla[35]. Si Dagron se basaba en un pasaje del *Discurso* XXIII, en el que el orador afirma

[32] LIBANIO, *Epíst.* 368, 40, 70, 64, 62. Cf. LIBANIO, *Disc.* XLIV 2.
[33] G. DAGRON, «L'empire...», pág. 55; L. J. DALY, «Themitius' Refusal...», pág. 183.
[34] O. SEECK, *Die Briefe...*, pág. 297, n. 1; J. VANDERSPOEL, *Themistius...*, págs. 105-106.
[35] W. STEGEMANN, «Themistios», col. 1644; F. SCHEMMEL, «Die Hochschule...», pág. 155; y modernamente L. J. DALY, «Themitius' Refusal...», págs. 164 ss.

haber rechazado una magistratura, para afirmar que jamás llegó a ocupar el proconsulado[36], recientemente Vanderspoel se ha sumado a esta postura aduciendo en su favor una noticia sobre las actividades públicas de Temistio. Sabemos, en efecto, por el *Codex Theodosianus* que nuestro orador formó parte en mayo del 361 de una comisión imperial para la elección de pretores; esta comisión, según se nos dice, estaba integrada por diez antiguos cónsules, procónsules y prefectos, a los que se unía *Themistius quoque philosophus, cuius auget scientia dignitatem*[37]. El hecho de que se le cite separadamente de los magistrados, en virtud de una sencilla *dignitas* que equivale quizá a la citada *prostasía,* parece dejar claro que, al menos hasta esa fecha, Temistio no había sido procónsul de Constantinopla.

Al final del reinado de Constancio encontramos a nuestro orador casado en segundas nupcias con una mujer frigia[38] y en la cumbre de su influencia política. En otoño del 359 el emperador incluso pudo llegar a ofrecerle la prefectura de la ciudad, aunque la falta de datos ha llevado de nuevo a los especialistas a adoptar diferentes posturas. El punto de partida es una vez más el *Discurso* XXXIV. Temistio, como *praefectus Urbis* en el 384, explica sus razones para aceptar bajo Teodosio la prefectura a diferencia de lo ocurrido años atrás con otro emperador que, como amigo de la filosofía, era dócil a sus consejos y le concedía un trato familiar (XXXIV 14):

[36] G. Dagron, «L'empire...», págs. 213-14. L. J. Daly arguye en el trabajo antes citado (págs. 178-79) que lo que rechazó Temistio no fue la magistratura, sino determinados beneficios económicos.

[37] *Codex Theodosianus* VI 4, 12. Cf. J. Vanderspoel, *Themistius...*, pág. 106.

[38] Libanio, *Epíst.* 241.

«Y si alguno me pregunta por qué razón la rehusé en el pasado y en cambio ahora no, le responderé sin dudas ni reticencias. Aquel emperador es para mí digno de veneración y de glorioso recuerdo, pues no descuidó nada de lo que contribuye a ensalzar a la filosofía, ni grande ni pequeño. A menudo me sentó a su lado con mi capa de filósofo y me hizo compartir su mesa y su camino. Me trataba con dulzura cuando le amonestaba, y no se irritaba cuando le reprendía.»

Mai, el primer editor del *Discurso* XXXIV, identificó a este emperador con Juliano; y son muchos los que lo han seguido en esta interpretación[39]. Brauch ha revisado la cuestión en un documentado artículo en el que no sólo defiende contra la opinión mayoritaria que el emperador despechado fue Valente, sino que considera cierta la noticia de la *Suda* de que Temistio fue prefecto con Juliano[40]. Vanderspoel, aunque reconoce que los rasgos del monarca descrito se acomodan tanto a Juliano como a Constancio, se inclina por este último, dado que la familiaridad que se menciona se aviene mejor a la cercanía que el orador mantuvo con el hijo de Constantino. En su opinión, Temistio habría recibido la oferta de parte de Constancio, aunque nunca llegó a ocupar el cargo por la repentina muerte de éste en el 361 o quizá, lo que aventura como hipótesis, por las dudas que se suscitaron sobre la lealtad de Temistio a raíz de la publicación en este mismo año de la carta con la que Juliano, usurpador a esas alturas, respondía al protréptico que el filósofo le había dirigido en el 356[41].

[39] Para una puesta al día de la cuestión, cf. Th. Brauch, «The Prefect of Constantinople...», pág. 37, n. 4.

[40] *Ibidem,* págs. 76-78. *Vid. infra* en este mismo capítulo.

[41] J. Vanderspoel, *Themistius...*, págs. 111-13.

En cualquier caso, el acceso al trono de Juliano significó para Temistio todo un paréntesis en su carrera política[42]. La noticia antes referida de la *Suda*, según la cual el orador habría sido *praefectus Urbis* bajo este emperador, se debe probablemente a una errónea asociación de estas dos destacadas figuras del paganismo del siglo IV. De hecho, Temistio jamás ejerció sobre Juliano, más próximo a la corriente neoplatónica jambliquea, la influencia que sí tuvo sobre Constancio; y aunque resulte exagerado hablar de postergación, lo cierto es que las relaciones entre ambos personajes no pasaron nunca de un frío respeto.

No conocemos con exactitud cuándo se produjo el primer encuentro entre ambos, pero de la *Carta a Temistio* se puede deducir que Juliano tuvo la ocasión de conocerlo durante sus años de formación. El tono de la carta, más aún si realmente es la respuesta a un protréptico de Temistio, nunca se aleja del respeto debido a un antiguo profesor[43], e incluso parece aludirse a una antigua relación entre alumno y profesor[44]. De existir tal relación, habría nacido probablemente con ocasión de la estancia de Juliano en Constantinopla antes de verse forzado a residir en Nicomedia, en torno al 348/9, aunque no tienen por qué descartarse otros encuentros en las breves estancias de Juliano en la capital.

La carta, no obstante, dejó a Temistio en una situación comprometida. A pesar de haber sido redactada originalmente en el 356 sin ninguna finalidad política, Juliano le imprimió su forma definitiva a finales del 360. En su nueva redacción, con un final en el que el inminente augusto justificaba su revuelta contra Constancio[45], fue publicada como carta abierta, con lo que las referencias a las antiguas palabras laudatorias de Temistio despertaban serias dudas sobre la fidelidad de éste a su emperador, algo que, según se ha sugerido (creo que exageradamente), podría deberse a un deliberado intento por parte de Juliano de minar la influencia de Temistio en la corte[46]. Con todo, en lo que respecta a su contenido, la carta trazaba con absoluta claridad el enorme abismo que separaba el programa político de Juliano del ideario de Temistio, diferencias que afectan a la propia dignidad del emperador, ajeno para Juliano a toda noción de divinidad[47], y al papel del filósofo en la sociedad, que para el emperador, más próximo a la ortodoxia neoplatónica, había de abstenerse de participar en la política activa[48]. Ambos partían, en definitiva, de dos formas opuestas de entender el helenismo que sostuvieron a lo largo del siglo IV uno de los debates más singulares de la Antigüedad tardía[49].

Pero la relativa postergación de Temistio y de la línea política que representaba no significó una ruptura de las relaciones entre el orador y el monarca. En la primavera del 363 Libanio solicita a Temistio una copia de un panegírico a Juliano[50], y en una carta de otoño del mismo año, posterior,

[42] G. DAGRON, «L'empire...», págs. 232-35.

[43] J. VANDERSPOEL, *Themistius...*, pág. 118. Cf. S. A. STERTZ, «Themistius: a Hellenic...», pág. 352. Este autor piensa que la epístola de Juliano es más bien la respuesta a un supuesto panegírico perdido.

[44] JULIANO, *Carta a Temistio* 259b-c; 275d.

[45] T. D. BARNES, J. VANDERSPOEL, «Julian and Themistius», págs. 187-89. Sin embargo, no hay unanimidad sobre la fecha de la epístola. S. A. BRADBURY («The Date of Julian's Letter...», págs. 235-91) fecha toda la epístola en el 356. C. PRATO y A. FORNARO *(Giuliano Imperatore...*, págs. vii-x) entienden que apareció después de la llegada de Juliano a Constantinopla. Por último, TH. BRAUCH («The Prefect of Constantinople...», págs. 83-85) cree en una reedición a finales del 361.

[46] J. VANDERSPOEL, *Themistius...*, pág. 123.

[47] *Carta a Temistio* 254c-259b.

[48] *Ibidem* 264b-266c.

[49] *Vid. infra* cap. 3.

[50] LIBANIO, *Epíst.* 818.

por lo tanto, a la muerte de aquél en Persia, da su opinión favorable sobre esta obra[51]. Hoy se tiende a identificar este panegírico, aunque no sin discusión, con el tratado que con el título de *Risâlat* hemos conservado en dos manuscritos árabes y que es, por otro lado, la traducción de una primera versión siríaca[52]. La existencia de este panegírico, pronunciado quizá en Antioquía el uno de enero del 363 con ocasión del inicio del consulado de Juliano[53], es la demostración más palpable de que Temistio siguió desempeñando las funciones habituales de un senador de su rango. Las alabanzas sinceras contenidas en la carta de Libanio, que, además de ser fervoroso seguidor de Juliano, tenía sobradas razones para mostrarse suspicaz con el senador de Constantinopla, nos confirman en la idea de que Temistio siguió desempeñando, aunque no en primera fila, un papel activo en la vida política del imperio, y que probablemente haya que relativizar el alcance de su «enfrentamiento» con Juliano.

La muerte del emperador el veintiséis de junio del 363 en pleno territorio persa dejó el imperio en una situación precaria. Los oficiales, apremiados por las circunstancias y ante la negativa del prefecto Salustio a aceptar el trono, proclamaron emperador a Joviano, quien se apresuró a firmar un humillante armisticio con los persas que incluía la cesión de Nísibis y otros territorios, para partir acto seguido hacia

[51] LIBANIO, *Epíst.* 1430.

[52] J. CROISSANT («Un noveau discours...», págs. 7-30) cree que el *Risâlat* recoge la respuesta de Temistio a las observaciones finales de la carta de Juliano, mientras que FR. DVORNIK («The Emperor's Julian...», pág. 77) lo considera un encomio de circunstancias dirigido al emperador. Para una puesta al día sobre esta cuestión, cf. J. VANDERSPOEL, *Themistius...*, págs. 241-49. Cf. *etiam* G. DAGRON, «L'empire..», págs. 221-29.

[53] Según defendieron en su momento O. SEECK & H. SCHENKL, «Eine verlorene Rede...», pág. 559, seguidos después por la mayor parte de los especialistas.

Antioquía. Sabemos por Libanio[54] que una delegación procedente de Constantinopla se encontró allí con el nuevo emperador en el otoño del 363. Temistio no formaba parte de ella, lo que Libanio, siempre suspicaz, interpretó como un intento de esquivar un encuentro personal entre los dos oradores; y quizá no le faltara razón, aunque los motivos no fueran de carácter personal, sino político, ya que probablemente Temistio habría considerado poco oportuna la visita a un conocido partidario de Juliano[55]. Por lo demás, las relaciones entre Temistio y Joviano habrían de limitarse al panegírico pronunciado en Ancira el uno de enero del 364, con ocasión del inicio del consulado del nuevo emperador y de su hijo Varroniano. En este panegírico, que hoy conocemos como *Discurso* V, intenta ganarse al emperador con su acostumbrada habilidad idealizando las circunstancias de su proclamación y el significado del tratado con Persia, para explayarse, acto seguido, con un bello alegato contra la intolerancia religiosa nacido del temor a una reacción antipagana.

Valente, sucesor de Joviano en Oriente, no se ajustaría a semejante programa de tolerancia. En éste y en otros asuntos políticos de gran importancia el nuevo emperador se iba a encontrar con la desaprobación de Temistio, que, ya en su madurez, tuvo la habilidad necesaria para ejercer una constante influencia sobre el monarca, a veces desde una actitud ciertamente crítica, aunque sin ocupar aparentemente ningún cargo o magistratura. Los seis panegíricos dirigidos a Valente son otras tantas reflexiones en las Temistio pretende responder a los principales problemas que se plantearon a lo largo del reinado.

[54] LIBANIO, *Epíst.* 1430, 1436, 1439, 1444.

[55] J. VANDERSPOEL, *Themistius...*, pág. 137.

El primero de ellos, el VI, pronunciado en el invierno del 364/5, es una reflexión *a posteriori* sobre las relaciones entre los dos augustos, Valentiniano y Valente, y sobre las circunstancias de su proclamación. Después de un período de dos años, que en buena parte coincide con la usurpación de Procopio y durante el cual carecemos de toda información sobre sus actividades, encontramos por fin la respuesta del orador ante los acontecimientos: el *Discurso* VII (pronunciado en el invierno del 366/7), en el que se ocupa de elogiar la clemencia del emperador con los partidarios del usurpador, así como de amplificar la figura de Procopio como paradigma de vileza. Ya en la primavera del 367 Valente marcha a la frontera del Danubio para castigar a los godos por su apoyo a Procopio. Hasta el cese de las hostilidades, que tiene lugar con la firma del tratado de paz en medio del Danubio en el invierno del 369/70, Temistio pronuncia tres panegíricos al hilo de los acontecimientos: el *Discurso* VIII (368), en Marcianópolis, cerca del Danubio, adonde se desplaza para la celebración de los *Quinquennalia* de los augustos, aunque el núcleo temático lo constituyan los impuestos y la administración económica del imperio; el IX (de comienzos del 369), en honor de Valentiniano, hijo de Valente, que había alcanzado el consulado en este mismo año con el general Víctor como colega; y por fin, el *Discurso* X (de comienzos del 370), pronunciado en Constantinopla tras haber encabezado la embajada senatorial que había viajado al Danubio para persuadir a Valente de la firma del tratado de paz.

Valente no permaneció por mucho tiempo en la capital. En abril del 370 se encontraba ya en Antioquía[56], donde habría de residir la mayor parte de su reinado. En esta ciudad,

[56] *Codex Theodosianus* X 19, 5.

que ya había vivido un hondo desencuentro con Juliano, el emperador desató una política de terror religioso, primero contra la teúrgia pagana (la llamada «persecución de los filósofos», de los años 371/2), y después contra el cristianismo niceno. En estos años, entre el 373 o el 374, Temistio visitó probablemente Antioquía para pronunciar el *Discurso* XI, por los *Decennalia* de Valente, y el XXV, breve pieza de circunstancias con la que intentaba disculparse ante el emperador por su incapacidad para improvisar. Por otro lado, un pasaje de Sócrates[57] nos informa de un discurso de Temistio, pronunciado quizá en el invierno del 375/6, en el que intentaba persuadir a Valente de que pusiera fin a la persecución de los nicenos «homousianos», discurso que, según el historiador, cumplió en parte su objetivo de aplacar la saña del monarca. Los argumentos desarrollados estarían sin duda en la línea del *Discurso* V[58].

Por último, anterior a la muerte de Valente es también el único panegírico que le dirigió a Graciano (a quien se alaba, con todo, en los panegíricos del período teodosiano por su decisión de elevar al trono al general hispano), pronunciado ante el Senado de Roma con ocasión de la segunda visita documentada del orador a la ciudad del Tíber, en los años 376 ó 377. Se trataba de un encargo personal del propio Valente, a quien acompañaba por entonces en sus campañas militares por las inmediaciones del Éufrates y del Tigris (XIII 165d, 168c, 171b). Aunque carecemos de datos sobre otras actividades realizadas por Temistio en Roma, sin duda

[57] Sócrates Escolástico, *Historia eclesiástica* IV 32. También lo menciona Sozómeno, *Historia eclesiástica* VI 36, 6-7; 37, 1.

[58] Sobre este discurso, que sirve de coartada histórica al apócrifo latino de Andreas Dudith, *vid. infra* cap. 2. Cf. O. Seeck, *Die Briefe...*, pág. 303; H. Scholze, *De temporibus...*, pág. 43; G. Dagron, «L'empire...», págs. 187-88; J. Vanderspoel,*Themistius...*, págs. 178-79.

tuvo ocasión de entrevistarse con destacados miembros de la aristocracia senatorial, entre ellos Símaco, cuya *Relatio* III recoge numerosos motivos presentes en el *Discurso* V de Temistio, y Pretextato, traductor de la Paráfrasis de los *Analíticos* de Aristóteles[59]. De hecho, las reflexiones sobre la venerable tradición piadosa de la ciudad de Roma, encarnada en las leyes de Numa, revela una sensibilidad cercana a la de los círculos paganos de la capital, empeñados por entonces en la defensa, frente al cristianismo oficial, de su religión tradicional[60].

En la primavera del 378 Valente abandona Antioquía para emprender camino hacia Tracia. A su paso por Constantinopla, si hemos de creer a Sócrates, mantiene un tenso enfrentamiento con los representantes de la ciudad, que estaban atemorizados por la amenaza de los godos[61]. Poco después, el 8 de agosto del 378, el ejército romano es aniquilado, junto con su emperador, en Adrianópolis. Los acontecimientos se precipitan. Necesitado de un general capacitado para afrontar el problema bárbaro, Graciano llama a su lado al hispano Teodosio. En otoño lo designa *magister equitum et peditum,* y después de sus victorias militares, en enero del 379, lo proclama en Sirmio augusto de Oriente. Con ello puede afirmarse que comienza el período más brillante de la carrera política de Temistio, fundado en las excelentes relaciones que mantendrá desde el primer momento con el nuevo emperador: paradójicamente, el paladín heleno de la tolerancia religiosa llegará a lo más alto bajo el cetro del emperador que, años más tarde, impondrá la ortodoxia nicena y condenará el paganismo. Durante estos años nuestro orador dedicará importantes páginas de su panegíricos a la reflexión sobre los problemas del momento, todo dentro de su táctica habitual de buscar la influencia en el monarca a través del encomio. Sin embargo, frente a las discrepancias de fondo con la política de Valente, la sintonía será completa en el caso del emperador Teodosio, quien, por otra parte, habrá de encomendar a Temistio la educación de su hijo Arcadio, futuro augusto de Oriente, antes de emprender la lucha contra el usurpador Máximo (XVIII 220d, 224b-225b; XVI 204b, 213a).

59 Boecio, *De interpretatione ed. sec.,* 1289.

60 *Vid. infra* cap. 4.

61 Sócrates Escolástico, *Historia eclesiástica* IV 38, 5.

El primer encuentro con el emperador tiene lugar posiblemente en Tesalónica, donde pronuncia ante él su *Discurso* XIV en la primavera del 379, ya que la enfermedad le había impedido formar parte de la embajada que Constantinopla envió a Sirmio para felicitar al nuevo monarca (XIV 180bc). Después de esto, habrá que esperar hasta el 381, tras el regreso de Teodosio a Constantinopla[62], para tener nuevamente noticias de Temistio. A este año correponde el *Discurso* XV, que a pesar de la táctica habitual de evitar los asuntos bélicos e incidir en la humanidad del emperador, se pronuncia con ocasión de una entrada triunfal en la ciudad. El problema bárbaro, junto a la acostumbrada imaginería de apologética imperial, serán los temas dominantes en los panegíricos de este período hasta la conclusión de la paz con los godos en otoño del 382. En esta línea, el *Discurso* XVI no es sino una *gratiarum actio* por la paz y por el consulado que el general Saturnino, que tan decisivo papel pudo haber jugado en la presentación de Temistio a la corte de Constancio, recibió como reconocimiento a su labor negociadora.

Pero es al año siguiente cuando nuestro autor alcanza el techo de su carrera. Antes de partir para enfrentarse con el

62 Zósimo, IV 33, 1.

usurpador Máximo[63], Teodosio lo designa prefecto de la ciudad, lo que le proporciona de inmediato la presidencia del Senado. En el *Discurso* XVII, pronunciado en los primeros días del ejercicio del cargo, expresa su agradecimiento por la designación. Temistio aceptaba de este modo el ofrecimiento que, según su propio testimonio, había rechazado repetidamente en el pasado, y que lo conduciría a un grado de compromiso con el poder que habría de valerle las críticas más feroces de sus adversarios. El paganismo militante, que consideraba su investidura una traición a la filosofía y al helenismo, se manifestó a través del conocido epigrama de Páladas dirigido contra su persona[64]. Durante su ejercicio del cargo pronunció, aparte del ya citado *Discurso* XVII, el *Discurso* XXXI, en el que defendía con no demasiada contundencia su posición como presidente del Senado, y el *Discurso* XVIII, anterior a septiembre del 384, fecha del nacimiento de Honorio, segundo hijo de Teodosio. A finales del 384 o comienzos del 385 Temistio ya ha abandonado el cargo, lo que hace pensar en el fracaso de su gestión[65]. A estos últimos años corresponden el *Discurso* XIX, pronunciado en el Senado a finales del verano del 384, posiblemente en presencia de Teodosio, y la gran recapitulación de su vida y apología de su trayectoria personal que es el *Discurso* XXXIV, pronunciado en los primeros meses del 385. Después de esta fecha perdemos por completo el rastro de Temistio. Una mención, la última, de la *Carta* XVIII de Libanio[66], fechada en abril o mayo del 388, fija el *terminus post quem* para la muerte del gran orador y filósofo político de Constantinopla.

[63] Es lo que piensa G. Dagron, «L'empire...», págs. 11-12, que fecha el inicio de la prefectura a comienzos del 384. Otros han propuesto el otoño de este mismo año (O. Seeck, *Die Briefe...*, págs. 305-306) o incluso el 383 (H. Scholze, *De temporibus...*, págs. 54-56; H. Schneider, *Die 34. Rede...*, págs. 42-53).

[64] *Vid. infra* cap. 3, con cita.

[65] G. Dagron, «L'empire...», pág. 12. El autor defiende su gestión en XXXIV 11 ss.

2. *Obra*

Conservamos la mayor parte de la producción de Temistio, tanto la filosófica como la oratoria[67], aunque hemos de lamentar la pérdida de obras de enorme interés para nuestro conocimiento del autor y de la historia del siglo IV, particularmente algunos panegíricos dirigidos a Juliano y a Valente. Para saber con relativa exactitud la proporción que representan dentro del corpus temistiano original las obras preservadas hasta hoy, hemos de confrontar nuestros datos actuales con las referencias antiguas. Y en este punto tienen una gran importancia los testimonios de Focio y de la *Suda*. El primero[68] da fe de treinta y seis «discursos políticos» *(lógoi politikoí)* dirigidos a Constancio, a Valente y Valentiniano el Joven, y a Teodosio, así como de una obra filosófica integrada por «comentarios» *(hypomnémata)* de Aristóteles, por «metáfrasis» (de los *Analíticos,* de los libros *Sobre el alma,* y de la *Metafísica,* entre otras que asegura haber visto personalmente *—metaphráseis autoû eídomen—),* y por «trabajos exegéticos» sobre Platón *(eis tà Platonikà exegeti-*

[66] O. Seeck, *Die Briefe...*, pág. 306.

[67] El primer recuento completo de la obra temistiana se encuentra en W. Stegemann, «Themistios», cols. 1650-1669. No obstante, la referencia actual sigue siendo G. Dagron, «L'empire...», págs. 14-26, que revisa muchos de los datos del primero. Cf. *etiam* J. Vanderspoel, *Themistius...*, pág. 229.

[68] Focio, cód. LXXIV.

koì pónoi). La *Suda*, por su parte[69], menciona unas «paráfrasis» *(paraphráseis)* de la *Física*, de los *Analíticos*, del tratado *Sobre el alma* y de las *Categorías*, a lo que añade escuetamente que también compuso «disertaciones» *(dialéxeis)*.

a) Paráfrasis

Por tradición griega conservamos las paráfrasis de los aristotélicos *Analíticos segundos*, de la *Física* y del tratado *Sobre el alma*. Contamos además con versiones hebreas de la paráfrasis del tratado *Sobre el cielo* y de la del libro XII de la *Metafísica*, así como con versiones árabes de la paráfrasis de este mismo libro de la *Metafísica* y de una parte de la del tratado *Sobre el alma*[70]. Están atestiguadas, pero se han perdido, las paráfrasis de las *Categorías*[71], de los *Tópicos*[72] y del *De sensu*[73]. Hoy se consideran espurias las paráfrasis de los *Parva Naturalia* y del *De sensu* editadas por

[69] *Suda*, s.u. «Themístios» (vol. 2, pág. 690 ADLER).

[70] Las paráfrasis han sido editadas por L. SPENGEL, *Themistii Paraphrases Aristotelis Librorum quae supersunt*, 2 vols., Leipzig, 1866. En los *Comentaria in Aristotelem Graeca* pueden consultarse las ediciones de los *Analytica posteriora* (V 1, a cargo de M. WALLIES), de la *Physica* (V 2, a cargo de H. SCHENKL) y del *De anima* (V 3, a cargo de R. HEINZE). Cf. *etiam* C. LOHR (ed.), *Comentaria in Aristotelem Graeca. Versiones Latinae XVII: Themistii Paraphraseos*, Frankfurt, 1978; L. MINIO-PALUELLO (ed.), *Aristoteles Latinus. Ps. Augustini Paraphrasis Themistiana*, París, 1961; FR. SCHRÖDER, R. M. TODD (eds.), *Two Greek Aristotelian Commentators on the Intellect: the De intellectu Attributed to Alexander of Aphrodisias and Themistius' Paraphrase of Aristotle De Anima 3.4-8*, Toronto, 1990.

[71] Además del testimonio de la *Suda*, se alude a ella en la *Paráfrasis de la Física* (pág. 4 SCHENKL) y en el *Discurso* XXI 256a.

[72] *Paráfrasis de los Analíticos*, pág. 42 WALLIES.

[73] *Paráfrasis de los Analíticos*, págs. 70, 77 WALLIES.

Spengel y conservadas bajo el nombre de Temistio[74]. De los «comentarios» sobre Aristóteles y de los «trabajos exegéticos» sobre Platón que menciona Focio no tenemos el menor rastro, mientras que el término «metáfrasis» equivale al más correcto «paráfrasis».

Basándose en el texto de Focio, Steel[75] defendió la tesis de que Temistio escribió comentarios exegéticos ordinarios además de las paráfrasis. Posteriormente, Blumenthal[76] dedicó un trabajo a refutarla punto por punto. En su opinión, la base de Steel es sumamente endeble, además de que su tesis complica terriblemente la tradición exegética de Aristóteles, ya que habría que suponer la existencia de un importante corpus entre la obra de Alejandro de Afrodisias y la de los comentaristas neoplatónicos de los siglos v y vi, un corpus sobre el que carecemos de cualquier otro testimonio. En lo que respecta a las supuestas exégesis de Platón, el propio Dagron puso ya en tela de juicio la noticia de Focio, que se estaría dejando llevar por la familiaridad que el orador demuestra en sus discursos con la filosofía del ateniense. De hecho, Focio alude a ellas con una expresión tan vaga como «trabajos exegéticos», lo que Todd interpreta como una referencia a reflexiones puntuales contenidas en sus paráfrasis sobre determinados aspectos de las doctrinas de Platón[77]. Vanderspoel[78], que niega también la existencia de los comentarios de Aristóteles y de Platón, recurre a dos pasajes del propio Temistio para arrojar luz sobre toda esta cuestión. En el *Discurso* XXIII (294d) el autor alude a unos

[74] G. DAGRON, «L'empire...», pág. 16.

[75] C. STEEL, «Des commentaires...», págs. 669-80.

[76] H. J. BLUMENTHAL, «Photius on Themistius...», págs. 168-82.

[77] F. M. SCHRÖDER, R. B. TODD, *Two Greek...*, pág. 34.

[78] J. VANDERSPOEL, «The Themistius' Collection...», págs. 162-64; y *Themistius...*, págs. 226-27.

«tratados» *(syggrámmata)* de su juventud cuya publicación habría autorizado ante la cantidad de copias que circulaban, lo que parece una clara referencia a una primera versión de las paráfrasis en la que falta cualquier alusión a «comentarios». Por otro lado, Focio puede haber interpretado incorrectamente la noticia del *Discurso* IV (60c ss.) sobre la donación que el autor hizo de su propia obra a la recién creada biblioteca de Constantinopla: en éste se alude también a que la biblioteca preservaba «todo el coro del Liceo y de la Academia», con inclusión tanto autores originales como de comentarios, lo que pudo llevar a Focio a una atribución errónea.

Las paráfrasis son, en cualquier caso, el único testimonio conservado de la labor filosófica *stricto sensu* de Temistio, quien, por otro lado, no las consideraba sino el fruto de una larga tradición familiar. Con todo, aunque parece evidente que su amplia difusión (que se prolonga a lo largo de la Edad Media) se justifica por su utilidad didáctica, existen serias dudas sobre la aducida falta de originalidad, que quizá no sea más que falsa modestia[79]. Lo cierto es que la aportación de Temistio a la historia de la filosofía no debe calibrarse en términos de originalidad hermenéutica, sino por el formato divulgativo de sus exposiciones[80] y por el hecho, perfectamente analizado por Blumenthal[81], de que una obra compuesta aproximadamente entre los años 337 y 357, en pleno auge del neoplatonismo, se mantenga dentro de la más estricta tradición peripatética y al margen de las innovaciones introducidas por el platonismo medio. Su admiración por Platón, ya reconocida por Libanio y por Gre-

[79] G. Dagron, «L'empire...», pág. 7.
[80] J. Vanderspoel, *Themistius...*, pág. 228.
[81] H. J. Blumenthal, «Themistius: the Last...», págs. 113-23.

gorio de Nacianzo[82], no le impide criticar determinadas doctrinas del ateniense y, sobre todo, no lo condiciona para practicar la metodología contemporánea de interpretar a Aristóteles a la luz del texto de Platón.

b) Discursos

Focio menciona, como hemos podido comprobar, treinta y seis «discursos políticos», discursos a los que la *Suda* alude vagamente como «disertaciones». Es evidente que en esta cifra queda comprendida la totalidad de la producción oratoria hoy conservada, aunque los editores modernos reserven el calificativo de «políticos» para los dieciocho primeros (del I al XI y del XIII al XIX), mientras que a los demás se les aplica la etiqueta de «privados» (del XX al XXXIV)[83]. Sin embargo, no se puede acusar a Focio de inexactitud, ya que, en cuanto a su temática, casi todos los discursos se ajustan a la etiqueta de políticos, siendo la única nota diferenciadora de los dieciocho primeros el hecho de que se pronunciaran en celebraciones oficiales[84]. El *Discurso* XII, por último, aparentemente preservado en una versión latina con el título de *Ad Valentem de religionibus,* es una obra apócrifa atribuida desde Förster al erudito Andreas Dudith[85] (1533-1589), y no pasa de ser un centón del panegírico a Joviano *(Discurso* V). Su coartada histórica es, como vimos, la noticia del discurso pronunciado en Antioquía

[82] Gregorio de Nacianzo, *Epíst.* 24; Libanio, *Epíst.* 793.
[83] La edición de Downey-Norman los agrupa en volúmenes separados.
[84] Por este motivo Maisano, en su reciente edición, los agrupa bajo el epígrafe de «discorsi ufficiali»: R. Maisano, *Discorsi...*, pág. 81. Los *Discursos* XXXI y XXXIV, incluidos en el grupo de los «privados», bien podrían clasificarse, si nos atenemos a su temática, entre los políticos. Cf. G. Dagron, «L'empire...», pág. 17, n. 81.
[85] R. Förster, «Andreas Dudith...», págs. 74-93.

en el 375/6 para disuadir a Valente de la persecución de los nicenos «homousianos».

Conservamos, por lo tanto, un total de treinta y tres discursos auténticos, dieciocho de ellos panegíricos oficiales dirigidos a Constancio II (I-IV), Joviano (V), Valente (VI-VIII, X-XI), Valentiniano el Joven (IX), Graciano (XIII) y Teodosio (XIV-XIX). A ello debe añadirse un breve fragmento (situado al final del *Discurso* XXIII pero sin relación con él) que Scholze[86] consideró procedente de un perdido *Sobre la prudencia (Perì phronḗseōs)*. Por tradición indirecta nos han llegado otras tres obras temistianas: un tratado *Sobre el gobierno del Estado,* en forma de discurso y conocido a través de dos manuscritos en su versión árabe, que a su vez procede con toda seguridad de una primera versión siríaca; un discurso titulado *Sobre la virtud (Perì aretês),* conservado en una versión siríaca del siglo VI; y finalmente, a través de Estobeo, los fragmentos en griego de un discurso *Sobre el alma (Perì psychês)*[87].

Partiendo de estos datos, Dagron[88] sumó a los treinta y tres discursos conservados el texto arábico, el siríaco y el fragmentario *Sobre el alma,* para llegar a los treinta y seis discursos de Focio, aunque el propio autor reconocía que se trataba menos de una concordancia rigurosa que de una simple coincidencia. No obstante, quedaba claro que el *corpus* temistiano preservado se aproximaba mucho al original. Vanderspoel[89] ha propuesto sumar a aquellos treinta y tres el fragmentario *Sobre la prudencia,* el fragmentario *Sobre el alma* y el discurso de Constancio al Senado *(Dēmēgoría Konstantíou),* conocido también como «carta» de Constancio al Senado[90], a la que Focio alude por separado, pero que podría haberse contado entre las piezas oratorias del corpus. También de este modo se alcanza la cifra de Focio, y sin necesidad de recurrir a tradiciones no griegas que posiblemente no habrían estado a disposición del erudito bizantino. En cualquier caso, y sean o no correctas todas estas operaciones, puede afimarse que la obra de Temistio que conocemos no difiere demasiado de la que pudo consultar Focio, quien, dado que no menciona a Juliano entre los emperadores que fueron objeto de los panegíricos, puede que ya no tuviera acceso al dirigido a este monarca[91]. Otros posibles discursos pronunciados por Temistio, aunque quizá nunca llegaron a publicarse, son el que compuso para dar cuenta de su embajada a Roma en el 357, los discursos pronunciados ante Valente para que éste concluyera la paz con los godos, que se pueden considerar, no obstante, simples discusiones[92], y el ya mencionado discurso ante Valente para aliviar la persecución de los cristianos nicenos. Para terminar, un escolio de una carta de Libanio cita el único fragmento conservado de una carta de Temistio[93].

[86] H. Scholze, *De temporibus...*, pág. 79.

[87] Todos los fragmentos y las versiones arábicas y siríacas forman parte del volumen III de la edición de Downey-Norman, que citamos completa en la bibliografía.

[88] G. Dagron, «L'empire...», pág. 18.

[89] J. Vanderspoel, *Themistius...*, pág. 229.

[90] El término *epistolé* es el empleado por la valiosa noticia del *Salmanticus* I-2-18, que nos informa sobre la fecha y protagonistas de la lectura. Cf. en el apéndice la introducción al *Discurso de Constancio al Senado en favor de Temistio.*

[91] *Vid. supra* cap. 1.

[92] J. Vanderspoel, *Themistius...*, pág. 229, n. 29.

[93] Libanio, *Epist.* 241.

3. *Controversias sobre el papel del filósofo*

Se ha señalado con gran acierto[94] que un elemento unificador de la compleja trayectoria vital de Temistio es el hecho de que siempre se mantuviera cerca del poder, con independencia de su grado de entendimiento con el emperador reinante. Este rasgo, que tanto lo caracteriza y que tanto lo distancia, por otro lado, de la sistemática aversión por la política activa de buena parte de sus contemporáneos, entre ellos Libanio, convierte a nuestro autor en el exponente más claro de una de las formas que adoptó el helenismo para responder a las nuevas circunstancias del siglo IV. Frente a la percepción simplista de antaño, que interpretaba el llamado «Bajo Imperio» en términos de un enfrentamiento básico entre cristianos y paganos, hoy sabemos que la respuesta del helenismo ante las nuevas circunstancias históricas no fue en absoluto unánime y que en su propio seno se configuraron diversas corrientes de pensamiento[95], de modo paralelo, por cierto, a lo que ocurría en el lado cristiano.

Temistio es el prototipo de intelectual integrado, mientras que colegas como Libanio, filósofos profesionales como los de la escuela de Atenas o los seguidores de Jámblico, con su biógrafo al frente, Eunapio de Sardes, se mantienen siempre en una posición marginal. Mientras que el primero intentó extraer de su formación clásica un arsenal ideológico para satisfacer las exigencias de su tiempo, en un

[94] G. DAGRON, «L'empire...», pág. 84.

[95] A este respecto han sido fundamentales, además del trabajo de G. DAGRON, dos artículos de L. CRACCO RUGGINI: «Simboli di battaglia...», págs. 177-300, que corrige en determinados puntos al anterior, y «Sofisti greci...», págs. 402-25.

intento, por otro lado, de garantizar la supervivencia de la propia *paideía,* los segundos, agrupados en torno a la figura idealizada de Juliano, se aferraron a un helenismo de corte tradicional (o a lo que ellos entendían como tal) que los abocaba a un proceso de marginación política y cultural. A sus ojos, Temistio aparecía como un traidor a la causa helena, contaminado por el poder y convicto de introducir innovaciones *(kainourgeîn, neoterízein)* en la tradición heredada. Las polémicas en las que éste se vio envuelto a lo largo de su vida, desde las primeras disputas académicas en los años de juventud hasta las que hubo de mantener por su colaboración política con Constancio II y con Teodosio, deben entenderse dentro de este marco de enfrentamiento.

Las discrepancias políticas con Juliano, que se evidencian en la *Carta a Temistio,* la difícil relación de amor-odio que mantuvo con Libanio, plasmada felizmente en el epistolario, o la deliberada exclusión de Temistio de las *Vidas de filósofos y sofistas* de Eunapio de Sardes[96] nos ayudan a precisar los rasgos del helenismo «ortodoxo». El intelectual, para estos helenos, ha de mantenerse al margen de la política activa, bien porque la retórica o la filosofía son sencillamente incompatibles con la responsabilidad política[97], o bien porque el poder es intrínsecamente perverso, según la concepción más radicalizada que siguió a la muerte de Juliano y que se constata en el aludido epigrama de Páladas. A semejante abstención va unida la idea de que la *paideía,* particularmente la filosofía, ha de mantenerse con toda su pureza en manos de una minoría ilustrada, cuyo trasfondo social es, de hecho, el de las élites provinciales que se mantienen al margen de los nuevos centros de poder. Libanio,

[96] R. J. PENELLA, *Greek Philosophers...*, págs. 134-37.

[97] JULIANO, *Carta a Temistio* 264b-266c.

con su defensa de Antioquía y de la autonomía de las ciudades de Oriente frente a la burocracia y el centralismo de Constantinopla, representado por el senador Temistio, es un claro portavoz de esta corriente de pensamiento. Los filósofos neoplatónicos, agrupados en círculos cerrados en los que se venera a un «hombre divino»[98] y devotos de una filosofía que se concibe como iniciación a los secretos de la teúrgia, son su manifestación más extrema. La concepción del helenismo como un conglomerado de fe y de cultura (según un enfoque unitario que aspira a la síntesis global), una anacrónica visión del Imperio vecina a las concepciones de la Segunda Sofística (vinculada al evergetismo local y a la autonomía municipal), un nacionalismo a ultranza que excluye toda contaminación con lo bárbaro o con lo cristiano, que se identifican[99], y el consiguiente refugio en unos cenáculos progresivamente marginados son, por lo tanto, los rasgos distintivos de esta corriente pagana que busca en la interiorización y en la salvación individual lo que Temistio, su «heterodoxo» opositor, persigue en el terreno político.

El fundamento de la heterodoxia de Temistio, que sus contemporáneos juzgaron acomodaticia, es el empeño por adaptar la tradición política y cultural del helenismo a las nuevas condiciones de la Antigüedad tardía[100]. En este compromiso personal nuestro autor se nos presenta ante todo como un «filósofo político», «cuyo único fin», según la nota preliminar del *Discurso* IV, «es contribuir al provecho y al bien de la ciudad». El ejercicio de esta posición filosófica es el origen de todos los enfrentamientos de Temistio con sus

[98] G. Fowden, «The Pagan Holy Man...», págs. 33-59.

[99] Eunapio acusa a los monjes cristianos de abrirle a Alarico las puertas de la Hélade: *Vidas de filósofos y sofistas* VII 3, 4-5.

[100] S. A. Stertz, «Themistius: a Hellenic Philosopher-Stateman...», pág. 349.

contemporáneos, cuyo análisis estructuró L. Méridier[101] en tres actos sucesivos: los primeros años de su labor profesoral, la fase de plena colaboración con Constancio y el período como *praefectus Urbis* bajo Teodosio.

Si durante la primera fase el tono de las polémicas se mantiene dentro del ámbito académico, con discusiones sobre la enseñanza de la filosofía y su dimensión pragmática[102], a partir del 359 el debate se recrudece por el compromiso adquirido con el régimen de Constancio. En palabras de Dagron, «de l'enseignement de la philosophie on passe au rôle politique du philosophe»[103]. Temistio responde a quienes le acusan de «sofista», con toda la carga peyorativa que comportaba el término, autocalificándose de «filósofo político» (XXIII 286b; XXVI 314d); y ante los que le reprochan su «traición» al helenismo, defiende su fidelidad a las más antiguas tradiciones (XXIII 288c-289b), concretamente a la que representan Aristóteles y tantos otros pensadores del pasado que abogaron por la dimensión práctica de la filosofía (XXVI 317d-320a). Ignora a quienes lo acusan de recurrir a sobornos y al apoyo imperial para abastecer de estudiantes sus aulas (XXIII 288a, c, 289b-c, 291d-292a); contra quienes lo califican de mercenario apátrida, proclama su adhesión a Constantinopla y el rechazo de jugosas ofertas para desplazarse a otras ciudades —Roma y Antioquía en especial— (XXIII 297b-298a); pero ante todo, niega que haya claudicado en su independencia y en su dignidad de filósofo por ambición política (XXIII 291d-292d). Sus re-

[101] L. Méridier, *Le philosophe...*, págs. 1-45, 86-117. Cf. J. G. Smeal, *Themistius: the 23rd Oration*, págs. 19-42; G. Dagron, «L'empire...», págs. 36-82.

[102] Para estas polémicas correspondientes a la primera fase *vid. infra* cap. 5.

[103] G. Dagron, «L'empire...», pág. 45.

nuncias a cargos y a privilegios económicos nos revelan a un hombre que todavía considera indeseable una medida excesiva de vinculación al poder, vinculación que se simboliza en la disciplina del militar *(strateúesthai)* frente a la libertad del ciudadano *(politeúesthai)*.

En la época de Teodosio, el cortesano ya maduro que es Temistio ha dado un paso adelante en la implicación con el poder y tiene que justificar la aceptación de un cargo. Los *Discursos* XVII, XXXI y XXXIV salen al paso de las críticas a su nombramiento como *praefectus Urbis,* críticas que nunca inciden, por otro lado, en aspectos concretos de gestión u oportunidad política, sino en el principio mismo de su designación [104]. En el primero de ellos, pronunciado en el Senado al poco tiempo de su nombramiento, se anticipa a la reacción virulenta de sus contemporáneos defendiendo desde el exordio la necesidad de que la filosofía se implique en la política. «Después de mucho tiempo», dice Temistio, «nuestro divino emperador ha devuelto a la filosofía al cuidado de los asuntos públicos» [105]. Y continúa:

> «Hasta ahora se le permitía a la filosofía entrenar a los luchadores para los certámenes públicos y mantenerse ella, por su parte, en apacible e inactiva contemplación; pero este príncipe, en vez de dejarla reducida a la contemplación, la invita a bajar a la arena y le brinda la oportunidad de convencer a la multitud de que no es un mero razonar sin efectos prácticos, sino una práctica efectiva supervisada por la razón, y que no se limita a la despreocupada enseñanza de los principios del arte de gobernar, sino que incluye también la puesta en práctica de estos principios. Estos tiempos nos han traído a un monarca que asume la antigua doctrina de que los asuntos de las ciudades marcharán bien en el momento en que coincidan la maestría dialéctica y la potestad para actuar, y ambos, la filosofía y el poder político, apunten al mismo objetivo.»

[104] *Ibidem,* pág. 49.
[105] XVII 213c.

El papel del filósofo no se limita ya a la instrucción del monarca o a la labor de consejero, sino al compromiso activo en política, que se funda además en «una antigua doctrina». Nada más lejos de la irónica invitación que Juliano le había dirigido años atrás para que se consagrara a sus estudios y a la enseñanza minoritaria [106]. Con esta prefectura asistimos de hecho al cumplimiento del programa político que Constancio II le había trazado al orador en su discurso encomiástico dirigido al Senado [107].

El *Discurso* XXXI es una respuesta a las primeras críticas por su nombramiento. En esta ocasión el prefecto de Constantinopla busca en la tradición filosófica nuevos argumentos contra sus oponentes. De los dos caminos que ofrece la filosofía, el divino y el práctico, él ha optado por el segundo debido a su utilidad pública; y con ello ha llevado la filosofía al corazón del Estado siguiendo los pasos de Sócrates, Aristóteles y los Siete Sabios, que unieron la teoría y la práctica y demostraron la utilidad de la especulación filosófica (XXXI 352a). Por último, el XXXIV, recapitulación final de su vida, responde desde la perspectiva del ciudadano que ha vuelto a su privacidad a críticas tan terribles como la del epigrama de Páladas, en el que el carruaje celestial del filósofo se ve degradado por el carruaje de plata de la prefectura [108]:

[106] JULIANO, *Carta a Temistio* 262 d; 265b - 267a.
[107] G. DAGRON, «L'empire...», pág. 62.
[108] *Antología Palatina* XI 292. Cf. A. CAMERON, «Notes on Palladas», especialmente las págs. 219-25; H. SCHNEIDER, *Die 34 Rede...* , pág. 14.

Subido a un carro celestial viniste a desear
un carro de plata. ¡Vergüenza infinita!
Estabas en lo más alto y has caído en lo más bajo.
¡Asciende ahora hasta abajo, una vez descendido a lo alto!

En su amplia defensa[109] Temistio alude una vez más a la labor legislativa de los Siete Sabios y a los precedentes de Sócrates, Platón y Aristóteles (XXXIV 3-6), y aduce ejemplos de filósofos comprometidos, como el de Sócrates como prítano o el de Jenofonte en la expedición de los Diez Mil (XXXIV 10)[110]. Pero por encima de todo, presenta su aceptación de la prefectura como la conclusión lógica de una carrera política y filosófica iniciada ya bajo Constancio (XXXIV 13). Con ello, el concepto de «filosofía política» alcanza finalmente su sentido más profundo (el pleno ejercicio del poder), y se asienta sobre la base de una tradición clásica que refuta de inmediato cualquier acusación de heterodoxia.

4. *Ideas sobre la realeza*

La filosofía política[111] de Temistio no es sino una justificación ideológica del imperio constantiniano, aunque no

[109] Analizada con detalle por L. Méridier, *Le philosophe...*, págs. 100-112 y H. Schneider, *Die 34 Rede...*, *passim.*

[110] En los ejemplos de panegíricos anteriores los filósofos se limitaban a colaborar con el emperador, como Ario Dídimo o Trásilo. Véase en este sentido, a modo de ejemplo, V 63d.

[111] El estudio de G. Dagron, «L'empire...», págs. 1-241, sigue siendo hoy por hoy, con todas las reservas que se la han venido formulando con el tiempo, la exposición más completa y profunda del pensamiento de Temistio, y supera con mucho la primera aproximación de V. Valdenberg, «Les discours politiques...», *passim.* Además de los clásicos trabajos de Fr. Dvornik *(Early Christian...*, Washington, 1966) y J. Straub *(Vom Herrscherideal...*, Stuttgart, 1933), que contienen referencias preciosas sobre la filosofía política de Temistio, son muchas las contribuciones puntuales que han de tenerse también en cuenta.

arranca de un enfoque teológico-cristiano de la historia como el de Eusebio de Cesarea, sino del helenismo tradicional. El afán del nuevo régimen por encontrar semejante apoyo intelectual favoreció sin duda que, desde su primer contacto en Ancira, Constancio incorporase a Temistio a la corte. Y de ahí también la feroz oposición de una intelectualidad pagana que creía asistir a la tergiversación de los valores heredados.

Temistio encuentra en Dión de Prusa el modelo de «filósofo político» que habrá de inspirarlo durante toda su vida, y en sus panegíricos a Trajano, la fuente inmediata de buena parte de sus ideas sobre la realeza[112]. Aun así, el material utilizado remonta a un extenso catálogo de motivos sobre la realeza que, bajo la influencia de Platón, Aristóteles e Isócrates, se codifica en los tratados pitagóricos de la época helenística atribuidos en Estobeo a Ecfanto y Diotógenes[113], de donde se incorpora después a los tratados de retórica de época imperial, particularmente al del rétor Menandro. De esta tradición beberá todo el corpus encomiástico que, después de Dión de Prusa, cuenta entre sus autores

[112] El trabajo de J. Scharold, *Dio Chrysostom und Themistius,* no es más que un extenso catálogo de las referencias dioneas en los panegíricos de Temistio. Cf. *etiam* J. Mesk, «Dion und Themistios», págs. 556-58; G. Dagron, «L'empire...», págs. 85 ss.; V. Valdenberg, «Discours politiques...», págs. 557 ss.; S. A. Stertz, «Themistius: a Hellenic Philosopher-Stateman...», págs. 349-51; A. Brancacci, *Rhetorikè philosophoûsa*, págs. 122 ss.

[113] Estobeo, IV 244-5, 263-79 Wachsmuth-Hense. Cf. H. Thesleff, *An Introduction of the Pythagorean Writings of the Hellenistic Period,* Abo, 1961; Fr. Dvornik, *Early Christian...*, Washington, 1966.

más destacados al propio Temistio, a Juliano (cuyos panegíricos a Constancio están claramente influidos por el anterior), a Libanio (particularmente el *Discurso* LIX) y a Sinesio de Cirene (singularmente en su tratado *Sobre la realeza).* Por último, semejante catálogo de motivos encuentra su formulación cristiana más decisiva en Eusebio de Cesarea, cuyas ideas sobre la realeza y su concepción del imperio son, a pesar de la disparidad de los puntos de partida, sumamente próximas a las de nuestro autor[114].

El monarca que Temistio toma de esta tradición se define por una serie de lugares comunes que Stertz ha sintetizado perfectamente[115]: es, para empezar, semejante a Dios (I 9c, 34b)[116]; el propio Dios lo ha enviado por amor a la Humanidad (I 15b-c); su imperio es una imitación del imperio celestial (I 9b); su esencia regia, que no su persona particular, es enteramente divina (I 3b); es «ley viviente» *(nómos émpsychos)* (I 15b); se opone al tirano en todos los aspectos (I 8c); es Dios el que lo elige, aunque se valga para ello de la mediación humana (V 65d-66d); en cuanto procedente de lo alto, se le pueden aplicar los epítetos homéricos que aluden a su crianza y su origen divinos, *diotrephés* y *diogenés* (II 34d); imita a Dios y es imitado por sus súbditos (IV 51d; IX 127b); recibe de Dios la ciencia del gobierno (XI 142d-143a); su justicia es asilo contra las leyes escritas (XIX 227c); nace ya rey y se convierte en rey por su naturaleza (II 36d); es semejante al Sol (IV 49a-52c; XI 150b; XVI 22b) y a un pastor (I 9b); armoniza las fuerzas del Estado (IX

[114] Cf. N. H. Baynes, «Eusebius and the Christian...», págs. 168-72.

[115] S. A. Stertz, «Themistius: a Hellenic Philosopher-Stateman...», pág. 350.

[116] Los pasajes se citan a modo de ejemplos. En las notas correspondientes encontrará el lector referencias a lugares paralelos de otros discursos.

122c); su realeza se funda en el ejercicio de la virtud y no en sus atributos externos (II 35 ss.); y por último, lo adorna un catálogo tradicional de virtudes entre las que destacan la humanidad, la templanza, la mansedumbre, la verdad y la justicia (IV 61c-d). De la tradición romana procede, en cambio, el tópico del emperador que vive al aire libre, sirve como soldado y se educa en las dificultades de la vida (VIII 113d-114b).

Temistio no se limita, sin embargo, a repetir mecánicamente este catálogo de tópicos; ni siquiera los elabora según el mismo criterio que el de Prusa. Si en los dos primeros panegíricos a Constancio mantiene aún una clara dependencia de su modelo, ello se debe a que predomina aún el componente teórico. A partir del *Discurso* IV los perfiles del monarca ideal se van enriqueciendo con la propia experiencia política del orador, de manera que podemos encontrar junto a la encarnación del perfecto soberano (el emperador destinatario del panegírico) alguna contrafigura que viene a funcionar como su negativo tiránico: Magnencio, en el *Discurso* IV; y más adelante, en época de Valente, Procopio, particularmente en el *Discurso* VII. A ello debe añadirse que, desde las elaboraciones teóricas de los primeros panegíricos, Temistio va desarrollando una técnica sutil de transmitir mensajes de rigurosa actualidad a través del formalismo del encomio, técnica de especial utilidad en el reinado de Valente por las frecuentes discrepancias entre orador y monarca. Por último, puede afirmarse con Dagron[117] que la perspectiva temistiana sobrepasa el marco ético de los panegíricos de Dión y de los tratados helenísticos sobre la realeza: la noción teórica del imperio universal, regido por un monarca que es dueño de sus actos, se realiza ahora en un imperio

[117] G. Dagron, «L'empire...», págs. 86-90.

concreto, integrado «por toda la tierra y el mar», esencialmente ecuménico y potencialmente integrador, por lo tanto, de pueblos extraños, en la misma línea que el imperio cristiano de Eusebio de Cesarea, y dotado, por lo demás, de un centro político que no es otro que Constantinopla, la «bella ciudad», la «ciudad reina», la «segunda Roma» fundada por Constantino, que está llamada a ser el ojo de un único cuerpo (VI 83c). En definitiva, el tema helenístico y romano de la realeza cósmica se concreta en la realidad de un imperio bizantino dotado de una capital con vocación de universalidad[118].

Esta concepción temistiana de la realeza se opone frontalmente a la elaboración teórica de la epístola de Juliano[119]. Frente al anacronismo de abogar por un príncipe que no pasa de ser un *primus inter pares* y que rechaza el título de *dominus,* un magistrado supremo que funda su legitimidad en el sometimiento a la ley y que en modo alguno procede de Dios o está dotado de una esencia superior, Temistio elabora una imagen de la monarquía más acorde con el imperio constantiniano y destinada, por lo tanto, a perdurar a través de Bizancio. El soberano, según Temistio, no funda su poder en un marco legal, sino en una legitimidad que descansa más allá de lo humano. Temistio es un firme defensor del origen divino de la realeza. El imperio terreno no es más que una proyección a lo humano del imperio celeste (I 9b; VIII 118d-119a), mientras que el emperador (al que nuestro autor denomina *autokrátor* en contadas ocasiones, ya que prefiere llamarlo «rey», *basileús)* es el representante en la tierra de Dios (I 3b; II 34d; XIII170ab), el Dios único que es Rey del cielo y Padre de los hombres (I 8a-b, 9 b-c; II 34c;

[118] *Ibidem,* pág. 89.

[119] FR. DVORNIK, «The Emperor Julian's...», págs. 71 ss.

X 132b; XI 142d-143a; XVIII 219a; XIX 233a). Dios es el que nombra al emperador, aunque se valga de la mediación de la elección humana (V 65d-66c, a propósito de la elección de Joviano; VI 73b-c, por la de Valente), dado que el rey posee esta condición por naturaleza (XIX 233b). De este modo, la realeza se ve robustecida por el hecho de que se encuentra bajo el respaldo, la aceptación y la protección de la gracia divina. Ahora bien, la que goza propiamente de esta gracia es la institución monárquica; el soberano debe demostrar que está en posesión de una verdadera naturaleza regia. Si los «escritos de los asirios», los textos bíblicos, aseguran que «el corazón del rey está guardado en la mano de Dios»[120], el monarca ha de evitar que la divinidad le retire esta protección. A este fin ha de hacer honor a su esencia superior (I 5c-6c; IX 126a; XIII 170a-b) y aspirar en todo momento a transformarse en una imagen de Dios *(eikòn theoû),* para lo que Temistio recurre al concepto platónico-estoico de «asimilación a la divinidad» *(tò Diì homoiothênai)*[121]. Esta asimilación, que en Eusebio implicaba el reconocimiento del Dios verdadero, la propagación de la fe y la conversión del imperio, adopta en nuestro autor un tono pagano genuinamente filosófico: el príncipe ha de dirigir su mirada hacia el orden divino (IX 127a) y cultivar las virtudes propias de la divinidad, entre ellas la única que es exclusiva de Dios: la «humanidad» o *philanthrōpía.*

El elemento más original de teoría temistiana de la realeza es el lugar central que dentro de ella ocupa este concepto de «humanidad» o *philanthrōpía.* Se trata de una idea recurrente en todos los panegíricos conservados y recibe una atención particular en el primero de ellos, titulado *Cons-*

[120] *Proverbios* 21, 1. Cf. XI 147c; VII 89d; XIX 229a.

[121] XV 188b. Cf. PLATÓN, *Teeteto* 176a.

tancio o Sobre la humanidad. Según Temistio, son numerosas las virtudes que han de adornar al monarca, pero todo el «coro» de virtudes encuentra en aquella virtud su fundamento último. Igual que existe una virtud propia de cada animal y de cada una de las actividades humanas, la virtud que deja su impronta en el alma del príncipe, que sólo a él le conviene y que sólo en él tiene eficacia práctica, es la humanidad (I 5b-c).

El concepto es, desde luego, bastante antiguo, con su sentido básico de «une disposition générale de bienveillance et de bienfaisance à l'egard des hommes», según la definición de Festugière[122]. Downey[123] ha trazado con toda claridad la historia de este término, que a partir del siglo IV a. C. deja de referirse al amor de los dioses por los hombres y se reserva en exclusiva para el amor entre los hombres, aunque en sus usos desde la época helenística hasta el Bajo Imperio siempre se aplica con un sentido de *philía* de un superior por un inferior, fundamentalmente de soberano a súbdito. Particular importancia tiene su empleo por Plutarco como virtud propia del hombre educado[124] y su traducción al latín por *humanitas,* así como la elaboración dionea[125] en relación con la imitación de Dios que se le ha de exigir al monarca. En el siglo IV d. C. el concepto de «humanidad» formaba parte del elenco de calificativos rituales del monarca, y de ahí que pasara a ocupar un lugar importante en Juliano,

[122] A. J. FESTUGIÈRE, *La révélation d'Hermès Trismégiste,* II: *Le Dieu cosmique,* París, 1949, pág. 301.

[123] GL. DOWNEY, «*Philanthropía* in Religion...», págs. 199-200.

[124] H. MARTIN, «The Concept of Philanthropía in Plutarch's *Lives», The American Journal of Philology* 82 (1961), 177.

[125] DIÓN DE PRUSA, I 17 ss.

en Libanio y en un buen número de autores cristianos[126]. Downey defiende, por último, que la originalidad de Temistio estriba en el énfasis particular que pone en esta virtud, todo ello dentro de una hipótesis que defiende que los autores paganos del siglo IV se consagraron a la elaboración de la *philanthrōpía* para oponer al cristianismo, que pretendía el monopolio de la virtud ética, un principio de conducta equiparable al del «amor fraterno» o *agápē.*

Daly ha situado la cuestión en sus justos términos al defender que la contribución de Temistio consiste en haber precisado el concepto dentro de un determinado marco político[127]. La *philanthrōpía* pasa a ocupar el lugar central del régimen absolutista y se convierte en rectora de las demás virtudes del soberano, entre ellas la piedad, la mansedumbre (normalmente en su acepción de clemencia) y la justicia *(eusébeia, prāiótēs, dikaiosýnē).* En tanto que la ejerce a través de sus obras, el emperador cumple su programa de asimilación a la divinidad. De este modo, la *philanthrōpía* se convierte en patrimonio exclusivo del monarca y se despoja de la acepción plutarquiana de «práctica de la beneficencia» en sentido amplio. El resultado es, de acuerdo con Daly, «an ironic return to its originally theistic character»[128].

Este príncipe asimilado a Dios y dotado, por lo tanto, de una naturaleza divina, va a mantener también con la ley una relación de esencial superioridad. En el antiguo debate jurí-

[126] Sobre Juliano contamos con el excelente estudio de J. KABIERSCH, *Untersuchungen zum Begriff der Philanthropia bei dem Kaiser Julian,* Wiesbaden, 1960, que también dedica importantes páginas a Temistio. Libanio lo relaciona con el concepto de «helenismo» en III 29, XI 155, 243 y XV 25. El *Discurso* I de Temistio (I 4a-b) nos recuerda que el término era frecuentemente aplicado al monarca.

[127] L. J. DALY, «Themistius' Concept...», págs. 24 ss.

[128] *Ibidem,* pág. 31.

dico-filosófico sobre la posición del rey con respecto a las leyes, Temistio toma partido por la primacía del monarca. Según su definición, el rey es «ley viviente» *(nómos émpsychos*: I 15b; V 64b-c), o lo que es lo mismo, la fuente misma de la legislación. La fórmula no es nueva; se recoge ya en el tratado de Diotógenes, aunque las primeras elaboraciones teóricas sean de Platón y de Aristóteles[129]. Temistio, no obstante, adopta el concepto con los matices éticos que le confiere Dión, para quien el emperador no ha de rendirle cuentas a la ley por aplicársela a sí mismo[130], pero lleva hasta las últimas consecuencias su desarrollo conceptual, según puede verse en las palabras que le dirige a Joviano (V 64bc):

«¿Pero quieres saber en qué consiste la contribución de la filosofía? Ella afirma que el rey es ley viviente, ley divina que procede de lo alto y se manifiesta en el tiempo, emanación de aquella naturaleza, providencia venida a la tierra; mirando siempre hacia él y dispuesto siempre a imitarlo es sencillamente, según dice Homero, «retoño y criatura de Zeus», y comparte con el dios las restantes advocaciones: hospitalario, protector de suplicantes, protector de la amistad, proveedor de frutos, dispensador de bienes, patrón de la justicia, administrador del bienestar, prítano de la felicidad.»

A esta noción, que desborda ampliamente el marco legal de la Antigüedad, se llega a través de una crítica de la ley

[129] PH. DELATTE, *Les traités...*, pág. 245. Cf. PLATÓN, *Leyes* 835c-e; ARISTÓTELES, *Política* 1284a. Han trazado con gran precisión la historia de este concepto A. STEINWENTER, *Nómos émpsychos...*, y G. J. D. AALDERS, «Nómos Émpsychos...», págs. 315-29. Cf. G. DAGRON, «L'empire...», pág. 128.

[130] DIÓN DE PRUSA, III 43.

positiva que remonta en último extremo a Teofrasto[131]: las leyes son incapaces de recoger toda la diversidad de la vida humana (I 14d-15a), por lo que el juez en que se constituye el monarca ha de suplir estas deficiencias con su humanidad (I 15a-b)[132]. El monarca es un recurso contra el rigor inhumano de la ley y ha de ejercer su gracia atemperando la ira de aquélla (XI 154a; XVI 212d). Si Dios les ha enviado a los hombres un príncipe, es para que éstos encuentren un refugio contra lo inapelable de la ley (XIX 227d-228a). Él ha de saber distinguir los tipos de delito que ya estableció Aristóteles (error, delito y desgracia)[133] para aplicar su clemencia de acuerdo con esta diversidad (I 15b-c); pero en cualquier caso, su función es siempre la corrección *(epanórthōsis)* de la legislación vigente. La humanidad, en definitiva, en cuanto virtud nuclear de la realeza, justifica que el monarca practique la clemencia en su condición de «ley viviente».

Pero ante todo, la *philanthrōpía* se convierte en el pensamiento de Temistio en un principio de aplicación universal a los diversos problemas con los que ha de enfrentarse el soberano. En virtud de ella se justifica, por ejemplo, una política fiscal que alivie la carga impositiva de los súbditos (VIII) y se propugna igualmente una política «pacifista» de predominio de lo civil sobre lo militar y de integración de los pueblos bárbaros. Los *Discursos* VIII, X, XIV, XV y XVI abordan en diversa medida esta última cuestión, uno de los aspectos más singulares de la ideología temistiana desde el momento en que sus propuestas se oponen frontalmente a la de la mayoría de sus contemporáneos, entre ellos Libanio,

[131] G. DAGRON, «L'empire...», pág. 129.

[132] Para la visión opuesta, cf. LIBANIO, *Disc.* LI 2-3; LII 1-3; LXV 28.

[133] *Retórica* I 1374a-b; *Ética a Nicómaco* 1137a30 ss.

Amiano Marcelino, Ambrosio de Milán o el propio Sinesio de Cirene[134]. Temistio incide una y otra vez en el motivo de la «victoria incruenta» a propósito de la paz concluida por Joviano con los persas (V 66a ss.) o de los tratados de paz con los godos de los años 369 *(Discurso* X) y 382 *(Discurso* XVI). A partir de su concepción ecuménica del Imperio, nuestro autor extiende a los godos la condición de potenciales ciudadanos romanos (XVI 211c-d) y, según su proceder habitual, combina en sus discursos argumentos de tipo moral con apelaciones al interés político y económico: por un lado, lo humano es convertirlos en súbditos, no aniquilarlos (X 139c-140a), y al emperador humanitario le convienen apelativos que no aludan a sus triunfos militares, sino a las victorias de su *philanthrōpía* (X 140ac; VI 79d-80a); por otro lado, carece de interés para el Imperio obtener victorias militares que no son sino semillas de nuevos enfrentamientos, así como dejar los campos cubiertos de cadáveres, sin mano de obra que los cultive (XVI 212a-b). Y es en la teoría platónica del alma donde se encuentra la legitimación de esta política de tolerancia: los bárbaros son como las pasiones, que deben someterse a la razón, sin que sea posible ni deseable su destrucción (X 131c). Los bárbaros no son, en definitiva, sino el reverso de la romanidad: se oponen al orden en cuanto que representan el desorden; de ahí que al monarca humanitario le corresponda una tarea civilizadora (XIII 166c; XV 197b).

Sin embargo, donde el ecumenismo que propugna Temistio encuentra su manifestación más original es en su postura ante las querellas religiosas contemporáneas, tanto las que enfrentaban a cristianos y paganos, como las disputas teológicas que se mantuvieron en el seno mismo del cristianismo. El panegírico a Joviano recoge, en este sentido, una serie de propuestas de un alcance y un contenido absolutamente novedosos[135]. Aunque parece evidente que en este discurso Temistio intenta conjurar la reacción antipagana que se esperaba tras la caída de Juliano[136], el programa que se expone desborda con mucho las exigencias de unas circunstancias tan concretas. «La naturaleza», dice Temistio citando a Heráclito, «gusta de ocultarse» (V 69b), y es posible llegar hasta Dios a través de caminos diferentes, del mismo modo que en los certámenes atléticos distintas calles conducen hasta la meta y ningún atleta carece de premio (V 68d). Aun asumiendo la condena de determinadas prácticas de hechicería (V 70b), Temistio expone su idea de un imperio en el que quepan helenos, sirios y egipcios, lo que no es sino decir, paganismo, cristianismo y religiones mistéricas, e incluso distintas tendencias dentro de la confesión cristiana (V 70a). Nuestro autor llega a formular la idea de que Dios no desea que la unidad de culto sustituya a semejante policromía religiosa, dado que la noble lucha entre religiones, como la «discordia» buena de Hesíodo que invita al trabajo, no es sino un estímulo para la piedad (V 69b). Sin duda, lo más interesante es descubrir que semejante declaración de principios, más que ser un manifiesto voluntarista, encaja a la perfección en la concepción temistiana del imperio: desde el momento en que se sitúa a Dios en una esfera superior a la de las religiones particulares, el emperador, su émulo en la tierra, habrá de limitar su actuación a velar, al igual que su modelo, por la libertad de culto.

[134] G. DAGRON, «L'empire...», pág. 100. Cf. L. J. DALY, «The Mandarin...», págs. 351-79.

[135] V. VALDENBERG, «Discours politiques...», pág. 579; L. J. DALY, «Themistius's Plea...», pág. 76; J. J. SAYAS, «La tolerancia religiosa...», págs. 250 ss.

[136] J. J. SAYAS, *op.cit.*, pág. 251.

En otras palabras, la tolerancia del emperador no se presenta como una práctica deseable, sino como una exigencia de su naturaleza. En este sentido, no parece estar muy acertado Dagron cuando entiende que el *Discurso* XIII, pronunciado ante el Senado de Roma, es una invectiva contra el cristianismo como religión de salvación y una llamada a la movilización del paganismo [137]. Si algo se pone aquí en entredicho no es el cristianismo, sino las desviaciones místicas y teúrgicas que se esconden en el propio seno del paganismo y que están simbolizadas por un misterioso personaje —probablemente Juliano— que recibe el nombre de «Empédocles» [138].

5. *Programa educativo*

Aunque se trata de un tema que desborda el campo del panegírico, cualquier exposición del pensamiento de Temistio quedaría incompleta sin una referencia a su programa educativo. En este terreno nuestro autor llevó lo que él presentaba como una tradición familiar a un grado de teorización cuyas propuestas despertaron entre sus contemporáneos recelos semejantes a los de su ideario político. Su propio compromiso personal con la política se fundamenta en una determinada concepción de la educación y del papel que dentro de ella desempeña la filosofía.

No existe un discurso que aglutine lo esencial de sus postulados educativos, aunque las páginas que dedicó a lo largo de su vida a esta cuestión permiten reconstruirlos con toda claridad. De hecho, las primeras polémicas en las que

[137] G. Dagron, «L'empire...», págs. 160-63, 191-98.

[138] Cf. *Disc.* V 70b y XIII 178a, así como las notas correspondientes.

se vio envuelto, correspondientes, según Méridier, a los años previos a la designación como senador, tienen un pronunciado carácter académico y se enmarcan en un contexto de disputas escolares. Entre los temas sometidos entonces a debate se encontraban la dimensión práctica de la filosofía (II 31d-32a), la educación filosófica del monarca y del pueblo (XXXIV 1-2), y las críticas a los filósofos neoplatónicos y a los sofistas (particularmente en los *Discursos* XXI, XXII y XXVIII). Son también los años en los que redacta sus paráfrasis de Aristóteles dentro, como hemos señalado, de una estricta tradición pedagógica familiar. Desde el principio quedan claros, por lo tanto, los motivos centrales de un programa que irá madurando al hilo de las circunstancias y que Downey, en uno de los trabajos fundamentales sobre la cuestión [139], ha resumido en estos términos: defensa de los valores inherentes a la educación tradicional y a la filosofía pagana, la educación filosófica como ejercicio apropiado y beneficioso para todas las clases sociales, ataque de las teorías educativas rivales y dimensión política de la educación (educación del soberano, educación del pueblo y asimilación de los bárbaros a la *paideía).*

Temistio era ante todo un gran divulgador, pues creía, como su modelo Dión de Prusa, que la filosofía tenía que empeñarse en la educación de las masas, sin dejarse intimidar por las dificultades [140]. La educación es la base de una vida verdadera (XXXIV 2), y la formación en la virtud está

[139] Gl. Downey, «Education and Public Problems...», págs. 292-93. De este mismo autor cf. «Education in the Christian Roman Empire...», págs. 56-61, y «Themistius and the Defense of Hellenism...», págs. 264 ss. Un tratamiento más actualizado se puede encontrar en R. Maisano, «La *paideía* del *lógos*...», *passim.*

[140] Dión de Prusa, XXXII 8; LXXVIII 38, 41-42. Cf. L. Cracco Ruggini, «Simboli di battaglia...», pág. 190, n. 29.

al servicio de la naturaleza sociable que Aristóteles atribuyó al ser humano (XXXIV 6; VI 76c-d). La filosofía es precisamente el camino que conduce hacia esa virtud (XXVI 323b-c), ya que la profesión filosófica no consiste en otra cosa que en el ejercicio de ésta (II 31d-32a), no en una vana especulación sobre silogismos y tecnicismos inútiles (II 30b, 33a). Por otra parte, son las propias circunstancias las que demuestran que la inteligencia cultivada posee una eficacia práctica superior a la fuerza (I 2b-3a).

En consecuencia, queda abierto el camino para el enfrentamiento con la enseñanza superficial de los sofistas y con las doctrinas esotéricas de las escuelas neoplatónicas[141]. Contra los primeros, Temistio recurre al arsenal argumentativo tradicional: sus enseñanzas carecen de contenido ético y filosófico, son artificiosas y deshonestas, se dedican a cautivar sin provecho alguno el oído de la multitud y no buscan otro fin que la exhibición virtuosa. La filosofía, en definitiva, es superior a la retórica (X 130c; XX 237d; XXI 243a). Por otro lado, la enseñanza de los «supuestos filósofos que tienen bastante con reunir a unos jóvenes en un rincón para susurrarles al oído»[142] no tiene repercusión alguna en la sociedad y sí, por el contrario, un miedo terrible a aparecer en la plaza pública. La obligación del filósofo es la de Sócrates: conversar en las plazas, los baños y las asambleas (XX 255a-b; XXVIII 341d-342a) y extender la filosofía tanto como le sea posible (XXVI 321a; XXVIII 341d).

A diferencia de estas escuelas rivales, Temistio concede a la educación un papel fundamental en la práctica política, tanto en la formación de las masas como en la del propio soberano. En el primer caso, el orador aboga por la constante demostración de la utilidad práctica de la filosofía, lo que incluso justifica en alguna ocasión el compromiso político del filósofo (XVII 213c-214a), así como, de una manera más directa, un programa de educación de las masas a través de declamaciones públicas en el «Teatro de las Musas» (XXIV 313a-d; XXI 243a-b). Aunque Temistio no es muy explícito a la hora de concretar el contenido y la metodología de las declamaciones, Smeal[143] ha sugerido que el *Discurso* XXI *(Perì philías,* una breve declamación de clara finalidad práctica e instructiva) es un ejemplo del tipo de conferencias que integraría este programa. La segunda cuestión, la educación del soberano, sí recibe un tratamiento más extenso. Para Temistio, la naturaleza excepcional del soberano justifica también una educación diferente a la del hombre corriente (IX 126a-c; XI 142b-143b; XVIII 224c-d). Ello no excluye, según la mejor tradición romana, una instrucción en la dureza de la vida militar y de las obligaciones públicas (VI 81b; VIII 113d-114b). Por otro lado, aunque no se dejan de lado los estudios literarios (XI 144d-145a), la educación ha de ser básicamente filosófica, el monarca ha de estar asistido por el consejo de los filósofos, y él mismo, en su más alto sentido, resulta ser el filósofo mayor de todos (asunto central del *Discurso* II). El fruto de todo ello será un monarca capaz de derrotar a los escitas o a los usurpadores como Vetranio tan solo con el poder de su palabra (III 45b; XI 146a-b; XVI 210d-211b). En consonancia con esto, entre las virtudes y las bellas acciones del emperador se alaban la disposición al aprendizaje, la protección de las letras o la creación de una biblioteca en la capital (XIII 174a; XVIII 106d; IX 123b; IV 59b ss.).

---

[141] R. Maisano, «La *paideía* del *lógos*...», págs. 32-36.

[142] XXII 265a.

[143] J. G. Smeal, *Themistius: the 23rd...*, págs. 24-26.

6. *Género, lengua y estilo*

Los panegíricos de Temistio son el mejor ejemplo en lengua griega de la pervivencia de una retórica deliberativa que se acomoda al género epidíctico, siempre dentro de un contexto carente de libertades políticas y en el que las asambleas locales, como los senados de las dos capitales del imperio, se han convertido en meros consejos consultivos del emperador[144]. Las dieciocho piezas que se engloban bajo el epígrafe de «discursos políticos» son otros tantos ejemplos de una variante del encomio, perfectamente formalizada en la época imperial con el nombre de *basilikòs lógos,* que el rétor Menandro analiza al comienzo de su tratado sobre retórica epidíctica[145]. Aunque es evidente que el tratado de Menandro se apoya sobre una producción oratoria preexistente, con piezas tan sobresalientes como el discurso *Sobre la realeza* del Pseudo-Aristides o los panegíricos de Dión de Prusa al emperador Trajano, las mejores ilustraciones del género corresponden al siglo IV[146], y son concretamente los panegíricos de Juliano, de Libanio y de Temistio. Estas composiciones, a pesar de haber sido redactadas bajo el régimen del Dominado, se mantienen lejos aún del esquematismo y la formalización que va a exigir el nuevo ceremonial cortesano de la Antigüedad tardía y que

[144] G. A. KENNEDY, *Greek Rhetoric...*, pág. 19.

[145] MENANDRO, II 368 ss. Cf. TH. BURGUESS, *Epideictic Literature...*, pág. 112; L. PERNOT, *La rhétorique de l'éloge...*, págs. 77 ss.; D. A. RUSSELL, N. G. WILSON, *Menander Rhetor,* págs. 76-95.

[146] L. PERNOT, *La rhétorique...*, págs. 77-78.

condicionan la evolución del género durante la Edad Media[147].

Los discursos políticos de Temistio ocupan, en cualquier caso, una posición singular dentro la historia del *basilikòs lógos,* tanto por su número como por sus rasgos literarios[148]. Entre la extensa obra de Himerio tan sólo se encuentran algunos panegíricos imperiales[149]. Tampoco se acercan a la cifra de nuestro autor los panegíricos de Juliano o de Libanio, quien, por otra parte, evitó componer encomios a los monarcas cristianos, con la única excepción del dedicado a Constancio y Constante *(Discurso* LIX), que justifica como un encargo[150]. Ni siquiera entre los panegíricos latinos existe una colección tan importante compuesta por un solo autor. No obstante, más que en su cantidad, la singularidad de los discursos de Temistio radica en su contenido y en su estructura. A diferencia de sus contemporáneos[151], Temistio se aparta de la preceptiva del *basilikòs lógos,* con sus habituales secciones dedicadas a la región natal del monarca, el nacimiento, la familia, la crianza y educación, sus acciones en la paz y en la guerra, las virtudes que de ello se derivan y la comparación con el reinado de los predecesores[152]. Sus

[147] S. G. MACCORMACK, *Art and Ceremony...*, págs. 5-7.

[148] J. VANDERSPOEL, *Themistius...*, pág. 5.

[149] T. D. BARNES, «Himerius...», págs. 206-25.

[150] LIBANIO, *Disc.* LIX 4-6.

[151] Para una comparación sistemática de los panegíricos de Juliano, Libanio y Temistio cf. C. GLADIS, *De Themistii...*, *passim.*

[152] Se ha sugerido que la nota preliminar del *Discurso* I, que alude al escaso «dominio de la forma» por parte del orador, está en relación con el distanciamiento del *lógos basilikós.* Cf. J. VANDERSPOEL, *Themistius...*, págs. 73-74. Esto sería cierto si fuera de aplicación al resto de los panegíricos, lo que no tiene sentido. El autor de la nota se está refiriendo más bien a determinadas imperfecciones del discurso que se explican por la juventud del orador.

encomios están centrados, por el contrario, en temas filosóficos (con continuas referencias críticas a los tópicos laudatorios al uso)[153], y en vez de extraer consecuencias abstractas de las acciones del emperador como exige la preceptiva, presenta al monarca desde un principio como paradigma indiscutible de excelencia en la virtud, según un proceder semejante al de Eusebio de Cesarea[154]. Hay que buscar, por lo tanto, en Dión de Prusa el modelo literario de Temistio, tanto en los desarrollos filosóficos sobre el monarca ideal, encarnado en Trajano en el caso del de Prusa, como en buena parte de los motivos empleados, incluida la constante protesta de sinceridad y el rechazo de la adulación como sello del encomio filosófico. Tanto en este punto como en el recurso ocasional a Aristides en los *Discursos* V y VI[155] y, sobre todo, en la propia reinvidicación del género epidíctico para la filosofía, entendida ésta como práctica política, Temistio se muestra como un auténtico heredero de la Segunda Sofística del siglo II[156]. El viejo modelo retórico de la época de los Antoninos revive dentro de la nueva estructura imperial, ahora a través de un orador que funda en su condición de filósofo el privilegio de dirigirse con libertad al emperador para recordarle sus obligaciones[157] y remitirle, por la vía

[153] Cf. I 1a ss.

[154] J. VANDERSPOEL, *Themistius...*, pág. 7; G. A. KENNEDY, *Greek Rhetoric...*, págs. 32-33.

[155] El panegírico a Roma (XXVI KEIL) y el de Marco Aurelio y Lucio Vero (XXVII KEIL) influyen en el *Discurso* VI, dirigido a Valentiniano y Valente, mientras que el ya mencionado discurso *Sobre la realeza,* cuya autoría no se atribuye hoy a Aristides, está detrás del panegírico a Joviano (V).

[156] Sobre la responsabilidad pública de estos oradores, cf. G. W. BOWERSOCK, *Greek Sophists...*, págs. 26-29.

[157] P. BROWN, *Power and Pesuasion...*, págs. 61-70.

indirecta del elogio y la referencia a valores universales, determinados mensajes de vigencia política inmediata[158].

En lo que se refiere a la lengua de los discursos, Norden incluyó a Temistio, junto a Aristides, Libanio, Sinesio, Procopio y Coricio, entre los «strengen Archaisten»[159]. Su arcaísmo aticista se manifiesta en los rasgos habituales: alto uso del optativo, del dual[160], de adjetivos neutros para los conceptos abstractos, de formas en -tt-, etc. En la misma línea están Schmid, que considera su ático el más claro de entre los oradores del siglo IV[161], y Brons, quien subraya el papel que para alcanzar este ático fluido desempeñan las frecuentes paráfrasis y las citas literales de Platón[162]. Sin embargo, la línea moderna de investigación, sobre todo después de los estudios de Matino y de Maisano[163], tiende a poner de relieve la presencia de elementos léxicos y sintácticos procedentes de la lengua hablada, así como a establecer diversos niveles de estilo cuya cercanía a la lengua coloquial (con todas las reservas con las que ha de emplearse este concepto en una cultura diglósica) aumenta en los discursos de mayor contenido didáctico o propagandístico. Las anomalías en el uso del optativo en los períodos condicionales, del dual, de los regímenes de la preposiciones, del futuro, de los casos (particularmente el dativo) y de las voces nos hablan de un autor más próximo al *sermo cotidianus*

[158] Lo que Maisano *(Discorsi...*, pág. 40) denomina «principio del falso scopo».

[159] E. NORDEN, *Die antike Kunstprosa*, págs. 404-405.

[160] G. POHL, *De dualis usu...*, Breslau, 1913.

[161] W. SCHMID, O. STÄHLIN, *Geschichte...*, pág. 1012.

[162] J. A. BRONS, *De woordkreuze...*, pág. 151.

[163] G. MATINO, «L'uso dell preposizioni...», págs. 63-108; «Annotazione linguistiche...», págs. 87-91; «Tendenze linguistiche...», págs. 130-40; *Lingua e publico...*, *passim.* R. MAISANO, «Per una riedizione...», págs. 93-116.

de lo que se pensaba, y ponen en entredicho las correcciones que han practicado en el texto algunos editores guiados por prejuicios clasicistas. En este sentido, cabe destacar la conclusión de Hansen de que Temistio es uno de lo autores que adoptaron como procedimiento habitual la «cláusula rítmica», tan característica de la retórica bizantina (intervalos de dos a cuatro sílabas átonas entre los dos últimos acentos de la frase)[164].

Temistio tenía una idea muy clara de las funciones del estilo en la retórica filosófica (XXIV 301b; XXVI 315a-c; XXVII 336c; XXVIII 341c). A la majestad del suyo *(semnòs eîdos toû légein)* oponía el estilo rebuscado y musical de los sofistas, con lo que actualizaba la antigua polémica contra el asianismo y llevaba su fidelidad a la cultura clásica hasta el terreno del estilo. Sin duda, habría dado su aprobación al juicio de Focio, que califica el suyo de «claro, sobrio y florido» *(saphés, apérittos, antherós)* y de un léxico inclinado hacia la majestad[165]. No obstante, semejante declaración de principios no le impide recurrir a buena parte del repertorio retórico tradicional, que, como puso de relieve Méridier[166], lo aproxima a las prácticas estilísticas de sus contemporáneos: la naturalidad cuidadosa y afectada de las Segunda Sofística; el frecuente uso de las comparaciones para lograr la amplificación (especialmente con ejemplos históricos o míticos); el uso, cuando no abuso, de las citas literarias; el habitual recurso a símiles con imágenes deslumbrantes; y por último, el empleo masivo de figuras gorgianas, con una tendencia acusada al paralelismo sintáctico y al empleo de dobletes, bien para expresar una idea compleja, bien por mera redundancia sinonímica. Particularmente interesante es el recurso sistemático a la cita, que a veces se convierte en paráfrasis y puede llegar a estructurar una sección completa de un discurso[167]. Esta técnica de la cita es continua en los casos de Homero y Platón, aunque el exhaustivo estudio de Colpi[168] ha demostrado que la cultura de Temistio abarca todas etapas de la literatura griega e incluye la poesía (Homero, Hesíodo, líricos, trágicos, Aristófanes, Arato...), la historia (particularmente Heródoto y Jenofonte), la oratoria (Demóstenes), la filosofía (Platón, Aristóteles, Crisipo...) y toda la producción literaria de la época imperial (Plutarco, Dión, Luciano, Aristides, Aquiles Tacio e incluso Apiano y Casio Dión). Sin embargo, los pilares del «sistema de citas» temistiano son Homero, Platón y Aristóteles, a lo que hay que sumar el trasfondo permanente, más o menos explícito, del modelo dioneo. La presencia de referencias bíblicas en Temistio, que en otro tiempo defendió Downey, hoy se tiende a reducir a la triple cita de *Proverbios* 21, 1: «el corazón del rey está guardado en la mano de Dios» (VII 89d; XI 147c; XIX 229a)[169]. Por lo tanto, el marco literario en que se mueve Temistio es el que cabría esperar en un hombre formado en los ideales de la *paideía* restaurada de la Segunda Sofística (en la variante «filosófica» de Dión), los mismos en los que apoya sus propuestas políticas y educativas.

[164] G. Ch. Hansen, «Rythmisches...», págs. 235-40.
[165] Focio, cód. LXXIV.
[166] L. Méridier, *Le philosophe...*, págs. 46-85.

[167] El mejor es ejemplo es sin duda el *Discurso* XIII, que se estructura en torno al relato del nacimiento de Eros según se recoge en Platón, *Banquete* 203b ss.
[168] Br. Colpi, *Die Paideia..., passim.*
[169] Gl. Downey, «Allusions....», págs. 480-88. Con todo, una lectura detenida de los panegíricos sugiere sin duda que Temistio no desconocía los escritos cristianos («asirios», según el calificativo que les aplica a menudo).

7. *Temistio y la posteridad*

Las agrias polémicas en que Temistio se vio envuelto debido a sus posiciones filosóficas, educativas, políticas e incluso literarias, que hacían de él un heterodoxo innovador a ojos de muchos, lo confirman como una personalidad de gran influencia en su época. Se ha llegado a afirmar que desde los tiempos de Herodes Ático ningún orador tuvo una repercusión pública tan destacada[170]. Y así lo ponen de manifiesto el alto concepto que el propio orador tiene de sí mismo[171] y el testimonio elogioso de destacados contemporáneos, a veces, como es el caso de Libanio, de posiciones políticas opuestas. Este último no duda en considerarlo el primer orador de su tiempo[172]. Gregorio de Nacianzo, cuyo verdadero grado de amistad con Temistio se desconoce, lo considera «rey de los discursos» y asegura que sus palabras lo identifican como el hombro de marfil a los Pelópidas[173]. Juliano, por su parte, a pesar de su distancia ideológica, mantiene siempre un tono de respeto hacia el orador en su *Carta a Temistio,* aunque muy lejano de la adhesión que le demuestra Constancio II en su discurso dirigido al Senado. Los historiadores Sócrates y Sozómeno también aluden a él en términos elogiosos, particularmente por su defensa de la tolerancia religiosa entre nicenos y arrianos[174]. Por otro lado, los panegíricos de Juliano a Constancio, de Libanio a Constante y Constancio, y, ya posteriormente, el que con el título de *Sobre la realeza* le dirige Sinesio de Cirene a Arcadio, beben directamente de los cuatro primeros discursos de Temistio.

[170] G. A. KENNEDY, *Greek Rhetoric...*, pág. 165.

[171] Para la cita del oráculo que lo proclama el más sabio de los hombres cf. XXIII 296a. Cf. J. VANDERSPOEL, «Themistios and a Philosopher...», págs. 383-84.

[172] LIBANIO, *Epíst.* 241.

[173] GREGORIO DE NACIANZO, *Epíst.* 24; 38.

[174] SÓCRATES, III 25, 20 ss.; 26, 2 ss.; IV 32. SOZÓMENO, VI 36 ss.

Las referencias a una temprana publicación de sus escritos y la pronta aparición de *protheoríai*[175] demuestran que tanto sus discursos como sus paráfrasis se incorporan desde el primer momento al ámbito escolar, lo que convertirá a Temistio en uno de los autores básicos de la cultura bizantina. Ya Sinesio de Cirene lo tiene presente en su *Dión* como modelo de hombre de cultura abierto a los problemas de su tiempo[176]. Estobeo lo incluye en su *Florilegio*[177] y cita algunos pasajes de sus discursos, tomados ya probablemente de una antología. Procopio de Gaza recurre a su oratoria en el panegírico dedicado a Anastasio, y todavía en el siglo VI sabemos con certeza que su obra era una de las pocas en lengua griega que formaban parte de la biblioteca de Casiodoro[178]. Focio, Teofilacto de Bulgaria y Eustacio de Tesalónica, que lo emplea en alguna ocasión como fuente para su comentario de Homero, son claras referencias temistianas en pleno apogeo de Bizancio[179]. A ello ha de sumarse la pervivencia y el influjo de nuestro autor a través de las traducciones en siríaco, hebreo o árabe, que a veces son el testimonio único de originales desaparecidos. Después de la caída de Constantinopla los escasos centros supervivientes de la cultura griega siguieron leyendo sus panegíricos, como

[175] *Vid. infra* cap. 8.

[176] A. PIÑERO, «La imagen del filósofo...», págs. 190-200.

[177] ESTOBEO, II 660 ADLER.

[178] R. MAISANO, *Discorsi....*, pág. 82.

[179] *Ibidem*, págs. 83-84.

lo demuestran los códices orientales de fecha tardía[180]. Por último, en la Europa sacudida por los enfrentamientos religiosos gozó de gran vigencia la imagen de Temistio como apóstol de la tolerancia: la noticia del panegírico a Valente pronunciado en Antioquía en el 376 contra la persecución de los nicenos «homousianos» llevó al obispo Andreas Dudith, consejero de Maximiliano II y participante en el Concilio de Trento, a componer una traducción apócrifa al latín de un supuesto original perdido que va a catalogarse como *Discurso* XII[181].

Después del juicio negativo de buena parte de la crítica filológica e histórica de los siglos XIX y XX, que pone en tela de juicio sus hábitos estilísticos, su pretendida profundidad de filósofo y su altura como hombre político, y entre cuyos nombres se encuentran Reiske, Stegemann, Geffcken, Alföldi o Piganiol[182], hoy se tiende a valorar a Temistio dentro de los parámetros de su tiempo, lo que ha sido posible gracias a nuestro mejor conocimiento de las convenciones literarias de la época y del debate cultural e ideológico que condiciona todo el siglo IV. De este modo, Temistio se ha convertido en una fuente de primer orden para profundizar en un período histórico tan complejo como la Antigüedad tardía, al que asistió como testigo privilegiado por su posición política y su labor profesional. Él mismo, en cuanto intelectual que intenta acomodar la herencia clásica a las exigencias de su tiempo, es un ejemplo evidente de hombre de transición.

[180] *Vid infra* cap. 8.

[181] *Vid. supra* cap. 2.

[182] J. J. Reiske, *apud* W. Dindorf (ed.), *Themistii orationes*, pág. xii; W. Stegemann, «Themistius», col. 1642; J. Geffcken, *The Last Days...*, págs. 167-68; A. Alföldi, *A Conflict of Ideas...*, pág. 109; A. Piganiol, *L'Empire Chrétien*, pág. 11.

8. *Historia del texto, ediciones y traducciones*

H. Schenkl y R. Maisano han explicado con todo detalle en diversos trabajos los pormenores de la tradición del texto de Temistio[183]. A ellos remitimos para una mayor profundización. Nos encontramos ante una rica colección de códices (más de sesenta) que no se remontan más allá del siglo XIII y que en su inmensa mayoría pertenecen a los siglos XIV, XV y XVI. Ninguno de ellos conserva la totalidad del *corpus* de los discursos de Temistio (el *Ambrosiano* J 22 sup. incorpora, el que más, treinta y un discursos). Buena parte de este material está integrado, por otro lado, por *codices descripti* o por textos que se nutren de la *editio Aldina,* como es el caso de las copias realizadas en la Europa oriental hasta el siglo XVIII[184]. Se trata, por lo tanto, de un material tan abundante como de limitado valor que, además de su escasa antigüedad, plantea importantes dificultades a la hora de reconstruir un *stemma* claro, dificultades que se derivan de la labor de exégesis escolar y compilación antológica que arranca desde el propio siglo IV y atraviesa todo el Medievo bizantino, y que tuvo entre otras consecuencias la contaminación entre las diversas ramas de la tradición y la pérdida de los ejemplares más antiguos.

Las diversas alusiones del autor a la difusión de su propia obra, así como el importante testimonio de Libanio, que asegura en algunas cartas haber recibido copias remitidas

[183] Cf. H. Schenkl, «Die handschriftliche...» (1898-1899-1901) y «Beiträge...» (1919); R. Maisano, «Per una riedizione...»; *Discorsi...*, págs. 65-87.

[184] Para una relación detallada de los códices remitimos el catálogo de la edición de Downey-Norman, págs. VIII-XIII.

por el propio Temistio[185], nos hacen pensar en una primera fase de transmisión controlada por el autor. El *Discurso* IV nos informa, en este sentido, del cuidado que Temistio ponía en el acabado de sus obras para su posterior difusión y su depósito en la nueva biblioteca de Constantinopla (IV 59b ss.). Por otro lado, no es igual la fortuna corrida por los discursos políticos, cuyas copias serían muy escasas en un primer momento, y los discursos privados, destinados al ámbito escolar y sometidos desde el principio a una amplia circulación entre los alumnos. En cualquier caso, Schenkl defendió la tesis de que el estado en que nos ha llegado el *corpus* se remonta en último extremo a la fase inicial de difusión del material, más que a una ordenación tardía, hasta el punto de que cabe atribuir a Libanio la autoría de las *protheoríai* que encabezan algunos discursos. En su opinión, el *Ambrosiano* (A) conservaría un *corpus* prácticamente completo que estaría integrado por nueve grupos de discursos, correspondiente cada uno de ellos a un primitivo tomo de lo que habría sido la edición completa de la obra del autor. Estos tomos se conservarían sólo parcialmente en los demás grupos de manuscritos[186]. Maisano corrige la hipótesis en el sentido de atribuir a estos tomos una publicación separada a cargo del propio autor o de sus discípulos, de modo que la compilación del Ambrosiano sería tardía y se limitaría a una rama de la tradición[187].

[185] Libanio, *Epíst.* 434, 1193, 1430.

[186] H. Schenkl, «Beiträge...», págs. 81-85. Los tomos serían el I (*Discursos* XX, XXVIII, XXIX, XXV, XXVI y XXXII), el II (XI, I, II), el III (VIII, VI, III y el discurso de Constancio al Senado), el IV (XXX, XXII, XXIII), el V (XIV, XXXI, XVII, XIX, XVI), el VI (XXXII, XV, XVIII, XXIV, XIII), el VII (XXVI, XXIV, XXXI), el VIII (VII, X, IX, V, IV) y el IX (incompleto, sólo con el XXXIII).

[187] R. Maisano, *Discorsi...*, págs. 79-81.

Dejando de lado el terreno de las hipótesis, las principales líneas conservadas de esta tradición, según la enumeración de Maisano y adoptando las siglas de Schenkl, son las siguientes[188]:

—*Ambrosianus gr.* J 22 sup. (A). Se trata del más importante en cuanto al número de discursos (un total de treinta y uno) e incluye también los discursos de Esquines. El orden de los discursos sirvió de punto de partida para la tesis de Schenkl. Es testimonio único de los *Discursos* I, XI, XIII, XXVIII, XXIX, XXXIII y XXXIV, y están ausentes los números XXII y XXIII. Puede fecharse en el siglo xv y procede de la biblioteca de Vincenzo Pinelli. Aunque el valor de sus lecturas es variable, representa una rama independiente de la tradición que incorpora variantes de enorme antigüedad[189] y puede ser identificada con la que sirvió de base a la lectura de Focio[190].

—*Coislinianus gr.* 323 (Π). De la misma época y la misma mano del anterior. Incorpora trece discursos, dos de ellos incompletos. Presenta importantes variantes en los *Discursos* V, IX y X, que hacen pensar en la presencia de un modelo diferente.

—*Salmanticus* I-2-18 (Ψ). De finales del siglo xiv. Contiene doce discursos que, junto a lecturas claramente erróneas, es de especial valor en el caso de VI.

—*Venetus S. Marci gr.* 513 (Δ). De finales del siglo xv. Lo integran seis discursos y está próximo a la tradición de

[188] *Ibidem*, págs. 65-69.

[189] Particularmente importante es la variante de II 28d, que parece tener su origen en una nueva redacción por parte del propio Temistio. Cf. nota *ad loc.*

[190] Así lo parece sugerir la proximidad entre el texto de Focio y la nota preliminar del *Discurso* I.

Ψ, pero su importancia radica en que es el único testimonio de los *Discursos* XXII y XXIII.

—*Vaticanus gr.* 936 (B) y *Matritensis* XLIX (Σ). De comienzos del siglo xv y de la segunda mitad del xiii, respectivamente. Útiles para los *Discursos* XXV y XXVI.

A estos manuscritos ha de sumarse la tradición que representan dos grupos de códices procedentes de la escuela bizantina, que incorporan algunos discursos de Temistio dentro de antologías más amplias de prosa griega tardía:

— Grupo O. Está formado por ocho códices (aparte de los *descripti)* de los siglos xv y xvi. Incluyen dos opúsculos de Juliano y, en este orden , los *Discursos* XX y XXI.

—Grupo Ω. Lo integran dieciséis códices también de los siglos xv y xvi repletos de correcciones y dobles lecturas. Incluyen los *Discursos* VII, X, IX, V, IV, II y el discurso de Constancio, además de antologías de Juliano y Libanio.

La *editio princeps* de la obra temistiana aparece en Venecia en 1534[191], impresa por los herederos de Aldo Manuzio y a cargo de Vittorio Trincavelli, e incluye los *Discursos* XVIII-XXV y algunos tratados filosóficos. A pesar del cúmulo de errores que contiene, debidos a los escasos conocimientos que el editor tenía de la lengua de Temistio, desempeñó un importantísimo papel en la difusión de la obra temistiana, sobre todo en la Europa oriental. Más fortuna tuvieron en Occidente las ediciones de H. Stephanus (1562), que mejoró notablemente el texto de la aldina e incorporó seis discursos más, denominados por él *Augustales* (II, IV, V, VII, IX y X), la de Frédéric Morel (1604), sólo

[191] Las referencias completas de las distintas ediciones y traducciones, así como las publicaciones de interés para la fijación del texto, las encontrará el lector en el apartado bibliográfico.

del *Discurso* VI, atribuido además a Sinesio, y la de Georg Remus (1605), integrada por los panegíricos *Augustales* (con traducción latina y notas) y por la apócrifa versión latina de XII.

En el siglo xvii se publican las tres ediciones sucesivas del jesuita francés Denys Petau (Petavius), que suponen un paso decisivo en la fijación del texto temistiano. La primera, del año 1613, incorpora riquísimas notas y traducciones latinas (además de la traducción griega de XII), atribuye definitivamente el *Discurso* VI a Temistio, y publica fragmentos del *Discurso* XXXIV. La segunda edición, de 1618, se limita a adoptar apresuradamente las novedades de la edición de Pierre Pantin (1614), aparecida pocos meses después de la primera de Petavius. Aquélla partía del manuscrito de Salamanca (Ψ), incluía traducción latina y editaba por primera vez el discurso de Constancio al Senado y los *Discursos* VIII, XIV y XXVII. Petau se consagró posteriormente a preparar una edición enriquecida por el testimonio decisivo del *Ambrosiano* (A), aunque la tarea, interrumpida por la muerte del editor, fue continuada por Gabriel Cossart y culminada finalmente por Jean Hardouin. La edición aparece en 1684 y se convierte en referencia defitiniva para la paginación y para la numeración de los discursos. Como señala Maisano[192], esta edición de 1684 puede considerarse, a pesar de las aportaciones de los continuadores, la tercera de Petavius.

A principios de la centuria siguiente se cierra el *corpus* temistiano con la edición del *Discurso* XXXIV por parte de Angelo Mai (1816); y dieciséis años después ve la luz en Leipzig la edición completa de Wilhelm Dindorf (1832), que revisa concienzudamente los discursos de tradición

[192] R. Maisano, *Discorsi....* , pág. 74.

múltiple a partir del testimonio del *Ambrosiano* (A). Precisamente la excesiva fidelidad a este códice ha sido severamente criticada por los editores modernos, particulamente por Hansen y Maisano[193].

Desde entonces los panegíricos de Temistio han sido objeto de innumerables reflexiones críticas por parte de los estudiosos, sin que el enorme material acumulado se haya plasmado aún en una edición definitiva. H. Schenkl, editor de la paráfrasis de Temistio a la *Física* de Aristóteles, emprendió la tarea, y fruto de sus investigaciones son los trabajos publicados desde 1898 hasta su muerte. Gl. Downey completó el trabajo de Schenkl con la aparición en 1965 en la editorial Teubner de los discursos políticos. A. F. Norman publicó en 1971 y 1974 los volúmenes dedicados, respectivamente, a los discursos privados (II), y a los textos siríacos y árabes, los fragmentos y los testimonios (III).

Aunque el lector ha de atenerse hoy al texto de Downey-Norman, no debe ocultarse que se trata de una edición deficiente no sólo en lo que se refiere a la fijación del texto (lengua, puntuación, distribución de párrafos, etc.), sino también al aparato crítico y al aparato de fuentes, repletos de inexactitudes e insuficiencias. Hansen, Maisano, Vanderspoel y una importante lista de autores han venido realizando importantes aportaciones en estos diferentes apartados. El fruto más reciente ha sido la edición bilingüe de R. Maisano (1995), que incorpora veinte nutridas páginas de variantes con respecto al texto de Downey-Norman, así como importantes alteraciones de la puntuación y de la separación de los párrafos, que reciben de él una nueva numeración. Aun así, falta todavía una edición acabada (la de

[193] Cf. G. Chr. Hansen, «Nachlese...», *passim;* R. Maisano, «La critica filologica...», págs. 290 ss. y «Per una riedizione...», págs. 93-100.

Maisano carece de aparato crítico y de fuentes) y que parta tanto de una profunda revisión de las tradiciones manuscritas como de un exhaustivo conocimiento de las modernas aportaciones críticas. Tan sólo contamos por el momento con algunos discursos que han sido editados individualmente: el XX y el XXI por S. Oppermann (1962), el XXVI por H. Kesters (1959), aunque entiende que Temistio se limitó a retocar un texto redactado por Antístenes, y el XXXIV por H. Schneider (1966).

La propia historia del texto, el tradicional menosprecio de la literatura tardoantigua, la hostilidad de determinada crítica moderna hacia la figura de Temistio y, sobre todo, la dificultad de la lengua y el estilo del autor, son los factores que pueden explicar la enorme sequía de traducciones modernas. La primera versión al latín de los ocho panegíricos de la *editio princeps* estuvo a cargo de Gerolamo Donzellino y apareció publicada en Basilea en 1559. Su difusión en Occidente fue mucho mayor que la de la propia edición de Trincavelli. Stephanus, por su parte, anunciaba una versión latina en el título de su edición, aunque ésta nunca llegó a publicarse. G. Remus fue el primero que acompañó el texto de los seis discursos *Augustales* de una traducción al latín, además de adjuntar, como ya hemos señalado, la traducción apócrifa de Andreas Dudith que hoy se conoce como *Discurso* XII. Pantinus y Petavius acompañaron sus ediciones de las correspondientes versiones latinas (en el caso de la edición de 1684 se incluyen también traducciones de Cossart y Hardouin). Aparte de una traducción italiana parcial de difusión muy limitada y de la que tenemos noticia por Maisano[194], hay que esperar ya hasta el siglo xx para

[194] Aparecida en 1805 y a cargo de M. Cesarotti, su difusión se limitó al ámbito académico. Incluía los *Discursos* V, VI, VII, VIII, IX y fragmentos de los cuatro primeros. Cf. R. Maisano, *Discorsi*..., pág. 84.

que Gl. Downey realice una versión inglesa para la editorial Loeb que nunca ha llegado a publicarse, salvo la del *Discurso* I, aparecida en 1958 como artículo[195]. Además de las traducciones de algunos pasajes significativos que aparecen en determinados artículos o monografías y de las que se han realizado de algunos discursos privados, para cuyas referencias remitimos al lector a la bibliografía, la primera versión completa a una lengua moderna y realmente publicada ha sido la de R. Maisano al italiano.

9. *Nuestra traducción*

La versión castellana que presentamos se basa en la edición teubneriana, cuyo primer volumen (1965) está dedicado a los discursos políticos, mientras que el discurso de Constancio al Senado está incluido en el volumen III. También nos atenemos a ella en lo que respecta a la distribución de los párrafos, que hemos numerado para facilitar al lector la consulta de la sinopsis de cada discurso. Durante la elaboración de este trabajo ha visto la luz la nueva edición bilingüe de R. Maisano, que viene a enmendar numerosas deficiencias de la anterior y supone un paso importante para una fijación correcta del texto. Hemos revisado a conciencia la edición de Maisano y el resultado lo puede ver el lector en las variantes adoptadas (las correspondientes a la edición del italiano las marcamos con un asterisco), aunque, en nuestra opinión, la edición de Downey sigue siendo una referencia obligada. Por último, en lo que respecta a la numeración del texto, hemos optado por la clásica de la edición

[195] GL. DOWNEY, «Themistius' First Oration», *Greek, Roman and Byzantine Studies* 1 (1958), 49-69.

de Petau-Hardouin (por número y letra), que viene recogida tanto en la edición de Downey como en la de Maisano.

Hemos procurado respetar en todo momento los rasgos del estilo de Temistio, incluidos algunos hábitos poco gratos para el lector moderno como puede ser el de los dobletes (salvo en caso de hendíadis), aunque ha sido inevitable recurrir con frecuencia a la puntuación de extensos períodos que hubieran resultado, de no proceder así, completamente ilegibles. Por lo demás, dados los diferentes términos con que se alude al emperador, hemos optado por reservar la traducción «emperador» para *autokrátor* y traducir *basileús* como «príncipe» cuando la referencia al soberano romano es obvia, y como «soberano», «monarca» o incluso como «rey» cuando se teoriza sobre la figura del gobernante supremo (a veces con desarrollos procedentes de Homero y de Platón). En cualquier caso, el criterio último a la hora de optar por una traducción, de éste término o, en general, de cualquier pasaje, ha sido reflejar el contenido con la mayor fidelidad posible.

Finalmente, es de justicia agradecer a la Biblioteca Universitaria de Sevilla el habernos permitido acceder al microfilm de la edición de Hardouin, y a la Biblioteca de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Cádiz su ardua labor de búsqueda del material bibliográfico necesario para confeccionar este trabajo.

DIVERGENCIAS RESPECTO A LA EDICIÓN DE DOWNEY*

	Downey	Lectura adoptada
5, 10 (I 2c)	δεδμημένα	τετμημένα (Jacobs)*
5, 11 (I 2c)	γραφῆς	γραφαῖς (Gasda)*
5, 20 (I 3a)	ἀνεῳγμένοις	εὐθὺς γενομένοις (Cobet)*
8, 2 (I 4d)	πολέμῳ	πολεμίῳ (Hardouin)
8, 13 (I 5a)	†... συνειληφυῖα δείκνυται†	... συνειληφυῖαν δεικνύναι
12, 6 (I 8a)	τὸν βίον	⟨κατὰ⟩ τὸν βίον (Hardouin)*
13, 4 (I 9a)	* * *	⟨ἐκείνου⟩ (Schenkl)*
19, 15 (I 13c)	δὲ	ὧδε (Maisano)*
23, 1 (I 16c)	χρήσιμον	*secl.* Hardouin*
29, 23 (II 25d)	χρυσίου	χρυσίον *(edd.)**
33, 14 (II 27c)	Λύζου	Λύξου (Ψ)*
35, 2 (II 28c)	οἰνοχόους	οἰνοχόας (Maisano)*
37, 1 (II 29d)	ὑμεῖς	καὶ ὑμεῖς *(codd. pler.)**

* Las lecturas indicadas con un asterisco corresponden a la edición de Maisano. El texto viene numerado por página y línea de Downey y, entre paréntesis, por la edición de Petau-Hardouin.

	Downey	Lectura adoptada
38, 11 (II 30c)	χρυσοῦ καὶ στατῆρος	καὶ χρυσοῦ στατῆρος (Maisano)*
39, 14 (II 31a)	ἐρῶ	αἴρω (Jacobs)
41, 6 (II 32a)	εἰ οὖν λέγεται	εὖ οὖν λέγεται (Jacobs)*
42, 14 (II 32c)	ὁρώμενον	ἐρώμενον (Jackson)
43, 1 (II 32c)	καὶ εἰς	εἰς (ΒΜΩ)
46, 1 (II 34b)	πανταχόθεν	πολλαχόθεν (ΣΨ)*
55, 4 (II 39b)	φιλοσοφίαν	φιλοπονίαν (Maisano)*
60, 16 (III 42b)	τῶν Δαιδάλου	τῷ Δαιδάλου (Cobet)*
64, 24 (III 45d)	οὐδέ	οὔτε *(codd.)**
69, 9 (III 42b)	ἵσταται τοῦ	ἵσταται τοι (Jacobs)
70, 11 (IV 49b)	ἢ καὶ	οἶκοι (Stephanus)*
71, 6 (IV 49d)	αὐτῆς	αὐτοῦ (ΗΨΙΜ)*
71, 14 (IV 50a)	ἱστοροῦντι	εἰσορόωντι (Cobet)
75, 13 (IV 52c)	ἐποιήσατε καὶ διατελῆ ἐπιμελούμενοι	ἐποίησε τε καὶ διατελεῖ ἐπιμελούμενος (Petau)*
76, 10 (IV 53b)	αὐτοῦ	αὑτοῦ *(codd.)**
76, 23 (IV 53c)	δι' ὀλίγου	δι' ὀλίγων (Petau)*
77, 12 (IV 54a)	ἐρωδιός	ἐνόδιος (Petau)*
77, 23 (IV, 54b)	πέμπει	πέμπειν (Hardouin)*
83, 1 (IV 58a)	ἐν ἑαυτῷ	ἑνὶ ἀγῶνι (Jacobs)*
83, 13 (IV 58c)	μορίοις	μορρίοις (Vanderspoel)*
85, 5 (IV 59d)	μικρᾶς	μακρᾶς (M^1B)*
85, 17 (IV 60b)	Ὀλώρου	Ὀλόρου (ΨΜ)
86, 4 (IV 60c)	ἐξίτηλον ἐν τῷ χρόνῳ	ἐξίτηλον τῷ χρόνῳ (Cobet)*
86, 4 (IV 60c)	ἐν σκότῳ	καὶ σκότῳ (Maisano)*
86, 22 (IV 61a)	βακτηρίας	ἐκβακτηρίας (Vanderspoel)
87, 10 (IV 61c)	τὸν σύμβουλον	τὸ σύμβολον *(codd.)**

	Downey	Lectura adoptada
87, 20 (IV 61c)	ἐπίθοιτο	ἐπίθειτο (ΑΨΩ)*
88, 12 (IV 62b)	οὐκ ἐξόν	ἐξόν (M^{corr})*
93, 21 (V 64b)	τοῦ δι' αἰῶνος χρηστοῦ	*secl.* PETAU*
94, 3 (V 64b)	τεταμένον	τεταγμένον *(codd.)**
97, 11 (V 66c)	ἔριδος περὶ	ἔριδος πέρι *(codd.)**
99, 21 (V 68b)	Χέροπος	Χέοπος *(codd. pler.)**
100, 19 (V 68d)	ἐπὶ	ὑπὸ *(codd. pler.)**
101, 16 (V 69b)	μηδέ	μήτε *(codd.)**
102, 9 (V 69c)	ὁπλίζονται	τοξάζονται (COBET)*
102, 15 (V 70a)	ῥητορεύοντες	ῥητορευόμενοι *(codd.)**
108, 13 (VI 73b)	ἐκείνῃ... τοσοῦτο	ἐκείνης... τοῦτο (Ψ)*
110, 15 (VI 74b)	ὡς πατρῷον κλῆρον	*secl.* HANSEN*
111, 4 (VI 74d)	Ἀριεμένου	Ἀριαμένους (Ψ)*
114, 10 (VI 77b)	δωρεῶν	δεραίων (HARDOUIN)*
116, 2 (VI 78b)	ὑμᾶς	ἡμᾶς (Ψ)*
118, 6 (VI 79c)	ἐν νομίας	εὐδαιμονίας (HANSEN)*
120, 16 (VI 81b)	Νομᾶς	Νουμᾶς (MAISANO)*
122, 5 (VI 82b)	ἀπονείμοιτε	ἀπονείμητε (Ψ)*
122, 14 (VI 82c)	αὐτοκρατόρων βασιλέων	βασιλέων (ΑΠΘ)*
123, 5 (VI 82d)	λημμάτων	λιμένων (Ψ)*
123, 17 (VI 83d)	προσαιρήσεται	προαιρήσεται (PETAU)*
124, 1 (VI 83b)	κοινωνήσαντα	κοινωνήσοντα (ΑΠΨ)
128, 5 (VII 84c)	ὥσπερ δανείσματα	ὡς περὶ δανείσματος (JACOBS)*
128, 9 (VII 84c)	σοφώτερον	σαφέστερον (M^2)
129, 10 (VII 85b)	περισκοπεῖν	παρασκοπεῖν *(codd.)**
130, 18 (VII 86a)	τροπῇ	τροπαῖς *(codd.)**
132, 1 (VII 87a)	καὶ πάνυ	οὐ πάνυ (PETAU)*
133, 14 (VII 88b)	κοινοῦ	κοινῇ (ACH^1M)*
135, 9 (VII 89c)	ζηλωτότερος ὁ δεηθεὶς καλῶς ἢ ὁ συγχωρήσας	ζηλωτότερος ὁ συγχωρήσας καλῶς ἢ ὁ δεηθεὶς (JACOBS)*
135, 15 (VII 89d)	ἐῶ μὲν	ἐῶμεν (A)
137, 19 (VII91a)	ἐγρηγορός	ἐγρηγορῶς (COBET)*

	Downey	Lectura adoptada
138, 25 (VII 92a)	τούτους	τούτοις (COBET)*
140, 10 (VII 93a)	δυστυχέστατον	δυσχερέστατον *(codd.)**
142, 2 (VII 94a)	στερεώτατος	στερεώτερος (M)*
143, 2 (VII 95a)	Ῥωμαίους	Ῥωμαίοις *(codd.)**
143, 5ss. (VII 95a)	ποιεῖν... τὸ τοὺς μὲν φίλους ἐπιδιουθούμενος	*secl.* MAISANO*
143, 9ss (VII 95a)	φίλους μὲν... ποιεῖν ἀλλὰ φίλους	μὲν φίλους... ἀλλὰ φίλους ποιεῖν (MAISANO)*
143, 19 (VII 95b)	βασιλεύσαντος	βουλεύσοντος *(codd.)**
147, 5 (VII 97d)	τοξευτῶν	τοξοτῶν *(codd.)**
150, 17 (VII 100c)	ἀλλὰ μᾶλλον	καὶ μᾶλλον *(codd. praeter* Ω*)**
154, 1 (VIII 101b)	περὶ φύσεως βασιλικῆς	*secl.* MAISANO*[1]
155, 11 (VIII 102a)	†ταῦτῃ... εἶναι τοὺς βασιλέας†	ταῦτῃ... ἀμείνους εἶναι τοὺς βασιλέας (ROMANO)
158, 16 (VIII 103a)	ὑμῖν	ἡμῖν *(codd.)**
162, 21 (VIII 107c)	ἀποκεκινδυνευμένως	ἀποκεκινδυνευμένον *(codd.)**
171, 16 (VIII 113d)	καὶ ἀμφίεκτον	*secl.* PETAU*
179, 2 (VIII 119a)	* * *	⟨προσφόρων⟩ (WOLF)*
179, 8 (VIII 119b)	* * *	⟨δεικνύς⟩ (WOLF)*
187, 2 (IX 123c)	ἀλλ' αὔξου φησὶ	ἀλλὰ τραφήσῃ (JACOBS)*
188, 8 (IX 124c)	ἀμείνω	μὴ χείρω (ROMANO)*
188, 21 (IX 125a)	πρῶτον	πρώτων *(codd.)**
189, 11 (IX 125b)	ἢ βασιλεύς	*secl.* PETAU*
192, 17 (IX 127b)	βασιλεῖ	βασιλεῖ βασιλεύς *(codd.)**

[1] El editor italiano, al que seguimos en este aspecto, entiende que el texto forma parte del título del discurso.

	Downey	Lectura adoptada
192, 18 (IX 127c)	ἀετῶν	ἀετῷ (Π *coni.* Reiske)*
194, 6 (IX 128c)	πρώτῳ	πατρώῳ (A^2ΠΧΒ)*
210, 7 (X 138b)	ἀληθεύουσιν	εἰρηνεύουσιν (ΠΧM^1)*
211, 1 (X 138d)	καταδεέστερον	καταδεέστερος (ΠΧM^2)
216, 9 (XI 142a)	δὲ	δὴ (Hansen)*
221, 12 (XI 146b)	* * *	⟨εἶδε⟩ (Maisano)*
230, 17 (XI 154a)	αὑτοῦ	αὐτοῦ (A)*
232, 15 (XIII 161d)	οὐδὲ	οὐδὲν (A)*
233, 7 (XIII 162b)	γενέσθαι τὰ τε	γενέθλια τὰ τῆς
233, 7 (XIII 162b)	διεξιὼν κατὰ δεῖπνον	διεξιὼν καὶ δεῖπνον διεξιὼν (A)
233, 10 (XIII 162d)	ὃν θεὸν μὲν ὀνομάζεις	ὃν θεὸν μὲν οὐ νομίζεις (Cobet)*
236, 6 (XIII 164c)	διαλαμβάνουσαι	διαλαμβάνουσα (A)*
237, 10 (XIII 165b)	†δειλούς†	δεινούς (Dindorf)*
237, 10 (XIII 165b)	ἐξευρήσων	ἐξευρίσκων (A)*
239, 7 (XIII 166c)	ἐρώην	ῥώμην (A)
242, 4 (XIII 168c)	†ὑφ' ἑνὸς καλοῦ τῆς μελέτης†	ἀφ' ἑνὸς καλοῦ σώματος (Romano)*
242, 14 (XIII 169a)	οὐδὲ	οὔτε (A)*
243, 21 (XIII 169d)	καὶ ἐνέδρας	δι' ἐνέδρας (Hardouin)*
245, 4 (XIII 170d)	φιλόσοφος γὰρ καὶ ὁ Σωκράτης * * *	φιλόσοφον γὰρ καὶ ὁ Σωκράτης τὸν Ἔρωτα ποιεῖ (Jacobs)*
247, 13 (XIII 172c)	* * *	οὐδέν (Doehn)*
248, 18 (XIII 173b)	ὁ Σεβαστός	ὁ δὲ Σεβαστός (Gasda)*
249, 6 (XIII 170d)	ἐκεῖνος	εἰκῆ (Cobet)*
250, 21 (XIII 174d)	τοσαυτάκις εὖ ποιεῖ	τοσαυτάκις ⟨βασιλεύει, ὁσάκις⟩ εὖ ποιεῖ (Jacobs)*
254, 8 (XIII 177c)	βασιλέοιν	βασιλέων (A)*
255, 2 (XIII 178a)	ἀπολελοιπότα	ἀπολέλοιπα (Reiske)*

	Downey	Lectura adoptada
255, 5 (XIII 178a)	ἡμῖν	ὑμῖν (Hardouin)*
255, 8 (XIII 178a)	μηδέ	μήτε (A)*
255, 16 (XIII 178b)	ὁρμὴ ἐξημμένης	ὁρμεῖ ἐξημμένη (Reiske)*
255, 25 (XIII 178c)	ἡμῖν	ὑμῖν (A)*
257, 17 (XIII 180a)	τελειώσαντας	ταινιώσαντας (Ruhnken)*
260, 14 (XIV 180d)	διὰ κενῆς	διακενῆς *(codd.)**
262, 15 (XIV 182a)	τῷ βασιλεῖ	τῇ βασιλευούσῃ (Petau)*
264, 8 (XIV 183b)	σαυτὸν	αὑτὸν (ΑΠ)*
271, 10 (XV 186d)	ἀλέξεσθαι	ἀλέξασθαι *(codd.)**
271, 11 (XV 186d)	ἀνθρωποκομικὴ	ἀνθρωπονομικὴ (Hansen)*
277, 14 (XV 192a)	ἐκδηλότερον	ἐνδηλότερον *(codd.)**
280, 16 (XV 194c)	ἢ	*secl.* Hansen*
284, 10 (XV 197c)	ἀποσκηνοῖντο	ἀποσκηνοῖτο (A)*
288, 5 (XVI 199c)	αὐτὴ	αὕτη *(codd.)**
289, 8 (XVI 200b)	χρέως	χρέος *(codd.)**
292, 8 (XVI 202d)	προσενενηγμένην	προσενηνεγμένην *(codd.)**
294, 20 (XVI 205a)	Λυσίου... Μάρδυς	Λουσίου... Μάρδους (Hansen)*
295, 11 (XVI 205d)	ζηλωτὴς	ζηλωτὸς *(codd.)**
296, 12 (XVI 206c)	λογογράφοις	τοῖς λογογράφοις *(codd.)**
296, 19 (XVI 206d)	Ῥωμαίων	τοῖς Ῥωμαίων *(codd.)**
300, 16 (XVI 210a)	Κερβούλων	Κορβούλων (Hansen)*
300, 20 (XVI 210a)	⟨* * *⟩	σὺ δὲ (Reiske)*
306, 3 (XVII 213c)	ἐνδηλότερον	εὐδηλότηρον *(codd.)**
306, 13 (XVII 214a)	ἀποδείξεις	ἀπόδειξις *(codd.)**
306, 22 (XVII 214b)	πρώτας	πρῶτος (Hardouin)*
307, 19 (XVII 214d)	σκηνῇ	σκηνοίη *(codd.)**
307, 29 (XVII 215a)	μεριστὰς	μερίτας *(codd.)**

	Downey	Lectura adoptada
308, 5 (XVII 215b)	Βίβος	Βίβουλος (Hardouin)*
309, 8 (XVII 216a)	δυσπονίαν	δυσποτμίαν (*codd.*^{marg})*
309, 9 (XVII 216b)	ἀντικατηλλάξαντο	ἀντηλλάξαντο (*codd.*)*
315, 11 (XVIII 219a)	τέχνην	τύχην (ΨΔ)
316, 13 (XVIII 219c)	εἰσπράξει ταύτην	εἰσπράξει ταύτῃ (Hansen)*
320, 11 (XVIII 222a)	ἐκτείνει	ἐκτίνει (Petau)
324, 12 (XVIII 224c)	τόξον	τόξων (*codd.*)*
324, 15 (XVIII 224c)	αὐτὴν ἀνήκειν	ἀνήκειν (ΑΨ)*
331, 9 (XIX 229a)	παραδεικνύναι	πραΰναι (Hansen)*
334, 7 (XIX 229d)	ἑταιρίαν	ἑταίραν (Cobet)*
339, 20 (XIX 233c)	ἓν κτῆμα	ἔγκλημα (Petau)

BIBLIOGRAFÍA

a) *Ediciones y traducciones de los discursos*

V. Trincavelli, *Omnia Themistii Opera, hoc est paraphrases et orationes. Alexandri Aphrodisiensis libri duo de anima, et de fato unus,* Venecia, 1534.

H. Donzellino, *Themistii Euphradae philosophi peripatetici Orationes octo elegantissimae, ac eruditione uaria refertissimae,* Basilea, 1559.

H. Stephanus, *Themistii Philosophi (Euphradae ab eloquentia cognominati) Orationes XIIII,* Ginebra, 1562.

Fr. Morel, *Synesii Cyrenaei Philádelphoi, seu Fratrum amantes, uel de benignitate oratio,* París, 1604.

G. Remus, *Themistii Philosophi, Euphradae ab eloquentia dicti, Orationes sex Augustales,* Amberes, 1605.

D. Petavius, *Themistii Euphradae Orationes XVI,* La Flèche, 1613.

P. Pantinus, *Themistii Euphradae Orationes aliquot non editae,* Leiden, 1614.

D. Petavius, *Themistii cognomento Suadae Orationes XIX,* París, 1618.

D. Petavius, I. Harduini, *Themistii Orationes XXXIII,* París, 1684.

A. Mai, *Themistii Philosophi Oratio in eos a quibus ob praefecturam suspectam fuerat uituperatus,* Milán, 1816 (= *Classico-*

rum auctorum e Vaticanis codicibus editorum, vol. 4, págs. 306-53, Roma, 1833).
W. Dindorf, *Themistii Orationes ex codice Mediolanensi emendatae,* Hildesheim, 1961 (= Leipzig, 1832).
Gl. Downey, «Themistius' First Oration», *Greek, Roman and Byzantine Studies* 1 (1958), 49-69.
H. Kesters, *Plaidoyer d'un Socratique contre le Phèdre de Platon. XXVIe discours de Thémistius: Introduction, texte établi et traduit par...,* Lovaina-París, 1959.
S. Oppermann, *Eis tòn hautoû patéra. Basanistès è philósophos (20 und 21 Rede),* Diss., Gotinga, 1965.
H. Schenkl, Gl. Downey, A. F. Norman, *Themistii orationes quae supersunt,* 3 vols., Leipzig, 1965-1974.
H. Schneider, *Die 34 Rede des Themistios (perì tès archés),* Winterthur, 1966.
J. G. Smeal, *Themistios. The Twenty-Third Oration,* Diss. Vanderbilt Univ. Nashville, Tennessee, 1989.
R. Maisano, *Discorsi di Temistio,* Turín, 1995.

b) *Crítica del texto*

V. Albini, «Gli addobbi dell'amicizia», *Studi Italiani di Filologia Classica* (3.ª serie) 4 (1986), 272.
C. Badham, «Ad Themistium (Or. XIV Dind.) et quosdam alios», *Mnemosyne* N.S. 3 (1875), 209-210.
Cl. Bevegni, «Un codice inesplorato dell'Or. XXIV di Temistio», *Studi Italiani di Filologia Clasica* 5 (1987), 62-63.
F. H. M. Blaydes, *Miscellanea critica,* Halle, 1907.
G. Cavallo, «La trasmissione dei 'moderni' tra antichità tarda e medioevo bizantino», *Byzantinische Zeitschrift* 80 (1987), 313-29.
C. G. Cobet, «Aduersaria critica», *Mnemosyne* 9-11 (1860-2), N.S. 2-3 (1874-75).
A. Garzya, «Varia philologica XI», en E. Livrea, G. A. Privitera (ed.), *Studi in onore di Anthos Ardizzoni,* Roma, 1978, págs. 381-89.

A. Gasda, *Kritische Bemerkungen zu Themistios,* 2 vols., Progr. Lauban, 1886-1887.
G. Ch. Hansen, «Nachlese zu Themistios», *Philologus* 111 (1967), 110-118.
H. Jackson, «On Themistius' II: *Eis Konstántion,* 32 c», *Journal of Philology* 27 (1900), 161.
A. H. Kan, «In Themistii orationem XXVI observatiunculae», *Mnemosyne* 12 (1945), 181-91.
—, «Ad Themistium observatiunculae», *Mnemosyne* 13 (1947), 234-35.
R. Maisano, «La critica filologica di Petau e Hardouin e l'edizione parigina del 1684 delle Orazioni di Temistio», *Arch. Hist. Soc. Iesu* 43 (1974), 267-300.
—, «Per une riedizione dei discorsi di Temistio», *Koinonia* 2 (1978), 93-116.
—, «Postilla Temistiana», *Koinonia* 7 (1983), 97-98.
—, «Su un'allusione platonica in Temistio (or. 7. 95ab)», *Koinonia* 12 (1988), 39-44.
G. Matino, «Tendenze linguistiche nella tradizione del testo delle orazioni di Temistio», *Koinonia* 9 (1985), 130-140.
E. Orth, «Curae criticae», *Emerita* 26 (1958), 201-213.
R. Romano, «Themistiana I», *Koinonia* 2 (1978), 339-42.
—, «Themistiana II», *Koinonia* 4 (1980), 115-17.
—, «Themistiana III», *Koinonia* 7 (1983), 61-66.
J. J. G. Roulez, *Observationes criticae in Themistii orationes,* Diss., Lovaina, 1828.
H. Schenkl, «Die handschriftliche Überlieferung der Reden des Themistios», *Wiener Studien* 20 (1898), 205-43; 21 (1899), 80-115, 225-63; 23 (1901), 14-25.
—, «Beiträge zur Textgeschichte der Reden des Themistios», *Sitzungsberichte der Akademie der Wissenschaften zu Wien* 192 (1919), 1-89.
I. Turzewitsch, «Zu Themistius or. XIII», *Philologische Wochenschrift* 54 (1934), 109-10.
H. Usener, «Lectiones Graecae», *Rheinisches Museum* N.S. 25 (1870), 579-80.

J. VANDERSPOEL, «Themistius, Oration 4. 58c. An Emendation», *Mnemosyne* 40 (1987), 149.

c) *Para Temistio y su obra*

G. J. D. AALDERS, «Nómos émpsychos», en P. STEINMETZ (ed.), *Politeia und Res publica. Beiträge zum Verständnis von Politik, Recht und Staat in der Antike dem Andenken Rudolf Starks gewidmet,* Wiesbaden, 1969, págs. 315-29.

A. ALFÖLDI, *A Conflict of Ideas in the Later Roman Empire. The Clash between the Senate and Valentinian I,* Oxford, 1952.

F. ALTHEIM, *Literatur und Gesellschaft im ausgehenden Altertum,* Halle, 1948.

H. VON ARNIM, *Leben und Werk des Dion von Prusa,* Berlín, 1898.

P. ATHANASSIADI-FOWDEN, *Julian and Hellenism. An Intellectual Biography,* Oxford, 1981.

O. BALLÉRIAUX, *Thémistius, son interprétation de la noétique aristotelicienne,* Diss., Lieja, 1941.

—, «Le *Metriopathès è Philóteknos* (Discours XXXII de Thémistius)», *Byzantion* 58 (1988), 22-35.

—, «Thémistius et l'exégèse de la noétique aristotelicienne», *Revue de Philosophie ancienne* 7 (1989), 199-233.

—, «La date du *Perì philanthropías è Konstántios* (Discours I) du Thémistius», *Byzantion* 66 (1996), 319-334.

E. BARET, *De Themistio sophista et apud imperatores oratore,* París, 1853.

E. BARKER, *From Alexander to Constantine,* Oxford, 1956.

J. BARNEA, «Themistios despre Scythia minor», *Studi si Cercetari de Istorie Veche* 18 (1967), 563-74.

T. D. BARNES, «Two Senators under Constantine», *Journal of Roman Studies* 65 (1975), 40-49.

—, «Himerius and the Fourth Century», *Classical Philology* 82 (1987), 206-25.

T. D. BARNES, J. VANDERSPOEL, «Julian and Themistius», *Greek, Roman and Byzantine Studies,* 22 (1981), 187-89.

N. H. BAYNES, «Eusebius and the Christian Empire», en N. H. BAYNES, *Byzantine Studies and Other Essays,* Londres, 1955, págs. 168-172 (= *Annuaire de l'Institut de Philologie et d'Histoire Orientale* 2, 1933-34).

B. C. BAZÁN, «La noética de Temistio (c. 320-390)», *Revista venezolana de filosofía* 5-6 (1976-77), 51-58.

J. BIDEZ, *La vie de l'empereur Julien,* París, 1930.

H. J. BLUMENTHAL, «Neoplatonic Elements in the *De anima* Commentaries», *Phronesis* 21 (1976), 64-87.

—, «Photius on Themistius (cod. 74). Did Themistius Write Commentaries on Aristotle?», *Hermes* 107 (1979), 168-182.

—, «Themistius. The Last Peripatetic Commentator on Aristotle?», en R. SORABJI (ed.), *Aristotle Transformed. The Ancient Commentators and Their Influence,* Londres, 1990, págs. 113-23.

A. B. BOSWORTH, «Arrian and the Alani», *Harvard Studies in Classical Philology* 81 (1977), 217-55.

H. F. BOUCHERY, *Bijdrage tot de studie van Themistius' leven en Personlijkheid,* Diss., Gante, 1934-1935.

—, *Themistius in Libanius' Brieven,* Amberes, 1936.

—, «Contribution à l'étude de la chronologie des discours de Thémistius», *L'Antiquité Classique* 5 (1936), 191-208.

M. BOUYGES, «Notes sur des traductions arabes d'auteurs grecs», *Archives de Philosophie* 2 (1924), 363-71.

G. W. BOWERSOCK, *Greek Sophists in the Roman Empire,* Oxford, 1969.

— (ed.), *Approaches to the Second Sophistic,* Pensilvania, 1974.

—, *Hellenism in Late Antiquity,* Cambridge, 1990.

E. L. BOWIE, «Greek and Their Past in the Second Sophistic», *Past and Present* 46 (1970), 3-41.

S. A. BRADBURY, «The Date of Julian's Letter to Themistius», *Byzantion* 63 (1987), 235-51.

A. BRANCACCI, «Filosofia e retorica nel dibattito tardoantico da Filostrato a Sinesio», *Elenchos* 6 (1985), 85-114.

—, *Rhetorikè philosophoûsa. Dione Crisostomo nella cultura antica e bizantina,* Nápoles, 1986.

—, «Seconde Sophistique, historiographie et philosophie (Philostrate, Eunape, Synésios)», en *Le plaisir du parler. Étude de Sophistique comparée sous la dir. de B. Cassin. Coll. Arguments. Colloque de Cerisy,* París, 1987.
TH. BRAUCH, «The Prefect of Constantinople for 362 AD: Themistius», *Byzantion* 63 (1993), 37-78.
—, «Themistius and the Emperor Julian», *Byzantion* 63 (1993), 78-115.
J. A. BRONS, *De woordkreuze in Themistius' redevoeringen. Bijdrage tot het onderzoek naar Themistius' bronnen en modellen,* Nimega, 1948.
P. BROWN, *The World of Late Antiquity. From Marcus Aurelius to Muhammad,* Londres, 1971 = *El mundo en la Antigüedad Tardía. De Marco Aurelio a Mahoma* [trad. A. PIÑERO], Madrid, 1989.
—, «The Philosopher and Society in Late Antiquity», en *Protocol of the Thirty-Fourth Colloquy of the Center for Hermeneutical Studies,* 3, Berkeley, 1980.
—, *Power and Persuasion in Late Antiquity: Towards a Christian Empire,* Madison, 1992.
G. M. BROWNE, «Ad Themistium Arabum», *Illinois Classical Studies* 11 (1986), 223-45.
PH. BRUGGISSER, «Gratien, nouveau Romulus», en M. PIERART, O. CURTY (eds.), *Historia testis. Mélanges d'épigraphie, d'histoire ancienne et de philologie offerts à Tadeus Zawadski,* Friburgo (Suiza), 1989, págs. 189-205.
TH. C. BURGESS, *Epideictic Literature,* Chicago, 1987 (= 1902).
R. CADIOU, «Le problème des relations scolaires entre Basile et Libanios», *Revue des Études Grecques* 79 (1966), 89-98.
J. P. CALLU, «Denier et nummus 300-354», en VV. AA., *Les dévaluations à Rome. Époque républicaine et impériale, Rome 13-15 novembre 1975,* París, 1978, págs. 107-21.
A. CAMERON, «Notes on Palladas», *The Classical Quarterly* 15 (1965), 215-29.
—, «Paganism and Literature in Late Fourth Century Rome», en *Christianisme et formes littéraires dans l'Antiquité Tardive en Occident,* Vandoeuvres-Ginebra, 1977, págs. 1-30.

—, *Literature and Society in the Early Byzantine World,* Londres, 1985.
—, «Julian and Hellenism», *The Ancient World* 24 (1993), 25-29.
J. M. CANDAU MORÓN, «Teocracia y ley: la imagen de la realeza en Juliano», en J. M. CANDAU, F. GASCÓ, A. RAMÍREZ DE VERGER (eds.), *La imagen de la realeza en la Antigüedad,* Madrid, 1988, págs. 165-89.
—, «La filosofía política de Juliano», *Habis* 17 (1986), 87-96.
L. CANTARELLI, «La serie dei proconsuli e prefetti dei Constantinopoli», *Rendiconti della Classe di Scienze morali, storiche e filologiche dell'Accademia dei Lincei,* 28 (1919), 67-68; 30 (1921), 205-15.
H. E. CHAMBERS, *Exempla uirtutis in Themistius and the Latin Panegyrists,* Diss., Bloomington, 1968.
L. CHEIKHO, «Risâlat de Damistiyos vizir d'Elyan, c'est-à-dire le roi Youliyanos, sur la Politique, traduite du syriaque par Ibn Zour'at», *Al-Machriq* 18 (1920), 881-89.
B. COLPI, *Die Paideia des Themistios: ein Beitrag zur Geschichte der Bildung im vierten Jahrhundert n.C.,* Berna-Frankfurt-Nueva York-París, 1987.
B. COULIE, «De l'Empire romain à l'Empire byzantin. Le choix d'une capitale et d'une identité», *Les Études Classiques* 55 (1987), 320-327.
L. CRACCO RUGGINI, «Sofisti greci nell'imperio romano», *Athenaeum* 49 (1971), 402-25.
—, «Simboli di bataglia ideologica nel tardo ellenismo (Roma, Atene, Costantinopoli; Numa, Empedocle, Cristo)», en *Studi storici in onore di Ottorino Bertolini,* Pisa, 1972, págs. 177-300.
—, «Arcaismo e conservatorismo, innovazione e rinnovamento (IV-V secolo)», en M. MAZZA y CL. GUIUFFRIDA (eds.), *La trasformazione della cultura nella Tarde Antichità. Atti del Convegno tenuto a Catania. Università degli studi 27 sett.-2 ott. 1982,* Catania, 1985, págs. 133-56.
U. CRISCUOLO, «Sull'epistola di Giuliano imperatore al filosofo Temistio», *Koinonia* 7 (1983), 89-11.

J. Croissant, «Un noveau discours de Thémistius», *Serta Leondensia. Mélanges de philologie classique publiés à l'occasion du centenaire de l'independance de la Belgique,* Lieja, 1930, págs. 7-30.
H. E. Chambers, *Exempla virtutis in Themistius and the Latin Panegyrists,* Diss., Indiana University, Bloomington, 1968.
G. Dagron, «L'empire romain d'Orient au IV^e. siècle et les traditions politiques de l'helenisme. Le temoignage de Thémistios», *Travaux et Mémoires* 3 (1967), 1-242.
—, *Naissance d'une capitale. Constantinople et ses institutions de 330 à 451,* París, 1974.
L. J. Daly, «Themistius' Plea for Religious Tolerance», *Greek, Roman and Byzantine Studies* 12 (1971), 65-80.
—, «The Mandarin and the Barbarian. The Response of Themistius to the Gothic Challenge», *Historia* 21 (1972), 351-379.
—, «Themistius' Concept of *philanthropia*», *Byzantion* 45 (1975), 22-40.
—, «In a Borderland. Themistius' Ambivalence Towards Julian», *Byzantinische Zeitschrift* 73 (1980), 1-11.
—, «Themistius' Refusal of a Magistracy (or. 34 cc. XIII-XV)», *Byzantion* 53 (1983), 164-212.
Ph. Delatte, *Les traités sur la royauté d'Ecphante, Diotogène et Sthenidas,* Lieja, 1942.
A. Dihle, *Die griechische und lateinische Literatur der Kaiserzeit. Von Augustus bis Iustinian,* Múnich, 1989.
R. Dostálová, «Christentum und Hellenismus. Zur Herausbildung einer neuen kulturellen Identität im 4. Jahrhundert», *Byzantinoslavica* 44 (1982), 1-12.
Gl. Downey, «Philanthropia in Religion and Statecraft in the Fourth Century after Christ», *Historia* 4 (1955), 199-208.
—, «Education and Public Problems as Seen by Themistius», *Transactions and Proceedings of the American Philological Association* 86 (1955), 291-307.
—, «Themistius and the Defense of Hellenism in the Fourth Century», *Harvard Theological Review* 50 (1957), 259-74.

—, «Education in the Christian Roman Empire. Christian and Pagan Theories under Constantine and his Successors», *Speculum* 32 (1957), 48-61.
—, «Themistius' First Oration», *Greek, Roman and Byzantine Studies* 1 (1958), 49-69.
—, «Themistius and the Classical Tradition», *The Classical Bulletin* 34 (1958), 49-51.
—, «Julian and Justinian and the Unity of Faith and Culture», *Church History* 28 (1959), 339-349.
—, «Allusions to Christianity in Themistius' Orationes», *Studia Patristica* 5 (1962), 480-488.
Fr. Dvornik, *Early Christian and Byzantine Political Philosophy. Origins and Backgrounds*, 2 vols., Washington, 1966.
—, «The Emperor Julian's Reactionary Ideas on Kingship», en K. Weitzmann (ed.), *Late Classical and Medieval Studies in Honor of A.M. Friend Jr.*, Princeton, 1955, págs. 71-81.
A. J. Festugière, *Antioche païenne et chrétienne*, París, 1959.
R. Förster, «Andreas Dudith und die zwölfte Rede des Themistius», *Neue Jahrbücher für das klassische Altertum* 6 (1900), 74-93.
M. Forlin Patrucco, «Forme della tradizione nella grecitá tarda: la citazione classica come linguaggio politico» en M. Mazza, Cl. Guiuffrida (eds.), *La trasformazioni della cultura nella Tarde Antichità. Atti del Convegno tenuto a Catania. Università degli studi 27 sett.-2 ott. 1982*, Catania, 1985, págs. 185-203.
G. Fowden, «The Platonist Philosopher and his Circle in Late Antiquity», *Filosofía* 7 1977), 359-383.
—, «The Pagan Holy Man in Late Antique Society», *The Journal of Hellenic Studies* 102 (1982), 33-59.
R. M. Frank, «Some Textual Notes on the Oriental Versions of Themistius' Paraphrasis of Book I of the Metaphysics», *Byrsa* 8 (1958-1959), 215-230.
A. Franke, *De Pallada epigrammatographo*, Diss., Leipzig, 1899.

A. GARZYA, «Ideali e conflitti di cultura alla fine del mondo antico», *Maia* 20 (1968), 301-20.

—, «Synesios' *Dion* als Zeugnis des Kampfes um die Bildung im 4. Jahrhundert nach Christus», *Jahrbuch des Österreichischen Byzantinistik* 22 (1973), 1-14.

—, «Un lessico delle orazioni di Temistio», *Koinonia* 1 (1977), 179-86.

—, «Varia philologica XI», en E. LIVREA, G. A. PRIVITERA (eds.), *Studi in onore di Anthos Ardizzoni,* Roma, 1978, págs. 381-89.

—, «Un lessico dei discorsi di Temistio», en I. LANA, N. MARINONE (eds.), *Atti Conv. sulla lessicografia polit. e giur. nel campo delle scienze dell' antichità (Torino, 28-29 aprile 1978),* Turín, 1980, págs. 97-101.

—, «L'epistolografia letteraria tardoantica», en M. MAZZA y CL. GUIUFFRIDA (eds.), *La trasformazioni della cultura nella Tarde Antichità. Atti del Convegno tenuto a Catania. Università degli studi 27 sett.-2 ott. 1982,* I-II, Catania, 1985, págs. 347-73.

—, «Temistio e il primordi della tragedia», M. WISSEMANN (ed.), *Roma renascens. Beiträge zur Spätantike und Rezeptionsgeschichte. Iliona Opelt von ihren Freunden und Schülern zum 9.7.1988 in Vehrerung gewidmet,* Frankfurt, 1988, págs. 65-77.

— (ed.), *In Themistii orationes index auctus,* Nápoles, 1989.

J. GEFFCKEN, *Der Ausgang der gr.-röm. Heidentums,* Heidelberg, 1929 (= *The Last Days of Greco-Roman Paganism,* Amsterdam, 1978).

J. GEIGER, «Eros und Anteros, der Blonde und der Dunkelhaarige», *Hermes* 114 (1986), 375-76.

C. GLADIS, *De Themistii, Libanii, Juliani in Constantium orationibus,* Diss., Breslau, 1907.

T. R. GLOVER, *Life and Letters in the Fourth Century A.D.,* Nueva York, 1924.

E. R. GOODENOUGH, «The Political Philosophy of Hellenistic Kingship», *Yale Classical Studies* 1 (1928), 55-102.

M. GRABMANN, *Mittelalterliche lateinische Übersetzungen von Schriften der Aristoteles-Kommentatoren Johannes Philoponos, Alexander von Aphrodisias und Themistius,* Múnich, 1929.

P. G. GRISOLI, «Filosofia nel XXIV discorso di Temistio», *Rivista di Filologia e di Istruzione Classica* 95 (1967), 303-21.

J. GUEY, «Le Tropaeum Traiani est-il l'oeuvre de l'empereur Valens?», *Revue des Études Anciennes* 40 (1938), 387-98.

I. HAHN, «Zur Frage der sozialen Grundlagen der Usurpation. Procopius», *Actae Antiquae Academiae Scientiarum Hungarica* 6 (1958), 199-211.

G. CH. HANSEN, «Rythmisches und metrisches zu Themistios», *Byzantinische Zeitschrift* 55 (1962), 235-40.

P. J. HEATHER, J. F. MATTHEWS, *The Goths in the Fourth Century,* Liverpool, 1991.

R. HONIG, *Humanitas und Rhetorik im spätrömischen Kaisergesetzen,* Gotinga, 1960.

A. H. M. JONES, *The Later Roman Empire, 284-602. A Social, Economic and Administrative Survey,* 3 vols., Oxford, 1964.

C. P. JONES, *The Roman World of Dio Chrysostom*, Cambridge (Mass.), 1978.

—, J. R. MARTINDALE, J. MORRIS, *The Prosopography of the Later Roman Empire,* 3 vols., Cambridge, 1971-1992.

J. KABIERSCH, *Untersuchungen zum Begriff der Philanthropia bei dem Kaiser Julian,* Wiesbaden, 1960.

W. E. KAEGI, *Byzantium and the Decline of Rome,* Princeton, 1968.

E. H. KANTOROWICZ, «On Transformation of Apolline Ethics», en K. SCHAUENBURG (ed.), *Charites. E. Langlotz gewidmet,* Bonn, 1957, págs. 265-74.

G. A. KENNEDY, *Greek Rhetoric under Christian Emperors,* Princeton, 1983.

M. KERTSCH,«Ein Bildhafter Vergleich bei Seneca, Themistios, Gregor von Nazianz und sein Kynisch-stoischer Hintergrund», *Vigiliae Christianae* 30 (1976), 241-57.

H. KESTERS, «Platoons Staat en Themistios XXVIe Rede, I», *Philologische Studien* 4-5 (1932-33), 3-27; (1933-34), 28-46.

—, *Antisthène, De la dialectique. Étude critique exégétique sur le XXVIe discours de Thémistius,* Diss., Lovaina, 1935.

P. de Labriolle, *La réaction païenne,* 5.ª ed., París, 1942.

Chr. Lacombrade, *Le discours sur la royauté de Synésios de Cyrène a l'empereur Arcadios,* París, 1951.

—, *Synésios de Cyrène, hellène et chrétien,* París, 1951.

Ph. Lemerle, *Le premier humanisme byzantin. Notes et remarques sur enseignement et culture à Byzance des origines à Xe siècle,* París, 1971.

C. M. Lyons, «An Arabic Translation of the Commentary of Themistius», *Bulletin of the School of Oriental & African Studies* 17 (1955), 245-60.

—, *An Arabic Translation on Themistius Commentary on Aristotle's De anima,* Columbia, 1973.

S. MacCormack, *Art and Ceremony in Late Antiquity,* Berkeley-Los Ángeles-Londres, 1981.

E. P. Mahoney, «Themistius and the Agent Intellect in James of Viterbo and Other Thirteenth Philosophers (Saint Thomas, Siger of Brabant and Henty Bate)», *Agustiniana* 23 (1973), 422-67.

R. Maisano, «La paideia del logos nell'opera di Temistio», *Koinonia* 10 (1986), 29-47.

—, «La funzione dei richiami platonici nelle orazioni di Temistio», en VV. AA, *Scritti classici e cristiani offerti a Francesco Corsaro,* Catania, 1994, págs. 415-29.

G. Matino, «L'uso delle preposizioni nei discorsi di Temistio», *Annali della Facoltà di Lettere e Filosofia della Università di Napoli* 19 (1976-77), 63-108.

—, «Annotazione linguistiche al testo delle Orazione di Temistio», *Koinonia* 8 (1984), 87-91.

—, «Tendenze linguistiche nella tradizione del testo delle orazioni di Temistio», *Koinonia* 9 (1985), 130-40.

—, *Lingua e pubblico nel Tardo antico. Richerche sul greco letterario dei secoli IV-VI,* Nápoles, 1986.

H. I. Marrou, *Histoire de l'éducation dans l'Antiquité,* París, 1971 = *Historia de la educación en la Antigüedad* [trad. Y. Barja de Quiroga], Madrid, 1985.

J. N. Mattock, «The Supposed Epitome by Themistius of Aristotle's Zoological Works», en *Akte des VII Kongr. für Arabistik und Islamwiss.* 98 (1976), 260-67.

L. Méridier, *Le philosophe Thémistios devant l'opinion de ses contemporains,* Rennes, 1906.

J. Mesk, «Dion und Themistios», *Philologische Wochenschrift* 54 (1934), 556-58.

A. Momigliano (ed.), *The Conflict between Paganism and Christianism in the Fourth Century A. D.,* 1963 (= A. Momigliano (ed.), *El conflicto entre el paganismo y el cristianismo en el siglo IV,* Madrid, 1989).

P. Moraux, «Le *De anima* dans la tradition grecque. Quelques aspects de l'interprétation du traité, de Théophraste a Thémistius», en O. Lloyd (ed.), *Aristotle on Mind and the Senses. Proceedings of the Seventh Symp...,* Cambridge, 1978, págs. 281-324.

I. Muñoz Valle, «Temistio y la promoción de la cultura griega bajo los emperadores cristianos», *Scriptorium Victoriense* 23 (1976), 164-201.

E. Norden, *Die antike Kunstprosa vom VI Jahrhunderts vor Christus bis in die Zeit der Renaissance,* Leipzig, 1909.

J. R. O'Donnell (ed.), «Themistius' Paraphrasis of the Posterior Analytics in Gerard of Cremona's Translation», *Mediaeval Studies* 20 (1958), 239-315.

M. Pavan, *La crisi della scuola nel IV secolo d. C.,* Bari, 1952.

—, *La politica gotica di Teodosio nella pubblicistica del suo tempo,* Roma, 1964.

R. J. Penella, *Greek Philosophers and Sophists in the Fourth Century A. D. Studies in Eunapius of Sardis,* Leeds, 1990.

L. Pernot, *La rhétorique de l'éloge dans le monde gréco-romain,* 2 vols., París, 1993.

P. Petit, *Libanius et la vie municipale à Antioche au IVe siècle après J.-C.,* París, 1955.

—, «Les sénateurs de Constantinople dans l'oeuvre de Libanios», *L'Antiquité classique* 26 (1957), 347-82.

—, *Les étudiants de Libanius. Un professeur de faculté et son élèves au Bas-Empire,* París, 1957.

L. Philippart, «A propos d'un prétendu discours perdu de Thémistius», en *Serta Leodiensia. Mélanges de philologie classique publiés à l'occasion du centenaire de l'independance de la Belgique,* Lieja, 1930, págs. 269-275.

A. Piganiol, *L'empire chrétien (325 -395),* 2.ª ed., París, 1972.

S. Pines, «Some Distintive Metaphysical Conceptions in Themistius' Commentary on Book Lambda and their Place in the History of Philosophy», en W. Jürgen (ed.), *Aristoteles. Werk und Wirkung. P. Moraux gewidmet,* Berlín, 1987, vol. II, págs. 177-204.

A. Piñero Sáenz, «La imagen del filósofo y sus relaciones con la literatura. Un estudio sobre el 'Dión' de Sinesio de Cirene y sus fuentes», *Cuadernos de Filología clásica* 9 (1975), 133-200.

G. Pohl, *De dualis usu, qualis opus apud Libanium, Themistium, Julianum, Himerium fuerit,* Diss., Breslau, 1913.

W. Pohlschmidt, *Quaestiones Themistianae,* Diss., Münster, 1908.

W. Portmann, *Geschichte in der spätantiken Panegyrik,* Frankfurt, 1988.

—, «Zum Datum der ersten Rede des Themistius», *Klio* 74 (1992), 411-21.

C. Prato, A. Fornaro (eds.), *Giuliano Imperatore: Epistola a Temistio,* Lecce, 1984.

L. Previale, «Teoria e prassi del panegirico bizantino», *Emerita* 17 (1949), 72-105.

S. Pricolo, «Filosofi e professori di filosofia nella tarda antichità: vecchi e nuovi modelli culturali tra iv e v secolo», en M. Mazza y Cl. Guiuffrida (eds.), *La trasformazioni della cultura nella Tarde Antichità. Atti del Convegno tenuto a Catania. Università degli studi 27 sett.-2 ott. 1982,* Catania, 1985, págs. 509-27.

J. Puiggali, «La démonologie dans les discours de Thémistios», *Revue des Études Anciennes* 84 (1982), 151-52.

G. Richard, «Les obstacles à la liberté de conscience au ivᵉ siècle de l'ére chrétienne», *Revue des Études Anciennes* 42 (1940), 498-507.

D. H. Russell, N. G. Wilson (eds.), *Menander Rhetor,* Oxford, 1981.

J. J. Sayas, «Aportaciones de Temistio a determinados problemas imperiales», *Hispania Antiqua* 2 (1972), 35-54.

—, «La tolerancia religiosa y sus diversas aportaciones», *Hispania Antiqua* 3 (1973), 219-60.

J. Scharold, *Dio Chrysostomus und Themistius,* Burghausen, 1912.

F. Schemmel, «Die Hochschule von Konstantinopel im iv Jahrhundert», *Neue Jahrbücher für Pedagogik* 22 (1908), 147-68.

W. Schmid, O. Stählin, *Geschichte der griechischen Literatur,* Múnich,1959.

H. Scholze, *De temporibus librorum Themistii,* Diss., Göttingen, 1911.

F. M. Schröder, R. B. Todd, *Two Greek Aristotelian Commentators on the Intellect,* Toronto, 1990.

O. Seeck, *Die Briefe des Libanius zeitlich geordnet, Texte und Untersuchungen,* Leipzig, 1906.

—, H. Schenkl, «Eine verlorene Rede des Themistios», *Rheinisches Museum* 61 (1906), 554-66.

K. Setton, *Christian Attitude towards the Emperor in the Fourth Century Especially as Seen in Addresses to the Emperor,* Nueva York, 1941.

G. Sotiroff, «The Language of Emperor Valentinian», *The Classical World* 65 (1972), 231-32.

C. Steel, «Des commentaires d'Aristote par Thémistius?», *Revue Philosophique de Louvain,* 71 (1973), 669-80.

W. Stegemann, «Themistios 2», *Pauly Realencyclopädie der Altertumswissenschaft* 5 A 2 (1934), cols. 1642-1680.

A. Steinwenter, «*Nómos émpsychos,* zur Geschichte einer politischen Theorie», *Anzeig. der Akademie der Wissenschaft in Wien, phil.-hist. Kl.* 83 (1946), 250-68.

S. A. STERTZ, «Themistius, a Hellenic Philosopher-Stateman in the Christian Roman Empire», *The Classical Journal* 71 (1976), 349-58.

J. A. STRAUB, *Vom Herrscherideal in der Spätantike,* Stuttgart, 1939.

—, «Die Wirkung der Niederlagen bei Adrianopel auf die Diskussion über das Germanenproblem in der spätrömischen Literatur», *Philologus* 95 (1943), 255-86.

G. STRUGLIA, *Razionalità e dogmatismo nell'evoluzione dell'idea della tolleranza religiosa nell'antichità e nel medioevo (Note preliminare),* Cagliari, 1959.

E. DE STRYCKER, «Antisthène ou Thémistius? Revue Bibliographique», *Archives de Philosophie* 12 (1936), 181-206, 475-500.

G. DE TERVARENT, «Eros and Anteros or Reciprocal Love in Ancient Art and Renaissance Art», *Journal of the Warburg and Courtauld Institute* 28 (1965), 205-208.

R. B. TODD, «Themistius and the Traditional Interpretation of Aristotle's Theory of Phantasia», *Acta Classica* 24 (1981), 49-59.

K. TREU, «Synesios' *Dion* und Themistios», *Aus. d. byz. Arb. der DDR* 1 (1957), 82-92.

—, «Themistios und Leibniz», *Philologus* 112 (1968), 297-302.

V. VALDENBERG, «Discours politiques de Themistius dans leur rapport avec l'antiquité», *Byzantion* 1 (1924), 557-80.

J. VANDERSPOEL, «Themistios and a Philosopher at Sikyon», *Historia* 36 (1987), 383-84.

—, «Themistios and the Origin of Iamblichos», *Hermes* 116 (1988), 125-28.

—, «Themistius on the Source of Purple (Or. 4.61a)», *Mnemosyne* 42 (1989), 492.

—, «The Themistius Collection of Commentaries on Plato and Aristotle», *Phoenix* 43 (1989), 162-64.

—, *Themistius and the Imperial Court. Oratory, Civic Duty and Paideia from Constantius to Theodosius,* Ann Arbor, 1995.

V. VELKOV, «Observations de Thémistius sur la Thrace», *BIAB* 19 (1955), 245-60.

G. VERBEKE, «Les sources du Commentaire de Saint Thomas d'Aquin au *De anima* d'Aristote», *Revue Philosophique de Louvain* 45 (1947), 314-38.

—, «Thémistius et le *De unitate intellectus* de Saint Thomas», *Revue Philosophique de Louvain* 53 (1955), 141-64.

—, «Themistius», *Dictionnary of Scientific Biography,* Nueva York, 1976, págs. 307-309.

— (ed.), *Thémistius. Commentaire sur le traité de l'âme. Traduction de Guillaume de Moerbeke. Éditon critique et étude sur l'utilisation du commentaire dans l'oeuvre de Saint-Thomas,* Lovaina, 1957.

C. WENDEL, «Die erste Kaiserliche Bibliothek in Konstantinopel», *Zentralblatt für Bibliothekswesen* 59 (1942), 193-209.

FR. WILHELM, «Zu Themistios Or. 27, 400 Dind.», *Byz.-Neugriech. Jahrbücher* 6 (1929), 451-89; 7 (1930), 1003-1004.

G. WIRTH, «Themistius und Constantius», *Byzantinische Forschungen* 6 (1979), 293-317.

C. W. WOOTEN, «The Ambassador's Speech: a Particular Hellenistic Genre of Oratory», *Quarterly Journal of Speech* 59 (1973), 209-12.

F. A. WRIGHT, *A History of Later Greek Literature,* Londres, 1932.

W. C. WRIGHT (ed.), *Philostratus and Eunapius. The Lives of the Sophists,* Londres-Cambridge (Mass.), 1921.

I

«CONSTANCIO» O «SOBRE LA HUMANIDAD»

INTRODUCCIÓN

El primer panegírico significa para Temistio el acceso a la corte de Constancio II. Dada, pues, su importancia dentro de la biografía del autor, sobre todo para fijar el comienzo de su carrera política y de su vinculación definitiva con la capital del Bósforo, hubiera sido deseable una datación precisa del discurso. Sin embargo, esta cuestión ha sido desde el siglo pasado una de las más discutidas por la bibliografía temistiana; y el debate sigue abierto.

El *Ambrosianus Graecus* J 22 sup., el único códice que conserva el discurso, incluye una nota preliminar que nos informa de que el panegírico fue pronunciado en Ancira con ocasión del primer encuentro juvenil con el emperador, lo que explicaría sus «deficiencias formales». Este dato llevó a Hardouin a situar el discurso al comienzo de su edición y a fecharlo en el 347, año en el que el *Codex Theodosianus* (XI 36, 8) confirma la presencia de Constancio en Ancira. Förster se adhirió a lo que era por entonces la opinión general, que se acomodaba además a su tesis de que Libanio había leído el panegírico para componer su *Discurso* LIX[1]. Posteriormente siguieron esta datación Baret y Sievers, en-

[1] R. Förster (ed.), *Libanii opera,* Leipzig, 1903-23, vol. IV, págs. 201-202.

tre otros[2]. Sin embargo, la aparición en 1906 de la monografía de Seeck sobre el epistolario de Libanio cambió radicalmente el panorama[3]. Para este autor, el decreto del *Codex Theodosianus* no era relevante, dado que la proximidad entre Ancira y Constantinopla obligaba al emperador a pasar continuamente por la ciudad en sus campañas contra los persas. Una vez anulado así el argumento tradicional, proponía la fecha del verano del 350: el panegírico tiene que ser posterior a la muerte de Constante (350) desde el momento en que no se menciona a este monarca, y por otro lado, ha de ser anterior a la derrota de Magnencio (353), ya que no hay mención de la clemencia de Constancio con los partidarios del usurpador. Finalmente, la ausencia de toda alusión a Magnencio se debería a que en el verano del 350, justo antes de la campaña de Constancio en Occidente, el monarca estaría aún en negociaciones con él. Esta datación de Seeck, que ha sido la *communis opinio* hasta hace pocos años, es la que recogen, entre otros, Stegemann, Scholze, Bouchery, Dagron y Wirth[4]. Gladis[5], por último, defendió en solitario durante bastante tiempo la fecha del 348, descalificando el *argumentum ex silentio* que invitaba a creer en la muerte de Constancio y apoyándose en un pasaje clave (I 12a ss.) que alude a una victoria militar sobre los persas, que él identifica con la de Singara (348). En su opinión, por

[2] E. Baret, *De Themistio...*, pág. 1. G. R. Sievers, *Das Leben des Libanius,* Berlín, 1868, pág. 56.

[3] O. Seeck, *Die Briefe...*, págs. 293-94.

[4] W. Stegemann, «Themistios», col. 1644; H. Scholze, *De temporibus...*, págs. 9-10; H. F. Bouchery, *Themistius...*, pág. 38; Gl. Downey, «Themistius's First...», pág. 63; G. Dagron, «L'empire...», pág. 20; G. Wirth, «Themistius und Constantius», págs. 299-300.

[5] C. Gladis, *De Themistii...*, págs. 4-5.

lo tanto, estaríamos ante un discurso de agradecimiento por esta victoria pronunciado en Ancira al regreso del monarca.

Modernamente han retomado la cuestión Portmann, Ballériaux y Vanderspoel. El primero analiza con gran minuciosidad todas las tesis anteriores y propone fijar la datación a partir del contenido[6]. Dado que el panegírico se ocupa del análisis del concepto de *philanthrōpía,* partiendo del pasaje que alude a los indultos (I 14a ss.) se puede precisar la coyuntura política que lo motivó: Temistio estaría elogiando la clemencia de Constancio por haber conmutado la pena capital a un grupo de convictos. Puesto que sabemos que el emperador concedió amnistías en el 351 (después de la batalla de Mursa) y en el 353 (en Lyón, después de la muerte de Magnencio), Portmann se decide por la primera, más coherente con la alusiones a la ampliación del territorio de Constancio (I 9c): el discurso habría sido pronunciado, por lo tanto, en otoño del 351. Lejos de este enfoque, Ballériaux, en un artículo reciente[7], se muestra a favor de la datación más temprana y presenta una objeción bastante clara a las tesis de Portmann: si el discurso se redacta al hilo de los acontecimientos que siguieron a la batalla de Mursa, no se entiende que el paradigma de «tirano» sea el rey persa, Sapor, y no Magnencio (cuya figura sí es, en cambio, esencial en los siguientes panegíricos a Constancio). Además, señala con gran acierto que el análisis del término *philánthrōpos* no exige una circunstancia histórica tan concreta: Temistio analiza sencillamente un término honorífico que gozó de gran difusión en el siglo IV en las alocuciones al emperador. En este sentido cabe interpretar I 4ab, donde el orador confiesa que su originalidad se limita a explicar una palabra de

[6] W. Portmann, «Zum Datum...», págs. 411-21.

[7] O. Ballériaux, «Le date du *Perì philanthropías...*», págs. 319-34.

gran uso entre sus contemporáneos. Vanderspoel[8], por último, se propone identificar la victoria contra el persa a la que se alude en I 12ab, para concluir que no se trata de Singara, sino de una refriega inmediatamente anterior que no contó con la participación directa de Constancio. Propone, por lo tanto, el retorno a la datación tradicional del 347: el discurso habría sido pronunciado en Ancira aprovechando la presencia del emperador que constata el *Codex Theodosianus.* El silencio sobre Constante se explicaría como un gesto de perspicacia política del orador en un momento tenso en las relaciones entre los dos hermanos.

Este panegírico inicia la serie de cuatro que le dirige Temistio a Constancio, y puede afirmarse, a pesar de la supuesta imperfección que le atribuye la *protheoría,* que ya se hallan en él los temas dominantes y los rasgos estilísticos más singulares del autor. La humanidad del príncipe, en cuanto virtud nuclear de la realeza y señora de las demás, encuentra en él su desarrollo más extenso. En esta ocasión la contrafigura tiránica de Constancio II es, según se ha señalado, el rey persa Sapor II. El discurso abrirá a Temistio las puertas de la corte desde el momento en que proporciona al monarca la sanción ideológica que el régimen buscaba en los círculos helenos.

SINOPSIS

1. El elogio filosófico es ajeno a la adulación y se centra en la virtud.
2. El filósofo ha de llegar al alma del príncipe a través de sus obras: ejemplos del templo y de la propia divinidad.

[8] J. Vanderspoel, *Themistius...*, págs. 73-77.

3-4. El sendero del príncipe y el del tirano. Proclama inicial del discurso: el filósofo ha de reflejar con su verdad las palabras de los ciudadanos.
5. Objeto del discurso: análisis de la «humanidad» que los ciudadanos atribuyen al príncipe.
6. La humanidad reúne en sí misma todas las virtudes y actúa como directora del coro.
7. Sin el sello de la humanidad las virtudes no atañen al príncipe.
8. La humanidad es virtud exclusiva del príncipe.
9. Su ausencia perjudica a todos los hombres.
10. El príncipe sofoca la ira con su humanidad.
11. Él es el único hombre que comparte con Dios esta virtud.
12. La humanidad es el único camino para la asimilación del príncipe a Dios. La carencia de poder limita en este aspecto al filósofo.
13-14. El discurso retorna al nivel humano: el amor del príncipe por los súbditos legitima su poder. El tirano es su contrafigura: el rey de Persia.
15. La salvación de Persia es someterse a la cordura de Roma.
16-18. El príncipe se gana el respeto de los hombres con su humanidad. Fomenta los premios más que los castigos y suprime la pena capital. Provecho social de su clemencia.
19. El príncipe, como ley viviente, supera la imperfección de la ley positiva.
20. La clemencia no estimula el crecimiento del mal.
21-23. Segundo encomio del príncipe: la juventud aumenta el valor de su virtud.
24-25. Conclusión: conviene al príncipe estar rodeado de amigos fieles. Nueva profesión de sinceridad.

«CONSTANCIO» O «SOBRE LA HUMANIDAD»

Este discurso fue pronunciado en Ancira de Galacia, cuando, todavía joven, tuvo su primer encuentro con el príncipe. Por ello no domina bien la forma.

1 Ésta es la primera vez que se presenta ante ti, príncipe, 1a
un discurso que te alaba con franqueza y sinceridad, y no va consentir que se le escape la menor frase de la que no pueda responder ante la filosofía[1]. De ahí que haya de limitarse a alabar lo que le causa admiración[2]. Y le admira más de ti una sola virtud de tu alma que todas tus posesiones juntas[3].
En cambio, la mayoría de los encomiastas dedica a estas úl- 2a
timas su atención y su canto: la extensión del imperio, el

[1] Al igual que los magistrados atenienses habían de someter su gestión, una vez concluida, a público examen *(tàs euthýnas doûnai)*. Estas protestas de fidelidad a la verdad, que subrayan la naturaleza filosófica del panegírico, se oponen a la adulación de la retórica sofística. Cf. Juliano, *Disc.* I 1-2.

[2] Temistio explica la verdad filosófica del panegírico en clave aristotélica al recurrir al concepto de «admiración», *thaumázein,* punto de partida de la investigación filosófica. Cf. Aristóteles, *Metafísica* I 982b11 ss.

[3] Juliano también otorga la primacía al elogio de la virtud, y enumera, al igual que su modelo, todo un listado de bienes materiales: cf. *Disc.* I 3.

número de súbditos, las invencibles falanges de hoplitas, los escuadrones de caballería, la enorme abundancia de recursos, las formidables defensas de tus ejércitos y los estandartes[4] de finas telas enarbolados en astas doradas y henchidos y batidos por el viento. Los más sutiles se te acercan bastante aludiendo a la corona, al manto, al cíngulo impecable y al esplendor de la túnica. Y otros lo hacen tanto que
b casi parecen ya tocarte: los que describen tu danza guerrera, tus ágiles saltos con la armadura y tus escarceos con el caballo[5], y con toda justicia alaban un cuerpo tan preparado para las fatigas al cabo de tres generaciones imperiales[6].

2 Pero éstos ignoran quizá «que cualquier rey tiene escasa capacidad en sus manos y en todo su cuerpo para retener el gobierno si se compara con el vigor de su mente»[7]. Aquél que puede percatarse de ese vigor es el que está capacitado para identificar al verdadero monarca y admirar tu
c persona, no tus posesiones. Sin embargo, lo que les ocurre a estos hombres es por completo natural, ya que el alma, sencillamente, es una realidad menos visible que el cuerpo: los ojos de la mayoría pueden ver éste de modo inmediato, pero aquélla no llegan a percibirla. Todo lo que rodea exteriormente al príncipe, variado y placentero para los ojos, sustrae

[4] El término *drákon,* que en principio alude a un estandarte específico que contiene la figura de un dragón, parece empleado en este contexto en un sentido genérico.

[5] Coinciden en este testimonio sobre la destreza del emperador en la danza pírrica y en los ejercicios ecuestres Libanio, *Disc.* LIX 122 ss., Juliano, *Disc.* I 8 y Amiano Marcelino, XXI 16, 6 ss.

[6] Constancio II es el tercero de su estirpe: su padre, el emperador Constantino, es hijo a su vez de Constancio Cloro, césar en el 293 y augusto en el 305 tras la abdicación de Maximiano y Diocleciano. Herodiano llama a Cómodo «emperador después de tres generaciones», *basileús ek trigonías.* Cf. Herodiano, I 7, 4.

[7] Platón, *Político* 259c.

la mirada de lo que alberga en su interior, del mismo modo que el pórtico de un templo sagrado, trabajado con lujosa piedra y con pinturas, al distraer a los visitantes y reclamar su atención, impide a menudo la visita del santuario. En- d
tiendo, no obstante, que incluso en un caso como éste el hombre serio y piadoso se apresura a penetrar en su interior, mientras que la multitud se queda fuera engatusada por el ornato que rodea al templo. Y si aún no está claro lo que digo, arrojaremos más luz a la argumentación con un ejemplo, a mi modo de ver, más luminoso. En lo que respecta a Dios, a quien pertenecen todas estas obras y criaturas, ¿se puede afirmar que es tan fácil percibirlo a Él como a sus creaciones? ¿No es cierto que la naturaleza dispuso los ojos desde un principio para verlas a ellas y contemplar así desde que 3a
nacemos el sol, la luna, los demás astros y la totalidad del firmamento, mientras que la contemplación de Aquél le está reservada a quien pueda alcanzarla partiendo de sus creaciones?[8].

3 Pero una vez que el discurso ha fondeado venturosamente en una imagen tan apropiada y hermosa, dejándonos guiar por ella llevémosla hasta el final. Igual que la naturaleza de Dios la revelan sus creaciones, son sus acciones las que ponen de manifiesto la virtud del príncipe a quienes b
pueden remontarse desde los hechos hasta su hacedor. ¿Adónde nos llevan entonces sus hechos y qué clase de sendero[9] nos indican? En absoluto un sendero «impracticable y sombrío»[10], como aquéllos en los que a modo de guarida se esconde la mayoría de los tiranos, sino uno que es amplio y mantiene visibles las huellas, un sendero que en

[8] Se trata del ascenso a lo inteligible, que ocupa un lugar central en la filosofía neoplatónica.

[9] Platón, *Político* 258c.

[10] Platón, *República* 432c.

modo alguno nos conduce hasta una criatura salvaje y fiera (un oso, un jabalí o un león) investida del título de príncipe, sino hasta la criatura celestial más gentil «y mansa de todas, que participa por naturaleza de una condición verdaderamente divina y sin tufos»[11], y que ha sido enviada desde lo
c alto para velar por los de aquí. Pero antes de empezar a seguir sus huellas, dejemos que el discurso lance una proclama que le concierne: «Hombres, todos cuantos sois gobernados por el mismo timón[12]. Si hallarais que en algo, aunque insignificante, miente, censuradlo, expulsadlo y desterradlo de la filosofía por no actuar de forma piadosa ni conforme a sus leyes. Pero si fuera veraz en todo cuanto alaba, no os irritéis con él ni lo juzguéis más adulador que
d panegirista, pues nada hay más enemigo de la verdad que la adulación, mientras que la alabanza es testigo de la virtud y cada cual da testimonio fiel de lo que conoce. Así que, al igual que en todo lo demás el buen testigo es el experto, también los son de la virtud quienes están versados en ella».

4 Ya habéis comprendido, por lo tanto, cuál es la tesis de mi discurso: que sólo los filósofos son testigos de la virtud. No obstante, hemos de añadir lo siguiente a la proclama: «Sabed, hombres, también esto: que son vuestras propias palabras, cuantas pronunciáis sobre el príncipe a cada mo-
4a mento en las ágoras, en los teatros, en vuestras casas, en los baños, en el mar y en la tierra, en el descanso y en el trabajo, las que mi discurso ha reunido para componer este regalo

[11] Platón, *Fedro* 230a. Sócrates se plantea, en su proceso de autoconocimiento, si su naturaleza es divina y «sin tufos», *átyphos*, en juego de palabras con el nombre del soberbio Tifón, que en Temistio es símbolo del usurpador (cf. II 34a; VII 86c). La traducción «sin tufos» es de L. Gil: Platón, *El banquete, Fedón y Fedro*, 4.ª ed., Madrid, Guadarrama, 1981, pág. 283.

[12] Según la clásica imagen de la nave del Estado.

colectivo. Vais a oírnos según un plan lo que conversáis de modo improvisado. Luego si decís mentiras, oiréis también mentiras; pero si decís verdades, son las vuestras las que os devolveremos. Pero sin duda decís la verdad, pues estas afirmaciones no pueden ser falsas. Atended, por lo tanto, a estas palabras mías, a ver si las reconocéis como vuestras».

5 Celebráis y alabáis entre vosotros una virtud singular del príncipe. ¿He de decir el nombre de esta virtud? Estoy b
seguro de que los aquí presentes clamaréis y me quitaréis su nombre, todavía incompleto, de los labios. Y eso que ya he reconocido que lo he tomado de vosotros y no me atribuyo su hallazgo. En todo caso, esta expresión vuestra es bastante breve y de pocas sílabas; pero yo os la voy a devolver, como si fuera dinero, sumándole el poder de su nombre en concepto de interés[13].

6 Yo entiendo que el príncipe humanitario es «perfecto c
en la virtud que corresponde a su actividad»[14] y que nada necesita para gozar de una reputación sin tacha. Seguid el hilo de mi razonamiento. ¿Os parecen propias de un varón humanitario la injusticia, la ofensa, la insidia contra las personas y, en definitiva, la actuación que se puede esperar en alguien lleno de odio? ¿No es hasta ridículo pensarlo? Un

[13] Temistio aplica la oposición *ónoma/rhêma* a su reflexión sobre el término *philanthropía*, que toma «prestado» de labios de los ciudadanos: como *rhêma*, en tanto que «expresión» que emplean efectivamente estos últimos cuando aluden al emperador; y como *ónoma*, en el sentido de «nombre» ya acuñado y dotado, por lo tanto, de un significado cuyo «poder» inherente se dispone a explicar. De este modo, podrá devolver la «expresión» prestada con un interés añadido. Tras el singtama *tèn dýnamin toû onómatos*, «el poder del nombre», se esconde toda una teoría sobre la «verdad» del lenguaje que se remonta al *Crátilo* de Platón y adquiere un nuevo significado en la Antigüedad tardía. Cf. J. Ritoré, *La teoría del nombre en el neoplatonismo tardío*, Cádiz, 1992.

[14] Platón, *Leyes* 643d.

hombre así ha de ser justo por necesidad. ¿Y cómo no iba a
serlo? ¿Acaso iba a desear el varón humanitario cometer ex-
cesos y violencia contra las personas?[15]. Nada más lejos de
d la realidad. Si no, ¿cómo iba a hacer honor a su calificativo?
De lo que da fe es precisamente de su moderación. ¿Acaso
quien ama alguna cosa y la tiene en gran estima consentiría
que alguien hostil la destruyera? ¿No se batiría con todas
sus fuerzas e impediría el daño? ¿A quién es entonces más
adecuado llamar «valiente»? ¿Acaso al que, a pesar de man-
tener a raya la ira de los demás, podría, preso él mismo de la
ira, destruir lo que ama? ¿No se caracteriza la humanidad
5a ante todo por no dejarse dominar por la cólera? ¿Qué térmi-
no hay, por lo tanto, más apropiado que éste para referirse a
la mansedumbre, la equidad y la afabilidad? Ved, pues, que
al golpear esta simple palabra, resuena todo el enjambre de
las virtudes[16]; o mejor aún, que el discurso camina ya por sí
solo y no ha de apoyarse en el príncipe para continuar sin
peligro: [cuando pueda demostrar que el alma del príncipe
reúne simultáneamente todos los bienes,] demostrará que la
humanidad consiste precisamente en semejante conjunto.
¿No está tan lejano de la codicia como de la dureza, y de la
soberbia como de la crueldad? Y en cuanto a la intemperan-
b cia, ¿no resulta enojoso incluso pronunciar su nombre? Pues
el príncipe no cifra la dicha en una vida desordenada, sino
en realizar las acciones más hermosas, y le da más protec-
ción a su alma con la razón que al cuerpo con su escolta pa-
ra que no lo acometa pasión alguna. Y es que sabe perfec-
tamente, a mi entender, que ha de gobernarse primero a sí
mismo quien se propone gobernar a los demás[17]. Sería una

[15] Dión de Prusa, I 13.

[16] Platón, *Teeteto* 179d, *Menón* 72a.

[17] Platón, *Gorgias* 491d, *República* 579c. Cf. *Disc.* IX 126a.

vergüenza pensar que los atletas olímpicos se cuidan muchí-
simo con dieta y ejercicios mientras que el campeón de toda
la tierra se abandona negligente a los placeres. Yo encuen- c
tro, sin embargo, que la virtud que ejerce de corego de todas
éstas es su innata humanidad. Y la causa me la oiréis a con-
tinuación.

7 Igual que decimos que existe una virtud propia del hom-
bre, otra de los perros y otra de los caballos[18], existe una
virtud singular del príncipe que es regia en comparación con
las otras, y a la que todas las demás están ligadas como uni-
das a una sola cabeza[19]. Si las sometiéramos a un examen
pormenorizado, como cuando se mira una moneda por las
dos caras, no hallaremos ninguna que muestre con tanta cla-
ridad la impronta regia como la que llaman «valentía»[20].
Esta virtud no debe faltar en el príncipe, como tampoco las d
restantes bondades; pero al cogerla por separado, verás que
en realidad no lleva la impronta regia, sino que está más
bien troquelada en cuño de soldado o de general, de modo
que para un oficial o un centurión es motivo de gran orgullo
ser más valiente que la mayoría. ¿Y qué decir de la pacien- 6a
cia? ¿Y de la continencia? ¿No son hábitos provechosos del
alma de cada individuo?[21]. Y afirmo también que la tan ce-
lebrada justicia es un tesoro preciadísimo para un príncipe,
pues ¿hay algo más divino que un hombre justo que tiene en
su mano cometer numerosas injusticias? Y algo parecido se
puede decir de la temperancia, pues ¿para qué sirve un go-
bernante si no es libre? Éste es el caso del tirano, que al
tiempo que ejerce su poder sobre los demás, se entrega co-

[18] Platón, *República* 335b.

[19] Platón, *Fedón* 60b.

[20] Cf. *Disc.* XI 146d.

[21] Aristóteles, *Ética a Nicómaco* VII 1150a35; Platón, *República* 444d.

mo esclavo a sus pasiones. Creo, sin embargo, que a todas
b estas virtudes les ocurre lo siguiente: cada una de ellas, si se la examina en particular, parece un adorno común del género humano, pero adquiere un carácter regio desde el momento en que la humanidad le imprime su sello, igual que el oro sin labrar, que en principio sólo exhibía la belleza propia del oro, se convierte en imagen divina si se representa en él la figura de un dios[22].

8 ¡Que acuda Homero a nosotros y nos explique qué realidad tan hermosa es la humanidad!

A alguien tan bello jamás lo vi con mis ojos,
ni tan distinguido, pues a un rey se parece[23].

c A mi modo de ver, el tipo de virtud que le corresponde por naturaleza a cada hombre es aquél cuya presencia le es útil y cuya ausencia le resulta perjudicial. Pues ¿qué hay de venerable en un labrador o en un zapatero «de ánimo manso»? ¿En qué aprovecha a la mayoría la mansedumbre de aquél a quien apenas sus vecinos reconocen? ¿Cómo no va a ser ridículo dar testimonio de la humanidad de un tejedor o de un carpintero que es dueño de una casucha y apenas sale de casa por cansancio y falta de tiempo? Un hombre de esta condición se lamentaría si no fuera extremadamente discreto y
d sereno; pero cuando el que tiene sosiego es aquel rostro

[22] Según un principio de simpatía universal que era moneda corriente en las escuelas filosóficas neoplatónicas, aunque en lo que respecta al culto a las imágenes cabían posturas tan encontradas como las de Porfirio en su *Carta a Marcela* o en su *Carta a Anebo,* inclinada a la espiritualidad, y la de Jámblico en *Sobre los misterios egipcios,* verdadero tratado de teúrgia neoplatónica.

[23] *Ilíada* III 169-170.

al que están confiadas las huestes y tantos asuntos preocu-
[pan[24],

la dicha es común para todos. Ni el armador ni el mercader suplican que esté en calma el estrecho de Calcis (¿cuántos 7a
lo atraviesan o lo avistan?)[25], sino el Helesponto, el Egeo y el Jónico, que son los que surcan todas las naves de transporte. Pues bien, si el alma del príncipe no se encrespa y los vientos de la cólera y de la ira no la sacuden ni revuelven salvajemente, desatados por cualquier motivo insignificante, pueden hacer con seguridad la travesía de su vida no sólo mercaderes y marinos, sino la totalidad de los hombres[26], tanto el que ha embarcado en una gran nave como el que viaja en una pequeña barca, el que maneja el timón y al que le toca remar. Incluso si alguien quisiera viajar sin pasaje, la b
travesía, serena, plácida y segura, se lo permite.

9 De hecho, hasta para un particular es peligroso ser presa fácil de la ira; pero lo es mucho más para quien tiene en su mano hacer cualquier cosa cuando está dominado por ella. Yo creo que la ira es una locura pasajera; sin embargo, es mucho menos dañino para quienes rodean al iracundo el que enloquece en una situación de impotencia que quien lo hace dotado de fuerza y de poder, pues aquél sólo se puede causar problemas a sí mismo, mientras que la enfermedad de éste también la sufren los demás. ¿A cuántos golpearían o matarían Polidamante o Glauco por estar de mal talante?[27].

[24] *Ilíada* II 25, 62.

[25] Conocido también como el Euripo, separa la isla de Eubea del continente. Las constantes alternativas de sus corrientes lo convertían en una travesía difícil para las naves. Cf. V 67d.

[26] PLATÓN, *Fedón* 85d.

[27] Temistio recurre a dos figuras homéricas, Glauco y Polidamante, ambos del bando troyano y notables por su sensatez y moderación. El

c La locura de Cambises la conocieron, en cambio, naciones y pueblos enteros[28].

10 Con ser, pues, muchas las cosas que yo admiro en el príncipe, me admiro sobre todo de que haya ablandado, como si de hierro se tratase, toda la parte irascible de su alma, y de que la haya transformado de inútil en útil y de dañina en beneficiosa[29], ya que no le deja anticiparse a la razón ni le permite, como a caballo que muerde el freno, desentenderse de su auriga[30], «que es el único que, cuando habita en el alma, permanece en quien lo posee guardando su virtud durante toda la vida»[31]. Y considero la ira, por otro lado, una pasión más perniciosa que el placer sensual. A éste, dado su
d carácter vergonzoso y claramente servil, lo rehúye decididamente todo el que no está por completo corrupto (de ahí que a menudo hombres ruines y vulgares parezcan estar por encima de esta pasión). Sin embargo, son muy pocos los que logran dominar por completo la ira, pues este impulso del alma, al ser alabado por noble y varonil y desatarse con facilidad en la mayoría de los hombres, va disfrazado con la máscara de la virtud[32].

---

primero, hijo de Hipóloco, renuncia al combate con Diomedes e intercambia con él sus armas al reconocer los lazos de hospitalidad que vinculaban a sus familias (*Ilíada* VI 119-236). Polidamente, hijo de Pántoo, nacido la misma noche que Héctor, es singular por sus prudentes consejos a los troyanos, del mismo modo que Héctor lo es por su valor (*Ilíada* XVIII 251 ss.).

[28] Hijo de Ciro el Grande y rey de Persia desde el 529 hasta el 521 a. C. Heródoto lo describe como un tirano salvaje y enloquecido, autor de todo tipo de crímenes y sacrilegios contra pueblos y allegados. Cf. Heródoto, III 1-60.

[29] Platón, *República* 411a-b.

[30] Platón, *República* 549b; *Fedro* 254d.

[31] Platón, *República* 549b.

[32] Aristóteles, *Ética a Nicómaco* VII 1149a25 ss.

11 Que la humanidad es más regia que el restante coro 8a
de virtudes lo vas a comprender mejor con lo que sigue. Al Rey del universo no lo llaman los hombres «temperante», «paciente» o «valiente», pues ¿qué hay para Él tan temible como para necesitar del valor, o tan arduo como para vencerlo con la paciencia? ¿Cuáles son los placeres corporales a los que no sucumbe gracias a la templanza? Y si la justicia se pone de manifiesto en los contratos y las asociaciones[33] que se establecen entre los hombres a lo largo de la vida, ¿cómo iba a recaer mancha alguna sobre el que se encuentra b
por encima de toda convención? Pero, como decía, aunque consideramos estos términos impropios de Dios en tanto que viles e insignificantes, no nos avergonzamos de afirmar «que ama al ser humano»[34]. Y la razón es que la mente humana tiende por naturaleza a considerar inferior a Aquél todo lo que se pueda encontrar en algo que de Aquél proceda. Nuestra mente, por lo tanto, atribuye a la fuente de todas las cosas una esencia que está más allá de la esencia, una potencia que está más allá de la potencia y una bondad que está más allá de la bondad, aunque lo hace vacilante y con c
muchas reservas por el hecho de que comparten los nombres. Sin embargo, aun siendo éste su proceder, no mira con reservas a la «humanidad», sino que incluso la venera por su nombre al encontrar que el término es ajustado[35]. ¿Y

---

[33] Platón, *Leyes* 738a, *República* 333a.

[34] El término *philánthropos* se ajusta a su naturaleza. Cf. Platón, *Leyes* 713d, *Banquete* 189d.

[35] Dios se caracteriza, en su trascendencia suprema, por estar situado más allá de la esencia, de la potencia y de la bondad, que proceden de Él, aunque de hecho se le apliquen analógicamente los tres términos. Sólo el término «humanidad», como se indica a continuación, se ajusta simultáneamente a su esencia y a la del príncipe. No encontramos ninguna razón para ver en esta especulación de corte neoplatónico una alusión a la con-

cómo no iba a ser verdaderamente dichoso el único hombre que comparte con Dios una virtud? ¿Cómo no va ser apropiada para un príncipe y superior a las otras la prenda que ni siquiera despreciaría el Padre de todas las cosas? ¿Cómo no va a ser merecido el odio y la aversión contra los que llamamos «tiranos», quienes, pudiendo imitar a Dios, rehúsan hacerlo?

d **12** Siempre me río cuando me acuerdo de uno de los antiguos príncipes que, concediéndole una gran importancia al hecho de que participaba de una potencia divina y de una naturaleza superior, obligó a los hombres a erigir templos y estatuas en su honor, como si se tratara de un dios, pero no se propuso amar, como Dios, a los hombres[36]. Aquello es, sin embargo, lo que los hombres ofrecen a Dios, y esto otro lo que Dios ofrece a los hombres: a Dios no lo imita quien pretende honores que sólo a Él le corresponden, sino quien
9a busca la virtud; ni es su imitador quien se tiene por tal, sino quien, por serlo, tiene cosas en común con Él. Por todo ello, el que no es digno de tales honores obliga a que se le rindan, mientras que el que sí lo es no los desea, el uno porque así revela su auténtica impiedad, y el otro porque de ese modo expresa su reconocimiento a quienes tiene por encima. Hemos de suponer, en consecuencia, que el príncipe que ama a los hombres es amado por Dios, ya que los que aman lo mismo se profesan un amor mutuo. Sólo él sabe con exactitud que se debe honrar a Dios asimilando a Él, en la medida de lo posible, el propio pensamiento. Ésta es la auténtica reverencia, éste es el gran himno, éste es el verdadero ho-
b menaje, ésta es la ofrenda que corresponde a un príncipe: no

troversia arriana según lo entiende G. Downey, «Allusions...», pág. 59, n. 11.

[36] El príncipe aludido es Calígula. Cf. Suetonio, *Calígula* 22.

el bronce, la plata o el oro, sino convertir la propia alma en una imagen de Dios. También es ésta por cierto la aspiración del filósofo, pero la carencia de poder le da el aspecto de un cojo[37]. En cambio, aquél que tiene la posibilidad de hacer el bien por encima de los demás hombres y opta además por ello es una imagen pura y perfecta de Dios, y representa en la tierra lo que Aquél en el cielo: gobierna, por así decirlo, una parte del imperio universal e intenta emular parcialmente al Señor del universo. Y el Buen Soberano, com- c
placido con su servicio, le extiende su imperio y le encomienda una porción mayor, desposeyendo de ella a quienes son menos dignos que él[38].

13 Parece que nuestro discurso, al haber hallado la imagen sublime de un modelo sobrenatural, se empeña en demorarse en su contemplación. Hagámoslo descender de nuevo, aun a su pesar, de lo divino a lo humano, aconsejándole con suavidad[39] e indicándole que no ha de renunciar por ello a sus objetivos, sino que contará con recursos de menor cuantía, pero más comprensibles[40]. Hemos de considerar cómo d
nadie en general, ni gobernante ni obrero, cumplirá debidamente la tarea que le corresponde si la realiza con aversión y a disgusto: no velará por su cuadra el caballerizo que no

[37] En estos primeros panegíricos el filósofo no ejerce aún un papel directo en la política. Queda lejos, por lo tanto, la tesis platónica del filósofo-rey.

[38] Los persas. Estas alusiones a las campañas de Constancio en Persia son fundamentales para la datación del panegírico. Cf. la introducción a este *Discurso* I.

[39] Platón, *Fedón* 83a.

[40] Dejar el símil divino supone una rebaja en la altura discurso, pero también una mayor inteligibilidad, en tanto que se desciende a un nivel meramente humano. Quizá se trasluce en este comentario una crítica a la filosofía esotérica de los círculos neoplatónicos.

ame los caballos, ni por su ganado el vaquero [41] que no esté
familiarizado con las vacas. Es presa fácil para los lobos el
10a rebaño que le resulta odioso a su pastor, y una desgracia pa-
ra las cabras estar a cargo de un hombre que las aborrece.
Por lo tanto, el que conduce rebaños de hombres también ha
de sentir amor por esta criatura, pues sólo le complacerá
cuidarla si le profesa el amor que se siente por un hijo, no el
desprecio con que se mira a un enemigo. Éste es el caso del
vaquero incompetente, que sólo entiende de mucho ordeñar,
de colmar las colodras de leche y de sustraerle el alimento al
rebaño futuro; se despreocupa de buscar buenos pastos y, si
los tiene a su disposición, priva de ellos a las vacas, de mo-
do que él se ceba y engorda, pero a aquéllas las agota y las
b exprime. Con todo, alguien así va a gozar poco tiempo de su
molicie, pues no tarda en perecer el rebaño, con lo que de
vaquero se hará jornalero, y quizá cargador o carbonero,
ganándose el pan con dolor y penalidades. El buen pastor
obtiene, por el contrario, un gran provecho de su trabajo,
pero compensa a su rebaño con un beneficio mayor espan-
tando a las fieras y procurándole pastos saludables. Y por
ello las vacas corresponden con generosidad al amor del va-
c quero, los perros al del cazador, los caballos al del caballe-
rizo que ama a sus caballos, y los rebaños de hombres al
príncipe que ama a los hombres, pues ninguna criatura per-
cibe y siente el aguijón del amor (y ningún amante puede
amar y ser correspondido) si no es amando a quien le dis-
pensa buen trato, igual que aborrece hasta el extremo al que
lo maltrata. Y si es una suerte y una bendición ver los ami-
gos que tenemos, ¿cuánto más dichoso no será que cuantos
vemos lo sean? Pues bien, quien muestra claramente en su
d persona el título de príncipe ve tantos amigos como hom-

[41] PLATÓN, *Político* 261d.

bres, ya que los súbidtos no lo temen, sino que temen más
bien por él; y es el único que no falsifica el contenido de la
realeza, pues, al ser la realeza algo voluntario y no coactivo,
los rige por su propio deseo y no por el terror [42]. He aquí una
prueba: los hombres la buscan por naturaleza en la creencia
de que sin ella son incapaces de llevar su vida. Pero nadie
busca algo que vaya a desatar su temor, sino su amor. Y de 11a
hecho, quien es grande por el terror prevalece sobre hom-
bres humillados y no es verdaderamente grande, mientras
que quien ejerce su poder con humanidad lo hace sobre
hombres rectos y orgullosos. El primero no añade añade na-
da a su propia grandeza, sino que se la recorta a sus súbdi-
tos; el segundo, en cambio, haciéndolos grandes a todos se
hace, no obstante, mayor que todos ellos. No es, por lo tan-
to, un hombre de altura aquel que no destaca sin abatir a los
que tiene cerca, ni es un príncipe auténtico aquél al que no
obedece ningún hombre libre. ¿En qué se diferencia alguien
así de un ricachón, dueño de muchos esclavos, que se da b
importancia y presume de que vive mejor que todos sus
criados [43]? La tarea de un verdadero príncipe no es, en mi
opinión, humillar a los erguidos, sino levantar a los caídos
para, en la medida de lo posible, ser el más feliz entre hom-
bres felices. En cambio, el auténtico tirano no desea ser el
más dichoso entre hombres dichosos, sino el más dichoso
entre hombres desgraciados, igual que un carcelero que tie-
ne a su cargo muchos presos y se complace y se alegra por
ser mucho más afortunado que los que están en los cepos.
Por ello soy de la opinión de que el monarca persa no le ha-
ce honor al título de rey, pues no sólo trata a todos sus súb- c

[42] Para esta antítesis entra monarquía y tiranía, cf. *Político* 276e ss.; *República* 571a ss.

[43] PLATÓN, *República* 578d.

ditos como esclavos y los convierte en tales, sino incluso a sus propios parientes, a su hermano y a su hijo, a quien ha de traspasarle su reino. Es sencillamente ridículo quien se tiene a sí mismo por libre creyendo a su hermano un esclavo.

14 De nada sirve, por lo tanto, tener la tiara[44] derecha y el carácter torcido, el cetro de oro y el alma más vil que el plomo, vestir el cuerpo con finos y vistosos tejidos y exhibir
d la conciencia desnuda de virtud, acertarle a los pájaros cuando se lanzan flechas[45] y fallar en la apreciación cuando se toman decisiones, estar habituado a cabalgar sin dificultad y, con menos dificultad aún, caer de lomos de la justicia. Aquel que, en efecto, codicia lo que no le pertenece y destruye más de lo que puede ganar vive sumido en un engaño: es injusto en su afán, iluso en su propósito y necio en su esperanza. En alguien así, incluso la felicidad nos resulta más abominable que la desgracia de Edipo, de quien se cuenta que su madre le dio hijos a la vez que hermanos. ¿Qué hay de extraño en que haya perdido la razón quien se ha aparta-
12a do de la propia naturaleza? ¿Acaso no es lógico que le haga frente a las armas del príncipe quien se le enfrenta en todos los aspectos de su vida? No hay que extrañarse de que el hombre temperante se oponga al desenfrenado, el honrado al codicioso, el afable al arisco, y el manso al que lleva una

[44] Se trata del gorro alto característico del rey persa: JENOFONTE, *Ciropedia* VIII 5, 13; *Anábasis* II 5, 23. Temistio recurre a Sapor como contrafigura de Constancio en el resto del discurso. El enfrentamiento con los persas, que incluyó tres asedios consecutivos de Sapor a la ciudad de Nísibis y la batalla de Singara (348), concluyó sin avances para ninguna de las dos partes. Joviano, años después, resolverá precipitadamente la situación con un tratado claramente favorable al persa. Cf. *Disc.* V 66a.

[45] Además de la ostentación de riqueza es proverbial la pericia persa en el manejo del arco.

vida cercana a la de las fieras, pues nada hay más enemigo de la virtud que la maldad, ni nada que en mayor grado la odie y la desprecie: de hecho, todo malvado considera al que es mejor que él como una especie de reproche a su persona, y la infamia salta a la vista cuando aparece al lado de la bondad.

15 Esto es, por lo tanto, lo que pierde a aquél[46]: no la tierra que se extiende entre los ríos[47], sino la virtud de nuestro príncipe, que resplandece a su lado[48]. Y además, es inca- b
paz de encomendar el timón de su mente[49] a quien, cerca de él, está en situación de gobernarlo, y amarrar así su esquife a una gran nave (lo único que le puede aprovechar de esta vecindad). Ésta sería, sin duda, mejor solución que navegar en un pequeño bote que carece de timón y de los restantes aparejos, y trabar combate en esas condiciones con una enorme y poderosa trirreme, que cuenta con multitud de soldados y multitud de remeros y marineros y con un capitán que se ha criado al timón desde que llevaba pañales. En funesta

[46] Al rey persa.

[47] Mesopotamia.

[48] La opinión mayoritaria identifica esta batalla con la de Singara (348), para la cual cf. AMIANO MARCELINO, XVIII 5, 7. Para J. VANDERSPOEL (*Themistius...*, págs. 74-77) la participación del emperador en tal campaña no se compagina con la idea de que el emperador «brillaba al lado» del rey persa (lo que parece, por cierto, una interpretación un tanto forzada del pasaje); de ahí que proponga, entre un listado de nueve batallas posibles, una victoria inmediatamente anterior y coherente con una datación del panegírico en el 347.

[49] Sapor habría sido incapaz de rendirse al emperador romano y amarrar así su esquife a la gran nave del Imperio. El símil de la entrega del timón a manos expertas parece provenir de PLATÓN, *Clitofón* 408a-b. En términos semejantes, dentro de la imagen de la nave del Estado, el enfrentamiento entre Constancio y Sapor se plantea más abajo como una naumaquia desigual entre un pequeño bote y una poderosa trirreme dirigida por mano diestra, habituada desde la infancia al manejo del timón.

c batalla se adentra una nave como aquélla, aunque, gracias a su ligereza, esquive las embestidas durante algún tiempo.

16 Pero ha llegado el momento de reconducir este discurso, que se está desviando de su ruta inicial. El príncipe humanitario trata con gran respeto a los hombres, pues tiene una gran estima por los que tanto ama. Esto es motivo suficiente para que sea difícil que falte contra un hombre. De ahí que alguien así le conceda una gran importancia al elogio que recibe de los hombres, pues para cualquier amante
d el bien supremo es recibir elogios del amado. Y el que ansía recibir elogios de alguien procura ser bueno para poder ganarse así su afecto. ¿No es mucho más apropiado, ¡por las Gracias!, llamar a un príncipe «amigo de los hombres» antes que «amigo del vino», «amigo del placer», «amigo del oro» o «amigo de la plata»? Sin embargo, la mayoría de los hombres, aunque esté ejerciendo el poder, tiene su mente puesta en el oro, codicia la riqueza y cree de hecho poseerla, pero lo cierto es que sufre penalidades mayores que los que no tienen ni para vivir, pues con frecuencia éstos venden su manto por necesidad, pero aquéllos venden su buen nombre
13a por dinero. Y si es deshonroso para un atleta renunciar por una paga al olivo olímpico, mucho más lo es para un príncipe entregar por dinero la corona de la virtud. Sin duda, todo gobierno necesita, a modo de instrumentos, tanto del premio como del castigo, del uno para fomentar la virtud y del otro para atajar la maldad; pero el tirano culpable e inhumano se excede en la penalización de los delitos, mientras que se queda corto en el reconocimiento de los méritos. ¿Sabemos de algún galardón suyo que sea equiparable al castigo del
b desollamiento? En cambio, los galardones de nuestro clemente soberano son superiores a las acciones que premian, mientras que las penas son más livianas que los delitos castigados. ¿Cuál es, si no, el cometido de la humanidad?, ¿causar daño o beneficio? La filosofía ofrece una excelente explicación para todo esto: al príncipe le compete premiar, no castigar, y por ello la ley puso desde el principio los premios en manos de los reyes, y los castigos en las de los verdugos, encomendándoles de lo uno toda la ceremonia, y de lo otro sólo el decreto de condena, por ser aquello algo que le conviene a su condición, y esto, en cambio, algo forzoso.

17 No es lo mismo para un general victorioso premiar al c
valiente que castigar al desertor, ni para un auriga fustigar al caballo desobediente que premiar y confortar al dócil. Incluso el hábito del príncipe se justifica más por el premio que por el castigo, pues la púrpura y la corona le permiten, cuando otorga premios, compartir lo que posee[50], y cuando prescribe castigos, asignar lo que no tiene. Pero del mismo modo que el premio estimula a los hombres al bien y el castigo los disuade del mal, conviene más al príncipe beneficiar que perjudicar, pues lo segundo sólo evita que se caiga en algo d
peor, mientras que lo primero hace participar de una mejora. Sin duda, nada acentúa y contribuye tanto a la virtud como la firme esperanza de una recompensa. Existe en nuestro interior no un niño, como dice Platón[51], sino un noble muchacho que persigue afanosamente la excelencia y al que en 14a
muchas ocasiones la expectativa de un premio lo despierta y lo levanta del sueño, y le inocula un estímulo por la virtud más punzante que cualquier tábano. Por otro lado, en cualquier oficio es más beneficioso ocuparse de lo útil que de lo

[50] La púrpura y la corona son, además de parte integrante del hábito del emperador, distinciones propias de los cargos imperiales.

[51] Temistio parafrasea a Platón y no parece que se base en un único pasaje. La alusión al «niño interior» proviene probablemente de *Fedón* 77e. La descripción del muchacho ávido de honores recoge el análisis del joven timocrático de *República* 548d ss., particularmente 550b. La imagen del tábano que incita a la virtud procede de *Apología* 30e.

inútil: en una nave el capitán no se preocupa del mismo modo por el marinero que por el pasajero, ni en el cuerpo humano un médico dedica la misma atención al cabello que al ojo, pues en unos casos el daño no supone un perjuicio evidente para el conjunto, mientras que en los otros la buena o la mala salud afecta inevitablemente a la totalidad.

18 Por lo tanto, si es mejor preocuparse por los buenos que por los malos, y si los buenos exigen una recompensa y b los malos, en cambio, una penalización, al príncipe le conviene ser más propenso al premio que al castigo, pues, de hecho, la mayoría de las penas no parecen imponerse para auxilio de los delincuentes (pues arrebatan el alma en vez de ayudarla), sino para provecho de los demás hombres. Precisamente por esto, sapientísimo príncipe, has suprimido la muerte de la relación de castigos, por entender que es ridícula una medicina que se receta no para provecho del en- c fermo, sino para utilidad de los sanos. ¿O acaso es justo ésa la virtud de esta exquisita medicina, no curar a los que la tienen recetada y aprovechar, en cambio, a los que no la tienen? Yo entiendo, sin embargo, que todo remedio ha de aprovechar antes que nadie a quien le corresponde tomarlo. Y no le aprovechará si lo mata, sino si lo repone. El médico más competente no es el que amputa la pierna enferma, sino el que intenta sanarla y restablecerla.

d **19** ¿Os explico por qué soy de esta opinión? A mi modo de ver, la ley antigua, cuando intenta hacerse temer, levanta por lo general su espada y amenaza con idénticas proclamas de muerte para delitos que a menudo son desiguales[52]. Y

[52] De aquí en adelante Temistio sigue de cerca PLATÓN, *Político* 294a ss. (particularmente 294a10-c8), incluida la personificación de la ley como hombre adusto que ofrece respuestas idénticas en situaciones dispares, y apoya su argumentación en la del Extranjero, que defiende ante Só-

ello se debe a que la ley sería insostenible si entrara en matizaciones a la hora de abordar los delitos, pues las diferencias que existen entre las acciones humanas, que no descartan ninguna peculiaridad, serían interminables para cualquiera que se propusiera respetarlas. De ahí que pareciera 15a más efectivo realizar una tosca declaración unitaria de validez general y permanente, a fin de que fuera aplicable a tipos de delito aún inexistentes. [Ésta fue la única posibilidad que le quedó al legislador.] Por ello, la ley, como un hombre adusto y arrogante, ofrece a menudo las mismas respuestas aunque no se le pregunte lo mismo. Y ya que esto es así y que la ley, dada esta limitación, pronuncia palabras idénticas a propósito de realidades distintas, el fiscal severo puede atenerse a sus palabras y aferrarse con fuerza a su letra. Por b esta razón es frecuente que la ley condene a muerte a quien ella misma habría absuelto si hubiera podido adoptar una letra diferente, con lo que viene a incurrir (no sé cómo) en una especie de ilegalidad ajustada a derecho. Sin embargo, el príncipe humanitario disculpa a la ley escrita por su incapacidad para la exactitud y le añade personalmente todo lo que a ella se le escapa, consciente, según creo, de que él mismo es ley y está por encima de las leyes[53]. Y esta mejora no consiste sino en privar a la ley de su crueldad. Igual que c una caricia de su amo aplaca y relaja a un perro de noble raza que ladra irritado, es frecuente que el príncipe humanitario suavice la cólera de la ley, y si acaso prescribe una ejecución, la persuade para que condene al exilio; y si prevé en otro caso el exilio, a él le basta con una confiscación. Quizá corresponda a una justicia clemente y compasiva con sus

crates la superioridad del político —conocedor de los patrones perfectos— sobre de la ley escrita.

[53] Cf. IX 127b, XVI 212d. Cf. DIÓN CRISÓSTOMO, III 10.

semejantes establecer de antemano la naturaleza general de
d los crímenes y distinguir entre error, delito y desgracia[54]. Es delito la transgresión deliberada y premeditada de la ley; error, un violento impulso pasional que se desata cuando el deseo o la ira saltan de manera brusca sin que por ello el alma en su conjunto se entregue a este impulso; y desgracia, una desventura o accidente que obedece a causas diferentes en cada caso. Por ejemplo (y para ilustrar la argumentación
16a con casos concretos), a un hombre se le puede dar muerte de modo deliberado, por un rapto de cólera o fortuitamente (haciendo ejercicio o cazando, según se cuenta de Adrasto, un frigio exiliado que se había refugiado junto al rey de Lidia y que en una cacería erró al dispararle a una fiera, pero alcanzó en su lugar al hijo de su huésped)[55].

20 Corresponde a la humanidad ocuparse de examinar todo esto con detalle sin aplicar el castigo a la ligera, sino buscando un pretexto para la equidad. Y si alguien cree que la clemencia es un rasgo de amabilidad[56], pero que por su
b causa crece la depravación, que nos demuestre ahora mismo

[54] Aristóteles, *Retórica* 1374b. Temistio se mueve dentro del concepto aristotélico de «equidad» *(tò epieikés, epieíkeia)*, que viene a superar el apego a la letra de la ley y es definida por Aristóteles como «lo justo más allá de la ley escrita». La limitación de la ley es compensada por la iniciativa del legislador equitativo, en este caso encarnado por el emperador. Las fuentes de la argumentación se encuentran en *Retórica* I 1374a-b y en *Ética a Nicómaco* 1137a30 ss., que vienen a completar de este modo las tesis platónicas del *Político*. Cf. *Disc.* VII 93b, IX 123d, XIX 230a.

[55] Heródoto, I 34-45. La historia de la muerte accidental de Atis, hijo de Creso, a manos de Adrasto incluye una reflexión final del monarca sobre lo involuntario del homicidio que se ajusta a la perfección a la argumentación de Temistio.

[56] Interpretamos el adjetivo *dexión* en el sentido de «amable», «gentil», que tiene en Luciano *(Alejandro* 57) y especialmente en Galeno, XIV 296: *dexiòn kaì epieikès*.

cuál fue el origen y el desarrollo del mal, y de qué manera o haciendo uso de cuál de las dos curas se hubiese evitado semejante desgracia, cuando de hecho la tragedia había comenzado antes, en el momento en que el fuego y el hierro[57] la desataron.

21 Nuestro príncipe ha demostrado perfectamente que la humanidad no riega la maldad[58], sino que la marchita, y que ésta es más dócil y obediente en la medida en que la justicia le posa la mano con suavidad. Y esto, en todo caso, no es para oírlo, sino para verlo. Pero mi discurso pretende hacer algo un tanto insólito y extraordinario, pues se propone du-
plicar este encomio que hasta ahora ha pronunciado (ya c
considerable de por sí) cosiéndole otro, aunque, como es lógico, no tan extenso. Ved, si no, el tamaño del añadido.

22 Actuar así a su edad no es ya digno de admiración doble, sino múltiple. ¿Se puede afirmar que merecen la misma admiración por su templanza un anciano y un joven? ¿O que por su mansedumbre y su gentileza merecen la misma el que vive ya una vejez avanzada y quien se encuentra en plena madurez? No hace falta mucha sabiduría para respon-
der a esto. También entre los ciudadanos particulares la no- d
bleza y la honradez son menos dignas de estima a medida que pasan los años, y tanto más dignas cuanto más temprana la edad, pues no merece idéntica admiración que la virtud vaya en consonancia con la edad a que se le anticipe y la deje atrás, y particularmente aquella clase de virtud que es
connatural a la vejez y colisiona con la juventud. Nunca 17a
pensé que pudieran darse la estabilidad, la calma y el sosiego en la edad más turbulenta e inestable para el alma, y, de

[57] Los instrumentos de tortura habituales con los acusados y los condenados.

[58] Platón, *República* 550b.

hecho, no encuentro que se dé con facilidad. Los que tienen esta edad «son, por lo general, propensos a la ira y están sometidos al vaivén de las pasiones como las naves sin lastre»[59]. En cambio, nuestro príncipe, al estar gobernado por su entendimiento[60], obliga a calmarse al oleaje de la edad. Sólo a él le cuadra por su virtud y no por sus años el

era bueno como un padre[61].

23 Tened en cuenta, ¡por el dios de la amistad!, qué difícil resulta preservar la equidad en una posición como la
b suya. De hecho, la inmensa mayoría es demasiado débil para sobrellevar la prosperidad, como si se tratara de una carga; pero la dificultad es mayor en una edad como ésta, en la que los hombres, por mucho que se les obligue, apenas mantienen el decoro.

24 Pero démosle ya un remate adecuado al discurso para entregárselo al príncipe como ofrenda perfecta. El príncipe humanitario ¿no ama especialmente a sus amigos? Por mucho que estime a los hombres, la mayor estima se la reserva a sus amigos; aunque ama a los que viven bajo su mando,
c profesará el amor más grande a quienes comparten su vida; y si apenas soporta hacer sufrir a los súbditos, a sus allegados jamás les causaría aflicción. Y es que sabe que la riqueza en oro, en plata o en piedras preciosas[62] no le aprovecha tanto a un príncipe como la riqueza en amistad verdadera, pues para quien tiene mucho que oír, mucho que ver y mucho de lo que preocuparse son muy poca cosa sus dos oídos, sus dos ojos, el único cuerpo que tiene y la única alma que

[59] Platón, *Teeteto* 144a7-b1.
[60] Platón, *Fedro* 247c.
[61] *Ilíada* XXIV 770; *Odisea* II 47, 234.
[62] Platón, *Fedón* 110d.

alberga. Pero si es rico en amigos, verá a gran distancia, oirá a los que no están cerca y sabrá lo que acontece lejos, como los adivinos; y estará a la vez con muchos hombres, como el d
mismo Dios[63]. Consciente, pues, de ello, se comporta con cada uno de sus amigos como con su propio cuerpo, como con su propia alma. Sólo a su lado es posible una amistad de altura que sea al mismo tiempo segura. En cambio, en el caso de los tiranos esta altura es peligrosa, ya que cuando uno está más convencido de caminar a su lado, se ve empujado y despeñado a un profundo barranco o a una honda garganta, pues aquéllos elevan a los hombres no para tenerlos arriba, 18a
sino para arrojarlos desde lo alto. Por ello, muchos de los caídos agarran a quienes los empujan y los arrastran con ellos; sin embargo, los que tocan la diestra del príncipe saben que se han acercado a un cabo seguro[64] y que estarán sujetos de él hasta el final.

25 Esta es, en definitiva, la ofrenda sincera, honesta y pura que te hace un filósofo de tu edad[65], una ofrenda que no mana de la punta de la lengua mientras el alma dice por dentro lo contrario, sino que brota de los labios tal como habita en el interior. La filosofía está libre de lo que lleva a un hombre a fingir elogios: ni le importan las riquezas lo b
más mínimo ni está sedienta de honores, pues encierra en sí misma su valor.

[63] Aristóteles, *Política* 1287b27 ss.
[64] Según el símil marinero tomado de Platón, *Leyes* 893b.
[65] Este comentario es el único apoyo para fechar el nacimiento de Temistio en el 317. Cf. introducción general.

II

«AL EMPERADOR CONSTANCIO, QUE EL PRÍNCIPE ES EL MAYOR FILÓSOFO» O «DISCURSO DE AGRADECIMIENTO»

II

«AL EMPERADOR CONSTANCIO, QUE EL PRÍNCIPE ES EL MAYOR FILÓSOFO» O «DISCURSO DE AGRADECIMIENTO»

INTRODUCCIÓN

El *Discurso* II es la respuesta de Temistio a su *adlectio* como senador en Constantinopla. Aunque sabemos por un escolio del *Salmantinus* que el discurso de Constancio al Senado fue leído ante el Consejo el primero de septiembre del 355 por el procónsul Justino[1], Temistio se tomó un cierto tiempo para la composición de su discurso de agradecimiento. Una referencia externa nos lleva a retrasar su datación hasta mediados de noviembre: el hecho de que el orador aluda a Juliano en su condición de césar (II 40a). Sin embargo, el retraso en la respuesta al discurso laudatorio no es enteramente imputable al orador, que, por lo demás, va a tener la costumbre de redactar sus panegíricos a una cierta distancia de los acontecimientos, sino a la gravedad de las circunstancias familiares. Por estas fechas, otoño del 355, tiene lugar el fallecimiento de Eugenio, su padre, acontecimiento que lo obliga a emprender viaje a Paflagonia, donde pronuncia en su honor el *Discurso* XX. Incluso se puede pensar que una variante del *Ambrosiano,* en un pasaje en que se alude a la fortuna familiar[2], procede de una primera

[1] Cf. introducción al apéndice.

[2] II 28d. *Vid.* nota *ad loc.*

redacción del panegírico. Estaríamos ante una composición en dos fases: una anterior a la muerte de Eugenio y cercana a la lectura del discurso de Constancio en el Senado, y otra posterior a su fallecimiento, de noviembre o diciembre de este mismo año, según exige la referencia a Juliano como césar. En todo caso, parece claro que la versión definitiva del discurso fue pronunciada a finales de año en el Senado y en ausencia del emperador, que por entonces se encontraba en Milán.

Temistio presenta su discurso como el pago de una deuda, ficción muy del gusto de nuestro orador, y pretende demostrar que la filosofía que el emperador elogia en su discurso encuentra su mejor encarnación en el propio monarca. Un catálogo de referencias filosóficas, de Platón y de Aristóteles, se aducen a modo de «leyes venerables» ante el tribunal que ha de juzgar la verdad de esta tesis. Las derrotas de los persas y de los usurpadores (Magnencio y Vetranio), y el propio nombramiento de Juliano como césar, confirman que Constancio es un verdadero filósofo y que lo ampara la gracia divina.

SINOPSIS

1. El orador está en deuda con el príncipe, y los senadores actúan como testigos. Pero el débito no es económico. La filosofía no se compagina con las riquezas materiales.
2. Constancio procede como un filósofo al ganarse a Temistio por la alabanza, no por el soborno. Alejandro y Jenócrates.
3. El orador se imagina el acto de la solemne lectura del discurso.

4. El filósofo ha de aceptar la alabanza del sabio: Sócrates y Apolo.

5-7. El agradecimiento de un filósofo es superior al regalo de un monarca: Jenofonte y Arquídamo. Temistio, en cambio, no puede superar el regalo de Constancio.

8-9. Constancio, príncipe filósofo, se ha retratado a sí mismo en su discurso encomiástico: Parrasio y su retrato de Hermes.

10-16. Inutilidad de los tecnicismos lógicos. La verdadera filosofía consiste en el ejercicio de la virtud. Recurso a los «legisladores» de la filosofía para demostrara la tesis: Aristóteles y Platón.

17-18. Digresión: el príncipe, como el demiurgo del *Timeo,* conduce del desorden al orden. El desorden lo encarnan los usurpadores. Ejemplo de Zeus y Tifón.

19. Retorno, con Platón, al hilo del discurso: el filósofo celebra a Dios y el príncipe lo imita.

20-21. Correspondencia entre las almas y las formas de gobierno. En el alma del filósofo-rey está vigente la realeza; en la del tirano, la tiranía.

22-24. Ejemplos contemporáneos de la tesis del discurso. El triunfo sobre el persa. La derrota incruenta del usurpador Vetranio. El suicidio de Magnencio.

25-27. La providencia ampara las acciones del príncipe: ha puesto en sus manos la herencia de Constantino y ha calmado el frente persa para abatir a los usurpadores.

28-29. Conclusión. La deuda del orador está saldada, aunque cabría extenderse con los tópicos del encomio imperial. Se celebra la designación Juliano como césar.

«AL EMPERADOR CONSTANCIO,
QUE EL PRÍNCIPE ES EL MAYOR FILÓSOFO»
O «DISCURSO DE AGRADECIMIENTO»

Expresa su agradecimiento por el discurso que sobre su perso- 24a
na compuso el emperador para el Senado. Se propone realizar el b
más filosófico de los encomios demostrando que quien participa
en mayor medida de la filosofía elogiada es el propio monarca[1].
No deja de lado ningún recurso que pueda contribuir al encomio,
aunque todos los orienta hacia su propósito inicial: unas veces c
elaborando la tesis principal, casi siempre desarrollando argumen-
tos a partir del tema del discurso, y en todo momento procurando
guardar la consideración debida a la filosofía. Éste es, resumida-
mente, el objeto de la obra.

1 ¿Creéis acaso, senadores, que si desatendiera mi deuda
me podría arrogar con justicia el título de filosófo? En Ate- d
nas la ley impide participar en política a los que tienen
cuentas pendientes con el fisco hasta que no saldan sus deu-
das. Yo también estoy en deuda, aunque no figuro en la lista 25a
de vuestro erario, ¡por Zeus!, sino en la de aquél por quien

[1] Constancio sería la mejor encarnación de la filosofía que elogia en su discurso al Senado.

vuestro pueblo vive dichoso y próspero. Y si aún no veis con claridad a lo que me refiero, ello se debe a que sois malos testigos de las obligaciones contraídas, y no os acordáis de que hace poco tiempo os reunisteis en el Senado pa-
b ra ser precisamente testigos de este contrato. Me concedió el préstamo un varón generoso y desprendido que ni me lo va a condonar ni va a tolerarme una negativa: tan conocida es mi deuda que no cabe artimaña alguna para desatenderla y librarme de ella. Además, soy consciente de que vosotros, los testigos, os mantenéis de momento tranquilos y a la espera porque no estoy aún fuera de plazo; pero si advirtierais que me desentiendo por completo, no tardaríais en apremiarme, en reprobar mi actitud y en acudir a los tribunales para clamar contra mí allí donde se me citara. Si el contrato estuviera estipulado en oro o en plata, quizá no os irritara
c demasiado que resultara insolvente, pues creo que sabéis, ¡reconocedlo!, que ni estoy muy versado en el arte de conservar las riquezas, ni entiendo mucho de ello, ni, si las gasto, de reunirlas y recuperarlas sin esfuerzo: el arte del que soy apasionado no me permite poseer esta clase de sabiduría. Así que no debe extrañar, ni ha de interpretarse como signo de incompetencia por mi parte, que si alguna vez
d le debiera dinero a un hombre rico, le pagara la deuda con dificultad y después del plazo estipulado. Pero, como iba diciendo, si el préstamo fuera de esta clase, no tendría excesiva prevención contra vuestro testimonio, sino que, tratándose de oro, sé bien que el príncipe, si yo se lo pidiera, me cargaría con más cantidad que antaño Creso al ateniense Alcmeón cuando le concedió que se quedara todo el polvo de oro[2] que pudiera llevarse consigo. Precisamente ahora ha

[2] Heródoto, VI 125. Alcmeón, fundador de la célebre estirpe ateniense de los Alcmeónidas, obtuvo este regalo en su visita al lidio Creso. Lo que hizo fue sujetarse una amplia túnica en torno a la cintura para que le sirviera de saca, y calzar unas botas altas. Incluso se llenó de polvo de oro la boca y los cabellos.

hecho cuanto estuvo en su mano para derramar sobre mi humilde morada ríos de lujo y comodidades que a duras pe- 26a
nas he intentado contener y obstruir para no dejar que mi casa se inundara con más abundancia de la que conviene a la filosofía, consciente de que allí donde esta corriente discurre inadvertida y sin esfuerzo es inevitable que emigre la virtud[3].

2 Sin duda, Constancio se ajusta a la filosofía mucho más que Alejandro, el hijo de Filipo, a la hora de cerrar un trato con un filósofo. Éste, en efecto, al ser incapaz de seducir y convencer con cincuenta talentos a Jenócrates de Calcedonia, que había rechazado noblemente su ofrecimiento, desistió de inmediato, levantó sus manos y no volvió a inten- b
tarlo con una oferta mayor[4]. Pero nuestro magno príncipe se las ha ingeniado para encontrar lo único a lo que me rindo y ante lo que ofrezco no ya las manos, sino el oído[5]. La alabanza es, sin duda, un obsequio grato e irresistible sea cual sea su procedencia. Poco les faltó a las propias Sirenas para seducir y subyugar al muy prudente Odiseo[6] con sus mortíferas alabanzas desde lo alto del arrecife; luego ¿a quién no

[3] Se trata de una extensa protesta de filosófica austeridad que pusieron en entredicho sus enemigos. Sobre la sinceridad de estas palabras y los ataques de sus adversarios cf. introducción general.

[4] Plutarco, *Alejandro* 8; Diógenes Laercio, IV 8. Jenócrates sucedió a Espeusipo al frente de la Academia en el 339 y recibió este ofrecimiento de Alejandro como muestra de admiración por su filosofía. Cf. *Disc.* XI 145b.

[5] Temistio no tiende las manos para recibir una cantidad de oro, sino que presta su oído al escrito encomiástico de Constancio. La fraseología procede de *Ilíada* VII 188.

[6] *Odisea* XIII 39 ss.,165 ss.

sería capaz de ablandar y cautivar este hombre, por mucho
c que fuera de hierro y más duro que el diamante, si le dedicara un largo escrito lleno de cumplidos, cuando con un solo gesto puede garantizar la salvación y, más aún, la felicidad completa?

3 Cuando pienso en esta sala, en vosotros, los testigos de su encomio, y en el lector e intérprete del escrito[7] (cómo éste, enhiesto y digno, daba lectura el texto con mayor precisión y claridad que Bacis y Anfilito[8], mientras que vosotros, que os habíais cambiado de toga y de calzado, como en las ocasiones solemnes, y que estábais sentados en vuestros puestos, no dejábais de aclamarlo por sus palabras, saltábais de los asientos y lanzábais mil gritos de aprobación a su
d alabanza), ¿cómo queréis que me mantenga inalterable?

4 Si Zenón, el fundador de la Estoa, por lo demás grave y altivo, se gloriaba y enorgullecía de que los atenienses le hubieran concedido la ciudadanía por sus doctrinas aun

[7] La lectura de los escritos imperiales en el Senado era competencia de los cuestores, aunque ocasionalmente podía quedar a cargo de cualquier otra dignidad, a veces por expreso deseo del emperador. Sea como fuere, Temistio emplea términos tomados del lenguaje religioso para referirse a la lectura de las palabras del emperador, que resultan así expuestas e interpretadas, como el oráculo de un dios, por un *prophétes kaì exegetés*. En esta ocasión la tarea corrió a cargo del procónsul Justino.

[8] Se trata de dos profetas legendarios mencionados en PLATÓN, *Teages* 124d8-9 y ELIO ARISTIDES, XXIX 22. De Anfilito poco más sabemos que su origen ateniense: cf. HERÓDOTO, I 62. Bacis, en cambio, es el célebre profeta beocio (cf. HERÓDOTO, VIII 20; ARISTÓFANES, *Paz* 1071; PAUSANIAS, IV 27, 4; X 12, 11; ARISTÓTELES, *Problemas* 30, 1) a quien se atribuía una colección de oráculos recopilada en Atenas en la época de los Pisistrátidas. Los llamados «Bácidas» regentaban un oráculo en Eleón de Beocia, y tenemos noticias de oráculos relacionados con Bacis en Arcadia y el Ática (cf. TEOPOMPO, frag. 77, *FGH* 115). Temistio cita de nuevo a ambos vates en III 46a.

siendo extranjero y fenicio[9], ¿voy a resultar yo tan innoble y lego en Aristóteles, a quien he adoptado como modelo de vida y de sabiduría, como para creer que todo honor, sea 27a
cual fuere su origen y su motivo, es enojoso para el hombre honesto y tiene el valor de un cario[10]? ¿Es que ya no recuerdo las palabras con las que distingue la vanidad de la magnanimidad?[11]. Las distingue en los siguientes términos: «con respecto a los grandes honores, así como con respecto a todos los llamados bienes, existe en los hombres una inclinación desmesurada y otra moderada y racional»[12]. Pues bien, quien se envanece con el clamor y los aplausos del pueblo y levanta las cejas por haber derrochado grandes sumas de dinero en teatros e hipódromos para darle gusto, es vanidoso y está aquejado del vicio que recibe este nombre[13]; pero aquél que desprecia este clamor y piensa que se b
diferencia muy poco del fragor de las olas que rompen en la playa, y concede, en cambio, un enorme valor al juicio desinteresado que formulan sobre su virtud los hombres de bien, éste sí que es en verdad grande de ánimo y de mente. Sócrates, el hijo de Sofronisco, a pesar de que le traía sin cuidado la indignación o la alabanza del pueblo, también estaba orgulloso y firmemente convencido del testimonio del dios que había proclamado que aventajaba en sabiduría a sus contemporáneos, por lo que estimó necesario corres- c
ponder a Apolo por su mántica y a Querefonte por su pre-

[9] DIÓGENES LAERCIO, VII 6.

[10] Carente, pues, de todo valor. El empleo de los carios como mercenarios y esclavos (cf. ARQUÍLOCO, frag. 24) los convirtió en paradigma de lo insignificante, hasta el punto de que surge el proverbio «probarlo con un cario». Cf. EURÍPIDES, *Cíclope* 654; PLATÓN, *Eutidemo* 285c.

[11] ARISTÓTELES, *Ética a Nicómaco*, 1107b23 ss.

[12] ARISTÓTELES, fr. 88 ROSE. Cf. G. CH. HANSEN, «Nachlese...», pág. 112.

[13] El de «vanidad», *chaunótes*.

gunta: de ahí que Sócrates tenga compuesto un proemio en hexámetros en honor del dios[14].

5 Si alguno de vosotros sostuviera que comparar al príncipe con el dios Pitio es adulación, no os darían la razón ni Crisipo ni Cleantes ni ninguno de los filósofos de la Estoa pintada[15], quienes aseguran que son idénticas la virtud y la
d verdad del hombre y de Dios. Por lo que a mí respecta, sobre los dioses «guárdese silencio», como dice el hijo de Lixes[16]. Sé que Jenofonte, el discípulo de Sócrates, no dudó en alabar a Agesilao, el rey de Esparta, y en agradecer con un extenso tratado el haber recibido de aquél la explotación de una finca situada entre la Élide y la Arcadia, no lejos de Escilunte, con ocasión de su destierro[17]. Y eso que sé muy
28a bien que este espartano era ambicioso y altanero[18]; pero para ser un verdadero rey le faltaba tanta humanidad y mansedumbre como dignidad real, si recordáis la asignación a Li-

[14] La noticia del proemio en honor de Apolo la recoge Temistio de Platón, *Fedón* 60d ss., aunque Sócrates justifica su composición en virtud de cierto sueño recurrente que lo invitaba a dedicarse a la música. Para el oráculo sobre Sócrates, cf. Platón, *Apología* 20e-21a; Diógenes Laercio, II 37. El proemio aparece citado en Diógenes Laercio, II 42. Delfos emitió un oráculo semejante sobre Temistio: cf. introducción general.

[15] Este pórtico que le da nombre a la escuela había sido pintado por Polignoto. Cf. Pausanias, I 15, 1.

[16] Heródoto. El orador se refiere al silencio que Heródoto decide guardar sobre determinados aspectos de la religión egipcia. Cf. Heródoto, II 171, aunque el principio general se enuncia en II 3, 2. Temistio recurre a la misma fórmula en XIII 176a.

[17] Jenofonte , *Anábasis* V 3,7. El tratado al que se refiere es el *Agesilao*.

[18] Léxico tomado de Platón, *República* 550b7 en su descripción del hombre timocrático.

sandro del reparto de la carne[19]. Lo cierto es que no son beneficios equiparables trabajar gratuitamente el campo de la Arcadia y ser objeto de un encomio que no envejece y es inmortal. Hasta el propio hijo de Arquídamo reconocería quizá que la muestra de gratitud de Jenofonte era más valiosa que su propio regalo, pues aquélla era una obra redactada por un filósofo, mientras que éste, si nos atenemos al testimonio del beneficiario[20], consistía en trigo, cebada, frutos estacionales y corzas y jabalíes para la caza. b

6 De ahí que a mí me resulte mucho más arduo y difícil que a Jenofonte saldar mi deuda. Antes se pensaba que las riquezas, las magistraturas y las satrapías eran obsequios de los buenos reyes, y que las obras literarias eran productos y ofrendas propios de la filosofía; pero ahora el príncipe se ha anticipado a obsequiarme personalmente con el único medio del que disponen las letras para testimoniar su agradecimiento. Así que no puedo pavonearme ni aducir fingidamente, a la manera de Isócrates, el hijo de Teodoro, que mis c
regalos son más dignos y consistentes, y que no envejecen con el tiempo ni están limitados a un espacio, ya que lo que diga de grandioso y sublime sobre las obras literarias se le puede aplicar al regalo del príncipe.

7 Al parecer, no tengo otro remedio que procurarme caballos, vestidos, copas y yugadas de tierra yerma o sembrada para compensar al príncipe por sus palabras, si es que resulta inevitable que intercambiemos nuestros papeles. Pero d
no lo es. Sólo he de atreverme, por el contrario, con lo que tengo a mi alcance, pues mi riqueza es ridícula y mi pobreza

[19] Jenofonte, *Helénicas* III 4, 7-9; Plutarco, *Lisandro* 23; *Agesilao* 7-8. Durante una expedición a Asia Menor Agesilao, movido por la envidia, le asignó este cometido al general Lisandro en un intento de humillarlo.

[20] Jenofonte, *Anábasis* V 3, 7-13.

mucha, y es más insignificante que una gota en el Océano no sólo todo lo que poseo en la actualidad, sino cuanto poseían mi padre, mi madre y todos los paflagonios[21]. Con todo, si comparo un discurso con el otro, tengo alguna esperanza, si no es mucho decir, de no quedar muy por debajo. Y no me refiero en absoluto a la belleza de los argumentos y
29a de la expresión, puesto que en este aspecto nuestro príncipe es más brillante que su corona y su púrpura. ¿Os digo entonces qué es lo que creo que me puede dar la victoria en este certamen? Que me parece que mi discurso resultará más veraz que el del príncipe, pues él está obligado a omitir las referencias al objeto de su encomio dada su bajeza e insignificancia, mientras que a mí me basta como argumento la verdad.

8 Aun así, cuando estoy ya a un paso de alcanzar[22] el santuario regio, sufro una experiencia sin duda extraña e in-
b creíble: el pecho y el corazón se me abren, el alma se me vuelve transparente, y los ojos del entendimiento más penetrantes. Al final consigo ver, ilustres varones, lo que antes no podía; pero tengo miedo de referirlo y comentarlo, por si

[21] La lectura del *Ambrosianus* es en este punto substancialmente diferente, ya que omite el *potè kaì hósa he metér,* esto es, la referencia al pasado y a la madre del orador, con lo que habría que traducir «y es más insignificante que una gota en el Océano no sólo todo lo que poseo en la actualidad, sino cuanto poseen mi padre y todos los paflagonios». Esta divergencia llevó a Seeck a considerar la lectura de *A* anterior a la muerte de Eugenio, y la otra como posterior. No habría interpolación ni error, sino una segunda versión revisada por el propio autor: O. Seeck, *Die Briefe...*, pág. 133. Vanderspoel entiende que la variante del *Ambrosianus* procede de un borrador redactado al poco tiempo del discurso de Constancio (1 de septiembre del 355), mientras que la referencia al césar Juliano (II 40a) lo lleva a situar la revisión definitiva en noviembre o diciembre del 355, después ya de la muerte de su padre *(Themistius...*, págs. 89-90).

[22] Cf. I 2a-d.

fuera la alucinación de un loco. Sin embargo, no se trata de eso. La visión no se esfuma, sino que persiste, y cuanto más fijo los ojos en ella, con más claridad se manifiesta y resplandece. Deseo, por lo tanto, compartir con vosotros mi experiencia y mostrárosla, si es que puedo. Seguidme, pues. c
Me parece que en el escrito que el príncipe envió recientemente en mi honor a su consejo imperial[23] figura de hecho mi nombre en el encabezamiento, pero en verdad es el propio autor quien se disfraza tras su himno, como creo que dicen de Parrasio que, en su intento de pintar a Hermes, representó su propia imagen en el cuadro, y que es engañosa la inscripción que acompaña a la pintura. Creen, en efecto, que Parrasio se honró y glorificó a sí mismo con su ofrenda, con lo que distan de comprender la sabiduría del pintor, que si le d
dio a la pintura un título inapropiado, fue por huir del mal gusto y de la egolatría.

9 Así que no os dejéis engañar, y cuando veáis y oigáis de lejos el elogio de un príncipe a un filósofo, pensad que el filósofo no es otro que el propio príncipe. Si alguien que corriera mucho más rápido que los demás hombres compusiera un largo encomio a la velocidad, en el que demostrase y 30a
explicase las ventajas de la velocidad para la vida humana (esquivar lo que se rehúye, alcanzar lo que se anhela, recorrer sin dificultad un camino y cazar sin necesidad de caballos), y dijera todo esto con la vista puesta en otra persona que avanzara a duras penas sobre su bastón, estaría sin duda alabando su propia velocidad con el pretexto de hacer otra cosa. Del mismo modo, un príncipe auténtico y que hace honor a su nombre ha plasmado con palabras la imagen de la filosofía en su afán por revelar su propia alma.

[23] El Senado de Constantinopla.

b **10** Quien se mueve con soltura en todo lo que atañe a los silogismos y es capaz de resolver los argumentos de «Nadie» y de desvelar los del «Velado», los «afirmativos» y los «negativos» (como Filón o Diodoro, cuyo brillante legado, el argumento del «Señor» y el del «Cornudo», son sofismas abstrusos y perniciosos, de ardua comprensión e inútil conocimiento[24], como el sobeo del carro de Midas[25]) ¿creéis que es realmente filósofo, o que se parece más bien a esos que disertan a menudo sobre el valor, la audacia y el coraje
c sentados en su camastro ante tres o cuatro jovencitos y no son capaces de asomar la cabeza de su habitación por flaqueza[26]? ¿Creéis que puede hablar sobre el Estado y las leyes quien ni siquiera sabe administrar su propio campo? ¿O sobre la magnificencia y las grandes inversiones quien jamás ha tocado ni un estáter de oro? ¿O sobre cómo contener la cólera aquél de quien nadie se guarda cuando está irritado? ¿O sobre cómo dominar las pasiones aquél al que nada le supone dejarse vencer por ellas[27]? En cambio el príncipe, con licencia para la injusticia es más justo que Anaxágoras[28], con impunidad para el desenfreno es más templado

[24] Temistio nos ofrece un recorrido por algunas de las más célebres falacias de la silogística antigua. Cf. Diógenes Laercio, VII 82, VIII 187; Luciano, *Subasta de vidas* 22; Plutarco, *Consejos para preservar la salud* 133bc; *Cuestiones convivales* 615a; Sexto Empírico, *Contra los matemáticos* VIII 429. Filón y Diodoro son, por otro lado, dos conocidos dialécticos, el primero amigo y admirador de Zenón, y el segundo, Diodoro Crono, discípulo de Apolonio Crono, de la escuela de Mégara. Cf. Diógenes Laercio, VII 16, 25.

[25] Se trata del célebre nudo gordiano, que Alejandro deshizo de un tajo con su espada para cumplir la profecía del oráculo que lo convertía en señor de toda Asia. Gordio era el padre de Midas. Cf. Plutarco, *Alejandro* 18; Arriano, *Anábasis* II 3.

[26] Platón, *Gorgias* 485d.

[27] Platón, *Gorgias* 526a.

[28] Diógenes Laercio, II 6.

que Jenócrates[29], con medios para superar en lujo al famoso Sardanápalo[30] soporta mejor el hambre y la sed que Diógenes d
de Sínope[31], con potestad para actuar en toda ocasión dominado por la ira vence en mansedumbre al hijo de Aristón[32]; y no exige valor, sino que lo pone en práctica; no instruye en la firmeza, sino que soporta las fatigas; y no explica en qué consiste la humanidad, sino que nos da la ocasión de beneficiarnos de ella. Si de un hombre de esta con- 31a
dición dijéramos que es el verdadero filósofo, ¿acaso lo estaríamos halagando con un nombre falso e inapropiado? De hecho, no lo entendemos así en los demás casos: al «carpintero» le damos este nombre por el oficio que desempeña, al «zapatero» por sus zapatos y «médico» por las enfermedades que cura.

11 ¿Pero por qué me demoro en los ejemplos y no acciono la tramoya[33] optando por imitar a los oradores en su tribuna? Sabéis que a los oradores, cuando aducen ejemplos y argumentos de probabilidad, se les suele mirar con desconfianza por parte de los jueces, ya que dan la impresión de

[29] Diógenes Laercio, IV 7.

[30] El tópico del lujo de Sardanápalo también se halla en Dión de Prusa, I 3, III 72.

[31] Diógenes Laercio, IV 26 ss.

[32] Platón. Cf. Diógenes Laercio, III 39.

[33] Me aparto en este punto de la lectura de los códices, que siguen también la mayor parte de los editores *(ouk erô tèn mechanén)*, y que Maisano traduce «invece di affrontare direttamente l'argomento». Otros manuscritos ofrecen *ouk erotô*, lo que tampoco parece acertado, y algún editor ha propuesto corregir *mechanén* por *téchnen*. Prefiero la corrección de Jacobs *(ouk aíro tèn mechanèn)*, que además de justificarse fonéticamente, encaja a la perfección en el contexto: Temistio se plantea dejar los ejemplos y recurrir, como en las tragedias, al *deus ex machina*, en este caso a la cita directa de uno de los grandes legisladores-filósofos del pasado. En este mismo discurso (II 38d) volveremos a encontrar un símil teatral que alude al *deus ex machina*.

b estar exhibiendo su arte en vez de demostrar la verdad; pero cuando dan solemne lectura a una ley de Dracón, de Solón o de Clístenes, el tribunal prepara de inmediato su veredicto. Pues bien, también yo tengo a mi disposición, a propósito de lo que vengo exponiendo, numerosas leyes que redactaron los venerables legisladores de la filosofía, superiores con mucho a Zaleuco de Locros y a Carondas de Turios[34]: el gran Platón y Aristóteles, el hijo de Nicómaco. Voy a leeros algunas líneas de estos hombres entresacándolas de sus tablas[35].

c **12** El segundo de estos legisladores, en sus consideraciones sobre la virtud ética, dice textualmente que «su finalidad no es el conocimiento, sino la acción»[36], y que «no investigamos para saber qué es la virtud, sino para hacernos virtuosos por medio de las obras»[37]. Y en otro lugar afirma que «para las demás artes el saber lo es todo; para las virtudes, en cambio, el saber es poco o nada, mientras que las obras no son poco, sino todo»[38]. Así que si alguien fuera capaz de demostrar en este momento que la virtud del príncipe es menos eficaz que la de Crisipo o la de Antípatro, quienes sólo «con el cálamo y la tinta»[39] pudieron dar durante toda su vida lecciones de valor, de justicia y de firmeza, yo sería
d sin duda un adulador y un falsario. Pero si lo cierto es que la nobleza de éstos se limita a la escuela, mientras que las hazañas del príncipe están a la vista de todos, ¿por qué motivo,

[34] Legisladores arcaicos de la Magna Grecia. Cf. Aristóteles, *Política* 1274a-b; Diodoro Sículo, XII 20.

[35] De sus *kýrbeis,* pirámides giratorias de madera en que estaban escritas las antiguas leyes de Atenas.

[36] Aristóteles, *Ética a Nicómaco* 1095a6.

[37] *Ibidem* 1103b27.

[38] *Ibidem* 1105a34-b2.

[39] Platón, *Fedro* 276c. Los filósofos aludidos son destacados exponentes del estoicismo antiguo.

¡en nombre de Zeus!, no dudamos en llamar «filósofos» a aquéllos y tenemos reparos de hacerlo en el caso del príncipe?

13 Acerca del hecho de que ejercer la filosofía no es otra cosa que practicar la virtud, escuchad otra cita que no es de uno de Escitia, sino de Estagira[40]. Escuchadla, os lo ruego,
aunque sea algo más larga: «Se dice con razón que el justo 32a
se hace tal por realizar acciones justas, y el temperante por realizar acciones temperadas; y que si no se realizan estas acciones, jamás se puede llegar a ser virtuoso. La mayoría, sin embargo, no las realiza, sino que con refugiarse en las palabras, se tienen ya por filósofos, de modo que se comportan como los enfermos que oyen con atención a los médicos pero no hacen nada de lo que se les prescribe: del mismo modo que éstos jamás tendrán un cuerpo sano con semejantes cuidados, tampoco aquéllos tendrán sana su al-
ma con semejante forma de ejercer la filosofía». Luego si b
los que se refugian en las palabras no son filósofos, sino farsantes, es evidente que quienes demuestran su condición con acciones en vez de con palabras merecen, en verdad y con toda justicia, recibir ese nombre.

14 Oíd también las leyes del Ática, pero no las de Solón, sino de uno de los descendientes de Solón[41]. De hecho, casi toda la obra del divino Platón está totalmente repleta de ellas, y me es imposible escoger unas pocas frases para darles lectura como un escribano. Uno tras otro «toda la masa de sus libros»[42] coincide en que el príncipe es el mayor filó-
sofo: los célebres libros de la *República,* las divinas *Leyes* y c

[40] La expresión «de uno de Escitia» se aplica a personas de escasa fomación. La cita de Aristóteles que sigue corresponde a *Ética a Nicómaco* 1105b9-18.

[41] Diógenes Laercio, III 1. Según este autor, Platón descendía de Solón por parte de madre. Cf. Platón, *Timeo* 20e.

[42] Platón, *República* 364e.

toda la conversación en torno al plátano corpulento y elevado[43]. Aquel feliz y dichoso cortejo que dice que marcha junto a Zeus (mientras que otros lo hacen junto a otros dioses)[44], aquéllos que juzgan si el amado[45] es filósofo y está dotado por naturaleza para el mando, y tantos otros pensamientos semejantes, está claro (y no sólo para los tienen el oído más fino) que son característicos del autor al que me refiero.

d **15** Pero me basta con apelar al remate al que ata y fija todos los eslabones de la dorada e irrompible cadena cuando la tensa y la estira desde la tierra hasta lo alto del cielo[46]: la suma, el fin y la cima de todas su obra[47] es la idea de que la filosofía no es otra cosa que la asimilación a Dios por parte del hombre en la medida su capacidad[48].

16 De aquí se desprende que hemos de investigar y examinar en qué clase de acciones tiene su fundamento la naturaleza de Dios, si en la disertación sobre premisas y modos
33a conclusivos e inconclusos[49], o si el que tiene la intención de asemejarse en algo a la divinidad ha de ir en pos de otra co-

[43] El *Fedro*. Cf. *Fedro* 230b.

[44] Cf. *Fedro* 250b.

[45] La clara referencia a *Fedro* 252e nos lleva a seguir a Jackson para corregir *orómenon* por *erómenon.*: H. Jackson, «On Themistius' II: *Eis Konstántion,* 32 c», *Journal of Philology* 27 (1900), 161.

[46] La imagen homérica de la cadena de oro (*Ilíada* VIII 19, XV 20) es mucho más que una figura literaria en un autor del siglo IV, por muy distante que se encuentre, como Temistio, de la ortodoxia neoplatónica. A través de la exégesis alegórica de Homero, de la que participa el propio Platón en *Teeteto* 153c-d, la *chrysê seirá* simboliza la rigurosa jerarquía de la simpatía universal. Cf. P. Lévêque, *Aurea catena Homeri. Un étude sur la allégorie grecque,* París, 1959.

[47] Para esta fraseología cf. Platón, *Timeo* 17c, *Crátilo* 415a.

[48] Platón, *Teeteto* 176a-b, *República* 613a-b. Cf. VI 79a, XV 188b-c, XIX 227a.

[49] Se retoman los tecnicismos lógicos en la línea crítica de II 30b.

sa. Pero puede que no haya ninguna necesidad de que nos molestemos en investigarlo y examinarlo, sino que será el mismo Platón quien diga con voz clara y potente cuál es la obra propia de Dios: «queriendo Dios, dice, que todo fuera bueno y que nada fuera malo dentro de lo posible, tomó todo lo visible, que no estaba en reposo, sino que se movía caótica y desordenadamente, y lo condujo al orden desde el desorden en la idea de que aquél es enteramente mejor que b
éste»[50].

17 ¡Por Zeus, soy incapaz de contenerme y respetar el hilo del razonamiento! Cuando pronunciaba la cita de Platón algo me ha turbado y golpeado el entendimiento, algo que no se puede estar quieto y que amenaza con anticiparse y adelantarse a lo que correspondía decir ahora. Dejadme, pues, que lo saque a la luz a destiempo antes de que se eche a perder, y no tardaré en devolveros al hilo del discurso. Si c
desplazara y retocara no más de dos palabras de las escritas por Platón y me burlara de vosotros diciéndoos, según la práctica habitual de los modernos adoradores de Platón[51], que todas estas palabras las redactó el filósofo como un vaticinio y una profecía referida a nuestro soberano, estoy seguro de que tendríais dificultades para descubrir que he alterado astutamente el texto. Así que prestadme atención: he aquí que digo que «queriendo el soberano de la tierra que todo fuera bueno y que nada fuera malo dentro de lo posi-

[50] *Timeo* 30a.

[51] Temistio se refiere irónicamente a sus contemporáneos neoplatónicos, grandes maestros de la interpretación alegórica de los textos antiguos, con un término tomado de la religión: *thiasótai.* La alusión, lejos de ser inocente, apunta al corazón de sus métodos exegéticos, ya que el uso del término *agroikízo* remite de inmediato a la burla socrática de la hermenéutica alegórica de los sofistas, que es calificada en *Fedro* 229e de *agroikòs sophía,* «rústica sabiduría», expresión que se reproduce más abajo (II 34b).

d ble, tomó su reino, que no estaba en reposo, sino que se movía caótica y desordenadamente, y lo condujo al orden desde el desorden»[52]. ¿Tan fácil os resultaría decirme dónde se ha cambiado la frase?

18 Añadamos entonces una cosa más, que no es menos apropiada. La causa de este desorden era un alma malvada y enloquecida que ambicionaba el dominio de algo que no le
34a correspondía por su linaje, y que, renunciando a toda prudencia, conmocionó todos los dominios de la estirpe gobernante a la manera de Tifón[53], de quien dicen los relatos egipcios que abatió a Osiris para arrogarse un poder completamente ilegítimo, y que por ello Zeus lo fulmina con el rayo y el fuego y libera a los egipcios de aquel monstruoso y bárbaro reinado. En mi opinión, trasladar y aplicar directamente esta imagen, sin asomo de «rústica sabiduría»[54], al caso de nuestro príncipe es hallar un símil verdadero y luminoso, salvo en que aquél tuvo enfrente tan sólo a Tifón, mientras que éste ha derrotado a una multitud que surgía de
b muchas partes, unas veces de mayor y otras de menor enti-

---

[52] Temistio retoca la cita del *Timeo* para presentar a Constancio como el pacificador del Imperio tras las derrotas de los usurpadores Magnencio, comparado más abajo con Tifón, Vetranio y Nepociano. El primero, un oficial de origen germánico, había desposeído a Constante, hermano de Constancio, de la mitad occidental del Imperio en el 350. Vetranio fue proclamado augusto por sus tropas del Ilírico el primero de marzo de este mismo año. El tres de junio Nepociano, nieto de Constantino, también se hizo proclamar emperador. Nepociano fue eliminado por Magnencio. Vetranio se avino a un acuerdo con Constancio en un episodio recordado por Temistio más abajo en II 37a ss. Cf. *etiam* III 45b. Magnencio, por último, derrotado en Mursa en el 350, terminó suicidándose en el 353. Cf. Zósimo, II 42-54.

[53] Tifón, como más abajo los Alóadas, es un símbolo en Temistio del poder ilegítimo. Cf. *Disc.* VII 86c y 90a, para su aplicación al usurpador Procopio.

[54] Platón, *Fedro* 229e. Cf. II 33c y nota.

dad, unos viejos, otros maduros y otros jóvenes, a uno con la palabra, a otro con el acero y al otro sin percatarse siquiera[55].

19 En el momento en que iniciamos esta digresión (creo, en efecto, que hemos de retomar nuestro camino) estábamos demostrando, si recuerdo bien, que el sapientísimo Platón sostenía casi en todas sus obras que el verdadero rey y el filósofo avanzan por el mismo camino[56], pues ambos compiten y se afanan con la vista puesta en el mismo modelo,
sólo que el uno se centra en la especulación científica y el c
otro en la actividad práctica: el primero se limita a conocer al Soberano de todo el universo, mientras que el segundo también lo imita (y ya se sabe que la acción asimila en mayor medida que el conocimiento). A «aquel magno conductor que guía su carro alado por el cielo, que todo lo supervisa y dispone, y a quien acompaña un séquito de dioses y démones»[57], el uno lo celebra recostado a orillas del Iliso mientras escucha al joven ateniense[58], mientras que el otro lo imita con sus acciones en la medida de su capacidad, aquel

al que están confiadas las huestes y tantos asuntos preocu-
[pan[59],

---

[55] A Vetranio, Magnencio y Nepociano respectivamente, aunque el último usurpador aludido puede ser también, según la interpretación de Maisano, el *magister peditum* Silvano, al que las tropas de las Galias habían proclamado augusto en agosto del 355 y que había sido depuesto y capturado por encargo de Constancio. Cf. Amiano Marcelino, XV 5.

[56] *República* 473c-d, 501e; *Político* 259b, 266c.

[57] *Fedro* 246e.

[58] Según el escenario idílico del *Fedro*.

[59] *Ilíada* II 25, 62. El verso es recurrente en nuestro autor. Incluso Juliano lo recoge cuando discute sus ideas políticas: *Carta a Temistio* 256d. Cf. *Disc.* I 6d, VIII 102a, XI 141d.

a quien acompaña una tropa no ya divina, sino humana, y
d adecuadamente dispuesta, y en cuyo gesto, como en el de Zeus[60], reside el gobierno y la administración de los asuntos humanos. Luego no le falta razón al coro de Calíope para no dejar de celebrar a los reyes como «retoños de Zeus», «criaturas de Zeus» y «comparables a Zeus en su prudencia»[61].

20 Acto seguido, una vez que he presentado las leyes al
35a tribunal[62], he de proseguir mi imitación de los oradores y explicar cuán buenas, verdaderas y útiles son estas leyes. Es posible que, en verdad, existan tantas formas de gobierno como de almas humanas[63], ya que las formas de gobierno no consisten «en madera o en piedra», y el alma humana contiene por naturaleza huellas y semillas de todas las cosas. El alma es una realidad heterogénea y de muchas caras, como el Estado[64], y existe en ella un componente regio, un com-
b ponente animoso y combativo[65], y también un gran componente vulgar, bien consagrado a la ganancia económica, bien holgazán y entregado al placer. El alma del común de los hombres se puede regir por una democracia, por una oligarquía o por una tiranía[66]: o bien es el placer el que se apodera del cetro y arrebata a las otras clases la libertad; o bien la codicia y el afán de lucro, como en las oligarquías censitarias[67]; o bien el elemento combativo y animoso, co-
mo ocurrió en Creta y en Lacedemonia; o bien son todas las c
clases sociales las que indistintamente se reparten y distribuyen con enorme alboroto el poder. Sólo el alma del filósofo se rige por la realeza[68]: la mente la gobierna en todo momento[69], el ánimo lleva las armas por donde aquélla lo conduce[70], y la multitud restante se mantiene en las labores que le corresponden y sin cuestionar el poder[71].

21 Precisamente por ello, estimados señores, estos dos términos, el de «rey» y el de «tirano», están tan enfrentados y contrapuestos entre sí[72], y en ningún caso toleran avenencia o convergencia alguna, como tampoco pueden coincidir, por extrañeza mutua, la mente y el placer, pues si lo uno flo-
rece, lo otro se consume y se marchita. ¿Y en qué sentido se d
oponen y se diferencian ambos términos? En que ambos representan formas de gobierno propias de los hombres (no una de los caballos y otra de los hombres), pero mientras que al uno lo acompaña la virtud y mira por el bien de los súbditos, al otro lo acompaña la maldad y sólo busca el provecho propio. Por ello los hombres creen al primero divino y bienaventurado, y al otro lo temen y lo maldicen[73].

---

[60] Cf. *Ilíada* I 528 ss., etc.

[61] Según tres expresiones homéricas que serán lugares comunes en Temistio para aludir a la estirpe divina de la realeza. Corresponden, respectivamente, *Ilíada* II 196, I 337, y II 169. Cf. *Disc.* V 64a, VI 79a, XI 143b, XV 188b.

[62] Las citas de Aristóteles y Platón se aducían en calidad de leyes, como las de los legisladores arcaicos, ante el tribunal que va a juzgar la condición filosófica del monarca. Cf. II 31b ss.

[63] Platón, *República* 338d, 455c, 544d, que recoge también la cita homérica que sigue (*Odisea* XIX 163), referente a los materiales originales que el mito atribuía a la raza humana.

[64] Platón, *Fedro* 277c, *República* 558c.

[65] Platón, *República* 467e.

[66] *Ibidem* 338d.

[67] *Ibidem* 550c, 581a.

[68] Platón, *Fedro* 277e. Cf. *República* 586e.

[69] Platón, *Timeo* 48a.

[70] *República* 440e.

[71] Demóstenes, XXXIX 19.

[72] Ps. Aristóteles, *Sobre la realeza* 5.

[73] Sinesio, *Sobre la realeza* 6.

36a **22** He aquí que mi discurso después de tantos desarrollos ha vuelto, como un luchador, «a ofrecer la misma toma»[74] y a demostrar que el príncipe es el mayor filósofo por ser el que más encomienda sus asuntos a la guía de la razón, con lo que los súbditos no lo temen, sino que temen por él[75]. A él no lo eligen los hombres en la embriaguez y el hartazgo de un banquete, como a una especie de «rey de los postres» que habrá de lamentarse en cuanto pase la borrachera, como ocurre en las Cronias[76]. Nace, por el contrario, de manera
b espontánea y se cría, como la reina de una colmena[77], autosuficiente y autodidacta desde su nacimiento, mientras a su alrededor zumba y revolotea gozoso y de buen grado el enjambre; y no porque los aventaje en envergadura o sea mayor de lo normal, de nueve brazas por nueve codos, como cantan de los Alóadas los poetas[78] (a quienes la monstruosidad de su cuerpo los llevó a realizar insólitos y extravagantes portentos, como apilar montes para levantar una escala hasta el cielo). También los etíopes elegían a su rey según

[74] Platón, *República* 544b, *Leyes* 682e. La expresión está tomada del lenguaje pugilístico y se refiere a la postura que había de adoptar el luchador cuando se retomaba el combate.

[75] Cf. I 10d.

[76] Las Saturnalias.

[77] *República* 520b, *Político* 301d; Aristóteles, *Ética a Nicómaco* 1118a25, b20. Cf. *Disc.* XIX 233a.

[78] Los Alóadas simbolizan también la soberbia y la impiedad en Juliano, I 28c. De nombre Oto y Efialtes, eran hijos de Posidón e Ifimedea. Terribles por su envergadura, nueve brazas de alto (unos diecisiete metros) por nueve codos de ancho (unos cuatro metros), amenazaron con escalar hasta el cielo amontonando el Osa y el Pelión sobre el Olimpo. Finalmente los dioses terminaron con ellos, ya fuera Zeus con el rayo o Ártemis haciendo que se mataran entre sí al intentar perseguirla bajo la apariencia de una cierva. Cf. *Odisea* XI 305 ss., *Ilíada* V 385 ss.; Apolodoro, *Biblioteca* I 7, 4.

este criterio de medir en codos la virtud[79]. Es rey por naturaleza aquel que, por el contrario, no debe su condición al relincho de un caballo[80], ni a un yelmo de bronce empleado c
como copa[81], ni a una mujer lidia encolerizada por haber sido vista desnuda sin su consentimiento[82], sino a la filosofía, que ha demostrado perfectamente su superioridad con respecto a los súbditos: sólo por ella un hombre puede prevalecer sobre otro. No lo hacen superior la tiara, ni el caftán, ni la capa, ni la cimitarra de oro, ni los collares y brazaletes, ni los lanzeros, los lictores, los melóforos o la tropa «inmortal» de soldados que van muriendo[83], pues creo que con todo

[79] Heródoto, III 20.

[80] Darío, de acuerdo con Heródoto, III 83 ss. Cf. Libanio, LIX 52. Tanto este ejemplo como los que siguen se vuelven a aducir en el *Disc.* V 66b. El trono habría de ser ocupado, de entre seis candidatos, por aquel cuyo corcel relinchara primero a la salida del sol en un paseo por el exterior de la ciudad. Darío se valió del siguiente ardid: su palafrenero, un tal Ébares, llevó la yegua favorita de su caballo a un lugar para que éste la cubriera. Al despuntar el alba, los seis candidatos comenzaron su ronda y, cuando pasaron por el lugar mencionado, el caballo de Darío relinchó, al tiempo que estalló un relámpago en el cielo despejado, lo que llevó a los otros cinco a desmontar y a rendirse de hinojos ante el nuevo rey.

[81] Psamético, según Heródoto, II 151, empleó su yelmo de bronce para beber por tener a mano la copa de oro para una libación, con lo que cumplió un oráculo que anunciaba que ocuparía el trono de Egipto.

[82] Según Heródoto, I 11, Giges contempló desnuda a la mujer de Candaules, rey de Lidia, por instigación de su propio marido, que quería convencerlo de su belleza. La mujer forzó a Giges a dar muerte a Candaules y a ocupar su lugar.

[83] Enumeración heterogénea de distintivos externos de la realeza: desde prendas características de la monarquía persa (cf. Heródoto, IX 80; Platón, *República* 553c; Jenofonte, *Ciropedia* I 3, 2) hasta los cuerpos más distinguidos de la guardia personal de los monarcas persas o romanos. Heródoto (I 59; VII 83, 211) menciona a los *dorýphoroi* y a los *athánatoi*, que recibían este nombre por su enorme capacidad de sustituir a los soldados que caían. Los *melóphoroi* formaban la «guardia de corps»

esto contaron el enloquecido Cambises y el arrogante Jerjes, que no consentía desplazarse en barco o a pie por donde lo hacen los demás hombres, sino que desviaba y alteraba su
d ruta[84]. Precisamente por ello, terminaron persiguiéndolo en su huida de Grecia unos hombres humildes y trabajadores con la única ayuda de su prudencia y su rectitud: Temístocles, hijo de Neocles, y Aristides, hijo de Lisímaco. Sin embargo, a aquel a quien guarda y escolta la filosofía[85] le dan la victoria sus naves, que surcan el mar, y sus soldados, que
37a avanzan por tierra. Los montes intransitables ceden ante él sin necesidad de túneles, y se allanan a su paso más aún que las planicies y la tierras bajas. El río no se seca, sino que, desbordándose, se suma a combatir por el príncipe contra el descendiente de Jerjes. Y a menudo le basta con su palabra, sin necesidad de recurrir a las armas y a los soldados[86]: los hoplitas se mantienen firmes «apoyados sobre sus escudos»[87], los jinetes mantienen embridados los caballos, los arqueros destensan los arcos, y los honderos dan reposo a sus hondas,
b mientras que el príncipe, solo y desarmado, sin lanza y sin espada, mantiene un combate singular en la tribuna, y sin alzar siquiera las manos lo despoja de la púrpura y le demuestra que es un ciudadano particular con delirios de rea-

del ejército persa y recibían ese nombre por la «manzana», o bola de oro o plata, que llevaban sus lanzas en la parte inferior.

[84] Se trata de un lugar común desde Heródoto, el de los atentados de Jerjes contra el orden natural en su expedición hacia Grecia: el puente sobre el Bósforo y el canal sobre el istmo que une el monte Atos con el continente.

[85] Constancio.

[86] Describe Temistio la claudicación de Vetranio el veinticinco de diciembre del 350. Constancio convenció a los soldados con sus palabras y sus dádivas para que depusieran su actitud. Cf. Zósimo, II 44. Cf. *etiam* Juliano, I 31d, II 76d-77a.

[87] *Ilíada* III 135.

leza. ¡Con qué sabiduría pronuncia la tragedia unas palabras dignas de Melpómene!

> *Muchas dificultades vence la palabra*
> *como podría hacerlo el hierro de los enemigos*[88].

Incluso Pericles, el hijo de Jantipo, en cuyos labios residía la Persuasión[89], tuvo que bajar a menudo de la tribuna de los atenienses y marcharse contra su voluntad[90]. ¿Y vamos a tener reparos nosotros en llamar primer filósofo (¡por el dios de la amistad!) a quien ante tantos miles de hombres armados que previamente lo han ofendido y que no poseen idén- c
tico talante, pensamiento o lengua, se mantiene firme e impasible en lo alto de la tribuna fiado tan sólo de su palabra para este combate? ¿Acaso contamos a Orfeo entre los hombres sabios y divinos (si es que alguien se cree que encantaba a los pájaros y animales con el poder de su música) y nos va a dar miedo llamar filósofo, honrándolo con el título más digno, a un varón que ha amansado, adiestrado y ablandado a hombres más soberbios que leones?

23 También los espartanos celebran la victoria incruenta d
y sin lágrimas en la que derrotaron a los arcadios después del desastre de Leuctra[91]. Pero ignoro quién podría mencionar una victoria más piadosa e inmaculada y digna de un filósofo que ésta de nuestro príncipe, ni siquiera la que obtuvieron sobre Dionisio Platón y Dión, el hijo de Hiparino, amigo y discípulo de Platón, que, sólo con reunir trirremes y soldados de la Academia, consiguió a duras penas expulsar al tirano de su patria, de modo que los griegos de entonces asis-

[88] Eurípides, *Fenicias* 515-16. Cf. *Disc.* XVI 207d; Juliano, II 73b-c.

[89] Éupolis, frag. 94 Kaibel-Austin. Cf. Juliano, I 33a.

[90] Plutarco, *Pericles* 33. Cf. Juliano, I 32d.

[91] Jenofonte, *Helénicas* VII 1, 32. Cf. Juliano, II 72b.

38a tieron al increíble espectáculo de Dionisio paseando por el Craneo después de haber sido tirano de Siracusa[92]. Lo que implica quedar cautivado por la palabra de un verdadero filósofo lo ha comprendido perfectamente el que en otro tiempo fue soldado de nombre y de condición[93], pues la victoria de aquéllos es la única que aprovecha a los vencidos: de ahí que el príncipe, después de su victoria, le procurase una vida más larga que la de Argantonio[94] y le dispensase un lujo despreocupado y alejado de la política activa, cuando problemente desde hacía muchísimo tiempo lo habían venido afligiendo los achaques de la vejez[95].

b **24** De tal modo vela la divinidad por mantener las manos del príncipe más puras y limpias de sangre (por muy justa que sea ésta) que las de Ferécides y Pitágoras, que ha empujado y forzado al otro tirano, cuya muerte venía exigida por sus criminal desenfreno, a convertirse en su propio tiranicida[96].

25 Para no parir con las prisas, como dice el proverbio, criaturas ciegas e imperfectas, detengámonos un instante, si os parece, y hagamos un alto en el camino para estudiar con atención si le debe atribuir otro rasgo al filósofo, a saber, que es amado por Dios y sus asuntos le son gobernados
c desde lo alto. Una vez que se evidencie y parezca bien a todos que esto es verdad, hemos de considerar nuevamente si en los actos del príncipe se encuentran en toda ocasión símbolos claros de la providencia divina. Prestad atención.

26 Parecía inevitable que el príncipe se contentase con lo que le correspondía y obtuviera una pequeña parte del imperio de su padre, o que lo ambicionase todo y se sublevase dirigiendo sus armas contra sus hermanos[97]. Ved, pues, la d
sabiduría de la divinidad: casi del mismo modo que el dramaturgo en el teatro, después de mantener en vilo a los espectadores con una calamidad funesta y terrible, encuentra finalmente contra toda lógica un *deus ex machina* para una situación sin salida, el autor de las calamidades reales, aun sitiando por todas partes al príncipe con la fatalidad de caer en la injusticia o en la cobardía, le procura, sin embargo, artimañas para escapar de ambas alternativas y para que ambas resulten más bien al revés de lo esperado. Él es, en efecto, el único dueño de la herencia paterna, no por haber cometido injusticia contra sus hermanos, sino, por el contrario, por haber compartido el dolor del uno y haber sufrido 39a
tremendo dolor por el otro, debido en ambos casos a su enorme amor por ellos. Dejémoslo así.

27 El hecho de que los persas, de infausto nombre, no dejaran de hostigarlo cuando gozaba de tranquilidad, mien-

[92] Dionisio II, tirano de Siracusa, terminó exiliado en Corinto hasta la época de Alejandro. El Craneo era el gimnasio de Corinto: cf. PAUSANIAS, II 2, 4. Para la relación entre Platón y Dioniso cf. PLATÓN, *Carta* VII 330c-334c.

[93] Vetranio.

[94] El mítico rey de Tartesos que, según noticia de Heródoto, alcanzó los ciento veinte años tras haber sido rey durante ochenta: HERÓDOTO, I 163.

[95] Cf. ZÓSIMO, II 44, 4.

[96] Magnencio, que se suicidó en Lyón el diez de agosto del 353. Cf. ZÓSIMO, II 53, 3.

[97] Temistio pasa a describir a grandes rasgos el período histórico que sigue a la muerte de Constantino y termina con la derrota de Magnencio y la reunificación del imperio. Los tres hijos de Constantino se repartieron inicialmente el imperio en un encuentro celebrado en Viminacium. Constantino II se quedó con la prefectura de las Galias; Constante con Italia, África y la diócesis macedónica; y Constancio con la prefectura de Oriente y la diócesis de Tracia. En el 340 Constantino inició la conquista de Italia contra su hermano, pero encontró la muerte en Aquileya. Constante se mantuvo en el poder hasta la usurpación de Magnencio, el dieciocho de enero del 350. A la muerte de Magnencio, Constancio se convirtió en emperador único.

tras que casi han perecido desde que se ocupa de aquellos otros, ¿acaso no es signo evidente de aquella alianza a la que me refiero? Parece, en efecto, que Dios, como en un enorme despliegue bélico, hubiese desplazado las tropas enemigas para ayudar al príncipe y en auxilio del ala que se encontraba en apuros[98].

b **28** ¿Me vais a condonar ya el resto de la deuda, o aún no os parezco haber pagado lo suficiente? Me parece que, en realidad, no habéis tenido paciencia ni interés para soportar un recuento minucioso de mis palabras, como se hace con el dinero encima de la mesa, sino que lo habéis aferrado por las buenas y de una sola vez. Es lógico, por lo tanto, que desconfiéis de que haya saldado toda mi deuda. He aludido, por ejemplo, a su diligencia y a su resistencia física[99], pero lo he hecho brevemente. Aunque quisiera demorarme y recrearme en este punto, estas breves palabras os pueden re-
c sultar grandes y dignas. En medio de las fatigas el cuerpo del emperador es más duro que el diamante. ¡Tanta es la facilidad y la soltura con que lo mortifica en la privación, lo aflige con la sed, lo estimula en la acampada, lo expone al mal tiempo y lo somete al bochorno! El célebre Alejandro derrotó a Darío, pero fue vencido por el río Cidno, que fluía gélido y transparente, y soportó a menudo muchos y terribles dolores por aquella flaqueza, hasta el punto de que en verano llevaba nieve consigo y formaban parte de su equi-

[98] La providencia ha permitido a Constancio atender las rebeliones de Occidente tranquilizando el frente persa.

[99] Platón, *Alcibíades* I 122c. En la conclusión el orador retoma el motivo de la deuda no saldada y se demora en alguno de los tópicos convencionales del *basilikòs lógos,* como, en este caso, el de la resistencia física. De este tratamiento secundario se deduce el escaso interés que tenía a sus ojos esta preceptiva. Cf. introducción general.

pación contra los indios el hielo y las neveras[100]. Nuestro d
príncipe, en cambio, no porfía con las estaciones; también se pliega a Dios en este aspecto, pues para nada transige más de lo que conviene con todos los alivios naturales e inmediatos que la misma estación proporciona contra sus propios rigores.

29 Pero sabéis bien, distinguidos senadores, que basta con que una sola vez le permitamos al discurso cumplir con el
ritual y extenderse[101], para que nos lleve lejos. Hay que es- 40a
tampar, pues, un sello final en nuestras palabras, como el sello brillante y original que el propio emperador acaba de estampar no hace mucho[102]. Hasta tal punto es él el verdadero filósofo que incluso convierte en filósofo al que comparte con él el poder, no por la cercanía familiar, sino por el parentesco en la virtud[103]. Ya no tenemos necesidad de suplicar, como hacía el sapientísimo Platón, que por el bien del género humano la filosofía y la realeza avancen por el mismo camino[104] y que jamás rompan ni se separen. Podemos, por el contrario, gozar y saciarnos de este espectáculo que nunca cansa.

[100] Plutarco, *Alejandro* 19.

[101] Temistio puede estar refiriéndose con el término *leitourgeîn,* tomado del ceremonial religioso, a la minuciosa preceptiva del panegírico imperial.

[102] Al final de su discurso dirigido al Senado.

[103] Juliano, que fue nombrado césar el seis de noviembre del 355. Cf. Amiano Marcelino, XV 8, 12.

[104] Cf. II 34b.

III

DISCURSO DE EMBAJADA PRONUNCIADO EN ROMA EN NOMBRE DE CONSTANTINOPLA

INTRODUCCIÓN

El *Discurso* III es cronológicamente posterior al IV. Aunque se desconoce su datación exacta, sí sabemos con certeza que se pronunció en Roma durante la visita de Constancio II a esta ciudad, que tuvo lugar entre los días 28 de abril y 29 de mayo del 357. Con este panegírico el orador venía a compensar su anterior renuncia a intervenir en nombre del Senado de Constantinopla en la inauguración del consulado de Constancio y Juliano, que se había celebrado en Milán a comienzos de año. El *Discurso* IV justificaba precisamente la ausencia del orador en aquel acto por motivos de climatología[1]. Dado que Temistio está encabezando una embajada senatorial, puede considerarse que este panegírico es su primer discurso oficial como representante de la ciudad. De hecho, el propio orador hace coincidir con esta embajada a Roma el comienzo de su *prostasía* o «posición

[1] Sobre estas circunstancias, *vid.* introducción al *Disc.* IV. Para la visita de Constancio a Roma, que despertó evidentes recelos en Constantinopla y en la que no faltaron, además de los encuentros oficiales, visitas a los monumentos de la ciudad en compañía de Hormisdas, el príncipe persa que había buscado su protección, cf. AMIANO MARCELINO, XVI 10, 1 ss.

de influencia» en la capital de Oriente[2], que quizá haya que relacionar con el éxito diplomático que va a seguir a este *Discurso* III: la restitución de la asignación de trigo a la ciudad del Bósforo en unas circunstancias, tras la derrota de Magnencio, en las que el emperador estaba particulamente volcado con Roma, que lo había apoyado sin reservas contra el usurpador.

En este contexto de reclamar la atención del monarca ha de explicarse la reivindicación de Constantinopla, la «nueva Roma» (equiparable por primera vez en dignidad a la ciudad del Tíber, aunque subordinada aún jerárquicamente), así como de los vínculos de aquella ciudad con la familia de Constantino, todo ello dentro de una argumentación comparativa entre ciudades que remonta al tradicional «discurso embajada» de época helenística[3]. Parece indiscutible, por lo tanto, que Temistio realizó efectivamente este viaje, aunque no falta quien lo ponga en duda[4]. El motivo oficial de la embajada era la ofrenda al emperador en nombre del Senado de Constantinopla del *aurum oblaticium,* según el ceremonial del *aduentus* imperial, que incluía además la entrega del *aurum coronarium*[5]. Habrá que esperar al reinado de Graciano para que el orador, de nuevo en Occidente, vuelva a dirigirse a los senadores romanos[6].

[2] XXXIV 12. Para el significado de la *prostasía* y de todo este pasaje biográfico remitimos a la introducción general.

[3] Cf. C. W. Wooten, «The Ambassador's Speech: a particularly Hellenistic Genre of Oratory», *Quarterly Journal of Speech* 59 (1973), 209-12.

[4] H. Scholze, *De temporibus...*, págs. 13-20.

[5] S. MacCormack, *Art and Ceremony...*, págs. 39-45. *Vid. infra* III 41a y nota.

[6] Cf. *Disc.* XIII.

SINOPSIS

1. Ninguna ciudad puede tributar un agradecimiento a la altura del príncipe. La propia ciudad de Constantinopla es la única ofrenda digna de Constancio.
2. Recursos para dignificar la ofrenda: pronunciar el discurso en Roma y recurrir a los oficios de un filósofo.

3-4. Roma como escenario del discurso. Relación jerárquica entre las dos capitales.

5-6. Vínculos históricos entre Roma y Constantinopla: la guerra contra Mitrídates, la reciente derrota de los usurpadores.

7-8. Constancio y los respectivos fundadores: Constancio y Rómulo; Constancio y Constantino.

9-10. El filósofo, testigo fiel de la virtud, garantiza la dignidad del encomio. Las hazañas dignas de su elogio: la unificación del imperio, la derrota de Vetranio.

11. Constancio es el monarca ideal de Platón y da protección a la filosofía.

12-14. Conclusión. El orador reclama el favor para Constantinopla. Padre e hijo compiten en su embellecimiento. La providencia confirma la tutela de Constancio.

DISCURSO DE EMBAJADA PRONUNCIADO EN ROMA EN NOMBRE DE CONSTANTINOPLA

1 Ninguna ciudad tiene a su alcance, divino emperador, 40c
encontrar una corona o cualquier otra muestra de agradecimiento por tu virtud que sean dignas de ti: resulta inevitable que se queden muy por debajo de tus merecimientos quienes intentan tributarte un pago que esté a la altura de los beneficios que disfrutan. No obstante, para la ciudad que lleva el nombre de tu padre, más tuya en realidad que de tu padre[1], es una empresa absolutamente irrealizable, pues aunque, transformándola en coronas, presentásemos ante ti toda la riqueza que atesora, nos faltarían recursos para resarcirte
por tu virtud[2], y le restituiríamos a nuestro benefactor un d

[1] Esta prioridad de Constancio sobre el propio Constantino, fundador de la ciudad, debe entenderse a la luz de III 47d, donde Constancio se nos presenta como «hermano» de la ciudad y particularmente empeñado en su crecimiento y embellecimiento.

[2] Pasaje que Downey considera corrupto. Maisano acepta la conjetura de Döhner: *tò aristeîon* por *tèn aretèn,* con lo que traduce «con i nostri mezzi non riusciremmo a mettere insieme l'ammontare del premio che ti e destinato». Creemos que puede entenderse el texto tal como nos lo transmite el *Ambrosiano:* Temistio recurre al artificio retórico de presentar la virtud del monarca en términos cuantificables.

parte insignificante de lo recibido. Del mismo modo que a
los que tienen deudas cuantiosas y considerables, y las sal-
dan en pequeñas cantidades, no se les alaba por lo que pa-
gan, sino que se les recrimina por lo que deben, es inevita-
ble que cualquier muestra de gratitud por nuestra parte tan
sólo se considere una porción mínima de lo que adeudamos.
41a Y no es de extrañar, por otro lado, que nuestra ciudad sea la
única que no dispone de una ofrenda que esté a la altura de-
bida, ya que es ella misma en su conjunto la corona y la
ofrenda que te corresponden[3]. ¿Por qué iba a preocuparse
entonces de buscar afuera el modo de agradecerte su hermo-
sura y su grandeza? Con ser cual es, honra a quien la ha he-
cho. Aun así, es de justicia admirar a la bella ciudad porque,
a pesar de lo arduo de la empresa, ha encontrado la manera
de no evidenciar que está por debajo de lo exigido.

b **2** Siendo dos, en efecto, los medios de que se valen los
hombres para dignificar y engrandecer sus muestras de gra-
titud, el primero convertir en testigos de su pago a cuantos
le sea posible, y el segundo no dar la impresión de estar

[3] El pasaje es oscuro y, a primera vista, contradictorio: ni Constantinopla ni ninguna otra ciudad tienen a su alcance presentarle al emperador una «corona» *(stéphanon)* o una «muestra de agradecimiento» *(charistérion)* dignos de la virtud del homenajeado; pero, por otro lado, se afirma que Constantinopla es la única ciudad que no dispone de una «ofrenda» *(anáthema)* de la altura debida. La razón aducida es que ella en su conjunto es, en definitiva, la «corona» y la «ofrenda» que le corresponden al monarca. La contradicción se resuelve si se considera que Temistio se está refiriendo a dos cuestiones diferentes: la «corona» no es sino el *aurum coronarium* que, como señala Maisano (cf. nota *ad loc.),* pagaban los curiales al emperador en las grandes solemnidades (cf. *Codex Theodosianus* XII 13, 1-6); la «ofrenda» es, en cambio, el *aurum oblaticium,* cuya donación correspondía al Senado, en esta ocasión representado por el propio orador en nombre de la ciudad de Constantinopla. En este sentido se explica la hipérbole de que la capital de Oriente es la única «corona» y la única «ofrenda» que le corresponden al emperador.

adulando, sino de actuar por iniciativa propia (aquél au-
menta la repercusión del acto, y éste evita las suspicacias
sobre el agradecimento), nuestra ciudad ha procurado aten-
der ambas exigencias con sus disposiciones para la ocasión:
emplaza su pago en la atalaya del mundo[4] y recurre a los
servicios de un varón que ha de resultar necesariamente ve-
raz[5]; y ambas cosas no las hace de cualquier manera, sino c
del mejor modo posible.

3 Observa en primer lugar, divino emperador, cómo la
ciudad ha encontrado la ocasión adecuada para su ofrenda,
pues no anuncia su corona en Olimpia o en Delfos, ni con-
voca a los griegos a las Panateneas o a las Dionisias (como
hicieron los antiguos atenienses para adular a sus señores
macedonios)[6]: es en la reina de las ciudades donde corona a
quien reina sobre los hombres la que por vuestra causa reina d
en segundo lugar[7]. Con ello convierte a esta ciudad en testi-
go de su pago, la única más augusta que la que rinde el ho-
menaje, y lo emplaza, por otro lado, en un escenario más
ilustre y a la altura de la corona y de la proclamación. Al
igual que la Tetis de Homero no considera oportuno remi-
tirle a Zeus noticias de su hijo mientras aquél está de viaje
hacia el Océano, pero cuando regresa ya al cielo, o mejor
dicho, a la cumbre del cielo[8], le dirige súplicas y lo encuen-
tra receptivo, la bella ciudad prefiere no importunar a su 42a
Zeus particular mientras se ocupa de fortificar las tierras ve-

[4] Roma.

[5] Por ser filósofo, según la concepción temistiana.

[6] Alusión a la corona ofrecida por los atenieneses a Demetrio Poliorcetes: cf. S. MACCORMACK, *Art and Ceremony...*, pág. 40.

[7] Constancio recibe la corona que le ofrece Constantinopla, la segunda reina, en Roma, la única ciudad, como se dice a continuación, «más augusta que la que rinde el homenaje».

[8] *Ilíada* I 423 ss.

cinas al Océano[9], pero cuando regresa al Olimpo y se sienta «en lo más alto de la cima»[10], le implora, le rinde homenaje e intenta participar en la fiesta que juntos celebran el cielo y el dios[11], reflejando el uno el brillo que el otro irradia. Gracias a nuestra ciudad la fiesta ya está completa, pues con
b ella se suma y se une a los alegres participantes aquélla que comparte tanto su fortuna como su nombre, y de tres coros perfectos surge el más perfecto de los coros[12]. Cantan las reinas al unísono, entona el corifeo y aclaman toda la tierra y el mar. El himno llena de armonía a todos los pueblos de Oriente y a todas las naciones de Occidente, y las victorias, que con el sol se levantan y al sol acompañan brillantes en su curso hasta Occidente, descienden con el príncipe hasta la ciudad que es madre de los triunfos[13]. ¿Os parece seme-
c jante este coro al que el famoso Dédalo, según cuenta Homero, construyó en Cnosos para Ariadna[14]? ¿No es superior el artífice de este coro, y superior también su resultado?

[9] Las tierras bañadas por el Atlántico, según el uso tardío de «Océano» en referencia al Mar Exterior frente al Mediterráneo. Según Zósimo (III 1, 1) y Amiano (XVI 11 ss.), Constancio se embarcó en una campaña contra los alamanes en el 356, inmediatamente antes de su visita a Roma.

[10] *Ilíada* I 498.

[11] Roma es el cielo en el que Constancio, Zeus, celebra su fiesta.

[12] Constantinopla, que se incorpora a la celebración del dios y de su cielo, Constancio y Roma, comparte la fortuna y el nombre de Roma en cuanto capital y, como se dice más adelante, en cuanto «nueva Roma». Los tres coros parecen ser, si nos atenemos a lo que sigue, Roma, Constantinopla y el resto del imperio («toda la tierra y el mar»), mientras que el corifeo se identifica con el propio orador que entona «el himno».

[13] Las victorias de Constancio recorren el camino del sol: se inician en Oriente (persas) y a través de todo el imperio llegan hasta Roma (derrota de los alamanes y de los usurpadores), ciudad que recibe el título honorífico de «madre de los triunfos».

[14] *Ilíada* XVIII 590 ss.

4 Podéis sentiros orgullosos en la presente situación, tú ante el hogar de la realeza, y la nueva Roma ante la antigua; tú de la ciudad que te tiene cautivado, y ella del monarca que la colma de atenciones. O mejor aún: podéis comprender, si lo sometéis a vuestra consideración, tú, la grandeza de la ciudad que es inferior a la que te pertenece; y la ciudad, la grandeza de la que la aventaja[15]. Ella no se avergüenza, por otra parte, de ocupar el segundo puesto en vez del primero, ni se irrita o se molesta porque anticipes aquí el triunfo por los premios y trofeos para los que te ha prestado su apoyo y d
su ánimo[16].

5 Ambas ciudades tienen otras muchas cosas en común[17]. Y no me refiero a las antiguas alianzas ni a todas las empresas en las que cooperó y colaboró con esta ciudad en el momento en que estableció su imperio (cuando navegó al lado de Pompeyo y contribuyó a la caída de Mitrídates aportando siempre la sección más experimentada de la flota, 43a
empresas de las que conserva todavía hoy trofeos e inscripciones en común con los romanos[18]), sino a todas las nuevas y recientes muestras de afecto que ha dado por ti y por tu padre. Me voy a referir mejor tan sólo a éstas.

6 Cuando tuvo lugar aquella sublevación bárbara y el Imperio romano se tambaleaba «a merced», por así decirlo, «de un tremendo oleaje»[19], y la herencia de Constantino co-

[15] Constancio comprenderá la grandeza de Constantinopla, inferior a Roma, y ella, Constantinopla, la grandeza de Roma, que se encuentra por encima.

[16] Por la vía de la negación Temistio expresa el recelo de Constantinopla que constituye el auténtico motivo del discurso.

[17] El rastreo de los vínculos históricos entre dos ciudades es uno de los tópicos característicos del discurso de embajada. Cf. C.W. Wooten, «The Ambassador's Speech...», pág. 210.

[18] Cf. Apiano, *Guerras civiles* XII 16; Casio Dión, XXXII 3.

[19] Platón, *Leyes* 758a.

rría el peligro de caer en manos de un demonio bárbaro y criminal[20], sólo el destino afortunado de aquella ciudad lo-
b gró salvar el rescoldo de la estirpe y lo envió en auxilio del antiguo hogar de los Enéadas. Gracias a nuestro fundador ni los germanos ni los yázigues[21] gozan del fruto de las fatigas de los antiguos romanos, y el venerable y grandioso nombre de Roma ni es objeto de escarnio general, ni ha prescrito, ni ha pasado a manos de sucesores bastardos y de falso cuño, sino que retorna a la sangre genuina y pura de sus soberanos
c y se mantiene limpio e inmaculado. Partiendo de nuestra ciudad y del monumento a su padre que se encuentra entre nosotros, este legítimo soberano ha dado su merecido a un hombre que había ultrajado a este pueblo, diezmado al Senado y colmado de crímenes sangrientos la limpia corriente del Tíber.

7 Si los romanos de antaño consideraron a Camilo su segundo fundador[22] por salvar lo que había quedado tras el ataque de los celtas, ¿cómo no te van a considerar los de hoy a ti, anteponiéndote al propio Rómulo, como su fundador, si aun pudiendo haberte mantenido en indolente paz
d tras duplicar tu parte del imperio[23], no has apartado la mirada ni te has desentendido de la libertad de la ciudad, sino que has posado sobre ella tu mano invencible? Gracias a

[20] Magnencio, cuya derrota, para bien de Roma, se hace partir de Constantinopla.

[21] Esta tribu bárbara, mencionada junto con los germanos para subrayar la condición bárbara de Magnencio, era de origen sármata y, tras numerosos combates con los romanos, terminó estableciéndose a orillas del Danubio.

[22] *M. Furius Camillus,* conquistador de Veyes y libertador de Roma de manos de los galos. Cf. TITO LIVIO, V 19, 2 ss. El mismo Livio lo califica de *parens patriae conditorque alter Urbis* (VII 1, 10)

[23] Tras la muerte de Constante podría haber reconocido a Magnencio como colega de Occidente. Cf. IV 62b.

ella puede uno dirigirse al soberano de los romanos sin faltar a la verdad cuando escribe y pronuncia aquellos nombres venerables y antiguos de «césar», «emperador», y, a menudo, «cónsul» y «padre del Senado». De no ser así, todos ellos resultarían completamente hueros y caducos, y no pasarían de ser motivo de llanto para los nostálgicos.

8 Luego si en las amistades entre particulares es indicio de un gran afecto tener los mismos amigos y los mismos enemigos, ¿cuánto más necesario no va a ser que vivan en 44a
mutua concordia aquellas ciudades contra las que el tirano conspira antes que contra las otras, y a las que el príncipe auxilia antes que a las demás? Sin embargo, mientras que el hijo ha ofrecido semejantes signos y muestras de su afecto, los de su padre son inferiores y de menor entidad. ¿O sólo es inverso el orden de sus acciones, sin que los resultados se diferencien sustancialmente? Éste, efectivamente, se aprestó a la fundación de la bella ciudad después de liberar primero b
a la vuestra de una tiranía semejante y casi homónima, mientras que aquél le ha devuelto a ésta la libertad después de entregarle a aquélla todo lo que precisaba, o mejor dicho, todo lo que su padre tenía ya previsto, de modo que ambos han completado un único ciclo de beneficios para ambas ciudades, o mejor aún, han sido las dos ciudades las que se han agasajado mutuamente: la una, después de su liberación, con un fundador, y la otra, tras su fundación, con un salvador[24].

[24] Constantino fundará Constantinopla después de la derrota de Majencio en las proximidades de Roma, en el Puente Milvio. Constancio ha liberado a Roma de Magnencio, fonéticamente similar a «Majencio», tras el embellecimiento de Constantinopla. La fundación de ésta se plantea, por otro lado, como un *synoikismós,* por tratarse de una refundación del primitivo Bizancio. El paralelismo entre Majencio y Magnencio fuerza el anacronismo de obviar a Licinio, cuya derrota en el 324 es el paso previo

9 ¡Qué escenario tan brillante, tan propicio y tan digno de sí ha encontrado la bella ciudad para la coronación! Pero no dejes de reparar, príncipe, en el heraldo al que le ha en-
c cargado pronunciar la alocución, a ver si también por este motivo te resulta más digno de estima nuestro gesto de agradecimiento. Buscando, en efecto, al que más pudiera complacerte, no ha dado con un orador experto ni altivo, grandilocuente y capaz de declamar sin esforzarse ni tomar aliento[25]. Si ha encontrado lo que pretendía no me corresponde a mí decirlo, pero, en cualquier caso, ha elegido y buscado a un filósofo, y ha estimado que éste es el ministro más apropiado y conveniente para honrar a un monarca bueno y filósofo
d a su vez. Permíteme decir, divino emperador, que ésta es la primera vez que se presenta[26] un testigo de la virtud que es libre y está fuera de toda sospecha, alguien a quien es imposible no ya encontrar culpable de falso testimonio, sino ni siquiera acusarlo de regalar elogios inapropiados por codicia
45a o ambición, alguien que está en posesión de un título que prescribe no pronunciar la menor frase de la que no sea capaz de responder en todo momento. Precisamente por ello está obligado a dar testimonio tan sólo de lo que admira y conoce, mientras que la mayor parte de los oradores, en su afán de complacer, tornan sospechosa incluso la realidad. ¿Qué es entonces lo que conoce y admira? No se trata de la extensión del imperio, pues Nerón no gobernó uno menor; ni del hecho de que poseas un trono de oro y soldados, pues en ese caso admiraría también a Midas y a Cambises; ni de

para la fundación de la nueva capital de Oriente, que no se inaugura oficialmente hasta el día once de mayo del 330.

[25] El tema del orador-filósofo se introduce en alusión polémica al orador-sofista.

[26] Toda la fraseología que sigue remonta al arranque del *Discurso* I (I 1a ss.), a veces literamente.

que aciertes con tus flechas en el blanco[27]; ni de que te solaces con matanzas de leones y leopardos. ¿Qúe es entonces lo que ha de admirar? ¿Qué es lo que dice el veredicto de la filosofía? Pues que vences con tu mansedumbre, que vives b
con más moderación que los más mesurados ciudadanos, que tienes la máxima estima por la cultura[28], que sigues los pasos de la filosofía. En esto consiste tu poder, tu ejército, tus guardianes y tus lanceros: los que te han protegido de daños a ti solo entre tus hermanos, y con los que has dado su merecido a quienes te ultrajaron. Con estos efectivos has plantado batalla al mayor de los dos[29]. Con ellos has alcanzado tu incruenta victoria.

10 He visto, príncipe, la tribuna en la que, dirigiéndote a c
la tropa, hiciste prisionero al que deliraba con la púrpura. He visto este trofeo que te pertenece por derecho, pues no te ayudaron a levantarlo ni el hoplita ni el caballero ni el arquero, sino que tus soldados se limitaron a ser testigos sin participar en la lucha. Los que alaban otras cosas no admiran tu persona, sino tus posesiones: los deja hechizados el vestíbulo del templo y no quieren contemplar las estatuas del interior. Por el contrario, el que está capacitado para identificar al verdadero rey es aquel a quien no turba ni dis- d
trae nada de lo que hay afuera. De ahí que no oculte su juicio ni disfrace su discurso ni alabe la realeza sin atreverse a alabar al que reina: se sube a lo alto de esta tribuna, se planta en medio de los hombres y no renuncia a celebrarte con más franqueza que Jenofonte a Agesilao, Alejandro a Aristóteles y, en fin, aquel seguidor de Zenón al que era a la

[27] *Ilíada* IV 185, VIII 84.

[28] Literalmente, por la *paideía,* en el amplio sentido con que la entendía un heleno del siglo IV.

[29] Vetranio. Sobre los pormenores de su revuelta cf. II 37a-c y nota.

46a sazón rey[30]. El filósofo, en efecto, no se avergüenza del elogio, sino de la adulación, y no se niega a dar testimonio de la verdadera virtud, sino a lisonjear la maldad. Y el caso es que a ti, príncipe, el sabio Platón te ha celebrado antes que yo. Y para que no creas que te estoy halagando, voy a citarte sus palabras sin alterarlas en nada. Dice, en efecto, que «la vida será espléndida y plenamente feliz cuando surja un rey joven, temperante, dotado de buena memoria, valiente, generoso y despierto»[31].

b **11** ¿Te parece que es peor profeta que la Sibila de Eritrea o que su mántica necesita acaso que un Bacis o un Anfilito[32] nos indique en cuál de los antiguos monarcas se manifestó en todo su brillo esta serie de adjetivos hermosos y admirables? Hallaremos, en efecto, que cada emperador puede reivindicar quizá alguno de los calificativos, pero que, al no serle de aplicación los otros, se le priva incluso del que resulta adecuado. Sin embargo, en tu caso, divina cabeza, Platón ha logrado dar con el modelo perfecto esbozando,
c por así decirlo, un preciso diseño de tu figura. No obstante, aunque nada de lo dicho fuera cierto salvo tu pasión por la filosofía, a la que hiciste volver y regresar para convertirla en objeto de envidia y admiración cuando ya había abandonado a los hombres, como dicen los poetas de la Justicia[33], yo no habría vacilado a la hora dar este testimonio. Así que ahora recibes de un filósofo un discurso, y la filosofía de ti

[30] Esfero del Bósforo, discípulo de Zenón y de Cleantes que, según noticia de DIÓGENES LAERCIO (VII 177), marchó a la corte de Ptolomeo Filópator, a quien dedicó un encomio para desmentir la acusación que le hacía Mnesístrato de haber negado la realeza del monarca.

[31] *Leyes* 709e ss. Este pasaje sobre el monarca ideal reaparece a menudo en los siguientes discursos. Cf. IV 62a; VIII 105b, 119d; XVII 215b.

[32] Cf. nota a II 26 a.

[33] ARATO, *Fenómenos* 96 ss.; HESÍODO, *Trabajos y días* 197 ss.

la verdad: las gracias por los elogios debes dárselas a ella, porque no miente.

12 Se podría decir mucho más, príncipe, de la clase de d
ciudad que compite en afecto hacia ti y de su capacidad para procurarte un agradecimiento de altura adecuada, pero la ocasión no lo permite. Éstas son, sin embargo, las dos razones por las que comparecemos ante ti: una, recordar en primer lugar lo que hemos recibido de ti; otra, solicitar no que aumentes tus dádivas, pues sería completamente imposible, sino que las confirmes. De hecho, los beneficios que ha re- 47a
cibido de ti se pueden resumir diciendo lo siguiente: cuando casi todos los hombres creían que, a la vez que tu padre, iba a extinguirse la dicha de la ciudad, tú no lo has permitido ni tolerado, y ni siquiera has dejado que se percatara del cambio; más bien has procurado, a fuer de ser sinceros, que fuera muy consciente de su mejora, pues no sólo has velado por la conservación de la herencia de tu padre, sino que la has multiplicado y acrecentado. No te has conformado con ser el dueño su herencia, sino que añades tu propia contribución b
y rivalizas en sana porfía[34] con el fundador para ver cuál de los dos se destaca como benefactor. De este modo, un príncipe compite con otro príncipe, y el hijo con su padre. En una discordia semejante se vieron envueltos en cierta ocasión dos dioses que se disputaban el Ática, Atenea y Posidón[35], el uno acercando el agua del mar, y la otra haciendo brotar la rama de olivo. El premio a vuestra noble compe-

[34] HESÍODO, *Trabajos y días* 11 ss.

[35] Una discordia positiva, en el sentido hesiódico, en tanto que beneficiosa para una gran ciudad como Atenas. En esta disputa, los doce dioses elegidos como árbitros mostraron su preferencia por el olivo y concedieron a Atenea la soberanía del Ática. El regalo de Posidón consistió en hacer surgir con un golpe de tridente un lago salado en la Acrópolis. Cf. HERÓDOTO, VII 55.

tencia es la ciudad completa, aunque, de hecho, resulta difí-
c cil resolver a quién le corresponde en mayor justicia, si al que arrojó las semillas o al que la ha cultivado y llevado hasta su madurez. Pero sea cual sea el vencedor, el perdedor se queda satisfecho, lo que equivale a decir que tu padre se queda satisfecho, pues ésta es la victoria que conviene a la ciudad[36].

13 Ésta es la verdad: tu ciudad se diferencia de la de tu padre más que ésta de la antigua, y ha pasado a adquirir una belleza verdadera y estable en lugar de la falsa y efímera que antes tenía. Antes, al parecer, pretendía encantar y saciar la mirada de un amante ardiente y apasionado, con lo que su brillo resultaba caduco. Pero el ornato del que tú la has dotado, sumado a su belleza, la deja lista para perdurar,
d y a la vez que vence en gracia a lo efímero, supera en solidez a lo antiguo. Cuando, recién llegada del parto y necesitada aún de pañales, se ve privada de su padre, su noble hermano mayor la toma a su cargo como a una hermana tierna y delicada. De inmediato has resuelto aplicarle los
48a cuidados correspondientes, te has ocupado de su lactancia y de su alimentación y la has hecho bella y grande en su totalidad, digna del amor de Dios y del príncipe. En consecuencia, si antes se acataba la investidura de la dignidad senatorial sólo por obligación y esta dignidad no parecía diferenciarse para nada de un castigo, ahora acuden de todas partes de modo voluntario y espontáneo[37]. Por entonces se les compraba con abundante tierra y dinero y se empleaba el señuelo de los regalos para que fijasen su residencia en la ciudad; ahora, en cambio, se complacen con los impuestos

[36] Constantino pierde gustoso ante su hijo Constancio por suponer la victoria de éste el máximo beneficio para la ciudad.

[37] Temistio alude a su polémica tarea de reclutamiento de miembros para el Senado. Cf. introducción general, cap. 1.

hasta el punto de pagar de su propio bolsillo una contribución adicional.

14 La explicación de todo esto es que has atendido al b
sabio Platón y has considerado mayor atadura el deseo que la necesidad[38]. Por ello, mandando a paseo el miedo, encadenas a sus habitantes con el amor y el deseo, pues desde que, modelada y nutrida por ti, ha crecido y prosperado hasta la sazón y lozanía apropiadas ¡qué grande es el deseo que derrama!, ¡cómo florece el cinturón de Afrodita![39], ¡de qué modo danzan a su alrededor los Amores como ante una acogedora morada para la fiesta![40]. Al confluir en un solo c
lugar todos los bienes dispuestos por el dispensador de la felicidad humana, cada cual tiene a su alcance lo que en mayor medida lo cautiva. Y así, la ciudad resulta digna no sólo de esta prodigalidad tuya, sino de una aún mayor, ya que parece evidente que Dios la rige y que recompensa con un justo salario a quienes interpretan sus designios. ¿Qué tengo por prueba de esto? Que el único de los hermanos que se ha preocupado por ella es, de entre todos, el heredero único del reino[41].

[38] Platón, *Crátilo* 403c.

[39] *Ilíada* XIV 214. Se trata del cinturón mágico que prestó a Hera para lograr seducir a Zeus. Cf. *Disc*. VI 84a, XVI 209b, XVIII 218c.

[40] Esta expresión puede entenderse a la luz de IV 58a, donde Temistio asegura que en la ciudad reina siempre la fiesta por la acumulación de buenas noticias.

[41] Constancio. Cf. II 38d y nota.

IV

«AL EMPERADOR CONSTANCIO» O «EL AMIGO DE LA CIUDAD»

INTRODUCCIÓN

A su regreso de un viaje a Antioquía, y al poco tiempo de la muerte de su hijo, Temistio recibe del Senado el encargo de pronunciar en Milán un panegírico el día uno de enero del 357 por el inicio del consulado de Constancio II y Juliano. El orador renuncia, sin embargo, a emprender el viaje y escribe este discurso para ser pronunciado en el Senado de Constantinopla[1], aunque es probable que se enviara una copia a Milán[2]. El *Discurso* III, compuesto con posterioridad, será pronunciado en Roma pocos meses después en misión diplomática[3].

Temistio comienza con una larga introducción sobre las consecuencias funestas que habría tenido para su salud el viaje a Italia, en la que argumenta que lo decisivo a la hora de celebrar las solemnidades es la actitud mental y no la presencia física. Se deduce de ello que el orador no estuvo nunca enfermo, sino que recurrió a la posibilidad enfermar para justificar su ausencia[4]. El resto del discurso se centra

[1] IV 53a-54a.

[2] J. VANDERSPOEL, *Themistius...*, pág. 96.

[3] Cf. introducción al *Disc.* III.

[4] Así lo interpretan J. VANDERSPOEL, *Themistius...*, pág. 97, y H. SCHOLZE, *De temporibus...*, pág. 14. Creen que Temistio estaba real-

en la relación de Constancio con Constantinopla, ciudad que no recibía una visita del emperador desde el año 350 y que veía con preocupación cómo el monarca emprendía, sin embargo, un viaje a Roma después de sus campañas en Occidente. Temistio prentende, por lo tanto, dos objetivos con su alocución: responder a los senadores que le habían encomendado la misión y llamar la atención de Constancio sobre la relativa postergación de Constantinopla.

El manuscrito Ψ es el único que nos ha conservado una nota preliminar conocida como *Philopolis*. Tanto Schenkl, su descubridor, como Seeck, entendieron que se trataba del resumen de un panegírico perdido en honor de Juliano[5]. Philippart y Dagron han demostrado, no obstante, que se trata de la *hypothesis* del *Discurso* IV[6]. Siguiendo este criterio mayoritario, nos apartamos de la edición de Downey-Norman, que lo incluye en el volumen III, entre los fragmentos y la obras de tradición árabe, y encabezamos con ella nuestra traducción.

Sobre la datación exacta no existe unanimidad entre los críticos. Scholze lo sitúa en mayo del 357: habría sido pronunciado en Constantinopla con ocasión de los *vicennalia* de Constancio[7]. De este modo, las alusiones a la crudeza del invierno habrían de interpretarse como algo perteneciente ya al pasado. Portmann interpreta el discurso como una disculpa por no encabezar la embajada encomendada, lo que lo

mente enfermo C. Gladis, *De Themistii...*, pág. 10, y E. Baret, *De Themistio...*, pág. 17. Ha de tenerse en cuenta que el invierno obligaba a Temistio a renunciar a la travesía desde Constantinopla y a lanzarse a la aventura de un arduo viaje por tierra, un viaje semejante al que se va a describir en IV 49d ss.

[5] O. Seeck, H. Schenkl, «Eine verlorene...», págs. 554-66.

[6] L. Philippart, «A propos...», págs. 269-75; G. Dagron, «L'empire...», págs. 225-29.

[7] H. Scholze, *De temporibus...*, págs. 13-25.

lleva a fecharlo a finales del 356[8]. Wirth, en una tesis escasamente aceptada, lo retrasa hasta el 358[9]. Probablemente haya que pensar con Stegemann, Dagron y Vanderspoel que el discurso se pronunció el mismo día de la mencionada celebración consular, el uno de enero, aunque en el Senado de Constantinopla[10]. Así se explican las alusiones a las solemnidades del momento, que no encajan en la datación temprana de Portmann. El exordio, que incluye la comparación con las celebraciones egipcias en honor de la diosa Sais y la descripción de las inclemencias del hipotético viaje, justifica la ausencia de Temistio en Milán y subraya, como ya hemos señalado, que lo decisivo es la presencia espiritual del orador.

SINOPSIS

1-2. Los egipcios y la Atenea de Sais. No es necesaria la asistencia física al templo para rendirle culto a la divinidad. Dios y el hombre están presentes allí donde llega su acción.

3-4. El agradecimiento a la divinidad se puede tributar desde cualquier lugar. Necesidad de que el orador practique con los reflejos antes de la contemplación directa del príncipe.

5-8. Inutilidad del ejemplo de Sais. La propia Constantinopla es el espejo y el templo del príncipe. Parentesco fraterno entre el príncipe y la ciudad. La ciudad es el escenario natural de sus celebraciones.

[8] W. Portmann, *Geschichte...*, pág. 149.

[9] G. Wirth, «Themistios...», pág. 304.

[10] W. Stegemann, «Themistios», col. 1659; G. Dagron, «L'empire...», págs. 21 y 205; J. Vanderspoel, *Themistius...*, págs. 250-51.

9-10. Desde Constantinopla Temistio evitará la enfermedad y entonará un himno semejante al que le valió la estatua de bronce. El homenaje de un filósofo torna más valioso el himno de la ciudad.
11-12. La propia ciudad, sin necesidad de portavoz y representada por su Senado, celebra los misterios de un príncipe con el que está emparentada.
13-15. El vínculo entre la ciudad y su príncipe se ratifica con la derrota de los usurpadores y los éxitos contra los germanos.
16. La ubicuidad del príncipe se confirma con la derrota del persa en su ausencia.
17-18. Constantinopla celebra de continuo los triunfos del príncipe y se beneficia de ellos.
19. Constancio elige cónsul a Juliano y estrecha su vínculo con la ciudad por medio del matrimonio. Su amor por la ciudad lo lleva a rescatar bienes del pasado: la biblioteca de la capital.
20-21. La recuperación de los autores antiguos. Superioridad de los bienes espirituales sobre los materiales.
22. Las obras de Temistio se suman al fondo de la biblioteca.
23-24. Conclusión. Repaso de las virtudes del príncipe: templanza, memoria, valor, magnanimidad. El destino de los usurpadores. Constancio es una encarnación perfecta del rey ideal de Platón.

«AL EMPERADOR CONSTANCIO» O «EL AMIGO DE LA CIUDAD»

El objeto del discurso es el que corresponde a un filósofo político, cuyo único fin es contribuir al provecho y el bien de la ciudad. Sin embargo, no hay nada mejor ni más útil que la benevolencia del soberano, la cual aumenta si se demuestra que está justificada. El autor comienza por su reciente renuncia y por las buenas razones que tiene para faltar a la celebración a la que el emperador lo ha invitado, y mientras se ocupa de demostrar que sus excusas están justificadas, va pasando lenta e inadvertidamente al tema de su discurso. No deja de lado ninguno de los recursos propios de los encomios, sino que todos los pone al servicio de su propósito. Y aunque parece que aborda empresas menores junto a otras de mayor calado (me refiero a la renovación de la biblioteca pública), si se repara en la morosidad del pasaje, en las amplificaciones y en lo elaborado del estilo, se encontrará que esta empresa no es menor que las otras, sino casi la más regia de todas.

1 Los egipcios rinden culto a la Atenea de Sais en diver- 49a
sas ocasiones, pero la veneran de un modo especial cuando celebran cada año la que llaman «fiesta de las Luminarias» [1].

[1] La *lychnokaía*. Temistio toma de Heródoto (II 58, 62) esta noticia como arranque de su discurso. Se trata de la tercera festividad nacional

b Cuando se acerca el momento de la festividad, la mayoría de los egipcios coloca sus lámparas en los botes y navega por el Nilo hasta Sais. Al llegar al templo donde se alza la estatua de la diosa, observan todos los ritos prescritos por la ley, entre ellos el de encender al raso las lámparas junto a las tiendas y en torno al recinto del templo, con lo que Sais resplandece con el fuego sagrado durante toda esa noche. Sin embargo, todos aquéllos que por enfermedad o por miedo a navegar prefirieron quedarse en casa, honran a Atenea
c en su hogar sin necesidad de llegar hasta Sais. Una vez que han calculado desde sus propias ciudades el momento en que tiene lugar la celebración, encienden las lámparas y entonan himnos y alabanzas, y precisamente por su causa dice Heródoto que la festividad se celebra no sólo en Sais, sino por todo Egipto.

2 Yo alabo sin duda a los que peregrinan piadosamente a tierras lejanas, pero no alabo menos a quienes honran a la divinidad en su hogar, no sólo porque multiplican la fiesta y la exportan, en lo que de ellos depende, a otras muchas ciu-
d dades y hombres, sino sobre todo porque la divinidad no reside sólo en su imagen, ni habita sólo en su templo, sino en cualquier lugar de la tierra y el mar al que su poder se ex-

egipcia en importancia, siempre según el historiador, y se celebra en honor de Neit, diosa guerrera originaria de Sais y asimilada a Atenea por sus atributos: una lechuza en la mano izquierda y una lanza en la derecha, tal como atestigua la numismática. En esta noche de las Luminarias o *lychnokaíai* los egipcios se reunían en la ciudad de Sais, en pleno delta del Nilo, para encender al raso sus lámparas (páteras con una mecha que sobresalía de una mezcla de sal y aceite) y disponerlas en círculo durante toda la noche en torno a sus casas. El interés de Temistio reside, no obstante, en que, según el relato de Heródoto, la ceremonia se realizaba simultáneamente en todo el país, por lo que no era necesario asistir a la fiesta mayor de Sais.

tienda y alcance[2]. Luego si compartís mi punto de vista (y de hecho lo compartís, pues en caso contrario no estaríais alabando lo acertado de mis palabras), convendréis igualmente conmigo que un hombre que fuera consecuente con él, aunque tuviera la posibilidad de subirse a un carro alto de cuatro ruedas[3], enganchar una y otra vez mulas diferentes, o mejor aún, recuas de mulas de tiro y de refresco[4], y 50a
viajar por tierra de los tracios, de los peones de Iliria y de todos los pueblos que se encuentran en el camino hacia Italia, en vilo constante los días y las noches, aunque sin poder «observar las Pléyades y Bootes, que se pone tarde», como hacía Odiseo en su balsa[5] (pues en esas regiones las nubes no permiten a los hombres contemplar las estrellas), golpeado por los hielos, los vientos y las nieves, y «con las manos b
y los pies envueltos con tiras de fieltro y de piel de oveja»[6], sin que un solo timonel fije el rumbo de su nave, sino con mil carreteros dando estrafalarias voces para arrear a las bestias aguijando y haciendo restallar sus látigos para no quedar atrapados en los barrizales, hasta alcanzar por fin a duras penas el emplazamiento del templo, donde, nada más llegar, habría de entonar himnos en honor del dios y dar comienzo a los sacrificios, un hombre en estas circunstan- c

[2] Con esta afirmación Temistio se enfrenta a la teúrgia practicada por sus contemporáneos y se sitúa próximo al pensamiento de Porfirio de Tiro. Cf. I 8b y nota.

[3] Según la imagen homérica. Cf. *Odisea* VI 58.

[4] Se oponen aquí las bestias que tiran uncidas del carro, *zýgioi*, situadas en el centro, a las que marchan en los laterales libres de yugo, *parášeiroi*.

[5] *Odisea* V 272.

[6] PLATÓN, *Banquete* 220b.

cias sería incapaz de hacer nada de esto: probablemente se echaría en su litera tembloroso, desfallecido y rogándole a los médicos que le administraran remedios eficaces con los que expulsar el frío de sus miembros. Luego si alguien, aun pudiendo soportar estas penalidades, ha preferido quedarse en casa y complacer y conciliarse a los dioses en su tierra con las ofrendas que estuvieran a su alcance, sin tener el cuerpo quebrantado por el frío ni el alma embotada por el aturdimiento, sino con aquél sano y dispuesto, y con ésta limpia
d y estimulada por el estudio, ¿os parece que este hombre es menos piadoso y está menos versado en materias religiosas que los egipcios que encienden sus lámparas, o que está menos dotado para comprender que el poder de la divinidad no reside únicamente en la ciudad ni en el país en que es factible tocarla y estar en su presencia, y escucharla así cuando habla? Este es, de hecho, el sentir de los hombres que sólo se fían de sus ojos y creen sólo verdadero lo que se puede aferrar con las manos, aunque lo cierto es que tanto Dios como cualquier hombre está presente allí donde puede
51a ser de utilidad y dar muestras de su acción benéfica. ¿Acaso no veis que este Sol, sea cual sea la región del cielo en la que brille, gobierna directamente todas las cosas? Es cierto que su cuerpo, aunque enorme, no se extiende por todas partes, pero su poder y sus rayos sí llegan a todos los lugares, a la tierra y al mar, a las islas y al continente, a los montes y a los prados, a los ríos y a las fuentes, y alcanzan a
b todos los animales y a todas las plantas, pues a todos les mana de allí su supervivencia.

3 Quien creyera, por lo tanto, que se puede gozar de su beneficio en todas partes, pero que no en todas partes se le puede tributar el correspondiente agradecimiento, sería objeto de burla y no distaría mucho de la impiedad. Tampoco tendría en cuenta que los que sienten un enorme anhelo por

fijar sus ojos en aquel dios[7] ensayan primero en las aguas e intentan mantener sus ojos fijos en su reflejo, para no quedar deslumbrados por su auténtico fulgor y recibir así sombra en vez de luz. También yo, senadores, (y no os incomo- c
déis con mis palabras) he de ejercitarme como ellos, y practicar con las imágenes y los espejos antes de la verdadera contemplación[8]. Os diré por qué. Mis ojos son insaciables y no se conforman ni se contentan con la mera contemplación de la superficie, sino que intentan penetrar todo lo posible en el fondo de lo que contemplan. Y el caso es que cuando intentan hacerlo sin ejercicio ni adiestramiento, se quedan en las formas y en los colores[9], y son incapaces de alcanzar y aspirar a lo más hondo.

4 De la belleza de nuestro soberano, a cuya contemplación estoy siempre dispuesto y de la que he procurado cualificarme como un digno observador, bello es sin duda su brillo exterior, pero mucho más indescriptible e inefable es toda la d
lozanía y la bondad de que la ven repleta quienes fijan en ella su mirada. «Allí dentro reside», como dice Homero, «el amor» a los hombres, pero no un amor falaz ni insidioso, si-

---

[7] El Sol, que, como indica Maisano, es en el siglo IV un símbolo de la divinidad suprema igualmente válido para cristianos y paganos. Además de los precedentes del siglo III, es significativo que a partir del año 310, antes de la batalla del Puente Milvio, las monedas acuñadas por Constantino sustituyeran la imagen de Marte por la del Sol Invicto.

[8] Toda esta imaginería del Sol y de los reflejos en el agua y en los espejos, así como la del ejercicio progresivo en la contemplación hasta llegar a la intución directa de la luz suprema, procede directamente de Platón y es de gran uso entre los contemporáneos neoplatónicos de Temistio. Cf. *Fedón* 99d, *República* 516a ss. Los paralelismos léxicos con el texto del libro VII de la *República* son evidentes en la explicación del ascenso a lo inteligible en el exterior de la caverna, particularmente con *República* 518ab.

[9] PLATÓN, *República* 373b.

no el amor divino y puro del que está compuesto el término *philanthrōpía*[10]. «Allí reside el deseo» de templanza, en él habita serena la verdad, en él habita la mansedumbre, en él resplandece la justicia y en él se manifiestan otras muchas
52a bellezas venerables, sagradas y divinas. Dirigir de repente y a la ligera los ojos hacia ellas, sin haber antes limpiado y purificado convenientemente la mirada con los remedios de la filosofía, no es ni piadoso ni procedente.

5 Permitidme, no obstante, que me demore por un tiempo delante del espejo, pues sois vosotros y toda esta ciudad el espejo luminoso y radiante de aquella belleza. De hecho, quien haya contemplado este espejo como se debe tendrá avanzado mucho camino para la contemplación de la her-
b mosura verdadera. ¡Tanto resaltan y brillan por doquier los símbolos de aquél que irradia su belleza sobre cada hombre y sobre el conjunto de la ciudad: la majestad, la realeza, la nobleza y la dignidad![11]. Así pues, dado que, como dice Esquilo, «me ha venido a la boca»[12] lo que tenía que haber dicho hace ya tiempo y puesto que vengo compartiendo con vosotros desde el principio esta celebración, he de decir que

[10] Evito excepcionalmente su traducción por «humanidad» para respetar la literalidad que exige el pasaje. A continuación, Temistio juega con *Ilíada* XIV 216. El «amor» y el «deseo», los atributos homéricos de Afrodita contenidos en la cinta que desata de su pecho, herramientas de seducción incluso de los más moderados, se convierten en el «amor» a los hombres, según la etimología del término *philanthrōpía,* y en el «deseo» de templanza. Precedente platónico de esta dualidad es, sin duda, el de las dos Afroditas, la Urania y la Pandemo: cf. *Banquete* 180d-182a.

[11] Temistio se revela una vez más como hijo de su época. A pesar de su heterodoxia con respecto a las escuelas filosóficas contemporáneas, es el concepto neoplatónico de «símbolo», en tanto que impronta material de una realidad trascendente y sólo accesible al iniciado, el que le da sentido a todo el pasaje. Cf. P. Crome, *Symbol und Unzulänglichkeit der Sprache. Jamblichos, Plotin, Porphyrios, Proklos,* Múnich, 1970.

[12] Frag. 696 Mette. Cf. Platón, *República* 563c.

no me siento ausente de esta solemnidad imperial. Y resultó ridículo, por otra parte, que, al argumentar la postura de permanecer en casa, adujera el ejemplo de Sais y de los egip-
cios, cuando habría bastado con recordar que el templo de c
nuestro soberano lo constituye todo lo que tenemos aquí entre nosotros, y que los sacrificios y las palabras augurales que en él se celebran lo complacen en mayor medida que arrojarse a los pies de su manto.

6 ¿No es cierto, senadores, que ha preferido este templo por encima de cualquier otro y que continúa ocupándose de él como si fuera su hogar? A este santuario suyo llegan toda clase de ofrendas procedentes de toda la tierra. Cada año le ofrecen al príncipe sus primicias los egipcios, los jonios, los
eolios y casi todos los hombres, primicias que consisten en d
naves repletas de felicidad: los mejores productos de la naturaleza y las obras más acabadas de la técnica, procedentes de lugares diversos, se reúnen en este santuario. Se levantan en él acabadas imágenes del propio monarca, del mismo
modo que en Delfos no sólo se alza la estatua de Apolo, si- 53a
no también la de Zeus. Fueron los Anfictiones los que inicialmente descubrieron y fundaron Delfos cuando un pastor resultó poseído en el Parnaso por el espíritu mántico que manaba de la fuente Castalia[13]. Más tarde lo adquirieron los Alcmeónidas, que se habían exiliado de Atenas huyendo de los Pisistrátidas[14]. Sin embargo, el padre y artífice de este santuario es el mismo que el de nuestro soberano, pues lo ha construido el mismo que ha engendrado a éste[15].

[13] Para la noticia del pastor cf. Plutarco, *De defectu oraculorum* 433c-435d.; Diodoro Sículo XVI 26.

[14] Heródoto, V 62.

[15] Constantino, padre al mismo tiempo de Constancio y de Constantinopla. En la alegoría que se desarrolla a continuación, se presenta a Constancio como hermano de la ciudad, la cual adquiere, por otro lado, la

7 En calidad de hermano amantísimo, alberga por este templo el amor que se siente por alguien de la misma san-
b gre, y siempre encuentra nuevos caminos para acrecentar su dicha y su renombre. Él entiende y cree que todas las gentes que en él residen están consagradas a su persona, mientras que a aquéllos a los que ha elegido como ministros y sacerdotes les dispensa grandes honores y los considera dignos de compartir sus decisiones: sólo en vuestro coro el propio corego es también jefe de coro y corifeo[16], de modo que en el Senado de su padre se levanta su trono sagrado, donde no rehúsa compartir asiento con vosotros y hablar en nombre del pleno. Los demás hombres celebran en su honor los presentes misterios[17] por su dignidad regia, pero su deseo es
c que vosotros se los tributéis también en calidad de colega. Y cuando precisa celebrar los ritos de iniciación fuera del templo, como los atenienses que se encontraban con sus trirremes lejos de Eleusis en campaña contra el medo[18], selecciona para oficiar los ritos a hombres escogidos de la nómina de sus senadores, e intenta con un escueto ceremonial que todos participen de la celebración.

8 Por ello, según vengo diciendo, no somos menos afortunados los que organizamos aquí las solemnidades que los
d que se precipitan a correr hacia su púrpura, pues precisamente donde aquél lo preside y lo dirige, el coro no tiene necesidad de ninguna gala adicional, sino que le bastará con

condición de templo. Cf. III 47d, donde Constantinopla aparece como «hermana» de Constancio.

[16] Esto es, el emperador se encuentra por encima del Senado, como el corego con respecto al coro que financia, y forma también parte de él en calidad de jefe de coro. Esta imagen del Senado como coro subraya su función en el contexto imperial.

[17] Los fastos del inicio del consulado, que constituyen la ocasión del discurso.

[18] Se desconoce la fuente de la que Temistio toma esta noticia.

gozar de su compañía, mientras que allí donde avanza, como un enjambre de abejas, sin un verdadero guía, requiere una ayuda considerable para no zumbar en vano e ir vagando al azar[19].

9 Suponed que desde el primer momento en que vinieron los mensajeros con el anuncio de la celebración yo os hubiera expuesto lo siguiente: «Compañeros de coro y de cortejo, si en este momento asomo la cabeza fuera de la ciudad, 54a
seré presa de la afonía y ya no podré hacer nada, pues el mal tiempo, como le ocurre a los ruiseñores, no me dejará cantar, sino que a Hermes Elocuente lo maltratará Hermes Protector de los caminos[20]. Si se me permite, en cambio, permanecer aquí, me podré convertir en maestro del coro y entonaremos un himno en respuesta al de los italiotas[21]; y si el himno os pareciera satisfactorio, lo adoptaríamos como ofrenda para nuestro soberano. Éste (bien lo sé) lo aceptará con mejor disposición y mayor placer que Agamenón la coraza de Cíniras[22], pues no es menos amante de la palabra que del combate, y no considera los dones de las Musas in-

[19] Como apunta Hardouin, Temistio estaría sugiriendo que su presencia es particularmente necesaria para el coro-senado allí donde el emperador está ausente. La imagen del enjambre es de origen platónico: cf. *República* 520b, *Político* 293d, etc.

[20] Seguimos a Maisano a la hora de admitir esta brillante conjetura de Petau que consiste en sustituir *eridiós* por *enódios*. Temistio opone dos de las advocaciones más conocidas de Hermes en sus facetas, respectivamente, de protector de la elocuencia y protector de los caminos: el Temistio orador se vería perjudicado por el Temistio viajero.

[21] Temistio alude claramente a la celebración simultánea de los fastos en Milán. Cf. G. Dagron, «L'empire...», pág. 208, n. 18.

[22] *Ilíada* XI 19-28. Cíniras es el rey chipriota que regaló a Agamenón una coraza en señal de reconocimiento de los lazos de hospitalidad que los unían.

b feriores a los de Hefesto[23]. Y esto lo digo no en calidad de adivino, sino porque sé que recientemente habéis decretado enviarle no una corona dorada de oro puro de muchos talentos, como tantas otras que de tantos sitios le llegan, sino la que yo mismo he trenzado recogiendo flores inmaculadas de los prados de Platón y Aristóteles; y he tenido que explicarle después al Senado y al pueblo en este mismo escenario que un regalo mío le agradó más que ningún otro y lo tuvo en la máxima estima: la estatua de bronce procede de aquel
c canto[24]». Si en verdad os hubiera expuesto todo esto, bien sé que me habríais apresado y sujetado con más fuerza que los eginetas la estatua de Auxesia[25].

10 De hecho, lo que ha ocurrido es que por mi negligencia y por mis dudas habéis terminado aumentando vuestra aportación a la celebración, pues no sólo habéis enviado representantes, como los que despacháis a Delos, sino que incluso os ceñís coronas en vuestra propia casa, participáis de la fiesta y celebráis banquetes sin inclinaros sobre mesas reales ni ser atendidos por coperos, camareros y cocineros,
d sino por la filosofía que tan cara le es al príncipe. Y no me avergüenzo de llamar «cara al príncipe» a la filosofía, que cuando ya se disponía a abandonar la compañía de los hom-

[23] El mismo elogio, lugar común temistiano, se aplica a Valente en X 129d.

[24] El canto que Temistio trenzó de esta manera no es otro que el discurso segundo, por el que Constancio le concedió el honor de que figurase en el Senado una estatua suya de bronce. Según LIBANIO, la estatua iba acompañada por una inscripción en griego: cf. *Epíst.* 66, 5.

[25] HERÓDOTO, V 82 ss. Los eginetas se resistieron firmemente a que los atenienses se llevaran de la isla dos estatuas de madera de olivo que representaban a las divinidades Demia y Auxesia y que habían arrebatado anteriormente a los habitantes de Epidauro. El Senado de Constantinopla habría impedido igualmente la marcha de Temistio a Italia.

bres[26], él la ha retenido y sentado a vuestro lado, hasta el punto de que la llevado a tal grado de estimación y de fama que son muchos los que la admiran, la buscan y están dispuestos a concederle su amparo y su atención. El hombre tiende, sin duda, por su propia naturaleza a «cultivar lo que se honra y a descuidar lo que no se honra»[27].

11 Quizá vuestro coro no necesita un maestro para ento- 55a
nar el himno al príncipe, ya que muchos de vosotros nunca dejáis de ensayar, y otros tenéis varios días consagrados a ello: no son pocos los días del año en que os reunís y os congregáis en vuestro santuario con sagrada indumentaria para ensayar la ceremonia en lugar secreto. ¡Pero tan vanidoso y arrogante soy que, sin haber acertado hasta ahora en nada que no haya aprendido de vosotros, me estoy planteando ser maestro en vez de discípulo! En efecto, que el Senado es b
retoño y criatura de Constantino[28], que al hijo de éste le corresponde cuidarlo y atenderlo por ser hijo del mismo padre, y las demás ideas que han merecido vuestra aclamación, las he elaborado secretamente a partir de esta fuente.

12 Quizá hasta se me podría acusar de impiedad por haber revelado vuestros misterios; pero todo aquello a lo que él ha contribuido y en lo que ha colaborado con su padre para vuestro nacimiento no es un misterio, si es que no os pertenece sólo a vosotros, sino a toda la tierra y el mar. Incluso c
podría afirmarse que están iniciados en estos misterios los etíopes, los indios y los que Homero llama cimerios[29], que

[26] Según la imagen hesiódica que suele aplicarse a la Justicia. Cf. III 46c.

[27] PLATÓN, *República* 551a. Cf. XV 195d, XVI 204a.

[28] Como el rey, según la repetida imagen homérica, es criatura y retoño de Zeus. Cf. II 34d, V 64b, XI 143a. De este modo, el Senado adquiere, al igual que Constantinopla, la calidad de hermano de Constancio.

[29] *Odisea* XI 13 ss.

viven junto al Océano privados del Sol. Todos ellos asistieron y ayudaron al soberano a la hora del parto, y todos ellos reconocen que nosotros estamos más comprometidos que el resto de los hombres con el hijo de Constantino: nuestra felicidad y nuestra prosperidad tan sólo dependen de los lazos que nos unen a él, igual que podría decirse que todos los
d astros gozan del Sol en alguna medida, pero que la luz y el brillo de la Luna dependen sólo de él. De ahí que sea justo que, dado que el afecto que sentimos por él no es en nada superfluo, sino necesario, su amor nos corresponda en la misma medida.

13 La tragedia dice en algún lugar que causa gran placer, cuando ya se está a salvo, acordarse de las fatigas pasadas[30].
56a Acordaos entonces, ¡por el dios de la amistad!, del momento en que la tiranía irrumpió en Occidente al tiempo que surgía otra en Iliria[31], cuando todo el imperio vacilaba ante el futuro y la ciudad estaba más paralizada aún por el miedo: le palpitaba el corazón, le temblaba la voz y, aunque intentaba ocultar su temor, demudada, angustiada y atormentada por la impotencia se veía traicionada por sus sentimientos, hasta que nuestro magno príncipe, tras purificar y fortificar los te-
b rritorios de Oriente, acudió benévolo hasta ella y, al verla temblorosa, le tendió sus manos y la exhortó a que se animara. Poco después le envía prisionero a uno de los tiranos. Pero ¿cómo se le podría llamar prisionero? En verdad, no fue apresado por las armas, sino cautivado por la palabra, y no se desvistió de su camisa como las serpientes, sino de su púrpura ya inoportuna; pero nuestro príncipe respetó su vejez, y cabe atribuirle más que ninguna esta victoria por haberla obtenido con la más hermosa de las armas[32].

14 La ciudad recibió la victoria por la palabra como un c
preludio de la victoria por las armas, y cobró un poco de ánimo y aliento; pero desde que se enteró de que el sanguinario criminal[33] levantaba sus manos contra el monarca purificador, y que en su locura planeaba amenazarla con el saqueo, la esclavitud y la devastación por el parentesco que la unía con los caudillos contra los que había desatado su insolencia y su locura[34], ya no cesaron su turbación y su inquietud hasta que vio con sus propios ojos que todo aquello vino a precipitarse sobre la cabeza del criminal. En definiti- d
va, esta ciudad que estaba destinada más que ninguna otra a correr en cualquier caso la misma suerte que el príncipe ¿qué prueba más clara podía haber dado de un afecto auténtico y sincero?

15 Por estar plenamente convencido de ello, os informa con placer de sus otras victorias y da su aprobación a que se pongan por escrito (prácticamente igual que cuando los ge- 57a
nerales Timoteo, Cabrias e Ifícrates rendían cuentas ante el pueblo ateniense)[35], con lo que os conduce por territorios enemigos, ríos, ciénagas, navas, trincheras y empalizadas, entre acometidas de la infantería y victorias de la caballería; e incluso os obliga a contemplar con su relato el paso del Rin a través de un puente, la aniquilación de los caones y de

[30] Eurípides, *Andrómeda*, frag. 133 Nauck. Cf. Plutarco, *Quaestiones convivales* 630e.

[31] Respectivamente, las usurpaciones de Magnencio y Vetranio.

[32] Temistio juega con la polisemia de *géras*, a la vez «vejez» y «camisa de serpiente», en esta nueva alusión al usurpador Vetranio. Cf. III 37a-c y nota.

[33] Magnencio.

[34] Para este parentesco entre la dinastía constantiniana y la capital cf. III 47d, IV 53a ss., y las notas correspondientes.

[35] Jenofonte, *Helénicas* V; Diodoro Sículo, XV.

los yázigues y el castigo que pagaron por su insolencia las engreídas tribus de los germanos[36].

b **16** Tengo razón, pues, en lo que digo: el príncipe no se encuentra sólo donde se le puede ver, sino que, aunque esté acampado entre los celtas, obliga a los persas a desear la paz. Yo mismo he tenido ocasión de ver hace poco en la ciudad de Antíoco a unos hombres venidos de Susa y Ecbatana con caduceos y cartas en caracteres antiguos envueltos en lino blanco. Las cartas suplicaban al prefecto la firma de una tregua con los Aqueménidas y el refrendo del príncipe[37]. Pues bien, yo considero esta victoria más rotunda que si los hubiéramos derrotado en combate devastando
c su tierra y tomando fortalezas y prisioneros, pues en ese caso culparían a la fortuna y amenazarían con tomarse la revancha, mientras que ahora, al replegarse voluntariamente, dejan claro que han sido vencidos por su propia decisión. Darío no tardó en someterse a Alejandro tras las derrotas, primero, de Gránico y, a continuación, de Iso de Cilicia; pero cuando el monarca volvió sus armas desde las aguas del Tigris hacia el Océano occidental, los babilonios no toleraron una amenaza que era ya tan remota.

17 Pero nos hemos desviado de nuestro asunto, a saber, que el príncipe tiene razones para sentirse ufano y orgulloso
d de vosotros, y que si exhibe sus innumerables triunfos y hazañas es porque piensa que compartís su alegría sinceramente

[36] Los pormenores de estas campañas de Constancio contra los germanos o de cualquier otra eran conocidos a través de boletines de guerra. Cf. J. Vanderspoel, *Themistius...*, pág. 98. Para los yázigues cf. nota a III 43b.

[37] Cf. *Ilíada* II 341. Las negociaciones las inició el prefecto del pretorio Musoniano en el año 356: cf. Amiano Marcelino, XVI 9. Las cartas de Libanio mencionan un viaje de Temistio a Antioquía en estas fechas: cf. *Epíst.* 513, 515-8, 551.

y de corazón. Sin duda, es de rigor que quienes más gozan de su prosperidad se complazcan en mayor medida con su éxito. La ciudad intenta corresponder con honores a sus honores, y con homenajes a los bienes que de él ha recibido, igual que podría decirse que los hombres veneran a Dios 58a
con sacrificios y ofrendas por los dones que les ha concedido. El hipódromo se llena de carros con cada victoria y con cada triunfo, y la acumulación de buenas noticias nos hace estar siempre de fiesta: somos los únicos que no conocemos pausa entre celebraciones, sino que, antes bien, la suplicamos.

18 Y ya que mi discurso ha mencionado hace un momen- 18
to a Alejandro, diremos que Pela no obtuvo ni beneficio ni ventaja de su fortuna, sino que, a pesar de haber conquistado un territorio tan vasto con una sola batalla, aquél no en- b
grandeció su patria ni un solo pletro. Nuestra ciudad crece, sin embargo, a la vez que el príncipe, como por cierto era de esperar, ya que tiene la misma edad que su reinado. Ha llegado, en efecto, a mis oídos que su padre ciñó al mismo tiempo a la ciudad con sus muros, y al hijo con la púrpura[38]. Es justo, por lo tanto, que, una vez que ha triplicado su imperio[39], amplíe también una ciudad que iguala su edad, aunque no alargando sus muros, sino incrementando su belleza, buscando fuentes de más generoso caudal, construyendo c
termas que llevan su nombre (su grandeza ya puede constatarse, y se espera que su belleza raye a la misma altura), ciñéndola con un pórtico a modo de lujosa mitra y bordando

[38] El nombramiento de Constancio como césar (8 de noviembre del 324) con el inicio de las obras de la nueva capital, cuya inauguración tiene lugar el once de mayo del 330.

[39] Tras la desaparición de sus dos hermanos Constantino y Constante. Cf. II 33c-d.

el ágora imperial con oro y con piedras preciosas[40] como si se tratase de un velo. Pero lo que más seduce y cautiva de todo esto es que, a pesar de no estar personalmente interesado en los lujos, se los proporciona en abundancia a la ciudad, y que, mientras cierra su propia alma a los placeres, hace que os traigan de todas partes los que considera tolera-
d bles. Por lo tanto, lo que es motivo de deleite para la vista y el oído de cualquier persona, a nosotros ya nos parece excesivo y fastidioso, con lo que la ciudad termina ganando en moderación, pues lo que encandila a los demás por su escasez o por su dificultad, a nosotros ni nos merece la pena ni nos parece digno de estima.

19 ¿Cómo no había de esperarse en alguien que ya de antemano vela por sus seres queridos que eligiera para compartir el trono a un hombre que también comparte con él,
59a como era de suponer, su amor por la bella ciudad?[41]. Aquí se unieron sus padres[42] y aquí fue concebido y engendrado. La ciudad lo asistió en su nacimiento y la ciudad lo ha criado y educado para revelarlo después como alguien digno de compartir el poder con el príncipe, de caminar a su lado, de participar de sus designios, de llevar a su lado las armas y el escudo, de colaborar con él sin necesidad de que lo vigilen, sino erigiéndose él mismo en vigilante y custodio de quien lo eligió. De ahí que, a pesar del estrecho parentesco que ya
b los unía, lo haya acercado más todavía a su persona por me-

[40] Para la identificación de estas piedras preciosas en un contexto en que se compara el foro imperial con el velo de una novia, y la consiguiente lectura *morríois* en vez de *moríois,* cf. J. Vanderspoel, «Themistius, Oration 4.58c...», pág. 149.

[41] Juliano, hijo de Julio Constancio, sobrino de Constantino I y primo, por lo tanto, de Constancio II. Algún tiempo después de la ejecución de su hermano Galo fue elevado al rango de césar. Cf. II 40a y nota.

[42] Julio Constancio, hijo de Constancio Cloro, y Basilina.

dio del vínculo del matrimonio, y lo haya ligado a la ciudad con un férreo lazo emparentándolo aún más con el fundador[43]. Ahora que mi discurso se ha empeñado en reunir las muestras de benevolencia que el príncipe os ha dado, escuchadlo, ¡por las Gracias!, con toda vuestra atención, o se os escapará ocultándose por pudor, como entre tinieblas, en confusa oscuridad. Tan unido está nuestro amante a nosotros por un hechizo irresistible que no sólo acumula para la ciudad bienes procedentes de todos los hombres que viven,
sino que toma de los que ya se marcharon hace tiempo todo c
cuanto cree que merece la pena. Y ni siquiera esto le parece suficiente, sino que (¡increíble prodigio!) invoca y levanta de sus tumbas, ilustres amigos, las propias almas de los sabios y héroes famosos para auxilio de la ciudad. ¿No os parece que se trata de hechicería y de locura? Sin embargo, ninguna otra acción de nuestro amante es preferible a ésta ni más grata a los ojos de Dios. Pero voy a hablaros con más claridad para que sepáis a qué me refiero y no os alborotéis.

20 Yo entiendo que el alma de un hombre sabio la inte- d
gran su sabiduría, su mente y su razón, y que las tumbas de estas almas son sus libros y sus escritos, en los que se preservan sus reliquias como en monumentos sepulcrales. Pues bien, nuestro príncipe ordena que vuelvan a la luz estos monumentos, que con el abandono prolongado se arruinan, como los edificios, en el tesoro de la memoria, y que corren el riesgo de desaparecer por completo, de desvanecerse y des-
vanecer con ellos las almas que cobijan, para lo cual nombra 60a
a una persona que supervise la tarea y le proporciona los medios necesarios[44]. Los que realizan para vosotros estos

[43] Juliano contrajo matrimonio con Helena, hermana de Constancio, con lo que se convirtió en cuñado de su propio primo.

[44] Para la relación de Temistio con la biblioteca cf. J. Vanderspoel, «The Themistius' Collection...», págs. 162-164.

trabajos no son orfebres, carpinteros o albañiles, sino artesanos del arte de Cadmo y Palamedes[45], que están capacitados para trasladar el pensamiento desde una tienda vieja y desvencijada a una nueva y recién construida. En poco tiempo resucitará públicamente y para vosotros el sapientí-
b simo Platón, y resucitarán Aristóteles y el orador de Peania y el hijo de Teodoro y el de Óloro[46]. No obstante, aunque los monumentos públicos de todos estos hombres corrieran peligro, los de los particulares, sin embargo, gozan de atenciones y cuidados por parte de sus dueños sin necesidad de leyes: su propia excelencia basta para conservarlos. Por otro lado, a los que se limitan a ser compañeros de aquéllos y no tienen en sus obras garantía de permanencia, la providencia del príncipe consigue transformarlos de mortales en inmortales: por así decirlo, reanima y despierta del Hades a mu-
c chos intérpretes y servidores de Homero, a muchos sacerdotes de Hesíodo, al propio Crisipo, a Zenón y a Cleantes, y a todo el coro del Liceo y de la Academia; en pocas palabras, a la masa innumerable de la antigua sabiduría, no a la que circula comúnmente entre nosotros, sino a la que es minoritaria y secreta, desvanecida ya, «difuminada en el tiempo»[47] y sepultada entre las sombras. E incluso levanta para vosotros otros monumentos a las Musas de altura semejante o incluso mejores.

---

[45] Los copistas que trasladaban los textos más dañados a nuevo soporte. Cadmo y Palamedes son los que, según la tradición, introdujeron la escritura en Grecia. Cf. HIGINIO, *Fáb.* 274. Sobre Palamedes cf. PLATÓN, *República* 522d, *Fedro* 261d. Los fondos que Constancio aporta para la biblioteca pública de Constantinopla coinciden con la notica del sumario inicial de este discurso: cf. L. PHILIPPART, «A propos...», págs. 269-75.

[46] El orador de Peania, demo del Ática, es Demóstenes; el hijo de Teodoro es Isócrates; y el de Óloro, Tucídides.

[47] Según la fraseología de HERÓDOTO, I 1.

21 ¿Ignoráis acaso cuánto más venerable y regia es esta d
gloria vuestra que los peristilos del teatro y el magnífico hipódromo, o que deberíais estar más orgullosos de ella que de los puertos del interior de la ciudad, por cuyas puertas penetra el mar para recorrer las calles hasta los que se encuentran en medio de las plazas?[48]. Todo esto es, en mi opinión, confusión, molestia y vulgaridad, espectáculos ya vistos y palabrería inútil. Sólo aquella gloria hace mejores a quienes la contemplan, y cuanto más atentamente se la examine y se penetre en su interior, tanto más se enriquece- 61a
rá uno con su contemplación. Hasta ahora esta ciudad ha gozado de la belleza externa, ya que afluyen a ella bienes de toda clase y de toda procedencia, y ninguno sale de ella, salvo tierra, arena y desperdicios; pero ha llegado la hora de que produzcáis y vendáis, no, ¡por Zeus!, oro, madera ni púrpura, procedentes de minas, montes o fondeaderos[49]; ni tampoco tinajas de vino, legumbres o postres exquisitos. Creo que lo que todo esto supone realmente es el beneficio de los poderosos a costa de los más débiles, mientras que las mercancías que se venden en el mercado que acaba de construiros el príncipe no son sino la virtud y la sabiduría. Los b
que acudirán a este comercio no serán mercaderes, marineros ni gente soez, sino los más excelentes y educados, la flor de la Hélade, y sus mercancías serán las letras y la cultura. ¿Os parece todavía increíble que las Musas combatan del lado del príncipe y le concedan victorias extraordinarias en las que Ares no tiene parte?

---

[48] Cf. VI 83c.

[49] Sólo encontramos sentido en el texto si aceptamos la corrección de *bakterías* por *ekbaterías*. Cf. J. VANDERSPOEL, «Themistius on the Source of Purple (or. 4.61a)», *Mnemosyne* 42 (1989), 492.

c **22** ¡Venga! Voy a revelaros la clave[50], pues es justo que mi discurso no lo silencie cuando ha acudido en auxilio de tantos discursos arruinados y es digno de elogio por su labor restauradora, y ya que tampoco se ha limitado a hacer lo que los demás restauradores, ni ha tenido suficiente con mejorar los accesos del ágora y dotar de calefacción a las termas, sino que su mente ha llegado a tal grado de previsión que ha proyectado para vosotros un fondo público de sabiduría.
d ¿Cómo va a enfadarse el príncipe si os entrego mis obras a vosotros antes que a nadie y no las saco de los muros de la ciudad antes de que la asamblea reunida les conceda, como a efebos, la ciudadanía, y les estampe el sello del Estado?[51]. Para mí es en ese momento cuando en verdad les crecen las alas y están completamente acabadas y en disposición de saltar del nido y de remontar el vuelo por sí mismas hasta
62a llegar al propio príncipe y, desde él, a toda la tierra y el mar. Y si por casualidad «una corneja chillona graznara»[52] que, bajo la apariencia de la filosofía, se acomodan más bien a la retórica, mis propias obras se bastan para responder en su defensa que estas cornejas no han probado el arte de Platón, si acaso piensan que Platón no alaba y celebra también al verdadero rey cuando dice y escribe con toda claridad lo siguiente: «la vida será espléndida y plenamente feliz cuando

[50] Seguimos, con Maisano, la lectura de los códices, *tò sýmbolon,* en lugar del *tòn sýmboulon* de los editores, «el consejero». Temistio está hablando del propio emperador, no de un consejero, y ofrece con ello la clave interpretativa de todo lo anterior: la labor restauradora de los textos antiguos que Constancio ha emprendido con la biblioteca de la capital.

[51] Temistio compara la publicación de sus escritos, de los que entrega una primera edición a la biblioteca, con el acceso de los efebos a la ciudadanía tras público examen de sus méritos. Cf. ARISTÓTELES, *Constitución de los atenienses,* 42, 1 ss.

[52] HESÍODO, *Trabajos y días,* 747.

surja un rey joven, temperante, dotado de memoria, valiente, generoso y despierto»[53].

23 Ninguno de estos calificativos es erróneo en el caso b
del príncipe. No cabe poner en duda su templanza, ante la que Hipólito[54] no tiene de qué presumir; ni cuestionar su memoria, cuando su imaginación está más capacitada para retener las impresiones que los anillos las formas grabadas; ni dudar de su valor, cuando, pudiendo vivir en paz con los tiranos y a pesar de los consejos que recibía, antepuso a su propia comodidad la libertad de los romanos[55]. ¿Y qué se podría decir de su generosidad a la hora de gastar? Y si lo que se c
echa en falta es la magnanimidad, téngase presente cómo de aquellos dos hombres el uno ha alcanzado la salvación y el otro ha recibido su castigo[56]. A uno de ellos, que sufrió personalmente aquella exhibición de virtud[57], le ha concedido salvación y protección; pero al otro «no lo han librado de una funesta muerte»[58] la adulación ni la lisonja, ya que sus buenos sentimientos los fingió para obtener un beneficio.

24 Si nos fallase alguno de estos calificativos, estaríamos alabando a cualquier otro y no a quien cree el hijo de Aristón. Pero si éste ha esbozado en sus obras los rasgos de un d
rey en términos generales, a falta de un ejemplo auténtico, y a nosotros Dios nos ha concedido contemplar la forma en la

[53] PLATÓN, *Leyes* 709e, 710c. Cf. III 46a, VIII 105b, XVII 215b. A este autor se alude más abajo como «hijo de Aristón».

[54] Hijo de Teseo y de una amazona, Hipólito se convierte en paradigma de castidad por su negativa a ceder a la pasión de su madrastra Fedra.

[55] Cf. III 43c.

[56] Vetranio y Magnencio respectivamente.

[57] *Vid. supra* IV 55d y nota.

[58] Fórmula homérica. Cf. *Ilíada* X 174, etc.

que han brillado y se han manifestado en la realidad aquellas características, no creo que seamos más aduladores que el divino Platón, sino más afortunados, porque cuanto aquél se imaginó en sueños nosotros lo contemplamos despiertos.

V

AL EMPERADOR JOVIANO CON MOTIVO DE SU CONSULADO

INTRODUCCIÓN

Temistio no formó parte de la embajada que salió al encuentro de Joviano, el nuevo emperador, en la ciudad de Antioquía, algo que, por cierto, incomodó hasta el extremo a su amigo Libanio. Sean cuales fueran los motivos que tuvo para ello, posiblemente de oportunidad política [1], lo cierto es que sus relaciones con Joviano se reducen a este *Discurso* V, pronunciado en Ancira el uno de enero del 364 con motivo del inicio del consulado del propio emperador y de su hijo Varroniano. Según testimonio de Sócrates [2], Temistio estaba encabezando para la ocasión una delegación del Senado.

El discurso ejemplifica quizá mejor que ningún otro la técnica temistiana de transmitir mensajes políticos bajo la superficie de un encomio incondicional. En esta clave deben interpretarse los elogios a la forma en que tuvo lugar la proclamación (plagada, en realidad, de incertidumbres), la celebración del tratado de paz con el persa (francamente desvaforable para Roma) y, muy particularmente, la invitación al monarca a mantenerse dentro de una línea de tolerancia

[1] Cf. introducción general, cap. 1.

[2] Sócrates Escolástico, III 26.

religiosa en unos momentos en que todo hacía presagiar una reacción antipagana. Este último punto es, sin duda, el que le da su personalidad al discurso, y ha despertado la admiración de historiadores de la Iglesia, humanistas de toda laya y modernos defensores de la convivencia entre cultos diferentes[3]. El apócrifo *Discurso* XII se inspira en este panegírico, y quizá haya que rastrear también en él las fuentes de la *Relatio* III de Símaco.

SINOPSIS

1. La filosofía aprovecha las solemnidades para serle de utilidad al príncipe.
2. Se presenta el discurso como un agradecimiento al monarca por dar acogida a la filosofía.
3. La contribución de la filosofía es proclamar la estirpe divina del monarca y su condición de «ley viviente».
4. El motivo del discurso: celebrar el consulado del príncipe y de su hijo.

5-7. Circunstancias de la proclamación de Joviano. Ejemplo de Epaminondas. Unanimidad de la elección y reacción del enemigo persa.

8. El príncipe suspende los exilios del régimen anterior.
9. Legislación en materia religiosa: la libertad de culto.

10-11. Con esta legislación el príncipe imita a una divinidad que fomenta la competencia. Dios se complace en la diversidad de cultos.

12. Condena de la superstición y de la legislación de «Empédocles».
13. Constantinopla espera la llegada del nuevo príncipe. Apelación al joven Varroniano.

[3] Cf. introducción general, caps.1 y 4.

AL EMPERADOR JOVIANO CON MOTIVO DE SU CONSULADO

1 Príncipe, entregarse a una alabanza apasionada y adoptar la presente celebración como argumento para un discur- 63a
so es algo que dejo en manos de esos otros que se ocupan de b
halagar siempre a los poderosos sin profundizar en los hechos. Yo he acudido hoy para contribuir a estas solemnidades no por huero afán de notoriedad, sino para sumar alguna utilidad a la belleza formal de mi discurso. La filosofía, en efecto, tiene por norma no producir obra alguna que atienda sólo a la delectación de las almas, sino mezclar en toda ocasión lo agradable con lo útil, igual que los médicos más benévolos disfrazan con especias el sabor de los medicamentos. Es lo mismo que ocurre con la opulencia de tus ceremonia- c
les, que si en parte se limita a una simple demostración, no deja de buscar una utilidad en el estupor que produce.

2 A mí, príncipe, lo que me interesa en particular es que no desmerezca demasiado el discurso de agradecimiento que voy a tributarte por haber reincorporado la filosofía a la corte a pesar de que no goza de mucho reconocimiento en los tiempos que corren, por permitirle aparecer con un porte más digno y por no honrar el magisterio de las letras en menor medida que el mando militar. Los padres de tu reino d

también distinguieron con honores a los antepasados de esta disciplina: Augusto, al famoso Ario[1], Tiberio, a Trásilo[2], el gran Trajano, a Dión, el de la lengua de oro[3], los dos Antoninos, a Epicteto[4], y tantos otros que no voy a citar ahora, salvo al que tiempo atrás tomó su nombre del mismo dios que tú y promocionó al fundador de mi casa[5]. Al dar acogida a la filosofía ante los ojos de todos, estás siguiendo sus
64a huellas. Y la filosofía, honrada públicamente, te tributa públicamente también su agradecimiento con discursos que transmiten los hechos en el tiempo y proporcionan memoria eterna a lo efímero y consejo sincero en el momento adecuado. Éstas son, en efecto, las obras y bondades propias de la filosofía, y precisamente por ellas la realeza, sin considerarla superflua, la ha llamado a su lado desde el principio;
b no para que se dedique al oficio de Silanión, cuyas obras, entre los griegos de antaño, estaban al alcance de artesanos y de gente vulgar[6].

---

[1] Ario Dídimo, filósofo alejandrino del círculo de Mecenas que fue maestro y amigo de Augusto. Cf. SUETONIO, *Augusto* 89, 1; PLUTARCO, *Antonio* 80.

[2] Matemático y astrólogo neopitagórico asiduo de la corte de Tiberio. Cf. TÁCITO, *Anales* VI 21 ss.

[3] Dión de Prusa, conocido como «Crisóstomo», modelo temistiano por excelencia de orador-filósofo.

[4] AULO GELIO, II 18, XV 11.

[5] Temistio alude a su abuelo, que fue honrado por Diocleciano (cf. introducción general, cap. 1). El nombre de este emperador, al igual que el de Joviano, deriva del de Zeus. Diocleciano, por otro lado, adoptó el título de «Jóveo», que la Tetrarquía asignaba a los augustos, en tanto que el de «Hercúleo» quedaba reservado para los césares.

[6] Escultor y retratista ateniense de la segunda mitad del siglo IV (cf. PLINIO EL VIEJO, *Historia natural* XXXIV 51, 81 ss.; PAUSANIAS, VI 4, 5; 14, 11; PLUTARCO, *Teseo* 4.

3 ¿Pero quieres saber en qué consiste la contribución de la filosofía? Ella afirma que el rey es ley viviente[7], ley divina que, venida de lo alto, se manifiesta en el tiempo, emanación de aquella naturaleza, providencia que acude a la tierra: siempre mirando hacia él y siempre dispuesto a imitarlo es, sencillamente, como dice Homero[8], «retoño y criatura de c
Zeus», y también comparte con el dios sus otras advocaciones: hospitalario, protector de suplicantes, protector de la amistad, proveedor de frutos, dispensador de bienes, patrón de la justicia, administrador de bienestar, prítano de la felicidad[9]. Éstas son las contribuciones de los auténticos filósofos a los reyes: a los «herreros bajos y calvos que, cuando se

---

[7] Para concepto temistiano del rey como «ley viviente» y su estirpe divina, aspecto fundamental de su pensamiento político, cf. introducción general, cap. 4. El pasaje que sigue plantea serias dificultades de lectura y de interpretación, aunque parece claro que el orador nos presenta al monarca como una hipóstasis de la ley divina *(nómon theîon)* en el plano temporal. En este nivel, y según el esquema de las escuelas filosóficas contemporáneas, el monarca es fruto de una «procesión» desde la mente divina (mitológicamente representada por el dios Zeus) y tiende, en un movimiento de «conversión», a dirigir su mirada hacia la instancia divina de la que procede. Parece, por otro lado, que el *toû di' aiônos chrestoû* («del eterno bien») que incorporan los manuscritos (y acepta Downey) procede de la interpolación de una nota marginal en la que se aludía a Dión Crisóstomo [*toû Diōnos Chry(so)st(óm)ou*], según la brillante explicación de Petau. Cf. R. MAISANO, nota *ad loc.* Dicho sea en apoyo de esta lectura que Temistio parece estar interpretando en clave teológica la reflexión ética sobre el rey y la ley que Dión desarrolla en el tercero de sus discursos *Sobre la realeza* (III 43). TEMISTIO retoma el tema de la *imitatio Dei* en VI 73d.

[8] *Ilíada* II 196. Cf. *Disc.* II 34d, XI 143a, XV 188b.

[9] Enumeración de apelativos divinos aplicados por la tradición helénica a Zeus y a la divinidad en general, seguida en este punto por el cristianismo. Cf. *Ilíada* XVI 176; *Odisea* VIII 325, 335; y *Disc.* VI 79d, IX 126c, XV 193d.

queda huérfana, cortejan a su ama», Platón no los consideraba artífices de la felicidad humana[10].

d 4 Por lo tanto, príncipe, corresponder, según digo, con ofrendas adecuadas a tu consideración por la filosofía requeriría mayor dedicación y tiempo. Sin embargo, en esta ocasión queremos entregarnos contigo en la medida de lo posible a vuestra doble celebración[11]. El interés del discurso y el motivo de la celebración es, en efecto, bendecir la denominación de este año, que recoge a la feliz pareja integra-
65a da por un padre y un hijo que es su colega en la púrpura[12], así como demostrar que esta magistratura ha ganado con vosotros en prestigio más que haber contribuido ella al vuestro, pues uno la asume como premio a su dignidad real y otro como preludio de ella, aunque los dos compartís lo que significa este ascenso: ambos, sin esperarlo, habéis pasado de ciudadanos particulares a convertiros tú en emperador y él en cónsul (a pesar de que los ánimos se inclinasen por otro). Pero lo más admirable de tu inteligencia es que has sabido sacar partido de lo que acaeció como una fatalidad para aumentar tu prestigio[13].

[10] Platón, *República* 495e ss. Platón aduce un ejemplo semejante, el del herrero bajo y calvo que intenta seducir a la hija del amo empobrecido, para ilustrar la irrupción de advenedizos en la filosofía.

[11] Por compartirla Joviano y su hijo Varroniano. Cf. Amiano Marcelino, XXV 10, 11.

[12] Como es sabido, el año recibía su denominación de los cónsules.

[13] Fue Salustio, prefecto de Juliano, el elegido inicialmente por el ejército, aunque la elección recayó en Joviano después de la negativa de aquél. Cf. Amiano Marcelino, XX 5, 3 ss. Petau interpreta en este sentido la expresión «a pesar de que los ánimos se inclinasen por otro», mientras que Maisano entiende que se alude a Varroniano, padre de Joviano, que, según Amiano (XXV 10, 16 ss.), habría sido destinado por su hijo para compartir con él el consulado, intención que malogró su fallecimiento y que elevó al consulado a su nieto homónimo.

5 Si hasta ahora mi discurso se os dirigía a ambos por igual, a partir de este momento va a encaminar sus pasos ya sólo hacia ti. El muchacho habrá de concederte una prima- b
cía de la que no dejará de participar en el futuro. Hemos de remontarnos algo atrás para recordar que se te debía ya antes el trono por la virtud de tu padre[14] y que, cuando ibas a cobrarte la deuda tras la muerte del mayor de tus predecesores[15], a fin de no dar la impresión de que te querías imponer sobre el último sucesor de Constantino aguardaste el momento oportuno para obtener lo que se le debía a tu padre sin menoscabo para nadie. Cuando Alejandro murió en Ba- c
bilonia, los macedonios no supieron encontrar heredero, y prefirieron al demente Arideo en vez de a Ptolomeo, hijo de Lago[16], como si con ocasión de un fallecimiento estuviesen practicando una liquidación de bienes en favor del hermano vivo en vez de entregándole un reino, cuya herencia sólo pertenece a quien sabe preservarlo. En cambio, nuestros soldados han preferido a la hora de dar su voto el parentesco del alma al del cuerpo[17] y proclamaron heredero de la púrpura a quien heredaba la virtud, y ello no en tiempo de ocio d
ni de paz, ni en una situación propicia para lisonjas, reco-

[14] Amiano no ofrece una base sólida para estas afirmaciones y tan sólo parece aludir a una posición de prestigio conquistada por su padre en la corte; cf. XXV 5, 4; XXV 10, 16.

[15] Constancio II.

[16] Arideo, hermanastro de Alejandro, enloquecido al parecer por las drogas de su madrastra, era objeto de las preferencias de Pérdicas, regente del trono de Macedonia tras la muerte de Alejandro. Cf. Plutarco, *Alejandro* 77.

[17] Alusión a Procopio, secretario de estado y tribuno a la sazón, además de pariente de Juliano, que habría de encabezar más adelante una revuelta contra los sucesores de Joviano, tema que será objeto de posteriores discursos de Temistio. Según Amiano (XXVI 6, 1 ss.) se rumoreaba que Juliano lo había designado sucesor.

mendaciones y sobornos, sino llevando sus votos en las espadas y en las lanzas en pleno apogeo de Enio[18]. Fue una decisión espontánea, una proclamación sin maña que la situación demandaba y a la que arrastraba la necesidad y, lo que es aún más sorprendente, en una asamblea celebrada en tierra extraña, fuera de territorio romano, por el bien del Imperio romano[19].

6 Sólo a ti se te ha permitido hacerte con el trono y contar con todos los hombres como jueces o como testigos:
66a como jueces con los amigos, y como testigos con los enemigos. Los persas, en efecto, demostraron no haber tenido menos parte que los romanos en tu elección cuando, tan pronto como tuvieron noticia de tu proclamación, arrojaron las armas y miraron con respeto a los mismos ante los que recientemente habían exhibido su insolencia. Se cuenta que el tebano Epaminondas formaba como un hoplita más bajo el mando de otros beotarcas, pero que cuando su falange se vio apurada por los tesalios, fue nombrado beotarca en medio de la batalla, con lo que los enemigos se pusieron de inmediato en retirada por miedo a un general al que no ha-
b bían temido como soldado[20]. Pero a ti no te han proclamado los tebanos de modo espontáneo mientras los tesalios te votaban contra su voluntad, sino que en tu caso han coincidido Oriente y Occidente, pues es lógico que quien se dispone a gobernar toda la tierra no sufra la oposición de alguna de sus partes. Saliste formando como lancero y regresas como emperador no por el relincho de un caballo, como Darío, ni por realizar una libación con el casco, como Psamético,

[18] Diosa de la guerra y compañera de Ares. Cf. *Ilíada* V 333, 592.

[19] La asamblea tuvo lugar en la región de Maranga, junto al Tigris, por entonces considerado límite del Imperio Romano.

[20] Cf. PLUTARCO, *Pelópidas* 29.

ni por empujarte al poder una mujer encolerizada[21], sino por c
coincidencia de criterio y de juicio entre las naciones más enemigas,

que lucharon en la disputa que devora el ánimo,
y de nuevo en amistad se partieron bien avenidas[22],

y sin trocar espada por cinto, sino compartiendo esta tierra y convirtiendo un motivo de guerra en el principio de una alianza[23].

7 Una vez ya resignado a asumir plenamente el poder, te d
has ocupado de inmediato en mantenerlo sin derramamiento de sangre, y con mucho más éxito que los que lo obtuvieron por herencia dinástica. Y la razón es que en nadie presumías hostilidad ni a nadie temías porque te superase en méritos: tú eres la confirmación de una de las dos alternativas de Platón, a saber, que los imperios carecerán de conflictos internos desde el momento en que los gobiernen quienes posean aptitudes para el gobierno y carezcan de ambición[24]. A pesar, en efecto, de haber saltado de un orden no demasiado

[21] La esposa de Candaules, que instigó a Giges a matar a su marido y ocupar el trono. Para estos *exempla* históricos, cf. II 36b-c.

[22] *Ilíada* VII 301-302, versos correspondiente al combate singular entre Héctor y Ayante, que concluye con el intercambio de espada por cinto.

[23] La narración de Temistio, guiada por las exigencias del momento, se contradice frontalmente con el testimonio de los historiadores. La muerte de Juliano y la elección de Joviano, unidas a la precaria situación del ejército, forzaron un tratado de paz bastante desfavorable para Roma. El territorio cedido a Sapor comprendía cinco provincias al otro lado del Tigris y las ciudades de Nísibis y Sinagra. Cf. AMIANO MARCELINO, XXV 7; ZÓSIMO, III 31.

[24] PLATÓN, *República* 520d. La segunda alternativa es, evidentemente, el gobierno de los ambiciosos incompetentes, que arrastran al Estado a la ruina.

67a conspicuo[25] hasta el más elevado de todos, no has renegado de los que eran tus iguales ni has mirado con recelo a quienes antes te precedían ni has despreciado a los que antes ya tenías por detrás, sino que, aun habiendo sobrepasado tan ampliamente a todos en fortuna, has mantenido con todos tu comportamiento de siempre, como quien es perfectamente consciente de que la realeza debe entenderse como supremacía en la virtud, y no en la suerte. De ahí que hayas dejado pequeño a Darío, hijo de Histaspes, en la generosidad de su recompensa[26].

8 Habiendo comprendido que la seguridad de un rey se asienta en el ejercicio de la justicia con los de su entorno[27],
b a los hombres más excelentes que se encontraban dispersos por todas las regiones en unos casos los has hecho regresar, en otros los has incorporado a tu equipo y en otros les has concedido la libertad. De ahí que ahora salvaguarden tu reino la prudencia de Néstor, la libertad de Diomedes, el Crisantas de Ciro y el Artabazo de Jerjes[28].

9 Tus disposiciones sobre lo divino[29] vienen a ser, por otro lado, un preludio de tu preocupación por los hombres

[25] Joviano era comandante de los *protectores domestici*. Cf. AMIANO MARCELINO, XXV.

[26] HERÓDOTO, III 139-141. Darío regaló Samos, tras su conquista, a Silosonte, hermano de Polícrates, para recompensarlo por el manto que éste le había cedido en Egipto cuando aún formaba parte del ejército de Cambises. Cf. *Disc.* VIII 109d.

[27] PLATÓN, *Leyes* 736e.

[28] Crisantas era consejero y amigo de Ciro (JENOFONTE, *Ciropedia* II 2, 17 ss.). Artabazo gozaba de gran influencia como lugarteniente y consejero de Jerjes (HERÓDOTO, IX 41). Se desconoce la identidad de los personajes a los que Temistio está aludiendo con estas referencias históricas y míticas.

[29] Respetamos la literalidad del concepto de «lo divino», que viene a equivaler a nuestra «religión», término ajeno al pensamiento griego. Más

(y así mi discurso viene a retornar a su punto de partida). Sólo tú sabes, al parecer, que no es ilimitada la potestad del rey para obligar a sus súbditos, sino que hay asuntos que es- c
capan a la coacción y están por encima de la amenaza y de la imposición, como la virtud en general y, muy en particular, el culto a la divinidad; y has comprendido sabiamente que, de entre las cualidades de aquél, ha de ocupar el primer lugar la que va a propiciar que el impulso del alma esté en verdad libre de coacción y sea independiente y espontáneo. Si ni siquiera a ti te es posible ganarte por decreto las simpatías de nadie si no opta por ello en su interior, ¿cuánto más no va a serlo que alguien se haga piadoso y devoto por temor a prescripciones humanas, que no son más que impo- d
siciones efímeras y espantajos vanos que vienen y van una y otra vez con los tiempos? De ahí que entre burlas se nos reproche que adoramos a la púrpura, no a Dios, y que somos más cambiantes que el Euripo[30] en lo que concierne a nuestros cultos. Antaño existió un solo Terámenes, pero hoy todos son «coturnos»: ayer, como quien dice, entre los Diez, y 68a
hoy entre los Treinta; los mismos ante los altares y ante los sacrificios, ante las mesas y ante las imágenes[31]. Pero no es

abajo se habla igualmente del «culto a la divinidad», expresión que ya se recoge en PLUTARCO, *Numa* 22.

[30] Estrecho entre Eubea y Beocia en el que cambia de dirección la corriente hasta siete veces al dia. PLATÓN lo aplica en *Fedón* 90c a los razonamientos contradictorios. Maisano entiende que Temistio está aludiendo a los oportunismos nacidos de los bruscos cambios en política religiosa de los reinados anteriores.

[31] De acuerdo con JENOFONTE, *Helénicas* II 3, 31 y 47, Terámenes recibió el calificativo de «coturno», un calzado que se podía usar igualmente en los dos pies, por su volubilidad política. Este Terámenes, que con la democracia fue uno de los Diez y acudió a ratificar la paz con los espartanos, se convirtió después en uno de los Treinta tiranos. Era conocido, por otro lado, el proverbio latino *cothurno versatilior*. Por último, Temis-

así en tu caso, divino príncipe, sino que, aun ejerciendo como emperador en todos los demás terrenos y tendiendo en ello a la perfección, estableces por ley que lo relativo al culto es competencia de todos los hombres. Y con ello actúas a imitación de Dios, que con toda intención hizo de la inclinación a la piedad algo común a la naturaleza humana, pero la forma de practicar el culto la dejó a la voluntad de
b cada uno. Quien, por el contrario, introduce la coacción arrebata la libertad que Dios nos ha concedido. Por ello las leyes de Queops y de Cambises[32] apenas sobrevivieron a quienes las promulgaron, mientras que la ley de Dios y la tuya permanecen inamovibles por toda la eternidad: que el alma de cada cual sea libre para elegir el camino que crea mejor para practicar su piedad. Y esta ley jamás podrán violarla confiscaciones ni suplicios ni torturas: podrán dis-
c poner del cuerpo y acaso darle muerte, pero el alma partirá llevándose consigo, conforme a la ley, su libertad de pensamiento, aunque la lengua hubiera sufrido violencia.

10 Estoy convencido, príncipe, de que si te has aprestado a seguir los pasos de la divinidad es por haber comprendido la razón de esta disposición suya: que el hombre tiende por naturaleza a emplearse más a fondo cuando su actuación es competitiva, mientras que se relaja cuando carece de afán de lucha: la ausencia completa de competidor nos colma de
d desidia y de pereza, pues es la rivalidad lo que incita de inmediato al alma al trabajo. Por ello no impides que la buena

tio se vale de las mesas y los altares para simbolizar el culto cristiano, y de la víctimas sacrificales y de la estatuas para el pagano.

[32] Según Heródoto (II 124, 1) este faraón cerró los templos y prohibió el culto a los dioses. Cambises, de acuerdo con la misma fuente (III 27-29), recurrió a la violencia para prohibir entre los egipcios el culto a Apis.

discordia tenga acceso a la piedad[33] ni rebajas el ardor de la devoción piadosa, esto es, de la competencia y la rivalidad que entre unos y otros se establece. Del mismo modo que todos los atletas corren bajo el mismo juez, pero no todos lo
hacen por la misma calle, sino cada uno por la suya, y el 69a
vencido no queda completamente privado de premio, también crees que el Juez grande y verdadero es uno sólo, pero no así el camino que conduce hacia Él, sino que hay uno más arduo y otro más sencillo, uno escabroso y otro llano, pero que todos, sin embargo, se dirigen hacia aquel único destino, con lo que nuestra rivalidad y nuestro celo no obedecen sino al hecho de que no avanzamos todos por el mismo camino. Si autorizaras una sola senda y cerraras el paso a las demás, obstruirías el espacio destinado a la prueba[34]. Así es desde antiguo la condición humana y el

unos a un dios y otros a otro sacrificaban[35]

era ya anterior a Homero. A Dios, en efecto, no le agrada b
que se alcance alguna vez entre los hombres semejante consenso. La naturaleza, según Heráclito, gusta de ocultarse[36], y más aún que la propia naturaleza, el artífice de la naturaleza, a quien veneramos y admiramos en mayor medida por no ser su conocimiento accesible ni evidente a primera vista
y no poder aferrarlo sin esfuerzo y con una sola mano[37]. Yo c

[33] La buena discordia es la figura de Hesíodo, *Trabajos y días* 11 ss. La competencia fructífera entre vecinos se aplica en este caso a la rivalidad en piedad entre paganos y cristianos.

[34] Se trata de una imagen bien documentada durante el siglo IV y que tiene una de sus formulaciones más felices en Símaco, *Relatio* III: *uno itinere non potest perveniri ad tam grande secretum.*

[35] *Ilíada* II 400.

[36] Heráclito, fr. B123 DK.

[37] Platón, *Sofista* 226a.

no considero esta ley menos importante que el armisticio con los persas, pues gracias a éste dejaremos de combatir contra los bárbaros; gracias a la ley viviremos sin conflictos entre nosotros mismos. Entre nosotros, en efecto, nos hacíamos más daño que el que nos ocasionaban los persas, y las acusaciones que partían en la ciudad de cada confesión eran más fieras que las acometidas de aquéllos. El pasado, divino emperador, te proporciona evidentes ejemplos de ello. ¡Deja que la balanza se mantenga en el fiel y no la inclines hacia uno de los lados! ¡Que de todas partes se eleven hasta el cielo las plegarias por tu cetro!

11 Tampoco tu ejército, príncipe, está constituido íntegramente por la misma y única clase de soldados, sino que unos sirven de hoplitas, otros como caballeros, otros de
d arqueros y otros como honderos; unos forman justo a tu lado, otros relativamente cerca y otros bastante retirados; unos se darían por satisfechos con que los reconocieran los miembros de tu guardia, mientras que a otros ni siquiera les cabe esta posibilidad. Todos, sin embargo, están pendientes de ti y de tu voluntad, no sólo los que forman parte del ejército, sino todos los civiles que se cuentan entre tus súbditos:
70a campesinos, oradores, curiales y filósofos. Piensa que es esta diversidad la que complace al Patrono del universo: su voluntad es que los sirios tengan sus propios ritos, así como los helenos y los egipcios, cada cual con sus particularidades; y ni siquiera dentro de los mismos sirios todos por igual, sino diferenciados en grupos más reducidos[38]. Nadie

[38] Por «sirios», «helenos» y «egipcios» Temistio entiende, respectivamente, cristianos (y hebreos, cf. VII 89d), paganos y seguidores de los cultos mistéricos. Del mismo modo, el orador defiende una actitud de tolerancia ante las diversas corrientes internas del cristianismo, particularmente la nicena y la arriana, a cuyos enfrentamientos mutuos, que marcaron los reinados de Constantino y Constancio II, alude en el párrafo anterior.

piensa, pues, exactamente igual que su prójimo, sino que cada cual lo hace a su manera. ¿Por qué hacer entonces violencia a lo que no puede evitarse?

12 Conviene, por lo tanto, que todos admiren a este di- b
vino emperador por su ley, pero particularmente aquellos a quienes no sólo les concede la libertad, sino que además les interpreta las leyes mejor que Empédocles (y no me refiero, ¡por Zeus!, al célebre Empédocles de antaño)[39], pues es perfectamente consciente de que junto a cada uno de los bienes humanos se agazapan el engaño y el fraude, que la superchería se reviste de magnificencia y la impostura de piedad. De ahí que unas las promueva y a otras les corte el paso, y c
que a la vez que abre templos cierre antros de hechicería, y que al tiempo que permite rituales legales no tolere a los embaucadores, estableciendo con toda claridad las mismas disposiciones que Platón, el hijo de Aristón. Os citaría sus palabras si no fueran demasiado largas para la ocasión[40].

13 Pero hemos de retomar el motivo de nuestra celebración, la cual, aun siendo a mis ojos la más grande de todas las celebraciones, no deja de representar para mí cierto motivo de disgusto, ya que la bella ciudad no goza conmigo de sus solemnidades. En este momento, noble ciudad[41], celebras los fastos con semblante triste, danzas afligida y, aun-

[39] Con este «Empédocles» moderno se ha identificado a Juliano, como representante de un neoplatonismo esotérico e intransigente (Cracco Ruggini), y al propio Jesucristo, en alusión polémica contra el cristianismo (Dagron). La alusión a Empédocles se repite en XIII 178a y confirma, en nuestra opinión, la tesis de la estudiosa italiana. Cf. XIII 178a y la nota correspondiente para las referencias. Cf. *etiam* introducción general, cap. 4.

[40] *Leyes* 908d.

[41] Constantinopla.

que contenta por la esperanza, te angustias ante el futuro;
d pero si vieras a tu amado desembarcar y poner el pie en su casa, ¿qué clamor no elevarías?, ¿de qué griterío no ibas a llenar el cielo al recibir en persona, después del hijo de Constantino, después de su sobrino[42], al gran Constantino?

Tales eran los pies de aquél, tales sus manos,
y las miradas de sus ojos[43].

71a No se ha despojado de parte de la corona, no se ha vestido una púrpura mutilada: mantendrá por ti el mismo grado de afecto. Cuando los atenienses vencieron a los persas, celebraron en sus naves los misterios con procesiones de antorchas; también nuestro príncipe, después de oficiar, una vez alcanzada la paz, los ritos preliminares, completará la ceremonia en el interior del santuario[44]. ¡Pero venga, bienaven-
b turado príncipe, démonos prisa! Ya ves que incluso el cielo comparte los afanes de la ciudad dispersando las nubes y haciendo que la primavera asome antes de tiempo. Envíame entretanto al Lucero de la mañana, al cónsul que todavía está en tus brazos, al que desde del pecho materno se parece ya a su padre. ¡Qué animoso! ¡Qué imperturbable! ¡Cómo parece a punto de dirigirse a la audiencia! ¡Que Dios, que lo

[42] Constancio II y Juliano respectivamente.

[43] *Odisea* IV 149-150. Según Maisano, Temistio intenta establecer un vínculo ideal entre Joviano y la extinta dinastía de Constantino a través de las palabras con las que Menelao reconoce a Telémaco como hijo de Odiseo. El fundador de la ciudad se reflejaría también en la persona del nuevo emperador.

[44] En Constantinopla.

ha hecho partícipe de esta magistratura que da nombre al año[45], nos conceda verlo también participar de la púrpura![46].

[45] El consulado. *Vid. supra* nota 15.

[46] El jovencísimo Varroniano estaba presente en el acto y no aceptó de buen grado que lo llevaran en la silla curul. Cf. AMIANO MARCELINO, XXV 10.

VI

«EL AMOR FRATERNO» O «SOBRE LA HUMANIDAD»

INTRODUCCIÓN

Valentiniano no dejó pasar mucho tiempo antes de designar a su colega de Oriente. El primero de marzo del 364 convirtió en Nicomedia a su hermano Valente en *tribunus stabuli,* y el 28 del mismo mes lo nombró emperador en un arrabal de Constantinopla[1]. Acto seguido, partieron para el Danubio y procedieron a la división del ejército, aunque poco después, a comienzos ya del otoño, encontramos a Valentiniano en Nicomedia, mientras que Valente demora su estancia junto al Danubio para regresar finalmente a Constantinopla el 16 de diciembre.

Es en la misma capital oriental donde Temistio pronuncia su primer panegírico ante el emperador, concretamente en el Senado y en presencia de Valente (así se explica que el orador confiese su incapacidad para expresarse en la lengua del monarca, que desconocía el griego)[2]. Las escasas men-

[1] AMIANO MARCELINO, XXVI 4, 2.

[2] En una interpretación singular G. SOTIROFF, apoyándose en un escolio que nos informa de que Temistio tradujo del latín el discurso de Constancio al Senado, defiende la tesis de que el orador se expresaba perfectamente en latín, de modo que la lengua que confiesa ignorar sería el ilirio; cf. «The Language...», págs. 231-32. Sin embargo, el panegírico alude claramente a un desconocimiento de la lengua oficial, y ésta no

ciones de Valentiniano sugieren que éste no se encontraba presente, aunque su ausencia no ha sido admitida con tanta unanimidad como para basar en este dato una datación indiscutible. Unos entienden que Valentiniano habría estado ocupado en otros asuntos, por lo que cabría datar el panegírico en la primavera del 364[3]. No obstante, también se puede suponer que este monarca estuviera ya en Occidente y que el discurso se pronunciara al regreso de Valente a Constantinopla, esto es, en el invierno del 364/5[4]. La imagen de que Valentiniano ha ganado dos ojos para el gobierno del imperio (VI 75a-d) y las exhortaciones a la armonía entre los hermanos hacen pensar en una división ya *de facto,* y que el acceso de Valente al trono queda ya relativamente lejos, lo que hace más verosímil la segunda datación. Esta reflexión lleva a Vanderspoel a interpretar el discurso no como una *gratulatio* por la proclamación de Valente, sino como una reflexión *a posteriori* sobre los acontecimientos, con la demora que cabe esperar en un político como Temistio[5]. Por otro lado, una carta de Libanio alude a un discurso pronunciado por estas fechas, que probablemente es el VI[6].

Lo cierto es que el orador celebra el nuevo reinado con una exposición de sus motivos habituales, aplicados en esta ocasión al amor entre hermanos y con el posible trasfondo

puede ser otra que el latín. A la ignorancia del griego por parte del emperador se alude también en X 129c.

[3] O. Seeck, *Die Briefe...*, pág. 302; W. Stegemann, «Themistius», col. 1659; G. Dagron, «L'empire...», pág. 21; W. Portmann, *Geschichte...*, pág. 160.

[4] H. Scholze, *De temporibus...*, págs. 25-27; I. Hardouin, *ap.* W. Dindorf, *Themistii...*, pág. 493; J. Vanderspoel, *Themistius...*, págs. 157-58.

[5] En este sentido cf. VII 84b-d.

[6] Libanio, *Epist.* 1495.

literario del panegírico de Aristides a Marco Aurelio y Lucio Vero (XXVII Keil). La virtud de la humanidad se plasma originariamente en el amor entre los hermanos: la *philadelphía* resulta ser una manifestación primordial de la *philanthrōpía.* Esta última nace, por lo tanto, en el núcleo familiar antes de extenderse a todos los súbditos. El amor entre los hombres procede de su común filiación divina, del mismo modo que el amor entre los príncipes hermanos procede del amor por su padre. Constantinopla, finalmente, en cuanto escenario del acto fraterno de la proclamación de Valente, reclama para sí lo mejor de sus atenciones.

SINOPSIS

1. El orador desearía comunicarse con el príncipe en su propia lengua. El contenido del discurso es más importante que las palabras.
2. El vínculo que une la filosofía con la realeza: la enseñanza y la práctica del bien.
3. La tragedia se equivoca al considerar divina la tiranía. La filosofía y la realeza reflejan el orden divino.
4. Dios se vale de la elección humana para proclamar al monarca, pero éste ha de demostrar su filiación divina en el ejercicio de la virtud.

5-6. Legitimidad de Valentiniano y de Valente. Su amor fraterno. Ejemplos de soberanos fratricidas. Ventajas de la división del imperio para los hermanos y para los súbditos.

7-8. De la armonía entre los príncipes procede el ejercicio de su humanidad.

9-10. La hermandad entre los hombres procede de ser hijos de Dios. Los hombres son las únicas criaturas que tienen conciencia de este parentesco.

11-12. El ejercicio de la humanidad es el camino para asimilarse a Dios.

13. Del cielo sólo procede el bien. Error de Homero en este punto.

14-15. Los apelativos del príncipe han de proceder de su humanidad, no de sus acciones bélicas. El ejemplo de Tito. El monarca ha de ejercer en todo caso la clemencia, no la venganza.

16-17. El mismo príncipe reflejó en su discurso las ideas de Platón sobre la realeza.

18. La fraternidad del príncipe tiene su origen en el amor a su padre.

19-21. Constantinopla merece particularmente el amor de los príncipe por ser la «madre de la realeza».Valentiniano y Valente superan a Constantino. Encomio de la ciudad.

«EL AMOR FRATERNO» O «SOBRE LA HUMANIDAD»

1 Aunque jamás hubiera imaginado, príncipes, que iba a 71c
tener necesidad del idioma oficial[1], y siempre he creído suficiente manejar con soltura nuestra lengua griega, en este momento, si estuviera en mi mano, cambiaría de lengua con los que se expresan con soltura en aquel idioma con tal de
no tener que comunicarnos por voz ajena. Pero esto, sin du- d
da, resulta imposible, aunque tampoco voy a necesitar dedicarme durante un año a practicar vuestra lengua como tiempo atrás Temístocles, el hijo de Neocles[2]. Éste, debido a que no alentaba pensamientos honestos, no recurrió a intérprete alguno para lo que pretendía tratar con el Rey; yo, en cambio, le pediría a todos los hombres que actuaran de ayudantes e intérpretes del discurso que me dispongo a pronunciar.
¡Tal es la confianza que tengo depositada más que en las 72a
palabras, en el mensaje de mi intervención! Es tarea vuestra

[1] Es decir, *hē kratoûsa diálektos*. Así denomina también Libanio al latín: cf. *Epíst.* 668. Valentiniano y Valente, militares oriundos de Panonia, desconocían el griego, por lo que se imponía la necesidad de intérprete.

[2] Temístocles se consagró durante un año al aprendizaje del persa para garantizar la confidencialidad de sus conversaciones con Artajerjes. Cf. Tucídides, I 138, 4 ss. y Plutarco, *Temístocles* 27, 1; 29, 3.

identificar los discursos que no cuidan las palabras, sino el contenido, y muy especialmente los de aquéllos que ejercen de filósofos.

2 Así son las cosas. Desde un principio, príncipes, existe entre la realeza y la filosofía un vínculo de simpatía y parentesco, pues Dios envió ambas a la tierra con idéntica mi-
b sión: atender y corregir a los hombres, la una enseñando el bien, y la otra proporcionándolo. Éste es precisamente el que considero el primer rasgo de vuestra naturaleza, a saber, que no ignoráis este parentesco ni os ocurre lo que a la mayoría: que por culpa de los bastardos de la disciplina aborrecen también a los legítimos. Pero no es éste vuestro caso,
c sino que sois de la opinión de que nada tienen que ver con los médicos los envenenadores, ni con los oradores los delatores, ni con cualquier otra arte quienes hacen uso de ella contra su fin natural . De ahí que no hayáis expulsado de la corte el manto[3], que para nada goza de menor estima entre vosotros que el generalato o la satrapía[4].

3 Así que Eurípides o quien fuera el que escribió que

los tiranos se hacen sabios en el trato con los sabios[5]

no era, en mi opinión, de «sagaz entendimiento»[6], pues de serlo, jamás habría considerado la filosofía amiga de la tira-

[3] Se trata, una vez más, del *tribónion* que simboliza la profesión del filósofo, equiparada al servicio de las armas. Cf. V 63d.

[4] Temistio emplea el término persa para referirse al gobierno provincial.

[5] El fragmento es en realidad de Sófocles (frag. 13 NAUCK, 14 PEARSON). PLATÓN, sin embargo, atribuye el verso a Eurípides en *Teages* 125b y en *República* 568a. Lo atribuyen explícitamente a Sófocles Libanio *(Epíst.* 33) y GELIO (XIII 19, 1). La duda de Temistio revela su conocimiento de las diferentes atribuciones.

[6] PLATÓN, *República* 568a.

nía, ni que son del mismo tenor dos realidades tan opuestas como la virtud y el vicio. Antes bien, del mismo modo que d
los que padecen un exceso de melancolía apartan de su lado a quienes pueden curarlos, la tiranía no tolera a la filosofía. Por ello Dionisio vendió como esclavo a Platón, Nerón exilió a Musonio y el fratricida encarceló al de Tiana[7]. Lo propio de ellos era, al parecer, cometer actos impíos tanto contra los hermanos como contra los filósofos, del mismo modo que, justo a la inversa, entre la filosofía y el amor fraterno existe un lazo de familiaridad y de respeto. Así que la trage- 73a
dia yerra en este punto, y mucho más aún cuando afirma que la tiranía es divina[8], pues redunda en el mismo error. Dios es, en efecto, el cénit de la sabiduría, o mejor aún, la sabiduría misma, y a Eurípides le habría bastado con dirigir su mirada hacia el cielo para percatarse y entender que lo que se encuentra allí no es propio de una tiranía; son las obras felices de una feliz monarquía que no emplea su inmenso poder en ejercer una potestad arbitraria, sino que procede durante toda la eternidad de acuerdo con las leyes

[7] Para la venta de Platón como esclavo por parte del tirano de Sicilia cf. PLUTARCO, *Dionisio* 5, 3. El estoico Musonio fue exiliado a las Cícladas por su participación en la conjura de los Pisones: cf. TÁCITO, *Anales* XV 71 y más abajo *Disc.* VII 94a. Por último, Domiciano, calificado de fratricida por el envenenamiento de su hermano Tito (cf. FILÓSTRATO, *Vida de Apolonio de Tiana* VI 32) y antítesis completa de los hermanos destinatarios de este discurso, encarceló a Apolonio de Tiana y decretó la expulsión de los filósofos.

[8] PLATÓN, *República* 568a, que cita EURÍPIDES, *Troyanas* 1169: «la tiranía semejante a un dios». Cf. *etiam Fenicias* 506, donde es calificada de «la mayor de las divinidades». Es evidente que la acepción con la que Eurípides emplea el término «tiranía» no tiene nada que ver con la concepción temistiana del «tirano», que encabeza un régimen político de terror según la caracterización de toda la tradición platónico-aristotélica.

que ella misma establece y mantiene inalterables para la
salvación de los seres[9].

b **4** El orden, efectivamente, no es un signo de debilidad,
sino de una naturaleza inmóvil e inalterable, y todo lo que
en ella se acerca más a lo universal goza en mayor medida
de ese orden. La perturbación, el tumulto y el desorden par-
ticipan escasamente del ser, y en la medida en que padecen
merma o debilidad, tanto más por debajo quedan de la de-
nominación de ser[10]. No son imágenes de semejante régi-
men el que Minos instauró en Creta, ni el de Licurgo en La-
cedemonia, ni el de los antiguos romanos, sino el que
gobernáis vosotros dos, el que ha recaído en vosotros con el
c asentimiento de Dios. No vayáis a creer, nobles varones,
que los soldados tienen competencia en una elección de
tanta importancia, sino que es de lo alto de donde procede
realmente el decreto, y en lo alto donde se ratifica la pro-
clamación (a esto se refiere Homero con «la voluntad de
Zeus»)[11] con la colaboración de los hombres. Acto seguido,
os corresponde a vosotros demostrar que los soldados han
colaborado realmente con Dios, pues si es sólo en el poder
en lo que depositáis vuestra confianza, daréis la impresión
de haberos apoderado del imperio por las armas; en cambio,
si vuestra fuerza reside en la excelencia de vuestra virtud, se
d comprobará que habéis sido propuestos por el cielo. Luego
la prueba de que vuestra investidura procede de allí no es el
águila dorada ni las venerables letras[12] ni naderías de este

[9] Platón, *República* 425e.

[10] La argumentación se ajusta a los principios de la metafísica platónica, incluido el concepto de «imagen», *eikón*, que sigue a continuación.

[11] *Ilíada* I 5, *Odisea* XI 297.

[12] No queda claro a qué se refiere Temistio con estos *grámmata polytímēta*. Petau cree que se trata del nombre del emperador reinante, inscrito en los estandartes.

tipo, sino vuestro ánimo siempre vuelto hacia Aquél y
siempre empeñado en su emulación[13]. De igual modo que
vosotros no toleráis a quien pretende gobernar sin vuestras
credenciales[14], tampoco es grato a los ojos de Dios el que se
viste la púrpura sin el distintivo divino. Éste es, por lo tanto,
el distintivo que habéis de acreditar, puesto que lo que toca
a lo humano ya lo cumplís, y de modo bastante extraordina-
rio, pues la proclamación por parte de la multitud es tan ho-
norable como la que procede de un soberano único: ambas 74a
cosas han concurrido en vuestro caso. A aquél lo honra la
proclamación de la multitud, a ti la de un soberano único,
aunque el voto de la multitud también a ti te alcanza, pues al
que te ha convertido en su colega lo colocaron todos los
hombres al frente del imperio, y ha demostrado que lo me-
recía al traspasártelo a ti en absoluta igualdad de condicio-
nes[15].

5 No me conformo, sin embargo, con lo terreno. Yo per-
sigo la impronta que viene de lo alto y pretendo demostrar b
que es de allí de donde procede vuestra elección. Hasta aho-
ra me parecía prueba suficiente de que vuestra investidura
procede de Dios el afecto y la estima que os profesáis mu-
tuamente, pues si a los que obtuvieron el poder por herencia
paterna y recibieron la parte que legalmente les correspon-
día el parentesco los condujo a una enemistad irreconcilia-

[13] Cf. V 64b-c

[14] Las credenciales *(sýmbola)* a que alude el texto son los codicillos o *diplōmata* que identifican a los magistrados, según apunta Petau. Aun así el término posee una evidente carga filosófica, pues también son *sýmbola*, en el sentido neoplatónico del término, las huellas divinas presentes en el monarca, a las que se alude de inmediato.

[15] Cf. Amiano Marcelino, XXVI 1-4. Valentiniano había sido proclamado en Nicea por las máximas autoridades civiles y militares. Inmediatamente después de que el ejército confirmara esta proclamación, designó a su hermano como colega y se dirigió con él a Constantinopla.

ble, ¿qué se puede decir de vosotros, que, sin que la ley os forzara a ello, habéis seguido los dictados de la naturaleza y os habéis repartido en paz y sin alboroto un imperio que otros que lo habían recibido en herencia pretendieron con el
c asesinato mutuo?[16]. La escena está repleta de dramas antiguos y, aun así, le ganan la partida los dramas actuales. Sería interminable enumerar, si nos remontamos atrás en el tiempo, a los jóvenes de Tebas[17], a los Pelópidas, a Cambises, a Nerón, a Domiciano, al hijo de Severo, y tantos otros casos recientes y remotos de hombres que se redujeron a sí mismos a la soledad a pesar de que la naturaleza los había multiplicado: así fue como una familia tan numerosa terminó aniquilándose a sí misma por su ambición monárquica. Ante vosotros, por el contrario, se quedan pequeños Jerjes,
d Seleuco y el hijo de Filetero, pues a éstos tan sólo se los celebra por haber tratado con mesura a los hermanos que les disputaban el reino: como si de algo extraordinario se tratara, se alaba al medo por perdonar a Ariamenes a pesar de que había pleiteado contra él por el reino paterno, y se alaba a Éumenes por haber sido indulgente con Átalo a pesar de su rebelión[18]. Sin embargo, vosotros sabéis que el amor

[16] Alusión evidente a los asesinatos que siguieron a la muerte de Constantino en el 337, y que desembocaron en el reparto del imperio entre Constantino II, Constancio y Constante.

[17] Eteocles y Polinices encabezan este recuento histórico y mítico de célebres relaciones fratricidas, entre las que se menciona también la de Atreo y Tiestes, hijos de Pélope, y la de Caracalla, hijo de Severo, con su hermano.

[18] Jerjes honró a su hermano Ariamenes a pesar de que le había disputado el trono de Darío ante su tío Artabano. Seleuco había combatido por el reino de Siria contra su hermano Antíoco IV, quien, ante la noticia de que Seleuco no había muerto en el combate y se disponía a retomar las armas contra él, reaccionó ofreciendo sacrificios de agradecimiento a los dioses. Átalo, hijo de Filetero, heredó el trono de Pérgamo al recibirse la

fraterno es algo más que benevolencia, ya que tenéis motivo 75a
para jactaros no de las afrentas mutuas que habéis dejado de infligiros, sino de los beneficios mutuos que os habéis proporcionado. En efecto, aunque el mayor de los beneficios procede de uno de los dos, en modo alguno se le debe a éste un mayor reconocimiento, pues quien decide compartir el imperio hace partícipe de fatigas a alguien que sabe lo que asume, no de placentero abandono. Y es que quien decide compartir la púrpura para esto otro no le hace ningún bien al imperio, no sólo ya a un colega a cuya maldad le suma la responsabilidad de un cargo, sino también al resto de los hombres, que están condenados a sufrir una calamidad doble.

6 Por otro lado, al igual que los soldados han recibido con b
su elección más de lo invertido, tu hermano ha salido favorecido al no tener que preocuparse ya de su ganancia ni ser ésta objeto de codicia, pues lo que ha cedido revierte sobre él mismo. De hecho, no se ha visto privado de una parte de su reino sino que ha logrado ser más que príncipe, pues como príncipe lo eligieron los soldados, pero tú lo has convertido en un gran príncipe: al aceptar la púrpura, le has dado a c
cambio otra alma y otro cuerpo, una facultad mayor para ver y oír, para hablar simultáneamente en auditorios remotos y para hacer justicia a un mismo tiempo entre sirios y britanos. También de Zeus dice el poeta que volvía su mirada desde Troya hacia la Tracia, y ello a pesar de encontrarse en

falsa noticia de que su hermano, Éumenes II, había muerto en Delfos. Cuando el rey volvió a la ciudad, Átalo renunció al trono y mantuvo excelentes relaciones con su hermano hasta su muerte. Cf. PLUTARCO, *Sobre el amor fraterno* 448d-490a, que incorpora la misma serie de ejemplos, aunque con la notable diferencia de proponer a Seleuco en vez de a Antíoco como modelo de amor fraterno. Cf. R. MAISANO, nota *ad loc.*

lugares opuestos[19]; a aquél, sin embargo, le es posible estar al mismo tiempo contemplando Italia y visitando el Bósforo, y nada le impediría, si así lo deseara, vigilar el Océano y el Tigris, y abarcar al mismo tiempo con su mirada los con-
d fines de la tierra. ¿Todavía crees que ha dado más que de lo que ha recibido? El hecho es que en este momento a un súbdito del Imperio romano no lo guardan por Oriente y Occidente hoplitas ni jinetes, sino príncipes, y príncipes igualmente competentes, compenetrados ambos como uno solo. Y no hay que irritarse con mi discurso porque compita con su argumento.

7 No deja de ser de gran importancia el hecho de que no
76a cojee la pareja de corceles, y que el título de príncipe no recaiga sobre ambos para que, a la postre, sólo uno de los dos lo ejerza de hecho, razón por la cual casi ninguno de vuestros predecesores sacó provecho de compartirlo: asociaron a su persona, por entender que se les debía tal honor por el vínculo de sangre, unos a sus hijos, otros a sus hermanos y otros a algún pariente allegado; pero no tardaron en humillar a los que creían haber honrado, con lo que no ganaron su amistad por el obsequio, sino su irritación por las vejaciones. Éste, en cambio, recibiendo y repartiendo hasta las úl-
b timas consecuencias, y a título de hermano y de padre (lo uno por naturaleza y lo otro por haberse hecho tal), te ha entregado una parte igual a la suya, pero de hecho mantiene íntegro su poder por la docilidad de su colega. De ahí que el Imperio Romano esté más compenetrado y concorde que la cuadriga a cuyas riendas se encuentran en Homero los dos hijos de Áctor[20], pues no es que el uno aguije a los caballos

[19] *Ilíada* XIII 3 ss. Cf. *Disc.* VIII 117a y XI 152b.

[20] *Ilíada* XXIII 638-642.

y el otro los guíe, sino que ambos los guían con las mismas riendas.

8 Es algo apreciado en sí mismo por los súbditos el amor fraterno que existe entre nuestros príncipes, del mismo modo que la mayoría prefiere para su bienestar y seguridad
que una sola mente pilote la nave. De hecho, tenemos mayor c
acceso a la justicia y nos sentimos más confiados en cualquier circunstancia por la cercanía de sus armas. Pero no es ésta nuestra mayor ganancia: la fraternidad es un indicio de humanidad[21], y el afecto por quienes han nacido de los mismos padres y de la misma semilla constituye, por así decirlo, el principio y fundamento del afecto por todos los hombres. La naturaleza, que ha concedido al hombre un lugar de privilegio sobre el resto de las criaturas, inicia su tarea de
estrechar los lazos entre los de la misma especie por los pa- d
rientes cercanos y «por el hogar»[22], de modo que al amor por el hermano le sigue el amor a la familia, y al amor por la familia el amor a la patria, y al amor por la patria el amor a los hombres. Y cuando uno se adentra en el vestíbulo de la naturaleza, no puede dejar de seguirla hasta el interior.

9 Pero ¿para qué necesito insistir en los lazos que unen 77a
necesariamente la fraternidad y la humanidad? ¡Venid aquí, bienaventurados, venid aquí y reconoced a vuestro verdadero Padre, a su prolija descendencia y a la totalidad de vuestros hermanos! No son sólo cincuenta, como los hijos de Egipto[23], ni como los hijos de Príamo que enumeran los

[21] Temistio vincula de este modo los términos *philadelphía* y *philanthrōpía*.

[22] Para este proverbio cf. XIII 165c y nota.

[23] Cf. Apolodoro, II 1, y particularmente Sófocles, *Suplicantes*, *passim*.

poetas[24]; proceden de la misma semilla y mantienen con vosotros y entre ellos legítimo vínculo de hermandad cuantos llevan sobre sí la impronta del Padre: la común posesión de su razón[25] y la armonía entre esta razón y su propio cuerpo.
b ¡Ahí tenéis! ¡Examinad este distintivo, a ver si no es más fiable que collares[26] y anillos! Si les fue suficiente a los hijos de Pélope que una parte de sus hombros pareciera marfil para acreditar su parentesco[27], ¿no os iba a bastar a vosotros todo vuestro cuerpo para demostrar que es uno solo vuestro Padre y Señor? Y además, ¿cuánto más evidente que el del cuerpo no es el parentesco y la semejanza del alma cuando se conserva en su pureza natural? Todos discutimos sobre la virtud, nos avergüenza aprobar el vicio,
c no soportamos la soledad, nos ayudamos mutamente en las dificultades, acudimos en situaciones de peligro sin necesidad de que nos llamen, nos guarda una sola nodriza, compartimos la propiedad de la herencia paterna: la tierra, el mar, el aire y el agua, y también las plantas y los animales, bienes que en parte nos hemos repartido y en parte permanecen aún sin distribuir. Y para terminar, somos las únicas criaturas sobre la tierra que con más o menos claridad tene-

[24] *Ilíada* VI 243-246.

[25] La hermandad de los hombres se refleja, según la tradición filosófica que remonta a Heráclito y llega hasta el cristianismo, en la común posesión del *lógos* divino.

[26] Aceptamos la corrección de Harduin *(deraíon,* «collares», por *doreôn,* «anillos»): Temistio estaría aludiendo a las señas que para su futuro reconocimiento se dejaba a los hijos abandonados.

[27] Como herencia del hombro de marfil que hubieron de emplear los dioses en la resurrección de Pélope, que había sido despedazado y servido como comida por parte de su padre Tántalo para probar la omnisciencia de aquéllos. Deméter, apenada por el rapto de su hija, fue la única divinidad que probó inadvertida el ominoso banquete y devoró el hombro del joven. Cf. XXI 250b.

mos conciencia de nuestro Padre, pues aunque seamos diferentes en los demás aspectos, es en Él en quien todos nos apoyamos.

10 No hablaba a la ligera el sapientísimo Homero al ce- d
lebrar continuamente en sus poemas al mismo y único «padre de hombres y dioses». ¿Por qué no se refiere a ál como «padre de caballos» o, ¡por Zeus!, «de perros» o «de leones»? En mi opinión, porque ninguna de las demás criaturas participa en ninguna medida de quien le ha dado el ser: ni tienen noción de aquél ni tampoco de su mutua existencia; sólo sobre los hombres se ha derramado el líquido de la segunda cratera[28]. Y participar de su razón no significa sino partici- 78a
par de la simiente divina[29]. El poeta beocio piensa también igual que Homero:

La misma es la raza de los hombres y la de los dioses, y de madre unos y otros nacimos[30]. *[la misma*

¡Con cuánta razón nos hace parientes no ya de padre, sino también de madre! Luego si todos tenemos el mismo padre y la misma madre y procedemos de padres tan venerables, en nada se diferencian, a mi modo de ver, el amor entre hermanos y el amor por los hombres. Sin embargo, la realidad es que por haberle fijado a aquel amor unos límites muy estrechos y definidos, sentimos aversión en las tragedias por los hijos de Edipo, como monstruos que son y oprobios de la naturaleza, pero ni nuestras insidias ni nuestros rencores b
mutuos nos parecen adecuados para la tragedia, ni nos aver-

[28] Según el proceso platónico de creación del alma humana: PLATÓN, *Timeo* 35a-41e.

[29] *Timeo* 73c.

[30] PÍNDARO, *Nemea* VI 1.

gonzamos ante nuestro Padre de no darle nunca la alegría de mantenernos en paz entre nosotros.

11 Pero en vuestro caso, príncipes, esto resultaría intolerable. Ya que nuestro común patrón os ha concedido la primacía como los más venerables y dignos de toda la especie
c humana, no habéis de comportaros, ni entre vosotros ni con nosotros, de otro modo que como lo quiere vuestro Padre. Y quiere que sea en paz, con mansedumbre y humanidad, igual que Él con sus otras obras y criaturas. Ved cómo el rayo se prepita en pocas ocasiones y sobre pocos hombres, mientras que la luz se difunde en todo momento y sobre todos. Luego no es posible asimilarse a Dios si uno se despreocupa de ser benévolo con los hombres. No cabe imitarlo con la práctica de las artes de la caballería, del tiro con arco y del lanzamiento de jabalina; ni siquiera, ¡por Zeus!, con el
d dominio de los placeres del cuerpo[31], pues estas bondades del alma son demasiado bajas y, en rigor, terrenales y humanas; sólo es verdaderamente divino y celestial tener la potestad de hacer felices a los hombres. En esto consiste la condición divina y por ello no vacilamos en aplicaros este calificativo, cuya legitimidad no se verifica si no existe previamente la humanidad.

12 Examina esto: con ser tres los rasgos que caracteri-
79a zan a Dios en cuanto tal (la vida eterna, la omnipotencia y el ejercicio constante del bien) sólo a través de lo último tiene a su alcance el monarca la asimilación a Dios, pues en eternidad o en omnipotencia nadie que no sobrepase en locura a los Alóadas se atrevería, ni de cerca, a competir con Él[32]; pero la virtud que concierne a los hombres, la mansedumbre y la benevolencia (dudo una y otra vez si hablar, pero la

[31] Platón, *Fedón* 69a, *Banquete* 196c.

[32] Sobre los Alóadas cf. II 36b y nota.

verdad lo aprueba), ¿no se encuentra más próxima a quien comparte su misma naturaleza? Ella es la que hace al hombre «semejante a Dios», la que lo convierte en «imagen de
Dios»[33]. Así es como el rey se convierte en «retoño de Zeus», b
en «criatura de Zeus»[34]. Así no mentiremos al atribuirle el calificativo de «divino» (y no hay que esperar a que separe el Atos del continente ni a que llene Asia de cadáveres)[35]. Un solo terremoto y una epidemia producen de hecho efectos comparables, e incluso mucho más graves y extraordinarios. Y es que entre los rasgos de Dios que he enumerado ninguno otro de su bendita naturaleza brilla con más fuerza que el bien. De ahí que consideremos este término como el más adecuado y digno de Él, ya que tanto la longevidad como la abundancia de fuerza las podemos ver incluso en muchos seres que carecen de alma.

13 Pero Homero, según parece, no comprendió adecua- c
damente este punto cuando se imaginó dos tinajas colocadas en el palacio de Zeus llenas de suertes, la una, de las buenas, y la otra, de las contrarias[36], ya que de males no existe depósito en el cielo: ese tonel está salpicado del barro y de la tierra que tenemos aquí, y somos nosotros quienes lo llenamos y lo vaciamos. Y tampoco permitimos que dejen de manar las fuentes de bienes que proceden de lo alto, bienes que proporciona de continuo y sin fatiga de su mente, según explica la poesía filosófica, el «dispensador de bienes»[37], el

[33] Platón, *República* 501b. Cf. XV 189a, XIX 230a.

[34] Cf. II 34d, V 64b, XI 143a.

[35] Alusiones a las expediciones bélicas de Jerjes y Alejandro. Cf. II 36b.

[36] *Ilíada* XXIV 527 ss. Platón ya critica las palabras de Homero en *República* 379c-e. Cf. *Disc.* XIII 174d, XV 194a, XIX 228d.

[37] *Ilíada* XVI 176; *Odisea* VIII 325, 335. Cf. *Disc.* V 64c y nota. Homero y Hesíodo entraban en la Antigüedad tardía dentro de la categoría de poesía filosófica o revelada.

d administrador de la felicidad, a quien asisten la Justicia y el Buen Gobierno[38] y a cuyo lado se encuentran las Gracias (Eufrósine, Aglaya y la encantadora Talía)[39]. Todas sus advocaciones proceden de su amor a la humanidad: «dulce», «protector de la amistad», «hospitalario», «protector de suplicantes», «guardián de la ciudad», «salvador».

14 Yo querría anteponer a los vuestros toda esta serie de apelativos, príncipes, por considerarlos mucho más divinos y apropiados que los que derivan de los pueblos sojuzgados.
80a Ningún nombre de aquellos procede del cielo: ni «Pérsico» ni «Germánico» ni ninguno que se te ocurra. Además, si no andan alborotados los bárbaros, se falta a la verdad al escribirlos. Aquellos otros proceden en cambio de vuestro Padre que está en lo alto y se pueden emplear tanto en la guerra como en la paz, y estáis en situación de confirmar toda la lista, sobre todo cuando os sentáis en el trono, con un simple asentimiento y una simple frase (como la que sé que pronunció hace tiempo un emperador romano)[40]: «Hoy no he reinado, pues no he beneficiado a nadie». ¡En verdad que esta
b sentencia es parangonable a muchas e importantes batallas de caballería y de infantería! De hecho yo no la admiro menos que los triunfos de Alejandro. ¿Qué dices, divino príncipe? ¿Que no reinaste aquel día porque no beneficiaste a nadie? ¿Es que no has beneficiado a muchos más sin contar ese día en que pronunciaste tu sentencia? Con ella todos los que han reinado después de ti han aprendido cuál es su tarea y cómo han de actuar en toda ocasión para mantener su buen nombre; luego es justo decir, príncipe, que ni siquiera

[38] Díke y Eunomía.

[39] Hesíodo, *Teogonía* 909.

[40] Tito, según noticia de Suetonio, *Tito* 8, 1. Se trata de una de las citas favoritas de Temistio: cf. VIII 107a, XIII 174c, XV 193a, XVIII 225a.

aquel día de tu reinado se perdió, pues a la carencia que le reprochaste con tus palabras tus propias palabras le han c
puesto remedio.

15 Algo parecido podría contar también de otro monarca no muy antiguo ni de la edad de oro, sino coetáneo de los que nos hallamos ahora mismo a tu lado, el cual, después de la retirada del bárbaro, sometió a quien había sido su principal motivo de aflicción en el levantamiento de Occidente y restableció su autoridad, depuso su enemistad y respondió a sus ultrajes con generosos beneficios, con lo que indujo a su ofensor al arrepentimiento, así como a sufrir el castigo de sus remordimientos al tomar conciencia, por los beneficios recibidos, de la magnitud de su crimen[41]. Luego d
al verdadero rey no le conviene devolver las ofensas, sino, haciendo el bien, quedar por encima de quien le causa aflicción. Ésta es, en efecto, la victoria de la virtud; la venganza lo es de la fuerza. Hay que hacerse grande no con la ira, sino con la clemencia, pues ésta es grande y divina, mientras que aquélla es mezquina y humana, y prevalece sobre hombres humillados, nunca sobre hombres erguidos. Mi deseo sería no tener que temeros a vosotros, sino temer por vosotros, y que este temor de todos vuestros súbditos, igual que 81a
el que sentimos los unos por los otros, guardara vuestro imperio.

16 El caso es que te estoy refiriendo palabras ajenas y no sé por qué paso por alto las tuyas; y eso que aún resuena en mis oídos[42] el discurso que ayer pronunciaste ante el Senado y ofreciste como garantía de la felicidad venidera. Y la verdad es que me quedé maravillado de la naturaleza huma-

[41] Una nueva alusión a la derrota incruenta de Vetranio por parte de Constancio II.

[42] Como el sonido de la flauta, según la expresión de Platón, *Menéxeno* 235b-c.

na, porque, aun siendo una, se manifiesta de múltiples formas. En efecto, reconozco claramente en tus palabras las precisiones del divino Platón sobre el arte de gobernar, aun-
b que cambie su formulación: que es de gran provecho para los gobernados que los reyes se hayan hecho previamente a sí mismos, que hayan recibido una educación dura y libre de adulación cultivando el campo, sirviendo en cargos públicos, durmiendo al raso, participando en campañas militares y creciendo en la dureza de la vida humana, como Ciro, como Darío, como Numa[43] y como los romanos más esclarecidos; y que es peor enfermedad para un gobierno que los súbditos queden expuestos a los calumniadores a que lo estén a los bárbaros, igual que, según creo, son más graves para el cuerpo las afecciones internas que las que le llegan del
c exterior. Y todas estas reflexiones, como decía, proceden del santuario de la Academia.

17 Yo afirmo, príncipe, que debes colocarte ante ti aquel discurso para que, mirándolo y fijando en él tu vista cada día como si se tratara de un espejo, acicales no tus cabellos, sino el poder de Roma. Para nada necesitas los consejos de Marco[44] ni nada de provecho que haya salido de los labios de cualquiera de los emperadores antiguos, sino que tienes en tu propia casa a Fénix[45], que te asesora en lo que has de hacer y decir.

[43] Para el rey Numa como depositario de una tradición romana de justicia y piedad cf. XIII 178a y nota.

[44] Marco Aurelio.

[45] No está claro a quién se refiere con la figura del preceptor de Aquiles. Para Hardouin sería su propio hermano Valentiniano. Maisano sugiere, en cambio, que cabe interpretar *oíkothen* no como «en tu propia casa», sino como «por naturaleza», «dentro de ti», con lo que se estaría subrayando la autosuficiencia del emperador.

18 Cuando pienso en lo que dices de tu padre[46], dejo ya d
de indagar la razón de tu amor fraterno. Alguien que ama como tú su imagen en bronce (hasta el punto de mostrarse tan agradecido con los que aprobaron su erección) es lógico que sienta un gran aprecio por su imagen viviente y que la ame no menos que a sí mismo: de hecho, tú también eres una imagen viva del mismo modelo. De ahí que no hayáis
tolerado el menor desequilibrio entre vuestras fortunas, sino 82a
que habéis restituido la igualdad mutua lo antes posible: entrasteis en aquel arrabal[47] como rey y particular, y salisteis al poco tiempo como pareja de emperadores, ufano cada cual de su colega más que de sí mismo, entre súbditos que afluían espontáneamente de todas partes y con la convicción por parte de ambos de haber nacido por segunda vez. Nadie se ha aprestado con tanta alegría a gobernar en solitario como vosotros a repartiros el imperio. ¡De cuánto amor frater-
no habéis colmado también nuestras casas! ¿Quién no va a b
sentir vergüenza en adelante de disputar con su hermano por los esclavos o por un poco de tierra al ver que vosotros os habéis repartido toda la tierra y todos los pueblos sin alboroto?

19 Sin embargo, del mismo modo que no a todos los que son de la misma sangre se les debe la misma atención, tampoco habéis de tener con todo el mundo el trato que os dispensáis entre vosotros. ¿Queréis que os diga con franqueza quiénes es justo que se beneficien de vuestra atención? Aquellos que habéis convertido en primeros testigos de

[46] Graciano, *comes Africae,* oriundo de la Panonia y brillante militar: cf. Amiano Marcelino, XXX 7, 2-4. El Senado aprobó la erección de una efigie suya en bronce al poco tiempo de asumir sus hijos el poder. Valentiniano y Valente serían en cambio «imágenes vivas» de su padre.

[47] La ceremonia tuvo lugar en Hebdomon, localidad vecina de Constantinopla. Cf. Amiano Marcelino, XXVI 4.

273.—9

c vuestro sagrado acuerdo, y ante quienes habéis ofrecido una primera demostración del apoyo que os prestáis mutuamente. Si los plateenses se jactaban con razón de haber ofrecido su territorio a los griegos para la batalla contra los bárbaros, ¿no nos vamos a sentir nosotros orgullosos y ufanos de haberos prestado un escenario que no desmerece de la filosofía? Una ciudad reina, una ciudad feliz que es hogar de monarcas felices, auspicio favorable de vuestra elección, y que más que presenciar los acontecimientos, los ratificaba sin inclinarse más por el que recibía que por el que entregaba. Hemos sido, en efecto, la primera ciudad de todo el imperio en acoger la mejor fortuna del uno y la demostración de virtud del otro.

20 Pero he regresado de nuevo al mismo tema, y ya que he de recordarte tus palabras, voy a hablar de la propia ciudad.
d Aunque ¿qué podría decir sobre ella a estas alturas cuando tú la llamaste ayer en el Senado «madre de la realeza»? Ni siquiera Constantino, por mucho que lo deseara, hubiese podido dirigirse a ella en estos términos. Por lo tanto, consideramos una garantía las palabras con que has retado a su fundador, pues si aquél nos dispensó tantas atenciones por
83a haber expandido su imperio desde nuestros puertos[48], ¿con cuánto celo no es justo que nos obsequie quien ha obtenido el poder por la buena fortuna de la ciudad? En la medida en que tiene más valor adueñarse de bienes que acrecentar los que se poseen, tanto más fundamento tiene tu benevolencia para con la ciudad. ¿Acaso no sería extraño que el arrabal en el que te vestiste la púrpura lo embellecieras con un pe-
b destal, una tribuna y estatuas, y no creyeras, en cambio, de-

[48] Posible alusión a la derrota naval de Licinio en los Dardanelos, cuyas naves se estrellaron contra los escollos a causa de una tempestad. Cf. Zósimo, II 17, 2.

berle gratitud a la ciudad que no has dudado en llamar «madre» de tu proclamación ? Esto, en lo que a ti respecta. Pero si se sopesaran, por otro lado, los motivos por los que Constantino se dejó cautivar por la bella ciudad y los que tuvo tu propio hermano, a fuer de ser justos, para preferirla, se hallará más meritoria tu proclamación que su victoria, pues el primero le arrebató la púrpura a su cuñado[49], mientras que el segundo la traspasó de inmediato a su hermano. Bien mirado, es más afortunado un justo honor que un justo castigo, y elegir a quien comparta el imperio que derribar a quien lo compartía. De todo ello se desprende que tanto juntos como c
separados superáis al propio fundador en vuestro comportamiento con la ciudad.

21 Pero dejemos esto aparte. Ella por sí misma, sin tales credenciales, ¿puede carecer de honores y reconocimientos y ser objeto de menosprecio por parte de quienes se disponen a gobernar todo el mundo? ¿No es como el segundo ojo del único cuerpo que es toda la tierra[50], o mejor dicho, como su corazón, su ombligo o el miembro más importante que imaginarse quepa? Es punto de encuentro de dos continentes, puerto estratégico, mercado de la tierra y el mar, pujante ornato del poder romano, pues no está emplazada, d
como un recinto sagrado, fuera de las rutas, ni las atenciones que requiere distraen a los emperadores de los asuntos públicos; es, por el contrario, lugar de paso obligado de todas las procedencias y a todos los destinos, y cuanto más tiempo se permanece en ella, tanto más se permanece en el centro de todo el imperio. Y a quien la contempla sin reparar en su utilidad le parece tener ante los ojos la reunión de 84a

[49] Licinio, casado con su hermana. Cf. Zósimo, II 17, 2.

[50] En su condición de «Nueva Roma» o, como se dice más abajo, la «Roma de Oriente».

las Gracias, el cinturón de Afrodita[51], un peplo tejido de tierra y de mar, un banquete suculento, un taller de alegría, un tesoro de felicidad. Y en lo que respecta a la filosofía, hace tiempo que fue hogar de las Musas de Platón y de Aristóteles, y ahora, ¡por Zeus!, no custodia peor su rescoldo[52]. ¡Regio Zeus! ¡Padre de los hombres! ¡Protector de la ciudad, de la Roma de Oriente y de la de Occidente! ¡Vela por esta pareja de ciudades! ¡Vela por esta pareja de príncipes que cumplen tu voluntad!

---

[51] *Ilíada* XIV 214. Cf. *Disc.* III 48b y nota.

[52] Alude Temistio a la actividad escolar de Constantinopla, en la que desempeñaba un papel central.

VII

DEL FRACASO DE LOS USURPADORES EN TIEMPOS DE VALENTE

INTRODUCCIÓN

Entre el 28 de septiembre del 365 y el 27 de mayo del 366 el reinado de Valente vivió la peor de sus crisis: la usurpación de Procopio. Este antiguo oficial que había colaborado con Juliano en la campaña persa comenzó sus intrigas para obtener el trono desde la muerte de éste[1], y puesto que argüía en favor de sus pretensiones el parentesco que lo vinculaba con la dinastía constantiniana, centró su actividad en la capital del Bósforo. Allí se hizo acompañar en público por la hija póstuma de Constancio y por su propia madre como prueba de la legitimidad que representaba[2]. En los primeros momentos del levantamiento Procopio gozó de hecho de un importante apoyo, incluido el de la capital, donde se llegaron a acuñar monedas con su efigie[3], y obtuvo algunas victorias contra Valente, que pudo llegar a plantearse la abdicación[4]. Sin embargo, una deserción masiva de sus soldados[5] lo conduciría a la derrota definitiva en mayo del 366.

---

[1] Amiano Marcelino, XXVI 6.
[2] Amiano Marcelino, XXVI 7, 10; 9, 3.
[3] J. Vanderspoel, *Themistius...*, pág. 162.
[4] Amiano Marcelino, XXVI 7, 13.
[5] Amiano Marcelino, XXVI 8-9.

Se desconoce la postura adoptada por Temistio durante la guerra civil, ya que el *Discurso* VII es, según sus propias palabras, una reflexión posterior en unos meses al desenlace del conflicto, demora que considera por otro lado imprescindible para que un filósofo, no un adulador, ofrezca una interpretación serena de los acontecimientos (VII 84b-86b). Aunque es imposible, por lo tanto, establecer una datación exacta, existe consenso en la práctica en torno a la fecha del invierno del 366/7[6]. El objeto del panegírico es, en cualquier caso, el elogio de Valente y la condena del usurpador, y sus dos motivos centrales son la clemencia del primero, que se plasma en el título del discurso, y la condena del segundo, contra el que se cargan las tintas en mayor medida que contra Magnencio y Vetranio, lo cual implica, por otro lado, una importante concesión a las convenciones del discurso epidíctico, concretamente a las reglas de la invectiva.

Ambos temas, la clemencia del emperador con los vencidos y la maldad de Procopio, presentan un carácter recurrente y se entrelazan de modo constante. En este sentido, la descripción del usurpador, además de desviar la atención de sus victorias iniciales, quizá intente descargar de culpa a los ciudadanos de Constantinopla por el apoyo que le ofrecieron a éste en los comienzos de la rebelión, así como, en definitiva, obtener el perdón del monarca. La cita de *Proverbios* 21, 1, sobre la protección divina que ampara al monarca, invita a Valente a imitar la clemencia de su valedor. Probablemente, al pragmático Temistio le pareció oportuno un guiño a la religión del emperador en unas circunstancias dominadas por el ejercicio de la venganza y la instauración

[6] O. Seeck, *Die Briefe...*, pág. 302; H. Scholze, *De temporibus...*, págs. 28-29; W. Stegemann, «Themistios», col. 1659; G. Dagron, «L'empire...», pág. 21. Hardouin lo sitúa en el 367: cf. *ap.* W. Dindorf, *Themistii...*, pág. 493.

de un régimen de terror que había de mantenerse durante largo tiempo.

SINOPSIS

1. El orador justifica su retraso. La filosofía no se deja apremiar por los acontecimientos.
2-3. Los principios que rigen la vida humana: el azar y la voluntad. La filosofía analiza los hechos y descubre su implicación mutua. La victoria ha de atribuirse exclusivamente al príncipe.
4. Dimensiones de la usurpación de Procopio. Comparación con la revuelta de Espartaco.
5. Valente somete a los rebeldes con su sola presencia.
6-8. La clemencia: Alejandro y Poro. Referencias clásicas (Hesíodo) y bíblicas (los «escritos asirios»).
9. Procopio como paradigma de perversidad.
10-11. Pormenores de la revuelta: detenciones, promesas incumplidas, espías y delatores. Los padecimientos de Constantinopla.
12. Valente demora la cura para que el mal quede patente. Su magnanimidad desborda a la ley escrita y respeta los atenuantes.
13. La clemencia del príncipe es reflexiva.
14. El miembro enfermo requiere cura, no amputación. Ejemplo de Masinisa. Propuesta ética de Sócrates.
15-16. Ejemplos históricos de clemencia en Grecia y en Roma: Filipo, Alejandro, Epaminondas, Pompeyo, César, Augusto, Marco Aurelio, Constancio.
17. La clemencia no está al alcance de los particulares.
18-19. El monarca convierte al amigo en enemigo gracias a su humanidad. Ejemplo de Licurgo.
20. La ira del príncipe ha de someterse a los dictados de la razón.

21. Con su humanidad el príncipe condena a los culpables a sufrir remordimientos.
22. Juliano empañó su reinado faltando contra la filosofía.
23-24. Súplica final de clemencia para el filósofo Máximo de Éfeso.

DEL FRACASO DE LOS USURPADORES EN TIEMPOS DE VALENTE

1 Creo que te sorprende, príncipe, que después de tu vic- 84b
toria y de tu hazaña no te haya dirigido de inmediato el de-
bido agradecimiento. Sin duda, dejando pasar tanto tiempo c
corría el riesgo de parecerle moroso a los que calculan los meses como en los préstamos, aunque no a quienes saben que no es nada raro que los que pagan con demora las deudas de la filosofía resulten a la postre más oportunos que quienes se precipitan demasiado. Así pues, esto debe quedar bien claro desde el principio: que mi discurso salda mejor su deuda con su actual retraso que si se hubiera dejado apre-
miar por los acontecimientos. d

2 Pero démosle un comienzo algo más elevado, pues creo que conviene ponerle al discurso, como dice la lira tebana[1], «un rostro radiante». Dos son los principios, humanísimo emperador, que gobiernan, por así decirlo, la vida humana, uno de los cuales depende de nuestro juicio y de nuestros impulsos, y el otro está en función de las circunstancias externas. Del primero somos nosotros los dueños y señores, y la bondad o la maldad de sus actos reside en nuestras ma-

[1] PÍNDARO, *Olímpica* VI 3.

85a nos, mientras que el otro está repartido entre más fuerzas, pues son la providencia divina, la necesidad o el azar los que rigen las causas externas a nosotros. Por lo tanto, somos buenos o malos, y nos hacemos acreedores del elogio o de su contrario, de acuerdo con aquella parte de nuestra alma en la que todo ello tiene su asiento, mientras que somos afortunados o desgraciados, y dichosos o su contrario, al dictado de las circunstancias. Dividiendo, príncipe, en virtud de es-
b tos principios todas las acciones humanas, o mejor dicho, ateniéndose a esta distinción inherente a nuestra naturaleza, la filosofía acostumbra a examinar en cada una de nuestras acciones dónde parecen tener su origen, si en nuestro interior y dentro de los límites de nuestra competencia, o si es algo exterior lo que rige lo que acontece: si se trata, en definitiva, de un testimonio de la virtud o de la suerte, y si es más acreedora de reproche o de lamento. Y aun así, si examinamos cada una de nuestras acciones, veremos que una clase ha de participar necesariamente de la otra, pues por mucho que disten en ocasiones entre sí, terminan por mez-
c clarse, y siendo dos los períodos en los que se reparten nuestras acciones (me refiero a la guerra y la paz), durante la segunda están por lo general en nuestras manos, pero durante la guerra se puede comprobar que también entra en liza la fortuna. Incluso a quienes no descuidaron ningún detalle para que se cumplieran sus expectativas de victoria, sino que contaban con el valor de sus generales, con la superioridad de sus efectivos y con su propia motivación para el combate, les sobrevino a veces un resultado inesperado. Por lo tanto, cuando el resultado parece deberse a una mejor
d preparación, no queda claro si se trata de un regalo de la fortuna o de un éxito de la estrategia del vencedor.

3 Ésta es la razón, humanísimo emperador, por la que he guardado silencio hasta este momento, después de la victo-

ria con la que has aplacado la última tormenta, consciente de que son muchos los que rivalizan por tributarte estos elogios. Dejando a un lado, en efecto, la causa externa y más bien divina que en la mayoría de las ocasiones es la que in- 86a
clina la balanza del combate, se atribuyen una parte del honor de la victoria no sólo los centuriones, los taxiarcas y el resto de los oficiales, sino cada soldado, caballero, hondero o arquero: en Homero no sólo oímos a Aquiles disputar por los prisioneros, sino también al ridículo Tersites[2]. Sin embargo, tratándose de ti, no cabe acusar a nadie de adulación por atribuirte en exclusiva la hazaña completa, pues mientras el signo de los acontecimientos sufría, como la dirección de b
los vientos, frecuentes alternativas, y no sólo la mayor parte de estos soldados, sino incluso sus superiores, temblaban ante la incertidumbre de la situación, tú, príncipe, eras el único que perseverabas en tu determinación y no cambiabas de color, sin alzar ni acallar tu voz[3].

4 ¿A quién no habría espantado sin embargo, por muy «animoso de corazón» que fuera, en palabras de Homero[4], aquel cataclismo, aquella tempestad, aquel oleaje que comenzó a destiempo pero llegó a consolidarse, cuando un hombre aborrecible a los dioses, que había vivido siempre c
de su condición de escribano[5], se atrevió a soñar, renunciando a la tinta y a la caña, con el poder romano, ruina en-

---

[2] *Ilíada* II 212 ss.

[3] Para una semblanza opuesta del monarca cf. AMIANO MARCELINO, XXVI 7, 2.

[4] Temistio recurre al epíteto homérico de Odiseo, *talasíphron*. Cf. *Odisea* I 87, etc.

[5] Procopio había desempeñado funciones de tribuno y de notario antes de que Juliano lo designara *comes rei militaris*.

tre las ruinas, verdadero Tifón[6] del Córico cilicio[7] que, surgido de los calores[8] y equipado tan sólo con el inesperado estímulo de su osadía, superó en audacia a Crixo y a Espartaco[9]. Aquéllos, en efecto, se llevaron los cuchillos de la cocina y se revistieron con las armas de los gladiadores que combaten en los estadios, y aunque en un primer momento
d fueron objeto de burla por su aspecto, cuando la extensión de su revuelta, que siempre atrae la atención de una chusma boquiabierta ante lo insólito y lo imprevisto, hizo que también se les concediera mayor importancia, persuadiendo a sus iguales y forzando a quienes eran mejores que ellos se hicieron en poco tiempo temibles no sólo para los legados y los oficiales de los antiguos romanos, sino incluso para los
87a cónsules y los generales. Y la causa de ello fue también en aquella ocasión no ya el valor de los dos esclavos, sino los criminales delatores y los perversos instigadores, que obligaron a los habitantes de Italia a aceptar de buen grado una subversión completa del estado de cosas.

[6] El legendario monstruo, hijo del Tártaro y de Gea, de cien cabezas y cuerpo de serpiente, que Zeus precipitó en el Tártaro cuando se alzó contra él. Según Píndaro *(Pítica* I 16, VIII 16) habría nacido en Cilicia, dato que facilita a Temistio su identificación con Procopio, también cilicio. La rebelión de Tifón contra Zeus sería el contrapunto mítico de la usurpación de Procopio.

[7] A Procopio se le está relacionando con la piratería (este valor tiene el adjetivo *korykaîos),* pues los habitantes de Atalia, ciudad situada en el monte Córico, de la región de Cilicia, tenían fama de informar a los piratas del cargamento y destino de las naves que atracaban en sus puertos para tener parte en su botín. De ahí el dicho, citado por Hardouin, de que «tres son las peores *kappas:* Capadocia, Creta y Cilicia».

[8] Se refiere a las célebres grutas de Cilicia en las que se dice que nació y se crió Tifón, y que servían de refugio de piratas.

[9] Tras la rebeldía mitológica de Tifón pasa a la rebeldía histórica de Crixo y Espartaco, los célebres gladiadores romanos. Cf. Apiano, *Guerras civiles* I 116, 539 ss.

5 Por ello, como venía diciendo, los que te atribuyen la victoria a ti en particular no parecen dirigirte palabras lisonjeras. Ésta es la razón por la que, según creo, Dios, que compartía el mando contigo, hizo recaer sobre ti toda la empresa y adjudicó a las armas una escasa parte de la hazaña. En cambio, los que «respiraban fuego»[10], los que eran más
terribles para los romanos que Mitrídates, los que se ufana- b
ban de haber tomado Cícico[11], tan pronto como se encontraron ante tus ojos, escondieron sus escudos bajo el brazo, cual malhechores que ocultan su botín al resultar sorprendidos, y esgrimieron tu nombre en vez de sus armas para defenderse, cobrando sensatez tarde y a duras penas[12]. ¿Qué dios es el que en Homero, apareciéndose y golpeándolo con la propia mano, dejó inerme al hasta entonces victorioso[13], del mismo modo que tú, mirándolos desde una distancia de más de treinta estadios, humillaste a los soberbios, aplacaste a los exaltados, te ganaste a los rebeldes y los hiciste más obedientes que antes? Hasta ese momento no había dado yo
crédito al historiador Heródoto cuando contaba que los es- c
clavos que se rebelaron contra los escitas se sometieron y entregaron las armas a sus señores al presentárseles éstos desarmados[14].

6 Pero para que el discurso no se desvíe de su punto de partida, admitamos que la victoria la comparten los oficiales

[10] Jenofonte, *Helénicas* VII 5, 12.

[11] Marcelo, oficial y pariente de Procopio, había asediado y conquistado Cícico, igual que Mitrídates en el pasado. Cf. Zósimo, IV 6, 5.

[12] Alusión a la defección de los generales germanos Gomoario y Agilón en el bando de Procopio. Sus hombres se pasaron al lado de Valente cuando Gomoario gritó el nombre de Augusto: cf. Amiano Marcelino, XXVI 9, 6 ss.

[13] Apolo a Patroclo, que se queda de este modo a merced de Héctor: *Ilíada* XVI 791 ss.

[14] Heródoto, IV 3-4.

y los soldados, y si quieres, incluso los panaderos y los escuderos (pues tampoco éstos se querrán atribuir una parte pequeña). ¿En qué clase de tarea estoy reparando y poniendo mi atención que sólo a ti te concierne, exclusivamente a
d ti y a nadie más que a ti? ¿A qué obedecen estos elogios que sólo a ti te convienen, para los que no necesitas la infantería, ni la caballería, ni, ¡por Zeus!, el cuerpo de lanceros, sino que te basta con tomar decisiones y expresar tu voluntad? A tu humanidad[15], que no es obra de las manos, sino sólo de la
88a razón de quien es capaz de dominar su ira. Y al parecer, no es Platón el primero que equipara a los reyes con la razón y a los soldados con la ira[16]: le tomaron la delantera la lengua de los romanos y la costumbre de su república de plasmar en apelativos la virtud que a cada cual le corresponde, de modo que a vosotros os llama «piadosos» y «clementes», mientras que a los soldados les impone sus nombres sólo en virtud de su valor[17]. Es cierto que en este caso los que compartieron contigo el peligro contribuyeron a la derrota de los enemigos, pero la salvación de los vencidos sólo depende de un gesto tuyo.

b **7** Con ser dos, pues, las tareas a las que me refiero, la victoria y el uso adecuado de la victoria, y aunque la primera toca también a las armas, mientras que la segunda sólo le compete al príncipe, hasta tal punto comporta más dignidad la que es sólo tuya, que la que es fruto común revierte en tu propio honor. Es nulo, sin duda, el provecho que obtienen de la victoria los que no la llevan hasta el final como es de-

[15] La *philanthropía,* como virtud nuclear del monarca, que en este discurso se plantea en su vertiente de clemencia con los vencidos.

[16] PLATÓN, *República* 441e.

[17] En monedas e inscripciones el emperador recibía los apelativos de *pius* y *clemens,* en tanto que los nombres de las legiones se fundaban en sus éxitos bélicos.

bido; muy al contrario, es frecuente que le acarree perjuicios a los vencedores. ¿De dónde viene el proverbio? ¿En qué circunstancias tiene lugar una «victoria cadmea»[18] sino cuando los hombres, embriagados por la victoria como si se tratase de vino, ignoran la moderación en el disfrute de su triunfo y terminan por convertir su ganancia en un castigo
más acerbo? Así fue, de hecho, como actuaron entonces los c
cadmeos, y la posteridad ha aprendido de su ejemplo. Con razón el tebano Epaminondas fue el único que regresó con el rostro sombrío después de la batalla de Leuctra, y a uno que le preguntó la razón le respondió de este modo: «porque éste es el momento de mantenerse sobrio, cuando es inevitable que los demás se emborrachen». Y ni siquiera cobró rescate por los prisioneros, sino que a un escudero de quien supo que lo hacía llegó a expulsarlo del ejército[19].

8 Para Alejandro, el hijo de Filipo, siempre fue motivo d
de mayor gloria la moderación en la victoria que la propia victoria. Cuando capturó vivo al indio Poro, que no se rindió en el transcurso del combate, sino que resistió hasta el último momento quebrantado por múltiples heridas, le espetó delante de todos: «¿cómo he de actuar contigo, Poro?». Y aquél le respondió: «como corresponde a un rey». Así
que le preguntó de nuevo: «¿cómo entonces?». A lo cual 89a
le contestó: «todo se resume en 'como corresponde a un rey'»[20]. A partir de entonces admiró a este hombre no menos por su respuesta que por sus heridas, ya que sabía que

[18] Maisano sugiere (cf. nota *ad loc.)* que quizá se trate de una victoria que significa en sí misma un desastre, como la de los hijos de Edipo en Tebas, la ciudad de Cadmo, que se dieron muerte mutuamente en la contienda. En cambio, el escoliasta identifica esta victoria con la de la batalla de Leuctra, que se menciona un poco más abajo.

[19] PLUTARCO, *Dichos de reyes y emperadores* 192e ss.

[20] PLUTARCO, *Alejandro* 60.

todo cuanto pedía estaba comprendido en «como corresponde a un rey». Lo que le estaba pidiendo era que observara un comportamiento clemente, digno, manso y dulce con ocasión de su triunfo, sin dar lugar a rencores y teniendo especialmente presentes las veleidades de la fortuna. Todo esto es lo que Poro le pedía resumiéndolo en una sola palabra[21]. Y Alejandro lo hizo, y no hubiera sido capaz de ne-
b gárselo. Lo contrario habría sido indecente e indigno de su nombre: que quien pretendía ser rey de todos los hombres que habitan sobre la tierra se negara a actuar como corresponde a un rey. Pues ¿qué podría ser más ridículo que un médico que se negara a hacer por los enfermos lo que corresponde a un médico, o un músico que rehusara actuar como corresponde a un músico? Y es que en todo artesano, a mi modo de ver, el no actuar conforme exige su oficio pone en entredicho el título que ostenta. Luego parece que tanto en Alejandro como en Poro el «como corresponde a un rey» es sinónimo de un comportamiento magnánimo,
c generoso y gentil con el prójimo. Por lo tanto, dado que de los dos es más digno de admiración el que concedió la gracia que el que la recibió, es evidente que al primero se le ha de alabar como dios, y al segundo como hombre. Ya le has oído al poeta Hesíodo que está claro que cada hombre ha recibido de los dioses un don diferente:

de las Musas y de Apolo el flechador

son los citaristas y los poetas,

pero los reyes, de Zeus[22].

[21] *Basilikôs*, «como corresponde a un rey».

[22] Hesíodo, *Teogonía* 94. Cf. XIII 170b.

Y dejemos a Homero, a Hesíodo y a los maestros de los d
helenos[23]. Yo mismo he podido comprobar que los escritos asirios expresan con sutileza esto mismo, a saber, que «la mente del rey está guardada en la mano de Dios»[24]. De ahí que deba advertir el enorme peligro que corre de caer lejos de esta mano protectora si emprende una acción contraria a Dios. Por lo tanto, príncipe, no sólo a ti te conviene tener pensamientos piadosos; también a los que hablan contigo 90a
les conviene que sus palabras lo sean, pues cada palabra que cae en tus oídos queda escrita en la mano de Aquél. Ésa es la razón de que tú, emperador, que tan amado eres por Dios, hayas podido someter sin derramar una gota de sangre a aquel bárbaro Tifón, porque al tener rectos pensamientos, Dios te tendió su mano y no satisfizo los afanes del criminal.

9 El afán y el empeño de aquella cabeza criminal y desdichada[25] era arrastrar consigo a cuantos pudiera a una ruina que sólo a él le correspondía. Ni siquiera como funcionario b
gozó en su momento de prestigio; se le consideraba calumniador y malévolo, eterno intrigante y oscuro conspirador (con el ceño fruncido y la taciturnidad del que está maquinando), hosco, abominable, lleno de antipatía, ufano de odiar a todos y de ser por todos odiado. Incluso Fálaris, Aristómaco, Apolodoro y Dionisio[26] podrían citar a alguien que los

[23] Aquí equivalentes a «paganos», en oposición a los asirios, cuyas Sagradas Escrituras se citan a continuación. Cf. V 70a y nota.

[24] *Proverbios* 21, 1. Cf. XI 147c, XIX 229a. Se trata de la única cita bíblica que la crítica reconoce unánimemente en los discursos de Temistio. El clásico trabajo de Downey («Allusions to Christianity...», *passim*) ofrece una relación de referencias cristianas más discutibles.

[25] Cf. Amiano Marcelino, XXVI 9, 11.

[26] Enumeración de famosos tiranos de la Antigüedad: Fálaris de Agrigento, Aristómaco de Argos, Apolodoro el epicúreo, llamado «el tirano del Jardín» (cf. Diógenes Laercio, X 25), y Dionisio de Siracusa.

amara y fuera objeto de su amor, ya que ni siquiera a las víboras y a los escorpiones les ha privado la naturaleza de la
c posibilidad de amar y de ser correspondidos en el amor, sino que, aun albergando hostilidad por los hombres, no carecen al menos de amor por sus congéneres. Resulta, sin duda, muy cierta la vieja doctrina de la antigua filosofía: que en determinados momentos son potencias puras y divinas las que ponen su pie en la tierra descendiendo del cielo para bien de los hombres (no, según dice Hesíodo[27], «envueltas en niebla», sino revestidas de cuerpos semejantes a los nuestros y enmascaradas en una existencia inferior a su naturale-
d za para comunicarse con nosotros), mientras que en otras ocasiones los que acuden son seres caprichosos, monstruosos, criaturas y engendros del Lamento y de las Erinis, para daño, fraude y engaño de los desdichados hombres, amigos de lamentaciones y suspiros, insaciables de gemidos, bien cebados de lágrimas y ocupados de asolar la tierra (como los terremotos, las epidemias y las inundaciones) justo cuando aquélla florece.

10 Considera si no, príncipe, los acontecimientos recientes. Cuando hacía poco que el Imperio romano se mantenía
91a en paz y que una luminosa calma se extendía por toda la tierra, un tumor interno, como en un cuerpo en apariencia sano, comenzó a dar síntomas de estar extendiéndose ocultamente en torno al más vital de sus órganos.

Los demás dioses y hombres dormían toda la noche[28]...,

aunque el poema no debió dejar al margen de este sueño ni siquiera a Zeus, pues si se hubiera mantenido despierto, no le habría pasado inadvertida la banda de malhechores que

[27] Hesíodo, *Trabajos y días* 124; 253.

[28] *Ilíada* II 1.

maquinaba contra el imperio[29]. Así que a la mitad de la noche a unos los detuvieron de improviso y a otros se los llevaron a rastras; en unos casos los soldados tomaron las habitaciones, en otros, los arrastraron de sus lechos a las celdas, e incluso a algunos los propios lechos les sirvieron de cepo. b
En definitiva, los dignatarios más altos después de vosotros fueron arrestados como si fueran criminales[30]. ¡En verdad que fue terrible aquella velada nocturna! Dice Homero que los espías griegos cayeron como un «mal sueño» sobre los soldados «recién llegados» de Tracia[31]. En esta ocasión el mal sueño cayó no sólo sobre la totalidad de Tracia, sino casi sobre ambos continentes, aunque en lugar del sueño estábamos ante un hecho real. Aquél, por otro lado, salía de las c
termas en procesión con lanza y escudo y cubierto de collares, emperador de falso cuño, buscando ganarse a todos con su semblante sonriente (sonrisa falaz, sonrisa repleta de lamentos, sonrisa que es preludio de esas lágrimas abundantes de las que dice el divino Platón que suelen seguir a las promesas iniciales de los tiranos: el perdón de las deudas, la redistribución de la tierra y la felicidad de los tiempos de Crono y Rea, ¡anzuelos amargos para quienes los muerden[32]!).
Las puertas del tesoro se abrían de par en par, los puertos y d
los arsenales estaban expeditos, y la ciudad sufría un asedio dentro de sus muros, mientras que se apostaban fuera de

[29] Mientras que en el citado texto de Homero Zeus se mantenía vigilante, Valente se vio sorprendido por el levantamiento de Procopio.

[30] Cf. Amiano Marcelino, XXVI 7, 4.

[31] Cf. *Ilíada* X 434-496. Alude Temistio al anuncio en sueños de la matanza nocturna que Odiseo y Diomedes causaron entre los tracios que venían en auxilio de los troyanos.

[32] Platón, *República* 566a.

ellos los que pretendían salvarla[33]. Hacía uso, por otro lado, de los más pérfidos ardides, que él en persona fraguaba y urdía: noticias insólitas, mensajeros cubiertos de polvo que, salidos en realidad de los suburbios, decían proceder unos,
92a de Iliria, otros, de Italia y otros, del Océano occidental. Se recibían en la corte embajadas de sirios, asirios, egipcios, libios e iberos que, por así decirlo, llegaban volando de los confines del mundo, y había que creerlos a todos o ir a parar a la cárcel. Y ni aun estando en la cárcel se podía pasar desapercibido, ni guardando silencio, ni gimiendo, ni poniendo buena cara. Aquéllos aparecían por todas partes, o mejor dicho, eran los espías y los delatores los que nunca faltaban, dotados de más ojos que Argo y con la vista más aguda que Linceo[34].

11 Y al venerable Senado le hizo pagar en el plazo de un año (no sé cómo) unos tributos que despertaron muchas pro-
b testas, o más exactamente, en un solo invierno, con lo que no cambió ni alteró la fecha de una fiesta, como Nerón la de las Olimpiadas[35], sino que concentró en un solo y único mes la liquidación de los impuestos del año anterior y del siguiente. El pueblo de Constantino, que vivía en la abundancia, que vivía libre de temores, que no había experimentado desgracias hasta aquella tarde, que gracias a tu empeño no

[33] Valente se encontraba en el momento de la rebelión en Cesarea de Capadocia y a punto de marchar para Antioquía, su residencia habitual por entonces. Cf. Amiano Marcelino, XXVI 7, 2.

[34] Argo Panoptes es el célebre monstruo de cien ojos (aunque el número varía según las versiones) que recibió de Hera el encargo de vigilar a Ío y que fue muerto por el dios Hermes. Linceo formó parte de la expedición de los Argonautas y era famoso por su agudeza visual.

[35] Nerón hizo agrupar en un solo año todos los certámenes musicales para lograr simultáneamente la victoria. Uno de ellos se organizó en Olimpia. Cf. Suetonio, *Nerón* 23, y Filóstrato, *Vida de Apolonio de Tiana* V 2.

advirtió el cambio de dinastía cuando lo recibiste de manos de sus herederos, privado de su acostumbrada comodidad[36] por alguien que se presentaba como familia de Constantino y que agitaba con desvergüenza este nombre como una rama de olivo, se conformaba con compartir su alimento con
los rebaños. Y de los que ocupaban las dos magistraturas c
supremas, el uno, aunque estaba muerto, no se creía que lo estuviera, mientras que el otro, que no había muerto, se creía que sí lo estaba[37].

12 Y faltó poco para que pusieras fin a esta multiforme y compleja tragedia que acababa de empezar antes de que llegara a su final; pero ya que parecía que había de quedar patente la magnitud de los males que nos amenazaban, Dios te
ha permitido, como a un médico, que dieras una muestra de d
tu arte en el punto culminante de la enfermedad. En efecto, si se hubiese recurrido a un desenlace rápido, cuando aquél intentaba disimular aún su condición y dispensaba halagos y cumplidos a todos, quizá no se hubiera conocido la magnitud de peligro. Pero cuando se le dejó prosperar lo que necesitaba para atreverse a revelar la perversidad y la mentira
que albergaba su alma y gozar de suficente poder como para 93a
no poder ocultarla, fue a un tiempo convicto y preso, como un torrente que, con la llegada del buen tiempo, no cesa de menguar en mayor medida de lo que antes había crecido. Así es como Dios convirtió el más adverso de los contratiempos en motivo de reverencia hacia tu persona. Tu demo-

[36] Posiblemente la *annona* decretada por Constantino a favor de los habitantes de la ciudad.

[37] Esta críptica frase no ha encontrado una explicación satisfactoria. Aunque se sabe que Procopio hizo correr el rumor de que Valentiniano había muerto, la primera autoridad aludida no encaja con Valentiniano. Maisano sugiere que puede tratarse de Constantino, cuyo parentesco reivindica Procopio en su usurpación.

ra, por lo tanto, no sólo te ha permitido dejar al descubierto su perversidad, sino, lo que es mejor aún, poner de manifiesto tu mansedumbre mucho más de lo que ya lo estaba
b antes de que las circunstancias te exigieran demostrarla. Y es que no has convertido en juez a la ira, ni le has aplicado al castigo la medida de tu cólera, sino que al poner la razón por encima de los sentimientos, te has mostrado más clemente que las leyes; y aunque en toda ocasión te atuvieras a las leyes escritas, has demostrado que en algunas situaciones a un príncipe le corresponde transgredirlas más que observarlas, igual que, por otro lado, has sabido distinguir entre delito, error y desgracia[38]. Aunque no repitas de memoria las doctrinas de Platón ni estés familiarizado con las de Aristóteles, confirmas sus opiniones con tus obras, pues no has considerado merecedores de la misma pena a los que
c tramaron el levantamiento desde el principio, a quienes se vieron arrastrados por la fuerza de las armas y a aquellos que se inclinaron ante quien creyeron vencedor: a los primeros los has condenado, a los segundos los has reprendido y con los últimos has mostrado compasión.

13 Tan grande es la clemencia que atesoras que nos enoja que se inflija el menor castigo a quien de hecho es acreedor del más extremo, y nos molesta no ya la completa denegación del perdón, sino el menor retraso a la hora de concederlo. Ayer salimos de la corte cariacontecidos, y así hemos permanecido hasta ahora, pues creíamos que no íbamos a tener éxito en nuestras plegarias, cuando en realidad no habías rehusado conceder tu gracia, sino que tan sólo la habías

[38] Según la doctrina aristotélica ya expuesta en I 15c, que ahora se aplica para establecer los diversos niveles de implicación en el levantamiento. Cf. I 15c y nota, IX 123d y XIX 230a. Para la relación del monarca con las leyes y su condición de «ley viviente», cf. introducción general, cap. 4, con referencias a diversos pasajes de los panegíricos.

aplazado[39]. Y ello no era debido a la insensatez de los que d
la pedían, sino al celo quien la concedía, que ponía más de manifiesto lo humano y desprendido de su benevolencia en el hecho de que no la extendía a cualquiera, ya que una mancha, por muy pequeña que sea, no resalta en los que están demasiado sucios, sino en los que están limpios por completo: una sola buena acción de quienes destacan por su crueldad y por su dureza se conserva en la memoria, mien- 94a
tras que un solo descuido de parte de los que sobresalen por su humanidad permanece imborrable, pues siempre reclama la atención lo que resulta inesperado. Así se explica que sea célebre la clemencia de Nerón con Musonio[40] y que, en cambio, todavía nos irrite el comportamiento de Alejandro con Calístenes[41]. Y eso que éste solía dar rienda suelta a su ira, mientras que a ti se te cree más duro de lo habitual si no te apiadas de inmediato.

14 Pericles se jactaba ante los atenienses de haber suprimido las enemistades durante sus mandatos[42]. En cambio tú, ilustrísimo emperador, a pesar de haber sido objeto de graves ofensas y aunque no existe parangón entre la autoridad de Pericles y la tuya, superas al demagogo y lo derrotas con una doble victoria: no sólo has quedado por encima de los que luchan contra ti, sino también de los que luchan a tu lado, derrotando a los que te hicieron frente y calmando a los

[39] Posiblemente se alude al filósofo y ex-consejero de Juliano Máximo de Éfeso, encarcelado desde antes de la usurpación de Procopio bajo la acusación de práctica de brujería contra los emperadores, y para quien se pide abiertamente clemencia al final del discurso.

[40] Cf. VI 72d y nota.

[41] El filósofo Calístenes fue ejecutado por Alejandro bajo la injusta acusación de haber participado en la conspiración de Hermolao. Alejandro se vengaba así de la oposición del filósofo al culto del soberano. Cf. Arriano, *Anábasis* IV 14.

[42] Plutarco, *Pericles* 38.

c que sufrieron vejación, sometiendo con tu valor a los unos y
aplacando la cólera de los otros, consciente de las diferen-
cias que existen entre una guerra y una enfermedad interna
de la patria, y de que conviene que los romanos estén dis-
puestos a marchar contra el último de los bárbaros, pero
también que traten con moderación a los otros romanos
cuando se trata de enmendar sus faltas. Del mismo modo
que quien prefiere amputar el miembro enfermo de un cuer-
po cuando se puede tratar con medicinas no lo cura por
d completo, sino que lo debilita por la merma que le causa, el
Imperio romano, desde el momento en que, como una ciu-
dad, constituye un todo único, sufre un daño generalizado
cuando castigamos en él lo que es susceptible de mejora. Y
en cambio, aunque no está al alcance de la medicina dejar
una mano, una pierna o cualquier otro miembro enfermo
más sano de lo que se encontraba antes de la afección, un
hombre que recibiera un castigo ajustado podría hacerse
95a mejor por el buen trato recibido. Los romanos, a pesar de
los numerosos daños que habían sufrido de su parte, dejaron
libre al libio Masinisa después de haberlo capturado vivo, y
se cuenta que son innumerables los beneficios que Masinisa
les proporcionó a los romanos a raíz de aquello[43]. Hacía
bien Sócrates cuando corregía el dicho tan estimado por el
vulgo de que «hay que hacer el bien a los amigos y el mal a
los enemigos». Y su corrección consistió en respetar una
parte y reescribir la otra: alababa lo de «hacer el bien» pero
b corregía lo de «hacer el mal», de modo que lo transformaba
en «hacer el bien a los amigos y no hacer el mal a los ene-
migos, sino convertirlos en amigos»[44]. Y al que lo amena-

[43] Masinisa, rey de los númidas, se convirtió en aliado de Roma después de luchar contra ella del lado de Cartago. Cf. Tito Livio, XXV ss., y Valerio Máximo, VII 2, 6. Cf. *Disc.* XVI 212a.

[44] Platón, *República* 335a.

zaba con un «¡¿a que te cojo y te mato?!» le respondía:
«¡¿A que te convierto en mi amigo?!»[45].

15 Por si alguien afirma que esta mansedumbre es ade-
cuada para la capa[46] y no para la púrpura, voy a enumerar a
los monarcas más ilustres que mantuvieron una actitud se-
mejante a la de Sócrates. Ante Filipo, hijo de Amintas, al-
guien denunció a cierto oficial que estaba enemistado contra
él y dispuesto a cometer una injusticia si ello no se le impe-
día de inmediato. ¿Qué hace entonces Filipo? Pues en vez
de acudir de inmediato al acero, dice lo siguiente: «La causa c
de su enemistad debe residir en nosotros, pues no es este
hombre el peor de los macedonios»[47]. Así que comienza a
tener todo tipo de atenciones con este hombre y llega a con-
cederle, pues lo necesitaba, una dote para su hija casadera.
Después de esto ninguno de los que siempre se tuvieron por
íntimos del rey le fue tan fiel como él.

¡Que es con mucho mejor la buena que la mala acción![48]

Pues no es fácil hallar a alguien tan inhumano que no se
muestre de inmediato bien dispuesto con quien le concede
buen trato y respeto cuando lo que esperaba de él era la pe-
na capital; el que ha escapado del castigo que le correspon-
día, cuanto más justa fuera su condena, tanto más obligado
quedaba con quien le concedió el indulto. Por ello Alejan- d
dro, cuando algunos le exigieron la muerte de Memnón, el
aliado de Darío, tan pronto como cayera en sus manos, les
respondió lo siguiente: «En absoluto. Hemos de convertirlo

[45] Plutarco, *Sobre el amor fraterno* 489d, que atribuye el dicho a Euclides, el discípulo de Sócrates.

[46] Para el *tribónion* o capa del filósofo, símbolo recurrente en Temistio, cf. VI 72c.

[47] Plutarco, *Dichos de reyes y emperadores* 177d.

[48] *Ilíada* XXII 374.

de amigo de Darío en amigo de Alejandro, y así pasará a volcar en nosotros la devoción que a aquél le profesa»[49]. Esto mismo decía el general beocio[50] cuando los tebanos se dispusieron a expulsar de las ciudades a los simpatizantes de
96a los laconios: «Nadie, tebanos, nace por naturaleza partidario de los tebanos o de los lacedemonios, sino que cada cual, persiguiendo su propio interés, se consagra a aquél con quien tiene más expectativas de beneficios. Es esta esperanza, por lo tanto, la que debéis infundir a vuestros súbditos, con lo que no tendréis necesidad de armas para ponerlos a vuestro favor, sino que veréis cómo optan por vosotros de modo espontáneo».

16 De este talante eran los griegos más reputados. ¿Y
b qué decir de los generales romanos? Todos los que gozan de renombre dieron a los vencidos un trato semejante al tuyo: Pompeyo, a los que secundaron el levantamiento de Sertorio[51]; César, a los que combatieron junto a Pompeyo; Augusto, a los que se rebelaron con Antonio; y Marco, a los que apoyaron a Casio[52]. Y paso por alto a algunos de sus sucesores más próximos a nosotros[53], que también aprendieron de la naturaleza humana que nada induce en mayor medida a la benevolencia que hacer el bien y que es mejor para un príncipe atraer con benevolencia que ejercer el dominio

[49] Memnón de Rodas tenía a su cargo las tropas persas del Asia Menor y después de la batalla de Gránico se ocupó de la flota. Propuso una estrategia de «tierra quemada» frente al ejército de Alejandro y llevar la guerra a Europa, pero todo quedó frustrado con su muerte en el 333. Cf. Diodoro Sículo, XVII 18 ss.

[50] Epaminondas.

[51] Plutarco, *Sertorio* 27, 2.

[52] Avidio Casio, que con el apoyo de algunas ciudades orientales se alzó contra el poder de Marco Aurelio.

[53] Posiblemente se alude a la clemencia de Constancio con el usurpador Vetranio. Cf. II 36a ss.

por medio del terror, pues aquélla los convierte en soberanos con el beneplácito de sus súbditos, y éste contra su voluntad. No se conoce ningún caso de benevolencia vencida c
por la fuerza, pero sí muchos de fuerza vencida por la benevolencia.

17 Para un particular no es tan fácil convertir en amigos a los enemigos ya que, cuando se está en la misma posición que los detractores, no queda claro si se ha depuesto la cólera por la falta de una oportunidad inequívoca para vengarse. No puede ejercer de benefactor por mucho que lo desee el que no lo tiene a su alcance. En cambio un príncipe, al tener d
la evidente potestad de causar daños y beneficios, ha de mover siempre a la casilla mejor, como en el juego de la «petía»[54], la ficha que se encuentra en la peor, y convertir a los antiguos enemigos en hombres fieles y de confianza por las ventajas concedidas.

18 Considero esta metamorfosis más propia de un monarca que la que Jerjes realizó de la tierra firme en mar[55], la que Circe operó en seres humanos[56], la de Medea en la vejez[57] y la de Autólico en el botín de sus robos[58]. No es, en efecto, 97a
emulación de la naturaleza, sino un auténtico regalo de la divinidad y un don de Hermes, este poder de cambiar las almas de salvajes en mansas y de hostiles en amigas. Nosotros bien podríamos descubrir el arte de transformar el bronce en plata y la plata en oro; pero si el que tiene en su

[54] Se trata del antepasado de nuestro «backgammon». Cf. R. Maisano, nota *ad loc.*

[55] Cf. II 36c y nota.

[56] *Odisea* X 229 ss.

[57] Son frecuentes las ocasiones en que Medea devolvió la juventud a diversos personajes. Cf. XVIII 223d.

[58] Hijo de Hermes y Quíone y abuelo de Odiseo, recibió de su padre el don de poder robar sin ser sorprendido. Cuando robó las reses de Sísifo, cambió el color de las bestias gracias al poder concedido por el dios.

mano devolver a la obediencia a hombres que, bien por accidente, bien por voluntad propia, se han descarriado, se irritase irremisiblemente, sin preocuparse de amonestarlo, con el que ha causado alguna vez un dolor, y se dejase guiar por el impulso de su cólera antes que por su deber de soberano,
b ¿no incurriría en un comportamiento más insensato que el de los aurigas, quienes en vez de degollar de inmediato a los caballos indóciles, los doman y sacan partido de su mejora?

19 Puedo citarte también a otro rey que, a pesar de no gobernar sobre un territorio tan extenso como el de Filipo y el de Alejandro, hizo dudar al dios Pitio si dirigirse a él como dios o como hombre: el espartano Licurgo[59]. Éste, que no había sufrido ningún perjuicio económico ni se había visto privado de su ejército, sino que había perdido un ojo por el garrotazo que le propinó un muchacho en la asamblea, ¿cómo se vengó del autor del golpe una vez que lo tuvo en su
c casa? Pues le devolvió el golpe, pero no en el ojo, sino en la insolencia de su alma, de modo que lo transformó de malo en buen ciudadano[60]. De ahí que el dios Pitio no tuviera dudas sobre el número de granos de la arena ni de gotas del mar, pero que no supiera decir de un rey tan sabio si era un dios o un hombre. Tú, en cambio, no has amansado a un solo hombre, como Licurgo, ni has convertido a un enemigo
d en amigo, como Alejandro, ni te has ganado a uno que te había ofendido, como el que alabé hace un momento[61], sino que se puede contar por pueblos, aparte de generales y oficiales, a un buen número de centuriones, escuadrones de arqueros y caballeros y miembros del Senado, a los cuales estoy seguro de que, aun siendo tantos y tan importantes, no

[59] Cf. *Disc.* XV 193c y especialmente XIX 225d (con cita del oráculo y fuentes).

[60] Plutarco, *Licurgo* 11.

[61] Constancio II.

tardarás en añadirles los que faltan. Entonces podré expresar
abiertamente mi duda: «no sé si proclamarte dios u hom- 98a
bre», y no porque algunos hayan sufrido una pena severa y desmedida, sino porque tú te mantienes en una actitud mesurada. Los demás hombres ya no estarán pendientes de lo que corresponde a sus delitos, sino de lo que se puede esperar de tu comportamiento con los otros; y no les va a sorprender que no sufran la misma pena los que cometieron el mismo delito, sino que no obtengan idéntica clemencia los que incurrieron en la misma falta.

20 Si se consideran los hechos en sí mismos, se puede b
comprobar que has concedido un trato más honroso a tus prisioneros que el que otros han dispensado a sus hombres más valientes. Y es que, por lo que parece, sabes perfectamente que en el monarca debe haber grandeza de ánimo[62], pero que, con ser grande, también conviene que su ánimo sea lo suficientemente dócil como para someterse a los dictados de la razón. Recurrir a su ímpetu, aunque se trate de un desvarío ocasional, no es propio de una mente grande,
sino bastante corta, como un niño que reabre una herida que c
ha sanado sin dolor y pierde el tiempo en gritar, cuando debería consentir en librarse de ella con la cura. Pero la cura para una cólera encendida es, en primer término, la razón (con ella la has calmado en esta ocasión en que saltaba y hervía), y a la larga, el tiempo se convierte en su médico hasta en los casos más recalcitrantes. Aquello que se resiste incluso a estos dos tratamientos lo consideras extraño no sólo a la naturaleza divina sino incluso a la humana. Por ello afirma Homero que los demás dioses pueden cambiar de

[62] Platón, *República* 441d, *Timeo* 70a.

d opinión y avenirse a plegarias, mientras que Hades es el único inalterable e implacable[63].

21 Eres, pues, el único emperador que has castigado con dureza a los que trataste con mayor benevolencia, al haber inducido a los culpables a la vergüenza y al arrepentimiento y al condenarlos a sufrir remordimientos percatándose por sus propios sufrimientos de la gravedad de sus delitos. Para un hombre libre, el dolor que produce la vergüenza es supe-
99a rior al que sufre el cuerpo. Y la prueba es que éste último lo toleran y lo soportan, pero el que produce la vergüenza les lleva a menudo a quitarse la vida. ¿Cuánto crees que no lloran su insensatez? ¿Cuánto crees que no lamentan su engaño al compararte a ti con el que prefirieron, y al constatar que el hombre contra el que delinquieron está muy por encima del que ellos, embaucados, apoyaron? Y es que en medio de la incertidumbre aún era posible tolerarlo, pero con un poco que lo empujó la fortuna, sobrepasó la soberbia de Jerjes y la desmesura de Cambises[64], y les dispensó a los que había engañado un trato inapropiado hasta para los es-
b clavos. Pero antes de finalizar mi discurso voy a explicar lo que es para mí la muestra más evidente de la naturaleza de nuestro soberano.

22 Es cierto, príncipe, que todos los que se han sucedido legítimamente en el trono han reverenciado la filosofía como un templo venerable, y muchos la han adoptado para que gobierne y presida sus vidas. Y ella, agradecida, les ha correspondido otorgándoles una fama imborrable por toda la
c eternidad. Y de hecho quien no hace mucho tiempo pareció descuidarla cuando se encontraba agraviada (no porque él le hiciera ningún mal en particular, sino tan sólo porque la entregó al abandono y el descuido) no podrá sin embargo compensar este único demérito con el resto de su gloria[65]. En un momento en que ya sólo sobrevivía de ella una pequeña reliquia, al no poder formular contra ella ninguna acusación ni grande ni pequeña, salvo que no se había prestado a ensalzar su temeraria empresa, él, que se acariciaba la barba y se tenía por el más filosófico de los emperadores, no dejó de hacer cuanto estuvo en su mano ni vaciló en dictar una condena que los dioses, con todo mereci- d
miento, hicieron recaer de inmediato sobre su cabeza. Vosotros, por el contrario, aunque educados en las armas, invitadla, colocadla a vuestro lado y distinguidla con los máximos honores.

23 Y dejo ya a éste de lado, pero, en lo que se refiere al maestro de aquel emperador[66], os recuerdo que sólo le impusisteis una sanción económica después de librarlo de una muerte inminente, cuando no hace mucho los soldados es- 100a
tuvieron a punto despedazarlo para calmar la cólera de unos hombres que creían tener razones para estar irritados por su causa. Así que, según parece, debéis sentiros doblemente orgullosos: por el beneficio que le habéis causado a la filosofía y por el mal del que la habéis librado. Y les debe quedar a todos muy claro que aquella sentencia no se debía a una decisión vuestra sino a la ira del pueblo, a la exaltación de los ánimos y a la desconsideración que suelen encontrar los hombres que destacan por su cultura. Contamos con una b
clara prueba de ello: a un hombre que estaba acusado de lo mismo y que no era víctima de una animosidad tan acusada

[63] *Ilíada* I 493, etc.

[64] Cf. II 36c.

[65] Maisano sugiere que el emperador aludido es Juliano, cuyo parentesco alegaba además Procopio para legitimar su usurpación. Petau, por el contrario, creía ver en este pasaje una referencia a Joviano.

[66] Máximo de Éfeso.

por parte del populacho, al momento lo dejaste marcharse libre de castigo[67].

24 Pero bastante tiene ya el demonio de la venganza, si es que todavía algo se le ha escapado. En estos momentos, con una grandeza de alma que rivaliza con la de Sócrates, no ha aprovechado la coyuntura a pesar de sufrir un hambre atroz, ni se ha dejado arrastrar por el impulso de aquel cri-
c minal[68], ni ha dejado escapar una sola palabra sobre su injusta situación, sino que ha considerado más tolerable la cólera de los príncipes legítimos que la clemencia del subvertidor de las leyes, y ha preferido soportar las circunstancias en que se encuentra que librarse de ellas por quejarse de su situación. Y en consecuencia, lo único que mantuvo inalterable a aquel infame que había alterado todo lo demás fue la desgracia de este hombre. De hecho, por muy justa que considerase su condena, a otros que habían sido condenados con más razón les concedió, sin embargo, el indulto.
d Al parecer, no estuvo dispuesto a soportar el desprecio de un hombre que pasaba por ser el que más vejaciones había recibido de vosotros. Es justo, por lo tanto, que goce de tu clemencia el hombre que rehusó la de aquél: conviene salvar los rescoldos de la filosofía, pues la salud de esta disciplina es un indicio de que un príncipe viene acompañado de la felicidad[69]. Es preciso que la virtud sea reconocida por
101a aquéllos que conceden gran importancia a la filosofía, disciplina en la que has de dejar una memoria inmortal e imperecedera. No sólo los benefactores de las ciudades dejan atrás

[67] El filósofo Prisco, que había compartido con Máximo la intimidad de Juliano y que fue absuelto de la acusación de brujería. Cf. Amiano Marcelino, XXV 3, 23.

[68] Procopio.

[69] Para este vínculo estre historia de la filosofía y prosperidad del imperio, cf. Eunapio, *Vida de los sofistas* II 1, 1 ss.

su recuerdo, sino también los saben apreciar las ocupaciones más bellas, pues nunca faltarán, mientras exista el género humano, hombres apasionados de las doctrinas más divinas. De ahí que la fama de los que le dispensan un buen trato a la filosofía esté llamada a perdurar por toda la eternidad.

VIII

«POR LOS CINCO AÑOS DE REINADO» O «SOBRE LA NATURALEZA DEL PRÍNCIPE»

INTRODUCCIÓN

El *Discurso* VIII es el primer panegírico de una serie de tres que están vinculados con las campañas de Valente en el Danubio contra los godos, iniciada en la primavera del 367 y concluida con el tratado de paz firmado con Atanarico en el invierno del 369/70 en una embarcación atracada en medio del río. Los *Discursos* VIII y IX coinciden cronológicamente con el desarrollo de la guerra, mientras que el X es una reflexión posterior a los acontecimientos. El que ahora nos ocupa fue pronunciado con ocasión de la conmemoración de los *quinquennalia* de Valentiniano y Valente en Marcianópolis, cerca de la frontera danubiana, adonde Temistio se había desplazado para la celebración. El orador alude a las tarifas impositivas de los tres primeros años del reinado de Valente (365, 366 y 367, dado que las del 364 habrían correspondido aún a Joviano) y se felicita por la rebaja de las del último año (368). Esto, unido al hecho de que no hay referencias al consulado del joven Valentiniano, hijo de Valente, en el 369 (que será el asunto del Discurso IX), ha llevado a la crítica a una datación casi unánime: el año 368[1]. Vanderspoel fija la fecha con mayor precisión: el 28

[1] H. Scholze, *De temporibus...*, pág. 29; W. Stegemann, «Themistius», col. 1659; G. Dagron, «L'empire...», pág. 21. Todos ellos se oponen a la datación de Seeck en el 369, cf. *Die Briefe...*, pág. 302.

de marzo, cuando Valente se encontraba aún en los cuarteles de invierno[2].

Temistio encuentra en uno de sus pasajes platónicos preferidos *(Leyes* 709e ss.), acerca de las virtudes que han de adornar al monarca, el armazón sobre el que construye su discurso. El repaso de cada virtud le permite presentar de modo ordenado las referencias, habituales en los panegíricos, a la protección de las letras, al usufructo de la filosofía por parte de la realeza y al ejercicio de la clemencia y de la equidad (particularmente con los correligionarios de Procopio). Sin embargo, es la virtud de la liberalidad la que sirve de pretexto a Temistio para desarrollar una larga digresión sobre las presuntas excelencias de la política de Valente, lo que parece más bien una constatación de las importantes diferencias que mantenía con el príncipe. Las referencias a las reformas fiscales y a la moralización del ejército constituyen toda una crítica a la política belicista del monarca, crítica que se resume en la primacía que el orador concede a la política interior sobre la exterior, uno de los rasgos más singulares de su filosofía.

SINOPSIS

1. La vejez es sólo dulce cuando va acompañada por la virtud.
2. El aserto es válido en el caso del príncipe: su justicia y su humanidad sancionan lo oportuno de una conmemoración. Ejemplos de Ciro y de Nerón.
3. Se impone confirmar la sinceridad de la alabanza.

[2] J. VANDERSPOEL, *Themistius...*, pág. 168.

4-6. El orador justifica la presencia de la filosofía en el acto. Los dos caminos de la filosofía se complementan: el humano y el divino. Platón y Dionisio. Temistio y Valente.

7-8. El modelo platónico: cita de *Leyes*. La primera cualidad: la disposición al aprendizaje. Su atención simultánea a las armas y a las letras. Provecho de la verdad e inutilidad de la adulación.

9. El príncipe recurre a sus conocimientos para ejercer su humanidad. El príncipe no ha de ser filósofo, sino dócil a la filosofía: crítica de la tesis de Platón y defensa de la postura aristotélica.

10-11. La docilidad del monarca: Augusto y Ario. Utilidad de esta virtud.

12-13. Segunda cualidad: la memoria. Al príncipe le convienen la memoria y el olvido. La superación del rencor: ejemplos de Trajano y de Alcibíades.

14-16. Tercera cualidad: la mansedumbre. La clemencia con los correligionarios de Procopio. El trato de los allegados. El caso de Agamenón.

17-20. Cuarta cualidad: la liberalidad. Las rebajas fiscales de Valente. El príncipe conoce la dureza del trabajo. Superioridad de la política interior sobre los triunfos bélicos.

21. Ejemplos de monarcas magnánimos: Augusto, Trajano, Marco Aurelio.

22. La moralización del ejército.

23-25. El príncipe es el responsable de que funcione el conjunto del Estado. Su inspección premia la honradez y penaliza la corrupción. Los funcionarios reflejan la imagen de su príncipe.

26. Como Dios necesita reyes, el príncipe necesita hombres honrados.

27-28. Conclusión. El discurso se ha apartado de la cita de Platón. La última cualidad, la temperancia, la posee sobradamente. Ruego final por el joven Valentiniano.

«POR LOS CINCO AÑOS DE REINADO» O «SOBRE LA NATURALEZA DEL PRÍNCIPE»

1 También yo soy de la opinión (y alabo en este sentido 101b
al poeta Píndaro) de que no a todos los hombres se les concede que su vida se prolongue en medio de la prosperidad, sino sólo a los que eligen vivir honestamente. Con ellos convive una dulce esperanza, excelente nodriza en la vejez, y les acompaña con su alegría hasta que la naturaleza encuentra su reposo[1]. En cambio, si de lo que se trata es de librarse c
de un mal, tanto mejor para sus víctimas cuanto antes se produce esta liberación[2], ya que ello les impide incurrir en más faltas y experimentar una vejez desabrida[3], que los amenaza de antemano con lo que habrán de sufrir en el momento del tránsito. Y si esta reflexión es de aplicación a la vida los particulares, ¿cuánto más no va a serlo a la de aquellos de quienes depende que otros muchos sufran las consecuencias d
de su virtud o de su maldad? Ambas cosas (me refiero a los beneficios y a los daños) crecen con el tiempo, y los que

[1] PÍNDARO, fr. 214 SNELL. Cf. PLATÓN, *República* 331a.
[2] PLATÓN, *República* 610d.
[3] EURÍPIDES, *Bacantes* 1249.

participan de ellos desearían gozar en abundancia de los primeros y no saber nada de los segundos[4].

2 Sólo de palabra parece formular Crisipo un pensamiento varonil cuando afirma que para un varón virtuoso un solo día, o mejor aún, una sola hora, es lo mismo que mu-
102a chos años[5]. Sería inconcebible que un filósofo particular se contentara con que, a la hora de actuar, la virtud se consumiera de inmediato brillando como un relámpago; luego a un varón

al que están encomendadas las huestes y tantos asuntos [preocupan[6],

y de cuyos bienes han de participar toda la tierra y todo el mar, ¿cómo no vas a suplicarle, querido Crisipo, que su vida se prolongue incluso más allá de lo que es natural? Cuanto más la prolongues, tanto más prolongas la felicidad de los hombres. En esto diría yo, por cierto, que son superiores los reyes a los tiranos: que se alargue la vida de aquéllos es verdadero motivo de fiesta y celebración, mientras que una tiranía prolongada también prolonga la aflicción de los que
b la padecen. Cuando la justicia y la humanidad guardan el reino, estas conmemoraciones de los cinco y de los diez años de un reinado son siempre deseables, se acogen con satisfacción las solemnidades periódicas y, cuando llega el momento, todo el mundo acude a la fiesta y a la danza con sinceridad y de corazón, y eleva plegarias a Dios para que prolongue su felicidad. Pero si es la inhumanidad y la cruel-
c dad la que se disfraza de realeza, los súbditos no celebran que se prolongue su duración, y las efemérides, cuando lle-

[4] Cf. SINESIO, *Sobre la realeza* 10c.
[5] *Stoicorum Veterum Fragmenta* III 54.
[6] *Ilíada* II 25. Cf. *Disc.* I 6d, II 34c, XI 141d.

gan, recuerdan más bien a los hombres las desgracias que han sufrido, de modo que para acudir a los festejos necesitan más latigazos que antaño el ejército de Jerjes para ir al combate[7]: de boca hacia fuera tienen buenas palabras, pero en su interior se amontonan las quejas. De ahí que la vejez de Ciro fuera bienvenida por los habitantes de Asia, pero que cuando Nerón se suicidó en plena madurez, se creyera que había muerto demasiado tarde.

3 ¿Qué quiere decir el proemio de mi discurso? Que en d
este momento ha de preguntarse cada uno cuáles son sus sentimientos ante la presente celebración. Y si en su interior se encuentra abatido y desalentado y la risa que le aflora es sólo superficial, así como su alegría y su aparente identificación con los fastos, entonces he acudido a la corte para practicar la adulación, adulación en la que, por otro lado, también incurriréis vosotros si es vuestra intención alabar mi discurso. Aplausos y vítores brotan en apariencia de 103a
vuestras manos y de vuestras lenguas, pero el juicio invisible os condena y os encuentra culpables de adulación. Si, en cambio, la fiesta inunda nuestro interior y se celebra de corazón, entonces se desea realmente la conmemoración de este quinto aniversario y se aspira a llegar al décimo en un ciclo que, por lo general, transcurre mejor en su segundo lustro.

4 Pero las precisiones sobre el significado de esta cifra b
dejémoslas en manos de los que están más versados en estas materias, y atengámonos, en cambio, a lo que conviene a un filósofo que rechaza la imputación de sofista, o lo que es lo mismo, a dar lustre a la celebración, aunque le pidamos la venia a la audiencia para referirnos brevemente a una cuestión que ya hemos tocado antes en numerosas ocasiones. Se

[7] HERÓDOTO, VII 56, 103.

impone, según parece, «mantener el encantamiento»[8] si queremos llegar a alguna conclusión sobre cómo han de hablar y qué han de decir los filósofos. No obstante, hacerles frente a estos oyentes[9] es siempre difícil, pues convierten lo más c opuesto en motivo para la crítica: censuran al filósofo que calla en la idea de que, si adopta un aire severo, es por su incapacidad para hablar, y vituperan al que habla por haberse pasado de la filosofía a la retórica; si amonesta, dice tonterías; si alaba, adula; si reprende, es que tiene mal talante; si acude a la corte, se mete donde no lo llaman; si se queda en casa, es «un peso muerto sobre la tierra»[10]; si participa en política, va buscando un cargo; si se aparta de los asuntos públicos, es un inútil. ¿Qué vamos a hacer ante hombres tan d mal dispuestos que no saben a qué lugar asignarnos, y que mortifican a los filósofos más que los pedagogos a los jóvenes que tienen a su cargo? Permíteme pues, príncipe, que por causa de ellos y de los que son como ellos me justifique a mí mismo y a los discursos que me parece oportuno dirigirte. Con eso no me voy a apartar del tema del discurso, y quien se encuentre suficientemente capacitado para verlo comprobará que está relacionado.

5 Estoy convencido, humanísimo emperador, de que la 104a filosofía se diferencia por completo de las demás artes en que no pierde el sentido por alcanzar la gloria entre los hombres, ni tiene a los oídos ajenos por jueces de lo que ha de hacer o decir, sino que se esfuerza por sí misma en llegar al objetivo que se ha propuesto en todo lo que la razón le aconseja. [En este sentido he adoptado como legisladores a

---

[8] En el sentido de ofrecer un tratamiento más extenso de la materia.

[9] Estos «oyentes» han de identificarse con los intelectuales que mantienen una actitud de crítica sistemática contra la participación del filósofo en la política. Cf. introducción general, cap. 3.

[10] *Ilíada* XVIII 104. Cf. Platón, *Teeteto* 176d.

los antiguos padres de esta disciplina] e intento en todo momento seguir sus huellas, si es que soy capaz. Dicen aquéllos que son dos los caminos de la filosofía, uno humano y otro divino, y que tienen idéntica necesidad el uno del otro, y que ni se puede recorrer el humano sin contar con el divino, ni el divino sin una previa purificación en el humano. De este modo, dicen, los que van en la dirección adecuada b cambian de camino y pasan del uno al otro cuando la ocasión lo aconseja[11]. Y es que no nacemos tan sólo para nosotros mismos, sino para los ciudadanos, para los seres queridos y, en una palabra, para los seres humanos. Así que cuando lo que dictan las circunstancias es que no se obtiene ningún provecho en ocuparse de los hombres debido al régimen imperante y a sus dirigentes, que les cierran el camino a los filósofos como los enfermos a los médicos, entonces c les conviene mantenerse al margen de los asuntos públicos y contentarse con que vayan bien sus asuntos particulares, como si en una tormenta de polvo arrastrado por el viento, dice Platón[12], vieran a los demás ahítos de injusticia y de actos ilícitos, y se resguardaran bajo un muro, con lo que al menos contarán como ganancia no sufrir lo mismo que la mayoría. Pero cuando el jefe del estado los invita, cuando les hace concebir grandes esperanzas a quienes se someten a esta cura y siguen al pie de la letra sus prescripciones, y les d exige que hablen con la libertad que cabe esperar de su disciplina, cuando no permite que sus recomendaciones se queden en el umbral de sus oídos, sino que graba sus consejos en el alma y los lleva ya siempre consigo como si estuvieran inscritos en una columna de acero, quien no lo

---

[11] Para la crítica temistiana al neoplatonismo contemporáneo, ajeno a todo compromiso político, cf. introducción general, caps. 3, 4 y 5.

[12] *República* 496d, también a propósito del filósofo que no puede participar en política.

atienda de inmediato, ni se ponga a su disposición, ni dé una muestra de la disciplina que profesa, estará desobedeciendo a la filosofía y estará desobedeciendo al sabio Platón, que buscaba un rey joven y bien dotado por naturaleza[13] para que la filosofía estuviera en situación de demostrar la utilidad que le es propia.

105a **6** Por esta razón aquél no vaciló en atravesar el mar Jónico desde el Ática y volver a intentarlo tras un primer fracaso; y cuando le fue mal por segunda vez, no se arredró en absoluto ante un tercer intento. Y eso que Platón, en su lucha contra la naturaleza de Dionisio, se empeñaba en algo que no tenía solución, mientras que la naturaleza tuya puede comprobarse que es más dúctil a la virtud que cualquier trozo de cera[14]. Pero, ¿por qué andarse con rodeos y no poner
b por testigo al propio Platón? Aquél, en efecto, en su travesía junto a Dionisio desatendió los requisitos que él mismo había fijado como indicios de una naturaleza inclinada a la virtud regia, mientras que nosotros, comprobando cómo estas señales se dan cita justo ante nuestros ojos y a plena satisfacción, hacemos más caso a Platón que el que se hizo él a sí mismo, y seguimos las huellas que pasó por alto el mismo que las imprimió.

7 Pensad, pues, si no os parece que este varón está profetizando vuestra realidad actual más que limitarse a aducir ejemplos, desconfiado de que la naturaleza pueda hacer coincidir semejante número de cualidades tan difícilmente conciliables. «Dadme, dice[15], un rey joven, temperante, ge-
c neroso, dotado de buena memoria, manso, valiente y despierto». Éste es el hombre que andas buscando, admirable

[13] *Vid. infra* nota 15.

[14] Platón, *Teeteto* 191c.

[15] *Leyes* 709e ss. Cf. *Disc.* III 46a y nota.

Platón, y lo describes con extrema exactitud aun sin saber de quién hablas, y representas su imagen aun sin haber visto el modelo. Fíjate en primer lugar en la última de las características: con cuánta claridad brilla en el joven su deseo de aprender, o si te parece mejor, su disposición al aprendizaje. A pesar de no hablar la lengua de nuestros discursos[16], se le ve asistir a ellos con más interés que los oriundos del Ática. Contigo no se requiere una prolija exhortación, ni repetir d
cada mes las peticiones, ni presentar por anticipado la súplica, sino que te basta con una simple explicación para que te ocupes una y otra vez de las necesidades de los ciudadanos. Preside y dirige con atención su particular coro[17], no da peor acogida a las Musas que a Enio[18] y no lo despiertan en menor medida nuestros discursos que el toque de la trompeta. Pues no lo turban para nada mis palabras, aunque le sean extranjeras y extrañas, sino que investiga su significado y, con una pequeña aclaración inicial, apenas requiere traducción, ya que averigua de inmediato lo que sigue con sus excelentes dotes naturales. De hecho, ya lo visteis es- 106a
tremecerse hace poco ante la belleza de las ideas y quedarse demudado por la fuerza del discurso: sonreía, fruncía el ceño y no se contentaba con perseguir el sentido de mis palabras, sino que investigaba la técnica que daba origen a cada argumento. De modo que de los dos discursos que se le han b
dirigido, le ha cautivado el que se le ajustaba por su contenido más que el que le correspondía por la lengua utilizada[19]. Pero lo digno de admiración es que sólo acepta con

[16] Cf. VI 71c y nota.

[17] El Senado.

[18] Diosa de la guerra que formaba parte habitual del séquito de Ares. En Roma se la identifica con Belona.

[19] El otro discurso al que se refiere Temistio es sin duda un panegírico redactado en latín.

agrado aquellos encomios que considera pertinentes y, en cambio, le causan disgusto los que encuentra que van más allá de la verdad por tratar de agradarle, pues entiende que pretenden engañarlo. Esto significa dos cosas: que se conoce a sí mismo y lo que le concierne, y que es inasequible a la adulación y vence una tentación más fuerte que el oro, y c mucho más para los que ocupan una dignidad tan alta. La mayor parte de éstos, en efecto, pretenden siempre que los agraden, incluso en los discursos, e invitan a los que acuden a su presencia a que pongan su empeño en procurarles placer, y no en reportarles provecho. Pero éste no es tu caso. Tú soportas la maledicencia mejor que la adulación, pues sabes que ésta en nada aprovecha, mientras que muchos lograron enmendar sus faltas gracias a que se las reprocharon; así que eres manso con los que te amonestan y no te irritas con los que te halagan. Por lo tanto, y como veníamos diciendo, ¿quién negaría que esta misma obediencia y esta d docilidad, que se dan en ti, según vemos, de modo singular, son la prueba de una buena disposición al aprendizaje?

8 Aunque Alejandro, el hijo de Filipo, escuchó en muchas ocasiones lo que le decía Aristóteles, fueron muchas más las veces que lo desoyó. En ti, en cambio, todo buen consejo se asienta en el fondo de tu mente y permanece enteramente imborrable. Y cualquier aserto antiguo que te hayamos mencionado y que contenga algún pensamiento o alguna recomendación dignos de veneración permanece siempre a tu 107a lado y vive contigo. No sabes cómo me complace, príncipe, oír a menudo que estimas sobremanera y recurres siempre que lo necesitas a aquella reflexión de que matar hombres es la tarea que le corresponde a los terremotos y a las epidemias, mientras que la de un monarca es salvarlos[20], así co-

[20] Cf. VI 79b.

mo a las palabras de aquel emperador que dijo «hoy no he reinado, pues no he beneficiado a nadie»[21]. El que está enfrentado a ellas por su propia naturaleza es, sin duda, incapaz de alabar y recordar estas frases y tantas otras semejantes. Luego no es culpa tuya si tú estás dispuesto a escucharnos y b nosotros, en cambio, vacilamos en dirigirte los discursos que recibes con tanto interés, sino de aquéllos que no saben sacarle partido a tus dotes naturales. A los demás, príncipe, se les podría disculpar no obstante (pues unos no tienen tiempo y otros pueden aducir que se dedican a otras tareas); pero con un filósofo al que ya le has demostrado tu buena disposición ¿quién no iba indignarse con toda razón si no ofrece de continuo discursos fecundos y provechosos, si, c adoptando la apariencia de un profesor de gimnasia, rivaliza con los cocineros y se preocupa tan sólo de mostrarse complaciente y agradecido con la concurrencia, pero sin añadir medicina a sus condimentos?[22].

9 Platón, por lo demás divino y venerable, pronunció esta frase sencillamente temeraria: que a los hombres no se le acabarán los males hasta que los filósofos sean reyes, o los reyes, filósofos[23]. La frase, sin embargo, se ha visto refutada e impugnada por el paso del tiempo. Aristóteles, por el contrario, es digno de admiración, pues, con una pequeña alteración de las palabras de Platón, ha ajustado la frase a la verdad al afirmar[24] que la práctica de la filosofía no sólo no es necesaria para un rey, sino que incluso constituye un d obstáculo; sí lo es, en cambio, que sea dócil y obediente a los verdaderos filósofos. Con ello, hizo de las buenas obras, y no de las palabras, el contenido de la realeza, y admitió en

[21] Cf. VI 80a y nota.
[22] Platón, *Gorgias* 464b ss.
[23] *República* 413c-d, 501e; *Carta* VII 326b.
[24] Aristóteles, frag. 647 Ross.

consecuencia que el rey obtiene provecho del filósofo en la medida en que éste se ve obligado a no pronunciar discursos sin el concurso de la razón. De lo contrario, sería como si alguien creyera que para ganar la corona olímpica tiene su-
108a ficiente con aprender las técnicas de lucha de un libro, y no tocara el polvo ni las pesas. Sin duda, semejante luchador sería blanco de las risas de los espectadores antes de saltar al estadio. En cambio, quien está dispuesto por naturaleza a hacer suyo el pensamiento que otro ha expuesto de forma adecuada no se ve en la necesidad de que los hechos le cedan su lugar a las palabras, sino que obtiene de las palabras el provecho que éstas encierran. Creo que estuvo muy acertado el general Timoteo cuando llevó ante la multitud a un filósofo que argumentaba que sólo el sabio puede ser general y dijo entonces a los presentes: «Amigos, este hombre jamás ha sufrido el sobresalto de una corneta guerrera».
b Esta doctrina[25] es equiparable a esas quimeras que a menudo soñamos los hombres y que no pueden hacerse realidad fácilmente. Démonos por satisfechos con que aparezca un rey que no cultive por sí mismo la filosofía, pero que sea dócil y obediente a los verdaderos filósofos.

10 Justo por ello fue Augusto augusto y grande, por llevar siempre a su lado a Ario y a Trásilo[26], y no para que le explicaran las técnicas de construcción y derribo de los edificios, sino para que lo estimularan a emprender acciones
c virtuosas. Se cuenta que Augusto, en cierta ocasión en la que el pueblo de Alejandría se le había insolentado y temía el consiguiente castigo, subió a lo alto de una tribuna y dijo lo siguiente: «Depongo mi cólera contra vosotros por consejo de Ario y por mi docilidad»[27]. Si Ario, en cambio, hubiera hablado como mejor sabía, pero Augusto hubiera desdeñado su consejo, en nada le habría aprovechado al pueblo la admonición del filósofo.

11 Me satisface muchísmo que Zenón de Citio afirme que la obediencia es una virtud más regia que la sagacidad, incluso aunque altere el orden de las palabras de Hesíodo[28]:

Es en todo el mejor el que obedece a quien bien le aconseja,
y también es, por su parte, bueno el que por sí mismo se [percata. d

Sin duda, resulta imposible que el soberano, que sólo es uno, por muy grande que sea su semejanza a Dios encuentre siempre la solución adecuada para tantos problemas como ha de afrontar. Pero si posee la virtud de la docilidad y de la capacidad de escuchar, podrá delegar en muchas manos los asuntos que el cúmulo de preocupaciones que le embarga no le permite atender de modo personal y pormenorizado. Dice Néstor:

cuando haya muchos reunidos, obedece 109a
a quien te ofrezca el mejor consejo[29].

Pero el propio Néstor censura en cierta ocasión a Agamenón:

pues mucho intenté yo
entonces disuadirte[30].

---

[25] Temistio ataca sin rodeos el ideal platónico del rey-filósofo.

[26] Cf. V 63d y notas.

[27] CASIO DIÓN, LI 16, 3 ss. Cf. *Disc.* XIII 173c.

[28] DIÓGENES LAERCIO, VII 25 *(SVF* I 235). La cita original es de HESÍODO, *Trabajos y días* 293-295: «Es el mejor hombre en todos los sentidos el que por sí mismo se percata. Y también es por su parte bueno el que obedece a quien bien le aconseja».

[29] *Ilíada* IX 74-75.

[30] *Ilíada* IX 108-109.

En cambio, a ti nadie podría reprocharte (al menos hasta
ahora) que lo hayas desobedecido cuando te ofreció un buen
consejo, sino que o bien te anticipaste en hallar por ti mismo
la solución adecuada, o bien culminas la acción con el ha-
llazgo que otro te aportó en buena hora.

b **12** En lo que concierne a la memoria, Artajerjes, el rey
de los persas, no necesitó ninguna otra distinción que no fuera
la de llevar unido a su nombre de «Artajerjes», a modo de
ornato, el sobrenombre de «el de buena memoria». Sin em-
bargo, yo no considero aún indicio de una naturaleza eleva-
da el acordarse absolutamente de todo y guardarlo inaltera-
ble en la memoria, y esto en un varón que es rey de por sí,
pero mucho menos en aquél a quien Dios ha convertido en
rey desde la condición de ciudadano privado. Resulta ine-
vitable, en efecto, que alguien así haya oído numerosos de-
satinos en su vida anterior y que esté resentido por numero-
c sas vejaciones, pues el magistrado arrogante lo despreciaría
como simple particular, y el que poseyera más bienes lo
menospreciaría por tener menos. A alguien así yo le rogaría,
si fuera posible, que al cambiar por la púrpura su manto de
soldado, bebiese del agua del olvido. Pero lo que yo consi-
dero digno de elogio, o mejor aún, de una naturaleza divina,
es que el rey esté dotado tanto para recordar como para ol-
vidar: para recordar lo bueno y para olvidar lo malo. ¿Cuán-
tos no habrán podido ofender a Darío, hijo de Histaspes,
d cuando servía en la guardia personal de Cambises, o insul-
tarlo o incluso arrebatarle quizá alguna pertenencia? Pero
desde el día en que se sentó en el trono de Cambises lo echó
todo en el olvido, salvo a Silosonte[31]. Sé que te estarás pre-
guntando quién era Silosonte. Era de Samos, un particular, y
al ver a Darío, por la época en que servía en la guardia del

[31] Cf. V 67a y nota.

Rey, prendado del manto que a la sazón vestía, se despojó 110a
de él y se lo regaló a pesar de que él quisiera pagárselo. Da-
río no tardó mucho en desgastar este manto, pero no así el
recuerdo de aquel regalo, de modo que cuando accedió al
trono, entendió que sería un buen preludio del ascenso de su
fortuna superar de largo a su antiguo benefactor.

13 Tampoco tú le guardas rencor a nadie, pero superas a
miles de Silosontes, pues no te has vengado absolutamente
de nadie, sino que has llegado a concederle beneficios a
aquellos que te habían ofendido pero sabías que eran hom-
bres de valía. Y es que pensaste que dar satisfacción al pro-
pio rencor es adecuado para un ciudadano privado, pero que
lo que corresponde a un monarca es agasajar la virtud. Sin b
embargo, Alcibíades, el hijo de Clinias, a pesar de resultar
elegido general, no le recordó de esta manera al comedió-
grafo Éupolis sus *Baptas,* y eso que a éste le otorgaba su
arte licencia legal para la burla[32]. Pero me parece que tam-
bién superas a aquel emperador que, nada más acceder al
trono, convocó a quien sabía que le profesaba un odio ma-
yor y le dijo: «Ánimo, amigo, pues desde hoy no tendrás en
mí a un enemigo implacable». Y no es menos celebrado este
príncipe por sus palabras que por la muerte de Decébalo,
por las victorias sobre los partos y por el sometimiento de
los germanos[33]. Es, sin duda, una mayor victoria para el so- c
berano romano lograr que su ánimo se incline ante la razón

[32] Circulaba la leyenda de que Alcibíades había ahogado a Éupolis con ocasión de la expedición ateniense a Sicilia (aunque Cicerón la desmiente en *Cartas a Ático* VI 1, 18). Maisano sugiere que esta leyenda estaría detrás del escolio a JUVENAL (II 92) que transmite la noticia de que con esta comedia, que habría que traducir por «los bautizados», en el sentido de «los purificados por inmersión», Éupolis estaría satirizando la excentricidad de Alcibíades.

[33] El emperador aludido es Trajano, y Decébalo, el último rey de los dacios. Cf. CASIO DIÓN, LXVIII 10-14.

a que lo hagan los bárbaros ante sus soldados. De hecho, ni siquiera el ataque de los getas le causó tantos problemas al Imperio romano como la demencia de Nerón o la destemplanza de Domiciano. Luego quizá no debiera llamarse «ánimo» lo que, adormecido habitualmente por el razonamiento, despierta, cuando cobra fuerza, esos mostruos que son la ira y la cólera, semejantes a tumores que primero castigan y finalmente arruinan el alma en la que han penetrado.

d **14** El propio discurso me ha llevado indirectamente a otra característica: de la memoria hemos pasado a la mansedumbre. Pero ¿quién la podría cuestionar una vez vistas tus actuaciones recientes? Yo soy de la opinión de que cualquiera que se hubiera marchado del Imperio romano durante el tiempo de la revuelta[34] y conociera la buena salud del orden anterior, al hallarse ante la situación en que se encuentra
111a hoy el Estado apenas podría dar crédito a quienes lo pusieran al día de los acontecimientos ocurridos durante este tiempo, ni tampoco encontraría ninguno de los cambios que podrían esperarse de una conmoción semejante sino, antes bien, a los mismos oficiales, generales, centuriones, escoltas y soldados, así como a la totalidad del Senado. A todos ellos se les ha respetado con entera justicia para emprender, en cambio, la legítima persecución de los que conspiraron junto a aquel criminal contra la calma reinante. En efecto, una vez asentada ya hoy sin estridencias la calma, se ha difuminado el recuerdo de lo que vimos en medio de la tempestad. ¿Y para qué voy a contar de nuevo, cuando otro discurso ya lo ha celebrado en particular, cómo has devuelto a su anti-
b gua seguridad a quienes habían sido barridos por aquella tormenta?[35].

[34] La de Procopio. Cf. *Disc.* VII.

[35] Cf. *Disc.* VII, centrado en la figura de Procopio.

15 Y por supuesto, en el trato con tus allegados tan elevada es tu virtud que piensas que no se les debe zaherir ni tan siquiera con una mala palabra: cualquiera que se escape de tu boca no brota de cólera interna y aprovecha al que la ha provocado. Has suprimido, en efecto, las acusaciones y las cambias por palabras exculpatorias. Difícilmente causaría aflicción a un semejante con sus acciones alguien que, como tú, ni siquiera soporta hacerlo de palabra.

16 ¿Se puede acaso cuestionar la mansedumbre de alguien c
a quien nunca se le ha escapado de su corazón un exabrupto? A la hora de plasmar la irritación de Agamenón, Homero no dejó parte alguna de su cuerpo libre de turbación:

> *[...]afligido. Sus entrañas se ennegrecían, de rabia llenas, y sus ojos parecían fuego reluciente*[36].

A continuación, insulta a su adivino e injuria a su general por una prisionera, sin tener para nada en cuenta el éxito de la expedición. Y ni siquiera limitó su cólera al insulto, sino que la llevó hasta los hechos. Así que un hombre noble como él no tardó mucho tiempo en percatarse de que se había d
excedido en su comportamiento con muchas personas. Y Homero no sacó a relucir este suceso para acusar a Agamenón, que había recibido su cetro del cielo, sino para censurar su ira y mostrar cuánto ha de controlarse siempre un rey. Si incluso a un héroe no muy lejanamente emparentado con Zeus, a quien no cree equiparable a un solo dios, sino a tres, el poeta lo llenó de tanta turbación como para que lanzaran destellos sus ojos, le hirviera la sangre, se le confundiera la 112a
mente y estuviera a punto de arruinarlo todo, ¿cómo no va a exigir esta pasión más vigilancia en el caso de los demás

[36] *Ilíada* I 103 ss. Cf. *Disc.* XIII 172d-173a.

hombres? Tú has tenido el acierto de aplicarle el freno de la razón, o mejor dicho, de reconducirla siempre hasta ella.

17 Pero, ¡por Zeus!, quizá alguno podría decir que la magnificencia y la liberalidad se manifiestan con escasa claridad en nuestro príncipe, y que no son éstas sus características más evidentes. Miradlo de este modo. En todos los soberanos, y en casi todos los hombres, la virtud relativa a las ri-
b quezas comprende dos aspectos: ingresar lo necesario y gastar adecuadamente. Si cada uno de ellos dependiera de sí mismo y se pudiera o bien gastar sin recaudación alguna, o bien recaudar sin previsión alguna de gasto, yo estimaría que ambos merecen la misma atención; pero, dado que una cosa depende de la otra y que no resulta posible gastar del tesoro público sin que se hayan efectuado en él ingresos previos, afirmo que han de extremarse las precauciones justo en aquello que permite proceder con liberalidad en el gasto. Y por ello se debe alabar ante todo no a los que son
c más pródigos de lo necesario, sino a quienes recaudan menos de lo acostumbrado, pues no es posible gastar con despreocupación si no se atesora con injusticia. Cuando lo que sucede es que los bienes que proceden de la contribución de la mayoría revierten en una prodigalidad considerable, el peligro no es en nada semejante al que resulta de causar aflicción a miles de personas para el provecho evidente de uno solo, o de arrancarle a la mayoría sus medios de subsistencia para derramarlos gota a gota en los ríos. Y, muy particularmente, veo rídiculo lo que está ocurriendo: todos
d los que obtienen beneficios de vosotros, o son dueños del campo que cultivan o lo van a ser, de modo que si quieren ver aumentados los beneficios que disfrutan, han de saber que tienen que apoyar al mismo tiempo un aumento de los impuestos. Se trata, pues, de un círculo cerrado, y al igual que dicen que las nubes extraen el agua de la tierra para devolverle después a la tierra cuanta le habían extraído, podemos comprobar que los monarcas recaudan impuestos a quienes otorgan beneficios.

18 Ésta es, por lo tanto, la conclusión de mi razonamiento: la generosidad de un príncipe se mide por lo liviano de su presión fiscal. Pero el caso es que en el Imperio Romano 113a
se había renunciado ya a este principio y más bien se le había dado la vuelta, ya que la cuantía de los impuestos venía aumentando año tras año: el año anterior siempre era más llevadero que el año en curso, y el siguiente más oneroso que ambos. Vosotros, sin embargo, habéis logrado atajar este pernicioso incremento: en un primer momento lo frenasteis de modo inesperado, y durante tres años seguidos el mal ya no progresó como acostumbraba, pero al cuarto año nos habéis aliviado de una parte proporcional de la carga[37]. Se han b
podido leer unos decretos increíbles: las contribuciones se reducirán en tantas fanegas de trigo y en tantas cótilas de vino[38], y todo lo demás se reducirá en la misma proporción. Pero ¿qué estás diciendo? Cuando el príncipe está en guerra contra los escitas, cuando prepara una campaña, aún en ciernes, y todavía no está organizado el aprovisionamiento, ¿no es comprensible que contribuyamos a su financiación? Es increíble que esta necesidad acuciante no duplique los impuestos. Justo en un momento que exige un aumento en el gasto nos devuelves a la austeridad de antaño, y esto no poco a poco, sino de una vez, pensando con gran acierto y c
sabiduría que el incremento de lo gravoso se asimila mejor poco a poco, ya que así pasa inadvertido el aumento de la pesadumbre, mientras que la rebaja de lo oneroso, cuanto

[37] Cf. Amiano Marcelino, XXX 14, 2.

[38] La cótila es una medida de capacidad equivalente aproximadamente a un cuarto de litro. El cuartillo, mencionado má abajo, lo forman tres cótilas.

más rápida resulta, tanto más evidencia la mejora del cambio. Por ello, los que efectúan un incremento continuado por cuartillos terminan por doblar los impuestos en cuatro años sin que nadie lo advierta; en cambio, si la regresión tiene lugar al ritmo que proyectas, a ti te pagaremos dentro de un año la mitad.

d **19** ¿Quieres que explique la causa de esto? Que administraste tu casa antes que el imperio y has aplicado a lo superior tu experiencia en lo inferior. Dice la comedia que «hay que manejar el remo antes que el timón»[39]. Tú no necesitas que te expliquen cuánto sudor le cuesta a un campesino medio sextario, un anforeo[40] o un solo estáter de bronce o de plata, ni que el oro es un delicioso espectáculo para la ma-
114a yoría de los hombres. Sabes cuánto daño ocasionan la corrupción de un recaudador, las malas artes de un escribano y la codicia de un soldado de la guarnición urbana, por cuya causa se multiplican las penalidades. Te has alzado hasta ese trono educado en la misma escuela en la que se formaron Ciro entre los persas, Filipo entre los macedonios y Numa entre los antiguos romanos, a quien el Senado romano arrancó del yugo cuando araba en traje de faena para in-
b vestirlo con la púrpura[41]. De ahí que seas capaz de prever con gran antelación en un imperio tan enorme, como si se tratara de una sola casa, qué se va a ingresar y qué se va a gastar cada año, de qué carece y qué posee en abundancia, y dónde será gobernable y dónde presentará dificultades.

20 Eres, en efecto, el único emperador que no concede más distinciones a los encargados de la recaudación que a

[39] Aristófanes, *Caballeros* 542.

[40] El sextario y el anforeo son medidas de capacidad aplicables a líquidos y áridos.

[41] Temistio confunde a Numa, personaje al que alude con frecuencia como paradigma de virtud, con Cincinato. Cf. Tito Livio, III 26, 8 ss.

los oficiales del ejército. Los contables, cuando caminan, no levantan la mirada más que los generales, ni está en sus manos la administración de los asuntos públicos: ahora siguen los pasos del célebre Aristides[42] por la justicia de su actividad recaudatoria. ¡Hasta tal punto te muestras más hábil que los especialistas en la materia a la hora de interpretar, anti- c
cipar y burlarte de los laberintos técnicos! Pero, en definitiva, lo que afirmo es que lo único que es capaz de concitar una aprobación unánime es lo que reporta provecho a todos[43]. Y no se trata de recuperar la región situada entre los dos ríos[44], ni de reprimir a los escitas de la otra orilla, ni de forzar a los germanos a reconstruir las ciudades que destruyeron, pues incluso aunque lo lográramos, sólo llegarían a enterarse los sirios, los tracios y los gálatas, o lo que es lo mismo, la tierra vecina del escenario de cada victoria. En cambio, la moderación en los impuestos es beneficio general para todos los que viven de la tierra. El provecho que re- d
portan botines y prisioneros sólo alcanza a los que llevan las armas, lo que no es en modo alguno una situación equitativa: ganar un sueldo por vencer a los enemigos, y que los que pagan el sueldo no participen de los trofeos. Sin embargo, cuando todos tienen parte en las ganancias, los unos tomando más de los enemigos, y los otros pagando menos de lo propio, podría decirse que estamos ante un triunfo de la 115a
felicidad colectiva, y que ésta es la verdadera victoria en la que, junto a los escitas, derrotaremos también a los recaudadores. No me resultarán los exactores más temibles que los bárbaros, ni se le vaciarán los graneros a los labra-

[42] Aristides el Justo, el famoso estratego ateniense cuya honradez era proverbial.

[43] Para una traducción comentada de lo que sigue cf. B. Coulie, «De l'empire romain...», págs. 320-7.

[44] Mesopotamia.

dores antes de llenarlos, ni acudirán los prestamistas a los que recogen su cosecha, ni pasará el invierno sin fiestas con los almacenes cubiertos de moho, sino que a todos les desbordará la abundancia. Entonces será cuando repare en los botines capturados a los escitas, cuando nadie haga botín de lo mío.

b **21** Has de saber que estas palabras circulan en estos momentos por toda la tierra y el mar, o mejor dicho, que todas se dan cita en una sola voz, que es la mía[45]. Correspondemos con este tributo al importante ahorro fiscal que disfrutamos, y nuestro pago consiste en nuestra más absoluta y sincera devoción, el pago más preciado para un príncipe: el agradecimiento a su virtud. En lugar de los frutos de la tierra, que dejas para nosotros, tú tienes a tu alcance gozar de los frutos eternos, pues ningún producto de la tierra se conserva siempre tan lozano ni se mantiene durante tanto tiem-
c po como una reputación buena y eterna. Ésta es la que conserva siempre joven el reinado de Augusto, la que guarda de la vejez a Trajano y resucita cada día a Marco, príncipes entre los que yo querría contar al que ahora reina. Y lo cierto es que a ninguno de ellos le hubieran servido de nada para su buena reputación los triunfos bélicos si, a pesar de los sinsabores que causaron a los bárbaros, no hubieran sido excelentes para con sus súbditos, pues nada le importa al que sufre que sea escita o romano el que le causa el daño, sino que considera enemigo suyo a cualquiera que le haga sufrir. Y muchos de sangre noble que heredaron el cetro en una tercera generación[46] lograron que sus súbditos echasen

[45] Cf. I 3d-4a.

[46] Si nos atenemos al concepto de «tercera generación» (cf. I 2b), puede tratarse de una alusión polémica a Constancio II, lo que no parece coherente con la devoción de Temistio por este monarca. El blanco de la

de menos a los bárbaros. Pero esto ya no ocurre; la estirpe d
propia y la extraña siguen cada una su camino natural: los unos te aman y los otros te temen.

22 No ignoras en modo alguno los gastos que exige tu diligencia, pero recortas día tras día los superfluos para poder atender los necesarios. Ahora ninguno de los que se llaman militares ostenta en vano este título, ni éste se reduce a ves- 116a
tir el manto y el cinto, sino que o bien es capaz de estar a la altura de la función que se ha encomendado a sí mismo, o se le expulsa. Y si hasta este momento la escala de mandos la integraban una relación de nombres venerables, ahora el hoplita es propiamente hoplita, el caballero, verdaderamente tal, y el arquero no lo es sólo de nombre. He tenido ocasión de contemplar tu ejército y me ha parecido más disciplinado que un coro. Homero, por el contrario, resulta bastante primitivo cuando se admira de Menesteo por el orden con que b
dispone sus hoplitas y sus caballos[47]. Desconocía, en efecto, el acoplamiento de tu falange, la compenetración de tu caballería y el adiestramiento de tus soldados para vivir dentro del hierro[48], y no disfrutó sobrecogido ante semejante espectáculo. De no ser así, creo que se habría reído del hilo y de la paloma[49] al ver en acción a tus arqueros, que soltando las riendas a los caballos disparan con más tino que los que están plantados en tierra.

23 Luego no le falta razón a Príamo cuando considera dichoso a Agamenón por haber llevado desde la Hélade más

crítica puede ser, no obstante, Juliano, que, como primo de Constancio, también hereda el cetro en «una tercera generación».

[47] *Ilíada* II 552 ss.

[48] Los *clibanarii* o soldados cubiertos por coraza.

[49] *Ilíada* XXIII 850 ss., correspondiente a una de las pruebas del certamen que siguió a la muerte de Patroclo.

soldados que los frigios[50]. En cambio, el que acude a tu lado para defenderte es un emigrante que ha despreciado el cetro de sus antepasados, y no precisamente el de un oscuro reino: un favorable presagio de tus triunfos en Oriente[51]. Pero de todo esto se desprende que mis palabras nos remiten en definitiva a tu persona, pues quien infunde en cada uno el afán por cumplir perfectamente la parte que le toca es el responsable de que funcione bien el conjunto. Y todo hombre se afana cuando comprende, para empezar, que no va a pasar desapercibido, y por otro lado, cuando obtiene el re-
d conocimiento a su virtud. De hecho, es imposible que te pase desapercibido el que cumple con su cometido, y ya que no pasa desapercibido, que se quede sin premio.

24 Si, por lo tanto, sometes a una rigurosa inspección a tus oficiales y centuriones y sufre una depuración tu pareja de generales[52], ¿vas a descuidar acaso a los magistrados civiles? ¿Podrán escapar de tu mirada los corruptos, los pre-
117a varicadores, los que han dictado sentencias ilegales o los que han ofendido de cualquier otra manera a tus súbditos? ¿No es como si, atento, allí cerca

todo lo vieras y todo lo oyeras[53],

como si tus ojos y tus oídos fueran testigos de las acciones de cada cual y todo lo alcanzaras con tu mirada, igual que Homero dice Zeus que desde el Ida vuelve «sus ojos» lejos hacia «los tracios, domadores de caballos», y «los misios,

[50] *Ilíada* III 182 ss.

[51] Se trata de Papas, hijo del rey Arsaces de Armenia, cuyo padre había sido capturado por los persas, por lo que buscó la protección del emperador. Cf. AMIANO MARCELINO, XXVII 12, 9 ss.

[52] Cf. ZÓSIMO, IV 2, 4, que alude a la depuración de los generales que habían sido fieles a Juliano, como el prefecto Salustio.

[53] *Ilíada* III 277. En estos términos se dirige Agamenón a Helios.

que luchan cuerpo a cuerpo»[54]? Tú, en cambio, vuelves la mirada desde los misios hacia los fenicios y diriges tu ira contra los que cometen injusticia. De ahí que casi hayas acabado con los arribistas y no se expongan ya los cargos a la venta pública, ni se pregonen los gobiernos de las provincias como si fueran mercancías[55]: ha retornado el antiguo b
respeto por la justicia y por la experiencia. Y si se encuentra que alguien está en posesión de este respeto, no va a necesitar mendigar un cargo, sino que habrá de prestar sus servicios aunque no se lo proponga[56]. Cuando Satibarzanes solicitó una satrapía que no le correspondía a cambio de tres mil daricos, Artajerjes le devolvió su dinero y no le concedió el cargo; y en el momento de entregarle semejante suma, le dijo: «No voy a ser por esto más pobre, pero sí más injusto si le asigno el cargo a un corrupto»[57]. Para un príncipe no c
ha de haber mayor prioridad que el cuerpo de su imperio, y no se equivocaría quien afirmara que el cuerpo de este imperio lo forma toda la tierra que reconoce su autoridad. Y de hecho, igual que en nuestros cuerpos cualquier miembro dolorido transmite su malestar a la totalidad del organismo, en el organismo que es el imperio basta con que una sola ciudad atraviese dificultades para que impida que el conjunto esté sano.

25 De muchos emperadores antiguos he oído decir que estaban obsesionados con que no se les notara la calvicie y d
que, en cambio, no les preocupaba que ciudades enteras estuviesen en ruinas; que se pasaban la vida perfilándose los

[54] *Ilíada* XIII 4-5. Marcianópolis, apunta Maisano, lugar en que se pronuncia el discurso, está situado en la Misia. De ahí lo oportuno de la cita.

[55] Cf. XIV 183d.

[56] Cf. PLATÓN, *República* 519c ss.

[57] PLUTARCO, *Dichos de reyes y emperadores* 173d-e.

ojos y no les importaba lo más mínimo abandonar la tierra a su desolación; y de otros he oído que no utilizaban caballos que no hubieran superado infinitas pruebas y recurrían, sin embargo, a hombres incompetentes para los puestos más elevados. No habrían soportado contemplar a otros aurigas que no fueran los más expertos conductores, pero no tenían ninguna dificultad en encomendarle las riendas de las ciudades a uno cualquiera, ignorando, de ese modo, que todo el
118a que asume un cargo pasa a representar a pequeña escala una imagen de la realeza. Y ya se sabe que los hombres deducen de la imagen los rasgos del modelo. Resulta ridículo, por lo tanto, derribar una estatua por no parecerse demasiado a su modelo, o apresurarse a borrar una pintura por no guardar parecido con el suyo, y ser, en cambio, condescendiente cuando se trata de imágenes vivas. Lo cierto es que una imagen de bronce que no reproduce con fidelidad la figura del príncipe no tiene por qué ofender a quienes la contemplan, pero un magistrado que no lleva tu impronta es una
b desgracia para los que están bajo su autoridad y, empleándola para todo lo contrario, pervierte la autoridad que ha recibido para hacer el bien. Sin duda, no has distribuido las espadas y las lanzas entre los soldados para que las usen contra nosotros a su antojo, sino para que las usen contra los bárbaros en nuestra defensa. Y si alguno cree que se le debe dar un uso perverso a un acero que se le ha entregado para un fin decoroso, incurre en un castigo merecido por haberse revelado como un asesino más que como un soldado. De ahí que no permitas que se libre del correspondiente castigo aquel a quien habías encomendado labores de pastor y que, más que pastor, daba la impresión de ser un lobo[58].

[58] Platón, *República* 416a.

26 De las muchas cosas que admiro en tu reinado lo que c
más me admira de todo es que hayas puesto en vigor una ley que se había visto postergada con el paso del tiempo, y que hayas sabido pedirle a tus amigos que no te regalen caballos ni perros ¡por Zeus! (pues es más propio de un rey regalar estas cosas que recibirlas), sino hombres honrados y competentes para el gobierno, sin los cuales los súbditos no pueden apreciar los cuidados que les dispensas (pues por mucho que decretes la rebaja de un cuartillo o de una cótila, toda esta generosidad tuya es estéril y vana si la gestión es mala). Nada resulta tan penoso a la hora de pagar los impuestos como las dificultades que en sí misma encierra la
operación: el cuándo y el cómo, el «¡ahí no, sino aquí!» y el d
«¡mañana no, ahora mismo!». Todo esto convierte lo pequeño en grande y lo sencillo en complicado, y una tasa de dos óbolos sale por un talento; pero la ley es insuficiente para regularlo, ya que la naturaleza de estas cosas escapan a toda tipificación. Lo que se necesita es una ley viviente[59] que se adapte a cada circunstancia y una justicia más apegada a la tierra, siempre y en cada momento al servicio de los súbditos. Aquel de quien depende la totalidad necesita
hombres que se ocupen de diferentes parcelas, del mismo 119a
modo que este universo recibe el apropiado nombre de «cosmos» por depender su conservación en su conjunto de Dios, aunque en sus diversas partes se encargan del gobierno los que Aquél ha facultado para ello. Tú eres de la opinión de que este «cosmos» que tienes a tu cargo también necesita esta organización.

27 El discurso, no sé cómo, saltando inadvertidamente de un tema a otro ha dejado de lado el repaso completo de las

[59] Cf. introducción general, cap. 4.

características enumeradas por Platón[60]. El caso es que el
soberano no sólo ha de ser munífico, sino que también ha de
saber reconocer con exactitud lo que le demandan sus súb-
b ditos, así como prever sus pequeñas y sus grandes necesida-
des. En definitiva, ha de tener las cualidades que ni siquiera
Platón se atrevió a definir con palabras y que nuestro empe-
rador con su comportamiento ha demostrado poseer. De este
modo, mi discurso ha venido a parar de nuevo a este punto
y [...][61] si en realidad nuestro príncipe atesora diligencia,
valor y coraje en menor medida de lo que describió Platón.
Este discurso se dirige en primer lugar a vosotros dos, pues
heredasteis el imperio como una nave sacudida por todas
c partes: había perdido territorios en Oriente, con el agravante
de que los enemigos habían obtenido con tratados lo que no
habían esperado conseguir por las armas[62]; los germanos
afligían Occidente y no escarmentaron con la pequeña de-
rrota que sufrieron, sino que se soliviantaron aún más[63]; y
los escitas, entre unos y otros, representaban una nueva
amenaza al reclamar el precio de su inhibición[64]. Pero a pe-
sar de haber heredado este círculo de guerra y de paz, a cuál
más dañina, con vosotros ha ocurrido lo contrario de lo que
se hubiera pensado: los enemigos han recibido más daño de
vosotros que de quienes decidieron combatirlos.

d **28** Pues bien, ¿qué característica del soberano nos queda-
ba por tratar? ¿Nos hemos olvidado de alguna? ¡Venga! ¡He

[60] En el texto citado de *Leyes* 709e ss.

[61] El texto presenta una laguna en este punto.

[62] Alude Temistio al tratado firmado por Joviano con los persas, que recibe sin embargo un tratamiento positivo en V 66c.

[63] Puede tratarse de una alusión crítica a los triunfos de Juliano en las Galias.

[64] Constantino, aún césar, había pacificado a los godos con un acuerdo por el que se les reconocía la condición de *foederati,* por lo que estaban en situación de exigir compensaciones económicas.

aquí las palabras de Platón! Dice buscar un rey joven, des-
pierto, dotado de buena memoria, manso, temperante y ge-
neroso. ¿Para qué necesitamos ya hablar de la temperancia
si vemos cómo expone su cuerpo a las inclemencias de la
sed, del hambre y de las continuas noches al raso? Este 120a
hombre consagra su amor a un solo lecho, el de su esposa, y
ello a pesar de estar en la flor de la vida, cuando incluso los
particulares encuentran dificultades para combatir los im-
pulsos de la naturaleza. De ahí que de estas sagradas e in-
maculadas bodas proceda también el más sagrado de los
retoños, el hijo amado, el muy deseado[65]. ¡Ojalá pudiera ha-
cer de él un Alejandro! ¡Y ojalá que la filosofía llegue a
sentirse orgullosa de una criatura semejante! De hecho, ya
me está dando un primer indicio de su condición regia: su
rostro pensativo. El bufón no le hace perder la compostura,
ni el prestigitador lo deja sobrecogido, como sería de espe-
rar en alguien que va a sentir alegría y admiración por tantas
otras cosas. ¡Que cumpla Dios esta súplica nuestra! b

[65] Valentiniano el Joven, conocido como «el Gálata» por su nacimiento en Galacia. Fue el único hijo de Valente y la emperatriz Albia Dominica y nació en el 366. A él se consagra el *Discurso* IX.

IX

PROTRÉPTICO A VALENTINIANO EL JOVEN

INTRODUCCIÓN

El *Discurso* IX fue pronunciado a comienzos del 369, en plena campaña contra los godos, por el inicio del consulado de Valentiniano, hijo de Valente y conocido como «el Gálata»[1], con el general Víctor como colega. Padre e hijo estarían probablemente en Marcianópolis, en los cuarteles de invierno, lo que hace pensar que a pesar de la ficción literaria, Temistio pronunció el discurso en Constantinopla[2]. Las referencias a los períodos pasados cerca del Danubio no son quizá sino una alusión al viaje a realizado a Marcianópolis para pronunciar el *Discurso* VIII.

El protréptico recoge los principios básicos de la filosofía política del orador, que en esta ocasión deja en un discreto segundo plano al general (nada más lejos del papel relevante que el cónsul Saturnino desempeñará en el *Discurso* XVI). El ejercicio de la humanidad, la supremacía de las letras sobre las armas o la formación en la *paideía* tradicional, dentro de las disciplinas específicas para un príncipe, son las exigencias educativas que Temistio plantea al joven

---

[1] Cf. nota a VIII 120a.

[2] H. SCHOLZE, *De temporibus...*, págs. 36-37; J. VANDERSPOEL, *Themistius...*, pág. 172.

Valentiniano. La superioridad cultural de la mitad helenizada del imperio y el protagonismo final de la ciudad revelan a un político consciente de su filiación constantinopolitana. Finalmente, se hacen votos por la continuidad dinástica y la estabilidad política: Graciano y Valentiniano reproducirán la armonía entre Occidente y Oriente vigente por entonces en las personas de sus respectivos padres. La súplica, en nombre del Senado, del nombramiento de Valentiniano como augusto aspira sin duda a restablecer el equilibrio del imperio, una vez que Graciano ha alcanzado en Occidente semejante condición.

SINOPSIS

1. La carrera del general Víctor culmina donde comienza la de Valentiniano.
2. El joven príncipe está habituado a la dureza de la milicia.
3. La enseñanza de Calíope es la que conviene a un joven de su condición. Las propias Musas asistieron a su nacimiento.
4. Los príncipes son «criaturas de Zeus». Los bienes que les aporta Calíope. Valente ya se encomendó a la filosofía. El joven dispone de una legión de maestros.
5. El arte de gobernar. La enseñanza de Platón y de Aristóteles.

6-7. Los modelos familiares. Valentiniano y Valente. Graciano.

8. La riqueza cultural de Oriente. Existen doctrinas específicas para un príncipe.

9-11. Al joven le corresponde enriquecer con la teoría la sabiduría práctica de sus padres, que se erigen en modelos de ejercicio fraterno del poder.

12. Temistio insta a los príncipes a la proclamación de Valentiniano. Graciano y Valentiniano continuarán la hermandad de los actuales príncipes.
13. Súplica final del Senado: que la ciudad celebre la proclamación del joven y que el general participe de las solemnidades.

PROTRÉPTICO A VALENTINIANO EL JOVEN

1 Hijo de dos padres invencibles[1], ignoro qué tratamien- 120c
to es el más adecuado para dirigirme a ti, si el que te reserva
el futuro o el que tengo ante mis ojos, pues lo que para el
resto de los hombres es el techo de toda su carrera política,
para ti no es más que un principio y un fundamento, y tu
prólogo comienza donde concluyen los que han llegado más
alto. No tienes más que mirar a tu propio colega en la ma-
gistratura[2]: por mucho que se pueda decir que tus padres le
han pagado el precio que exigía su virtud, el honor más d
grande que le reporta el cargo es tenerte a ti de colega; y
considera un privilegio mayor haber sido elegido después de
ti que haberlo sido antes que otro. Ello le supone a él, por
otra parte, la posición más alta jamás alcanzada, mientras
que esta dignidad suprema es para ti la más baja de las que
vas a ocupar con el paso del tiempo. Y aun así, ambas son 121a

---

[1] Temistio se dirige al joven Valentiniano, por entonces de tres o cuatro años de edad, en calidad de hijo de los dos emperadores reinantes.

[2] El general Víctor, de quien se dice más abajo que tiene por nombre la victoria. Era sármata y de religión cristiana, y venía sirviendo en el ejército desde los tiempos de Constancio II. Mantuvo amistad con Temistio (cf. XI 149c), además de con Libanio, Gregorio de Nacianzo y Basilio de Cesarea.

completamente lógicas y coherentes en sí mismas. Tú, por un lado, eres el primero de tu bendita familia en haber tenido la púrpura por pañal[3]: la victoria te acogió en sus brazos desde tu alumbramiento y la victoria se ocupa desde siempre de tu crianza. Por otro lado, este hombre que tiene la victoria por nombre (y que con frecuencia ha sido más bien la causa misma de la victoria) comparte contigo la más alta magistratura como presagio favorable de los trofeos que has de alcanzar en el futuro.

2 Aunque todavía te llevan en brazos, participas con tu padre en las expediciones militares y en el mando del ejér-
b cito: no te cría en el abrigo de tu casa, ni «con grasa y médula» de animales[4], sino en el Istro y en los inviernos escíticos, comiendo la misma comida y bebiendo la misma bebida que sus soldados y que él mismo. Aguantas con aplomo el grito de guerra, el estrépito de los escudos y los destellos de corazas y cimeras. Tú no te asustarías en modo alguno

de ver el temible ondear del penacho en la cimera[5],

ni te causa espanto la presencia de un hombre cubierto por su armadura, ante cuya visión, según Homero, incluso el más animoso se habría estremecido[6]. Te he visto, noble mu-
c chacho, probar el arco desafiando tu edad.

La cuerda estiró hacia su pecho[7],

[3] Pues, como señala atinadamente Maisano, ninguno de sus precedesores había nacido de padre emperador.

[4] *Ilíada* XXII 500-501.

[5] *Ilíada* VI 470.

[6] *Ilíada* IV 421.

[7] *Ilíada* IV 153.

pero no podría decir el poeta, a la vista de tus manos, que son «tiernas y delicadas»[8], como dice de las de los jóvenes de Ítaca (ya más bien pretendientes adultos), que de pura blandura no tardaron en desistir y renunciar a su premio. No hay que maravillarse, por lo tanto, de que hace poco te sentaras en la tribuna con más entereza que cualquier adulto: mientras la audiencia desfallecía, tú dabas claras muestras
de que ibas a aguantar hasta la tarde. ¡Noble enseñanza y d
adecuada, sin duda, para un príncipe la de probar como cachorros la sangre de las alimañas y alimentar la cólera contra los bárbaros!

3 Yo desearía, sin embargo, que te adentraras cuanto antes en disciplinas más apropiadas aún que éstas para un príncipe. Es preciso, sin duda, que el que está llamado a ser pastor sepa espantar a los lobos lejos del rebaño, pero antes que nada debe adiestrar a los perros para que sean mansos y dóciles con el ganado. Sobre esta materia dice el poeta Hesío-
do que es Calíope la que instruye a los reyes, así como que 122a
es más útil para los gobernantes que para los gobernados. Escucha de momento sus versos, y los comprenderás algo más adelante. Dice a propósito de Calíope que es la más importante de las Musas,

pues ella acompaña a los venerables reyes.
A quien honran las hijas del gran Zeus
y ven nacido de los reyes hijos de Zeus,
a éste en su lengua le vierten dulce rocío,
a éste las palabras le fluyen dulces de su boca. Y los hombres
todos ponen sus ojos en él cuando interpreta las leyes[9]. b

[8] *Odisea* XXI 151 ss.

[9] Hesíodo, *Teogonía* 80-85.

¡Cuántas prendas atribuye el poeta a los reyes si no descuidan a las Musas! Para empezar los llama «venerables», y ello porque van a gobernar a sus súbditos acudiendo a la veneración más que al temor. Lo venerable, en efecto, merece el respeto de los que sienten veneración, mientras que lo temible resulta abominable para quienes lo temen. A continuación, afirma que es también de necesidad que los reyes
c sean amados por los dioses desde que nacen. Y esto, dichoso entre los niños, podemos comprobar que se da en ti de modo especial, pues Dios no recurrió a los buenos augurios, a los oráculos o a la adivinación para anunciar la ruina del criminal, sino a tu nacimiento [10]. Y es evidente que tu alumbramiento lo asistieron las Musas. ¿Cómo, si no, iba a recuperar tu padre la destruida armonía del imperio, y relajando unas voces que desafinaban y tensando otras, las iba a armonizar en soberbia sinfonía? Es evidente, desde luego, que
d al posar en ti su mirada cuando nacías, estaban velando al mismo tiempo por ti y por el que te engendró, ya que no es posible amar el fruto y menospreciar la raíz.

4 Pero a los reyes en los que tienen puestos sus ojos las Musas también los llama «criaturas de Zeus», y dice que de su lengua fluirá «un dulce rocío», aludiendo con este «rocío» a discursos fecundos y provechosos, a que los han de acompañar la justicia y la ley, y a que tendrán pendientes de
123a ellos los ojos y el pensamiento de los súbditos; y representando, por otro lado, como objeto de su amor tanto al rey como a los gobernantes: su imagen, como el espectáculo más delicioso, y su voz, como el más grato de los sonidos. Estos son todos los bienes que por vía de tu padre, niño querido, te aporta Calíope. ¿O es que no ves cómo lo asiste el derecho, se sienta a su lado la justicia y lo acompaña siem-

[10] Procopio, derrotado el mismo año del nacimiento del joven (366).

pre la ley? Quizá te percates a pesar de tu edad de que, aun siendo soberano de todos los hombres y teniendo por súbditos a la tierra y el mar, no considera indigno llamar a un
hombre mayor maestro y preceptor suyo [11], sino que se ha b
encomendado por completo a sus manos, no porque su cuerpo posea un vigor superior al de la mayoría, ni porque sea experto en tácticas militares, sino porque lo guía hasta las Musas y es «administrador de su santuario» [12]. ¿En qué monarca brillaron y florecieron las Musas tanto como en tu padre? ¿Quién ha incitado de esa manera las almas de los jóvenes al estudio? ¿Quién ha concedio la primacía a esta clase de bienes? ¿Quién ha otorgado el mismo valor a los
hombres de letras y a los hombres de armas? ¿De quién ha c
osado ofrecer la filosofía su más digno testimonio? Así que no creas que es algo lícito menospreciar el celo de tu padre, pues lo cierto es que el que te ha dado la vida te supera en todos los terrenos; tan sólo está en tu mano superarlo, si así lo eligieras, en algo que él no tuvo facilidades para conseguir y que tú vas a tener fácilmente a tu alcance: una legión de profesores y maestros.

5 Ven aquí, niño mío, y siéntate en mis rodillas. No seré peor para ti que Fénix, un fugitivo que había faltado contra su padre [13] y que tuvo a su cargo la educación de Aquiles; no te cortaré el companage ni te serviré el vino [14], sino que te
criarás a mi lado con néctar y ambrosía, alimentos celestia- d

[11] Posiblemente Temistio alude a sí mismo como maestro de Valente en sentido figurado

[12] Platón, *Leyes* 759e.

[13] Fénix era hijo de Amíntor, rey de Eleón, en Beocia, y a instancias de su madre había seducido a la concubina de su padre. Éste, irritado, le sacó los ojos, y Fénix se refugió junto a Peleo, que lo condujo ante el centauro Quirón para que recuperase la vista. Posteriormente acompañará a Aquiles como preceptor y consejero.

[14] *Ilíada* IX 488. Cf. *Disc.* XIII 173a, XVI 213a, XVIII 224d-225a.

les con los has de crecer y nutrirte para saber en cada mo-
mento lo que hay que decir y lo que hay que callar, lo que
está bien hacer y lo que es mejor no hacer, cuándo hay que
desatar la cólera y cuándo hay que calmarla, en qué se dife-
rencian una desgracia, un error y un delito (y que conviene
que el príncipe compadezca lo primero, enmiende lo segun-
124a do y, sólo en el último caso, castigue)[15], y por último, que
una cosa es gobernar a hombres libres, y otra, a esclavos, ya
que aquello requiere supremacía en la virtud, y esto, un fa-
vor especial de la fortuna. Compartirán conmigo tu educa-
ción el ilustre Platón y el divino Aristóteles, que se encarga-
ron de la educación de Alejandro Magno. Ellos convirtieron
a un macedonio en un hombre superior a Darío y los per-
sas[16], aunque el que quiera que le sean de utilidad ha de di-
rigirse con respeto a los hombres y con la vista puesta en la
verdad, no en la opinión, y ha de atender a sus enseñanzas y
b no limitarse a oírlas por encima. Para esta tarea quizá tam-
bién te puedan servir otros, pero soy yo el que le debo un
reconocimiento a tu padre, por lo que estoy dispuesto a res-
tituirle con mis palabras la generosidad que mis palabras
han encontrado en él.

6 Por un lado, lo tienes fácil para llegar a ser más famo-
so que tus padres, pero por otro, te va a resultar bastante di-
fícil, pues en parte aventajas ya a tus progenitores, pero en
parte no puedes evitar que te superen. En el hecho de que
hayas nacido de príncipes, y ellos de un particular, les sacas
c sin duda ventaja, pero en que ellos obtuvieran el trono como
premio a su virtud, mientras que a ti te llega por herencia
familiar, afirmo que tienes una ardua competencia, ya que
has de estar a la altura de la fortuna y de tus padres, algo

[15] Cf. I 15c y nota.
[16] Cf. XVIII 225a.

que a ellos nadie se lo exigiría. Para ellos carece de impor-
tancia rivalizar con sus padres, mientras que para ti sí la tie-
ne, y mucha, estar al nivel de los tuyos, pues a ellos se les
examina en comparación con un honrado particular, o en
todo caso con un general[17], mientras que a ti se te compara
con emperadores romanos que, por otra parte, no tienen pa-
rangón con sus predecesores. Si, para empezar, piensas en el d
mayor, verás que ninguno ha obtenido un refrendo tan claro
y tranquilo a la hora de acceder al trono, sin la amenaza de
los persas ni temor en el ejército ni desconocimiento por
quienes lo eligieron del lugar de la tierra en que se encon-
traban[18]. No lo eligió la fortuna en mayor medida que la re-
flexión: libres de temor, en libertad y en pública asamblea, 125a
los que se suponían sus lógicos disidentes fueron los prime-
ros en votarlo[19]. Por lo tanto, ya pienses en éste o en tu ver-
dadero padre, la lucha la tienes difícil, pues si aquel que
obtuvo el refrendo general no dejó pasar apenas tiempo para
elegir a un colega, ¿cómo negar que con ello se confirma la
grandeza de su elección y que con este único y sublime voto
supera a quien lo ha elegido? Luego si ya tenías difícil com-
petir con un único rival de esta altura, además se te exige un b
esfuerzo doble, ya que no has de quedarte a la zaga de nin-
guno de tus dos padres.

7 Pero por otro lado, tenemos algo a nuestro favor: con-
tamos con muchos ejemplos en la propia familia, y en cual-
quiera que centres tu atención (el de tu tío, el de tu padre o

[17] Sobre el padre de los emperadores cf. VI 81d y nota.
[18] Se trata de una clara alusión a la elección de Joviano: cf. *Disc.* V 65a ss. Para la elección de Valentiniano y la posterior proclamación de Valente por parte de su hermano cf. VI 73b ss.
[19] El prefecto Salustio y los generales Arinteo y Daglaifo.

el de tu primo[20]) hallarás un estímulo para la imitación. Pero dejando a un lado a los padres, reparemos en la luz de esta familia que se encuentra a tu mismo nivel, pues conviene
c que un joven rivalice con otro joven. Estoy enterado de que ante aquél se arrodillan todos los hombres, griegos y bárbaros, pero que él se inclina ante su maestro[21]; y de que lo temen los celtas y los germanos, pero que baja la mirada en presencia del director de sus estudios cuando desciende de lo alto del trono en audiencia concedida a los bárbaros, y que siente por su maestro un respeto superior al de los muchachos corrientes. ¡Bienaventurado por esta reverencia! ¡A
d qué grado de audacia lo conducirá este temor! Por lo tanto, desde el momento en que contamos en la propia familia con los modelos que han de imitarse, no tenemos excusas para la pereza.

8 Tenemos, sin embargo, una ventaja inicial sobre tus padres y tu hermano en el hecho de que recorremos un camino ya hollado y, por otro lado, en que la región en la que nos ha tocado vivir está más favorecida por las Musas, con lo que no es preciso hacer venir a los maestros desde los confines de la tierra[22]: vivas donde vivas los tendrás dispuestos a po-
126a nerse a tu servicio, particularmente a los versados en el «arte regia»[23], cuyo rescoldo aún se mantiene en tu parte del imperio. Entre estos estudios, mi querido niño, existen unos que corresponden a los soberanos, criaturas de Zeus, y otros

[20] Graciano, hijo de Valentiniano I y futuro emperador, que tenía a la sazón diez años y era augusto de Occidente desde el 367, y al que se alude más abajo como «hermano», en el mismo sentido en que los dos monarcas se presentaban como «padres» al comienzo del panegírico.

[21] El poeta Ausonio. Cf. XIII 173a.

[22] Como en el caso de Ausonio, que acudió desde Burdeos a la corte de Valentiniano I.

[23] PLATÓN, *Política* 300e, etc.

que convienen a los súbditos y ciudadanos particulares. Las que elevan el alma y la llenan de grandeza y hacen que el que está llamado a ser soberano de otros lo sea antes de sí mismo son las doctrinas y enseñanzas que convienen a un príncipe; todas las que se ocupan de la lengua y dejan el alma sin cultivar son viles, inadecuadas y apenas necesarias para el príncipe. Por lo tanto, del mismo modo que no vas a b
blandir las mismas armas que tus súbditos, ni vas a vestir una ropa parecida, ni vas a vivir en una casa similar a la suya, sino que todo lo tuyo será más espléndido que lo de tus súbditos (caballos, perros, siervos y carruajes), has de entrar también en posesión de las doctrinas más excelsas y divinas, gracias a las cuales estaremos en lo cierto al proclamar tu divinidad.

9 A tu propio padre el no saber expresarse en la lengua del Ática[24] no le ha impedido tener la reputación de ser el más benévolo de los emperadores de cualquier época, pero si destaca particularmente es por haber practicado la filosofía con hechos más que con palabras. Del mismo modo, el c
Soberano del universo es objeto de adoración entre los hombres no por hablar brillantemente, sino por el enorme amor que les profesa a pesar de su omnipotencia, así como por su condición de corego de vida, de prítano de la felicidad y de dispensador de bienes[25], y porque, confiados, ponemos en él nuestra mirada en los malos momentos. El tirano Dionisio estaba capacitado para escribir tragedias, pero más que la escena, fue Sicilia lo que llenó de dramas. En cambio, el que debe ser llamado por los apelativos de Zeus, esto es, d
«Salvador», «Consejero» y «Protector de la ciudad», ha de

[24] Cf. VI 71c y nota.

[25] Cf. V 64c, VI 79cd.

poseer también la templanza y el amor por la sabiduría que son propios de Zeus.

10 Ésta es la sabiduría que tu padre demuestra; a ti te corresponde añadirle la ciencia. Si te volvieras hacia Platón y hacia Aristóteles, ellos te conducirían a ti, que aún caminas sobre la tierra, hasta el santuario del reino celestial, te explicarían el orden que allí impera y te iniciarían en los
127a misterios de aquel mundo. Aquellos reinos lo guardan la mansedumbre, la benevolencia y la humanidad, en ellos no penetra la maldad, a ellos no se acerca la delación, y de ellos se matiene alejada la calumnia.

11 Tus padres dirigen los asuntos humanos con la vista puesta en aquel orden y ponen de manifiesto aquella armonía, para empezar, en su propia familia y en sus relaciones mutuas, pues comparten tranquilamente lo que hasta entonces parecía imposible compartir: el honor, la gloria y el im-
b perio. Son los únicos soberanos que no promulgan leyes escritas para que los súbditos convivan entre sí, sino que se han erigido a sí mismos en leyes para la convivencia, pues nadie, al ver a sus señores, codicia más de lo que le corresponde. Y sin duda, también a vosotros os está permitido gozar de este fruto y de esta justicia, pues cada uno cuenta con el otro como centinela de su propia seguridad, con lo que son dos, o más bien tres, los que se preocupan por uno solo; y no tardarán en ser cuatro los que se ocupen[26].

c **12** ¡Sí, por Zeus Rey! Te hablo a ti, que en todo imitas a tu hermano. No es justo que se piense que sois mucho más lentos que la naturaleza. Aquélla se ha adelantado a elegirlo emperador: a un soberano le ha adjudicado otro soberano

[26] A la pareja de emperadores, Valentiniano y Valente, se le suma Graciano como augusto en Occidente. Quedaría la inminente llegada al poder del joven Valentiniano.

como a un águila su polluelo, dotado ya de aguda vista, pero a la espera aún de que le crezcan las alas. Nada de esto depende de nuestra elección, sino que es la naturaleza la que obliga a que sea león el cachorro del león, y a que el retoño sea de la misma naturaleza que las raíces que lo han hecho brotar. Concededle, pues, a vuestros hijos la posibilidad de imitar lo mejor de vosotros: vuestra mutua concordia. Tu d
sobrino, que tanto ha tomado por lo demás de vosotros, no va a dejar de dar muestra con cualquier persona de la misma fraternidad que ha heredado de vosotros. ¡Que sea para bien! Acepto favorablemente este preludio. Llamo, en efecto, preludio de la púrpura a la toga, de la corona, al bastón, y de la guardia imperial, a los lictores[27]. La palabra de Zeus «no es», en efecto, «revocable ni engañosa»

ni deja de cumplirse aquello a lo que asiente con un gesto [de su cabeza[28].

Y esta divina cabeza[29] ha dado su asentimiento a que aguar- 128a
de otras galas más altas que las de ahora. ¡Qué espectáculo podrán contemplar los hombres de nuestro tiempo! Un poeta diría que una cuadriga de soberanos, dos parejas cuyos miembros son casi de la misma edad, llevan el mismo camino y alientan los mismos pensamientos, iguales en número a los cuatro confines de la tierra que custodian. ¡Ojalá que Dios, que le ha permitido al imperio llegar a este número, lo haga crecer también sin tardanza! Y una vez añadido

[27] El consulado se presenta como preludio de la dignidad imperial y se simboliza con la toga consular, el bastón consular y la escolta de lictores.

[28] *Ilíada* I 526-27.

[29] PLATÓN, *Fedro* 234d. Cf. XIV 183d.

b lo que el pueblo y el Magno Consejo[30] suplican, concluyo
ya para no abusar de vuestra paciencia.

13 Nosotros, divino príncipe, hemos sido los primeros de
todos los hombres en proclamarte emperador, los primeros
en proclamarte cónsul. A nuestro lado ambos habéis de-
mostrado la excelencia de vuestra virtud, aquél, porque no
ha ostentado en solitario la dignidad suprema, y tú, porque
sólo a ti se te ha considerado digno de compartirla. Es justo,
por lo tanto, que la ciudad reina, que habéis convertido en
c testigo de vuestra divina concordia[31], dé también su sanción
a este acto de hoy y salude a su propio cónsul, sentado en el
trono paterno y en Senado de su padre, antes de que se quite
la sagrada estola y consagre los fasces de cónsul junto a los
de su padre. Permite, ¡por Zeus!, que el joven se eleve desde
el podio de Constantino claro y brillante como una estrella
en el firmamento. Permite que oiga la voz del pueblo, ya
que está habituado a tratar a los príncipes. Permite que cele-
d bre unos fastos dignos de la esperanza que despierta. Y sin
duda, también permitirás que el general, apoyando por un
momento su escudo y dando reposo a su cuerpo, que tan a
menudo ha entregado por el bien común, levante la copa
con nosotros en su hogar y se sienta orgulloso de su patria,
como los que vencen en Olimpia.

---

[30] El Senado.

[31] En cuanto escenario de la proclamación de Valente por parte de su hermano. Cf. VI 82a.

X

A VALENTE POR LA PAZ

INTRODUCCIÓN

El *Discurso* X es la reflexión de Temistio sobre la paz firmada con Atanarico en el invierno del 369/70. Sabemos por el relato de Amiano Marcelino[1] que, ante las iniciativas de los godos en este sentido, los generales Arinteo y Víctor comprobaron por encargo del emperador la sinceridad de sus intenciones, y que el tratado se firmó finalmente en una embarcación atracada en pleno Danubio, dado que ninguno de los dos bandos quería poner su pie en el territorio del otro. Temistio, que había acudido al Danubio con una delegación de senadores para persuadir al emperador de la firma del tratado (X 133a-b)[2], regresó a Constantinopla tan pronto como ésta tuvo lugar. Allí pronuncia ante el Senado, al poco tiempo del regreso de Valente, el *Discurso* X como felicitación por la paz. Scholze fecha el panegírico a finales de enero o en febrero del 370[3].

---

[1] AMIANO MARCELINO, XXVII 5, 1-10.

[2] Lo que no significa que en aquella ocasión pronunciara algún panegírico hoy perdido. Cf. introducción, caps. 1 y 2.

[3] H. SCHOLZE, *De temporibus...*, págs. 38-39. La datación temprana de Seeck, a finales del 369, queda descartada por la constatación de que Valente estaba el 31 de enero aún en Marcianópolis *(Codex Theodosianus* VII 13, 2): cf. J. VANDERSPOEL, *Themistius...*, pág. 173.

El análisis de Temistio encuentra su correspondencia en el relato de Amiano Marcelino (XXVII 5, 7 ss.), aunque pone el acento, como es habitual, en la defensa de una política de asimilación y en el ejercicio de la humanidad por parte del monarca. Inadvertidamente, Valente está poniendo con este tratado las bases del futuro desastre de Adrianópolis (378).

SINOPSIS

1. El príncipe reclama una vez más el tributo de la filosofía.

2-3. Valente aprecia la sinceridad de la filosofía tanto como rechaza la adulación. Acción y razón se complementan en su persona. El nacimiento de Atenea. Las letras y las armas se complementan.

4. El tema del discurso: la guerra no tiene otro fin que la paz.

5-6. La teoría platónica del alma. El príncipe ha de someter, no destruir, a los bárbaros, como la razón a la cólera. El monarca universal ha de aspirar a la asimilación. Ejemplos de Agamenón y Alejandro.

7. La acción más gloriosa de Valente es la firma de la paz.

8. Temistio acude al Istro en misión diplomática. El escenario de los hechos.

9. A diferencia de Jerjes, el príncipe lleva personalmente las negociaciones.

10-12. La derrota del «juez» bárbaro ante el monarca romano. Los términos del tratado. Moroso relato de la renovación de las defensas.

13. La paz se asienta en el respeto por el nombre de Roma.

14. La causa de la victoria es la inteligencia del príncipe, no el triunfo bélico.

15-16. El príncipe ejerce su humanidad. El respeto por los vencidos. El único fin de la guerra es asentar la paz.

17. Conclusión. Encomio de la política pacifista. El general aspira a la aniquilación; el príncipe, a la felicidad de los súbditos.

A VALENTE POR LA PAZ

1 Yo creía resultarte pesado y enojoso después de tantos 129a
discursos como he pronunciado en tu presencia. De ahí que b
dudara si intervenir también en esta ocasión; no fuera a parecerle demasiado molesto a quien, por otro lado, nada me ha pedido. Pero ya que, aun en contra de mis deseos, no me dejas permanecer inactivo y crees que ha de llegarte puntualmente el pago de mi oratoria como una especie de tributo anual, es obligado que ceda. Valgan, pues, estas palabras como arranque de mi proemio. Conviene que mis discursos estén receptivos, por encima de cualquier otro obsequio de tu parte, al interés que demuestras por ellos.

2 Es justo esto, príncipe, lo que alabo en ti en primer lu- c
gar: que eres proclive a condonarles los impuestos a los labradores, pero no tienes indulgencia con los filósofos. En lo que aquéllos respecta, te complacería sobremanera que pagaran menos tasas cada año, mientras que en el caso de los discursos, las tasas que impones son cada vez más altas. Y resulta aún más sorprendente que, entre los propios discursos, aprecies más los nuestros que los pronunciados en tu propia lengua[1]. La razón es que no te dejas llevar por las palabras,

[1] Sobre la lengua de Valente cf. VI 71c-d y nota.

d sino que investigas el contenido que subyace a ellas; y no te fascina la belleza de las frases, sino la coherencia de su sentido. Creo que justo por ello tienes un concepto más alto de la filosofía que de la retórica. Aquel arte se consagra precisamente a lo que más amas: a aportar no palabras, sino un pensamiento útil, y a procurarle a los oyentes en sus alocuciones no el máximo deleite, sino el máximo provecho. Y que esto es lo que más te agrada puede constatarse en que miras con suspicacia a quienes te adulan, pero te muestras
130a amable y dócil con los que te amonestan. Alejandro se deshizo de Calístenes por ser incapaz de soportar su franqueza, ya que le aconsejaba atenerse a los usos tradicionales de los macedonios[2]. Tú, en cambio, llamas a tu lado a los filósofos a pesar de sus reservas, y cuando llega la época de quedarse en casa, te pasas el invierno entre discursos[3]. Los filósofos gozan de la misma dignidad que los generales, y la escolta que te guarda, al servirte por igual la inteligencia y la fuerza, compone la más bella de las trenzas. Justo por ello los poetas hacen nacer a Atenea de la cabeza de Zeus[4], en un intento de explicar (con mucha razón, por cierto) que no conviene que salga de los soberanos un pensamiento inefi-
b caz o una acción irracional: su pensamiento ha de ser eficaz, y su actuación, plena de sentido.

3 Así lo confirma el pasado. Si piensas en Alejandro, en Augusto o en Marco, hallarás que si alcanzaron tanto renombre, fue porque la capa del filósofo no estaba muy lejos de la del militar, y por no tener en menor estima a Aristóte-

[2] Cf. VII 94a y nota.

[3] Valente pasaba el invierno en Constantinopla, en plena interrupción de la campaña del Danubio.

[4] Hesíodo, *Teogonía* 886-990. Una extensa alegoría del mito del nacimiento de Atenea se encuentra en el *Disc.* XIII 167a ss.

les que a Parmenión, ni a Ario que a Agripa[5]. En cambio, los que amaron en exceso los estudios o la guerra arruinaron, junto a lo que habían desatendido, aquello que conside- c
raron digno de la mayor entrega. Sin duda, resulta imposible que las palabras conquisten la fama sin que los hechos las avalen, o que los hechos pasen a la historia sin que las palabras transmitan su memoria. Por otro lado, las obras de los poetas y de los rétores puede que tengan alguna utilidad, pero pasan por alto lo que habría de ser su preocupación central, ya que en las hazañas atienden a la grandeza, no a la virtud; y de ahí que en sus obras se demoren en las batallas, d
las guerras y las cifras de cadáveres, y que la mayor parte de sus encomios la integren asesinatos y saqueos; sin embargo, ninguno concedió más importancia a la firma de una paz oportuna y decorosa que a la abundancia de trofeos. Pero la realidad es muy distinta, y a menudo es más valioso que vencer desestimar la victoria.

4 Éste va a ser el tema de mi discurso. No soy tan ignorante del divino Platón como para no entender su afirmación 131a
de que está incompleto el rey y el legislador que, competente para la guerra, es incapaz de administrar la paz[6]. Creo que por ello censura al espartano Licurgo: por haber promulgado una constitución adecuada para tiempos de guerra, pero poco práctica cuando se han depuesto las armas. Esto es lo que le ocurre a quien desdeña la mejor de las alternativas, que es condición necesaria para la otra. La paz es, en efecto,

[5] Aristóteles y Parmenión son, respectivamente, un filósofo y un militar vinculados a Alejandro, al igual que Ario (cf. V 63d y nota) y Agripa con respecto a Augusto. Parmenión era un oficial macedonio de singular prudencia que fue ejecutado por Alejandro bajo la acusación de traición: Arriano, *Anábasis* III 26, 4. Marco Vipsanio Agripa comandaba la flota que derrotó a Marco Antonio en la batalla de Actium (31 a. C.).

[6] Platón, *Leyes* 628d. Cf. Dión Crisóstomo, I 27.

273. — 12

el premio de la guerra, y los que se ven obligados a luchar no luchan para llegar hasta el final, sino para vivir en paz y
b con seguridad. Luego quien es capaz de educar para el trabajo y no sabe procurarse descanso desprecia la mejor parte.

5 Platón, en definitiva, me parece admirable en este punto, pero todavía más cuando nos enseña que en cada alma existen en principio semillas de la guerra y de la paz, y que quien es capaz de vivir en paz consigo mismo lo es también de hacerlo con los enemigos externos, mientras que a quien le resulta imposible acordar una tregua consigo mismo difícilmente le satisfaría un armisticio entre ambos bandos[7]. En cada cual existe, en efecto, un principio bárbaro, tremenda-
c mente arrogante y rebelde. Me refiero a la cólera y a los apetitos insaciables, estirpes enfrentadas a la razón como los escitas y los germanos lo están a los romanos. Por lo tanto, del mismo modo que estas pasiones, cuando se levantan contra nuestra mejor parte, no es posible ni conveniente extirparlas del todo por haberlas sembrado la naturaleza en el alma para nuestro provecho (corresponde a la virtud tornar-
d las sumisas y dóciles a la parte racional), es igualmente tarea de los monarcas que hacen honor a su nombre no cortar de raíz, a la hora de someter a los bárbaros rebeldes, todo lo que es parte integrante de la naturaleza humana, sino, atajando su arrogancia, salvarlos y respetarlos en la idea de que forman parte del imperio.

6 Ésta es la realidad: quien combate a los bárbaros insolentes cuando ya no es necesario, tan sólo se erige en sobe-
132a rano de los romanos, pero quien los somete para emplearse después con benevolencia, se reconoce a sí mismo como soberano de todos los hombres, y especialmente de aquellos a los que ha concedido protección y salvación cuando hu-

[7] Platón, *Leyes* 629e.

biera podido aniquilarlos por completo. Por ello me atrevo a afirmar que el astuto Agamenón para nada habló como corresponde a un rey cuando le reprochó a su hermano que se ablandara ante una súplica, elevando un ruego tan cruel e inhumano como que ningún troyano lograra escaparse, que

ni siquiera el varón que aún llevara su madre en el vientre[8],

ni siquiera éste se escapara: que incluso los aún no nacidos perecieran antes del alumbramiento. Pero, según parece,
Agamenón no era en realidad «de extensos dominios», sino b
que sólo era rey de los argivos y de los micénicos, no de todos los hombres[9]. Y sin embargo, cuando llama a Zeus «padre», Homero no dice que sea «padre de los griegos», excluyendo con ello a los bárbaros, sino que dice sin más «padre de dioses y hombres». Es, por lo tanto, el que entre los príncipes de la tierra se presenta como padre no sólo ante los romanos, sino también ante los escitas, el verdadero imitador de Zeus y el amigo de los hombres[10]. En lo que respecta a los otros, a Ciro lo llamo «amigo de los persas»,
que no «de los hombres», a Alejandro, «amigo de los mace- c
donios», que no «de los griegos», a Augusto, «amigo de los romanos», y a cada cual, en general, amigo de la estirpe o pueblo de los que sea tenido por rey; pero «amigo», sin más, «de los hombres» y verdadero rey es quien no deja a ningún ser humano al margen de sus cuidados.

7 Sin duda, es glorioso atravesar el Istro con todo el aparato bélico y expulsar al enemigo de su territorio por dos

[8] *Ilíada* VI 58 ss. Agamenón reprocha a Menelao que haya cedido a las súplicas de Adrasto.

[9] Temistio pone en duda el epíteto *eurykreion,* «de extensos dominios», aplicado a Agamenón. Cf. *Disc.* VI 77b.

[10] La humanidad o *philanthropía* es atributo regio en cuanto que también se le acomoda a la divinidad.

veces consecutivas, y todo ello en una incursión tan prolongada como nunca nos habíamos atrevido a realizar, ni siquiera con ocasión de las embajadas. Pero aunque estas acciones son elevadas y nobles y cuentan en el haber de muy
d pocos emperadores anteriores, sin embargo, cuando recuerdo aquel día del que fui testigo directo, a mí me parece mejor la única nave en la que nuestro soberano firmó el armisticio que el puente de barcas por el que Jerjes cruzó con su ejército el Helesponto, y el barco que nos obsequió con la paz que el puente de barcas que dio paso a la guerra[11]. No tuve ocasión de contemplar los ejércitos escitas en forma-
133a ción, sino la asamblea del miedo, el consejo del terror y al general romano transmitiendo instrucciones a sus reyes. Tampoco resuena en mis oídos el grito de guerra bárbaro, sino sus lamentos, sus gemidos y sus súplicas, así como su voz, más propia de prisioneros que de los firmantes de un armisticio, todo lo cual movería a compasión incluso al que fuera más duro que el diamante. Nuestro príncipe había rechazado numerosas embajadas de los bárbaros, pero ha respetado, en cambio, la nuestra[12]. Vosotros, al parecer, elegisteis a la filosofía para interceder por los escitas por ser sólo ella lo suficientemente divina como para apaciguar una cólera justa.

8 Por entonces me dedicaba fundamentalmente a diser-
b tar sobre el concepto de «humanidad» y a demostrarle al príncipe que están mucho más cerca de Dios quienes salvan que quienes destruyen. Y aunque a duras penas y con dificultad,

[11] El primer puente es el que empleó Jerjes para cruzar el Helesponto; el segundo, el que construyó Darío para cruzar el Istro: cf. HERÓDOTO, IV 97, VII 36.

[12] Temistio encabezó una delegación del Senado que instaba al emperador a la conclusión de la paz, además de participar en la que firmó el tratado con Atanario en el 369.

terminó por dejarse persuadir, y cedió y fondeó su nave con ademán más benévolo en las inmediaciones de los bárbaros. El río de Troya[13] le hizo frente a Aquiles cuando se ensañaba con los troyanos, y confundió al joven con su espuma y con sus olas; el Istro, en cambio, se sometió al yugo de mala gana cuando nuestro príncipe lo atravesó en el curso de la guerra[14], pero se le mostró propicio cuando se disponía a firmar el armisticio, y de buen grado extendió su bonanza bajo las trirremes que negociaban la paz: las naves se me- c
cían con la corriente como en un fondeadero, y cualquiera habría creído que tenían raíces en vez de anclas. Él dejaba claro desde el principio que les permitía sacar fruto de su negociación, pues se les acercaba sin intención de retirarse; y ellos, entretanto, permanecían desparramados por la orilla pacíficos y mansos. ¡Innumerable multitud! ¡Por primera vez tantos miles de escitas contemplados sin temor por los romanos!

¡Oh bienaventurado Atrida, hijo de la fortuna, favorecido d
[por los dioses![15]

se podría exclamar al contemplar en aquel momento las dos orillas del río, la una resplandeciente por los soldados que atendían en orden a los acontecimientos con calma y serenidad, la otra llena del confuso griterío de hombres que suplicaban postrados en tierra. Mejor sería decir, sin embargo, que eres más dichoso que Agamenón, pues aquél lo era sólo a los ojos de su tropa, mientras que tú lo eres tanto ante los tuyos como ante los que perdonaste.

[13] El Escamandro: *Ilíada* XXI 209-327.

[14] El puente construido por Valente para cruzar el Danubio.

[15] *Ilíada* III 182.

134a **9** Jerjes no tuvo valor para contemplar la batalla naval contra los griegos, sino que se quedó bajo su tienda a la sombra de un techo dorado, indicio más de blandura que de riqueza[16]. Nuestro príncipe, en cambio, incluso en la firma del armisticio dio muestras de la entereza que no habrían podido combatir los escitas, ya que permaneció en pie sobre la nave a pleno sol cuando más ardientes eran sus rayos, y mantuvo el mismo porte desde el alba hasta la caída de la tarde. Por otro lado, la victoria que ha obtenido con el equitativo tratado en que ha terminado la guerra con los bárbaros es con mucho más digna y no ha requerido la ayuda de
b nadie, general, oficial o soldado. Ha sido en esta ocasión cuando me he quedado admirado de tu inteligencia, viendo cómo afrontabas las circunstancias, y he llegado a la conclusión de que un monarca es un portento que la naturaleza produce de modo espontáneo. Tanta competencia, tanta profundidad de pensamiento y tanta facilidad de palabra, en la que se funden el hieratismo y la benevolencia, ni aun en un
c rétor ducho en estas lides las he visto fácilmente. De ahí que me parecieran poca cosa Pericles y su admirador[17], que decía de él que «cuando los atenienses andaban envalentonados, les infundía temor con sus palabras; y cuando, en cambio, eran presa del miedo, los animaba».

10 Podemos suponer, por lo tanto, que ante las palabras del príncipe los bárbaros sintieron lo mismo que no es de extrañar que sintieran los griegos, y en particular los atenienses, con el más experto de los oradores de entonces. Y sin embargo, los bárbaros contaban con un portavoz en nada manipulable y que, por ser bárbaro de lengua, no lo era ni mucho menos de mente, sino que era más perspicaz en el trato

[16] Heródoto, VII 100.

[17] Tucídides, a quien corresponde la cita que sigue: II 65, 9.

que diestro en el uso de las armas. De ahí que rechazara el d
título de rey y le contentara el de juez, por entender que aquel tratamiento es propio del poder, y éste, de la sabiduría[18]. Pero en ese momento quedó claro que es mucho más duro ser juzgado que juzgar, y el que estaba convencido de ser un excelente juez hizo el ridículo como orador. Tanto lo aventajó nuestro soberano en este aspecto, que puso en evidencia delante de los bárbaros a su propio defensor e hizo más duro el combate dialéctico que el de las armas. Sin embargo, una vez que lo hubo derribado, lo levantó, le tendió la 135a
mano en su aturdimiento y lo convirtió en su aliado ante la mirada de unos hombres que estaban convencidos de haber sido víctimas de un ultraje. Esto es lo quedaba precisamente a su cargo: disipar el estado de turbación al que les había llevado con anterioridad. Se marchó, pues, bastante contento, dominado por dos sentimientos opuestos, la confianza y el temor, despreciando y mirando con desconfianza a sus súbditos, abatido por los asuntos en los que había perdido y orgulloso por el tratado que había logrado. Era, sin duda, un espectáculo increíble y no visto durante mucho tiempo: los romanos otorgando la paz en vez de comprarla. No se han visto compensaciones en oro para los bárbaros, ni b
tantos o cuantos talentos de plata, ni naves repletas de vestidos, ni todo aquello que hemos venido soportando con anterioridad, cuando disfrutábamos de una paz más gravosa que sus ataques y pagábamos un tributo anual que, aunque no nos avergonzaba de hecho, nos negábamos a mencionarlo. Pero nuestro soberano, a pesar de ser tremendamente desprendido, no sintió vergüenza de ser tenido por avaro (él, que había suprimido incluso la habitual contribución en alimentos), y frente a todas las tasas que antes se abonaban, c

[18] Cf. Amiano Marcelino, XXVII 5, 6.

si acaso y a duras penas cedió en esta ocasión con la del intermediario (pues creía que se trataba de una labor que concernía a los escitas tanto como a los romanos). Así que en todo momento procuró dejar claro que no se trataba de desear la paz, sino de ser clemente con los bárbaros, de modo que, en lo que atañe a la actividad mercantil, no les concedió la licencia plena que disfrutaban con el anterior tratado de paz.

11 Aunque a ambos pueblos le reportan beneficios los
d intercambios comerciales, tan sólo se le ha concedido el estatuto de puerto comercial a dos de las ciudades ribereñas. Esto era al mismo tiempo una prueba de la autoridad con que firmaba el armisticio con los bárbaros y una medida de precaución para que los delincuentes, al limitarse los intercambios a determinadas zonas, tuvieran más difícil escabullirse. A mi modo de ver, nuestro príncipe se da perfecta cuenta de que tiene poder para salvar a los bárbaros, pero no tiene en su mano cambiar su naturaleza: de ahí que les evite
136a la tentación de caer en la perfidia. Por este motivo ha levantado fortalezas de nueva planta, ha reconstruido otras que estaban en ruinas, y a otras les ha añadido lo que les faltaba: altura donde había demasiado poca, y espesor donde era preciso, abundancia de agua donde antes escaseaba, almacenes de alimentos por doquier, puertos al mar vecino, levas de soldados, un número efectivo de guarniciones, armas, flechas y máquinas de guerra, y todo ello revisado hasta los últimos detalles. Hasta entonces la penuria de las guarniciones había persuadido a los enemigos de que la
b guerra y la paz dependía exclusivamente de ellos, ya que veían a los soldados no ya desarmados, sino incluso carentes en su mayoría de abrigo, y en una absoluta postración de cuerpo y alma. Veían a los comandantes y oficiales convertidos más bien en comerciantes y en traficantes de esclavos

y preocupados tan sólo de cuanto compraban y vendían. Veían disminuir el número de centinelas y que la soldada pasaba a ser de los que se quedaban. Y veían las fortalezas derruidas y desprovistas de hombres y de armas. Ante se- c
mejante panorama no les faltaba motivo para creer en el éxito de sus incursiones y, aunque por el momento desistían de la guerra abierta, tenían a su alcance las acciones de pillaje. Así que se dispersaron a lo largo de toda la orilla, no sólo por separado o en grupos de dos, sino incluso en partidas y cuadrillas, como auténticos salteadores y no como soldados, por mucho que llamaran botín de guerra a su rapiña. Pero esto ya ha terminado. Podría pensarse que desde las cumbres hasta el mar se levanta un muro de acero. ¡Tal es la d
empalizada defensiva de fortalezas, armas y soldados!

12 Pero dejemos de lado todo lo demás y reparemos en una sola prueba de la atención que ha dedicado a este asunto [19]. Y lo que voy a contar no se lo he oído a otros, sino que son hechos que yo mismo he presenciado. Cuantos habéis estado en esa región sabéis que es la más bella de toda la Escitia sometida al imperio, pero también la más expuesta a los bárbaros, ya que el río no fluye por ella con un curso definido, sino que se mezcla con la tierra formando una ensenada 137a
pantanosa que penetra profundamente en el continente y que no es navegable ni vadeable. Con estas características, el territorio se prestaba a ser punto de partida de las incursiones de los enemigos, que, por otro lado, no se atrevían a presentar abiertamente batalla con un ejército completo so pretexto de mantener la paz, sino que practicaban la rapiña y el bandidaje con sus lanchas de un solo remo y, emboscados en los islotes, lanzaban ataques repentinos contra los habi-

[19] Para una traducción comentada de este pasaje que comienza, cf. J. Guey, «Le Tropaeum Traiani...», págs. 387-98.

b tantes. Acto seguido, mientras llegaba la noticia a las guar-
niciones, que estaban situadas a gran distancia las unas de
las otras, se perdían en las profundidades del río después de
saquear cuanto habían podido, de modo que la persecución
resultaba ya imposible, pues la marisma no permitía navegar
ni avanzar a pie. La situación era, pues, intolerable: ser víc-
tima de saqueos ante los propios ojos sin posibilidad de
castigar a los culpables. Sin embargo, a nuestro príncipe no
le faltaron recursos para hacerle frente a las condiciones del
lugar: encontró una fina lengua de tierra que penetraba en la
marisma y terminaba en un alto ribazo, desde el que se divi-
c siban todos los alrededores, y levantó allí una fortaleza nue-
va, aunque siguiendo el trazado, ya apenas visible, de los
muros que un emperador anterior había levantado por lo
ventajoso del emplazamiento y que había terminado por
abandonar por la dificultad de la tarea. Dado que se trataba
de un lugar sin piedras en las cercanías ni ladrillos al alcan-
ce de la vista, y en el que no era fácil abastecerse de cal, si-
no que había que transportar todos los materiales a lo largo
de muchos estadios a lomos de miles de bestias de carga,
¿cómo no íbamos a disculpar a los que desistieron de un
proyecto tan impracticable? Pero nuestro soberano triunfó
sobre la música que exhibió Anfión para construir los muros
de Tebas[20]. Diríase que las piedras y los ladrillos se trans-
d portaron por sí mismos y que el muro se levantó sin que
participaran carpinteros y albañiles. ¡Tanta fue la disciplina
de los soldados y tanta la soltura con que se superaban las
dificultades! En efecto, distribuyendo las tareas entre todos
y sin permitir que ninguna sección del ejército se viera for-

[20] Anfión, hijo de Zeus y Antíope, levantó un muro en torno a Tebas con la ayuda de su hermano Zeto. Mientras éste cargaba las piedras sobre su espalda, Anfión las atraía a los sones de la lira que le había regalado Hermes.

zada por encima de sus posibilidades, sino dividiendo el
trabajo en partes pequeñas como si se tratara de un carga-
mento, no toleró que nadie conociese la fatiga e hizo parti-
cipar a todos en la obra, y antes que nadie a sí mismo. ¿Po- 138a
dríais creer que ni siquiera exceptuó a sus ayudas de cámara
y que su tarea consistió en proporcionar medidas exactas de
polvo de arcilla? Yo había admirado hasta ese momento a
Demóstenes, hijo de Alcifrón, por la fortificación de Esfac-
teria[21], pues contó con unos soldados tan disciplinados que,
ante la falta de recipientes, transportaron el barro sobre sus
espaldas, sujetándolo con las manos entrelazadas por detrás
del cuerpo. Eran no más de mil hombres y un mayor núme-
ro de remeros que de hoplitas, estaban bloqueados por el
mal tiempo y lo que estaban construyendo era una empali- b
zada más que un muro. Sin embargo, en un lugar en el que
ni oficiales ni generales se negaban a acarrear materiales,
¿qué fundamento tendría sentir admiración por el que dio
aquellas instrucciones o por lo que las siguieron de aquel
modo?

13 Ahora la paz se ha extendido por casi todas las fron-
teras, pero se ha extendido también el dispositivo bélico. Nues-
tro soberano sabe, en efecto, que viven una paz más sólida
los que están más dispuestos para la guerra. La ribera está
provista de fortalezas, las fortalezas, de soldados, los solda-
dos, de armas y las armas, de belleza y de solidez. El lujo ha
quedado desterrado de la tropa y su lugar lo ha venido a c
ocupar la abundancia de bienes imprescindibles, de modo
que los destacamentos no se ven forzados a hacerle la gue-
rra a los súbditos en vez de a los bárbaros, a mantenerse
apartados de éstos en virtud de los tratados y a saquear, mo-
vidos por la necesidad, a los campesinos, sino que los sol-

[21] TUCÍDIDES, IV 4, 2. 8.

dados han cambiado (no sé cómo) el terror y la osadía por su acostumbrada disciplina. Desprecian, en efecto, a los bárbaros y sienten un temor extremo por los campesinos: sufrir el reproche de éstos les resulta más temible que la
d acometida de miles de escitas. De este modo, tanto fuera como dentro de las fronteras la paz reina entre nosotros, el temor a las armas, entre los enemigos, y el temor a las leyes, entre los soldados. Lo que mantiene alejados a los escitas de los romanos no es un río, ni una marisma, ni una empalizada, pues cabría la posibilidad de vadearlo, cruzarla o franquearla, sino el miedo, que nadie ha logrado atravesar jamás cuando estaba convencido de ser inferior. El trofeo que se erige por esta victoria no está fabricado en piedra ni en
139a bronce ni en oro, ni está enclavado en un único emplazamiento, sino que reside el interior de todos los bárbaros y de todos los romanos. Nuestro soberano lo ha levantado no sobre una multitud de muertes y de heridas, ni sobre indescriptibles montones de cadáveres, sino sólo sobre su perseverancia y su firmeza.

14 Vivía en tiempos de nuestros antepasados un boxeador llamado Meláncomas, el más bello, corpulento y reputado por su técnica, de quien se dice que estuvo enamorado el
b propio emperador Tito. Este luchador jamás hirió ni golpeó a nadie, sino que sólo con su colocación y con su juego de brazos agotaba a sus rivales. Ellos se marchaban, por lo tanto, agradecidos por su consideración, pero vencidos por su competencia. Esto mismo es lo que les ocurre ahora a los enemigos ante nuestro príncipe, ya que han sido derrotados sin presentar batalla y han caído sin llegar a hacerle frente. Han sido vencidos, en efecto, no por el contingente de hombres ni por las armas, factores que a menudo ocasionan que los mejores se ven derrotados por los peores, sino por la inteligencia, por la prudencia y por estar convencidos de su

propia inferioridad. De modo que no les cabe echarle la culpa a la estrategia de los generales, a una emboscada, a la dificultad del terreno o a un ataque por sorpresa, cosas que c
hacen que los vencidos conciban esperanzas de retomar las armas tras reponerse de su derrota: a pesar de que se tomaron su tiempo para los preparativos y para un combate abierto y en toda regla, no resistieron, ya en plena batalla, la acometida de nuestro príncipe. Él llevó a estos desgraciados al borde de la extenuación al cabo de tres años, durante los cuales no se atrevieron a atacarle en invierno ni a presentarle resistencia en verano, con lo que sufrían dos derrotas por año.

15 Ya sólo nos queda hacer el recuento, no de los muertos del bando derrotado, sino de los vivos, y no ejercer de vencedores, sino dejar libres a los vencidos. Así es como unos hombres vencen a otros hombres; otra forma de hacerlo es propia de osos, jabalíes y leopardos. Cuando vamos d
de cacería, respetamos la simiente de la especie, y al exterminador implacable se le considera un azote para la caza. Luego si tenemos consideración por las fieras más salvajes (que ni el Istro ni el Rin separan de nosotros, sino la naturaleza misma) para que se salve y prevalezca su estirpe, y nos contraria que se extingan en Libia los elefantes, en Te- 140a
salia, los leones, y en los pantanos del Nilo, los hipopótamos, cuando se trata de un pueblo humillado, sometido y que acepta ponerse en nuestras manos, un pueblo formado por hombres que, por mucho que reciban el calificativo de «bárbaros», son, en todo caso, hombres, ¿vamos a negarle, sin embargo, nuestra admiración a quien no lo ha exterminado, sino que lo ha salvado y respetado?

16 Recuerdo que de los antiguos generales a uno se le llamó «Aqueo», por haber asolado la Hélade[22], a otro «Ma- b

[22] Lucio Mumio, conquistador y saqueador de Corinto en el 146 a. C.

cedónico», porque dejó Macedonia desierta y deshabitada[23],
y el famoso Escipión, nieto del gran Escipión, recibió del
pueblo y del Senado el sobrenombre de «Africano» por ha-
ber aniquilado y destruido Cartago cuando estaba ya desfa-
llecida y exhausta[24]. Si éstos recibieron legítimamente sus
apelativos por los pueblos que habían destruido, con mucha
más justicia cabría nombrarte a ti por los que has salvado.
c Creo que a los dioses también los invocamos con apelativos
(a Zeus como «Pelásgico», a Apolo como «Amicleo» o a
Hermes como «Cilenio») por los lugares que gozan de su
preferencia y de su amparo[25]. ¿A qué hombre le cuadra el
apelativo de «Gótico», a aquél por quien los godos están a
salvo o a aquél por quien ni siquiera existirían ya si de él
hubiera dependido? Pirro, rey del Epiro, ocasionó numero-
sos sinsabores a los macedonios y a los helenos, y terminó
por causarle problemas a los romanos. Pero por muchas
victorias que obtenía, no se daba jamás por satisfecho, y te-
nía puesta la vista en lo único que escapaba de sus posibili-
d dades. Y al final le ocurrió que, entre una y otra guerra, se
desgastó con sus propias victorias y de nada le valieron los
continuos reproches de Cineas contra su ambición insacia-
ble[26], quien le decía que aquellos numerosos e inacabables
peligros no tenían otro fin que, en caso tener éxito, una copa

[23] Quinto Cecilio Metelo, que sofocó la revuelta de Andrisco en el 148.

[24] Publio Cornelio Escipión «el Africano», hijo de Lucio Emilio Paulo y destructor de Cartago en el 146.

[25] Zeus recibe el apelativo de «Pelásgico» por su santuario de Dodona, Apolo el de «Amicleo» por el templo a él consagrado en la ciudad laconia de Amiclas, y Hermes el de «Cilenio» por el monte de la Arcadia en el que se erigía un templo en su honor. Cf. Estrabón, V 221, VIII 363, 388.

[26] Plutarco, *Pirro* 14. Cineas era un experto orador de origen tesalio que asistía a Pirro como consejero.

de vino, de la cual podría disfrutar sentado al abrigo de su
casa y guardando el reino que había heredado.

17 Pero ningún término ni ningún límite, ni siquiera el
océano Atlántico, basta para detener al que siempre aspira a
más, pues los que no tienen fijado ningún límite en su alma 141a
tampoco lo poseen en la tierra. Hacen la guerra por satisfa-
cer su apetito, y no por atender al interés común. Pero no es
éste el caso de nuestro soberano, que es duro e implacable
mientras corre peligro el interés colectivo, pero que una vez
ha resuelto la situación, considera todo lo demás un afán
inútil. Por lo tanto, lo que respecta a los bárbaros marcha y
marchará bien. Ocúpate, pues, de que esta paz resulte fe- b
cunda y provechosa para tus súbditos, y de que se extienda,
por así decirlo, a todo el imperio. Escucha al divino Platón,
que negaba que Ciro y Darío fueran verdaderos reyes[27], y
con mucho más motivo lo habría negado en el caso de Ale-
jandro. En efecto, todos estos monarcas parecían atender a
que aquello que entendemos como «cuerpo» del imperio le
resultara bello a los de fuera, pero no se preocupaban de que
estuviera sano por dentro, de lo que se concluye que eran
generales y no reyes. El éxito del generalato es la destruc- c
ción de los enemigos; el de la realeza, la felicidad de los
súbditos.

[27] Platón, *Leyes* 695e.

XI

«POR LOS DIEZ AÑOS DE REINADO» O «SOBRE LOS ESTUDIOS QUE CONVIENEN AL PRÍNCIPE»

INTRODUCCIÓN

Valente no permaneció mucho tiempo en Constantinopla después de su regreso del Danubio; a finales de abril del 370 se encuentra ya en Antioquía, ciudad que va a ser su residencia habitual durante casi todo su reinado. Desde allí ejerce una política de represión del cristianismo niceno y de los círculos paganos cuyo punto culminante es la persecución de los filósofos, que habían sido acusados de recurrir a la magia para averiguar el nombre de su sucesor (371-372)[1]. Temistio, que con toda seguridad desaprobaría semejante política, emprende, no obstante, el viaje a Antioquía para pronunciar el *Discurso* XI con ocasión de los *decennalia* de Valente[2]. El agradecimiento por las obras realizadas en Constantinopla, particularmente las del abastecimiento de aguas, corre un discreto velo sobre la relativa postergación de la capital.

Como en el discurso de los *quinquennalia,* no existe unanimidad en cuanto a la datación: mientras que la opinión

[1] Cf. introducción general, cap. 1.

[2] Esta opinión mayoritaria es la de H. SCHOLZE, *De temporibus...*, pág. 41. HARDOUIN, por el contrario, cree que fue pronunciado en Constantinopla: cf. *ap.* W. DINDORF, *Themistii...*, pág. 594.

mayoritaria es la del 28 de marzo del 373, Seeck defiende la del 29 de marzo del 374[3]. Tanto este *Discurso* XI como el XXV, pronunciado también en Antioquía por estas fechas, contienen una alusión a una estatua, lo que Vanderspoel relaciona con la noticia de XXXI 353a y XVII 214b sobre una segunda estatua de bronce otorgada por un emperador al filósofo[4]: Valente, según Vanderspoel, es el monarca que la habría donado en agradecimiento por el *Discurso* X sobre la paz.

SINOPSIS

1. Como los distintivos regios, existen artes que sólo convienen al príncipe.
2. La ciencia del príncipe reconoce la filiación divina de la realeza. Esta ciencia tiene la verdad como único fundamento.

3-4. El príncipe no perdona las deudas de esta ciencia que es la filosofía. Sus palabras se graban en su alma; su ropaje carece de importancia.

5-6. El amor por los discursos conduce al amor por el hombre.

7. La genuina filosofía ha florecido con Valente.
8. La humanidad es superior a las restantes virtudes. Sólo conviene a Dios y al príncipe.

9-11. Dios vigila al monarca en el ejercicio de su humanidad. Referencias bíblicas (*Proverbios*) y clásicas (Homero).

[3] O. Seeck, *Die Briefe*..., pág. 303.

[4] El pasaje, bastante oscuro por lo demás, corresponde a XI 146b. Cf. J. Vanderspoel, *Themistius*..., pág. 177. Para la primera estatua de bronce, donada por Constancio, cf. *Disc.* IV 54b.

Aplicación de las consideraciones humanitarias a la política interior y exterior.

12. El liderazgo del príncipe en las expediciones militares.

13-14. La providencia del príncipe pacifica a los bárbaros y se extiende a todo el imperio.

15-17. Las obras públicas en Constantinopla. El suministro de agua a la capital.

18. La lealtad del príncipe: Alejandro y Filipo de Acarnas.
19. Súplica final para que la humanidad del príncipe sea aún mayor.

«POR LOS DIEZ AÑOS DE REINADO»
O «SOBRE LOS ESTUDIOS QUE CONVIENEN AL PRÍNCIPE»

1 Si los hombres reservan la corona y las vestiduras que, 141d
por prescripción legal, sólo pueden guardar al príncipe, y no al particular (el Estado se irrita con cualquiera que se ponga a confeccionar «un manto de púrpura», en palabras de Homero[1], o cinturones tachonados de piedras preciosas para cualquier otro que no sea aquel

al que están confiadas las huestes y tantos asuntos preocupan[2]);

y si todo esto le ha sido asignado en calidad de símbolo sa- 142a
grado y ornato intocable vetado a los súbditos, ¿no es cierto que existen también ciertos discursos específicos que sólo al príncipe han de dirigirse, sólo a él consagrarse, sólo a él ofrendarse, igual que no es lícito ofrecer a ningún otro dios los sacrificios que pertenecen al culto de Zeus? ¿O acaso su cuerpo va a contar con un ornato singular, y a este fin se van a consagrar determinadas artes (lo acompañan, en efecto,

[1] Cf., *Odisea* IV 115.
[2] *Ilíada* II 25, 62. Cf. *Disc.* I 6d, etc.

tejedores, orfebres, zapateros y zurcidores, que en ningún caso se dignarían a trabajar a las órdenes de otro señor y dominan unas técnicas reservadas y secretas para el común
b de los hombres), y su alma, en cambio, va a carecer de un ornato propio y de una ciencia que se ocupe de él desde su altura? ¿La van a atender artes terrenas que encuentra en su camino el común de los hombres y que ofrecen sus obras, sin hacer distinciones, a cuantos las solicitan, como quienes venden alimentos y bebidas en los mercados públicos a todo el que lleva dinero?

c **2** Si todas las artes discursivas fueran vulgares, falaces y groseras[3], no existiría un ornato adecuado para el alma del príncipe, sino que todos resultarían impropios e indignos. Pero si existiera también un arte discursiva elevada y libre, y las demás la siguieran como a una reina (unas de cerca, como dándole escolta, y otras de lejos), es a ella a la que correspondería esta tarea, esto es, adornar y atender el alma del príncipe. Sin duda, sólo a ella le sería posible contemplar y penetrar en esta alma y no quedarse en el vestíbulo y en su recubrimiento externo, sino adentrarse hasta el fondo y llegar hasta la morada donda habita el verdadero sobera-
d no. No se dejaría sobrecoger por los guardianes, ni por los lictores de fuera, ni por la enorme calma que envuelve el palacio, sino que buscaría el trono que alberga en su interior y el palacio que reside en su espíritu, por ver si allí impera la calma y si allí están apostados guardianes que impidan el
143a acceso «a la gran masa»[4]. El origen de esta ciencia no se encuentra en la tierra, sino arriba, en el cielo, en el imperio de Zeus, padre y rey de todas las cosas, de quien el imperio terreno es criatura e imagen sagrada. Luego este arte, en

[3] Platón, *República* 522b.

[4] Platón, *Teeteto* 152c.

cuanto que siempre apunta al modelo, no tiene dificultades para reconocer y examinar una imagen. Y no es imagen de aquel modelo quien destaca por la envergadura o por la belleza de su cuerpo, ni tampoco el más rápido en la carrera ni el dotado de mejor puntería, pues son cualidades que también poseían el enloquecido Cambises y el vanidoso Jerjes, sino quien en su ánimo es semejante a Zeus, «criatura de b
Zeus» y «similar a Zeus en su prudencia»[5]. Sin duda, un hombre así, debido a la confianza que encuentra en saber que la verdad le basta como ornato, sólo llama a su lado, aunque ame las demás artes discursivas, a la que sabe que vive más apartada de la mentira, y sólo a ella le cobra sin reparos una especie de impuesto anual por su trabajo; y además no le tolera demoras, ni le consiente indecisiones, ni le concede tiempo para prepararse. El discurso es, en una palabra, la sombra de la acción[6], y el príncipe contribuye aún más a que sea así con sus apremios e insistencias.

3 ¡Por las Musas! No os molestéis, queridos amigos, si c
presumo abiertamente del impuesto que se ha cobrado nuestro príncipe en vuestra presencia: no me ha dejado respirar desde el mismo instante en que me vio, hasta que por fin me he presentado aquí con las ofrendas que he podido reunir apresuradamente. Si lo que le adeudo fueran caballos, oro o vestidos, bien sé que me lo habría perdonado por completo, con lo que me habría beneficiado, como los campesinos, de los felices años de esta década que hoy se cumple[7]. A aqué- d

[5] Cf. II 34d y nota. Para Cambises cf. I 7b y nota.

[6] Demócrito, frag. B145 DK. Cf. Sinesio, *Sobre la releza* 29. Temistio interpreta la sentencia en el sentido de la inmediatez entre los hechos y las palabras que ocasionan los apremios del príncipe. Ya en su sentido originario, a propósito de la insuficiencia del lenguaje, se vuelve a emplear en XVI 200d.

[7] Sobre las política fiscal de Valente cf. VIII 114b ss.

llos no tardará en perdonarles sus atrasos, y a otros muchos les condonará deudas económicas aún mayores; pero a los discursos ni les va a perdonar su deuda, ni les va a hacer gracia de ella, sino que los apremiará y se ufanará de su apremio, sin delegar en magistrado o militar alguno la responsabilidad de este cobro; lo cobrará él en persona y él en persona recibirá el importe; y más aún, él en persona se constituirá en erario, sin dilapidar ni dar cuenta de este tesoro:
144a podrá gastar en oro, en plata, en clámides y en vestidos, pero mis ofrendas las acuñará y las llevará consigo allí donde se encuentre y allá por donde vaya. Yo creía, no obstante, que estaba ya saciado y harto de tantos discursos como le he dirigido tanto en la ciudad reina como en el Istro[8], pero en realidad no parece ser un hombre insaciable de victorias (más bien incluso tiende a desentenderse de ellas); de lo que no se sacia es de discursos filosóficos, y es más tolerante con
b la inactividad del soldado que con el silencio del filósofo.

4 Es hora, pues, de pagarte como pueda, sin lisonja ni adulación. Mi amado[9] no me consentiría actuar de otro modo, y le enojaría y se tomaría a mal que no tuviera pruebas para decir todo lo que digo. Se sienta el primero, como podéis ver, justo para esto, y está más dispuesto para grabar en su alma lo que yo escriba que la tablilla de cera para las le-
c tras que traza el estilete. Pero mientras que a mí estas últimas se me borran a menudo, los caracteres y los preceptos de la filosofía permanecen inscritos en el alma del príncipe: ni el placer podría difuminarlos ni la cólera oscurecerlos, sino que se mantienen en ella inalterables y siempre dispuestos para las obras a las que fueron destinados. Y aunque no afloran a cara descubierta, sino que atraviesan, por así de-

[8] Cf. X 129a.

[9] Evidentemente «mi discípulo», en el sentido del *érōs* platónico.

cirlo, por las palabras de otra lengua, sin embargo, debido a d
tu afición por los discusos y a tu disposición a escuchar, no te ocupas de buscar palabras equivalentes en tu lengua habitual[10], sino que te basta con el contenido que las palabras te transmiten: aprehendes con fuerza su sentido y no lo dejas ir, del mismo modo que los que aman los cuerpos bellos no se entretienen en ver si los vestidos son civiles o militares, sino que se demoran propiamente en los cuerpos que aman.

5 A menudo he pensado que la causa de tu muy celebra- 145a
da humanidad no es otra que tu afición por los discursos y tu disposición a escuchar, pues es inevitable que quien ama los discursos ame también a los hombres, del mismo modo que es inevitable que quien admira la velocidad admire en consecuencia a los caballos, y quien admira la fuerza admire por ello a los leones, y quien admira la melodía admire a los pájaros más cantores. Y en fin, quien admira la sabiduría y siempre la ensalza y la lleva consigo como compañera, es obvio que ama a esta criatura y siente la mayor estima por ella, pues es la única en la que Dios ha infundido semillas de sabiduría.

6 Hermoso es, en efecto, el comportamiento del que hi- b
zo gala Filipo con Aristóteles, Alejandro con Jenócrates y Augusto con Ario, el de Trajano con Dión, el de Tiberio con Trásilo y el de Marco con Sexto[11], y aún tengo presente el de quien tomó su nombre de Zeus con el que ejercía por entonces la filosofía en Bizancio[12]. Pero ante este amor que

[10] Cf. VI 71c y nota.

[11] Sexto de Queronea, nieto de Plutarco y maestro de Marco Aurelio y de Lucio Vero. Cf. MARCO AURELIO, *Meditaciones* I 9. Para los demás personajes, cf. V 63d y notas.

[12] Temistio alude al respeto de Diocleciano por su abuelo filósofo: cf. V 63d y nota. Hardouin interpreta en un sentido más literal la expresión

sientes por la filosofía, ¡bienaventurado!, ¿qué necesidad hay
c de hacer toda esta enumeración? Así que no os enojéis conmigo, ¡por los dioses!, si me demoro un poco en esta cuestión, ya que ¿cómo podría haber un discurso más encomiable que el que alaba el amor por los discursos[13]?

7 Hay en cada arte y en cada ciencia, según creo, [una manifestación][14] genuina de este arte y otra falaz y de nombre engañoso, y si las repasas una por una, no te será difícil advertirlo: de los médicos, unos lo son y otros lo parecen; de los profesores, unos lo son y a otros se les tiene por tales; y de los oradores, unos son competentes y otros lo son sólo de nombre. ¿Quién es, por lo tanto, el que está capacitado
d para alabar la medicina? ¿Acaso el que tiene en el mismo concepto a todos los médicos? ¿O el que acude al experto y se aleja del incompetente? Y lo mismo ocurre en el caso de los profesores y de los oradores. El que no tiene en menor estima y consideración al que yerra en el ejercicio de su arte no ama de hecho su arte, sino al hombre que la ejercita; el
146a que ama verdaderamente aquella arte es, por el contrario, el que sólo aprecia a los artesanos excelentes y reputados, pues no podría llamarse en justicia «amante del caballo» a quien los aprecia a todos por igual, sino al que prefiere a los que son briosos, dóciles, veloces y, al mismo tiempo, resistentes. Luego, del mismo modo, se debe llamar «amante de los discursos» y «amante de la sabiduría» al que promociona y favorece los mejores discursos. ¿Podría alguien decir bajo qué monarca han florecido y brillado en mayor medida estos discursos, que lo rodean como compañeros de armas y

«tengo todavía presente», de modo que el emperador aludido sería Joviano, de nombre también «jóveo», y el filósofo sería el propio Temistio.

[13] La *philología,* en el sentido de amor por todo género de discurso, literario o filosófico.

[14] El texto presenta una pequeña laguna.

que gracias a él gozan de honor y respeto no sólo entre los romanos y los griegos, sino incluso entre los bárbaros? Y b
me refiero al caso de aquel caudillo escita o geta al que amedrentaste en el momento de su rebelión y reconfortaste cuando el miedo lo atenazaba, que tuvo la ocasión de ver cómo la filosofía cruzaba contigo y concertaba con él las condiciones de la paz[15]. Y también tenemos las estatuas de bronce del gran [...][16], los asientos de preferencia que disfrutan allá donde vayan, las colonias que se envían a las ciudades que las solicitan, las dotaciones de escuelas allí donde hacen falta y los grandes honores concedidos a quienes se juzga merecedores ellos. Sólo la filosofía concede mayor gloria a los que conceden el honor que a los que lo reciben, puesto que honrar la virtud es un signo instantáneo de virtud. El que ensalza a los pilotos en modo alguno se con- c
vierte por ello en piloto, ni el que ensalza a los aurigas en auriga; sin embargo, ha de ser necesariamene bueno quien tiene en gran estima a los buenos.

8 Pero hemos de volver al tema del principio, esto es, al hecho de que en el príncipe el amor por los discursos va unido al amor por el hombre. La virtud de la humanidad es siempre una bella prenda en un ciudadano privado, pero en el caso de un príncipe es su ornato más particular y el que le corresponde por encima de las restantes virtudes: todas éstas d
han de estar vinculadas a aquélla o ninguna le resultará de

[15] Alusión a las paz firmada con Atanarico, cuyas circunstancias explica detalladamente Temistio en el discurso anterior. El término «cruzaba» se explica por la firma del tratado de paz en una embarcación atracada en el Danubio.

[16] El texto no se entiende. Hardouin renuncia a traducirlo, mientras que Maisano aventura la hipótesis de que se trata de una referencia a las estatuas erigidas en honor del propio Temistio en el Senado (cf. IV 54b; XVII 214b) o, en todo caso, a las estatuas a las Musas que se alzaban en el mismo Senado.

provecho, por muy dueño de ellas que sea. Examina con
detalle cada una por sí misma, como cuando giras una mo-
neda[17], para ver si tiene la impronta imperial. Veamos, por
ejemplo, la llamada «valentía»: se trata sin duda de un elo-
gio más apropiado para un soldado que para un general o un
oficial. E incluso en lo que respecta a la justicia y a la tem-
planza, que nuestro soberano se enorgullece de poseer en
147a mayor medida que ningún ciudadano privado, afirmo que si
en su caso son visibles y dignas de estimación, ello se debe
a que convergen en su humanidad. Sin el concurso de ésta,
el monarca considera el restante coro de virtudes como un
ornato propio de cualquiera, pero indigno aún de su perso-
na. Él sabe que cuando todos los hombres dirigimos nues-
tras súplicas al Señor del universo, no alabamos su templan-
za, ni su paciencia, ni su valentía, pues estos elogios nos
parecen insuficientes y sólo apropiados para un hombre,
como las medicinas que proporcionan a su endeble natura-
b leza remedios contra las fatigas, los placeres, los deseos y
tantos otros defectos que están arraigados en los seres hu-
manos. Sin embargo, no dudamos en llamarlo «misericor-
dioso»[18], y no tememos que resulte limitado e insuficiente
para aprehender y captar la bienaventurada naturaleza de
Dios. Nuestro príncipe entiende, por lo tanto, que los hom-
bres, cuando nos referimos a él, empleemos confiadamente
el apelativo al que recurre él mismo sin temor para dirigirse
a su propio Soberano.

9 A continuación os voy a decir lo que pienso, queridos amigos; pero «no me denunciéis»[19] ante quienes saben de-

[17] Cf. I 5c.

[18] El contexto teológico condiciona esta traducción castellana del término *philánthropos*.

[19] Platón, *Menéxeno* 249e. Sócrates, en el *Menéxeno*, le ruega a su interlocutor que no revele que está dando a conocer un discurso de Aspa-

masiado. En muchas ocasiones me he quedado admirado de
las escrituras asirias, pero donde con mayor asombro las c
admiro y alabo es en un pasaje en el que aseguran que «el
corazón del rey está guardado en la mano de Dios»[20]. Y me
parece que tienen razón por muchos motivos, pero sobre to-
do porque dan a entender que en su mente ha de trazar pro-
yectos en los que lo acompañe la mano de Dios. Y éstos no
son sino las acciones bellas, justas, humanitarias y divinas
que nunca deja de realizar, como nadie que habite en la ma-
no de Aquél, a no ser que quiera verse privado de su protec-
ción.

10 Homero dice esto mismo con claridad y concisión en d
el pasaje en el que el rey de los cefalenios se dirige a una
deidad en estos términos:

y no te paso inadvertido
cuando me muevo[21].

Y sin duda no le pasaba inadvertido, pues era enormemente sabio, que el buen rey habita y vive con Dios, que piensa lo que Aquél tiene en su mente, que cumple lo que Aquél decide y que no se aparta de su camino ni de su lado. De ahí que este mismo rey le diga a la misma deidad:

en todos mis trabajos me has asistido y guardado[22]. 148a

Es ahora cuando comprobamos que son ciertas estas cosas que le venimos oyendo a Homero desde siempre, así como

sia. Quizá «los que saben demasiado» son los críticos de Temistio, que no tolerarían una cita bíblica en los labios de un orador.

[20] *Proverbios* 21, 1. Cf. VII 89d y nota, XIX 229a. Para la identificación entre «asirio» y «cristiano» cf. V 70 y nota.

[21] *Ilíada* X 279 ss. El rey es Odiseo y la deidad Atenea.

[22] *Ilíada* X 245, 291.

que no se trata de ficciones ni de artificios de la licencia poética. Sean cuales sean, en efecto, tus movimientos, no le pasas a Dios inadvertido; pero tampoco los demás hombres, cualesquiera que sean sus movimientos en torno a tu persona, se le escapan y le pasan desapercibidos: ni sus decisio-
b nes, ni sus intentonas, ni todos sus pueriles proyectos. Luego sin que tú te ocupes ni te cuides de ello, el ojo vigilante de Dios, que rodea con su mano tu corazón, penetra con agudeza no sólo la mente de cada hombre, sino también y en no menor medida, su demencia. Todo lo demás pertenece al terreno de los tribunales y de las pruebas, pero los actos espontáneos estallan bruscamente y de modo bastante ridículo. Castiguen, pues, los hombres lo que es idea de hombres; pero en lo que es Dios acusador y denunciante, también a Él ha de encomendársele la sentencia, pues Él será quien sabrá aplicar la justa medida. Ya supo de hecho aplicarla antaño a los que se conjuraron con aquel criminal[23],
c aunque reservó para ti dos extremos que parecen, no obstante, incompatibles: la clemencia y el castigo. Creo que, en efecto, no juzgaste que todos los delitos fueran merecedores de la misma pena, sino que tuviste en cuenta lo mucho que se diferencian el malvado del insensato, el mentiroso del que se deja engañar, y lo que requiere amputación y cauterización[24] de lo que exige piedad y amonestación, con lo que distinguiste y separaste la perversidad de la ingenuidad, aborreciendo la alevosía de la una y conmoviéndote por lo manipulable de la otra.

d **11** Estas distinciones no vemos que el príncipe las aplique tan sólo en los asuntos privados, sino también en los públicos. ¿Por qué, si no, acuerda la paz con los escitas y se la

[23] El usurpador Procopio.

[24] Platón, *República* 406d.

regatea a los persas? Ambas estirpes son bárbaras y no precisamente amigas del Imperio Romano. Sin embargo, la pri- 149a
mera es impulsiva e insensata, mientras que la segunda es ladina y alevosa. A la una, por lo tanto, la tiene de su lado por medio del temor y de la advertencia, igual que «la cólera», dice Platón, «sigue como aliada las advertencias de la razón»[25]; la otra, en cambio, debe amputarla y extirparla para que no lo importune. Por ello, como buen cazador, no se abalanza de inmediato sobre el animal, sino después de seguir su rastro por todas partes, azuzar a los perros, apremiar a los ojeadores y disponer las estacas y las redes, de modo que se emplea más a fondo en la preparación de la caza que en la caza propiamente dicha.

12 También sus generales, dispuestos a su alrededor en b
formaciones separadas, lanzan sus acometidas, el uno, contra el Cáucaso, y el otro, contra los albanos y los iberos, mientras que otro más recupera Armenia y él en persona se lanza contra el Tigris y el Éufrates. No lo importunan los ardores que bajan del cielo, ni las polvaredas que se levantan de la tierra, ni las paradas sofocantes, ni el fiero soplar de los vientos, mucho peor aún cuando arrastran arena. Y no sólo no cede ni se deja vencer por tal cúmulo de dificultades, sino que alivia al que desfallece y levanta al caído. Se benefi- c
cian de sus cuidados todas las falanges de hoplitas, todos los escuadrones de caballería y todas las compañías de arqueros. El segundo en el mando[26], aun siendo el más duro de todos los hombres a la hora de aguantar el calor, resistir la sed y despreciar la fatiga, y por más que estuviera habituado desde hacía tiempo a soportar todo esto, cayó derrotado por estas circunstancias por las que nuestro príncipe no se dejó

[25] Platón, *República* 440d.

[26] El *magister equitum* Víctor: cf. IX 120c.

abatir. Yo mismo he oído cómo el Emperador lo animaba a
resistir, a aguantar hasta el final, y también le he oído decir
que no debía extrañar que se preocupara tanto por un hom-
bre que juzgaba de gran utilidad para los súbditos.
d **13** Pero incluso a algunos subalternos y lictores que ca-
yeron desfallecidos no los relevó sin antes restablecerlos.
Esta paciencia, por otro lado, no le resulta de menos prove-
cho que las armas. En efecto, sin echar mano del acero, sino
sólo con la firmeza de su alma, puso de su lado a una parte
no pequeña de los bárbaros vecinos, hasta entonces desobe-
150a diente y rebelde, y consiguió sujetar a pueblos más desleales
que los antiguos tesalios[27], de modo que todavía hoy man-
tienen diferencias entre sí, pero están reconciliados y se en-
tienden con los romanos: fundan en su naturaleza el trato
entre ellos mismos, y en la necesidad el trato con nuestro
soberano. Y están sometidos no por las lanzas, los arcos ni
las hondas, sino, lo que no deja de ser sorprendente, por la
abierta tolerancia con que se les deja vivir.

14 De semejante providencia y atención por parte de nues-
tro soberano no sólo tienen noticia las ciudades más grandes
en detrimento de las más pequeñas, ni gozan de ella las más
importantes mientras que se margina a las más humildes:
b igual que el grandioso Sol o su creador infunden el alma en
los seres vivos y la infunden en las plantas (y también de-
penden de ellos los cuerpos inanimados), nuestro magno
soberano promociona las grandes ciudades y promociona
también las pequeñas: unas las embellece, otras las engran-
dece, y a algunas que carecían de magistraturas se las otor-
ga. Parecería como si la totalidad del imperio creciera como
un tejido. Del mismo modo que el conjunto del bordado
c crece uniformemente por obra de una sola trama que pasa

[27] Demóstenes, I 22.

una y otra vez por complejas urdimbres (el perro, la liebre,
el cazador, el pastor, el ganado, la zarza y la hierba)[28], tam-
bién por la sola voluntad del príncipe, que se extiende por
toda la tierra, se levanta aquí una población, ahí una posada
y allí una villa. En un lugar se abre un puerto, en otro se le
cierra el paso al mar, en otro se tiende un puente sobre un
río, en otro se allana un camino escabroso, y en cada ciudad
progresan las edificaciones de nueva planta, o se ejecutan
reconstrucciones, o se practican ampliaciones. Y se toman d
medidas contra las catástrofes naturales: se verán recons-
truidas las ciudades arrasadas por terremotos, y aisladas del
mar las castigadas por inundaciones; y las que sufrieron
hambrunas las puedes contemplar viviendo ya en la abun-
dancia. ¿Y cómo voy a olvidarme de la ciudad reina, a la
hora de repasar este catálogo, sin hacerme acreedor por ello
de vuestras burlas? Sería como alabar al señor de una casa
porque trata bien a sus sirvientas y no alegar que dispensa
idéntico trato a su cónyuge.

15 ¡Bienaventurado y dichoso Constantino! ¿Te das cuen- 151a
ta de que nuestro príncipe ha dotado de alma a tu ciudad
amada, y de que en este bello y encantador cuerpo que, en
palabras de Homero[29], «desfallecía», ha infundido inespera-
damente vida, de modo que la ciudad parece ya con él una
verdadera ciudad y no una mera sombra? Tú y tu hijo fuis-
teis hábiles a la hora de encontrar y regalarle cinturones,
gargantillas, collares y cadenas múltiples y variadas, y para
que esta ciudad rica y lujosa no volviese a pasar más sed
que los desarrapados, realizasteis importantes inversiones[30],
aunque este mérito estaba celosamente reservado para otro, b

[28] Típicos motivos decorativos del arte que se describe.
[29] *Ilíada* XV 246, etc.
[30] Para estas mejoras de las infraestructuras de la capital, cf. IV 57c ss.

ya que Dios ha procurado que el agradecimiento de este príncipe no desmereciera de la púrpura que la bella ciudad había sido la primera en imponerle[31]. Ahora se intercambian regalos parejos y no «oro por bronce»[32], sino obsequios de idéntico valor. Y sería difícil juzgar cuál de ellos es más valioso. En efecto, dos poetas muy célebres y famosos coinci-
c den en su celebración con cada uno de vosotros, el uno declarando que la realeza es «semejante a los dioses», y el otro, que el agua «es lo mejor»[33]. Con esta disputa se alegra y regocija vuestro común patrono.

16 Estoy informado de que te complace ocuparte personalmente del número y el curso de las aguas, de cómo, bajo tu guía y con tu canalización, unas manan de un lugar y otras de otro, pero todas son conducidas hasta el Bósforo. Sus nombres son tracios y de apariencia varonil, pero su belleza y su hermosura son extremadamente delicadas[34]. Se
d podría decir que a su lado son poca cosa Pirene y Tisbe, y que Alfeo se toma en vano molestias por amor de Aretusa[35].

17 No he visto Victorias ni Amores alados grabados en bronce, esculpidos en piedra o representados en pinturas; Dios se ha limitado a darle alas a las virtudes de nuestro soberano. Ellas, en efecto, llegan hasta nosotros más rápidas
152a que el pensamiento, y ni rocas, ni valles, ni cumbres de empinados montes, ni escarpados barrancos, ni oscuras simas

[31] Cf. VI 82a.

[32] *Ilíada* VI 236, a propósito del célebre intercambio entre Glauco y Diomedes.

[33] Se trata, respectivamente, de Esquilo, *Persas* 633, y Píndaro, *Olímpicas* I 1.

[34] Cf. Platón, *Leyes* 802e.

[35] Temistio menciona tres célebres fuentes de la Antigüedad: Pirene, en Corinto, Tisbe, al pie del Helicón, y Aretusa, en Siracusa, con cuyas aguas el río Alfeo se empeñaba en mezclar las suyas a través de un curso subterráneo.

son capaces de cerrarle el paso. Unas fluyendo bajo tierra, otras dando rodeos y otras surcando el cielo, se han reunido en un solo lugar y se han dispensado cariñosa acogida, además de acordar emprender juntas el camino hacia el templo que de nombre pertenece a Constantino, pero de hecho a Valente (pues lo justo es que el mérito de cada acción le corresponda no al que le da comienzo, sino al que la culmina). Sin embargo, eres tú el que le ha dado comienzo y remate a la cima de su felicidad. La de antes era a todas luces ficticia, b
y cuando empleábamos la palabra «felicidad», lo hacíamos con ligereza; pero desde que tu generosidad y tu munificencia invita y asienta las aguas entre nosotros, no somos ya sólo felices, sino tres veces felices. Pareces estar ocupado con los sirios y los asirios, pero de hecho tienes los ojos pendientes continuamente de la Tracia, por mucho que se encuentre más lejos que el Zeus de Homero de los sucesos de Troya[36]. Las obras que allí se realizan no te interesan c
menos que el asunto que tienes entre manos. Tan a tu servicio está el cantero cuando labra la piedra, el minero cuando extrae el mineral, el pocero cuando excava pozos y el capataz cuando dirige las obras, como lo está en el combate el lancero al arrojar su lanza, el hondero al lanzar su honda y el arquero al disparar su flecha. Y afirmo que no sólo están a tu servicio los soldados en la milicia, sino también el oficial de caballería y el oficial de infantería cuando cumplen su cometido. Todos, como si fueran tus órganos, están pendientes de un gesto tuyo.

[36] *Ilíada* XIII 3 ss. Cf. *Disc*. VI 75c, VIII 117a. Con los «sirios» y los «asirios» Temistio se puede estar refiriendo tanto a los persas, siempre amenazadores en el frente oriental, como a los conflictos que estaban viviendo en esos instantes en el seno del cristianismo y en los que Valente jugó un papel destacado. Para los cristianos como «sirios», cf. V 70a.

d **18** Por otra parte, ¿quién podría admirar como es debido
la lealtad en la amistad y no maravillarse ante nuestro sobe-
rano en la misma medida que ante Alejandro, el hijo de Fi-
lipo? Aparte de todas las otras cualidades que este hombre
poseía por naturaleza, la más bella de todas era sin duda su
lealtad y su constancia con los amigos: habría preferido pa-
sar por cobarde ante el enemigo que por desleal e incons-
153a tante ante un amigo. Cuando estaba enfermo en Cilicia y le
llegó una carta con la advertencia de que tuviera cuidado
con las insidias del médico Filipo de Acarnas, que se había
dejado sobornar por diez mil talentos para eliminarlo, man-
dó llamar de inmediato a Filipo; y cuando éste le estaba ofre-
ciendo la copa con su medicina, él le enseñó, por su parte, la
carta. En ese momento el uno se llevó la copa a los labios
y el otro leyó la carta, ambos con gran determinación[37].
¿Crees que la señal de la trompeta, el griterío de miles de
hombres y el agudo relinchar de los caballos puede ensom-
brecer fácilmente a un hombre así, al que ni siquiera consi-
b guió perturbar ni sobrecoger una calumnia lanzada contra él
en un momento tan delicado y por parte de un hombre que
parecía bienintencionado? ¿No era más invulnerable a la
adulación que al acero? Alejandro te podría haber mostrado
heridas en su cuerpo, igual que su padre la clavícula rota y
la pierna lisiada[38], pero ni Filipo ni Alejandro te enseñarían
mermada la confianza que depositaron en los que al menos
c una vez fueron tenidos por amigos. Tal es el caso, ¡por
Zeus!, de Valente, pues también yo podría mencionar a un
hombre no inferior a Filipo, ni de inferior profesión, a quien
no ha mirado con otros ojos a pesar del ladrido de la calum-

[37] CURCIO RUFO, III 6.

[38] DEMÓSTENES, XVIII 67.

nia, sino que lo ha honrado y elevado con mayor devoción y
favor que antes[39].

19 Tú, Rey, Soberano y Padre de los hombres, aumenta
la humanidad de nuestro príncipe, aumenta la duración de
su humanidad y haz que permanezca así por muchos años. d
Coloca a su lado a los hijos de su propio linaje para que
compartan con sus padres, aún vivos, el gobierno, hijos que se
van a convertir en discípulos de Platón y de Aristóteles y
que van a encontrar en su padre ejemplos de bondad y de
benevolencia. A ellos ya no será preciso contarles historias
de Filipo ni de Alejandro; les bastarán tus propias obras y
tus propias palabras, todas las personas ante las que apla-
caste tu ira y todas a las que concediste inesperadamente tu
clemencia: el joven, porque era joven; el insensato, por su 154a
insensatez; y el manipulable, por su falta de personalidad.
Ellos verán a estos hombres y les oirán decir que, en lo que
de ellos y de las leyes dependía, estarían ya muertos, pero
que por la intervención del príncipe obtuvieron salvación y
protección. Sin duda el cometido de un juez es atenerse por
entero a la ley; pero al verdadero príncipe le correponde go-
bernar la ley y atemperar su cólera[40], igual que hace el pas-
tor con un perro de raza de los que llaman «perros indios»:
se dice que un perro indio le planta cara a un león o a un
leopardo, pero desprecia a los zorros y a las raposas.

[39] Hardouin sugiere que puede tratarse del filósofo Prisco. Sobre este personaje cf. VII 100b.

[40] En su calidad de «ley viviente». Cf. introducción general, cap. 4.

XIII

«ERÓTICO» O «SOBRE LA BELLEZA DEL PRÍNCIPE»

INTRODUCCIÓN

El *Discurso* XIII es el único panegírico que Temistio le dirige a Graciano, aunque la figura de este monarca reaparece en los discursos a Teodosio en calidad de «patrono» del soberano de Oriente. En esta ocasión el escenario de la alocución es el Senado de Roma, aunque parece demostrada la ausencia del emperador. Así lo indican las referencias en tercera persona al monarca y, sobre todo, la invitación a Graciano a realizar la entrada triunfal en la capital (XIII 179b). La insistencia del orador en el vínculo de afecto que une a los emperadores con Roma (XIII 179c - 180a-b) viene a demostrar que el discurso apunta en buena parte a restablecer la concordia entre el trono y la aristocracia senatorial, lo que sin duda se va a convertir en una de las prioridades del nuevo emperador después de las dificultades vividas durante el reinado de Valentiniano. Por otro lado, las referencias a la juventud y a la belleza física y espiritual del monarca pretenden predisponer favorablemente al Senado para con el joven príncipe, aunque la misma propaganda senatorial tendía ya a presentarlo, en la línea de la *Égloga* IV de Virgilio, como el *puer* que iba a regenerar la tradiciones de la Urbe, lo que en la elaboración temistiana significa convertirse en un nuevo Rómulo (XIII 178d).

No existe unanimidad sobre la fecha exacta de la alocución. Se han sugerido como fechas probables el 376[1] y el 377[2], posiblemente en relación con la celebración de los *decennalia* de Valente. No obstante, los *Discursos* VII y XI, vinculados también a la conmemoración de efemérides imperiales, contienen referencias explícitas al motivo de la celebración, lo que en este caso no ocurre. Vanderspoel sugiere la primavera o el verano del 376, y la ocasión sería el inminente *aduentus* de Graciano a Roma. Aunque en principio pueda extrañar que Temistio emprendiera, por encargo de Valente, un largo viaje desde Oriente (XIII 163c, 165d, 168c, 171b) sólo para celebrar este hecho, la misión entrañaba en realidad mayor alcance desde el momento en que se pretendía normalizar las relaciones entre los emperadores y la capital. Dado que se constata la presencia de Graciano en Tréveris el 17 de mayo y el 15 de agosto, disponemos de un margen de tres meses para pensar en una visita del emperador a Roma[3].

El discurso desarrolla en el exordio el motivo del Eros platónico que va a la caza del amado, identificado en esta ocasión con el joven emperador, para alcanzar «el mar de la belleza», que se corresponde con Roma. Graciano se presenta como el habitual compendio de virtudes principescas: se desarrollan los tópicos del filósofo consejero y del monarca humanitario que presta obediencia a sus maestros y no deja de hacer el bien, para pasar, acto seguido, a un encomio de Roma y de la tradición que esta ciudad representa, en-

[1] O. Seeck, *Die Briefe...*, pág. 303; J. Vanderspoel, *Themistius...*, pág. 181; H. F. Bouchery, *Contribution...*, págs. 196-200.

[2] H. Scholze, *De temporibus...*, pág. 48; W. Stegemann, «Themistius», cols. 1660-61.

[3] *Codex Theodosianus* XVI 2, 23; VIII 5, 31. Para una amplia discusión cf. J. Vanderspoel, *Themistius....*, págs. 179-84.

carnada por Numa. La santificación de las tradiciones religiosas del paganismo supone un claro apoyo a la aristocracia senatorial, particularmente resentida con la política imperial, mientras que la condena de las «desviaciones teúrgicas» que representa Empédocles[4], además de ser coherente con los postulados del *Discurso* V, armoniza con la política religiosa de Valente en Antioquía[5]. Finalmente, la esperanza de que Graciano inicie una nueva era se expresa en su equiparación a Camilo, considerado ya en su momento el segundo fundador de la ciudad de Roma.

SINOPSIS

1. Se plantea el marco literario del discurso: la doctrina erótica de Sócrates en el *Banquete*.
2. El orador reconoce que no podía plasmar en su vida la admirada teoría del maestro ateniense.
3. El primer encuentro con el amado (un joven dotado de virtud y de belleza) le permite realizar por fin su sueño.
4. La dureza del camino anterior: la búsqueda entre los jóvenes vulgares.
5. El abandono de la escuela por la corte. Encuentro con Valente.
6. El discurso abandona los rodeos: el amado es Graciano, a quien llegó de la mano de Valente.
7. Alegoría del nacimiento de Atenea: la providencia regia es un aspecto de la providencia cósmica de Zeus.

[4] Sobre el significado de esta figura, que también aparece en el panegírico a Joviano, cf. XIII 178a y nota. Cf. *etiam* introducción general, cap. 4.

[5] Cf. introducción general, cap. 1.

«ERÓTICO» O «SOBRE LA BELLEZA DEL PRÍNCIPE»

1 Sócrates, el hijo de Sofronisco, no reconocía poseer 161b
otra sabiduría ni confesaba tener otro conocimiento, ni grande
ni pequeño, que el de no creer saber lo que no sabía, y su- c
ponía que por esta profesión de ignorancia el dios Pitio lo había proclamado mediante un oráculo no ya sabio, sino el más sabio de los hombres[1]. Con todo, un hombre que adoptaba semejante postura ante las demás disciplinas y tanto se resistía a reconocer su dominio de cualquier ciencia admitía, sin embargo, estar personalmente versado en el arte erótica: no ya pretenderla ni buscarla con afán, sino tenerla dominada
hasta el extremo de poder instruir a los demás. En el epini- d
cio de Agatón, cuando se aprestaba tras la bebida al encomio del amor y preparaba para ello a los demás comensales, lo afirma sin disimulo y a las claras: «no entiendo de otra cosa que de asuntos eróticos»[2]. ¡Caramba, querido Sócrates! ¡Cuánta arrogancia! ¡Qué lejos estás de tu habitual discre-

[1] Para la profesión de ignorancia socrática, con alusiones como las que siguen a célebres sofistas ufanos de sus conocimientos, cf. PLATÓN, *Apología* 20d-21e.

[2] PLATÓN, *Banquete* 177d. La acción del *Banquete,* que Temistio denomina «epinicio de Agatón», tiene lugar hacia el año 416 a. C., con ocasión del triunfo de Agatón en el concurso trágico.

ción y qué cerca, en cambio, de Pródico de Ceos, de Protágoras de Abdera, de Gorgias de Leontinos y de cuantos pro-
162a clamaban ante los griegos «con la cabeza descubierta»[3] su condición de sabios! Con esa actitud ocultas a Arquelao, tu propio maestro[4] (jamás tuviste gran estima a aquel heredero de la más antigua sabiduría, pues su doctrina te parecía insignificante y meramente humana: dónde y cómo se originan sin conocer la destrucción, sino por combinaciones y separaciones mutuas, la carne, el hueso, la médula y, si quieres, la tierra, el agua e incluso elementos más primordiales
b que éstos) y, en cambio, celebras a la extranjera de Mantinea[5] y declaras que fue maestra tuya en asuntos eróticos, y «te extiendes en un largo y precioso relato»[6] en el que narras el banquete que festejaba el nacimiento de Afrodita, la embriaguez y el sueño de Poro, la estratagema de Penia de yacer con Poro y el consiguiente nacimiento de Eros, a quien no consideras un dios, sino un demon grande y sobresaliente entre todos los démones[7]. Por lo demás, en cuanto a lo que significan y representan Afrodita, Penia, Poro, la bo-
c rrachera de Poro y el resto del relato, es evidente que lo que

[3] Como Sócrates en *Fedro* 243b una vez que se despoja del velo para entonar su palinodia.

[4] Arquelao, formado con Anaxágoras, era tenido por maestro de Sócrates. Cf. DIÓGENES LAERCIO, II 19. A continuación, Temistio ofrece una síntesis de la doctrina de las *archaí,* tan característica de esta filosofía presocrática que llama «la más antigua sabiduría».

[5] Diotima. Cf. *Banquete* 201d-e. A partir de aquí comienza la paráfrasis del relato del nacimiento de Eros, correpondiente a *Banquete* 203b-204a.

[6] PLATÓN, *Protágoras* 336c.

[7] Según el célebre relato del *Banquete* (203b ss.) Eros es el clásico ser intermediario o demónico entre los dioses y los hombres en cuanto concebido por Penia (la Pobreza) de Poro (el Recurso) en la celebración del nacimiento de Afrodita. La deliciosa caracterización platónica de este Eros filosófico le proporciona buena parte de su estructura al panegírico.

dices no es lo que la mayoría cree entender en tus palabras, sino otras doctrinas áridas y abstrusas que van envueltas en el mito como en un vestido para no quedar al alcance de cualquier profano[8].

2 Todo esto, como vengo diciendo, te lo alabaremos privadamente en la escuela. Sin embargo no te voy a ocultar en esta audiencia pública lo que más me maravilla de tu discurso: con cuánta exactitud has estudiado y analizado el aspecto y la naturaleza de Eros, a saber, que no es en realidad, como cree la mayoría, joven, grácil y delicado, sino, por el
contrario, rudo y enjuto; que duerme en los portales y al ra- d
so, vive en los caminos y se apasiona por lo bello y lo bueno; y que es, por otro lado, audaz, vehemente y experto cazador a la hora de tender trampas, además de sensato y, en todo momento, filósofo. Unos de estos rasgos proceden de su padre Poro, y otros, de su madre Penia. Desde mi adolescencia te vengo oyendo esta fascinante doctrina (que una
cosa es lo que merece ser amado y otra el amor; y que es en 163a
lo primero donde hay que buscar la juventud, la belleza, la perfección y la plenitud, mientras que ha de reconocerse que el amor carece de todo esto, pues no lo desearía si lo tuviera); y durante todo este tiempo presentía que era admirable y más coherente lo que se desprende de tu discurso que aquello de lo que intentan persuadirnos los poetas y los pintores, así como más adecuado a la naturaleza del amor y de los amantes, pero no tenía la ocasión de comprobarlo por mí
mismo. El paso de los años hizo de mí alguien que aplaudía b
tu doctrina, pero sin experiencia de ella. No sabía, en efecto, lo que era soportar un largo camino, ni un arduo viaje, ni

[8] Alude Temistio al ámbito escolar en que se leía e interpretaba el diálogo, y del que él mismo, en su condición de profesor de filosofía, formaba parte.

una vida a la interperie, ni noches en los portales, ni ninguna clase de dureza o de miseria, ni tampoco tender trampas para dar caza a la belleza: estaba seguro de mi capacidad para entregarme al ejercicio del amor, pero no en disposición de competir o de alcanzar el triunfo.

c **3** Ahora, en cambio, ilustre amigo, me ha sucedido de golpe todo lo que cuentas, e incluso más de lo que cuentas: un curso «igual al del Sol»[9] desde el Tigris hasta el Océano[10], un viaje apresurado, un vuelo «a ras de tierra», como dices que son las carreras de Eros[11], y días y noches sin descansar. He vivido lo que es dormir en el suelo y en los portales, en los caminos y a la interperie, sin abrigo y descalzo, y ja-
d más me he dado por satisfecho aun teniendo para vivir, ni he claudicado de impotencia ante las dificultades, sino que he recobrado la vida una y otra vez por mi necesidad y mi esperanza[12]. En una palabra, todo lo que has enumerado y en todos sus aspectos está presente en mi amor, e ignoro si la naturaleza de este demon ha brillado y se ha manifestado jamás en otro hombre en la misma medida. ¡Y eso que me habían salido las canas sin esperanza alguna de experimentar lo que aprendí de ti! Y la causa de ello no era tanto mi
164a indolencia y mi incapacidad para amar como que hasta ese momento me había visto falto y privado de un primer encuentro con el objeto de mi amor: un alma bella en un cuerpo bello, un alma joven en un cuerpo joven, un alma floreciente en un cuerpo floreciente, dotada de brillo y prometedora, al mismo tiempo, de progresos futuros.

[9] Platón, *Timeo* 38d.

[10] Según sugiere Maisano, el símil demostraría que Temistio antes de llegar a Roma habría sido enviado por Valente a las Galias para encontrarse con Graciano. En contra de ello se muestra J. Vanderspoel, *Themistius...*, pág. 180, n. 92.

[11] *Banquete* 203d.

[12] Toda la fraseología sigue de cerca el relato de *Banquete* 203b ss.

4 Mientras buscaba a un amado así y seguía por todas partes sus huellas, me han venido ocurriendo sucesos increíbles, y he sufrido y causado molestias en gimnasios y en palestras en mis repetidos intentos de dar con semejante joven, ya que eran en su mayoría jóvenes humildes e hijos plebeyos de padres plebeyos, ajenos a la política y con esca- b
so relieve en sus ciudades. Le había oído cantar a los poetas que «la pobreza tiene parte en la sabiduría», y que «el exceso engendra la insolencia, y el hartazgo, a Cipris»[13], así como otros versos de este tipo que intentan persuadirnos de que la virtud no se deja acompañar por la prosperidad excesiva. Sin embargo, la mayoría de estos jóvenes me pareció desbordada por el desorden propio de su edad y, aunque acudiera la férula[14] en ayuda de alguno o la autoridad de padres o parientes, el vulgo, acto seguido, tan ajeno a la be- c
lleza verdadera y digna de ser amada, le abría fatalmente sus brazos: la molicie y la adulación se aferraban a sus almas y las colmaban de una ruina indescriptible, hasta el punto de que si contenían alguna oscura flor de virtud, se les marchitaba por completo y la barría el oleaje de las pasiones. Estuve soportando esta situación durante mucho tiempo y sufrí de amor por aquella belleza que la filosofía había presentado ante mis ojos (un joven bello y digno de ser amado en quien se fundieran ambas bellezas, la del alma y la del cuer- d
po, brillante por su cordialidad y por su firmeza en el dominio de los placeres,

[13] Eurípides, fr. 641, 895 Nauck.

[14] Con la que el pedagogo infligía un castigo físico.

a quien apunta la barba y cuya juventud es toda encanto[15]),

y mientras padecía de amor por semejante belleza y la soñaba y la anhelaba, mas sin poder hallarla en lugar alguno ni de la tierra ni del mar, me ocurrieron, según decía, sucesos
165a increíbles, y llegué a pensar que la argumentación sobre la belleza había de ser como otras tantas teorías filosóficas, que es posible comprender con la mente e imposible captar por los sentidos, del mismo modo que el círculo o el triángulo en sí no se encuentran, en sentido estricto, ni en la madera, ni la piedra, ni en ninguna representación gráfica.

5 Pero no podía arrancarme la angustia ni sofocarla, ya que a los que aman la belleza y están bien dotados por naturaleza[16] les resulta imposible olvidarse de una belleza proporcionada y perfecta, hasta que por fin me desperté a duras penas, como de un profundo sueño, bajo la guía, al parecer,
b de un dios, y recordé las palabras del *Fedón*[17] de Platón. En aquella obra este mismo maestro en asuntos eróticos afirma que no es factible perseguir del mismo modo una misma y única belleza: los servidores de Ares van en pos de la que es guerrera y propia de Ares, los del cortejo de Apolo, de la que es melodiosa y adecuada a este dios, y sólo los apasionados de los discursos, de la que corresponde a Zeus y es propia de un rey, ya que es a Zeus a quien acompañan los apasionados de los discursos. Así que dejando las escuelas y las palestras, me dirigí presuroso a la corte con la ilusión de encontrar allí, mejor que en ningún otro sitio, a los hombres
c competentes y poderosos. Es entonces cuando me topo pri-

[15] *Ilíada* XXIV 348. El verso se refiere a Hermes, que había sido enviado al campamento troyano.

[16] PLATÓN, *Critias* 111e.

[17] Lapsus del copista o de Temistio. La cita que sigue corresponde a *Fedro* 252c-e.

mero con el hijo de Constantino, y después, con su pariente[18], ambos excelentes y, sin duda, de la estirpe de Zeus[19]; pero su belleza ya estaba por entonces pasada: la del primero fui incapaz de mirarla con amor, mientras que la del segundo brilló fugazmente y voló de inmediato. Con todo, parecía inevitable que mi iniciador en el misterio del amor no estuviera lejos de mi amado y que no le fuera extraño, sino cercano y «de su propio hogar»[20].

6 Pero he aquí que mi discurso, que ya no soporta andarse con circunloquios, se despoja de sus velos para dirigirse a ti
a cara descubierta, ¡hijo de un rey!, ¡hijo y a la vez padre![21], d
¡hijo que has vencido a las canas con tu virtud![22], ¡feliz presa de mi rastreo! Jamás hubiera podido tener ante mis ojos la belleza por la que he recorrido la tierra de uno a otro confín, soportando todo lo que nos habían enumerado Sócrates y Diotima, si no hubiera fijado y apoyado mis ojos en ti. ¡Y en verdad que tengo conciencia de encontrarme inspirado y
poseído por la divinidad! Luego si me entrego con mayor 166a
vehemencia y ardor, no hay que atribuírselo a las Ninfas del Iliso[23], sino a Eros y a la inspiración de este dios pendenciero. Una vez que había dado con el objeto de mis anhelos, que desde hacía tiempo nutría y alimentaba en mi interior,

[18] Constancio y Juliano, respectivamente, llamado aquí *adelphós* en el sentido genérico de «pariente».

[19] Es posible que Temistio aluda simultáneamente al hecho de que los reyes pertenezcan al cortejo de Zeus y a la condición «jóvea» que, desde Diocleciano, se le atribuye a dos augustos como Constancio II y Juliano.

[20] Para este proverbio cf. VI 76d. El «iniciador» ha de ser Valente, que es tío de Graciano, el «amado» de Temistio. Cf. *etiam* XIII 168d.

[21] Graciano, a pesar de sus 17 años, es padre de la patria por su cargo imperial.

[22] El tópico de la sensatez excepcional de un joven se aplica repetidamente a Graciano. Cf. XIII 169c, XIV 182d ss.

[23] PLATÓN, *Fedro* 241e.

aunque sin encontrar la manera de asirlo, no abandoné ya el rastro que había de llevarme sin dificultad hasta la caza que codiciaba, sino que me mantuve siempre cercano a tu tío,
b siguéndolo cuando pacificaba el Istro y acompañándolo cuando contenía el Tigris y fortificaba el Éufrates[24]. Gracias a aquel trato los hombres tuvieron ocasión de contemplar un espectáculo increíble y sorprendente hoy día, un insólito episodio propio de la felicidad antigua: la monarquía se sentaba junto a la filosofía, la capa del filósofo[25] convivía con la púrpura y retornaban a la corte las galas con que la habían adornado Trajano, Marco y Antonino; no así Alejandro Magno, ni el medo Ciro, ni el arrogante Jerjes, que llevaba con-
c sigo un plátano de oro y una tienda de oro, pero, por no estar iniciado ni consagrado en estos misterios, carecía de la distinción que otorga filosofía y no contemplaba el «cielo» verdadero[26]. Por el contrario, al intérprete y profeta de mi amado[27] es tanta la belleza que lo envuelve que torna bello al bárbaro, manso al geta, obediente al persa, romano al armenio, griego al ibero y sedentario al nómada, transformando la previa fealdad de cada cual en su belleza contraria.

7 Yo ensalzo y amo el cíngulo de los príncipes, particularmente si lo veo ceñido con justicia, pero prefiero alabar el vigor de su cabeza y de sus ojos[28], que es donde tienen
d asiento y morada su prudencia y su mente. De la cabeza de Zeus saltó también Atenea Prómacos, la providencia de la

[24] Cf. X 132d-133a.

[25] Cf. VI 72c y nota.

[26] Heródoto, VII 27, 2. Se trataba de un plátano y de una vid de oro, que eran obras de Teodoro de Samos. Para la tienda con techo dorado de Jerjes cf. *Disc.* X 134a. Temistio juega con dos acepciones de *ouranós:* en cuanto «cielo» y en cuanto «tienda» del rey persa.

[27] Valente aparece como el «exégeta» que da lectura a la belleza de Graciano.

[28] *Ilíada* II 478.

naturaleza[29], equipada con sus propias armas. Y con ello la antigua filosofía[30] quería dar a entender que sólo las decisiones y los pensamientos prudentes son los hijos acabados y absolutamente perfectos de los príncipes, y que éstos se bastan a sí mismos para producir y procurarse los medios de proteger el imperio y salvaguardar la patria de los hombres. Luego del mismo modo que Atenea, al saltar de la cabeza 167a
de su padre, colmó el cielo de la belleza primordial (el Sol, la Luna y los demás astros) y ordenó la tierra, el agua, el aire y el fuego haciendo que los cuerpos, gracias a esta ordenación, fueran bellos y dignos de ser amados, así también la prudencia de los buenos príncipes no puede menos que tornar al punto bello, amable y semejante a ellos, como el Sol b
cuando alcanza las tinieblas, todo lo que toca y todo a lo que se aproxima, por mucho que antes careciera de belleza. Y no es ahora el momento de extenderse sobre otros tipos de belleza que disfrutan las ciudades y las aldeas, o que incluso forman ya parte de ellas[31]: tenéis suficiente con oír y ver la grandeza de los edificios que se alzan por doquier, enormes y de hermosura indescriptible, los flujos y reflujos del Mar Oriental y del Jónico, los célebres ríos que se ven atravesados por puentes y cómo cada ciudad «se rae la vejez»[32] para que retorne su mocedad. Por lo tanto, no voy a

[29] Hesíodo, *Teogonía* 886-900. Cf. X 130a. La acción cósmica que Temistio atribuye a continuación a la diosa, entendida como «providencia de la naturaleza», responde a la exégesis alegórica que el neoplatonismo tardío practicaba sobre el panteón heleno.

[30] El mito posee para cualquier intelectual del siglo IV el carácter de alegoría, y la épica arcaica adquiere la condición de poesía sagrada y filosófica.

[31] Temistio establece una dicotomía entre los bienes suntuarios y los que, por la acción del emperador, pasan a formar parte del patrimonio de las ciudades.

[32] *Ilíada* IX 446. Cf. *Disc.* XVIII 223c-d.

c dejar de decirte a ti, a quien este discurso toca de modo muy especial y en un grado de familiaridad[33] verdaderamente inaudito, algo que soy incapaz de callarme y que en modo alguno ha de pasarse por alto.

8 La ciudad de Constantino y del hijo de Constantino, con quienes has estrechado un vínculo de sangre[34] (la estirpe de nuestros fundadores es inmortal y está a salvo desde el momento en que tú participas de ella), esta ciudad, digo, era ya bella con anterioridad y se sentía orgullosa del amor que le profesaban sus fundadores; pero ambos amantes pusieron su empeño y su celo más en verla que en hacerla bella, co-
d mo si alguien enamorado de una mujer bella y noble se desviviera por surtirla en abundancia de fucos, ancusas y coloretes, así como, ¡por Zeus!, de collares y pendientes de gran valor y de peplos de púrpura con ricos bordados en oro, y reuniéndolos de toda la tierra y el mar, la vistiera y la acicalara con ellos de diferente manera para cada ocasión, pero la viera, en cambio, acuciada por la sed y la miseria y a un paso de escaparse con su oro y con su púrpura. ¡Qué gran provecho para la amada un amor así!

168a **9** Pero creo que tu patrono[35], al adivinar que ibas a establecer un vínculo de parentesco con la ciudad, se empeñó en grabar el nombre de Constantino, en vez de su imagen, en una columna de acero. Él convierte a la ciudad en «madre de la púrpura»[36] y no tarda en regalarle, en calidad de sirvientas, las nubes que se trajo del cielo con el permiso de

[33] Literalmente «de su propio hogar», según el proverbio comentado en nota anterior.

[34] Se alude ya explícitamente al matrimonio entre Graciano y Constancia, hija póstuma de Constancio II y de Faustina, su tercera mujer.

[35] Valente, en cuanto tío del ya huérfano Graciano.

[36] Sobre la proclamación de Valente y el título que otorga a la ciudad cf. VI 82d.

Zeus, una vez que, procedentes de aquí y de allá (pues estaban situadas a gran distancia las unas de las otras y se apoltronaban en rincones inmundos e inútiles), las congregó en un solo lugar[37]. Y ellas, con más rapidez que el ala y que el b
pensamiento, unas veces surcando lo alto del cielo, otras avanzando, entre la tierra y el aire, bajo los picos más elevados, semejantes en su dorso a una plomada[38], recorriendo más de mil estadios en subida o en bajada[39], sin pendiente ascendente o descendente y sin ayudas ni obstrucciones, se congregaron bajo el mismo techo[40], de modo que llegan hasta sus puertas y pasan ante ellas la noche a la espera de su señor para acomodarse, gracias a su hospitalidad, en el c
mismo templo en el que comparten su danza Hefesto Salvador[41] y Panacea. ¡Tan bellas son las ceremonias que preceden a mi amado y tan ricas en belleza!

10 En lo que se refiere a la inteligencia de aquel profeta[42], nada me hubiera impedido quedarme acampado junto al Tigris y el Éufrates; pero repentinamente el Señor de Oriente delega en mí su responsabilidad de no desatender Occidente, además de que la escala de Sócrates no me permitía que-

[37] Para la regulación del abastecimiento de aguas en la ciudad, cf. XI 151a ss.

[38] Imagen tomada de *Ilíada* II 765, donde se aplica al dorso de las yeguas de Admeto. Temistio juega con la imagen de las nubes conducidas por Valente a través del imponente acueducto del que se nos habla en XI 151a ss.

[39] *Ilíada* XXIII 116.

[40] La nubes se congregan en los depósitos de agua.

[41] Hardouin piensa, en nota a este pasaje, que se trata de Asclepio, llamado «Salvador» *(Sōtḗr)* en las monedas.

[42] Valente, llamado ya antes «exégeta» de la belleza de Graciano, y cuya competencia profética va a dar ocasión al encuentro de Temistio con su amado.

darme quieto[43]. Pues, ¿qué dice, si no, el experto en el camino del amor? Que se debe comenzar por un cuerpo bello y engendrar en él y dar a luz bellos discursos, para comprender a continuación que la belleza que hay en cualquiera de ellos es hermana y pariente de la que hay en cualquier
d otro. Y en verdad, querido Sócrates, que no deja de sorprenderme cuán proféticamente has revelado lo que me iba a ocurrir, pues, con una leve alteración, me pueden servir tus propias palabras. No tuve la oportunidad, increíble amigo, de conocer al hermano de esta belleza que me ha cautivado por primera vez[44]; pero puesto que este hermano había engendrado a un vástago más digno aún de ser amado, terminé por descubrir (si es que me permitís esta investiga-
169a ción) su agreste y luminosa belleza (la tengo, de hecho, en mis manos y ante mis ojos), aún no marchita ni indócil. Yo afirmo que no ha nacido de la tierra ni de su legítimo padre, sino de arriba, del cielo, y de una semilla y de una plantación que proceden de allí,

pues no parecía
hijo de padre mortal, sino divino[45],

según dice Príamo de Héctor por entender que sus hazañas eran mayores de lo que cabía esperar de un origen humano.

11 Creo que a Filipo nada le impidió atribuirse la pater-
b nidad de Alejandro, ni a Anfitrión la de Heracles[46]. Sus hazañas, no obstante, evidenciaban que su verdadero padre era otro: salvar a los hombres de la muerte, hacerlos volver de las puertas del Hades a la superficie de la tierra y devolverlos al hogar de sus padres, y librarlos de un exilio permanente. ¡Venga, pues! Veamos si este muchacho, o incluso sus hazañas, no dejan entrever un origen más divino. El muchacho, aun siendo todavía joven, no sólo es dueño de sí mismo, sino de casi de toda la tierra y el mar, tanto de aquella que gobierna personalmente como de aquella que gobierna junto a su tío[47], y ejerce un control absoluto sobre ambas cosas, tanto sobre su juventud como sobre su poder.
¿Existe algo más difícil de vencer que éstos cuando caminan c
de la mano, la una, desatando impulsos sin cesar, y el otro, dándole facilidades? Cuando la mente no ejerce su dominio, surgen por aquí un león y un jabalí, y aparece por allá la restante turbamulta de abundantes y «policéfalas criaturas»[48] que aventajan a cualquier género de fieras. Luego cuando Graciano nos muestra una juventud más serena que la vejez y nos presenta un poder sometido a freno y guiado por la recta razón y por la ley, ¿acaso se me puede acusar de adu-
larlo, lisonjearlo y mentir en lo que toca a sus orígenes? Yo d
afirmo que también al hijo de Alcmena se le creyó hijo de Zeus no por dominar a las fieras, sino por dominar la cólera, los deseos, la temeridad, la ruindad y las trapacerías. Y si no resulto demasiado molesto por «recurrir a rústica sabidu-

[43] Temistio retoma a partir de aquí el hilo del *Banquete* platónico y, para empezar, alude al impulso ascendente que Sócrates explica con la célebre imagen de la escala hacia la belleza suprema. Cf. *Banquete* 210a ss.

[44] El orador reconoce no haber conocido personalmente a Valentiniano I.

[45] *Ilíada* XXIV 258-59.

[46] Alcmena concibió a Heracles cuando Zeus se unió a ella bajo la apariencia de su esposo Anfitrión. Posteriormente concibió de éste al hermanastro de Heracles: Ificles. Al poco tiempo de nacer, Heracles ahogó con sus propias manos las dos serpientes que Hera introdujo en su cuna, hazaña que puso de manifiesto su naturaleza divina.

[47] Occidente y Oriente, respectivamente.

[48] Según la imagen que explica la naturaleza del alma humana en PLATÓN, *República* 589b.

ría»[49], no me será difícil establecer una correspondencia entre cada una de las pasiones que he enumerado y cada una de las fieras de las que habla el mito. En efecto, las dos serpientes que le sirvieron para exhibirse por primera vez como
170a un brillante vencedor venido de lo alto no creo que representen otra cosa que la juventud y el poder absoluto. Ambas son sumamente resbaladizas y tentadoras, particularmente el poder, que si se emplea sin control y sin razonamiento, cambia la prosperidad en desgracia, como si alguien que gozara de un cuerpo grande y robusto lo utilizara privado de sus ojos: su potencia sería, en ese caso, una calamidad mayor que cualquier impotencia. De ahí que Dios sobrepase a to-
b dos los seres en potencia y en virtud, y que quien se asemeja a Él en la tierra «no sea planta terrena, sino celestial»[50]. También el poeta beocio ofrece su testimonio en apoyo de este argumento, ya que dice que

de las Musas y de Apolo, que hiere de lejos

proceden los poetas y los citaristas,

pero los reyes, de Zeus[51].

12 Pero Hesíodo no conoció soberanos de la tierra y del mar, ni se imaginó un imperio único sobre la tierra. De ahí que a él le pareciera digno de la estirpe de Zeus cualquiera que, al frente de una sola ciudad de la Fócide o de Beocia, fuera honrado, magnánimo y no dictara sentencias injustas

---

[49] PLATÓN, *Fedro* 229e. Allí recibe este calificativo burlesco la exégesis alegórica del mito, a la que Temistio no duda en recurrir para explicar el conocido mito de la infancia de Heracles. Para la misma expresión cf. *Disc.* II 34b.

[50] PLATÓN, *Timeo* 90a.

[51] HESÍODO, *Teogonía* 94-96. Cf. *Disc.* VII 89c.

en los litigios. ¿Qué diría entonces de nuestro príncipe el c
poeta autodidacta[52]? ¿Adónde haría remontar las raíces de las que brotó nuestro joven si viese que un muchacho casi en su primera juventud, con el bozo apenas apuntado, gobierna sobre casi toda la tierra y se somete a la ley allí donde la ley no es imperfecta?[53]. El Imperio romano produjo, de hecho, muchos jóvenes de la misma fortuna y edad, pero sus nombres resultan abominables en la mayoría de los casos. Tu juventud, en cambio, se comparará con la vejez de
Ciro, y tu adolescencia, con la madurez de Marco. Luego mi d
amor no es ciego, sino, antes bien, de gran agudeza visual, pues está capacitado para dar cuenta de lo que dice. Sócrates, en efecto, le atribuye a Eros la condición de filósofo[54] y asegura que lo bello en sí es bello si va acompañado por la verdad, mientras que la mentira no es en absoluto bella, ni la
lisonja ni la adulación. De hecho, a Safo y a Anacreonte les 171a
consentimos la desmesura y el exceso en el elogio de sus amados, porque como ciudadanos particulares aman cuerpos particulares, y no supondría ningún peligro que sus amados se envanecieran con su alabanza. Pero en nuestro caso se trata de un amor regio y de un amado regio, con lo que casi todos los hombres fijan su atención prácticamente en dos cosas: qué trato y qué comportamiento van a darse entre ellos y si cada cual va a mantener el decoro apropiado, el uno, al hablar, y el otro, al escuchar.

13 Sería una indignidad por mi parte, hermoso joven, que si la gloria de tus obras te rodea y ha de rodearte en el futuro,
y si eres soberano de todo lo que ante ti se encuentra, lumi- b
noso y brillante por tus buenas obras más que por la púrpu-

---

[52] HESÍODO, *Teogonía* 30 ss.

[53] La ley suele ser «imperfecta», y el príncipe, en su condición de «ley viviente», la corrige. Cf. introducción general, cap. 4.

[54] PLATÓN, *Banquete* 204b.

ra, yo recorriese la tierra de un extremo a otro y le causase tantos sinsabores a caballos y mulas cruzando numerosas montañas, atravesando numerosas llanuras y visitando numerosas ciudades, para presentarme después ante tus puertas no como filósofo, sino como rétor o poeta amoroso, y me limitara a alabar tus posesiones en vez de tu persona[55]. El único que está facultado para alabarte es el que admira las obras que realizas tan sólo con tu inteligencia. Homero, cuando dice

por tu consejo se tomó la ciudad de Príamo, de anchas ca-
[lles[56],

c se refiere al consejo de un jefe o comandante de tropas. En cambio yo, cuando digo que con tu consejo el uno regresa a su tierra, el otro recobra la casa paterna, el otro es liberado de sus cadenas y tantas otras cosas por el estilo, me refiero al consejo de un príncipe cuya misión es proteger a sus súbditos, del mismo modo que a cada magistratura le corresponde proteger a quien está bajo su autoridad. Al pastor le corresponde proteger su rebaño, y al vaquero, defender su vacada; y no ahuyentar a los lobos para, a la postre, resultar
d él más dañino con el sacrificio y el despiece continuo de las reses más pingües, a la manera de un cocinero más que de un pastor. Y a la hora de tomar esta resolución, es tan bueno pensar y obrar por uno mismo como dejarse persuadir por los consejeros. Mucha razón tenía, en efecto, Zenón de Citio cuando consideraba más propia de un rey la docilidad que la inteligencia[57], ya que una buena decisión gana en firmeza cuando se apoya en el parecer de muchos,

[55] Cf. *Disc.* I 1a, 2b.
[56] *Odisea* XXII 230.
[57] Cf. *Disc.* VIII 108c, IX 129b-c.

pero si es uno solo el que piensa,
su alcance es menor y su resolución endeble[58].

Homero viene a decir lo mismo, aunque de otro modo, antes 172a
que Zenón:

Y cuando muchos se reúnan, hazle caso
al que ofrezca el mejor consejo[59].

Y el rey, que está preparado para esto, eleva a Zeus una súplica bien digna de un rey:

¡Ojalá, padre Zeus, Atenea y Apolo,
tuviera yo entre los aqueos diez consejeros como tú[60].

No pide, en efecto, diez Ayantes ni diez Diomedes, y ni si- b
quiera cree que le bastaran diez Aquiles para la toma de Troya, sino un desvalido anciano de Pilos que a duras penas pudo cortar en el fragor de la batalla las riendas de su caballo[61]. ¿Cómo es que entonces, ínclito Agamenón, después de haber elevado esta súplica, te olvidaste de ella en la asamblea y te irritaste contra el hijo de Peleo? Con ese comportamiento desobedeciste al anciano que había emplazado a deponer y a aplacar tu cólera; y ello, a pesar de haber rogado que se multiplicara. No tardarás, de hecho, en reconocerlo:

Obré ciegamente; no lo niego[62]. c

[58] *Ilíada* X 225-26.
[59] *Ilíada* IX 74-75.
[60] *Ilíada* II 371-72. La persona aludida es Néstor, paradigma de consejero y modelo de Temistio.
[61] *Ilíada* VIII 87.
[62] *Ilíada* IX 116.

Sin embargo, amigo mío, si hubieras sido un simple particular, este «obré ciegamente» no habría tenido importancia, pues tu desobediencia habría sido sólo asunto tuyo; pero lo cierto es que afectó a la totalidad del ejército y

muchas y esclarecidas almas arrojó al Hades
de héroes[63].

Así que hubiera sido mejor que le prestaras atención a un solo anciano a que pidieras diez como él. ¿Qué provecho te reportaron tu cólera y tu aflicción? Y no me refiero ya a la mortandad de griegos que vino a continuación tanto por
d la peste como por la guerra, sino al penoso comportamiento ante su propia asamblea, en nada diferente al de un loco al que le hervía el corazón y cuyos ojos desprendían fuego, unos ojos que cuando estaban apaciguados se creerían semejantes a los de Zeus[64], pero que cuando se dejaban llevar por la cólera, no parecían los de Zeus, sino los de un perro; no los del dios supremo, sino los de la más vil de las bestias[65].

14 Los ojos de Graciano siempre están llenos de contento,
173a y jamás tiene ennegrecidas sus mientes[66] ni su juicio. Tampoco le desprecia los consejos a su doble Néstor[67], pues no lo criaron y alimentaron cortando el companage y vertiendo vino, según la dieta que Fénix le recuerda a Aquiles[68], sino con lecciones y preceptos regios de la antigua sabiduría romana, cuyo adalid fue el sapientísimo Tulio[69]. Así dice la Musa:

Tan grande, te hice, Aquiles, semejante a los dioses[70].

Y esto no lo digo sólo por mi cuenta. Puedes ver, por el b
contrario, que unas palabras son de Sócrates, otras, de Platón, y otras, de Homero, de modo que en todo en lo que te pueda convencer, son ellos los que te convencen; o mejor dicho, no soy yo ni lo son aquéllos, sino tú mismo, pues tuyo pasa a ser el pensamiento que apruebas y aceptas: el dueño de un caballo, de un manto o de cualquier otro bien no es el que lo dona, sino el que lo utiliza. Nerón, por su parte, no cultivaba el trato de Séneca, sino el de Pílades y Metrobio[71]; de ahí que cayera del poder más lastimosamente que desde un carro. Augusto, en cambio, cultivaba el c
trato del egipcio Ario, Tito, el del etrusco Musonio, Trajano, el de Dión de Bitinia, y Marco, el de Rústico[72]. El propio Augusto, por otro lado, cuando restituyó su ciudad a los alejandrinos, no se ufanaba tanto de su acción como de su consejero. «Os devuelvo», dijo, «vuestra ciudad, alejandrinos, por consejo de Ario y por mi docilidad»[73]. ¿No parece que este emperador considera la docilidad inferior al consejo y que no se atribuye, por lo tanto, la mejor parte?

15 Parece que Fénix se jactaba muy a la ligera de poder d
llamarse educador de Aquiles, pues los hechos desmentían tal educación. De hecho, ni siquiera era capaz de aplacar la

---

[63] *Ilíada* I 3-4.
[64] *Ilíada* II 478.
[65] *Ilíada* I 225.
[66] *Ilíada* I 103.
[67] Probablemente los dos consejeros del joven Graciano: Ambrosio de Milán y Ausonio, su preceptor.
[68] *Ilíada* IX 489. Pasaje repetidamente citado en IX 123c, XVI 213a, XVIII 224d-225a.

[69] Marco Tulio Cicerón.
[70] *Ilíada* IX 485. La frase es de Fénix, preceptor de Aquiles.
[71] Dos célebres mimos que el emperador admiraba. Un tal Párides aparece mencionado en TÁCITO, *Anales* XIII 20.
[72] Quinto Junio Rústico, filósofo estoico y maestro de Marco Aurelio. Para los demás autores cf. V 63d, VI 72d, con las correspondientes notas.
[73] Cf. VIII 108c.

cólera del muchacho, no ya refiriéndole antiguas y hermosas palabras, sino incluso derramando lágrimas con ellas, o mejor aún, introduciéndolas con sus lágrimas. Su sabiduría y aquellas antiguas recomendaciones las derrotaron dos pasiones que bullían en su discípulo y oscurecían sus consejos:
174a la cólera y el amor. Así se explica que permaneciera indiferente ante la matanza de los aqueos, ante el incendio de las naves y ante la saña de Héctor contra los caudillos del ejército griego:

Por un dardo va herido el fuerte Diomedes Tidida
y por una lanza Odiseo, famoso por su lanza, y Agamenón[74].

Graciano, por el contrario, desde que se ha subido a la nave y ha asumido el control del timón, demuestra mayor obediencia a sus maestros que cuando los frecuentaba entre los
b libros: ataja la furia de Héctor, pero también socorre a los heridos, y le desespera no poder resucitar a los muertos, aunque pone en ello su empeño y su ingenio, al menos en lo que está en su mano: de hecho, quien devuelve a las familias el hogar de sus padres está haciendo en cierto modo que éstos vuelvan. Y de este modo, los hombres de hoy pueden contemplar un espectáculo increíble e impensable entre los antiguos romanos: a cada momento el oro emprende desde el erario público el camino de retorno. Esto habría sido antes
c tan imposible como rescatar a alguien del Hades: afluyera a la corte con justicia o sin ella, había de envejecer allí o salir por cualquier otro sitio; pero no se concebía que retornara a su lugar de procedencia. Era el mismo caso que el del león que se imaginó Esopo[75] enfermo en su cueva y del que se

[74] *Ilíada* XI 660-61.

[75] Esopo, *Fáb.* 196. Se trata de la célebre fábula del viejo león y la zorra.

burla la zorra indicándole las huellas de los que entraban, no las de los que salían. En estos momentos es más nítido y justo el rastro del oro que sale que el del que entra. Sin duda, es bastante célebre esta frase de Tito: «hoy no he reinado, pues no he beneficiado a nadie»[76]. Y Graciano, por su parte, alaba la sentencia, pero ni siquiera desperdicia ese único día. Nuestro soberano ha dispuesto que nunca le falte la ocasión de hacer el bien, y que todo el que lo desee tenga d
a su disposición de día, de noche y en todo momento la tinaja generosa y rebosante de los bienes[77]. Los que nunca han de faltar son, sin embargo, los sedientos desde el momento en que todos los hombres tienen sed de felicidad. Luego cuando no faltan necesitados ni cosas que dar a quien las necesita, ni un solo día carece de príncipe; y, en el caso de Graciano, ni siquiera una hora. Si reina en proporción al bien que hace, Graciano puede llegar a ser más longevo que Augusto[78]. Y por otro lado, cuando se va a dormir, no se dice a sí mismo:

¿Qué he pasado por alto? ¿Qué he hecho? ¿Qué he dejado 175a
[de hacer?[79],

sino que entra en la curia diciendo: «¿A quién he de indultarle hoy la pena de muerte? ¿A quién he de perdonar? ¿A quién he de salvarle la casa de sus padres?». Ni siquiera las noches le resultan sombrías, por muy tenebrosas que sean para los demás hombres: ellas también están llenas de luz y

[76] Cf. VI 80a y nota.

[77] Cf. VI 79c y nota.

[78] Idéntico razonamiento se encuentra en el *Disc.* XV 193a.

[79] *Carmen aureum* 42.

de claridad, y en ellas todo el mundo puede dormir y rendirse a un sueño verdadero, libre de cuidados[80].

b **16** Toda magistratura, cualquiera que sea su rango, apunta siempre hacia el bien, pues tiene la vista puesta en la imitación de los soberanos, del mismo modo que en un coro la tienen puesta en el gesto inicial del corifeo tanto el director de la primera fila como el de la segunda y, sucesivamente, todos los que participan en la dirección. De Alejandro de Macedonia los sátrapas intentaban imitar la suave inclinación de su cuello hacia el hombro izquierdo, de otro, el corte de pelo, de otro, la vestimenta, y de otro, la gravedad de la voz. De Severo, el emperador romano, se consideró muy
c digna de imitación su poblada barba, pero la credencial imperial que poseen los funcionarios de Graciano, tanto los que tiene cerca como los que están más lejos, es su inclinación hacia el bien. El lamento se ha visto desterrado de las curias, y las cámaras de tortura están cubiertas de moho. Han desaparecido los perniciosos agentes del fisco y los criminales ejecutores de deudas atrasadas y vencidas: su nombre ni siquiera existe ya, y el fuego ha consumido el rescoldo que de ellos quedaba.

17 ¡Cuánto más afortunado soy que mis maestros en el
d trato con los romanos! ¡Cuánto más dichoso el camino que acabo de recorrer que la travesía que por tres veces realizó Platón![81]. Aunque no es lícito recordar a Dionisio en el momento presente. Una gran burla es también comparar con mi

[80] Cf. *Disc.* XV 193a.

[81] Los tres viajes a Sicilia que se le atribuyen a Platón, tan llenos de sinsabores y frustraciones, en su proyecto de llevar a la práctica su teoría política en la corte del tirano Dionisio de Siracusa. Temistio presenta su relación con Graciano como una venturosa colaboración entre monarca y filósofo.

amado al hijo de Clinias y al de Hiparino[82]. Y afirmo, aunque con reparos por consideración a Aristóteles, que ni siquiera me atrevería a comparar con él al propio Alejandro. Si se tratara de pasar revista a los generales, sí tendría bastante en cuenta al hijo de Filipo; pero a la hora de examinar
a los monarcas, afirmo que es más regio el que beneficia a 176a
más personas que el que vence a un mayor número de ellas, en la misma medida en que creo que lo es salvar hombres que aniquilarlos. Y me callaré lo de Clito, lo de Parmenión y lo de Calístenes[83]. De hecho, si se tiene en cuenta todo aquello, Alejandro no sólo ya no será Magno, sino tampoco hijo de Amón, y ni siquiera de Filipo, sino de un demon terreno que se complace en asesinar a los hombres, tanto parientes como extraños.

18 A Graciano le parece más propio de un monarca el título de «protector de la ciudad» que el de «señor de los trofeos»[84], así como más afín a Zeus. La razón es evidente: el primero de los calificativos es apropiado, y entre las advocaciones de Zeus se encuentran las de «Patrón de la ciudad» y «Protector de la ciudad»; sin embargo, no cree tener parentesco alguno ni con Ares ni con las advocaciones de
Ares, ya que un buen soberano no opta por Ares delibera- b
damente, sino por necesidad. ¡Y feliz quien pueda someter a los bárbaros sin ayuda del acero, sino con la belleza y el talento de su alma! La hermosura de Graciano no sólo la aman, al parecer, los filósofos, sino también los bárbaros,

[82] Alcibíades y Dión, que Temistio presenta como discípulos de Platón, no se pueden comparar a su amado Graciano.

[83] Clito era hijo de un comandante macedonio y fue asesinado por Alejandro por haber condenado la adulación de la que era objeto el rey. Cf. ARRIANO, *Anábasis* IV 8. Para Calístenes y Parmenión cf., repectivamente, *Disc.* VII 94a y X 130b.

[84] Título equivalente al latino de *Iuppiter Feretrius*.

que se someten de buen grado y se inclinan vencidos por su sabiduría. Ni el fragor de los escudos, ni el grito de guerra de los hoplitas, ni el caballo revestido de hierro con su jinete le aprovecharon tanto a los romanos ante estos bárbaros como la belleza de Graciano y la hermosura de su alma:
c ahora atraviesa el Rin un número mayor que el que antaño se dedicaba a la rapiña. Y aunque son muchos los versos que alabamos de Homero, no podemos hacerlo, sin embargo, cuando celebra a Agamenón en estos términos:

a un tiempo noble rey y esforzado lancero[85].

El buen rey no tiene ninguna necesidad de la lanza, sino que le basta su virtud para dominar y someter a los pueblos más salvajes de manera voluntaria, lo que siempre es preferible a la fuerza. Los bárbaros, en definitiva, te obsequian con re-
d galos en vez entregarse a la rapiña, y su famosa cólera ha desaparecido derretida[86] por los encantos con que el joven los vence.

19 Hay en la ciudad de Constantino, frente al zócalo de la curia, una representación en bronce de la batalla de los Gigantes contra los dioses[87]. En esta representación unos Gigantes levantan y lanzan contra el resto de los dioses pie-
177a dras o troncos de árboles, mientras que otros empuñan armas más elaboradas, salvo el que se enfrenta a Eros (pues Eros y Afrodita luchan junto a los demás dioses). Éste es el único Gigante que no está lleno de cólera ni tiene el menor rastro de ella, e incluso se le han caído de las manos las armas al suelo: permanece, pues, confiado y contento, y sus serpientes se han rendido en voluntaria derrota. Luego tenía razón Licurgo cuando dispuso en Esparta todo lo relativo a Afrodita y al ejército de Afrodita (las Gracias y Eros), ya b
que los triunfos de estos dioses son mejores y más inmediatos que los de Enio [...][88] no vaya a ser que caiga, cosa que teme sumamente, y se quede pasmado ante una o dos bellezas y desee permanecer allí y no seguir adelante, como los que probaron el loto[89].

20 Tras los jóvenes bellos hay que ascender, sigue diciendo, hasta las bellas normas de conducta y las bellas leyes[90]. Sin embargo, eres tú, excelente hijo de Sofronisco y Fenareta, el que debías aplicarte esto, pues estabas enamorado de Alcibíades y de Cármides, lo que no era sino un vulgar amor por hombres particulares. Mi amor, en cambio, lo inspiran dos soberanos, rectos ambos en sus juicios y de la misma sangre, y no tengo necesidad de abandonarlos para c
buscar por otro lado las bellas normas de conducta y las bellas leyes, pues justo en ello reside la belleza de un príncipe: en las bellas leyes y en las bellas normas de conducta, de modo que ya cuento en el primer peldaño con todo lo que tú alcanzaste en el segundo y en el tercero, y quizá me resulte menos fatigoso todo el camino del amor. Después de las leyes, en efecto, dices que aparece «el mar de la belleza»[91]. Luego este mar lo situabas en un lugar remoto y apartado de d
nuestra vista[92]; de ahí que mis ojos, debido a su corto alcan-

[85] *Ilíada* III 179. Cf. *Disc.* XV 187c.

[86] Platón, *República* 411d.

[87] El mito de la Gigantomaquia, en cuanto rebelión de los hijos de Gea contra la legitimidad de los dioses olímpicos, se convierte en Temistio en un símbolo de la lucha entre bárbaros y romanos. Cf. XVI 208a.

[88] Diosa de la guerra: cf. VIII 105d y nota. A continuación el texto presenta una laguna.

[89] *Odisea* IX 82-104.

[90] Se retoma el motivo platónico de la escala del amor. Cf. Platón, *Banquete* 211c.

[91] Platón, *Banquete* 210d.

[92] Platón, *República* 499c-d.

ce, no lograran llegar hasta él. Sin embargo, en este instante creen estar cerca de ti y alcanzarlo y tocarlo perfectamente.

21 ¡Por el dios de la amistad! ¿Qué os parece a vosotros?[93]. Quizá vuestros ojos están viendo lo mismo: que la ilustre y célebre Roma es un mar inefable e indescriptible de belleza, cuya contemplación he alcanzado después de pasar por los
178a jóvenes bellos y las bellas leyes. En mi caso, por lo tanto, la procesión y el camino del amor van ligados a la realeza desde la salida hasta la meta: no he abandonado las bellas leyes al cruzar hasta el mar de la belleza, sino que incluso puedo ver aquí otras más santas y divinas con las que Numa ha vinculado vuestra ciudad con el cielo. Gracias a vosotras, bienaventuradas, los dioses aún no han abandonado la tierra. Sois vosotras las que habéis resistido denodadamente todo este tiempo para que la naturaleza mortal no se separe definitivamente de la inmortal, negándole toda razón a Empédocles cuando vilipendiaba la región terrestre y la denomi-
b naba «pradera de Ate»[94]. ¿Pues cómo podría ser pradera de

[93] En esta sección final Temistio identifica «el mar de la belleza», en el que culmina la escala erótica del *Banquete,* con la ciudad de Roma. Esta ciudad la presenta como templo de las más antiguas tradiciones políticas y religiosas, simbolizadas por el rey Numa, y sitúa a su cabeza a Graciano, el nuevo Rómulo, según el concepto de la *renouatio imperii* característico de la ideología de la aristocracia senatorial romana. Símaco, en la celebración de los *quinquennalia* de Valentiniano, elogia al joven Graciano en los términos del *puer* de la *Égloga* IV de VIRGILIO, que estaba llamado a traer los *Saturnia regna.* Cf. PH. BRUGGISSER, «Gratien, nouveau Romulus», *passim.*

[94] EMPÉDOCLES, frag. B 121 DK. Ate es la diosa que personifica el error y la culpa ciega. Este sugerente pasaje ha dado pie a interpretaciones muy diversas. Dagron y Cracco Ruggini lo relacionan con el Empédocles que no es «el célebre Empédocles de antaño» de V 70b, que interpretaban, como ya vimos, en sentido opuesto: como Jesucristo, en el primer caso, y como Juliano, en el segundo. La primera lectura invitaría a una interpretación anticristiana de este pasaje, y la segunda comportaría un

Ate un territorio que gobierna Roma, una asamblea de dioses, un pueblo de héroes y una tribu de démones guardianes del hogar y dispensadores de felicidad? Y lo más bello, bienaventurado y delicado de este mar vuestro, que ya es de por sí bello en su totalidad, está allí donde, sujeta con amarras firmes e inamovibles, se encuentra atracada la suma de nuestras convicciones y el culto sacrosanto y sagrado que, con la ayuda de Dios, practicáis día tras día y hora tras hora en beneficio del género humano[95], y cuya tutela os corres- c
ponde desde siempre, antes con las armas y ahora con los rituales, que es mejor salvaguarda. No había perdido la esperanza de compartir esta travesía y este viaje con vosotros, que tan dignos y divinos sois al invitarme más abiertamente que cuando los hijos de los dioses invitaron a Orfeo, el hijo de Calíope, a incorporarse desde Tracia a la nave Argo[96], y además cuando vuestra travesía ya no está batida ni azotada por las olas.

ataque contra el neoplatonismo esotérico que habría desvirtuado la auténtica tradición pagana, encarnada por Numa y por Roma. Según esta última interpretación, Temistio no estaría contradiciendo los postulados de tolerancia que defendió en el panegírico a Joviano. Cf. G. DAGRON, «L'empire...», págs. 160-61, 191-98; L. CRACCO RUGGINI, «Simboli di battaglia...», págs. 184-87, 239-43, 263. Bruggisser desvincula esta alusión a Empédocles de la de V 70b y entiende que con la crítica de este filósofo, que representa la melancolía y la desvinculación de lo terreno, Temistio apuesta por una Roma que, lejos de emplazarse en la «pradera de Ate», garantiza por medio del Senado la presencia de los dioses entre los mortales. Cf. PH. BRUGGISSER, «Gratien, nouveau Romulus», págs. 196-99. Cf. *etiam* introducción general, cap. 4.

[95] Este «culto» que los senadores «practican» viene expresado en griego con los términos *politeía y politeúesthai.* El empleo religioso de estos términos políticos ya se encuentra en el *Disc.* V 70a.

[96] Los argonautas invitaron a Orfeo a participar en la expedición a la Cólquide, igual que los romanos invitan ahora a Temistio a incorporarse a la travesía que ha de encabezar Graciano.

Como un dios concede a los marinos que lo anhelan
viento favorable, cuando están ya fatigados con los bien
de batir el mar[97], *[trabajados remos*

d así también ha venido a nosotros este joven enviado por Dios, gracias al cual, liberados de trabajos y cuidados, podemos navegar tranquilos con las velas henchidas por un viento amable, sereno y favorable, ciñéndonos coronas y entonando himnos en honor del dios dispensador de nuestra dicha. Ponte ya, ilustrísimo vástago de Rómulo, tu luminosa vestidura por tu luminoso reino y tus luminosos días[98], que
179a invitan a danzar, a visitar santuarios, a «llenar las calles con humo de sacrificios»[99], y que dan gloria a mi amado. Si nuestro joven nos hubiera levantado columnas de Frigia, del Pentélico o de Egipto, ya lo habríamos alabado con justicia; pero ya que ha levantado columnas dotadas de aliento y de vida, arraigadas en la tierra pero proyectadas hacia lo alto[100], ¿no vamos a ensalzarlo y a celebrarlo con mayor decisión, mofándonos de quien, acariciándose en su sabiduría la poblada barba, considera adulación el testimonio de la vir-
b tud?[101]. Escipión ganó en prestigio a los ojos de los antiguos

[97] *Ilíada* VII 4-6.

[98] En griego Temistio recurre a un empleo literal y figurado del adjetivo *leukós.* Son «blancas» las ropas que va a vestir el príncipe para celebrar la dicha del reino y de los días «luminosos».

[99] Aristófanes, *Aves* 1233. Las celebraciones corresponden a la inminente entrada triunfal de Graciano tras su campaña en las Galias.

[100] Frente a las columnas erigidas por los emperadores para conmemorar los triunfos militares, se alzan las columnas de los triunfos incruentos de Graciano.

[101] Nuevo ataque contra los filósofos críticos del compromiso político, procedentes del neoplatonismo esotérico y simbolizados antes con Empédocles.

romanos cuando rescató a Terencio de las cadenas de Cartago, y lo más espectacular de su procesión triunfal fue que un ilustre varón romano acompañara a Escipión con el gorro de la libertad[102]. ¡Qué columna de hombres salvados y liberados no va a acompañar a Graciano en su entrada a la ciudad sin gorro ni distintivo alguno! Yo considero más sagrado este triunfo que el que le han de tributar los que él ha salvado y protegido que si entrara cargado de un botín de guerra.

22 Así que tú, ilustrísimo vástago de Rómulo[103], no has c
de separar de Rómulo a Graciano, por quien florecen, rebrotan y retornan a este glorioso Senado aquellos venerables nombres y aquellas ilustres denominaciones del pasado. Y si a Camilo se le consideró el segundo fundador de la ciudad por haber rechazado la incursión de los gálatas, ¿cómo podría calificarse a estos dos emperadores[104], que han rechazado a los germanos, espantado a los Aqueménidas, derrotado a los getas y a los sármatas y, una vez que nos trajeron una brillante paz a todos los pueblos situados de un extremo al otro d
del imperio,

atracaron en los extremos las naves bien equilibradas
fiados de su hombría y de la fuerza de sus brazos[105],

portando también las armas, participando de las fatigas de la expedición y dando motivos los dos para el encomio? ¡Venga pues, hombres ilustrísimos, invitemos a los jóvenes[106] a volver a su patria y a regresar, dejando atrás las tiendas y las

[102] El *pílos,* que usaban los esclavos que obtenían la libertad.

[103] El orador interpela directamente al Senado.

[104] Graciano y Valente.

[105] *Ilíada* VIII 225-26.

[106] Valente, que tenía por entonces cincuenta y cinco años, aparece asimilado a la juventud de Graciano.

180a empalizadas, a la capital del imperio! Ni el Rin, ni el Tigris, ni el Éufrates lo impedirán, sino que los enviarán de regreso por haber coronado y adornado las sienes de su madre [107]. Y ella se complace en recibir a sus hijos queridos y muy añorados, portadores de «cruentos despojos» [108] y portadores también de trofeos más santos de mansedumbre y humanidad, inviolables, sagrados, incruentos y verdaderamente adecuados para ofrendarlos a Zeus. Tú, padre de dioses, padre de hombres, Zeus, señor y protector de Roma, y tú, Atenea, venerable madre, y tú, Quirino, demon tutelar de la supre-
b macía romana, concededle a mi amado amor por Roma y que Roma le corresponda con su amor [109].

[107] Con sus triunfos.

[108] *Ilíada* VI 480.

[109] Señala Maisano que la tríada capitolina (Júpiter, Marte, Quirino) sufre aquí la sustitución de Marte, divinidad postergada en Temistio, por Atenea, la cual, como apunta L. Cracco Ruggini, «Simboli...», pág. 187, n. 21, supone la inclusión en la tríada de la diosa griega de la sabiduría. La sustitución es lógica desde el momento en que Atenea también presenta una faceta bélica equivalente a la de Marte.

XIV

DISCURSO DE EMBAJADA AL EMPERADOR TEODOSIO

INTRODUCCIÓN

El *Discurso* XIV de Temistio es el primer panegírico dirigido a Teodosio, el monarca bajo cuyo cetro iba a alcanzar en pocos años la cima de su carrera política. Al comienzo de su intervención el orador nos informa de que inicialmente formó parte de la delegación senatorial que se había desplazado para felicitar al nuevo emperador (XIV 180b-c), quizá a Sirmio o a Tesalónica, pero que, debido a la enfermedad, sólo posteriormente se pudo unir a sus compañeros. Ya que de XIV 181b-c parece deducirse que Teodosio está reuniendo el ejército y que áun no ha comenzado su campaña contra los godos, el *terminus ante quem* del discurso es el 6 de julio del 379[1], fecha del inicio de las operaciones. Sabemos, por otra parte, que después de su proclamación el emperador permaneció en Sirmio durante algún tiempo antes de marchar a Tesalónica, adonde llegaría finalmente el 17 de junio. Todo este cúmulo de referencias externas permiten suponer que este discurso de felicitación al nuevo monarca fue

[1] *Codex Theodosianus* VI 30, 2.

pronunciado en la primavera[2] o a comienzos del verano del 379[3], y casi con total seguridad en la ciudad de Tesalónica.

SINOPSIS

1. El retorno, con Teodosio, de la Edad de Oro devuelve la juventud al orador. El príncipe es la esperanza de un imperio acosado.
2. Constantinopla adelanta la ofrenda de su corona con este discurso.
3-4. La proclamación de Teodosio significa la primacía de la virtud sobre el parentesco. Graciano demuestra su grandeza con esta designación. Epaminondas.
5. La ciudad suplica al nuevo emperador que ratifique sus privilegios y su primacía.

[2] H. SCHOLZE, *De temporibus...*, pág. 50; G. DAGRON, «L'empire...», pág. 23.
[3] J. VANDERSPOEL, *Themistius...*, págs. 195-6.

DISCURSO DE EMBAJADA AL EMPERADOR TEODOSIO

1 Hasta este momento, divino emperador, me hallaba 180b
abatido con mi enfermedad por haber tenido que retrasarme
respecto a mis compañeros de legación. Pero acabo de com- c
prender cuánto puede el contento del alma sobre la indisposición del cuerpo, pues he visto cómo ha convertido mi enfermedad en bienestar, y mi vejez, en lozanía; y cuando apenas albergaba esperanzas de escapar de las tinieblas que envolvían este cuerpo mío, me he encontrado más fuerte que el mar y más fuerte que la tempestad y el oleaje. Creí que rejuvenecía cuando me enteré por una carta del más alto de nuestros ministros[1] que íbamos a asistir al retorno de la
Edad de Oro, que íbamos a ver el imperio íntegro y seguro, d
y espléndido en ambas bellezas, en la del alma y en la del cuerpo. Y esto no era vana palabrería. No hay más que contemplar al emperador, para lo que hemos de recurrir a la voz de Homero:

[1] Posiblemente el senador que encabezaba la legación que había llegado a Tesalónica antes que Temistio. Hardouin entiende que se trataría de un edil, dada la función desempeñada por este magistrado en las ceremonias sagradas.

A alguien tan bello jamás lo vi con mis ojos,
181a *ni tan distinguido, pues a un rey se parece*[2].

Yo vengo también a celebrar la llegada de esta corriente a la que se incorporan los romanos por la mirada de la justicia, y que inclina la balanza a nuestro favor. Nadie existe para nosotros aparte de ti. En nadie, aparte de ti, ponemos nuestros ojos: ni en los dacios, ni en los tracios, ni en los ilirios, ni en los hoplitas, ni en tanto despliegue bélico que se ha difuminado más veloz que una sombra; y con ello los ponemos en fuga nosotros, que hasta ahora éramos los perseguidos[3].
b Gracias a las esperanzas en ti depositadas podemos detenernos y recobrar el aliento, y confiamos en atajar de una vez la carrera de éxitos de los escitas y en sofocar el devastador incendio que no han podido contener ni el Hemo[4] ni las regiones de los tracios y de los ilirios, intransitables incluso para el caminante. Ahora recobra el ánimo la caballería y lo recobran los hoplitas. A los campesinos los haces temibles a los ojos de los bárbaros, mientras que a los mineros les ordenas que dejen el oro y se dediquen a la extracción del hie-
c rro. Y este ejército que no había probado la vida regalada, adiestrado para procurarse los bienes con su propio sudor, ha venido a confluir de modo espontáneo[5]. No era ficción poética que tan sólo con su grito Aquiles hubiera sembrado el desconcierto entre los bárbaros, hasta entonces victoriosos. Si aun sin presentar formación de batalla ante estos

---

[2] *Ilíada* III 169-70. Cf. *Disc.* I 6b.

[3] Temistio atribuye la derrota de Adrianópolis a la incompetencia de un ejército integrado por mercenarios. En este sentido, cf. ZÓSIMO, IV 23, 2.

[4] La cordillera que separa Tracia del Danubio.

[5] Según apunta Maisano, Teodosio había decretado el alistamiento obligatorio de los jóvenes de los veteranos que se habían establecido tras las campañas de Oriente.

criminales, tan sólo con acampar cerca de ellos y permanecer al acecho, pusiste coto a su arrogancia, ¿qué no es lógico que experimentaran ante su inminente aniquilación al verte blandir la lanza, agitar el escudo y el brillar cercano»[6] del fulgor de tu casco?

2 De las dos coronas que te debe la ciudad de Constan- d
tino, una de oro y otra de afecto, la corona de riqueza la reserva la bella ciudad para el día en que te la pueda ceñir con todo esplendor, cuando regreses triunfante de los bárbaros de infausto nombre[7]; la de afecto, cuya ofrenda compete a la filosofía, la guarda en casa a buen recaudo, aunque la envía por adelantado con la sinceridad de quienes la entregan
y para regocijo de quien la recibe. La de oro, por lo demás, 182a
se podría haber sufragado con el terror; pero la de afecto es inconcebible sin una adhesión espontánea. Dios también suele preferir a los que queman incienso frente a quienes le ofrendan trípodes[8].

3 Ella acude no sólo para pedir lo que necesita, sino para ser la primera en refrendar con su voto tu proclamación, pues es conveniente que quienes reinan sobre los hombres estén en armonía con la que reina sobre las ciudades. Y de las dos metrópolis del mundo (me refiero a la de Rómulo y
a la de Constantino), yo diría que se te acomoda mejor la b
nuestra, pues ella ha venido a compartir el imperio con la capital por su virtud, sin lazo alguno de parentesco con sus gobernantes, del mismo modo que a ti no te ha conducido hasta la púrpura el vínculo dinástico[9], sino la excelencia en

---

[6] *Ilíada* XVI 70.

[7] Para la ofrenda del *aurum oblaticium,* cf. *Disc.* III y su introducción.

[8] Una vez se constata la preferencia de Temistio por la espiritualidad en el culto religioso, en la misma línea del Porfirio maduro. Cf. *Disc.* IV y V, y las notas correspondientes.

[9] SÓFOCLES, *Antígona* 174.

la virtud; no la proximidad de parentesco, sino la demostración de fortaleza y gallardía. Graciano, con idéntica sabiduría y no como es propio de la juventud, sino de las canas[10], ha comprendido que no es más competente el más allegado, sino que es más allegado el más competente[11], con lo que ha tenido el acierto de hacer suyo el voto que las circunstancias
c se habían adelantado a emitir. Al tebano Epaminondas lo crítico de la situación también lo reclamó para el generalato cuando servía como hoplita[12]. En cambio, a ti te reclamaron los romanos para el trono cuando rechazaste sin ayuda a los sármatas, que, llenos de furia, habían saqueado toda la tierra vecina del río, y les hiciste frente con efectivos escasos y en modo alguno escogidos[13].

4 Llamado ahora a reinar por esta confianza que inspiras, es justo que no tengas otro objetivo que demostrar a todos los hombres que es la virtud la que te ha hecho empera-
d dor, y Graciano, quien te ha proclamado, pues también en los certámenes deportivos es el vigor corporal el que otorga las coronas, pero son los heraldos quienes las imponen. En éstos, sin embargo, el heraldo no tiene parte en la corona, con lo que impone algo que no posee; pero a este emperador es otro emperador quien se la impone, y sin sufrir merma por entregársela; antes bien, la suma como ganancia, pues al concederte el honor, obtiene un colaborador para sus res-
183a ponsabilidades. De ahí que Graciano, en vista de su virtud, no haya recelado de su edad, ni haya atendido al hecho de

[10] Graciano tenía a la sazón, en el año 379, veinte años de edad.

[11] Cf. XVI 204a.

[12] Cf. V 66a.

[13] Cf. ZÓSIMO, IV 24, 4, y AMIANO MARCELINO, XXIX 6, 15. Teodosio, como comandante de las tropas establecidas en la Mesia, forzó la pacificación de los sármatas en el 373.

que uno más joven fuera a coronar a alguien mayor[14], sino a que es más bello que el padre que da el ser por naturaleza aquél que resuelve hacerlo por su voluntad. El mérito es para ambos por igual: para uno, por haber proclamado a alguien mayor; para otro, por haber dado pruebas, aun siendo mayor, de albergar el afecto de un hijo.

5 A ambos os pide esta capital (a ti por tener potestad para concederlo, y a él por haberte otorgado esa potestad) la gracia, en primer lugar, de acoger cuanto antes a su protector y de salir a su encuentro a la cabeza de todo el Oriente; b
en segundo lugar, que se le ratifiquen los privilegios que decretaron tus antepasados (y no llamo antepasados tuyos, sin más, a todos los emperadores que te precedieron, sino a los que son celebrados por su mansedumbre y su humanidad, de quienes te revelas como legítimo heredero); y en tercer lugar, que aumenten los honores al Senado, con lo que suplica una gracia más digna de un príncipe que ninguna otra, pues es el único tesoro que no mengua cuando se dispone de él, y no necesita de tributos: cuanto más generosos seáis en este c
gasto, tanto más provechoso os puede resultar. Los monarcas que os precedieron nos donaron un sinnúmero de columnas y de estatuas, así como abundacia de agua[15]. Tú, sin embargo, consolida nuestro Senado con distinciones y honores, alivia esta carencia que nos aflige no menos que antaño la de fuentes. A los que has designado padres conscriptos hazlos dignos de esta denominación. En nada ibas a resultar inferior a Constantino, sea cual sea tu lugar de residencia, si engrandecieras la ciudad con honores en mayor d
medida que Constantino lo hizo con edificios. Incluso a la

[14] Teodosio, nacido el 11 de enero del 347, tenía treinta y dos años, doce más que Graciano.

[15] Cf. XI 151c.

excelsa Roma le llegaron hace poco, como quien dice, los teatros, las ágoras y los gimnasios; pero las magistraturas, el ejercicio del poder y el reparto del gobierno de las provincias hunden sus raíces desde el principio en la fundación de la ciudad. Actualmente nos ufanamos de la grandeza de las estatuas, pero no sentimos el orgullo de que se honre a nuestros hombres[16]; en cambio, si tú, divina cabeza»[17], concedieras al Magno Consejo[18] semejante galardón por tu victo-
184a ria, tu ciudad sería en verdad una segunda Roma, si es que verdaderamente son los hombres quienes constituyen la ciudad. Mientras tanto, ostentamos este título sin demasiada propiedad.

---

[16] Apunta Maisano que tras este comentario se esconde una crítica a la política de postergación de Constantinopla que practicaba Valente desde la derrota de Procopio.

[17] PLATÓN, *Fedro* 234d.

[18] El Senado.

XV

A TEODOSIO, DE CUÁL ES LA MÁS REGIA DE LAS VIRTUDES

INTRODUCCIÓN

Durante los dos primeros años de su reinado Teodosio se dedica plenamente a la campaña contra los godos, hasta el punto de que ni siquiera regresa a la capital en el invierno, sino que permanece en Tesalónica con el ejército. Su retorno a Constantinopla no tiene lugar hasta el 24 de noviembre del 380, donde permanecerá hasta mediados del año siguiente. Dado que en un pasaje del discurso se alude a la inexistencia de penas capitales hasta el tercer año del reinado (XV 190b), los términos entre los que cabe fijar su datación son el 19 de enero del 381, el *dies imperii,* y el verano del 381. Aunque sea difícil alcanzar una mayor precisión al respecto, todo parece indicar el acierto de Scholze[1] al proponer el *dies imperii* como fecha de su lectura: por un lado, tenemos la seguridad de que fue durante el invierno, ya que así lo indica el comentario de que no era todavía el momento de entrar en campaña (XV 185b-c); por otro, si Atanarico es realmente el godo que había sido invitado a la mesa imperial (XV 190c-d), el hecho de que no se aluda a su muerte, que tiene lugar el 25 de enero en Constantinopla, hace presumir que la datación del discurso ha de ser inmediatamente anterior[2].

[1] H. Scholze, *De temporibus...*, pág. 51.

[2] J. Vanderspoel, *Themistius...*, págs. 199-200.

Al hilo de las circunstancias, con la llegada a la capital de Atanarico, Temistio compone este elogio de la política teodosiana de asimilación de los godos. Sin embargo, se trata de un panegírico carente de la unidad característica de las composiciones del autor. Es evidente la falta de una estructura de conjunto, así como la superposición de temas y motivos ya conocidos por el lector. Para explicar esta anomalía, Bouchery[3] entendió que el discurso constaría de dos partes superpuestas que quizá se pronunciaron en momentos diferentes: una dedicada a la propaganda pacifista y otra centrada en el tema de la resistencia a los godos. Ambos argumentos, en cualquier caso, se compaginan a la perfección con la dualidad que caracteriza en este aspecto a la política teodosiana.

SINOPSIS

1-2. Hesíodo se ocupa de temas más dulces y provechosos que Homero y Tucídides, centrados en asuntos bélicos. Platón y Aristóteles ayudan al orador a componer discursos más regios que los de Hesíodo.

3-4. Antes de que llegue el período de campaña, el príncipe ha de atender también a las letras. Teodosio ha de ocuparse de la política interior y de la exterior: Temis y Enio.

5-6. Los epítetos del príncipe inciden en su misión humanitaria. Con el ejercicio de la humanidad el príncipe se hace semejante a Dios y garantiza la prosperidad del imperio.

7. El príncipe ha de velar por la justicia.

8. La clemencia del príncipe con los condenados y su trato humanitario a los bárbaros. Conmutaciones de la pena capital. La política de asimilación: Atanarico. Los súbditos se benefician de la justicia de su señor y sufren las consecuencias de su iniquidad.

9. Los colaboradores llevan la impronta imperial de la humanidad.

10-11. El ejercicio de la humanidad y la condición divina de Teodosio. Sus apelativos.

12. Protección de los huérfanos y de los hijos de los convictos.

13-14. Imagen del imperio como una nave, y del príncipe como un diestro navegante.

15. El príncipe necesita colaboradores fieles. Con su virtud, no con las armas, retornará a Roma la victoria.

16. Tirteo y los lacedemonios: el estímulo de la filosofía. La unidad del imperio y la colaboración entre los príncipes: Graciano y Teodosio.

[3] H. F. Bouchery, «Contribution...», pág. 200.

A TEODOSIO, DE CUÁL ES LA MÁS REGIA DE LAS VIRTUDES

1 ¿Acaso debe uno presentarse en silencio a la corte por 184b
no ser capaz de igualar al ilustre Homero y al ateniense Tu-
cídides en la narración de las guerras y las batallas de los
hombres? El primero de estos autores ya invita en el proe-
mio a Calíope a cantar la cólera de Aquiles, y pasa después
a contar cuántos males causó esta cólera a los aqueos y
cuántos sufrió por su culpa el ejército griego, diezmado por
los troyanos[1]; el segundo, por su parte, da comienzo a su c
obra en un tono más resuelto y grandioso, y no vacila en
anunciar a sus lectores, a modo de gancho y atractivo, que
va a narrar la guerra entre los peloponesios y los atenienses
por juzgarla la más importante y terrible de todas las habi-
das en el pasado, y reflexiona, acto seguido, cuánto más
grandioso y memorable es el contenido de su tratado que el
de la poesía de Homero[2]. Así es como proceden estos dos
autores. En cambio, Hesíodo de Ascra no tuvo a bien intro-
ducir en su poesía lanzas erizadas, escudos en formación, d
matadores y muertos, y una tierra empapada en sangre, sino

[1] *Ilíada* I 1 ss.

[2] TUCÍDIDES, I 1 ss.

otros temas más llanos, pacíficos y gratos a los hombres: cuál es el tiempo del arado, cuál el de la siembra, cuál el de la poda de las vides, con qué medida cortar el eje y con cuál el mazo[3]. Y cuando los griegos le oían cantar todo esto desde el Helicón, quedaban encantados y pensaban que los consejos de Hesíodo no eran menos provechosos que las matanzas de Homero.

185a **2** Si yo fuera escritor, me inclinaría sin duda por alguno de estos estilos artísticos; pero ya que está en mi mano ofrecer discursos más pacíficos que los de Homero y más regios que los de Hesíodo, ¿por qué va a quedar mi lengua apartada de la corte y no se me va a permitir, como es mi costumbre, recoger flores de los prados de Platón y Aristóteles[4], inmaculadas y a salvo del acero, para trenzarle al emperador coronas de felicidad humana? Y en verdad que este escenario vuestro, al que acudo para entregar mi ofrenda, no es menos amable ni más rudo o inculto que aquel tan grato de
b antaño, sino que lo preside un varón, si la memoria no me engaña,

servidor por igual del dios Enialio
y versado en el amable don de las Musas[5],

y comparecen sentados a su alrededor sus colegas de danza y de fiesta, todos más ilustres por las Musas que por la fuerza de las armas.

3 Así que en tanto no llegue el momento de poner en marcha la falange y de que la tropa se avalance contra los criminales escitas, mientras que el Terror y el Miedo[6] permanezcan ociosos durante el invierno y no sea fácil entretanto c
bailarle la danza a Ares[7], ¡que lleven las Musas su coro ante el príncipe e incorporen al baile a su director Apolo! Pues este dios es a un tiempo arquero y conductor de las Musas, y su aparejo es doble, para la paz y para la guerra, y adecuado para el príncipe en ambos conceptos. El príncipe necesita, en efecto, los dardos para la guerra y la cítara para los súbditos, a fin de poder someterlos con ella a armonía y concordia y prepararlos para el combate, del mismo modo que los entrenadores no sólo animan a los atletas cuando d
están en la arena o cuando boxean y practican el pancracio, sino también cuando disfrutan de su ocio en casa; y más aún, si cabe, en ese momento, pues es en tiempo de ocio cuando los prudentes se preparan para la acción. Los auténticos deportistas, cuando aún no se ha oído el «agudo sonido»[8] de la trompeta que los convoca a Pisa, al Istmo o a Delfos, ya ensayan en las palestras los ejercicios atléticos, la 186a
dieta estricta, la lucha manual y las pesas, y todo ello con ese sudor voluntario que precede al obligado. Pero todo esto no lo soportan por sus hijos, ni por sus mujeres, ni por librar a su patrias de la devastación, sino con la mirada puesta en el olivo, el apio o el pino de las coronas; y no les reporta utilidad ningún otro aprendizaje o disciplina que el que los conduce a la corona y a la proclamación de su victoria. Sin embargo, un varón que rige grandes extensiones de tierra y de mar, y que tiene por súbditos innumerables ciudades y b
pueblos, no sólo ha de preocuparse de cómo expulsar a los bárbaros de todo el territorio que habían asolado y devastado antes de su advenimiento, sino también, en lo que se re-

[3] Hesíodo, *Trabajos y días* 423-25.
[4] Cf. IV 54b.
[5] Arquíloco, frag. 1 Diehl.
[6] *Phóbos* y *Deímos*, hijos de Afrodita y Ares.

[7] La imagen es homérica y alude al combate cuerpo a cuerpo. Cf. *Ilíada* VII 241.
[8] *Ilíada* XVII 89.

fiere al resto del territorio que dejaron intacto e indemne
(que es mucho mayor aún y se extiende desde el Bósforo
hasta el Tigris), de cómo gobernarlo, guardarlo y preser-
varlo hasta el final no ya de los males que proceden del ex-
c terior, sino de los que vienen de dentro. De la misma mane-
ra, los pastores y los vaqueros han de procurarse perros y
garrochas para las alimañas, pero no menos, si es que inclu-
so no más, saludable pasto y preciados manantiales, así co-
mo atender al ordeño oportuno y a la oportuna esquila, pues
la negligencia en estos asuntos y el descuido de los deberes
es mucho más dañino para vacas y ovejas que los lobos. Pa-
ra poner en fuga a los lobos depredadores bastan, en efecto,
d perros y guardianes; pero del pastor negligente e irrespon-
sable las reses no pueden escaparse ni defenderse. Con todo,
no se parecen en nada la responsabilidad de un pastor de
ovejas y la de un «pastor de hombres»[9], pues ese arte con-
sagrado al gobierno de los hombres[10] que debe denominarse
«regio» y «político» vela por una criatura más sutil y com-
187a pleja que los animales. Y es que los animales carecen entre
ellos de juicios, de leyes y de acusaciones, y no necesitan
tribunales ni sentencias; los hombres, en cambio, tienen dis-
putas más frecuentes con los suyos que con sus enemigos.
De ahí que al que va a ocupar legalmente el gobierno le
convenga mantenerse atento en ambas direcciones y no de-
dicar una vigilancia menor a las alimañas de intramuros,
que son más numerosas, insidiosas y difíciles de vencer que
las de fuera. La ley en efecto, que ocupa junto a la realeza
b asiento de honor y ha descendido con ella desde el cielo pa-
ra salvación de los hombres, tiene competencia sobre los
súbditos en el interior y dentro de los límites del imperio, y

[9] Según el epíteto homérico tradicional. Cf. *Ilíada* II 105, etc.

[10] PLATÓN, *Político* 266e.

la justicia y la legalidad colaboran con el príncipe ante és-
tos, no ante los enemigos externos.

4 Me parece que el divino Homero, aunque más proclive
a Ares, también se percata como nosotros de que el rey, en
tanto que rey, ha de hacer suya a Temis más que a Enio[11], y
que es aquella función la que le corresponde y por la que re-
cibe de los hombres el título de rey, en tanto que esta otra
no le resulta deseable, sino inevitable. Al alabar a Agame- c
nón afirma, en efecto, que es célebre en ambos conceptos,
como buen rey y como fuerte lancero[12], con lo que da la
impresión de estar distinguiendo entre el arte de reinar y el
de hacer la guerra, y de no incluir en la noción de «buen
rey» la de «fuerte lancero», pues el «ambos» no se entiende
bien si son cosas diferentes el buen gobierno y la destreza
con la lanza. Ambas, de hecho, no se identifican, pues al d
monarca le corresponde mandar sobre los hoplitas, los ca-
balleros, los generales y los oficiales, y sólo circunstancial-
mente luchar con destreza a pie y a caballo y arrojar con
acierto flechas y lanzas, como es tu caso y el de quien te
apadrina[13], grandes jinetes los dos y certeros lanzadores:

ambos sois lanceros; esto lo podemos ver todos[14].

Sin duda, lo sois sobradamente.

5 Sin embargo, la función propia de un rey en cuanto rey 188a
la entendía Homero, según se ve, de otra manera. Tan pronto
como alaba a alguno de los generales, le asigna una especie
de distirtivo en virtud de sus armas, de su grito de guerra o

[11] Temis es la Titánide encarnación de la Justicia. Para Enio, la diosa guerrera, cf. VIII 105d y nota.

[12] *Ilíada* III 179. Citado en *Disc.* XIII 176c.

[13] Graciano.

[14] *Ilíada* VII 281.

de su cuerpo: a Héctor, «de tremolante casco», a Diomedes, «poderoso en su grito», a Aquiles, «ligero de pies», y a Áyax, por ser de enorme envergadura, «descomunal baluar-
b te de los aqueos». Para ensalzar a un general, le basta su destreza como jinete, o bien su diligencia y entereza, pues Odiseo y Néstor reciben su epíteto por prendas de este tipo. Sin embargo, cuando es por su condición de rey por lo que, lleno de admiración, alaba y menciona a alguien en el poema, no se acuerda de su casco, ni de su lanza, ni de su velocidad, sino de su condición de «retoño de Zeus», de «criatura de Zeus» y de que es «a Zeus comparable en su prudencia». Luego es en esto en lo que consiste su tarea de un rey, en hacerse igual a Zeus, ya que es su servidor e intérprete y se le ha encomendado una parte no desdeñable de su dominio:
c la «grey humana»[15].

Y también tú, amigo, pues te veo bastante bello y robusto...,

y no voy a omitir lo de

sé valiente[16],

pues no ofrecen duda las pruebas con las que has dado ya muestra de ello. Graciano te asignó directamente la corona imperial cuando cumplías labores de oficial y general. Pero has de saber, noble señor, que ni la belleza, ni la corpulencia, ni la rapidez, ni el vigor hacen de alguien un buen prín-
d cipe si no lleva en su alma un reflejo de su semejanza con Dios. De ahí que indaguemos por nuestra cuenta e invitemos al poeta a que nos enseñe cómo reconocer en alguien que camina sobre la tierra y que está revestido de carne que

[15] Platón, *Político* 275a.

[16] *Odisea* I 301. Atenea exhorta a Telémaco a enfrentarse con los pretendientes. Ambas virtudes adornan también a Teodosio.

posee un reflejo del que habita «por encima de la bóveda celeste»[17] y de todo lo que es. Oigámoslo entonces, ya que nos resume en sólo unos versos su método para identificar al rey que es semejante a Dios:

A manera —dice— *de un rey irreprochable que, piadoso ,* 189a
es garante de la justicia: produce la negra tierra
trigo y cebada, se inclinan los árboles con su fruto,
paren robustas las reses todas, y el mar ofrece peces
por el buen gobierno, y la gente prospera bajo su mandato[18].

Son, por lo tanto, la justicia y el derecho el cometido de esta arte regia, y de ahí derivan los calificativos de «similar a Dios» y «semejante a Dios»[19].

6 Puede que el divino Platón se nutra en este punto de Homero, pues también él afirma que la justicia unida a la prudencia es semejanza con Dios[20]. ¡Y cuántos bienes dice b
Calíope que acompañan a quien es garante e instaurador de esta justicia! Tiene lozanas las mieses, lozanos los árboles y las vides; nacen en abundancia animales y hombres, todos robustos y sanos; y no sólo le obsequia la tierra con sus frutos, sino también el mar con sus peces. ¡Cuánto es el poder de la justicia, cuyo provecho alcanza no sólo a magistrados y tribunales, sino también a los animales, las plantas[21], las simientes y las crías! ¡Dichoso aquel en quien habita esta c
justicia e iguala en poder a Zeus gobernando no sólo a los hombres, sino incluso a los elementos, hasta el punto de ha-

[17] Platón, *Fedro* 247b.

[18] *Odisea* XIX 109-14. Cf. Platón, *República* 363b ss.

[19] *Ilíada* I 131. Cf. Platón, *República* 501b.

[20] Platón, *Teeteto* 176b; *República* 362e, 363b ss.

[21] *Ibidem* 532b.

cerlos más fructíferos, fecundos y harto más beneficiosos
para los seres humanos!

7 Retengamos, amado príncipe, con fuerza a esta diosa,
¡por el mismísimo Zeus!, para que nada interrumpa este
suministro de bienes. No permitamos que aborrezca lo hu-
mano y remonte el vuelo hacia el cielo. Que ame este lugar
y que, inmaculada, se siente a tu lado, en tu inmaculado tro-
d no, administrando contigo los asuntos humanos. Para guar-
darla no tienes necesidad de hoplitas, ni tampoco, ¡por
Zeus!, de honderos, ni de arqueros, ni de escuadrones de
armenios ni de iberos, ni de escuderos, ni de escoltas: tú
solo te bastas[22], ya que sólo tu ánimo tiene competencia en
esta tarea. Ninguna excusa le vale al príncipe que se des-
preocupa de la justicia, ni la cobardía de los soldados, ni la
190a negligencia de los generales. Hasta tal punto te compete a ti
solo esta tarea que, cuando te sientas en el trono, tienes en
tu mano velar por la justicia con pocas palabras y sencillos
ademanes, y sostener con esta vigilancia, para bien de todos,
el imperio. Repara, sapientísimo príncipe, en que no acudo
en este día para adularte y lisonjearte, pues faltaría al decoro
en un hombre de mi edad, que ha tratado ya a tantos empe-
radores jóvenes y ancianos, insinuarse con lisonjas al que
b sabe más bondadoso, paciente y manso que ninguno; y
cuando menos arriesgada es la franqueza, optar justo enton-
ces por un tono ladino y servil: a un potro de raza conviene
domarlo si es irritable, pero en cambio, hace el ridículo
quien se empeña en acariciar, sin sacar provecho de su no-
bleza, al que es desde siempre de natural manso.

8 Éste es ya el tercer año sin que tu cálamo se haya po-
sado en una sentencia de muerte: a menudo llega el negro
guijarro de manos de la ley, pero siempre sale blanqueado

[22] *Ibidem* 387d.

de palacio[23]. Aunque de todos los emperadores eres el que
más se ajusta a la ley, sabes cuánto más propio de un prínci-
pe es quebrantar la ley que ratificarla. Nadie acude a la corte c
con el corazón palpitante, con rechinar de dientes o pálido
de terror[24], sino con ánimo confiado y renovado, como al
asilo de un templo. ¡Tan benévolo es tu semblante y tan se-
rena tu voz y tanta la calma que inunda todo tu rostro! Na-
die que dirija su mirada hacia ti se queda sin arrojar todo
temor de su alma: incluso aquel enemigo tuyo que hasta
ahora veía con sospecha los acuerdos de paz y que para na-
da se atrevía, desconfiado, a compatir tu mesa sin reparos[25],
ahora acude desarmado y sin su acero y se pone a tu dispo- d
sición, seguro de que no vas a darle trato de enemigo, sino
como Alejandro al indio Poro, Artajerjes al ateniense Te-
místocles y los romanos al libio Masinisa[26]. En definitiva, a
quienes no habíamos vencido por las armas nos los gana-
mos espontáneamente por la confianza que les inspiras, y al
igual que el imán atrae sin más los objetos de hierro, tú te
has atraído sin lucha al caudillo geta; y de este modo, acude
a ti voluntariamente, en calidad de suplicante ante la ciudad 191a
reina, el antaño altivo y soberbio a cuyo padre había aplaca-
do el muy grande Constantino con la estatua que todavía
hoy se alza detrás del Senado. La buena fama es más eficaz
para un príncipe que la abundancia de escudos, y somete de
buen grado a quienes no se inmutan ante la coacción: una
estrategia inteligente no es tan capaz de vencer a una tropa

[23] En este y en otros pasajes de discursos posteriores el guijarro negro empleado en las condenas a la pena capital va a emplearse simbólicamente como contrapunto de la clemencia del monarca humanitario, inclinado siempre a cambiarlo por el de color blanco.

[24] *Ilíada* X 376, XV 4.

[25] Atanarico. Cf. Amiano Marcelino, XXVII 5, 10; Zósimo, IV 56, 1.

[26] Cf., respectivamente, VII 88d, VI 71d, y VII 95a.

numerosa como lo son la piedad y la humanidad, que no sólo la vencen, sino que además la salvan[27]:

b *Recuerdo yo esta hazaña de hace tiempo, en modo alguno [reciente*[28].

Antonino, emperador de los romanos, cuyo sobrenombre era precisamente el de «Pío», en una ocasión en que su ejército andaba afligido por la sed, alzó las manos al cielo y dijo: «con esta mano con la que no he quitado la vida te imploro y te suplico a ti, el que da la vida». Y tanto conmovió a Dios con su plegaria que acudieron del cielo nubes cargadas de agua para sus soldados[29]. Yo mismo he podido ver
c en una pintura la representación de este momento: el emperador implorante en medio de la tropa y los soldados colocando sus cascos bajo la lluvia para llenarlos del manantial que Dios les envía. ¡Hasta tal punto beneficia a los súbditos la justicia de su señor! Igual que, por otro lado, cuando no es grato a Dios ni le son gratas sus obras, el castigo correspondiente no empieza por su propia persona, sino por los súbditos:

Por nueve días se abatieron sobre el ejército los dardos del [dios[30];

y eso que este ejército no compartió con Agamenón la cólera contra Crises, sino que por el contrario

[27] Eurípides, *Antíope*, frag. 200 Nauck. Citado en XVI 201d.
[28] *Ilíada* IX 527.
[29] El protagonista de esta acción fue Marco Aurelio y no Antonino Pío. Cf. Casio Dión, LXXI 8, 3.
[30] *Ilíada* I 53

clamaron todos
que respetara al sacerdote y aceptara el espléndido rescate[31]. d

E incluso si el ejército hubiera sido cómplice por haberlo consentido, ¿por qué se dirigió la flecha en un primer momento contra los mulos y los perros, que eran inocentes?[32]. Pues porque Homero parece querer enseñarnos que las culpas de los particulares recaen sobre los propios culpables, mientras que de la insensatez de los reyes responsabiliza
también a los súbditos. Según eso, como luz que mana in- 192a
maculada de inmaculado fanal, los beneficios de tu sensatez iluminan a todos sin excepción, a los de lejos y a los de cerca, y con mayor fulgor a los que están a tu lado.

9 En definitiva, ni este coro que te rodea ni sus corifeos son intratables, adustos o, sin más, poco amigables, como las serpientes, de las que se dice que, después de devorar en sus guaridas hierbas ponzoñosas, buscan a quien inocularle su preparado mortal[33]. En todos ellos, como en monedas, va
acuñada tu imagen y resplandece tu impronta por su inclina- b
ción hacia el bien, de lo que se desprende que cada hombre imita en lo posible a su señor del mismo modo que su propio señor imita a Dios. Parece que cuando Pitágoras de Samos afirmaba que los hombres son una imagen de Dios[34], lo decía tan sólo en el sentido de que practican el bien, algo a lo que tu alma tiende por su propia naturaleza y por su voluntad: antes se cansaría uno de pedir que tú de conceder y asentir. Pero el oro sabes regalárselo a tus súbitos y condo-
nárselo a tus deudores, y te place también liquidar las deu- c

[31] *Ilíada* I 22-23.
[32] *Ilíada* I 50.
[33] *Ilíada* XXII 93 ss.
[34] La cita no aparece recogida en las ediciones de los fragmentos de Pitágoras.

das de bronce, hierro, caballos y vestidos. Sólo cuando se te adeudan discursos eres reacio a cualquier condonación o aplazamiento. Únicamente en esta clase de tributos te muestras de hecho inflexible e implacable, y no delegas el cobro en magistrado o militar alguno, sino que ejerces tú mismo de administrador, tú mismo de cobrador de estos débitos, tú
d mismo de tesorero; y no encomiendas a otros la custodia de los ingresos, sino que los registras y atesoras en tu propia alma. Y por ello te consume un afán incontenible e insaciable por hacer el bien, pues la labor benefactora de la que colmas todos los días y todas las horas de tu reinado da motivo para encomios francos y libres de adulación. Por lo tanto, si se contara a cuántos les has levantado el destierro, a cuántos indultado la pena de muerte, a cuántos restituido la casa de sus padres y a cuántos auxiliado de los que habían sido arruinados por el fisco, el montante no sería inferior al del número de días que llevas reinando.

193a **10** Empeñado en superar la hermosa frase, digna de un príncipe, del emperador Tito, no sólo te esfuerzas en no dejar de reinar un solo día por faltarle una buena acción, sino ni siquiera una hora[35]. Y eso sin entrar en que tampoco las noches de tu reinado son oscuras y sombrías, pues en ellas puede uno conciliar el sueño libre de temores y cuidados. Luego si, como Tito, eres de la opinión de que reinas en la medida en que haces buenas obras, es posible que te falte poco para superar en duración a Augusto.

b **11** Yo, desde luego, no le concedo menos valor a esta cifra que a los trofeos de Alejandro, pues a aquél le disputaban el mérito Antípatro y Parmenión, así como su guardia

[35] Cf. VI 80a y nota.

personal y los agrianes[36], mientras que tú eres el único autor y dueño de esta victoria. Construyendo sobre ella y engrandeciéndola subirás a lo alto, sirviéndote como peldaños de tus buenas obras, hasta acercarte al palacio de Zeus. Éstos son, en verdad, los únicos escalones que llevan al cielo, y no c
el Osa ni el Olimpo ni el Pelión, esperanzas y proyectos perversos de hombres perversos[37]. Sólo tiene acceso al cielo quien realiza este ascenso beneficiando a los hombres. Y es más adecuado que la Pitia exprese sus dudas sobre éste:

no sé si declarte dios u hombre[38],

que sobre el espartano Licurgo, ya que Licurgo, aunque Lacedemonia es tremendamente escabrosa[39], la constituyó, sin embargo, en una sola ciudad, llevándola de la vida desordenada al buen gobierno; pero las ciudades que te guardan a ti d
obediencia son más numerosas que los habitantes de Esparta, y si las colmas de felicidad, no vamos a imponerte este dorado título, el de divinidad, para adularte o embaucarte, sino con toda sinceridad y sin ánimo lisonjero. Los dioses, en efecto, son dispensadores de bienes, y al compartir con ellos esta tarea, pasarás a incorporarte a su nómina. De aquí han de proceder todos tus apelativos: «Salvador», «Protec- 194a
tor de la Ciudad», «Hospitalario», «Protector de Suplicantes», nombres más elevados que «Germánico» y «Sarmático». Estos otros apelativos también te llegarán dentro de

[36] Habitantes de la Tracia que participaron con un contingente de mil hombres en la expedición de Alejandro. Para Parmenión, cf. X 130b. Tanto éste como Antípatro son generales macedonios.

[37] Los Alóadas, para cuyo significado en los discursos de Temistio, cf. II 36b y nota. Cf. *etiam* VI 76a.

[38] Cf. VII 97b y especialmente XIX 225d (con cita del oráculo y fuentes).

[39] *Ilíada* II 582, *Odisea* IV 1.

poco, pero vendrán de la mano del Terror y de Enio, démones terrenos que habitan sobre la tierra porque así lo exige la maldad de los hombres. Pero en el cielo no habitan ni el Terror, ni Enio, ni el Tumulto, ni las Keres[40], pues este coro queda lejos del lugar en que se hallan las fuentes de la vida
b y las fuentes de la felicidad. Y tampoco están colocadas en el suelo del palacio de Zeus las dos conocidas tinajas[41], llenas ambas de suertes, la una, de suertes buenas, y la otra, de suertes malas, pues en el cielo no hay depósito de males: somos nosotros los que llenamos y vaciamos esta segunda tinaja. ¡A ver si alguien puede mostrar una tinaja de gemidos y de lágrimas en lo que toca a la voluntad del príncipe! Porque yo sí podría enseñar muchas tinajas enormes y rebosantes de vida, de dicha, de riqueza, de mansedumbre y de justicia. Y aunque toma y escancia de ellas desde que se vistió la púrpura, no cesa de verter y derramar su contenido
c sobre sus súbitos. No posee, sin embargo, tinaja de sangre, de miedo y de horror, sino que ésta permanece oculta bajo tierra, cubierta de moho y con la tapa ajustada y sellada. Y tampoco se ha quedado atrapada en ella la esperanza mientras que los males se han desparramado sobre los hombres; son éstos, por el contrario, los que, una vez encerrados, han quedado sellados con cadenas indisolubles y de acero, y la esperanza de bienes ha sido la única en remontar el vuelo, por lo que todo está lleno de ella[42].

d **12** La palabra «orfandad» ha desaparecido y nadie carece hoy de padre: incluso los niños a los que un destino infeliz les ha tejido esta desgracia han encontrado un príncipe a

[40] Las Keres suelen desempeñar en la *Ilíada* el papel del destino que se lleva a los héroes en el momento de la muerte. Para Enio, cf. VIII 105d.

[41] Cf. VI 79c y nota.

[42] Temistio reinterpreta de este modo el mito de la caja de Pandora. Cf. Hesíodo, *Trabajos y Días* 94 ss.

cambio de un padre. Consientes que los hijos hereden en todo a sus padres, salvo en lo que respecta a las querellas: éstas se extinguen con los que han delinquido y no sobreviven a los infractores, y en modo alguno exiges a los reos que cumplan penas por delitos que son anteriores a ellos.

13 Navegamos en una nave comandada por dos pilotos que se enfrentan a una tempestad repentina, cuando unas olas 195a
ya han roto y otras no se levantan ni encrespan del mismo modo[43]. Ambos «han subido» con gran acierto del fondo de la nave «a la cubierta»[44], para divisar desde allí la totalidad del mar: dónde se encrespa el oleaje y dónde comienza a amainar. Acto seguido, sujetan el timón mientras examinan y otean los alrededores, pues no recibieron el mando de la nave cuando se hallaba fondeada tranquilamente en puerto, ni mientras navegaba con «un suave viento que hincha las velas»[45], sino cuando la tempestad se levantaba por todas partes, el mar hervía por un lado y por otro, y los costados de la nave estaban ya fatigados. Sin duda, necesitan un grado de pericia y resistencia mayor que el de Antíoco y Aristón[46], pues ved cuán grande es la nave que pilotan, cuán b
numerosos los que navegan en esa nave y cuán tremendos los huracanes que amenazan con abatirse sobre la embarcación. No hay un momento para el sueño ni para la relajación, ni para la canción, ni para las crateras, pues todo esto es solaz y placer propios de la bonanza, cuando no hay peligro en que el piloto se confíe o en que los marineros suelten los remos (ni siquiera al cocinero ni al remero más vil le re-

[43] Graciano ya ha vencido en el Rin y Teodosio anda ocupado en el frente oriental.

[44] *Odisea* XII 229.

[45] *Ibidem* XII 7.

[46] Antíoco y Aristón son célebres marinos citados recordados respectivamente por Jenofonte, *Helénicas* I 5, 11 ss., y Tucídides, VII 39, 2.

sulta difícil coger el timón en ese momento, ya que la plena
c bonanza no exige una técnica depurada). Pero cuando

soplan a un tiempo el Euro, el Noto y el Céfiro desabrido[47],

justo en ese momento «no está al alcance de todos la travesía a Corinto»[48], sino al del más experto y atento piloto, a quien obedezcan los remeros y obedezca el oficial de proa, a cuyas órdenes se someta también quien tenga la popa a su cargo, y que tenga las drizas, las jarcias y las escotas correcta y sabiamente separadas para tenerlas a mano en caso de inminente necesidad y ante las acometidas de los vientos.

d **14** Como puede verse, la virtud del gobernante es en una ciudad lo que en una nave el arte de navegar. Y es necesario que obedezca de buen grado o, en su caso, obligarla contra su voluntad a que no se desentienda por más tiempo del cuidado de los asuntos públicos. De hecho, la virtud que se ve arrastrada a los asuntos públicos florece y se cultiva mucho más, pues «se cultiva siempre lo que se honra, y se descuida lo que no se honra»[49]. Se demuestra así la sabiduría de ese dicho de que «el pueblo se hace virtuoso bajo los buenos reyes»[50], pues incluso el vulgo se apresura a buscar
196a lo que es objeto de honores. Pero no sólo el honor alimenta la virtud, sino también la solicitud, la asiduidad y la perse-

[47] *Odisea* V 295, con una leve variación: *syn-pneúse,* «soplan a un tiempo», en vez del homérico *syn-épese*, «se abaten a un tiempo».

[48] Se trata del célebre dicho que alude a las elevadas tarifas de una conocida prostituta corintia, contemporánea de Demóstenes, cuyos servicios no estaban al alcance de todos. Cf. ESTRABÓN, VIII 378; AULO GELIO, I 7, 8. En Corinto se rendía culto a Afrodita Porné y, de hecho, la prostitución sagrada parece haberse mantenido hasta la destrucción de la ciudad en el 146 a. C.

[49] PLATÓN, *República* 551a. Cf. IV 54d, XVI 204a.

[50] *Odisea* XIX 114.

verancia en la tarea que se emprende. Si la virtud, en cambio, se marchara nada más subir a la tribuna, brillando sólo un instante y exhibiendo una belleza efímera y agraz, no podría incitar a muchos a seguirla. Ésta, por lo tanto, ha de asemejarse más a un corredor de fondo que a un velocista, y no detenerse nada más cruzar por primera vez la meta, sino darle más vueltas al estadio, pues así podrá hacer mayor
demostración de su poder y su brillo. También podemos ver b
que los aurigas se toman su tiempo para conocer a sus caballos y determinar la tarea que han de asignarle a cada uno de ellos.

15 Un hombre que lleva las riendas de ciudades y pueblos necesita más experiencia que sus súbditos, o habrá de cambiar a menudo de frenos y de riendas, y en vez de mirar hacia delante, centrará su atención en quienes lo vienen persiguiendo, pendiente de que no se le echen encima y lo arrojen del carro al que va subido. Falto de tiempo, no podrá
hacerse con un oficio que sabe que requiere tiempo, y no c
juzgará con clemencia ni recaudará con benevolencia, pues las prisas y el temor a quienes lo persiguen no se avienen en nada con la clemencia. Todo lo que emprenden quienes así gobiernan queda, pues, truncado e inacabado: tan inmaduro, en definitiva, como ellos. Vosotros necesitáis, más que caballos y arreos sometidos a pruebas tan minuciosas, hombres que estén bajo el amparo de los dioses. Dios, en efecto, no necesita ojos u oídos, ni una mente ligada a un cuerpo,
sino que está en todas partes, completamente libre y sin d
obstáculos para el gobierno del mundo del que es Rey; de ahí que le resulte tan fácil llevar con justicia los asuntos de los mortales «por vía silenciosa»[51]. En cambio, un hombre que gobierna y comparte el gobierno de casi toda la tie-

[51] EURÍPIDES, *Troyanas* 887.

rra y el mar tiene necesidad de muchos oídos y de muchos ojos. De otro modo quedaría fuera de su alcance la inmensi-
197a dad del imperio. [***][52]. Es imprescindible, por lo tanto, que estén sanos sus ojos, lo que en tu caso quiere decir que has de tener sanos tus oídos y tus ojos. Y fortificados ambos de este modo, dirigiéndoos por igual hacia Oriente y hacia Occidente, llenos de prudencia y rivalizando con sana rivalidad, devolveréis sin demasiado esfuerzo el poder de Roma a su situación anterior, y restañaréis las heridas sufridas antes de vuestro gobierno, avanzando por ambos lados y arrancando cualquier residuo de aquella raza innombrable e im-
b pía que se hubiera quedado desgajado del resto. Hay que tener buen ánimo, pues los bárbaros aún no han derrotado a los romanos, sino que el orden se ha revelado superior al desorden, la disciplina a la confusión, el valor al estupor y la obediencia a la rebeldía. Éstas son de hecho las armas con las que unos hombres vencen a otros hombres. Los escudos tachonados de oro y de plata, las piedras refulgentes y el caballo revestido de hierro no son, por lo tanto, armas, sino trofeos de los que saben cómo alcanzar la victoria:

Y el oro se llevó valeroso Aquiles[53].

c Pero no ha de sorprender que las armas de la virtud sean más poderosas y fiables que las que realizan los fabricantes de escudos y los broncistas. Habéis de procurar que regresen al ejército el orden, el coraje y la obediencia, y con su regreso también volverá de inmediato la victoria, pues la virtud y la victoria son hermanas, militan juntas, comparten tienda en los campamentos y es raro que alguna vez anden por separado.

52 El texto presenta una pequeña laguna.
53 *Ilíada* II 875.

16 A los antiguos lacedemonios, cuando andaban apurados en la guerra con los mesenios, el dios[54] les ordenó que solicitaran una alianza con Atenas. Sin embargo, a los laco- d
nios que acudieron en embajada para solicitar la alianza ordenada por el dios Pitio los atenienses no les entregaron hoplitas ni caballeros, ni siquiera, ¡por Zeus!, tropas ligeras, sino al poeta Tirteo[55]. Y es que los atenienses, como sabios que eran, tenían claro que los lacedemonios no eran inferiores físicamente a los mesenios, y que la audacia y el entusiasmo los harían superiores, tanto en igualdad de efectivos como en inferioridad numérica, como es el caso de aquellos célebres lacones que, aun siendo cuatrocientos, no se rindieron ante incontables miríadas de bárbaros[56], como tampoco 198a
Lúculo a Tigrano, ni Pompeyo a Mitrídates, ni César a los galos ni a los sármatas al frente de la caballería. Y para reponerlos de su temor, levantarle los ánimos y devolverles su orgullo de antaño, se bastaba Tirteo, aunque más aún se basta la filosofía:

Ya antes, por cierto, a otros reyes
a menudo me dirigí, y ellos jamás me despreciaron[57].

Precisamente me dirigí a quien te apadrina[58]. Y el joven me b
pareció sumamente admirable en todos los aspectos, pero sobre todo a la hora de juzgar a su igual, pues no sitúa el

54 Apolo.
55 La leyenda del origen ateniense del poeta Tirteo intenta explicar la existencia de un poeta de su altura en la belicosa ciudad de Esparta.
56 Los espartanos que protagonizaron la hazaña de las Termópilas bajo el mando de Leónidas (480 a. C.)
57 *Ilíada* I 260-61. Las palabras (que originalmente se refieren a «otros nobles») pertenecen a Néstor, que simboliza en este caso a la filosofía.
58 Graciano.

parentesco en la filiación de la sangre, sino en el carácter sincero. De ahí que si ya en la belleza del cuerpo no erais diferentes, en la belleza del alma podría decir que me he topado con el mismo príncipe en el Rin y en el Tigris. Sois ambos los que os extendéis desde el Océano hasta el Tigris y desde Occidente hasta Oriente como un solo cuerno de Amaltea[59]. Una sola alma y una sola mente en una biga de emperadores a la que se va a unir el caballo de refresco[60],
c dadores de vida y dadores de felicidad, rivales que compiten en humanidad. Se impone, nobles príncipes, «limpiarse las legañas»[61] que, cuando dispensáis vuestras atenciones, forman todavía un poso reacio a desaparecer. Esto lo digo trayendo a colación a Tirteo y, en un tono más elevado que Tirteo, a Homero:

¡Ay! ¡Gran prodigio este que veo con mis ojos,
terrible, que yo mismo negaba que fuera a cumplirse:
los troyanos marchan contra nuestras naves, los mismos que
[antes
fugitivas ciervas parecían![62]

d

Y también:

¡Atrida!, tú, con tu voluntad inalterable de antes
dirige a los argivos en las duras refriegas[63].

[59] El cuerno de la abundancia, que Zeus regaló a su nodriza Amaltea con la promesa de que lo llenaría milagrosamente de todos los frutos que deseara.

[60] Valentiniano II.

[61] El dicho lo cita Aristóteles, *Retórica* 1411a15 ss.

[62] *Ilíada* IX 99-103.

[63] *Ilíada* II 344-45.

Arenga con Homero a tus soldados:

Que cada cual afile bien su lanza, que se ajuste bien el es-
[cudo[64],

pero con la ayuda de la filosofía: que no deje de aguzar bien 199a
su lanza, pero que aguce el ánimo antes que la lanza; que no deje de ajustarse bien el escudo, pero que se ajuste el coraje antes que el escudo. Con estos consejos y recomendaciones

echarás de aquí a los perros por las Keres traídos,
que las Keres traen[65],

y los llevarán hasta el Istro

para que cualquiera de los hombres venideros tiemble
ante la idea de hacerle mal a un huésped que le brinde su b
[amistad[66].

[64] *Ilíada* II 382.

[65] *Ilíada* VII 527.

[66] *Ilíada* III 353-54.

XVI

AGRADECIMIENTO AL EMPERADOR POR LA PAZ Y POR EL CONSULADO DEL GENERAL SATURNINO

INTRODUCCIÓN

El *Discurso* XVI es la respuesta de Temistio a la firma del tratado de paz con los godos el día tres de octubre del 382, un *foedus* que suponía el reconocimiento por vez primera de un estado germánico dentro del territorio imperial. El protagonista de las negociaciones fue el general Saturnino, cuyas gestiones merecieron su designación para el consulado en el año 383. La datación exacta de esta *gratiarum actio* por el consulado del general y por el triunfo sobre los godos es, por lo tanto, el día uno de enero de este mismo año. Reviste un enorme interés el hecho de que Temistio reconozca que con este homenaje salda una antigua deuda con un gran amigo, el general, que, según se ha sugerido, podría haber sido quien lo presentó en la corte de Constancio (XVI 199c-200c)[1]. El panegírico fue pronunciado en el Senado en presencia de los propios protagonistas (Teodosio y Saturnino), del general Flavio Ricomeres, a quien también se menciona, del prefecto del pretorio Postumiano, del *magister*

[1] Cf. introducción general, cap. 1.

officiorum Paladio, del *comes sacrarum largitionum* Cinegio y de algunos cuestores (XVI 201b)[2].

El discurso es una clara exposición de los postulados de la política asimiladora del emperador, que Temistio interpreta a través del elaborado concepto de la «humanidad» del príncipe. Y en este sentido, es evidente la afinidad existente entre la filosofía política del orador y la praxis del monarca. Por otro lado, no deja de ser significativo el protagonismo que cobra la figura del general Saturnino, algo bastante inusual en el ya de por sí «heterodoxo» panegírico temistiano. El orador lo presenta en todo momento como el brazo ejecutor de la política de incorporación de los godos a la romanidad, algo que, por otro lado, ya cuenta, desde su perspectiva, con importantes precedentes en el pasado.

SINOPSIS

1. La paz ha devuelto al orador la alegría de la juventud.
2. Temistio quiere saldar con este discurso su deuda con Saturnino.
3. El escenario del discurso: el Senado, el auditorio, las autoridades. A través de Temistio comparece la filosofía.
4. El príncipe actúa como testigo del mensaje de la filosofía. Sólo a ésta y a la realeza les está permitido resarcir la virtud.

5-7. El honor del nombramiento de Saturnino. El puesto estaba reservado para el príncipe. El monarca, con su proceder, hace que el honor revierta sobre sí mismo.

8-9. Ventajas de la virtud sobre el vínculo familiar. Ejemplos de monarcas del pasado.

[2] H. Scholze, *De temporibus...*, págs. 53-54; J. Vanderspoel, *Themistius...*, pág. 205.

10. El presente consulado aumenta su valor por coincidir con una efeméride.
11. La carrera de Saturnino, por su carácter progresivo, es ajena a la envidia.

12-13. Transición al análisis de la paz. La llegada providencial de Teodosio. Superioridad de la persuasión sobre la violencia.

14. Defensa de la política pacifista: Temistio sustituye la guerra por el perdón.

15-17. La derrota por la persuasión. Saturnino como el «Orfeo» que tañe las melodías del príncipe. Corbulón y Tiridates.

18-20. Ventajas de la paz y de la política de asimilación. La romanización: los gálatas y los libios.

21-22. Elogio final de Teodosio como paradigma de humanidad. Ruego por Arcadio.

AGRADECIMIENTO AL EMPERADOR POR LA PAZ Y POR EL CONSULADO DEL GENERAL SATURNINO

1 Me he planteado a menudo que, ya que mi cuerpo está 199c
fatigado y que la vejez va ganando terreno, es hora de guardar la tablilla y de dejar de castigar con mis discursos los oídos del príncipe, pues cualquier contribución que se le debiera de parte de la filosofía ya le ha sido pagada con creces. Pero después de haber presenciado aquel día grande en que, huérfanos ya de toda esperanza, nos trajo la paz con el sigilo y la calma de un oficio religioso, e indujo a los bárbaros a deponer voluntariamente las armas (y pudimos ver despiertos y con toda claridad lo que hasta entonces habíamos des- d
crito en las tablillas)[1], soy incapaz de contenerme y, como dice Eurípides[2], «no me avergüenza mi vejez para bailar».

---

[1] Nos apartamos de Petau y de Maisano a la hora de traducir *epì tôn pinákōn gráphontes egenómetha*. Dado que Temistio alude a una victoria incruenta de Teodosio, carece de sentido una representación pictórica en la que se hubiera prefigurado este hecho. El autor se refiere a las «tablillas» a las que alude al comienzo del discurso, sobre las que redacta sus piezas oratorias. En ellas, esto es, en sus discursos anteriores, ha expuesto, como el lector ha podido comprobar, sus propuestas de sometimiento pacífico de los bárbaros, que ahora se han hecho realidad.

[2] EURÍPIDES, *Bacantes* 204.

Y es que sería desafortunado haberlo alentado mientras aún les hacía frente a los enemigos, y no coronarlo cuando ya los ha derrotado, haberle expresado mi admiración mientras se ocupaba de la paz, e ignorarlo cuando ha rematado su obra. Sería igual que alabar en el estadio a un deportista mientras
200a se enfrenta a sus adversarios en la arena, y negarse a proclamar su victoria cuando ya los ha vencido y derrotado.

2 Y cuando, por todo ello, ya me animaba a iniciar la redacción y a comprobar si persistía aún la facultad oratoria en medio del naufragio de mi cuerpo, el príncipe me crea otro grato compromiso al designar al general para la magistratura que le da nombre al año. Yo estaba en deuda con él desde hacía tiempo y buscaba la ocasión propicia para pagarle, y no sólo por la deuda común que en justicia les deben las letras a las armas, que les dan amparo y protección,
b sino por la mía particular, que era mucho mayor y se dilataba ya en más de treinta años: él me acogió desde que empecé a acudir a la corte y, cuando me hice ya un nombre, me ayudó a mejorar mi posición[3]. Por último, con ocasión de esta magistratura que ha llegado en buena hora, no ha ahorrado esfuerzos de ningún tipo para, con la aquiescencia del príncipe, aumentar mi reputación ante sus ojos y los de la mayoría. De ahí que me pareciera muy grave que el Senado, que se ha reunido apresuradamente con motivo de su nombramiento por el príncipe, le tributase el agradecimiento pertinente[4], y en cambio nosotros, que hasta este momento habíamos faltado involuntariamente a nuestra obligación,
c rehusáramos cumplir ahora con ella, alabando al mismo tiempo en nuestro discurso al general y, antes que nadie, por

[3] Cf. introducción a este discurso.

[4] Temistio actúa de hecho como portavoz del Senado, como puede verse en el siguiente párrafo.

supuesto, al príncipe. En todo caso, si el agasajado se muestra a la altura de semejante honor, lo digno de admiración es la decisión del que lo concede, del mismo modo que un reconocimiento justo deja en mejor lugar al que lo tributa que al que lo recibe.

3 Es el Senado el que en este momento comparece a través de nuestra persona, y a lo que dijo en su momento añade una reflexión más pausada. En nuestra voz ha de verse la voz de este consejo de ancianos, pues si estamos a su cabe- d
za, es por el discurso que vamos a pronunciar[5], de modo que quizá sea yo quien pronuncie las palabras, pero los que me oyen comparten su contenido: en él coincidimos todos los aquí presentes. Es cierto que muchos dicen que el discurso es la sombra de la acción[6], y que un discurso de agradecimiento es incapaz de resarcir adecuadamente al benefactor. Yo diría, sin embargo, al ver el coro que me rodea y a quien lo preside[7], que es posible corresponderle no sólo en 201a
la misma medida, sino incluso en una medida mucho mayor. Pues no he congregado a una asamblea de hombres de procedencia diversa, ni me he presentado en un teatro cualquiera, a la manera de un rétor o de un sofista, para exprimir el tema que se me proponga, sino que mi discurso es sagrado, sagrado el arte que lo compuso y sagrado el templo en que me hallo. Zeus Protector de los Reyes es mi oyente, y junto

[5] Temistio alude a una vaga *prostasía* cuando se refiere su posición en el Senado. Cf. introducción general, cap. 1.

[6] Cf. *Disc.* XI 143b y nota.

[7] A la sazón presidía el Senado, en su calidad de prefecto de la ciudad, Clearco, íntimo amigo de Temistio a lo largo de su dilatada carrera política, en cierto sentido bastanta paralela a la de nuestro autor. Antes del reinado de Juliano fue *consularis Europae* y *vicarius Thracium*. Después de la postergación que sufrió bajo este monarca, representó a la ciudad en la proclamación de Joviano, y llegó a ser con Valente *vicarius* y procónsul de Asia y prefecto de Constantinopla.

b a Zeus, el propio príncipe y todo su séquito. Están presentes las más altas autoridades, equiparables en dignidad, y la pareja de generales, uno de los cuales cede ante el otro, que es mayor, por respeto a su edad, y considera garantía de su propia promoción que la de éste vaya por delante, sin perder por ello la esperanza de obtener su premio[8]. La justicia se sienta junto a la realeza y honra a la sala, y asisten los administradores de la liberalidad y los depositarios de la magnificencia[9]. A la vista de este corifeo, de este público, del hecho de que es la filosofía, cuyas ofrendas aprecian sobremanera los propios príncipes, el fundamento del discurso,
c no debe menospreciarse su capacidad para devolver el beneficio recibido, ni debe conceptuarse como una forma más de hacerlo, ni evaluarla en talentos de oro o de plata o en lujosos troncos de caballos. De hecho, ni Equepolo de Sición, el que le regaló a Agamenón la yegua Ete para no incorporarse al ejército, ni Cíniras, que le regaló la coraza[10], son los que hacen célebre su expedición bélica; si mantiene aún intacta y viva la memoria de aquellas hazañas, es más bien gracias a Homero.

d **4** Y si solemne fue que a Alcibíades, a Pericles y a Temístocles se les coronara en Atenas, y que actuaran como testigos el Areópago, el Consejo de los Quinientos o el pueblo llano, ¿cómo no va a ser con mucho más grande y solemne que actúe como testigo de nuestras palabras y de nuestras acciones y que escuche el mensaje de la filosofía el señor y soberano del mundo? Y más aún siendo él quien en

[8] El general que cede ante Saturnino es Flavio Ricomeres, de origen franco y por entonces *magister militum per Orientem*. Al año siguiente accederá al consulado con Clearco como colega.

[9] Alude a los cuestores y a los *comites sacrarum largitionum*. Cf. introducción a este discurso.

[10] *Ilíada* XI 19 ss., XXIII 259-99.

primer término brilla y resuena, como el «¡próspera fortuna!» que encabeza el texto de los decretos ¿Quién sino el 202a
príncipe ha dado ocasión a este discurso? ¿Quién nos ha recordado el agradecimiento que le debíamos al general? ¿No ha sido él el primero en tributarle su agradecimiento a este hombre? Resarcir a la virtud como se merece está sólo al alcance de la realeza y de la filosofía, pues el testimonio de éstas es franco e imparcial, mientras que el que se funda en el dinero o en un lenguaje afectado no pasa de ser vil adulación, falta de credibilidad y sospechosa para quienes la escuchan. Aquí, en cambio, nos encontramos ante el verdadero olivo olímpico y ante la corona que otorga Zeus Piseo[11],
pues no le está permitido ni al señor del mundo ni al que va b
en pos de la verdad expresar falsamente su agradecimiento. Por lo tanto, quien alcanza este honor brilla con el resplandor de la estrella de Homero[12] y sus rayos relucen con fuerza. Ni la sombra ni la nube lo alcanzan, y repele el olvido más que el espléndido sol las tinieblas.

5 Homero, cuando le consulta a las Musas quién es el c
mejor de los griegos, no da a conocer su opinión de manera precisa: al hacer sobresalir a Aquiles por su cólera y concederle también la primacía a Áyax, en vez del segundo puesto, adopta una posición ambigua[13]. Y en el asunto de las yeguas urde la misma estratagema, pues le otorga la primacía a las de Eumelo, pero sin desposeer de ella a las de Peleo[14]. El príncipe, en cambio, sin oscuridades, retorcimientos ni ambigüedades en su decisión, cuando hubo de designar al mejor, nombró con voz clara a quien estimó oportuno. Pero d

[11] Pisa es otro nombre de Olimpia, tomado de la fuente homónima allí existente.

[12] *Ilíada* V 6 ss., XXII 27 ss.

[13] *Ilíada* II 768 ss.

[14] *Ilíada* II 763 ss., XXIII 373 ss.

lo excepcional de su nombramiento es que lo designó para un puesto que le correspondía a sí mismo y transfirió a un particular un cargo que le había ofrecido su colega en el reino, persuadido de que estaba en su mano la concesión de este galardón y pretendiendo aparecer con ello como el que halló y regaló lo que jamás príncipe alguno había regalado a su más encumbrado favorito.

203a **6** Sabemos de muchos emperadores que le concedieron el consulado a muchos de su mismo rango, pero de ninguno, salvo de éste, que lo recibiese para traspasárselo a otro: del mismo modo que no se equivocaría quien dijera que esta magistratura está por encima de las de dignidad y nombre idénticos en la misma medida en que lo está el príncipe respecto a un particular, tampoco se equivocaría quien afirmara
b que es tanto más augusta y prestigiosa cuanto es enorme la distancia que separa una magistratura cedida de este modo y la asignada sin más. Y es que no hallaremos en toda la historia a ningún particular que se haya investido de un cargo dispuesto para el príncipe. De ahí que, en mi opinión, no haya manera de alterar la jerarquía de los términos aunque queramos: tiene la primacía quien ocupa la magistratura que le corresponde al primero de los hombres. ¡Príncipe de admirables e inefables designios, si admirable por lo que has rehusado, más admirable eres aún por habérselo traspasado a otro!

7 Alejandro de Macedonia, en cierta ocasión en que se le preguntó dónde guardaba sus tesoros, dijo señalando a
c sus amigos: «En éstos». Tú, sin embargo, te propones atesorar en tus amigos los honores que te corresponden a ti, con lo que al regalarlos, los haces más tuyos, ya que un honor no se gasta como el oro, y si se concede con inteligencia, permanece para siempre en manos de quien lo concede y de quien lo recibe, y tanto más en manos de quien lo concede

cuanto que es más dichoso dar lo máximo que recibirlo[15]. Y el mayor de los honores humanos es el consulado, que incluso se emplea para contar el tiempo. Sin su concurso, d
el tiempo correría sin nombre, sin determinación, como sin acuñar.

8 A esta cuenta se incorporará el nombre de tu general, y a tus parientes de sangre seguirá tu pariente en la virtud. Una vez honrado en primer término el vínculo familiar (me refiero a tu tío paterno y a tu suegro)[16], no tardaste en demostrar, uniendo parentesco y valía personal, que al soberano del mundo no le conviene que se honre menos la excelencia en la virtud que la proximidad familiar, ni considerar 204a
lo propio como lo mejor en vez de lo mejor como lo propio[17]. Así despertará en la mayoría el afán por imitarlo, pues, como dice el divino Platón «se cultiva siempre lo que se honra, y se descuida lo que no se honra»[18]. Sin embargo, el esfuerzo y la solicitud no van unidos al parentesco que, una vez recibido el honor que se le debe, no se desarrolla y prospera. Por honrar al hermano, al yerno o al hijo no se multi- b
plica el número de hermanos, de parientes políticos y de hijos; se permanece, por el contrario, en el número concedido por la naturaleza. En cambio, cuando encumbramos a un hombre de bien y se eleva su rango, damos lugar a que surja una multitud de hombres que siguen sus pasos.

9 Que en esto no fantaseamos y que también tú lo sabías lo prueba una evidencia: aunque estuvo en tu mano, de no c
estimar oportuno asumir el cargo tú mismo, designar a tu

[15] Puede tratarse de una variación libre de *Hechos de los Apóstoles* 20, 35, aunque de lo antiguo de la antítesis da fe TUCÍDIDES, II 97, 4.

[16] Flavio Euquerio, tío de Teodosio, y Flavio Antonio, padre de su esposa Flacila, que ya habían sido cónsules antes.

[17] Cf. XIV 182b.

[18] PLATÓN, *República* 551a. Cf. IV 54d, XV 195d.

amado fanal del mundo (¡ojalá sea yo capaz de convertirlo en un Alejandro y se glorie la filosofía de contarlo como discípulo!)[19]; aunque estuvo en tu mano, como digo, proponer a éste en tu lugar, según la costumbre entre los príncipes antiguos y recientes de hacer vestir a los propios hijos la pretexta antes que la púrpura, a modo de preludio de su futuro imperio (y no hay que remontarse demasiado en el tiempo, pues hace nada se vistió alguno la toga todavía en pañales[20], y otro, en torno a la misma edad que nuestra
d luz[21], sin que nadie se indignara o irritara por ello); aunque todo esto estuvo, en fin, en tu mano, no lo quisiste así, ni buscando una ocasión más propicia para ocupar tú mismo el cargo, lo sustrajiste indecorosamente para tu hijo, como desconfiando de tener la potestad de obrar así en el futuro. Por el contrario, a pesar de tener ante tus ojos a un hijo querido, ya mozo y adolescente, con pleno uso de la palabra y prepa-
205a rado quizá hasta para hablar en público, obedeciste a la virtud (¡qué temple!) más que a la naturaleza. Éste fue también el caso de tu antepasado y precursor[22]. Él no tenía hijos, pero sus hermanos y sobrinos sí. Sin embargo, no antepuso ninguno de aquéllos a su afecto por Lucio, sino que a un varón que no era romano, ni siquiera libio de la Libia sometida, sino de su región oscura y remota[23], una vez que hubo derrotado a Mardis, lo nombró primero cónsul y lo designó

[19] Arcadio, primogénito de Teodosio y futuro emperador, que fue encomendado a Temistio para su educación.

[20] Valentiniano el Joven (o el «Gálata»), hijo de Valente y destinatario del *Discurso* IX, que fue cónsul a los tres años (369). Maisano apunta la posibilidad de que se trate de Varroniano, el hijo de Joviano, a cuyo consulado corresponde el *Discurso* V.

[21] Valentiniano II, cónsul a la edad de cinco años (376).

[22] Trajano.

[23] Lucio, favorito de Trajano en la sucesión al trono, procedía de una tribu de los *Mauri* de Libia. Cf. Casio Dión, LXVIII 32, 4 ss.

después su sucesor en el imperio. ¡Tal importancia le concedían los emperadores de antaño a no regatearle jamás a la virtud los galardones que se le deben! Y dejo de lado, por b
trasnochados y demasiado antiguos, los ejemplos homéricos, a saber, que Agamenón tiene siempre a Áyax en mayor estima que a Menelao, y en un banquete que celebra su hermano prefiere al general.

Grande es ya por todo esto el honor del que hablamos, 10
pero todavía es mayor por lo que vais a oír. Mientras los emperadores anteriores se negaban en redondo, por así decirlo, a cederle a otro la denominación del año cuando cum- c
plían los cinco o los diez años de reinado, éste le ha sumado, sin embargo, este privilegio, y le ofrece un consulado que no se cuenta entre los demás, sino que destaca lo mismo que el quinto año sobre los precedentes[24]. Jamás había ocurrido algo así: que un particular ocupe una alta magistratura cuando se cumple un ciclo imperial, y no sólo esto, sino que además se trate del primer ciclo y, como tal, aguardado con impaciencia. ¿Cómo no voy a envidiar a un hombre a quien el emperador ha elevado al puesto que corresponde a su persona, y cuando se cumple además el primer ciclo de su rei- d
nado? Con ello vence sobradamente a los que ocuparon la misma magistratura.

11 Pero es lógico que ocurra todo esto, pues se trata prácticamente del único de entre los hombres ilustres y célebres de hoy contra el que no se ha despertado la envidia, la cual acostumbra a dirigir sus ladridos a quienes ostentan un alto cargo. Muy al contrario, ella lo apoya y hace votos por la continuidad de su carrera, ya que no

[24] El consulado de Saturnino corresponde a los *quinquennalia* de Teodosio.

alcanzó el cielo con su cabeza[25]

206a de un gran salto, ni se encumbró de repente desde una posición humilde e insignificante. Del mismo modo que en los diagramas geométricos la segunda figura sigue a la primera, y la tercera a ambas, y la siguiente es siempre más completa que la precedente, sin que quede entre ellas espacio vacío, así también los cargos de este varón forman una secuencia continuada, y el que sigue es siempre de mayor rango que el que precede. No ha dejado de ocupar ningún grado de la escala de mandos, ni se puede encontrar una distinción que
b haya dejado de recibir en el ejercicio de las armas. A quienes recorren de este modo el camino de la fortuna y ascienden paso a paso desde la base hasta la cumbre no les sale al paso la envidia; pero cuando los que medran son Agorácrito, Hipérbolo o Demades, la comedia tiene toda la razón en fustigarlos:

Ayer un donnadie y mañana todopoderoso[26].

Y es que a todos molesta lo imprevisto, pero nadie se irrita
c por lo que se espera. Y si se repara en que quienes combatieron a su lado desde la juventud han seguido en la corte el mismo camino, y que hace ya tiempo se les tuvo por dignos de este cargo con toda justicia y merecimiento, antes podríamos denunciar la demora que el apresuramiento.

12 Aunque podría narrar también las hazañas de este varón, creo que voy a dejárselas a los poetas y a los historiadores, que son quienes se encargan de cantar y celebrar «combates y matanzas»[27]. Yo, por el contrario, como amante de

[25] *Ilíada* IV 443.

[26] Aristófanes, *Caballeros* 158.

[27] *Ilíada* VII 237.

la paz y de los discursos pacíficos y serenos, me voy a encaminar hacia éstos, pero no sin sin referirme a ellas breve- d
mente a fin de que seáis más conscientes del vuelco producido en los acontecimientos por la providencia del príncipe. Después de la indescriptible «Ilíada» de males[28] del Istro y de la propagación de aquel insólito fuego, cuando ningún príncipe acaudillaba todavía a los romanos, y la Tracia y la Iliria estaban saqueadas y los ejércitos desvanecidos como sombras, cuando ni montes infranqueables, ni ríos invadeables, 207a
ni terrenos escabrosos y cerrados al paso bastaban para detenerlos, y casi toda la tierra y el mar se congregaba para enfrentarse a los bárbaros (los celtas, los asirios, los armenios, los libios y los iberos que nos cercaban por un lado y por otro, todos los que se alinean contra los romanos de un extremo al otro de la tierra), en esos momentos cifrábamos el colmo de la prosperidad en no sufrir males aún peores.

13 Entonces, cuando ante tantas y tan enormes calamidades casi todos, generales y soldados, tenían el ánimo hun- b
dido y se limitaban a contemplar en qué desastre iba a parar todo esto, sin que se hiciera nada por evitarlo, Dios llama al principado al único capaz de contener semejante cataclismo de desgracias: Graciano promulga el decreto que viene de lo alto, y la tierra y el mar acogen la proclamación como esperanza y auspicio favorable. Tras sujetar las riendas y, a la manera de los más diestros aurigas, probar primero el vigor y el nervio de los corceles, por primera vez se atrevió a considerar que en las actuales circunstancias el poder romano no residía en el acero ni en las corazas ni los escudos ni en c
su infinito contingente de tropas, y que se requería el potencial de otro recurso que, procedente en silencio de Dios, se encuentra en los que reinan según sus designios, una fuerza

[28] La expresión es de Demóstenes, XIX 148.

capaz de someter a todos los pueblos y de convertirlos a todos de salvajes en pacíficos. Sólo ante él ceden las armas, los arcos, los caballos, la arrogancia de los escitas, la osadía de los alanos y la locura de los masagetas; y los poetas, con razón, nos lo enseñaron desde pequeños:

d *que un sabio consejo a muchas manos*
vence[29].

Muchas dificultades salva la razón
como lo haría el acero enemigo[30].

Por maña vale más el leñador que por fuerza[31].

208a *Todo lo puede la mente sabia*
y todo lo ablanda, por imposible que sea[32].

El fabulista Esopo también se imagina una disputa entre Persuasión y Violencia con el triunfo de la primera sobre la segunda: el Sol logra desnudar al caminante antes que los fuertes vientos[33]. También cuentan los poetas que los Gigantes, en su batalla con los dioses, no cedieron ante Ares, pero se adormilaron por efecto de Hermes y su caduceo[34].

14 Encontrando el sapientísimo príncipe que ésta era la única fuerza invulnerable y sin contestación posible que le quedaba a los romanos, y sabiendo que cuanto más daño le infligieran a los bárbaros tanto más iba a recaer sobre sí mis-
b mos, comprendió que era mejor perdonar las culpas que combatir hasta el final. Y buscando quien le asistiera en esta

[29] Eurípides, *Antíope*, frag. 200 Nauck. Cf. *Disc.* XV 191a.
[30] Eurípides, *Fenicias* 516 ss. Cf. II 37b.
[31] *Ilíada* XXIII 315.
[32] *Tragicorum Graecorum Fragmenta*, frag. anon. 566 Kannicht-Snell.
[33] Esopo, *Fábula* 46.
[34] Cf. XIII 176d.

victoria con la prudencia y la benevolencia por armas, no necesitó mucho tiempo para encontrar al más indicado, pues elige sin vacilar para esta empresa a aquel de entre sus generales de quien sabía desde hacía tiempo que compartía sus c
pensamientos y sus afanes, y lo envía como Aquiles a su compañero[35] (aunque con mejores presagios y con los mejores deseos del que lo envía y de todo el Estado) no para sofocar el incendio que acababa de declararse en una sola nave tesalia, ni para alejar a los enemigos de un único muro venido abajo, sino por ver si algo había sobrevivido y se había sustraído a las incursiones que tuvieron lugar en plena descarga de la nube bárbara. Lo envía, como hizo el hijo de Peleo, equipado con sus propias armas, verdaderamente celestiales: paciencia, mansedumbre y humanidad. Y todas se le aco- d
modaban perfectamente al hijo de Meneceo, no unas sí y otras no como fue el caso de la que procedía del Pelión[36].

15 Partió de inmediato con ánimo confiado y no lo seguía una falange de infantería, ni lo acompañaban escuadrones de caballería, ni llevaba consigo a cinco lugartenientes, sino que su única guarnición eran las instrucciones del príncipe, que protegían su cabeza y sus flancos. Y de hecho no 209a
necesitó tiempo para lograr esta victoria, sino que con sólo aparecer y dar muestra de la benevolencia del que lo enviaba, agachó al punto la cabeza la insolencia de los escitas, se quebró su audacia[37], menguó su ánimo, cayó voluntariamente el acero de sus manos y siguieron a quien los conducía hasta el príncipe en una suerte de procesión solemne,

[35] Aquiles envía a Patroclo en auxilio de los griegos cuando Héctor consigue incendiar las naves helenas: *Ilíada* XVI 130-44.
[36] Patroclo fue incapaz de blandir la lanza de Aquiles, que procedía de un fresno del monte Pelión, en Tesalia, y que le había regalado a Peleo el centauro Quirón: *Ilíada* XVI 140-44.
[37] Platón, *Cármides* 155c.

avergonzados ante la tierra que antes habían maltratado y llenos de respeto, como si fueran templos, por lo que que-
b daba aún en pie, llevando tan solo, como ramos de suplicante, las espadas que iban a ofrendar al príncipe, desnudos, en definitiva, y en son de paz, y derrotados no en sus cuerpos, sino en sus ánimos. ¿Qué droga de la egipcia Polidamna[38] mezclada con el vino en la cratera o qué cinturón de Afrodita[39] son tan rápidos y eficaces como para ablandar más que la cera torres que son más duras que el acero?

Tales filtros ingeniosos tenía la servidora de Zeus,
preciosos, que le había procurado el rey inmortal,

c capaces de sofocar no la pena ni las lágrimas, sino los males que son causa de las lágrimas.

16 Hubo un tiempo en que la Tracia se distinguía por el poder de la música más que por el de las armas, y no hay razones para dejar de creer que los jabalíes seguían el tañido de Orfeo, y que los árboles y las piedras lo acompañaban por donde se le antojara llevarlos con su canto. Pero Orfeo, al parecer, era capaz de hechizar a las fieras, mas no sabía encantar la malevolencia de los hombres. De ahí que las mujeres tracias conjuraran el poder de su música y no sólo no se dejaran cautivar por sus cantos, sino que incluso acen-
d tuaran su furia y cometieran contra él su célebre crimen. Pero este intérprete y servidor del Orfeo celestial recurre a la música que le ha otorgado la divinidad (discursos persuasivos que fluyen más dulces que la miel y le suministra quien lo envió) para con ella encantarlos, con ella seducirlos, con

[38] Se trata de la egipcia que le sumistró a Helena la droga del olvido: *Odisea* IV 219-32. A este pasaje corresponden los versos citados a continuación (227-28).

[39] *Ilíada* XIV 214. Cf. *Disc.* III 48b, VI 84a, XVIII 218c.

ella amonestarlos, inspirarles confianza en el futuro, arran- 210a
carles el miedo a ser represaliados por sus crímenes y agitar ante ellos, como una rama, la humanidad del príncipe. Y los ha traído domesticados y mansos, como si tuvieran las manos atadas a la espalda, de modo que no quedaba claro si venció a aquellos hombres con la guerra o con su palabra.

17 El general Corbulón, tras persuadir al armenio Terídates de que se encomendara a Nerón, hombre odioso a la divinidad, criminal e indigno de semejante gesto de buena voluntad, comprendió que no había dado muestras de su virtud en el lugar adecuado y que no había contribuido al buen nombre de un verdadero príncipe[40]. ¡Dichoso en cambio tú por b
haberte consagrado al servicio de un monarca como éste! ¡Y dichoso por las merecidas muestras de agradecimiento que te llegan de alguien así! Pues no nos has amansasdo a un Terídates, ni a un armenio fácil de vencer y capturar, uno de aquellos bárbaros que acostumbran a inflarse de suficiencia tan pronto como de suspicacia, para quienes la libertad no se diferencia mucho de la esclavitud, sino uno de aquéllos que crecen desde niños con ánimo indomable y para quienes ceder lo más mínimo es peor que la muerte. Hemos visto que c
sus entonadores y sus corifeos no rendían fingidamente su ajada enseña[41], sino que deponían el acero y las espadas con que nos venían derrotando hasta aquel día y se abrazaban a las rodillas del príncipe con más fuerza que cuando Tetis, según cuenta Homero, se abrazó a las de Zeus al implorarle por su hijo[42], hasta que por fin obtuvieron su asentimiento y una palabra que no llamaba a la guerra, sino que venía car-

[40] Casio Dión, LXII 23.

[41] Los bárbaros se presentan metafóricamente como un coro cuyos corifeos y entonadores, en el momento de la rendición, no están recurriendo a una mera *eironeía.*

[42] *Ilíada* I 512.

gada de clemencia, de paz, de generosidad y de perdón a sus crímenes:

Así dijo, y con sus oscuras cejas asintió el Cronión.
Entonces la inmortal cabellera del soberano ondeó
d *desde su cabeza inmortal y sacudió el inmenso Olimpo*[43].

Y ninguna palabra suya es revocable ni engañosa ni vana[44].

18 ¡Ved, pues, cuán amable es ahora, cuán grato, cuán familiar, el tan abominable nombre de los escitas! Participan con nosotros en los honores que se le tributan al general por el que en buena hora fueron vencidos y comparten con nosotros la celebración de una victoria que se obtuvo a su costa.
211a Y no hay que sentirse contrariados porque no hayan sido aniquilados por completo, pues en esto consisten la victorias de la razón y de la humanidad: no en destruir, sino en hacer mejores a los que nos causaron daño. Supongamos, en efecto, que hubiera estado a nuestro alcance destruirlos y hacerles todo lo que hubiéramos querido sin posibilidad alguna de revancha por su parte (aunque la experiencia nos enseña una y otra vez que esto no es lógico ni verosímil). Pero, como decía, supongamos que esto hubiera estado en nuestras manos. ¿Es mejor llenar la Tracia de cadáveres que de labrado-
b res? ¿Dejarla repleta de tumbas que de hombres? ¿Caminar por eriales que por labrantíos? ¿Contar los muertos que los campesinos? ¿Repoblarla, si fuera el caso, con frigios y bitinios que asentar en ella a los derrotados? Oigo decir a quienes vienen de allí que han transformado en azadas y hoces el hierro de las espadas y las corazas, y que mientras saludan de lejos a Ares, rinden culto a Deméter y Dioniso.

[43] *Ilíada* I 528-30.
[44] *Ilíada* XVIII 217.

19 La historia ya nos había ofrecido en el pasado mu- c
chos ejemplos de esta clase, y no somos nosotros los primeros en experimentar que los criminales, una vez obtenido el perdón, pasan a ser útiles a las víctimas de sus crímenes. ¡Mirad, si no, a esos gálatas que viven en el Ponto! Éstos, en efecto, después de abrirse paso por las armas hasta el interior de Asia y devastar toda la zona del río Halis, se asentaron en el territorio que siguen habitando hoy. Y sin embargo, no los aniquilaron Pompeyo ni Lúculo (aunque bien pudieron hacerlo), ni Augusto, ni los emperadores que lo siguieron, sino que, una vez obtenido el perdón por sus crímenes, entraron a formar parte del imperio. Y ahora ya nadie llamaría bárbaros a los gálatas, sino romanos en su d
sentido más pleno, pues aunque se ha mantenido su antiguo nombre, su estilo de vida es ya el mismo que el nuestro. Pagan los mismos impuestos que nosotros, participan en las mismas empresas militares que nosotros, reconocen a las autoridades como todos los demás y obedecen las mismas leyes[45]. Con estos ojos miraremos también a los escitas dentro de poco. En este momento están aún recientes sus golpes, pero en poco tiempo los asociaremos sin duda a nuestras libaciones y a nuestras mesas, y compartiremos con ellos el ejercicio de la milicia y de las responsabilidades públicas. Si hubieran sido exterminados hasta el último hombre, a la 212a
pérdida de los tracios habríamos de sumar la de los escitas[46].

20 Los romanos, a pesar de sus muchas y terribles acciones contra ellos, no dieron muerte al libio Masinisa cuando lo capturaron vivo, sino que le dieron protección, con lo que Masinisa se convirtió en su defensa y en su salvaguarda

[45] Estrabón, XII 566.
[46] En cuanto parte también, aunque futura, del imperio.

contra los enemigos que vinieron después[47]. Ahora está en paz todo el territorio, la tierra y el mar ciñen las sienes de sus caudillos, y el imperio, como una nave de gran tonelaje, tras mucho penar por la tormenta y la tempestad, se recobra y se refuerza. Quedan abiertos los caminos, quedan libres de
b terror los montes, los llanos se colman de frutos y la región del Istro no danza en escenario bélico[48], sino que se consagra a la siembra y al arado. Establos y granjas se levantan y se multiplican con la facilidad de antaño. Todo el imperio respira y siente por igual, como un solo ser, y ya no anda roto y desmembrado por todas partes. Si fue sólo Grecia la que se benefició de la súplica de Éaco cuando estaba agobiada por la sequía (y no toda Grecia, sino sólo el territorio de Egina)[49], tú has llevado la luz a la mayor parte de la tie-
c rra. Tu súplica, en efecto, no se limita a una ocasión concreta: es todo tu reinado el que implora por nosotros. Luego una súplica no está hecha de frases y palabras, sino de piedad, de justicia y de mansedumbre: con ellas te ganas el favor de Dios.

21 ¿Qué otro emperador ha promulgado leyes más suaves, ha levantado casas que sufrían penalidades, ha aliviado las calamidades, ha socorrido el infortunio, se ha compadecido de la juventud, ha guardado respeto a la vejez o ha sido un padre para los huérfanos? ¿Con qué emperador se les ha reintegrado del fisco su oro a quienes habían sido
d extorsionados? ¿Quién le ha erigido un trofeo a la persuasión? ¿Quién ha otorgado a la palabra la primacía sobre el acero? ¿Quién ha sido capaz de alcanzar una victoria semejante sin el concurso de soldado alguno? ¿Cuándo se les ha

[47] Cf. VII 94d.

[48] Temistio juega con la homofonía de *chôros,* «territorio», y *chorós,* «coro», cuya danza ya no se desarrolla en una *orchéstra* bélica.

[49] Cf. Isócrates, *Evágoras* 191; Pausanias, II 29, 7 ss.

brindado una acogida mayor a los caídos en desgracia? Pero sin entrar en otras consideraciones, me voy a referir tan sólo a los desdichados jóvenes de Galacia a quienes has preservado y guardado de la muerte a pesar de lo exigido por las leyes, aunque sin necesidad de transgredirlas, sino tan sólo mitigándolas, ya que tú mismo eres ley viviente y estás por encima de las leyes escritas[50]. Si nos aplicamos en este ca- 213a
mino y perseveramos en él, igual que a los escitas los hemos derrotado sin sangre y sin lágrimas, podremos ganarnos en poco tiempo a los persas, conciliarnos a los armenios, recuperar el territorio entre los dos ríos que otros cedieron[51] y proclamar a muchos cónsules por sus nobles gestas y nobles servicios.

22 ¡Ojalá eduquemos también en estos principios al amado astro del mundo![52]. ¡Y ojalá fuera yo su Fénix y lo sentara en mis rodillas, no para atiborrarlo de meriendas y golosinas[53], sino para cantarle célebres gestas de héroes y reyes, b
y sobre todo las numerosas gestas de su padre! Éstas, sin duda, le resultarán más gratas y familiares que las otras y se le quedarán grabadas en la memoria indelebles e inalterables.

[50] Desconocemos el proceso al que alude Temistio. Para la concepción del monarca como «ley viviente» cf. introducción general, cap. 4.

[51] Mesopotamia, cuya pérdida se sancionó con el tratado firmado por Joviano en el 363. Cf. *Disc.* V.

[52] Arcadio.

[53] *Ilíada* IX 488. Cf. *Disc.* IX 123c, XVIII 224d-225a.

XVII

POR SU NOMBRAMIENTO COMO PREFECTO DE LA CIUDAD

INTRODUCCIÓN

El año de silencio que siguió al *Discurso* XVI se vio bruscamente interrumpido por la llegada de Temistio a la prefectura de la ciudad. Las tremendas tensiones que el nombramiento generó entre sus contemporáneos, particularmente en los círculos paganos hostiles al poder[1], van a condicionar este último tramo de su vida. El *Discurso* XVII, en el que expresa su agradecimiento al emperador y que hubo de ser pronunciado a los pocos días de su nombramiento, avanza algunas de las justificaciones que en el *Discurso* XXXI, y muy especialmente en el XXXIV, se convierten en amplias argumentaciones que intentan contrarrestar los ataques. El orador comienza alabando el alto reconocimiento que ha obtenido la filosofía con su nombramiento, lo que, por otra parte, no es sino la culminación de una carrera política con multitud de servicios prestados a la ciudad. Pero por encima de todo, la tradición clásica es el fundamento más sólido para que la filosofía acepte el compromiso político: Arriano, Rústico, Tráseas, Prisco, Bíbulo, Favonio, Jenofonte, Sócrates, Platón, Pítaco, Bías, Cleóbulo y Arquitas

---

[1] Cf. introducción general, caps. 1 y 3.

de Tarento integran una nómina lo suficientemente rica como para descartar todo reproche (XVII 251a-c).

La datación exacta del discurso y de la prefectura es aún objeto de discusiones. Seeck[2] sitúa el comienzo de la prefectura en otoño del 384, por entender que Clearco, el predecesor de Temistio en el cargo, se mantenía aún en su puesto en el mes de septiembre[3]. Otros la retrasan hasta comienzos de año[4] o incluso hasta el 383[5], en ambos casos por entender que el mencionado Clearco no es el predecesor de Temistio, o bien que el Clearco que conocemos habría retomado la prefectura después de los pocos meses que el orador habría permanecido en el cargo.

SINOPSIS

1. Con su nombramiento, Teodosio supera a sus precedesores inmediatos a la hora de honrar a la filosofía: de la labor de consejero al ejercicio de la política.
2. El príncipe se atiene a la doctrina platónica: la unión de la filosofía y del poder político. El cargo de la prefectura es la culminación de una carrera política.
3. La vinculación del orador con la ciudad le obliga a aceptar el nombramiento.
4. La dimensión política de la filosofía exige aceptar el cargo.
5. Ejemplos históricos de filósofos comprometidos.
6. El Senado ha de unirse al príncipe en su galardón a la filosofía.
7. Exhortación final a emular la humanidad del monarca.
8. Se impone la unanimidad de todas las instancias del poder.

[2] O. Seeck, *Die Briefe...*, págs. 305-306.

[3] Cf. *Codex Theodosianus* VI 2, 14.

[4] G. Dagron, «L'empire...», págs. 11-12.

[5] H. Scholze, *De temporibus...*, págs. 54-56; H. Schneider, *Die 34 Rede...*, págs. 42-53.

POR SU NOMBRAMIENTO COMO PREFECTO DE LA CIUDAD

1 Después de mucho tiempo nuestro divino emperador 213c
ha devuelto la filosofía al cuidado de los asuntos públicos con
mayor claridad que los monarcas que lo han precedido[1].
Éstos, en efecto, tan sólo le concedían honores en los discursos y, aunque en muchas ocasiones contaran con ella para la acción, nunca tuvieron reparos en retractarse, de modo que sus responsabilidades públicas y su servicio al Estado se
limitaron hasta este momento a las embajadas. Nuestro prín- d
cipe, en cambio, le encomienda a ella el cargo y la insta a que haga por sí misma lo que hasta ahora le exigía a los demás. Hasta ahora se le permitía a la filosofía entrenar a los luchadores para los certámenes públicos mientras ella se mantenía en apacible e inactiva contemplación; pero este
príncipe, en vez de dejarla reducida a la contemplación, la 214a
invita a bajar a la arena y le brinda la oportunidad de con-

[1] El sentido de estas palabras, así como la identidad de los monarcas aludidos a continuación, está en función de que sea cierta la tesis de que Temistio había desempeñado con anterioridad algún cargo público. Si fue así durante el reinado de Constancio (como defienden los partidarios de la tesis del proconsulado: *vid.* introducción general, cap. 1), Juliano, Joviano y Valente serían los emperadores afectados por la crítica.

vencer a la multitud de que no es un mero razonar sin efectos prácticos, sino una práctica efectiva supervisada por la razón, y que no se limita a la despreocupada enseñanza de los principios del arte de gobernar, sino que incluye también la puesta en práctica de estos principios.

2 Estos tiempos nos han traído a un monarca que asume la antigua doctrina de que los asuntos de las ciudades marcharán bien en el momento en que coincidan la maestría dialéctica y la potestad de actuar[2], y ambos, la filosofía y el
b poder político, apunten al mismo objetivo. Y en efecto, demostrando que ambas coinciden antes que nadie en su propia persona, este supremo filósofo[3] que es el emperador nos invita a ser coherentes en nuestra vejez con una juventud consagrada a la filosofía y nos asigna la más noble de sus responsabilidades: esta augusta y venerable prefectura de la ciudad, que se viene a sumar a las diez embajadas y a las estancias en el extranjero que, en vuestro nombre y en la medida de mis posibilidades, he venido realizando desde la juventud hasta mi edad actual sin faltar a la dignidad y al provecho que vuestra designación merecía[4].

3 Este príncipe ha llegado más lejos que los emperadores anteriores al honrarnos no ya con dos estatuas y una confianza permanente[5], sino con un cargo tan influyente y des-
c tacado, dando lugar con ello a que, a través de nuestra persona, el honor recaiga también en vosotros, ya que no es a

[2] Platón, *República* 473c, 401e; *Político* 295b, 266c. Traducimos *aretè toû légein* por «maestría dialéctica» ya que en el concepto temistiano de *lógos*, propio, por lo demás, de la cultura filosófica de la época, se incluye tanto la pura especulación filosófica como su exposición pública a través de la retórica.

[3] Cf. *Disc.* II.

[4] Tenemos constancia de misiones diplomáticas a Roma, al Danubio y a Antioquía. Cf. introducción general, cap. 1.

[5] Al menos Constancio y Valente. Cf. introducción general, cap. 1.

un advenedizo o a un extraño a quien ha nombrado prefecto de la ciudad reina, sino a alguien que ha nacido[6], se ha educado y vive entre vosotros. Luego no hay honor alguno en esta magistratura del que no participéis también todos vosotros. De ahí que no me fuera lícito rehusar el nombramiento.

4 Un filósofo que rechaza el nombramiento que procede de un monarca filósofo está dando a entender que lo es sólo de palabra, si es que creemos que la filosofía no reside sólo en la lengua, sino más bien en el alma cuando el es- d
píritu está tranquilo, la ira se refrena gracias a la razón, la codicia queda desterrada, la crueldad acampa lejos y, en cambio, prevalecen por todas partes la ley, la justicia y el derecho. Quien cree que un príncipe así no está practicando la filosofía no sólo desconoce a Platón y a Pitágoras, sino que 215a
ni siquiera sabe algo tan elemental como que todo afán por alcanzar la virtud es filosofía, además de estar reduciendo la más divina de las ciencias al cabello, la barba y el manto[7].

5 ¡Goce, pues, nuestra época del retorno de los tiempos de Trajano, de Adriano, de Marco y de Antonino! Ellos sacaron de sus libros a Arriano y a Rústico[8] para hacerlos participar y colaborar en la administración pública, aunque esto no suponía ninguna novedad ni estaban introduciendo una práctica inusual en política. De hecho, no hacían más que imitar a los antiguos romanos, cuando gobernaron y ocuparon las más altas magistraturas, a pesar de cultivar la filo- b
sofía, hombres como Escipión, Varrón y Catón, así como

[6] En un sentido posiblemente metafórico, si nos atenemos a los textos que aluden a su origen paflagonio. Cf. introducción general, cap. 1.

[7] Los atributos externos del filósofo. Cf. VI 72c.

[8] Flavio Arriano, historiador y editor de Epicteto, llegó a ocupar el consulado, entre otras magistraturas, en tiempos de Adriano. Para Rústico cf. XIII 173c y nota.

Tráseas, Prisco, Bíbulo y Favonio, que cambiaron en su momento los mantos por las togas[9]; y en el caso de los griegos, Jenofonte y Sócrates, el uno como estratego y el otro como prítano[10]. Y dejo de lado al divino Platón, que hizo votos por encontrar a un rey de las características adecuadas para compartir con él la responsabilidad del gobierno, aunque no se le cumplieron. Mientras buscaba, según sus propias pala- c bras, un rey joven, temperante, clemente, benévolo, generoso y magnánimo[11] (a Teodosio, en una palabra), vino a topar por tres veces con Dionisio y con Sicilia, con lo que se vio obligado a convivir con un tirano por amor a la verdadera realeza. Y paso también por alto a Pítaco, a Bías y a Cleóbulo, así como a Arquitas de Tarento, que se dedicaron a otras muchas actividades aparte de a la redacción de sus escritos[12].

6 La presente ocasión no es, sin embargo, menos digna de celebración que todas aquellas, tanto por quien concede el honor como por quien lo recibe[13]. Y en este certamen es

[9] Los personajes aludidos son el filoheleno Escipión Emiliano (protector de Lucilio, Terencio y Polibio), el erudito Marco Terencio Varrón (pretor en el 58 a. C.), Catón de Útica (cuestor en el 65 a. C.), el estoico Tráseas (cónsul en el 56 d. C.), el también estoico Elvidio Prisco (que llegó a ser sucesivamente cuestor, tribuno de la plebe y pretor), Marco Calpurnio Bíbulo (astrólogo erudito y cónsul con César en el 59 a. C.), y por último, Marco Favonio (discípulo del filósofo Apolonio Molón de Rodas y tribuno de la plebe en el 59 a. C.). Cf. R. Maisano, nota *ad loc.*

[10] Jenofonte, *Memorables* III 9, 10; Platón, *Apología* 32b.

[11] Platón, *Leyes* 709e ss.; *República* 487a. Cf. *Disc.* III 46a, IV 62a, y especialmente VIII 105b, donde la cita le proporciona su estructura a todo el discurso.

[12] Mientras que los tres primeros pertenecen a la nómina de los Siete Sabios, Arquitas de Tarento está próximo a ellos por su doble condición de filósofo pitagórico y tirano de su ciudad.

[13] Teodosio y el propio Temistio, respectivamente.

de rigor que también vosotros aportéis vuestra colaboración[14], padres conscriptos, ya que si es en casas, en oro y en plata d en lo que se funda vuestra supremacía sobre la multitud, no hay prestigio ni grandeza en ella; pero si es por nuestro empeño en honrar la filosofía y en anteponer la virtud a todas las cosas por lo que se nos distingue[15], no estaremos faltando en ese caso a nuestro título de «padres». Entonces será «príncipe» el Senado[16], entonces será templo de las Musas, y no estará repleto de estatuas de bronce, sino de los propios modelos.

7 ¡Imitemos pues, valedores del mundo, a nuestro patrono! ¡Obedezcamos su divino decreto! ¡Hagámonos cada día 216a más gratos a sus ojos! Pues lo que este joven ama no son los tesoros, no son las piedras preciosas, no es el vestir sofisticado, sino que todo esto lo suprime y lo abandona lleno de contento. Sólo ama y sucumbe ante la virtud y ante aquello a lo que conduce la virtud: la humanidad, la mansedumbre y la paciencia. Por su causa nadie ha vestido jamás enlutado manto; por su causa nadie se ha quedado sin padre o completamente huérfano, e incluso aquellos a quienes la fatalidad les trajo esta desgracia desde su infancia, han ganado b como padre, a cambio del suyo, a un príncipe[17]. De esta clase de bienes quiere que se engrose y se llene el erario público. Él los ha atesorado antes en sí mismo y nos insta a nosotros a enriquecernos también con ellos, pues sólo así los

[14] El verbo *synagōnízesthai* sugiere una idea de competencia con los períodos históricos mencionados poco antes.

[15] El autor pasa a la primera persona del plural, con lo que subraya su calidad de senador y la extensión del honor recibido a todo el Senado.

[16] Se juega con los términos *prókritos,* «selecto», *boulḗ,* «Senado», y *prókritos tês boulês,* traducción griega del *princeps Senatus.*

[17] Cf. XV 197c.

bienes que poseamos nos harán dignos de su máxima estima.

8 Por lo tanto, vosotros habéis de aportar orden y decoro al Senado; a los corifeos ha de exigírseles respeto por la magistratura con la que se les ha honrado [18]; y al pueblo, por
c su parte, obediencia. Hay que pensar que este Magno Consejo no se diferencia en nada de un organismo sano, en el que conviene que el resto del cuerpo esté coordinado con la vista y que las manos y los pies no se anticipen a los ojos. Cuando cada parte respeta su turno, funciona necesariamente bien todo el organismo.

---

[18] El corifeo es el propio Temistio, el prefecto de la ciudad, y actúa como tal en su calidad de *princeps Senatus*.

XVIII

DE LA INCLINACIÓN DEL PRÍNCIPE A ESCUCHAR AL FILÓSOFO

INTRODUCCIÓN

Tanto este discurso como el XIX se enmarcan en el nuevo contexto que suponía la usurpación de Máximo en Occidente y el asesinato de Graciano en Lyón (383). Scholze ya determinó, basándose en la alusión a los inicios de la campaña de Teodosio (XVIII 224a-c.) en el sexto año de su reinado (XVIII 220d), que Temistio pronunció el panegírico durante su etapa como prefecto de la ciudad[1]. Sólo así se entiende que el orador se precie de que el monarca le haya encomendado la tutela de su hijo antes de marchar a Occidente. Vanderspoel[2] propone el verano del 384, antes del retorno de Teodosio a la capital y antes, en todo caso, del nacimiento de Honorio (9 de septiembre del 384), dada la ausencia de toda referencia a este segundo hijo.

En esta ocasión los motivos habituales sobre la humanidad del príncipe se aplican a su faceta de benefactor de los súbditos, con referencias a la prosperidad que conoce el imperio, a la distribución del trigo, a las obras públicas y al embellecimiento de la capital. En esta línea, Teodosio es presentado como un nuevo fundador de la ciudad, al mismo

---

[1] H. Scholze, *De temporibus...*, pág. 55.

[2] J. Vanderspoel, *Themistius...*, págs. 210-11.

nivel, por lo tanto, que el legendario Bizanto y el propio Constantino. Por lo demás, el prefecto de la ciudad no puede dejar de justificar una vez más la aceptación del cargo (XVIII 224b ss.), que en esta ocasión prolonga su alcance con la tutela de joven Arcadio.

SINOPSIS

1-2. En todas las profesiones es necesario el ejercicio para alcanzar la excelencia. El príncipe, en el sexto año de su reinado, aún reclama el elogio sincero de la filosofía.

3. Reprobación del panegirista vulgar: la adulación y el placer como su meta. La instrucción del príncipe tiene como contenido la verdadera realeza.

4. El príncipe, después de su triunfo sobre los godos, reclama el tributo del filósofo.

5. El orador justifica su tardanza: lo desborda la abundancia de argumentos.

6. La primera tentativa contra Máximo: ha de vengarse la muerte de Graciano.

7-8. La bonanza económica y la prosperidad del imperio. El príncipe está por encima de la codicia.

9-10. Obras públicas en Constantinopla: Bizanto, Constantino y Teodosio como fundadores.

11. El orador recobra la juventud con la llamada del príncipe. Justificación de la prefectura.

12. Temistio prolonga su cargo con la educación y la tutela de Arcadio.

13. Invitación al joven para su instrucción filosófica: el ideal platónico de la realeza.

DE LA INCLINACIÓN DEL PRÍNCIPE A ESCUCHAR AL FILÓSOFO

1 Quien lucha por labrarse una reputación como jinete y 216d
codicia el sobrenombre que le dio Homero a Néstor en su poema, que lo llama continuamente «caballero» y «conductor de caballos», ¿acaso puede permitirse descuidar el arte de la equitación y dejar de perseverar en el ejercicio de todo lo que hará de él un buen caballero? Entre otras cosas,
montar a caballo con soltura, subirse con agilidad y des- 217a
montar con facilidad, y sujetar y soltar las riendas en el momento preciso, con confianza en terrenos llanos y abiertos, y con precaución en los irregulares y angostos. En este sentido, ya leemos en el propio Homero cómo Menelao se irrita con Antíloco con ocasión de la carrera de carros que Aquiles celebró en honor de Patroclo, debido a que, en su afán de victoria, no tuvo la precaución de frenar a los caballos, sino que los aguijó en un paso estrecho y accidentado[1].
Por otro lado, aquel que desea destacar en el tiro con arco b
¿tiene otra ocupación más importante que la de ejercitarse de continuo en disparar flechas con la tensión y la puntería adecuadas? Se le rozan las manos «con la cuerda y las bar-

[1] *Ilíada* XXIII 425 ss.

bas»[2] e iguala en práctica y pericia al cretense Meríones, hasta el punto de que si errara el tiro en la paloma, acertaría en la cuerda[3]. ¿Y qué vamos a decir, nobles señores, del que persigue la gloria en la lucha con armas pesadas si se des-
c preocupa por completo de la instrucción correspondiente y, sin probar lo que es blandir a derecha e izquierda el escudo de cuero[4], aspira a este renombre y sueña con la gloria en un arte que no ha ejercitado? Y en fin, para no referirme también al piloto, al pastor y al médico, y demostrar que todos éstos, cuando aspiran a gozar de celebridad en su arte, han de aplicarse también a las tareas correspondientes, paso ya al asunto que me he propuesto abordar.

d **2** Si quien preside en lo más alto, investido con la púrpura y el dominio de casi toda la tierra y el mar, que él gobierna, protege y perdona cuando los vence la ira; si éste, digo, está sediento de elogios sinceros, con la certeza de que no nazcan de la adulación, ¿no es verdad que vive confiado en el nombramiento que le vino de lo alto y que, en el sexto año que cumple de su tarea, se mantiene más inalcanzable e
218a invulnerable al vituperio que al acero? Recordad, en efecto, el primer encuentro y el canto beocio por el que se celebró el encuentro[5]. Este varón no tenía suficiente con el canto compuesto en su honor para gozar del banquete que se le ofrecía, sino que andaba enojado y acusaba a la filosofía de no frecuentarlo desde hacía tiempo y de no formar parte habitual de su cortejo en palacio como antaño acostumbraba. El noble Foción, después de una alocución en la que el pueblo de Atenas lo aplaudió a rabiar, se hizo la siguiente pregunta:

[2] *Odisea* XXI 419.

[3] El episodio se narra en *Ilíada* XXIII 850 ss.

[4] *Ilíada* VII 239.

[5] Aunque se ignoran los detalles de la ocasión, la crítica de Temistio a la oratoria sofística es transparente.

«¿habré dicho acaso algo malo?»[6]. Sin embargo, nuestro príncipe no mira con recelo a la filosofía cuando habla, sino b
cuando calla, e interpreta su silencio como un gesto de desaprobación de sus actos. Y en definitiva, aquel que cuando es objeto de un encomio, por muy brillante y sublime que éste sea y por muy elevadas que sean sus palabras, incluso aunque procedan del mismo Helicón, se guarda del panegirista vulgar y desea un himno sin adornos ni florituras, ¿no es evidente que antepone la verdad a la belleza expresiva?

3 No sería éste el caso si, contemplándose en primer término a sí mismo y examinando sus propios actos, no re- c
parase en la abundancia de acciones nobles y regias que la filosofía no duda en aprobar con su canto. Es consciente, al parecer, de que los otros discursos que le dedican a menudo poetas y prosistas atienden por regla general a la apariencia más que a la realidad, y al agrado más que al provecho. De ahí que lleguen hasta él arreglados para darle gusto, igual que cuando Homero dice de Hera que se presentó ante Zeus debidamente acicalada, con veste purpúrea, velo y pendientes, y hasta con el propio cinturón de Afrodita[7]. De la mis- d
ma manera, estos discursos están revestidos de abundante ornato externo de figuras y palabras (y éstas, bien seleccionadas y ajustadas al sentido), y dejan ver con transparencia que no sólo admiran lo que es en verdad admirable, sino todo aquello en lo que los antiguos cifraban la felicidad: el poder, la fortuna y la hacienda. Luego el único arte cuyo 219a
conocimiento ha de procurarse es el de saber quién es verdaderamente rey y cuáles son sus signos y rasgos distintivos, pues no lo son el águila dorada ni los estandartes de fi-

[6] Plutarco, *Foción* 8, 5; *Dichos de reyes y emperadores* 188a.

[7] *Ilíada* XIV 163, 214. Cf. III 48b y nota.

nas telas[8] ni, ¡por Zeus!, la puntería en el disparo de flechas y dardos (de hecho, estas prendas también las tenían el citaredo Nerón y el oscuro Domiciano), sino si su alma, con la vista puesta en las alturas, se eleva hasta el Rey del universo, y si, regida por Él, toma del cielo cuanto puede para su reino en la tierra.

b **4** También tú, noble señor, has tomado de allí lo que estuvo en tu mano, de modo que no has necesitado arqueros, ni hoplitas, ni armenios, ni iberos, ni caballos acorazados, para sofocar el incendio escítico; gracias tan solo a tu determinación y a tu sensatez aquel incendio se ha extinguido por sí mismo[9]. Tus ojos, en efecto, no miran hacia lo terreno, ni a tu mente le preocupa dónde encontrar más oro o más plata, sino dónde multiplicar tus tesoros de buenas acciones, los
c únicos que están a salvo del pillaje y del saqueo. Y una vez que reconoces en todo esto doctrinas y enseñanzas de aquella única ciencia, no vacilas en pedirle cuentas delante de todo el mundo de la tarea que se había impuesto a sí misma en calidad de tributo anual. Ésta es la única recaudación que no delegas en magistrado o militar alguno, sino que eres tú personalmente el que apremia, el que requiere, el que medita la percepción de este impuesto[10]. Y quizá hasta entrarías para apoderarte del tesoro. Conviene, por lo tanto, que
d me alegre por partida doble: porque mi amado se rige por el amor a un arte que aborrece la mentira y porque sólo da crédito a la filosofía para la alabanza de la monarquía universal.

5 Pero has de saber, noble señor, que la causa de esta vacilación mía es la contraria de la que supones: no la escasez

[8] Cf. I 2a, 11c y las notas correspondientes.

[9] Se alude al *foedus* del año 382 en el que se centra el *Discurso* XVI.

[10] Cf. XI 143d; XV 192c.

de nuevos argumentos, sino su abundancia. Al ofrecer continuas muestras de tu bondad y entretejerlas cada día y cada hora, haces que los discursos no me sean llevaderos. No 220a
sólo no deshaces lo que has tejido hoy, sino que cada vez es más complejo el bordado de tu virtud; y cuando se me ocurre celebrar con un himno imparcial una acción que hayas realizado o unas hermosas palabras que hayas pronunciado, al punto afluye un alud continuo de argumentos diversos que sepulta y oscurece los que me disponía a tratar. Y cuando dejo de lado los primeros y me ocupo de estos otros, de b
nuevo se precipita una tercera y una cuarta tanda que me impiden recrearme en los anteriores. Así que me ocurre lo mismo que a los comensales golosos: pico y saboreo el manjar que se me sirve, pero de ninguno me quedo satisfecho[11]. O mejor aún, lo que a una jauría de perros de caza: si se presenta un solo animal, no cejan en su persecución y lo acosan hasta darle caza; pero si son muchos y de muchos sitios a la vez los que incitan a la persecución, corren siempre tras el último que se les presenta y dejan escapar al anterior. Por esto mismo, cuando se trata de Heracles, el hijo de c
Zeus, no haya que indignarse con los antiguos autores de himnos por alabar con más soltura los inicios de sus hazañas que su continuación.

6 Éste es también tu caso, noble señor. Siempre estás aumentando y multiplicando tus hazañas regias, y mi Musa ya no se atreve a competir con el ritmo de tus obras, pues sus discursos no son alados, ni gráciles, ni rápidos como el viento, sino lentos, pesados y morosos en el tratamiento de cada una de tus obras: no sólo se ocupan de la acción misma, sino también de la intención, la finalidad y el motivo, d
ya que a menudo la obra no es excesivamente grande, pero

[11] Platón, *República* 354b; Juliano, II 69c.

sí lo es su intención, y digna además de elogio. Tal es el caso, por ejemplo, de tu primera expedición al Rin: no cosechó un resultado visible para la mayoría, pero su propósito era elevado y digno de un príncipe, a saber, vengar a tu patrono, arrebatado antes de tiempo, y salvar lo que quedaba
221a de aquella estirpe[12]. Y a quien esto le parezca de poca monta que considere cómo este designio, este impulso, este proyecto, ha bastado para poner fin a la insolencia de un Occidente que se crecía, del mismo modo que a Aquiles le bastó con salir de su tienda profiriendo un tremendo grito, cuando todavía se mantenía apartado del combate y el cielo no le había proporcionado aún sus armas, para apagar la llama que ya había prendido en las naves griegas y conjurar la arrogancia de los troyanos.

7 Si se considera este asunto con calma y en cada uno de sus detalles, resulta inevitable echar mano de la tablilla y el punzón. Y con respecto al hecho de que aliviaras el peso
b de los impuestos, me resulta más admirable el momento elegido que el importe de la rebaja. Al aliviarnos de la carga justo cuando nos temíamos su aumento y su ampliación debido al incremento del gasto, has hecho más valioso que la propia gracia su carácter inesperado. Hasta entonces era natural que el suministro de trigo nos llegara bajo amenaza y por la fuerza; ahora, en cambio, acude más veloz que las alas y que el pensamiento de modo libre y espontáneo. Incluso el mar contribuye a los propósitos del príncipe, y la travesía invernal es menos procelosa que la estival para los cargueros. Los almacenes de trigo ya no están llenos de
c moho y telarañas, sino rebosantes y atestados; con ello re-

[12] Graciano muere en el 383 a manos del jefe de caballería Andragatas, que se adhiere al usurpador Máximo. Valentiniano II, que contaba entonces trece años, establece su corte en Milán en compañía de su madre Justina. Teodosio eliminará a Máximo en el 388.

torna a nosotros la confianza que nos había abandonado desde hacía tiempo y pasamos el invierno esperanzados en la bonanza de la primavera.

8 El príncipe no desdeña ocuparse personalmente de estos tesoros. Si los depósitos del oro los encomienda a otros guardianes, la custodia del trigo no la considera impropia de su dignidad ni vacila en supervisarla personalmente. En cambio Creso, rey de los lidios, consideraba más digno de un rey exhibir los almacenes llenos de oro que llenos de trigo,
y presumía ante el ateniense Solón no de montones de gra- d
no, sino de pepitas de oro que no le proporcionaba la tierra, sino un río fanfarrón (riqueza infructuosa y estéril [...][13] que mueran de hambre los que son ricos en ella, como el famoso Midas, que cumplió su deseo muriendo falto de alimento entre montones de oro). Por este motivo, Solón no proclamó a Creso el más dichoso de los hombres de entonces, sino al ateniense Telo, a los jóvenes argivos y a cual-
quiera antes que a Creso[14]. Y habría proclamado como el 222a
más dichoso y feliz de los hombres a un príncipe cuya riqueza sustenta a un ejército tan enorme como jamás conoció el Imperio romano, repartido entre el Rin, el Tigris y ahora también el Bósforo, y que sustenta, por otra parte, a esta gran ciudad con su abundante población. Y no sólo la sustenta, sino que le restituye lo que se le debía por la negligencia de antaño. Y no sólo se lo restituye, sino que incluso le aumenta la asignación de trigo cuando bastaría con que

[13] El texto presenta una laguna.

[14] Heródoto, I 29-33. Solón respondió a Creso, rey de Lidia, que le preguntaba quién era el más feliz de los hombres, que este hombre no era otro que Telo el ateniense, paradigma de felicidad familiar y compromiso ciudadano, y en segundo lugar, los argivos Cléobis y Bitón, a quienes la diosa Hera concedió la muerte por ser lo mejor que el hombre puede alcanzar.

no disminuyera. No necesitamos proseguir con la expulsión
b de extranjeros como ocurrió en la metrópoli[15], remedio peor
que la enfermedad; antes bien, con la abundancia de bienes
no encuentran obstáculos para acudir cuantos estén en dis-
posición de disfrutarlos.

9 Esto en lo que concierne al objeto y a la ocasión de las
obras del príncipe. «Su altura de miras, su eficacia»[16] y su
grandeza la estáis buscando en mi discurso, y no veis ni os
salta a la vista que el recinto de la ciudad ha pasado de estar
c semivacío a llenarse de un encanto indescriptible, que en su
entorno no son más abundantes los solares vacíos que los
edificados, que dentro del recinto amurallado no dedicamos
a la agricultura un terreno mayor que el que habitamos, y
que la belleza de la ciudad no es irregular ni está desperdi-
gada, sino que está completa y tejida en su totalidad, como
un peplo bordado hasta los flecos en oro y en púrpura, con
un palacio que lleva el nombre del príncipe[17], baños, pórti-
cos y lugares de encuentro para los jóvenes; y lo que antaño
fue periferia es ahora el corazón de la ciudad. ¡Padre!, ¡Feliz
Constantino!, ¿no te das cuenta de que el príncipe la ha lle-
nado de esplendor sacándola de la postración y el abandono,
d y de que su belleza es ahora verdadera y no mera aparien-
cia?

10 No es que aumenten los edificios públicos mientras
se descuidan los privados, sino que la ciudad va creciendo
en su conjunto como un ser vivo y como si una sola inspira-
ción, nacida del celo del príncipe, lo controlara todo, autori-
223a dades y particulares: uno levanta un vestíbulo; otro, un dor-
mitorio; otro, una galería; y otro, una estancia para siete o

[15] El suceso tuvo lugar en Roma en el 383 coincidiendo con una reducción de la *annona*.

[16] PLATÓN, *Fedro* 270a.

[17] La Basílica Teodosiana.

nueve lechos; otro, en fin, se dedica a embellecer las pare-
des y los suelos con piedra de Laconia, de Libia o de Egipto
y pone en evidencia la falta de gusto de Menelao, que em-
badurnó las paredes de su palacio de bronce y de plata[18].
También los suburbios disfrutan de su generosidad con la
ciudad, pues irrumpe el mar en la tierra y se celebran es-
pectáculos de combates navales. La ciudad está llena de car-
pinteros, arquitectos, decoradores y de toda clase de artesanía,
por lo que se la podría calificar de «taller de la magnificen-
cia». Si el amor que le profesa el príncipe creciera en la b
misma medida, en el curso de un año habremos de amura-
llarla de nuevo, y será ya discutible cuál de las dos ciudades
es más grande y hermosa: la que Teodosio cosió a la de
Constantino o la que Constantino cosió a la de Bizanto[19].
Bienaventurado príncipe, yo quisiera, si este cuerpo aún me
acompañara, vivir todavía más tiempo, no por otro placer
(pues, como corresponde a su naturaleza, se me han extin-
guido ya todos) que el de llegar a ser espectador de la terce-
ra ciudad que va a edificar dentro de poco nuestro soberano.

11 Y no está falto de esperanza este deseo mío, pues c
hasta tal punto se ha convertido el príncipe en remedio de
mi fatiga (¡sabedlo bien, queridos amigos!) que su invitación
a que retome de nuevo el arte de las Musas ha surtido más
efecto que las medicinas de Hipócrates. Camino con más vigor
que antes, hablo con voz más audible y no se me prohíben
comidas ni bebidas: con la actividad de mi alma también mi
cuerpo rejuvenece, se recupera y «se rae la vejez»[20], por lo d
que no me extrañaría, encontrándome así, que no fuera ésta
la última vez que canto ante vosotros (al modo de los cisnes,

[18] *Odisea* IV 72.

[19] El legendario fundador de la antigua Bizancio. Cf. DIODORO SÍCULO, IV 49.

[20] *Ilíada* IX 446. Cf. *Disc.* XIII 167b.

que cantan antes de su muerte al dios del que son intérpretes y servidores)[21], sino que el director de las Musas me brindará la ocasión para un canto de más altura. Los hechizos de la maga de la Cólquide engañaron, en efecto, a las hijas de Pelias con la promesa de devolverle la juventud a su anciano
224a no padre[22]. El príncipe, en cambio, me devuelve a una verdadera plenitud, no tanto por los edificios que levanta como por ser él mismo el que siempre está creciendo y mejorando, y por hacerse cada vez más grande y más inclinado a escuchar y a aprender. De ahí que me despierte, me provoque y me estimule la mente, y que no permita que la inacción la hunda en el sueño y en el marasmo, sino que cuando anda desfallecido y postrado, me reclama como a soldado reputado y me convoca de nuevo al servicio de las letras brindándome ocasiones espléndidas y concediéndome su patronazgo. Luego no fue por ambición política por lo que acepté el
b ofrecimiento de la prefectura de la ciudad, sino porque ardía en deseos de poder afirmar que el príncipe pensaba lo mismo que el divino Platón acerca de la felicidad humana. Y que no han quedado en evidencia ni el decreto del príncipe ni la doctrina de Platón corresponde a otro decirlo y no a mí.

12 Sin embargo, no me siento orgulloso por aquella tablilla[23], sino por otra más grande y perfecta a la que se subordinan aquellas tablillas y que no trabajaron artesanos del
c marfil ni del oro, sino que es obra del propio príncipe, o

[21] Platón, *Fedón* 85a.

[22] Medea ejecutó de este modo la venganza de Jasón por la muerte de sus padres y de su hermano. Convenció a las hijas de Pelias de que podía devolverle la juventud a su padre y para ello descuartizó un viejo carnero y lo puso a cocer en un caldero añadiendo unas hierbas mágicas. Al poco tiempo salió un cordero del caldero. Las hijas de Pelias fracasaron en un intento semejante con su padre.

[23] El decreto de nombramiento como prefecto.

mejor dicho, que es criatura sagrada de sagrado parto acabada y completa: el amado, el muy deseado, el que ya es augusto desde la cuna y los pañales, cuyo cuerpo está creciendo y cuyo honor no sabe ya por dónde seguir avanzando[24]. Él me lo encomendó ante el pueblo y ante el Senado cuando se disponía a partir hacia Occidente, y me encargó que lo cuidara y que velara por él, aunque soy incapaz de agitar el escudo y de blandir la lanza y ni siquiera sé utilizar el arco ni la honda, sino que visto el manto de filósofo y estoy postrado ya por la vejez y la enfermedad. Pero, al parecer, este varón considera que no le conviene la misma
educación a un príncipe que a un particular, y que no son d
adecuadas las mismas enseñanzas para el que va a gobernar la tierra y el mar y para el que va a comandar una tropa.

13 Ven aquí, pues, querido niño. Siéntate en mis rodillas, para darte a probar estas enseñanzas y alimentarte, no como Fénix a Aquiles con pan y golosinas[25], sino con alimentos que sólo la filosofía proporciona a los príncipes jóvenes y
que ya están en la edad de ser dueños de sus actos: discursos 225a
fructíferos, elevados y provechosos, y acciones gloriosas de antiguos emperadores, de los que ya se nutrieron Ciro el Grande, el romano Numa, el ilustre Marco y el noble Tito, a quien pertenece aquella brillante y magnífica frase: «hoy no he reinado, pues no he beneficiado a nadie»[26]. Te educarán conmigo el ilustre Platón y el divino Aristóteles, que educaron a Alejandro Magno y lo sacaron de un lugar oscuro para
convertirlo en señor de toda la tierra. Si van a ser éstos los b
que te críen y eduquen, a ti que llevas el nombre del dios de

[24] El joven Arcadio ya ha llegado en su infancia a lo más alto.

[25] *Ilíada* IX 488. Cf. *Disc.* IX 123c, XIII 173a, XVI 213a.

[26] Cf. VI 80a y nota.

273.—17*

los discursos[27], se cumplirá de inmediato el voto de tus padres:

que éste sea mucho mejor que su padre[28],

o lo que es más ajustado y eficaz:

que siga las huellas de su padre.

Así podrá regocijarse tu madre no sólo cuando regreses del combate con el botín, sino también cuando le hables al pueblo, dictes sentencias y hagas de la justicia tu consejera, que
c es la primera que habita en la corte.

[27] Pues Hermes había nacido en la Arcadia.
[28] *Ilíada* VI 479.

XIX

POR LA HUMANIDAD DEL EMPERADOR TEODOSIO

INTRODUCCIÓN

La nota inicial de este último panegírico de Temistio nos informa de que fue pronunciado en el Senado. Aparte de esto, los únicos datos que nos ofrece el discurso son la más que probable presencia del emperador y el abandono ya casi seguro de la prefectura de la ciudad, a cuya brevedad se refiere el propio Temistio en XXXIV 11. Estos datos, sumados a la ausencia de toda mención de Honorio, cuyo nacimiento tiene lugar el 9 de septiembre del 384, llevan a Vanderspoel[1] a fechar el discurso entre el retorno de Teodosio a la capital, tras su campaña en Occidente, y el nacimiento de su segundo hijo: a finales del verano del 384. Con todo, esta datación parte de la hipótesis de que la prefectura de Temistio habría comenzado a principios de año. Buena parte de la crítica, que opta por una datación tardía de la prefectura (finales del verano o comienzos del otoño del 384), interpreta la ausencia de alusiones al cargo como una prueba de que el discurso es de fecha anterior, de modo que el XVIII se convierte en el último panegírico oficial de

[1] J. Vanderspoel, *Themistius...*, pág. 213.

Tesmistio: Seeck, seguido por Dagron y Maisano[2], lo sitúa entre enero y agosto del 384. Scholze, en cambio, seguido por Stegemann[3], lo pospone hasta el invierno del 385/6.

Al final de su vida profesional Temistio dedica la mejor parte de este discurso al motivo de la clemencia del emperador. Las referencias, una vez más, a la minuciosa aplicación de atenuantes a los convictos, ponen de manifiesto la indulgencia del príncipe con unos conjurados cuya identidad se desconoce por completo. Nuestra ignorancia sobre el trasfondo histórico del panegírico impide, por el momento, entrar en un análisis más detallado de los hechos.

SINOPSIS

1-3. La Pitia consideraba a Licurgo más divino que humano. Nerón y Creso merecieron, en cambio, su desprecio. La humanidad de Licurgo y sus virtudes subordinadas.

4. El príncipe, cuyo reino abarca toda la tierra y el mar, es más divino que Licurgo. Dios lo envía a la tierra para que ejerza la humanidad en su condición de «ley viviente».

5. El orador invoca a las Musas para que le inspire un canto sobre la humanidad del príncipe. Imágenes de humanidad: el guijarro blanco, la balanza, la tinaja de bienes. El texto de los «asirios».

6. El rey es divino por su facultad para otorgar la vida.

7. El ejercicio de la clemencia: los atenuantes. Delito frente a desgracia.

8. El delito: indulto a los condenados.

[2] O. Seeck, *Die Briefe...*, pág. 304; G. Dagron, «L'empire...», pág. 24; R. Maisano, *Discorsi...*, pág. 645.

[3] H. Scholze, *De temporibus...*, págs. 62-66; W. Stegemann, «Themistius», col. 1646.

9. La desgracia: los que se limitaron a oír se marchan libres de cargos.

10-11. Ventajas de la clemencia sobre el terror.

12. La buena fama es más importante para un príncipe que la longevidad.

13. Conclusión: el rey es criatura celestial que nace autodidacta. Temistio celebra la oportunidad de alabar a Teodosio.

POR LA HUMANIDAD DEL EMPERADOR TEODOSIO

Se pronunció en el Senado.

1 En estos términos se dirigió la Pitia al espartano Licurgo cuando entraba en el santuario de Delfos: 225c

Acudes a mi opulento templo, Licurgo, d
caro a Zeus y a cuantos ocupan olímpicas mansiones.
Dudo si proclamarte dios u hombre,
aunque te tengo más por un dios, Licurgo[1].

¿Por qué «más por un dios», Loxias[2]? ¿Acaso porque este 226a
rey había obtenido sonadas victorias y amontonado cadáveres de enemigos? ¿Porque lo guardaban lanceros y melóforos[3] ataviados con oro? ¿Porque le daban escolta áureos ca-

[1] HERÓDOTO, I 65, 3; PLUTARCO, *Licurgo* 5, 3. Cf. *Disc.* VII 97b, XV 193c.

[2] Con este apelativo tradicional de Apolo, Temistio alude a la ambigüedad de las respuestas del dios.

[3] Cf. II 36c y nota.

rros de caballos niseos[4]? ¿O acaso porque lo adornaban co-
llares, tiara y vestidos de púrpura?

2 Es lógico que al extranjero del Helesponto lo dejara
estupefacto todo este aparato y ostentación, hasta el punto de
tener por un dios a Jerjes, el hijo de Darío[5]. «Yo sé», diría
sin embargo Apolo, «que estas cosas tienen poco valor y
que no faltaron en muchos soberanos malvados e insensa-
b tos que no merecen ser llamados no ya dioses, sino ni si-
quiera hombres, como el propio Jerjes, que en su demencia
llegó hasta al extremo de azotar el mar y encadenar el He-
lesponto. Para él no tenía mayor importancia cortarle la ca-
beza a un hombre. De ahí que si alguien me consultara so-
bre este rey, mi duda no estaría en saber si se trata de un
dios o de un hombre, sino si de un hombre o de una alima-
ña. Tampoco albergué mayores dudas, con ocasión de la
posterior visita del romano Nerón a este mismo templo[6],
c sobre si era un dios el que acudía, pues tenía la certeza de
que se trataba de una alimaña con forma de hombre. ¡Y eso
que venía con una cítara en las manos y con la vestimenta
de citaredo que poetas y pintores suponen que me agrada!
Sin embargo, puesto que su alma carecía de gracia y de ar-
monía, y había inundado el imperio de asesinatos no ya
de extraños, sino también de familiares, no sólo no me
complació que entrara, sino que incluso me produjo repug-
nancia, de modo que lo despedí y le arrebaté la corona a la
salida enredando sus cabellos con la cinta. Ni siquiera tuve
d en gran estima al lidio Creso, por mucho que llenara el sa-

[4] Para estos célebres caballos medos, que son un símbolo tradicional de riqueza, cf. Heródoto, III 106, 2; VII 40, 2 ss., 196.

[5] Heródoto, VII 35. Cf. II 36c y nota.

[6] Casio Dión, LXII 14, 2.

cro recinto de barras y lingotes de oro: el apelativo «el de
pies blandos» se debía a su molicie, no a su virtud[7].

3 ¿Qué es entonces lo que he visto en Licurgo para darle
tratamiento de dios más que de hombre? La mansedumbre,
la justicia, la piedad y la virtud que es directora de éstas: la
humanidad, la única con la que un rey puede llegar a ase-
mejarse a Dios. Tras heredar, en efecto, una Esparta sin le- 227a
yes y asfixiada por la guerra, la dotó por entero de paz y de
buen gobierno. Y tan manso y bondadoso fue, que a un
hombre que le había saltado un ojo en la asamblea lo salvó
y se lo llevó consigo cuando los lacedemonios ya se dispo-
nían a lapidarlo: acogió al hombre en su casa y lo formó y
lo educó hasta convertirlo de un mal ciudadano en un hom-
bre de provecho. Este rey sabía, sin duda, que el buen sobe- b
rano no ha de devolver el daño que recibe, sino que ha de
quedar por encima de los criminales con su recto proceder:
ésta es la victoria que corresponde a virtud y la venganza
que le conviene al poder»[8].

4 Y ahora, amado Pitio, también a nosotros has de darnos
respuesta. Si el rey de una sola ciudad o de una parte peque-
ña del Peloponeso, pobre él mismo y soberano de pobres, que
comía en la mesa común y bebía del Eurotas, simplemente
con su mansedumbre te hizo dudar sobre el tratamiento que
habías de darle, ¿qué dirías, bienaventurado, del que reina
sobre casi toda la tierra y el mar, por quien Oriente se incli- c
na ante los romanos, Occidente permanece en paz y derra-
man libaciones todos los pueblos (cuantos están sujetos ya a
su gobierno y cuantos hacen votos por estar bajo su tutela),
que de tan manso, pacífico y lleno de serenidad incluso a los
convictos de lesa majestad, condenados ya por la ley, los li-

[7] Heródoto, I 50, 55.

[8] Aristóteles, *Ética a Nicómaco* 1123b35 ss.

bra de la tiranía de ésta y los devuelve al sol desde las puertas del Aqueronte? ¿Vas a preguntarte y a reflexionar si es un dios o un hombre el que ha entrado en nuestro tem-
d plo? ¿No vas a revelar, con más seguridad que sobre la arena que hay en la tierra, que a este príncipe le conviene el apelativo de «dios»?[9]. Ya tuvimos ocasión de admirarlo cuando vimos retornar el oro desde el erario público a los que habían sufrido extorsiones[10]; sin embargo, esta vez hemos visto regresar a la vida desde las puertas del Hades a hombres que la ley había destinado a aquel lugar, pero a quienes
228a el señor de la ley ha hecho volver de allí, consciente de que una virtud es la que le corresponde al juez, y otra la que le corresponde al príncipe, y que al uno le conviene atenerse a las leyes, y al otro, por su condición de ley viviente[11] y no sujeta a letras inalterables e inmutables, rectificarlas y mitigar su crueldad y su dureza. Por este motivo envió Dios a la realeza desde el cielo a la tierra, para que el hombre pudiera resguardarse de la ley inmutable en la que está dotada de aliento y de vida.

5 b **5** Venid aquí pues, amadas Musas que habitáis con nosotros este templo del Senado[12], y asistidme en este himno que comienzo para celebrar su reciente muestra de humanidad. He aquí que este varón os ama hasta el punto de hacer que la reina comparta techo con vosotras, pues ha erigido una estatua suya en este recinto en el que se alzan ya una del propio príncipe y otra de su hijo. Vuestro coro será ahora más augusto gracias a su compañía. Pero en esta ocasión

[9] HERÓDOTO, I 47. La Pitia comienza su respuesta a Creso diciendo que tiene certeza «del número de la arena y la medida del mar».

[10] Cf. XVI 212c.

[11] Cf. introducción general, cap. 4.

[12] Alude Temistio a las estatuas de las Musas que había en el Senado.

no habéis de empezar por donde os requiere Homero, ya que no vais a cantar la cólera

funesta, que impuso incontables dolores a los aqueos[13], c

sino la mansedumbre y la humanidad con las que el príncipe ha demostrado a todos que el guijarro negro[14] queda lejos de su ánimo y le es del todo ajeno. Y la prueba de que nuestro príncipe la ha echado en el olvido es justamente el hecho de que permanezca negra, pues de haber llegado a sus manos, no habría dejado de cambiar de color. El escudo sabe manejarlo, en efecto, con ambas manos, con la derecha y con la izquierda, pero el guijarro sólo con la derecha: con la izquierda no sabe. Y no posee una balanza de oro, como dice Homero de Zeus[15], con platillos de vida y de muerte, ni d
el platillo que lleva la vida cede ante el que lleva la muerte: aquél siempre se eleva hasta el cielo mientras se cae a la tierra el que conduce a las tinieblas. Y tampoco hay colocadas dos tinajas en el suelo del palacio del príncipe como si fuera el de Zeus, donde, de nuevo según Homero, hay dos tinajas llenas de suertes, la una, de suertes buenas, y la otra, de las contrarias[16]. El príncipe carece de tinaja de la muerte y po- 229a
see tan sólo la de la vida, siempre llena y rebosante, de la que extrae en estado puro para escanciar a los hombres, pues cree, con razón, en las palabras del asirio, que asegura que «el corazón del rey está guardado en la mano de Dios»[17], y no puede entregarse a redactar escritos condenatorios. Por el contrario, resulta inevitable que quien redacta esta clase de

[13] *Ilíada* I 2.

[14] Cf. XV 190b.

[15] *Ilíada* VIII 69 ss.

[16] *Ilíada* XXIV 527. Cf. *Disc.* VI 79c y XV 194a.

[17] *Proverbios* 21.1. Cf. *Disc.* VII 89d y nota; XI 147c.

escritos resbale fácilmente de la mano que otorga siempre la vida.

6 Si desde el primer momento, príncipe, el Estado os asig-
b nó el título de divinos, no lo hizo porque tengáis a vuestra disposición gran cantidad de oro, ni porque poseáis coronas y vestidos de púrpura en abundancia, ni por vuestra facilidad para convertir de improviso al pobre en rico (pues nada de esto está a la altura del cielo ni de la imagen que tiende hacia él), sino porque sólo Dios y el príncipe tienen la facultad de otorgar la vida. Nadie, en efecto, invoca a Dios con las advocaciones de «Victorioso», «Triunfador», «Germánico» o «Escítico», sino como «Humano», «Piadoso» o «Salvador». Es en esta clase de virtud en la que te conviene perseverar, y aquella mano jamás te apartará de sí como
c apartó a Nerón, a Domiciano y al hijo de Severo[18], aunque no a Trajano, ni a Marco ni a Antonino, conciudadanos y patrones tuyos con los que Dios nos ofreció el preludio de tu reinado. Yo considero este trofeo más brillante que el escítico, aunque también aquél lo levantaras tú solo sin el concurso de las armas: para lograrlo no sólo no te ayudó el acero, sino que se embotó su filo[19]. No fue así como lo levantó el hijo de Filipo cuando cruzó desde Macedonia hasta la tierra de los indios, pues aunque sometió a Darío y a Poro, se dejó vencer por la embriaguez de Clito y no le hizo
d frente al vino con el vino, sino con el hierro; y tampoco aguantó pacientemente la arrogancia que exhibió Filotes en sus fanfarronadas ante la hetera, sino que además de a Filotes, también le dio muerte a Parmenión[20].

[18] Caracalla.

[19] Cf. XVI 206c ss.

[20] Se trata de dos anécdotas que ilustran la desmesura de Alejandro. Clito era un viejo oficial de Filipo que en el curso de un banquete censuró a Alejandro por hablar mal de su propio padre (Arriano, *Anábasis* IV 8;

7 En cambio tú, divino emperador, por consideración a los inocentes has concedido el perdón también a los culpables, y has dejado sin castigo tanto al que tramó acciones soberbias, como al que, para su desgracia, no supo reaccionar. ¡Tan insignificante es el pretexto que necesitas para ejercer tu humanidad! Y ello se debe a que eres divino por natura- 230a
leza, y ningún hombre necesita un estímulo excesivo para seguir su inclinación natural. Antaño no se distinguía en una acusación de este tipo entre delito y desgracia, sino que entraban en la misma categoría maquinar un crimen y tener conocimiento involuntario de este crimen[21]. Sin embargo, este último cargo es más imputable a la naturaleza que al hombre, por haber dejado abierto el sentido del oído y no estar en nuestra mano cerrarlos y abrirlos como los ojos y la boca: éste es prácticamente el único sentido que escapa a b
nuestra voluntad, y no tiene otro remedio que aceptar cuanto le llega, como una casa abierta y sin puertas.

8 Tú has dejado al oído libre de cargos[22], y los castigos los has conmutado por las palabras. Pero ya que tu actuación no admitía demora, has pronunciado unas palabras más admirables aún que tu propia obra, pues mientras todos nos admirábamos de tu resignación, tú le reprochabas su lentitud. Lo cierto es que te irritaba no haberte anticipado con tu perdón a la demostración de culpabilidad y no haber emitido c
el decreto de absolución con más rapidez que la condena.

Plutarco, *Alejandro* 50; Curcio Rufo, VIII 1, 20-52.). Filotes era hijo del noble Parmenión, compañero de Alejandro. Ambos, padre e hijo, fueron acusados de conjura contra su rey como resultado de la delación de la esclava Antígona, ante la que Filotes fanfarroneaba a menudo (Arriano, *Anábasis* III 26; Plutarco, *Alejandro* 48 ss.; Diodoro Sículo XVII 60). Para el indio Poro cf. VII 88d.

[21] Cf. I 15c y nota.

[22] A cotinuación se trata por separado el indulto a los condenados y la tolerancia con los que se limitaron a prestar oídos a los conjurados.

¿Pero cabe mayor inmediatez que la tuya? Pues no has cedido poco a poco en tu cólera, ni le has calmado lentamente el miedo a los reos, ni te has demorado en tomar tu decisión tras el juicio; muy al contrario, al guijarro sombrío[23] le ha tomado la delantera el que dicta este dios, y con la presteza y velocidad necesarias para que la mayoría lo escuche antes de la condena. Sólo entonces me percaté de que tu voz vencía en rapidez a la carrera de antorchas que se celebra en
d honor de Hefesto[24], que por medio de relevos recorre tantos y tantos estadios como el fuego de señales: al final la voz salvadora detuvo los brazos, ya extendidos, y las espadas, ya levantadas, de los verdugos. ¿Vamos a acusar de lentitud a esta humanidad tuya a la que no han logrado adelantarse
231a la espadas que ya estaban colocadas sobre los cuellos? El Zeus de Homero (si es que hay que dar crédito a la fantasía poética de Homero) no se atreve a anular el destino de Sarpedón a pesar de que es su hijo, y aunque desea hacerlo, cambia de parecer disuadido por Hera[25]. El príncipe, en cambio, anula sin remordimientos el fallo de un tribunal no menos inexorable, y con el apoyo adicional de una esposa que siempre comparte su decisión y de un hijo amado que está de acuerdo con ambos, al que ambos educan e instruyen en
b las mismas costumbres y es diestro por ambos lados. Y en verdad que le conviene ser piadoso y humano para irse asemejando a sus padres.

9 Esto en lo que respecta a los condenados. En cuanto a aquellos hombres contra los que se formularon cargos al principio, pero que de hecho habían cometido delitos más imputables a la naturaleza de los oídos que a su voluntad,

[23] *Vid. supra* 228c.
[24] Heródoto, VIII 98, 2.
[25] *Ilíada* XVI 439 ss.

¿acaso necesitaron algún tiempo o la más pequeña demora para sentirse seguros? Al punto quedó desterrado todo miedo de su mente, y se unieron de inmediato a la celebración, como si jamás se les hubiera imputado cargo alguno, de modo que cambiaron su apariencia descuidada y deprimente por un aspecto arreglado y jubiloso.

10 A mí me admiró esta transformación más que aquella c
que, según Homero, operó Atenea en Odiseo, cuando cambió su figura enclenque y cubierta de harapos por la de un hombre bien vestido y vigoroso para que lo reconociera su hijo[26], ya que esta metamorfosis del cuerpo es tan sólo superficial, mientras que tú transformaste sus cuerpos además de sus almas. Y no diría yo que tu cetro es menos bello y dorado que el de Hermes, según la descripción de Homero[27], pues no despierta del sueño, sino de la muerte, es sal- d
vaguarda más fuerte que el hierro y ha de velar por tu reino mucho más que los incendios, las muñecas seccionadas y las hachas, suplicios que los romanos más tiránicos imponían cada día a los súbditos sin lograr por ello contener su odio, sino exacerbarlo.

11 No fue este el caso, sin embargo, de tus predecesores y patronos. Ellos también creyeron que se debe someter a los súbditos más bien con el respeto y la clemencia antes que con el terror. Es con mucho salvaguarda más invencible 232a
la clemencia que el terror, pues no sabemos que la clemencia haya sido aniquilada por el terror, pero sí que muchas fuerzas lo han sido por la clemencia. A los emperadores famosos por su mansedumbre, si no eran en exceso negligentes y derrochadores, cualquier conjura que se levantara contra ellos se les apagaba de inmediato antes de que pudiera

[26] *Odisea* XVI 172 ss.
[27] *Odisea* V 47 ss.

alcanzarlos. En cambio, a los príncipes malvados y crueles que ajusticiaban siempre a los convictos no les faltaban los conjurados. Ridículo asesor de la seguridad de un tirano era,
b sin duda, el que aconsejaba segar las espigas que sobresalen por encima de las mieses[28], pues no las segaría en número suficiente como para que no siguiera descollando alguna. Esto es precisamente lo más triste de la cobardía de los tiranos: que aunque maten a todos los que temen, no llegan hasta el punto de no tener a nadie a quien temer.

12 También conozco, príncipe, la sagrada recomendación que le dirigiste a los jueces al encomendarles el proceso. Al que decía que había que velar ante todo por la seguridad de
c los emperadores le dijiste que había que velar más bien por su buena fama, pues el príncipe no ha de aspirar a la longevidad, sino a la excelencia en la virtud. Dionisio y Tiberio envejecieron, en efecto, en sus tronos, pero su vejez no representó otra cosa que un incremento de su mala reputación. En cambio, el que piensa de este modo y tiene en mayor estima su buena fama que su salvación ¿cómo no va a considerar más enemigos a los que suponen un obstáculo para su
d buena fama que a los que atentan contra su cuerpo? No he de recitarte, por lo tanto, las palabras de Platón ni, ¡por Zeus!, las de Aristóteles, ni he de darte por mi parte consejo o precepto alguno, sino que te basta con conocer aquella recomendación que salió de ti mismo y con preguntarte si en tu actuación tiene más importancia la belleza o la ganancia, y si te impulsa a la acción la pura razón o si tu razonamiento se ofusca por efecto de alguna pasión. Y, sin duda, la peor

[28] Las fuentes difieren sobre si fue un consejo de Trasíbulo a Periandro (Heródoto, V 92; Diógenes Laercio, I 100) o de Periandro a Trasíbulo (Aristóteles, *Política* 1284a26 ss.).

pasión es aquella que desborda a la razón cuando se está ejerciendo el poder.

13 Por ello los persas llamaban con toda justicia a Ciro 232a
«padre», a Cambises «señor» y a Darío «mercader»[29]: al padre lo hace la justicia; al señor, la cólera; y al mercader, la codicia. Pero sólo es divino el apelativo de «padre» (pues los poetas llaman también a Zeus «padre de los hombres»), mientras que de los otros dos, el primero es propio de alimañas, y el segundo, de esclavos. Igual que en las colmenas surge de modo espontáneo y autodidacta un rey que al en- b
jambre le place acompañar con su zumbido y su revoloteo, entre los hombres nace un rey semejante (aunque más raramente y cada mucho tiempo) cuando coinciden y convergen la belleza del alma y la hermosura del cuerpo. Éste es, sin duda, el monarca verdaderamente grande, cuya belleza no es ni coja ni mutilada, sino proporcionada y completa. Alejandro consideraba afortunado a Aquiles porque tuvo a Homero para celebrar sus hazañas; yo, en cambio, me considero afortunado porque mis discursos tuvieron la suerte de celebrarte a ti. Y nadie podría decir que esto tiene más de adula- c
ción que verdad, pues de los emperadores que conocemos y de los que oímos hablar, salvo los dos más célebres[30], ningún otro habría actuado como tú ante una acusación de esta clase.

[29] Heródoto, III 89, 3.

[30] No se sabe con certeza quiénes son estos dos emperadores. Si nos atenemos a VII 96b, Augusto y Marco Aurelio se aducen como ejemplos de clemencia. Entre los emperadores recientes el ejemplo más inmediato es, sin duda, el de Constancio, cuya benévola actitud con el usurpador Vetranio analiza Temistio en II 36a ss.

APÉNDICE

DISCURSO DEL EMPERADOR CONSTANCIO AL SENADO EN FAVOR DE TEMISTIO

INTRODUCCIÓN

El discurso que sigue fue remitido al Senado de Constantinopla por Constancio II, por entonces en la corte de Milán, para que se procediese a la incorporación de Temistio a aquella institución. Su lectura tuvo lugar el día uno de septiembre de año 355 y estuvo a cargo del procónsul Justino[1]. Es prácticamente seguro que el original fue redactado en latín, lo que parece confirmado por la referencia del discurso de agradecimiento *(Discurso* II), entre otras consideraciones sobre las solemnidades de la ocasión, a un «lector e intérprete del escrito»[2]. Lo que, en cambio, no pasa de ser una simple hipótesis es que fuera el propio Temistio el que se ocupó posteriormente de la traducción al griego de discurso de Constancio, como defendieron en su día Hardouin y Seeck[3].

La *adlectio* de Temistio se justifica por su condición de filósofo y egregio representante de la cultura helénica, entendidas ambas en el sentido universal y políticamente comprometido que nuestro autor va a defender a lo largo su

---

[1] La noticia está tomada de Ψ *(Salmanticus* I-2-18).

[2] II 26c.

[3] O. SEECK, *Die Briefe...*, págs. 294 ss.

vida, todo ello unido a la temprana y estrecha vinculación que se establece entre el intelectual y Constantinopla. El nuevo régimen nacido de la Tetrarquía y de las reformas de Constantino, cuya cabeza más visible es la nueva capital del Bósforo, adquiere así una legitimación añadida por parte de un representante conspicuo del helenismo tradicional, algo que marcará en adelante toda la carrera política y académica del nuevo senador de Constantinopla.

SINOPSIS

1. El príncipe, que ha de atender la guerra y la paz, se ha de ocupar de la comunidad y de los ciudadanos particulares.
2. Constancio ha juzgado la virtud de Temistio digna del clarisimado. El Senado y Temistio se honran mutuamente con la designación. La filosofía es el camino más recto hacia el rango senatorial.
3. La filosofía de Temistio: discreción y utilidad pública. La custodia de la filosofía antigua.
4. Utilidad de la filosofía: la educación de los jóvenes y la moralidad pública.
5. Temistio ha convertido a Constantinopla en capital de la filosofía. Excelencia de la aportación de Temistio a la ciudad y a su Senado.
6. Motivos adicionales para la *adlectio*. El amor de Temistio por Constantinopla. Su carácter ejemplar.
7. Precedentes familiares en el cultivo de la filosofía: su abuelo y su padre.
8. Honrar con este nombramiento la filosofía y la virtud es honrar el nombre del propio Constantino.

DISCURSO DEL EMPERADOR CONSTANCIO AL SENADO EN FAVOR DE TEMISTIO

1 Si vosotros y vuestros seres queridos estáis bien, sea 18b
ello en hora buena; el ejército y yo también lo estamos. Y es c
natural vuestro contento, padres conscriptos, pues os llena de alegría el número de nuestros triunfos y gozáis serenamente de la paz que ahora reina. Éstas son las cosas que me tienen siempre preocupado: por un lado, extender por medio de las armas los dominios del Imperio romano; por otro, buscar por medio de las leyes el provecho de los súbditos. Y si en esta ocasión os habéis reunido en pleno, es porque es-
peráis, como manda la costumbre, alguna de las dos: la no- d
ticia de una nueva gesta bélica o el generoso don de la paz. Pero yo entiendo que a mí no sólo me compete daros contento con beneficios públicos, sino prever y ocuparme también, en la medida de lo posible, del beneficio de los particulares, ya que la utilidad pública se hace más perceptible
cuando su disfrute revierte en los particulares. De este mo- 19a
do, si el fin de las responsabilidades públicas no es sino el beneficio de los individuos, éste ha de ser el fin último de nuestra responsabilidad. O mejor aún, si hemos de ser sinceros: cuando distingo a un solo hombre con el honor que le corresponde, también estoy agasajando a la comunidad,

pues ninguna gracia que se otorga con razón y buen juicio
pertenece tan sólo a quien la recibe, sino que se plantea co-
mo un trofeo común para todo el que se esfuerza de modo
parecido.

2 El nombre del filósofo Temistio lo ha traído hasta
b nuestros oídos su celebrada reputación, y yo he considerado
digno de nuestros reales designios recompesar su virtud con
el honor que le corresponde: inscribiendo a este hombre
en el rango de los padres clarísimos[1], distinción que alcanza
equitativamente a ambas partes, pues creo que con esta gra-
cia no estoy honrando tan sólo a Temistio, sino también al
Senado, al que considero digno de participar en un don que
corresponde a la filosofía. Al concederle, en definitiva, vues-
tra dignidad, recibís a cambio la suya; y al recibir la suya, le
c concedéis a cambio la vuestra. Sin duda, son diversos los
motivos que a cada uno de vosotros os concede esta honrosa
distinción: a unos, la fama de sus riquezas; a otros, la supe-
rioridad de sus propiedades; a algunos, sus cargos públicos;
y a los demás, su competencia como hombres de letras. Por
diversos y complicados caminos, en efecto, compiten por
llegar a la misma y única cima del reconocimiento público
todos los hombres prudentes. Sin embargo, de entre estos
muchos senderos unos son tortuosos y resbaladizos, y sólo
d uno es firme y seguro: el de la virtud. Cuando alguien esté a
punto de ser inscrito entre vosotros, limitaos a averiguar si
es éste el camino que ha recorrido y no otorguéis validez a
ningún otro distintivo del clarisimado que no sea un ánimo
recto y un talante honrado, lo que constituye el objetivo su-
premo de la filosofía.

3 A Temistio le basta su formación para merecer esta
distinción suprema, así como su dedicación a la filosofía, y

[1] El clarisimado u orden senatorial.

más aún si, como es el caso, la practica en silencio, pues no
sólo merece este honor el que exhibe su virtud, sino también
quien se limita a poseerla, y conviene que los reconoci-
mientos busquen a sus merecedores aunque ellos no se afa-
nen en demostrarlo. Este hombre al que rinde homenaje el 20a
presente discurso no se ocupa de una filosofía esquiva[2], si-
no que el bien que con esfuerzo consigue reunir lo compar-
te, con mayor esfuerzo aún, con quienes así lo desean,
constituyéndose en profeta de los antiguos sabios y en hie-
rofante de los sagrados templos de la filosofía: no permite
que se marchiten las antiguas doctrinas, sino que las man-
tiene por siempre florecientes y lozanas, y en lo que está en b
su mano, insta a todos los hombres a vivir según la razón y
a preocuparse de su formación.

4 Reconoced también vosotros, padres conscriptos, que
en la vida humana ninguna obra, ni pública ni privada, po-
dría rematarse como es debido sin el concurso de de la vir-
tud. Según esto, los que, instruyendo y educando hacia ella
a nuestros jóvenes, dirigen con acierto el rumbo de la filoso-
fía, podrían ser considerados los padres comunes de todos.
Éstos enseñan, con respecto a los padres particulares, cómo
han de ser respetados por parte de su hijos, y con respecto a
los hijos, qué clase de atenciones han de recibir de parte de
sus padres. Para decirlo en pocas palabras, el filósofo es en c
verdad juez y garante de todas las cosas, pues es la norma
contrastada y exacta del comportamiento público, de la con-
sideración que merece el Senado y, en definitiva, de toda la
vida política. Luego si estuviera al alcance de todos los
hombres el ejercicio de la filosofía, quedaría desterrada de
la vida humana la maldad, se evitaría toda ocasión para la

[2] La filosofía neoplatónica contemporánea, absolutamente desvincu-
lada de la política activa y refugiada en las escuelas.

injusticia y no sería necesaria la coacción de las leyes, pues lo que ahora evitan los hombres por el temor lo aborrecerían por propia iniciativa.

d **5** Me siento especialmente inclinado a tratar el presente tema desde el momento en que yo, que me he ocupado de que la filosofía brille en todos los rincones del imperio, deseo que florezca muy especialmente en nuestra ciudad. Y me doy cuenta de que lo que a ella le está sucediendo es por causa de Temistio: su orgullo de verse acompañada de jó-
21a venes que practican la filosofía y su transformación en albergue común de la educación, hasta el punto de que en todas partes todas las ciudades se avienen a reconocerle a nuestra ciudad su capitalidad en la filosofía, y las enseñanzas sobre la virtud, como desde purísmo hontanar, se difunden desde nuestra ciudad por todas partes. Luego, como decía al principio, este honor os lo otorgo en común a vosotros y a Temistio, ya que si ha obtenido por vosotros la dignidad romana, él os ofrece a cambio la sabiduría helena, de modo
b que la ciudad por este motivo ostenta al mismo tiempo la supremacía en la fortuna y en la virtud. Tras superar, en efecto, a las otras ciudades en las prendas restantes, ahora obtiene por añadidura la más valiosa, pues si fortificar su recinto con murallas, embellecer su interior con edificios y estrechar sus espacios con más habitantes son signos del amor de un príncipe, ¿cuánto más no va a serlo engrosar el Senado con semejante aportación, que ha de volver mejores las almas de sus habitantes y que, junto a los otros edificios, va a levantar un gimnasio de la virtud? Del mismo modo que quien le procura a la ciudad todo lo demás le proporciona los bienes de primera necesidad, el que se preocupa de la sabiduría y de la educación la obsequia con el más im-
c portante de todos, que muchos hombres desean pero pocos alcanzan.

6 Yo sé que añadir otros motivos por los que Temistio sería merecedor de la máxima distinción no es propio de quienes se percatan de la grandeza de la filosofía. Si no sólo se alegase este bien que es, de todos, el que más se basta a sí mismo, sino que se enumerasen también algunos otros, no aumentaría en nada el saldo final, sino que reduciría su importe por la propia sospecha de que necesitaba un añadido. Sin embargo, dejemos que el discurso ponga de manifiesto sin la ayuda de la filosofía que este hombre es digno de in- d
gresar en vuestro círculo. Si es justo que quienes más aman sean a su vez en mayor medida acogidos y amados, Temistio, que nos ama espontáneamente, ha preferido por decisión propia nuestra ciudad a la que lo trajo a la vida, y se ha convertido en ciudadano antes de espíritu que de nombre. Reparad en este hecho tan destacable: establecerse en nuestra ciudad es deseable incluso para los que están contentos con su lugar de procedencia, sea éste cual fuere. Él, de hecho, 22a
no ha emigrado a la felicidad de nuestra ciudad por la indigencia de su casa, sino que aun despreciando las riquezas, no se ve agobiado por la pobreza; y se ha ocupado de casarse y traer hijos entre nosotros, asegurando así la pervivencia de su familia. Y si esto es motivo de alabanza en cualquier otro, mucho más útil nos resulta cuando se trata de un filósofo, pues si aquel hombre cuya vida ha de aparecer ante todos los demás como una especie de modelo y de ejemplo honra a nuestra ciudad, se cuida de dejar descendencia y b
ajusta a sus necesidades sus preocupaciones económicas, inducirá a otros muchos a imitarlo. En modo alguno creáis que la verdadera filosofía se aparta por completo de la vida social, ni que se desentiende totalmente de los asuntos públicos. Sabed, por el contrario, que el que más se preocupa por la ciudad y el que forma a los mejores hombres también hace siempre mejores a los ciudadanos. Ved, en efecto, la

cantidad de prendas que adornan ante vuestros ojos a este ilustrísimo[3] ciudadano: es rico en cultura y no mendiga riquezas; ha elegido voluntariamente esta ciudad y no reside en ella por obligación, sino que sólo por obligación se separía de ella. c ¿Qué más puedo decir? Os entrego a un hombre ilustrísimo, filósofo único en su estirpe, ciudadano escogido[4] de nuestra ciudad, al que se podría llamar con toda propiedad ciudadano del mundo[5].

7 Pero soy consciente de que Temistio no oye con igual placer todos los elogios enumerados, sino que sólo considera apropiados los que atañen a la filosofía, y el resto desea que se digan con mesura o incluso que se silencien. Yo, sin embargo, si acaso me he extendido en todos estos conceptos, no he prolongado mi discurso para complacer a este hombre, sino para demostraros que no he dejado de examinar ni sopesar nada de lo que he sometido a mi considera- d ción. Pero a Temistio, si he de ser sincero, no lo conozco de ahora, sino desde antiguo y por sus padres; y conozco tan bien a este hombre que, aunque podría referirme, más atrás en el tiempo, incluso a sus abuelos, cuya memoria permanece entre los sabios de antaño, voy a dejar de hacerlo, ya que tenemos cerca a su padre, que hace innecesaria cualquier 23a otra mención[6]. Tampoco vosotros ignoráis de quién se trata,

[3] Aquí y más adelante Constancio emplea el término *lamprótatos* tanto en el sentido de pertenencia al orden del clarisimado como en su valor etimológico.

[4] El término *exaíretos,* «escogido», difícilmente puede ser vertido al español en su doble sentido de «extraordinario» y «voluntariamente adherido» a Constantinopla.

[5] *Kósmou polítēs.*

[6] Constancio alude a su padre Eugenio y a su abuelo, que habría cultivado la filosofía en tiempos de Diocleciano. Eugenio fallecerá en plena redacción del *Discurso* II y Temistio marchará a Paflagonia para pronunciar allí una pieza fúnebre en memoria de su padre *(Discurso* XX): cf. introducción, cap. 1.

pues basta con decir su nombre para que estemos señalando la cima de la filosofía, y no hay lugar, ni pueblo, ni ciudad que no haya oído de la reputación de Eugenio. Este hombre, de quien también vosotros podríais atestiguar que durante toda su vida ha estado entregado a la filosofía; este hombre, a quien no se le ha escapado ninguna de las doctrinas ni de las enseñanzas antiguas; este hombre, que ha luchado consigo mismo en la teoría y en la vida, y que, en cada una de ellas, aun triunfando, tan sólo por sí mismo se ha visto vencido; este hombre, en definitiva, que se ha erigido como el b mejor y el más excelso de todos, tan sólo en su hijo encuentra a un igual, y sólo Temistio es el sucesor de su estirpe y de su filosofía.

8 Por lo tanto, en razón de todo lo expuesto este varón insigne ha de incorporarse y ha de tener parte en vuestra asamblea, pues de este modo estaríamos complaciendo a mi divino padre, procurando que el Consejo que toma de él su c nombre[7] florezca y prospere con los más bellos de los bienes. Hay que concederle a las letras, por encima de todo, la dignidad que les corresponde, y restituirle a la sabiduría la distinción apropiada, a la educación, el honor apropiado, y a la virtud, el galardón merecido; y que la superior de las ciencias, me refiero a la filosofía, brille en todas partes y entre todos los hombres. Así resultará que cuando la prime- d ra y más excelsa reciba el honor que le corresponde, también las demás artes obtendrán mayor reconocimiento. En definitiva, después de tantas cosas como las que se han dicho, queda claro que lo que le entrego a Temistio os lo entrego también a vosotros, y complazco sobremanera, bien lo sé, a mi propio padre al consagrarle a su divino nombre no un templo ni un gimnasio, sino un hombre virtuoso.

[7] El Senado de Constantinopla.

ÍNDICE DE NOMBRES*

* Se incluyen tanto los nombres propios como los gentilicios, así como las referencias indirectas (bajo la voz correspondiente).

ÍNDICE GENERAL